

VINCENT CRONIN

NAPOLEÓN
BONAPARTE

una biografía íntima



CONTRAPORTADA.

Estadista brillante, figura trágica exaltada por el Romanticismo, déspota y militar ambicioso al mando de grandes campañas expansionistas, Napoleón suscita el odio o la admiración, pero nunca la indiferencia. La simple mención de Waterloo y Austerlitz evoca amplios escenarios bélicos, victorias sublimes y derrotas devastadoras; el nombre de Santa Elena recuerda la soledad del héroe en cautiverio y su muerte en el abandono.

Napoleón, que se autodenominó Hijo de la Revolución, sentó las bases de la estrategia de guerra convencional y fue autor del código que lleva su nombre y que propagó por toda Europa.

Vincent Cronin combina su indudable habilidad narrativa y una amplia y nueva documentación sobre el personaje para trazar un retrato psicológico y profundamente humano de ese gran estadista.

«Muchos autores han creído necesario fundir la vida de Napoleón con la corriente principal de la historia europea. Cronin se ha ocupado fundamentalmente del hombre y su vida, y quizá ése sea el motivo por el cual este libro parece tan fresco y vivido. Ya era hora de que un escritor de talento se enfrentara con el aspecto humano de ese gran personaje, y complace observar cómo Cronin ha aprovechado la oportunidad para elaborar un libro excelente.».

The Economist.

Título original: Napoleón Traducción: Aníbal Leal I." edición: febrero 2003 © 1971 by Vincent Cronin.

© Ediciones B, S.A., 2003 para el sello Javier Vergara Editor Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España) wwiw. edicionesb. com www. edicionesb-america. com Publicado originalmente por Harper Collins Publishers Ltd.

El autor manifiesta su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra.

Impreso en los talleres de Quebecor World.

ISBN: 84-666-1044-8 Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

- PREFACIO.
- CAPÍTULO UNO.
 - Una niñez feliz.
- CAPÍTULO DOS.
 - Academias militares.
- CAPÍTULO TRES.
 - El joven reformador.
- CAPÍTULO CUATRO.
 - Fracaso en Córcega.
- CAPÍTULO CINCO.
 - Salvando la Revolución.
- CAPÍTULO SEIS.
 - Enamorado.
- CAPÍTULO SIETE.
 - Josefina.
- CAPÍTULO OCHO.
 - La campaña de Italia.
- CAPÍTULO NUEVE.
 - Los frutos de la victoria.
- CAPÍTULO DIEZ.
 - Mas allá de las pirámides.
- CAPÍTULO ONCE.
 - Una nueva Constitución.
- CAPÍTULO DOCE.
 - El primer cónsul.
- CAPÍTULO TRECE.

La reconstrucción de Francia.

CAPÍTULO CATORCE.

La apertura de las iglesias.

CAPÍTULO QUINCE.

¿Paz o guerra?.

CAPÍTULO DIECISÉIS.

Emperador de los franceses.

CAPÍTULO DIECISIETE.

El imperio de Napoleón.

CAPÍTULO DIECIOCHO.

Amigos y enemigos.

CAPÍTULO DIECINUEVE.

El estilo imperio.

CAPÍTULO VEINTE.

El camino a Moscú.

CAPÍTULO VEINTIUNO.

La retirada.

CAPÍTULO VEINTIDÓS.

Eiderrumbe.

CAPÍTULO VEINTITRÉS.

La abdicación.

CAPÍTULO VEINTICUATRO.

Soberano de Elba.

CAPÍTULO VEINTICINCO.

Ciento treinta y seis días.

CAPÍTULO VEINTISÉIS.

La última batalla.

CAPÍTULO VEINTISIETE.

El fin.

APÉNDICE.

Prefacio

Cuando Napoleón pisó por primera vez la cubierta de una nave de guerra inglesa observó a los marineros que recogían el ancla y desplegaban las velas, y le pareció que ese barco era un lugar mucho más tranquilo que una nave francesa.

El libro que aquí comienza es más tranquilo que la mayoría de las obras acerca de Napoleón, en el sentido de que hay menos fuego de artillería. Es una biografía de Napoleón, no una historia del período napoleónico, y creo que como biografía debe referirse a los hechos que ilustran el carácter. No todas las batallas de Napoleón satisfacen ese requisito, y el propio Napoleón declaró que en~el campo de batalla él no representaba más que la mitad del asunto: «El ejército es el factor que gana la batalla.» Pero ¿por qué presentamos una nueva biografía? Por dos razones. En primer lugar, desde 1951 ha llegado a conocerse un material nuevo muy importante, no en el sentido de que agregue detalles especiales aquí o allá, sino porque nos obliga a enfocar de un modo esencialmente distinto a Napoleón como hombre. Nos referimos a los Cuadernos de Notas de Alexandre des Mazis, el amigo más íntimo de Napoleón durante su juventud; las cartas de Napoleón a Désirée Clary, la primera mujer de su vida; las Memorias de Louis Marchand, valet de Napoleón; y el diario bosweiliano del general Bertrand en Santa Helena. Salvo la última parte del diario de Bertrand, nada de todo esto ha sido publicado en Inglaterra. También es importante la sección central, que faltó durante mucho tiempo, del relato autobiográfico de Napoleón titulado Clisson et Eugenio, una obra en la cual un frustrado oficial joven de veinticinco años volcó sus aspiraciones, y que se publica aquí por primera vez.

La segunda razón es más personal. Se ha escrito mucho acerca de la vida de Napoleón, y aunque parezca presuntuoso, me sentí insatisfecho con la imagen que se ofrece de él. No pude hallar en todo ello a un hombre vivo y real. A mi entender, había evidentes contradicciones de carácter. Tomemos un ejemplo entre muchos. Los biógrafos repiten la frase de Napoleón: «La amistad no es más que una palabra. No profeso amor a nadie.» Pero al mismo tiempo, era

obvio, a juzgar por las páginas escritas por el mismo Napoleón, que él tenía muchos amigos íntimos, creo que más que cualquier otro gobernante de Francia, y que sentía por ellos tanto afecto como ellos por Napoleón. Muchos biógrafos se sintieron visiblemente consternados por esta aparente contradicción, y trataron de explicarla diciendo que Napoleón era diferente de otros hombres: «Napoleón fue un monstruo de egoísmo», o «Napoleón fue un monstruo de falsedad».

Por una parte, no creo en los monstruos. Como dije, deseaba describir a un Napoleón a quien pudiese representar como un ser vivo y real.

Naturalmente, sabía que era lógico esperar la formulación de opiniones muy discrepantes acerca de la vida pública de Napoleón; pero no había motivos para presumir la existencia de divergencias en relación con aspectos de su vida personal. De manera que comencé a examinar las fuentes. Comprobé que un número sorprendente de las fuentes de uso corriente tenían, para decirlo con la mayor discreción posible, un valor dudoso. La frase de Napoleón, «La amistad no es más que una palabra», aparece únicamente en las Memorias de Bourrienne, ex secretario de Napoleón. Ahora bien, Bourrienne estafó medio millón de francos a Napoleón; como castigo fue enviado al extranjero, allí estafó otro millón, y finalmente fue relevado de su cargo. Después de la caída de Napoleón se unió a los Borbones, pero nuevamente hubo que despedirlo por su deshonestidad. Para ayudarse a pagar las deudas contraídas decidió publicar sus Memorias. Pero Bourrienne no las escribió, solamente suministró las notas utilizadas en una parte del trabajo, y la redacción estuvo a cargo de un periodista que simpatizaba con los Borbones. Poco después de la publicación, fue necesario encerrar a Bourrienne en un manicomio. Inmediatamente después de sus Memorias apareció un grupo de hombres que conocían los hechos, y que publicaron un libro de setecientas veinte páginas consagrado totalmente a corregir los errores de hecho de Bourrienne. Reconocemos que éste es un ejemplo extremo, pero hay ocho memorias más que no serían aceptadas como pruebas razonables por el jurado de un tribunal inglés; sin embargo, han sido utilizadas insistentemente por los biógrafos.

Mientras continuaba mi evaluación crítica de las fuentes —que aparece en el Apéndice— pude aclarar muchas de las contradicciones que me habían desconcertado. Pero en el curso de este proceso, comprobé que tenía que modificar mi opinión anterior de Napoleón.

Comenzaron a perfilarse cualidades y defectos distintos, y entonces llegó a la conclusión de que intentaría escribir una nueva biografía de Napoleón, una de las primeras que se basarían en una evaluación crítica de las fuentes, y que también combinaría el nuevo material al que me he referido antes.

Se ocuparía más de las cuestiones civiles que de las militares, porque el propio Napoleón consagró más tiempo a los temas civiles. Incluso cuando era teniente segundo, Napoleón se ocupaba más de los progresos sociales en su país que de las conquistas en el exterior, y aunque las circunstancias lo forzaron a combatir durante la mayor parte de su reinado, siempre insistió en que él era esencialmente un estadista. Al describir la labor constructiva de Napoleón, e incluso sus intenciones frustradas, he aprovechado, siempre que me fue posible, los diarios o las Memorias de los hombres que lo conocieron mejor: como Desaix en Italia, Roerderer durante el Consulado o Caulaincourt durante los últimos años del Imperio.

Napoleón soñó cierta vez que un oso lo devoraba. Éste, y dos sueños más —en uno se ahogaba y el otro se refería a Josefina— es todo lo que sabemos acerca de su vida onírica. Pero entre otras cosas Napoleón era una rata de biblioteca. Durante sus momentos de ocio, fuese en Malmaison o en campaña, generalmente podía véselo enfrascado en un libro, y sabemos exactamente cuáles eran los libros y las obras teatrales que lo conmovían. Examino esta cuestión con cierto detalle, en la creencia de que, a semejanza de los sueños, iluminan los anhelos y los temores de nuestro personaje.

He utilizado los siguientes manuscritos pertenecientes a colecciones públicas: en la Bibliothéque Thiers la abundante colección formada por Frédéric Masson, que incluye el diario del doctor James Verling, que vivió en Longwood de julio de 1818 a septiembre de 1819, y el ejemplar original del diario de Gourgaud: ambos materiales suministran valiosos detalles acerca de la salud y la moral de Napoleón; en el Institut de France, los papeles de Cuvier, que revelan de qué modo Napoleón organizó la educación; en la Public Record Office, los despachos de Lowe a lord Bathurst y los documentos del Foreign Office relacionados con Suiza, que aclaran la ruptura del Tratado de Amiens; en el Museo Británico, dos breves autógrafos de Napoleón; los papeles Windham, que revelan la estrecha relación entre la clase gobernante inglesa y los emigrados franceses; y los papeles Liverpool, sobre todo Add. MS. 38.569, el volumen de cartas cifradas de Drake, en Munich, a Hawkesbury, para mantenerlo al tanto de la conspiración destinada a derrocar a

Napoleón; y el diario y los informes del capitán Nicholls, en Santa Helena.

Deseo agradecer la generosa ayuda del doctor Frank G. Healey, del doctor Paúl Arrighi, de monsieur Etienne Leca, Conservateur de la Bibliothéque Municipale de Ajaccio, de monsieur J. Leblanc del Musée de Ajaccio, del señor Nigel Samuel, que amablemente me permitió utilizar su manuscrito de parte de Clisson et Eugénie, de madame L.

Hautecoeur de la Bibliothéque del Institut de France, de mademoiselle Hélène Michaud de la Bibliothéque Thiers, de la señorita Banner del Royal College of Music, de la señora Barbara Lowe, que dactilografió el libro; y en relación con una serie de detalles acerca de la vida de Napoleón, a mi amigo el señor Basil Rooke-Ley.

CAPÍTULO UNO

Una niñez feliz

La mañana del 2 de junio de 1764 las campanas de bronce de la catedral de Ajaccio comenzaron a repicar, y las personas importantes de la pequeña localidad —terratenientes, oficiales militares, jueces y notarios— con sus esposas ataviadas con vestidos de seda, ascendieron los cinco peldaños que llevaban al podio frente a la catedral, atravesaron la puerta y ocuparon sus lugares para asistir a la boda más elegante del año. Carlo Buonaparte, de Ajaccio, un abogado alto y delgado, de dieciocho años, desposaba a la bella Letizia Ramolino, de catorce, también natural de Ajaccio. Como todos sabían, se trataba de una unión por amor. Carlo había estado estudiando derecho en la Universidad de Pisa y de pronto, sin haberse diplomado, viajó en barco a su hogar para proponer matrimonio a Letizia, y fue aceptado. En el continente, los matrimonios de la clase alta eran asuntos que se resolvían en función de la cuna y el dinero, pero en la Córcega poco refinada solían ser cosas del corazón. Lo cual no significa que esa boda fuese insatisfactoria desde el punto de vista del linaje y el patrimonio. Lejos de ello.

Los Buonaparte vivían originariamente en Toscana. Un oficial militar llamado Hugo aparece mencionado en un acta de 1122, donde se afirma que combatió al lado de Federico el Tuerto, duque de Suabia, para someter a Toscana; y el sobrino de Hugo, cuando se convirtió en miembro del Consejo que gobernaba Florencia, adoptó el apellido Buonaparte, que significa «buen partido». Con esa expresión se designaba a los hombres del emperador, a los que defendían las proezas caballerescas y la unidad de Italia contra el partido papal, que incluía a la nueva clase de los comerciantes. Pero el «buen partido» perdió el poder, y Hugo Buonaparte se vio obligado a salir de Florencia. Fue a vivir a la ciudad genovesa de Sarzana. Durante la turbulenta primera mitad del siglo XVI, uno de los descendientes de

Hugo, cierto Francesco Buonaparte, partió de Sarzana para buscar fortuna en Córcega, donde se había iniciado la colonización genovesa, y allí la familia de Francesco adquirió prestigio, principalmente en la condición de abogados que se mostraron activos en el gobierno local.

Los Ramolino descendían de los condes de Collalto, en Lombardía, y llevaban en Córcega 250 años. A semejanza de los Buonaparte, se habían vinculado, por matrimonio principalmente, con otras antiguas familias de origen italiano, y los hijos solían incorporarse al ejército.

El padre de Letizia había mandado la guarnición de Ajaccio, y después fue inspector general de Caminos y Puentes, un cargo poco exigente, pues su Córcega prácticamente carecía de ambas cosas. Falleció cuando Letizia tenía cinco años, y dos años después la madre de la niña desposó al capitán Franz Fresch, oficial suizo que servía en la marina genovesa.

El padrastro suizo fue quien concedió la mano de Letizia.

También desde el punto de vista material la pareja cumplía los requisitos. Carlo, cuyo padre había fallecido cuatro años antes, aportó a su esposa la casa de la familia en la vía Malerba, dos de los mejores viñedos cerca de Ajaccio, y algunos pastizales y tierras de cultivo; a su vez, la dote de Letizia estaba formada por quince hectáreas y media, un molino y un gran horno para cocer pan, todo evaluado en 6.705 libras. Como la propiedad de Carlo probablemente valía más o menos lo mismo, la joven pareja podía prever un ingreso anual de alrededor de 670 libras, principalmente en especies, equivalentes a 700 libras esterlinas actuales.

De modo que el airoso joven desposó a la bella hija del oficial militar, y después de que se marchó el último invitado la llevó a vivir a la planta alta de su espaciosa casa, con ventanas que daban a la calle estrecha, cerca del mar. En la planta baja vivían la madre de Carlo y el rico tío Luciano, un hombre aquejado por la gota que ocupaba el cargo de archidiácono de Ajaccio; en la planta alta vivían algunos primos, que a veces podían mostrarse difíciles. Letizia era esbelta y menuda, medía poco más de un metro cincuenta. Sus ojos eran oscuros, los cabellos castaños, los dientes blancos; y poseía dos rasgos de linaje: una nariz fina de delicado puente y largas manos blancas. A pesar de su belleza, era sumamente tímida, a veces hasta el extremo de mostrarse torpe. También podía considerársela desusadamente devota, incluso para tratarse de una corsa. Asistía a misa todos los días, práctica que habría de conservar a lo largo de su vida.

En este momento Córcega atraía la atención a causa de sus esfuerzos para conquistar la independencia. En 1755 un alférez de veintinueve años de la Guardia Corsa que servía al rey de Napoles, un hombre llamado Pasquale Paoli, regresó a la isla, se puso al frente de las guerrillas y expulsó a los genoveses de todo el territorio central de Córcega, obligándolos a encerrarse en unos pocos puertos, entre ellos Ajaccio.

Después, dio a los corsos una constitución democrática, él mismo ocupó el cargo de presidente, y procedió a gobernar sensatamente. Eliminó a los bandidos, construyó algunos caminos y fundó escuelas e incluso una pequeña universidad.

Como todos los corsos, Carlo Buonaparte detestaba el dominio genovés, que imponía pesados gravámenes a los corsos y reservaba los mejores empleos para los antiguos nobles genoveses. Deseaba que su país conquistase la libertad total y, lo que es más, estaba dispuesto a actuar en ese sentido. Era demasiado joven para presentarse candidato a un cargo o incluso para votar, pero visitó a Paoli, y dos años después de su matrimonio llevó consigo a Letizia en un viaje de tres días a caballo hasta Corte, la capital y fortaleza de Paoli. En general, Letizia salía sólo para asistir a misa y es evidente que Carlo quiso mostrar públicamente a su notable y joven esposa.

Paoli era un hombre corpulento, de cabellos rubios rojizos y penetrantes ojos azules. Vivía en una casa guardada por cinco grandes perros, y él mismo se parecía un tanto a un mastín amistoso. Con su uniforme verde bordado de oro, iba y venía todo el día, caminaba de un extremo al otro de la habitación, vibrante de energía, gritando a su secretario o citando a Livio y a Plutarco. Extraía su fuerza de los clásicos, como otros hombres la obtienen de la Biblia, y solía decir: «Desafío a Roma, a Esparta o a Tebas a que me muestren treinta años de tanto patriotismo como el que late en Córcega».

Paoli era un solterón de cuarenta y un años, y además vivía sólo para la independencia corsa. Pero tomó aprecio a la tímida Letizia, al extremo de que al atardecer interrumpía su paseo, acercaba una silla y jugaba a reversi —un juego de naipes— con ella. Letizia ganaba con tanta frecuencia que Paoli le dijo que llevaba el juego en la sangre.

Paoli todavía tenía muchos rasgos del jefe guerrillero. Explicó a Carlo que se proponía lanzar un ataque de distracción sobre la cercana isla genovesa de Capraia, de modo que las tropas genovesas

que ocupaban los puertos corsos marcharan presurosas en defensa de Capraia.

Esta iniciativa irritaría al Papa, que inicialmente había entregado Córcega y Capraia a Genova, y Paoli pidió a Carlo que viajase a Roma como embajador con el fin de impedir que se tomasen represalias. Era un honor, una señalada muestra de confianza en el joven Carlo, que entonces tenía veinte años.

Letizia quedó en compañía de la madre de Carlo cuando él partió en dirección a Roma. Se le había encomendado una tarea nada fácil, pues los cinco obispos de Córcega, todos designados en Genova, enviaron a Roma informes contrarios a Paoli. Pero Carlo era buen conversador, y sus modales corteses suscitaron una impresión favorable. Explicó tan eficazmente la política de Paoli que Roma se abstuvo de tomar represalias. No obstante comprobó que la Ciudad Santa era sumamente cara, y para volver al hogar tuvo que pedir prestado el importe del pasaje a un corso llamado Saliceti, uno de los médicos del Papa.

De regreso en Ajaccio, Carlo pudo sentirse satisfecho. La tarea que había realizado satisfizo a Paoli y —quizá las partidas de reversi tuvieron algo que ver en el asunto— la gente decía que veía en Carlo a su probable sucesor. Después de haber afrontado la tristeza de perder primero a un varón, y después a una niña en la infancia, Letizia fue la orgullosa madre de un hijo saludable llamado Giuseppe.

Del mismo modo súbito que rompe la tormenta en Córcega, esta felicidad se desvaneció. En cierto sentido, Paoli había tenido demasiado éxito, pues los genoveses, al comprender que el juego había terminado, decidieron vender Córcega. El comprador fue el rey de Francia, Luis XV.

Poco ames había perdido Menorca, y ansiaba restablecer su poder en el Mediterráneo. Firmó el acta de compra en Versalles, el 15 de mayo de 1768, e inmediatamente trazó planes con el fin de tomar posesión de la isla.

Los corsos celebraron reuniones urgentes. En esa época eran 130.000, un pueblo orgulloso, de ojos brillantes, voz aguda, gestos energéticos.

El corso típico vestía chaqueta corta, pantalones de montar y largas polainas de áspera pana color chocolate; se cubría la cabeza con un gorro puntiagudo de terciopelo negro, cruzaba sobre los hombros un mosquete cargado y llevaba las municiones en un zurrón de cuero. Vivía en una casa de piedra, sin ventanas, iluminada de noche por una llameante rama de pino, y en un rincón guardaba un

montón de castañas que molía para preparar su pan. Recogía olivas y uvas de sus propios olivares y viñedos, y cazaba animales —principalmente perdices y jabalíes— con su propia arma. Por lo tanto, no necesitaba trabajar en los campos, y entendía que esa labor lo rebajaba. Tenía pocas necesidades, y como apenas se conocía la moneda, la idea de acumular riqueza no lo tentaba.

Por otra parte poseía, en grado poco usual, el sentido de la independencia. De ahí que se mostrase sumamente seguro, y por la misma razón tuviese un concepto cabal de su propia importancia.

A la cabeza de estos hombres, Paoli decidió resistir a los franceses.

Carlo adoptó la misma actitud. Convocaron grandes asambleas; en una de ellas Carlo pronunció un discurso apasionado y muy sincero: «Si la libertad estuviese al alcance de la mano, todos serían libres, pero una adhesión inflexible a la libertad, que se eleva por sobre todas las dificultades y se basa en hechos y no en apariencias, rara vez se manifiesta en los hombres, y por eso, quienes poseen dicha cualidad merecen que se les considere prácticamente sobrehumanos», precisamente lo que los isleños pensaban de Paoli. En el curso de esa asamblea la mayoría votó en favor de la resistencia, y los hombres se dispersaron gritando «Libertad o muerte».

En agosto de 1768 los buques de guerra franceses desembarcaron 10.000 soldados en Bastía, en el extremo de la isla opuesto a Ajaccio.

Carlo marchó deprisa a las montañas para reunirse con Paoli. Letizia lo acompañó para cuidarlo en caso de que fuese herido. Con excepción de Paoli, las guerrillas corsas carecían de uniforme, y no tenían cañones; cargaban, no al son de pífanos y tambores, sino respondiendo a la nota aguda y obsesiva de las conchas de Tritón. Nada sabían de disciplina, pero en efecto, conocían cada rincón de la tierra, el espeso matorral de arrayán, madroño, retama, y otras plantas aromáticas que cubren las colinas corsas. Paoli los llevó a la victoria y capturó 500 prisioneros.

Los franceses debieron retirarse y su comandante, Chauvelin, renunció avergonzado.

La primavera siguiente los franceses volvieron, esta vez con una fuerza de 22.000 hombres, dirigidos por el eficaz conde de Vaux. De nuevo Carlo salió al campo y Letizia lo acompañó. Estaba embarazada, y llevaba a su hijito en brazos. La joven acampó en una caverna de granito del pico más alto de Córcega, el Monte Rotondo, mientras Carlo dirigía a sus hombres contra los franceses. A veces,

ella salía para mirar: «Las balas, silbaban junto a mis oídos, pero yo confiaba en la protección de la Virgen María, a quien había consagrado mi hijo aún no nacido.» Los corsos lucharon tenazmente. Ese año y el precedente mataron o hirieron por lo menos a 4.200 franceses. Pero la desventaja numérica era excesiva, y el 9 de mayo Paoli fue derrotado decisivamente en Ponte Nuovo. Carlo continuaba ofreciendo resistencia en Monte Rotondo cuando dos semanas después llegó un oficial francés portando una bandera blanca. Dijo a Carlo que Corte estaba en poder de los franceses, y que la guerra había terminado. Paoli había decidido exiliarse en Inglaterra. Si Carlo y sus camaradas regresaban a sus hogares no se los molestaría.

Carlo y Letizia fueron a Corte. Allí, el conde de Vaux, que había llegado a sentir un saludable respeto por los corsos, les aseguró que los franceses venían, no como opresores, sino como amigos. Carlo afrontaba una decisión difícil: ¿debían él y Letizia exiliarse con Paoli? Despues de todo, él mismo era uno de los lugartenientes de confianza de Paoli.

Quizá los ingleses los ayudarían a conquistar la libertad, a pesar de que las apelaciones a Inglaterra no habían logrado que los apoyase en esa guerra. ¿O debían aceptar la nueva situación? A diferencia de Paoli, Carlo era un hombre de familia, y comprendió que ganarse la vida en el extranjero como abogado sería muy difícil. Paoli era un idealista «sobrehumano» por su consagración a la libertad, pero Carlo tenía un sesgo más práctico. Dos veces había arriesgado la vida en defensa de la libertad de Córcega. Era suficiente. Permanecería en Ajaccio. Pero se separó cordialmente de Paoli y llegó a Bastía para despedirlo cuando se embarcó en un buque de guerra inglés con otros trescientos cuarenta corsos que preferían el exilio antes que el dominio francés.

Con el corazón oprimido, Carlo y Letizia reanudaron la vida en Ajaccio. La nueva guarnición francesa arrió la bandera corsa—una cabeza de moro con una cinta ciñéndole la frente sobre fondo de plata— e izó su bandera azul con flores de lis blancas. El francés fue el nuevo idioma oficial, y mientras Carlo comenzaba a aprenderlo, Letizia esperaba al niño que, como consecuencia de la decisión de Carlo, nacería no como un corso en Londres, sino como un francés en Ajaccio. Julio dejó paso a agosto, un mes de calor agobiante en el pequeño puerto de mar protegido de las brisas. El 15 de agosto es la fiesta de la Asunción, y Letizia, tan devota de la Virgen María, insistió en ir a la catedral para asistir a misa. La misa había comenzado cuando sintió las primeras señales del parto. Con la ayuda de su

eficiente cuñada, Geltruda Paravicini, regresó a su casa, a un minuto de camino. No tuvo tiempo de subir a la planta alta para acostarse y se echó en el sofá de la planta baja mientras Geltruda llamaba al médico.

En el sofá, poco antes del mediodía y casi sin dolor, Letizia dio a luz un varón. Nació con una membrana amniótica —es decir, parte de la membrana le cubría la cabeza—, y eso en Córcega, lo mismo que en muchos lugares, es interpretado como un signo de buena suerte.

Más tarde, llegó un sacerdote de la catedral para bautizar al niño.

Seguramente esperaba que incluiría entre sus nombres el de María, pues Letizia lo había consagrado a la Virgen María, y el pequeño había nacido precisamente cuando se celebraba la festividad principal de la Virgen; además era bastante usual agregar el nombre de María al principal:

por ejemplo, Carlo era Carlo María. Pero los padres no se sintieron inclinados hacia nada que representase un toque femenino. El niño a quien Letizia había llevado gallardamente en su seno, al lado de su marido guerrero, tendría un solo nombre. Napoleón, por uno de los tíos de Letizia que había combatido a los franceses y fallecido poco antes.

Inicialmente, Napoleón era el nombre de un mártir egipcio que murió en Alejandría durante el régimen de Diocleciano. Letizia lo pronunciaba con una «o» corta, pero en la mayoría de los labios corsos sonaba como Nabullione.

Es posible que la excitación y la fatiga soportada en las montañas determinasen que el niño naciese antes de tiempo; en todo caso, no era robusto. Letizia lo amamantó ella misma y además empleó a una robusta campesina como nodriza; era la esposa de un marinero, y se llamaba Camilla Ilari. De modo que el niño no careció de leche. Recibió los cuidados de una madre que ya había perdido dos hijos, y cuando lloraba lo mecía en su cuna de madera. Estas atenciones, unidas al clima saludable de Ajaccio y el aire del mar produjeron el efecto deseado, y el niño que había nacido debilucho empezó a convertirse en un infante robusto.

Si Giuseppe, el hermano mayor, era un ser tranquilo y equilibrado, Napoleón siempre se mostró desbordante de energía y curiosidad, de modo que los visitantes acabaron llamándolo Rabulione, «el que se entromete en todo». Tenía una naturaleza generosa y solía compartir los juguetes y las golosinas con otros niños sin pedir nada a cambio, pero siempre estaba dispuesto a pelear. Le gustaba meterse con

Giuseppe, que le llevaba diecinueve meses; agarrando cada uno al cuello del otro, y a menudo el hermano menor vencía. Es evidente que Letizia pensaba en el belicoso Napoleón cuando retiró todos los muebles de una habitación, de modo que los días lluviosos los varones podían hacer lo que se les antojaba, incluso ensuciar las paredes.

Napoleón creció en una atmósfera de seguridad y afecto. Sus jóvenes padres se amaban, y ambos amaban a los niños. Más tarde, Carlo, precisamente por su condición de corso, tendría derecho de vida y muerte sobre sus hijos, pero en la infancia tocaba a la madre administrar disciplina. Cuando Carlo intentaba disimular las faltas de los varones, Letizia decía: «Déjalos en paz. No es asunto tuyo, sino mío.» Letizia era una mujer escrupulosamente limpia, y obligaba a sus hijos a bañarse todos los días. Napoleón no se oponía al baño, pero sí a la idea de asistir a la misa excesivamente prolongada del domingo. Si intentaba evitarla, recibía un buen azote de Letizia.

Los alimentos que tomaba provenían, sobre todo, de la tierra de sus padres; «los Buonaparte —decía orgulloso el archidiácono Lucciano—, nunca pagaron el pan, el vino y el aceite». Se hacía el pan con el trigo molido en el molino que había sido parte de la dote de Letizia. La leche era de cabra, el queso, uno cremoso, también de cabra llamado bruccio.

No había mantequilla, pero sí abundancia de aceite de oliva; poca carne pero mucho pescado fresco, incluso atún. Todos los productos eran de buena calidad y nutritivos. Napoleón se interesaba poco por los alimentos, excepto por las cerezas negras que le gustaban muchísimo.

Cuando cumplió cinco años, lo enviaron a una escuela diurna mixta dirigida por monjas. Por la tarde llevaban a pasear a los niños, y en esas ocasiones a Napoleón le gustaba cogerse de la mano con una niña llamada Giacominetta. Los otros niños advirtieron el hecho, y también que Napoleón, descuidado en el vestido, siempre tenía caídos los calcetines. De modo que lo seguían gritando:

Napoleone di mezza calceta.
Fa l'amore a Giacominetta.

Los corsos detestan que se burlen de ellos, y en ese aspecto Napoleón era un corso típico. Recogía palos o piedras, se abalanzaba sobre los burlones, y comenzaba otra riña.

De las monjas. Napoleón pasó a una escuela diurna para varones dirigida por el padre Recco. Allí aprendió a leer y escribir en italiano, pues las innovaciones francesas no afectaron a las escuelas. Una de las asignaturas que más le gustaron fue la aritmética. Incluso realizaba sumas fuera de clase, sólo por placer. Cierta día, cuando tenía ocho años, fue en coche con un agricultor local para inspeccionar un molino. Después de que el agricultor le explicara cuánto trigo podía molerse en una hora, Napoleón calculó las cantidades correspondientes a un día y a una semana. También calculó el volumen de agua necesario para mover las piedras de moler.

Durante las prolongadas vacaciones estivales la familia se trasladaba, llevando consigo sus colchones, a una de las casas de labranza que estaban cerca del mar o en las colinas. Allí, Napoleón daba largos paseos con su energética tía Geltruda, que no tenía hijos y a quien le agradaba enseñar agricultura al niño. De este modo conoció los rendimientos del cereal, el modo de plantar y podar las viñas, y el daño infligido a los olivos por las cabras del tío Lucciano.

Las familias corsas del tipo de los Buonaparte ocupaban una posición social muy peculiar. Tanto Carlo como Letizia eran de noble cuna, es decir, durante 300 años la mayoría de sus antepasados se había casado con iguales, y aunque no había consanguinidad, en cada nueva generación podía esperarse que existiese cierto refinamiento físico y mental. Pero se distinguían del resto de la nobleza europea en que no eran ricos y no tenían privilegios. Pagaban impuestos como todos, y los trabajadores los llamaban por sus nombres de pila. La casa que ocupaban en Ajaccio era más espaciosa que la mayoría, pero no exhibía diferencias esenciales, no había retratos de familia colgados de las paredes, ni lacayos que se inclinases reverentes. Mientras sus homólogos continentales, excedidos de peso y débiles de carácter, buscaban un mundo de fantasía en las novelas sugestivas y los bailes de máscaras, la nobleza corsa no tuvo más remedio que permanecer cerca de la tierra. Sus miembros eran más sencillos y espontáneos: un pequeño ejemplo es que los miembros de una familia se besaban en la boca. Como carecían de los adornos externos, prestaban más atención a las características interiores de la nobleza. Los Buonaparte creían —y enseñaron a creer a Napoleón— que el honor es más importante que el dinero, la fidelidad más que la autocomplacencia y el valor más que cualquier otra cosa del mundo. Sobre la base de su experiencia, Letizia dijo a Napoleón: «Cuando crezcas, serás pobre. Pero es mejor

tener una buena habitación para recibir a los amigos, un buen traje y un hermoso caballo, de modo que tengas una apariencia altiva, aunque tengas que vivir de pan seco.» A veces ordenaba a Giuseppe y a Napoleón que se acostaran sin cenar, no como castigo sino para acostumbrarlos a «soportar la incomodidad sin demostrarlo».

En Francia, Italia o Inglaterra, Napoleón habría crecido con unos pocos amigos de su misma categoría social, pero en Córcega todos alternaban en pie de igualdad. Tenía estrechas relaciones con Camila, su nodriza, y sus mejores amigos eran los hijos de Camila. En las calles de Ajaccio y en el campo, jugaba con corsos de todos los niveles. Recibía instrucción, no de un tutor extranjero, sino de corsos. Aunque sólo dos de sus ocho bisabuelos tenían un linaje principalmente corso, Napoleón heredó o adquirió una serie de actitudes y valores corsos.

El más importante fue el sentido de justicia. Durante siglos este había sido uno de los principales rasgos en el carácter corso, pues incluso lo mencionan algunos autores clásicos. Tenemos un ejemplo de lo que afirmamos extraído del período en que Napoleón asistía a la escuela. Los varones se dividían en dos grupos: romanos y cartagineses; las paredes de la escuela estaban adornadas con espadas, escudos y estandartes, fabricados con madera o cartulina, y el grupo que había trabajado mejor arrebataba un trofeo al otro. Incluyeron a Napoleón en el grupo de los cartagineses. No sabía mucha historia, pero por lo menos sabía que los romanos habían derrotado a los cartagineses. Deseaba pertenecer al equipo ganador. Sucedió que Giuseppe era romano, y Napoleón finalmente convenció a su tolerante hermano de que cambiase los lugares.

Fue romano, y debería haberse sentido satisfecho. Pero al reflexionar, llegó a la conclusión de que se había mostrado injusto con Giuseppe.

Comenzó a sentirse acosado por el remordimiento. Finalmente, habló con su madre, y volvió a tranquilizarse sólo cuando ella lo reconfortó.

Otro ejemplo tiene que ver con su padre. A Carlo le agradaba ir de vez en cuando a uno de los cafés de Ajaccio para tomar una copa con sus amigos. A veces jugaba a los naipes por dinero, y si perdía disminuían los recursos que Letizia necesitaba para llevar la casa. La madre solía decirle a Napoleón: «Ve a ver si tu padre está jugando.» Y él tenía que obedecer.

Detestaba la idea de espiar, y espiar a su propio padre repugnaba a su sentido de justicia. Adoraba a su madre, pero a lo largo de toda su vida fue una de las pequeñas cosas que le reprochó.

Bajo el dominio genovés la justicia había sido venal, de manera que los corsos decidieron tomarse la justicia por su mano, y crearon una suerte de justicia bárbara: la venganza. El corso enseñaba a sus hijos a creer en Dios y la Iglesia, pero omitía el precepto acerca del perdón de las injurias, más aún, les decía que era necesario vengar los insultos.

Como el corso se mostraba sumamente sensible a todo lo que dañase su propia dignidad, rápidamente aparecía la vendetta, que era la maldición de la isla. Un observador señaló que «se considera deshonrado al corso que no venga la muerte de su primo décimo. Los que creen que su honor está herido se dejan crecer la barba... hasta que vengan la afrenta. Estas barbas largas reciben el nombre de barbe di vendetta*. La venganza era la faz sombría del orgullo masculino y el sentido de justicia de los corsos; Carlo tenía esa característica, y lo mismo le sucedía a su hijo.

En este mundo de súbitos asesinatos entre las montañas, la gente vivía aterrorizada por el mal de ojo, los vampiros y los encantamientos.

Cuando oía noticias sorprendentes, Letizia se persignaba deprisa y murmuraba «Jesús!», una costumbre imitada por su hijo. Por otra parte los corsos tenían una obsesión un tanto enfermiza por la muerte violenta. Gran parte de su poesía cantada adoptaba la forma de endechas al hermano querido, acuchillado o baleado súbitamente. Había muchas historias de fantasmas, escuchadas y recordadas por Napoleón. Había relatos inquietantes acerca de la muerte y sus presagios; cuando alguien estaba destinado a morir, una pálida luz sobre el techo de la casa lo anunciaba; el buho chillaba la noche entera, el perro aullaba, y a menudo se oían los sones de un tamborillo tocado por un espectro.

Entretanto, Carlo se adaptaba bien al dominio francés. Se dirigió a Pisa para obtener su diploma en leyes, y en 1771, cuando los franceses dividieron a Córcega en once distritos legales, Carlo recibió el cargo de asesor del distrito de Ajaccio. Tenía que ayudar al juez tanto en los casos civiles como en los criminales, y reemplazarlo cuando era necesario.

Recibía un sueldo de 900 libras anuales. Poco después empleó a una niñera llamada Caterina para atender a los varones, y a dos

criadas que debían ayudar a Letizia en la cocina y el lavado de la ropa.

Carlo también ganaba dinero con su profesión de abogado, e incluso inició juicios por cuenta propia. Nunca había recibido la totalidad de la prometida dote de Letizia, y cuando Napoleón tenía cinco años Carlo promovió una acción, y ganó el caso. Obtuvo la venta pública, en el mercado de Ajaccio, de «dos barrilitos, dos cajones, dos recipientes de madera para llevar uvas, un cuenco para lavarse y una bañera, un gran barril, cuatro barriles medianos, seis barriles de poca calidad, etc.». Un mes más tarde Carlo advirtió que aún se le debía el precio de un buey:

setenta libras. Después de otra audiencia, se dictó un nuevo fallo que obligaba a la propiedad Ramolino a pagar «el precio del valor del buey demandado por Carlo Buonaparte».

En otra ocasión Carlo, basándose en el principio corso de que si uno no defiende sus derechos en las cosas pequeñas pronto los pierde en las importantes, promovió un juicio contra sus primos de la planta alta por «vaciar sus aguas sucias arrojándolas por la ventana», con lo cual habían arruinado uno de los vestidos de Letizia.

El litigio más importante de Carlo tuvo que ver con una propiedad en Mitelli. Había pertenecido a Paolo Odore, hermano de la tatarabuela de Carlo, un hombre que había fallecido sin dejar descendientes, y que había legado el fondo a los jesuítas. Como la orden de los jesuítas había sido suprimida poco antes, Carlo consideraba que la propiedad le pertenecía; pero las autoridades francesas se habían apoderado de esas tierras, y utilizaban las rentas para financiar escuelas. Carlo trató constantemente de demostrar su derecho legal a Mitelli, pero carecía de pruebas documentales, y cuando en 1780 comenzó a llevar un libro de cuentas y de fechas notables de la familia, exhortó a «los más dotados de sus hijos» a continuar las detalladas anotaciones; y en una alusión a Mitelli, a «vengar a nuestra familia por las tribulaciones que hemos sufrido en el pasado».

Carlo demostraba una admirable energía, pero su vida continuaba ajustándose al esquema del pasado. Gracias a los franceses, seguiría una dirección completamente nueva. Los franceses dividieron a la sociedad en tres clases: los nobles, los clérigos y los plebeyos. Este sistema bien definido fue aplicado en Córcega. Si un corso deseaba continuar haciendo política, como le sucedía a Carlo, ya no podía actuar con carácter individual, y debía desenvolverse como miembro de una de las tres clases.

Un corso cuya familia había vivido en la isla durante doscientos años y podía demostrar que había mantenido la condición de noble durante ese período, recibía privilegios análogos a los de la nobleza francesa, incluso la exención impositiva, y el derecho a sentarse con los nobles en la asamblea de la isla.

Carlo decidió aceptar esta oferta. Los Buonaparte se habían mantenido en contacto con la rama toscana de Florencia, y muy pronto Carlo pudo presentar once cuarteles de nobleza, siete más que el mínimo estipulado. Se lo anotó debidamente como corresponde a un noble francés, y ocupó su lugar cuando los Estados Generales corsos se reunieron por primera vez, en mayo de 1772. Sus colegas lo apreciaban, pues lo eligieron miembro del Consejo de Doce Nobles, que tenía voz en los asuntos de gobierno de Córcega.

Cuando tenía tres años, Napoleón seguramente advirtió cierto cambio en la apariencia de su padre. Carlo, un hombre de elevada estatura, se acostumbró a usar una peluca rizada y empolvada, adornada con una doble cinta de seda negra. Vestía chalecos bordados, elegantes pantalones hasta la rodilla, medias de seda y zapatos con hebilla de plata. Llevaba a la cintura la espada que simbolizaba su noble rango, y la gente local acabó llamándolo Buonaparte el Magnífico. También hubo cambios en la casa de la familia. Carlo construyó un salón donde podía ofrecer grandes cenas y fiestas, y compró libros, lo cual era una rareza en Córcega. Pronto tuvo una biblioteca de un millar de volúmenes. Así sucedió que Napoleón, a diferencia de sus antepasados, creció cerca de los libros y de su caudal de saber.

Cuando Napoleón tenía siete años, los corsos eligieron a su padre como uno de los tres nobles que debían transmitir los respetos de fidelidad de la isla al rey Luis XVI. De manera que Buonaparte el Magnífico marchó hacia el palacio de Versalles, donde conoció al balbuceante y bondadoso rey y quizás también a María Antonieta, que acostumbraba a importar arbustos floridos de Córcega para su jardín del Trianón. Durante esta visita, y la que hizo en 1779, Carlo intentó sin éxito que se lo compensara por el legado de Odine, pero en todo caso obtuvo un subsidio con destino a la plantación de moreras —se abrigaba la esperanza de iniciar la producción de seda en Córcega—. A su regreso, Carlo pudo vanagloriarse de que había hablado con Su Majestad, pero fue una vanagloria cara. «En París —escribió en su libro de cuentas—, recibí 4.000 francos del rey y un honorario de 1.000 coronas del gobierno, pero regresé sin un céntimo.».

Carlo podía tener la jerarquía de un noble francés, pero estaba lejos de ocupar una posición acomodada. En 1775, cuando Napoleón tenía seis años, nació un tercer hijo llamado Lucciano, y dos años después una hija, Marie Anne, de modo que tenía que mantener y educar a cuatro hijos con un sueldo de 900 libras. Como lo había comprobado a su propia costa, Francia era cara; sin duda, a lo sumo podía abrigar la esperanza de mantener a sus varones en la escuelita del padre Recco, y a los dieciséis años enviarlos a Pisa, el destino de muchas generaciones de Buonaparte, para estudiar leyes. Felizmente para Carlo y sus hijos, el problema pronto se resolvería de un modo imprevisto.

Paoli había salido de Córcega, y su lugar, el que correspondía al hombre más importante, fue ocupado por el comandante civil y militar francés, Louis Charles René, conde de Marbeuf. Nacido en Rennes en el seno de una antigua familia bretona en el año 1712, había ingresado en el ejército, y después de combatir valerosamente había alcanzado el grado de brigadier. Como era un hombre encantador e ingenioso, se convirtió en cortesano y llegó a ser ayudante del rey Estanislao I, el suegro polaco de Luis XV. Cuando fue designado gobernante virtual de Córcega, el ministro de Relaciones Exteriores le dijo: «Hágase amar por los corsos, y no descuide recurso para conseguir que amen a Francia.» Es precisamente lo que hizo Marbeuf. Rebajó los impuestos a sólo el 5 por ciento de la cosecha, aprendió la pronunciación corsa del italiano porque deseaba hablar con los campesinos, a veces vestía las telas que ellos tejían y el gorro puntiagudo de terciopelo; ordenó construir para su propia residencia una hermosa casa cerca de Corte, y agasajó generosamente, como sin duda podía hacerlo pues recibía un sueldo de 71.208 libras.

Los bretones y los escoceses tienen dos rasgos comunes: las gaitas y el talento para administrar las colonias. Cuando James Bosweil realizó su gira por Córcega, se alojó en casa de Marbeuf, y según él mismo dice pasó «de las montañas de Córcega a las orillas del Sena», y admiró la obra de ese «meritorio y generoso francés... alegre sin frivolidad y juicioso sin severidad». Bosweil enfermó, y fue atendido personalmente por Marbeuf sobre la base de una dieta de caldo y libros. Ciertamente, la bondad de Marbeuf tanto se destaca en Tour de Bosweil que hasta cierto punto estorba el propósito del libro, que era elogiar a los corsos «oprimidos».

Carlo también simpatizó con Marbeuf. Ambos deseaban mejorar la agricultura. Marbeuf introdujo la patata, y fomentó el cultivo del lino

y del tabaco. Ayudó a Carlo a obtener un subsidio de 6.000 libras con el fin de drenar una marisma salina cerca de Ajaccio y plantar cebada. Por su parte, Carlo logró que un comerciante de semillas se trasladase desde Toscana y sembrase ciertas verduras francesas desconocidas en Córcega:

coles, remolacha, apio, alcachofas y espárragos. Los dos hombres deseaban recuperar tierras y mejorarlas. Se estableció una amistad entre ellos, y cuando Carlo fue a Versalles, en 1766, defendió a Marbeuf contra ciertos críticos de la corte.

Como tantos bretones, los Marbeuf tenían una veta romántica. El padre de Marbeuf se había enamorado de Louise, hija de Luis XV, y en público depositó un beso sobre la mejilla de la princesa, y por ese acto una lettre de cachet lo envió a la cárcel. Marbeuf hijo tuvo que concertar un matrimonio de conveniencia con una dama mucho mayor que él, y su esposa no lo acompañó a Córcega. Después, él se enamoró de cierta madame de Varesne, y la tuvo como amante hasta 1776. Allí terminó la relación. Marbeuf tenía sesenta y cuatro años, pero sus inclinaciones románticas perduraban. Durante sus fiestas llegó a conocer a Letizia, que ya estaba en la veintena, y que fue descrita por un testigo ocular francés como «fácilmente la mujer más notable de Ajaccio». Pronto se enamoró locamente de ella. Fue una relación platónica, pues Letizia tenía ojos sólo para Carlo, pero determinó una diferencia muy importante en la suerte del joven Napoleón. En lugar de limitarse a ayudar a Carlo de tiempo en tiempo con sus plantaciones de moreras, Marbeuf se esforzaba todo lo posible en favor de la bella Letizia y sus hijos.

Marbeuf, sabedor de las dificultades financieras de Carlo, le informó de la existencia de una disposición en virtud de la cual los hijos de los nobles franceses empobrecidos podían recibir educación gratuita. Los varones destinados al ejército podían asistir a la academia militar y los que deseaban ingresar en la Iglesia podían ir al seminario de Aix, y las jóvenes a la escuela de madame de Maintenon en Saint-Cyr. Marbeuf tenía que recomendar al candidato, pero si Carlo y Letizia deseaban aprovechar el plan, podían contar con su apoyo.

Este ofrecimiento fue como la respuesta a una plegaria.

Se procedió a abandonar los imprecisos planes que contemplaban convertir en abogados a los dos varones mayores. Debían orientarse hacia la carrera militar o el sacerdocio. Carlo y Letizia llegaron a la conclusión de que Giuseppe, un joven tranquilo y bondadoso, tenía las virtudes propias de un sacerdote. No era el caso de Napoleón, a

quien había que castigar para que asistiese a misa. Fuerte y peleón, era más probable que tuviese el talento de los Ramolino para la carrera militar.

De modo que decidieron que Napoleón debía intentar el ingreso en la Academia Militar.

Marbeuf apoyó las peticiones de Carlo y envió los documentos a París, con testimonios en el sentido de que Carlo no podía pagar los gastos de educación. En 1778 llegaron las decisiones reales. Giuseppe podía ir a Aix, pero sólo cuando tuviese dieciséis años. Era evidente que hasta que llegase ese momento debía recibir cierta educación francesa, y Carlo no podía pagarla. Nuevamente intervino Marbeuf. Su sobrino era obispo de Autun, y el colegio de Autun era una excelente escuela, el Eton francés. Giuseppe podría asistir a ese instituto hasta que tuviese edad suficiente para ir a Aix, y Marbeuf, que no tenía hijos, se ocuparía de pagar los gastos. Con respecto a Napoleón, se lo aceptaba en principio en la Academia Militar de Brienne, aunque la confirmación definitiva tendría que esperar un nuevo certificado de nobleza, proveniente del especialista real en heráldica de Versalles. Los funcionarios de la corte eran notoriamente lentos, y el certificado podía tardar meses. Con los gastos de nuevo a cargo de Marbeuf, decidieron que Napoleón pasara esos meses en compañía de su hermano en Autun, con gran alivio por parte de Carlo y Letizia.

Carlo pudo ofrecer una pequeña muestra de su gratitud. Había sido líder guerrillero, abogado, agricultor y político, y se convirtió en poeta, quizás bajo la influencia de su nueva biblioteca. Cuando después de la muerte de su primera esposa, Marbeuf desposó a una joven dama, mademoiselle de Fenoy —aunque sin que se atenuara en lo más mínimo su amor por Letizia—, Carlo compuso y le presentó un soneto en italiano que copió orgullosamente en su libro de cuentas, al lado de las listas domésticas de productos del campo, ropa blanca, prendas de vestir y utensilios de cocina. Es un soneto bastante bueno que refleja el amor del propio Carlo a los niños y las esperanzas que depositaba en sus hijos. Formula el voto de que Marbeuf y su esposa pronto gozen de la bendición de un hijo, que arrancará lágrimas de alegría a sus ojos, y como prolongación de la encumbrada carrera de sus antepasados, derramará lustre sobre la flor de lis y el honor de los padres.

Napoleón, que tenía nueve años, muy bien podía sentirse complacido con la vida. Vivía en una hermosa casa levantada en la

ciudad más bonita de una isla de sorprendente belleza. Estaba orgulloso de que su familia hubiese luchado al lado de Paoli, pero era demasiado joven para experimentar resentimientos contra las tropas o los oficiales franceses, que en realidad invertían dinero en los planes de modernización de Córcega. Tenía hermanos y una hermana, y aunque no era el mayor, podía imponerse a Giuseppe si se trataba de reñir. Admiraba a su padre, que había alcanzado una cierta posición, y amaba a su madre, que, como él mismo decía, era «al mismo tiempo tierna y rigurosa». Sin duda le desagradaba la idea de abandonar el hogar, pero todos afirmaban que se le ofrecía una gran oportunidad, y él proyectaba aprovecharla todo lo posible. Cuando asistía a la escuela su madre solía entregarle un trozo de pan blanco para el almuerzo. En el camino lo cambiaba con uno de los soldados de la guarnición por el áspero pan negro. Como Letizia lo reprendió, Napoleón contestó que en vista de que sería soldado debía acostumbrarse a las raciones militares; y que de todos modos, prefería el pan negro al blanco.

Napoleón observaba a su madre, ya muy atareada con su pequeña hija, mientras ella preparaba y marcaba el gran número de camisas, cuellos y toallas exigidos por los pensionados. Además, Napoleón debía llevar un tenedor y una cuchara de plata y un vaso con las armas de los Buonaparte: un escudo rojo cruzado en diagonal por tres fajas de plata, y dos estrellas azules de seis puntas, todo rematado por una corona.

La noche del 11 de diciembre de 1778 Letizia, siguiendo en esto una costumbre corsa, llevó a Giuseppe y a Napoleón al convento de los lazartistas, con el fin de que recibieran la bendición del padre superior. Al día siguiente los varones se despidieron de sus hermanos y la hermana, del archidiácono agobiado por la gota, de las muchas tías y los innumerables primos que formaban una familia corsa, y de Camila, las lágrimas corrieron por la mejilla de la mujer cuando vio partir a «su Napoleón».

Después se alejaron a caballo a través de las montañas con el equipaje cargado en muías, camino de Corte, donde Marbeuf había dispuesto que un carro los trasladase a Bastía. Formaba parte del grupo Giuseppe Fesch, hermanastro de Letizia, que también con la ayuda de Marbeuf ingresaba en el seminario de Aix, un muchacho simpático, sonrosado y regordete, de dieciséis años. En el sur de la isla siempre había un primo o un tío en cuyas casas alojarse, pero no era el caso en Bastía, y tuvieron que pasar la noche en una sencilla posada. Un anciano arrastró varios colchones hasta una habitación

helada, pero había muy pocos, de modo que los cinco se acurrucaron y trataron de dormir. A la mañana siguiente Napoleón abordó la nave que debía llevarlo a Francia; un varón de nueve años y medio que abandonaba el hogar por primera vez. Cuando su madre le dio el beso de despedida intuyó lo que el niño sentía, y pronunció una última palabra al oído de Napoleón: «Courage!»

CAPÍTULO DOS

Academias militares.

El día de Navidad de 1778, en Marsella, Napoleón Buonaparte pisó suelo francés, y se encontró entre personas cuya lengua no entendía. Felizmente, allí estaba su padre, un hombre práctico que hablaba francés, para organizar el viaje a Aix, donde dejaron a Giuseppe, y después hacia el norte, probablemente en barco, que era el medio más barato, a lo largo de los ríos Ródano y Saona hasta el corazón de ese país que tenía ochenta veces la extensión de Córcega. En Villefranche, una ciudad de diez mil habitantes en la región de viñedos de Beaujolais, Carlo dijo: «Qué tontos somos de envanecernos de nuestro país. Nos ufanamos de la calle principal de Ajaccio y aquí, en una localidad francesa común y corriente, hay una calle tan ancha y tan hermosa como aquélla».

Córcega es montañosa, accidentada y pobre; a los ojos de los Buonaparte, Francia debió de parecerles todo lo contrario, con sus perfiles suaves y ondulados, los campos cuidados y los viñedos bien podados, las grandes residencias con parques, lagos y cisnes. Una población de veinticinco millones, con mucho la más numerosa de Europa, que gozaba de un elevado nivel de vida y exportaba casi el doble de lo que importaba.

Los muebles, los tapices, las vajillas de oro y plata, las joyas y las porcelanas francesas adornaban las casas desde el Tajo hasta el Volga. Las damas de Estocolmo, como las de Nápoles, usaban vestidos, guantes y abanicos provenientes de París, mientras sus maridos extraían rapé de cajitas francesas, diseñaban sus jardines al estilo francés, y se consideraban incultos si no habían leído a Montesquieu, a Rousseau y a Voltaire. Al llegar a Francia, los dos varones Buonaparte habían llegado al centro de la civilización europea.

Autun era una localidad un poco más pequeña que Villefranche, pero contaba con un número más elevado de confortables residencias.

Había mayor número de excelentes tallas en una puerta de catedral románica que en Córcega entera. Carlo presentó sus hijos al obispo de Marbeuf, y los puso a cargo del director del colegio de Autun. El primer día de 1779 se despidió de Napoleón y de Joseph Bonapane, como se los llamaba ahora, y se dirigió a París para obtener el certificado que acreditaba la noble cuna de Napoleón.

La primera tarea de Napoleón fue aprender francés, que era también el idioma de la Europa culta, la gran lengua universal como otrora había sido el latín. Le pareció difícil. No era brillante cuando se trataba de memorizar y reproducir sonidos, y tampoco tenía el temperamento flexible del lingüista nato.

Durante sus cuatro meses en Autun aprendió a hablar francés, pero conservó un pronunciado acento italiano, A decir verdad, en Autun todavía mostraba muchos rasgos de su patria corsa. Este hecho indujo a uno de sus profesores, el padre Chardon, a hablar de la conquista francesa de la isla. «¿Por qué fueron derrotados? Ustedes tenían a Paoli, y Paoli estaba destinado a ser un buen general.» «Lo es, señor —replicó Napoleón—, y yo deseo crecer para ser como él».

El heraldista real redactó el certificado de Napoleón, y llegó el momento de la separación de los hermanos. Joseph, como comenzaron a llamarlo, lloró profusamente, pero una sola lágrima descendió por la mejilla de Napoleón, y él trató de ocultarla. Después, el subdirector, que había estado contemplando la escena, dijo a Joseph: «Él no lo demostró, pero se siente tan triste como tú».

Durante la segunda mitad de mayo Napoleón fue llevado por el viCarlo del obispo de Marbeuf a la pequeña localidad de Brienne, en la fértil región de Champagne, una campiña de bosques, estanques y granjas con vacas. Allí se levantaba un sencillo edificio del siglo XVIII en un jardín de dos hectáreas y media, adonde se llegaba por una avenida bordeada de tilos. Brienne había sido un internado común hasta dos años antes, momento en que el gobierno, alarmado por la sucesión de derrotas de Francia, lo había convertido en una de doce nuevas academias militares. Pero se había mantenido el antiguo personal, de modo que, por paradójico que parezca, la Academia Militar de Brienne estaba dirigida por miembros de la orden de San Francisco, con sus hábitos pardos y sus sandalias. El director era el padre Louis Berton, un franciscano hosco, pomposo, que estaba al

principio de la treintena; y el vicedirector era su hermano, el padre Jean Baptiste Berton, un ex granadero.

No eran hombres distinguidos, pero dirigían satisfactoriamente Brienne, y se admitía que esta institución era una de las mejores academias.

Napoleón fue llevado a un dormitorio que tenía diez cubículos, cada uno amueblado con una cama, un colchón de paja, mantas, una silla de madera y un armario sobre el cual se había depositado una jarra y una jofaina. Allí desempaquetó sus tres juegos de sábanas, las doce toallas, los dos pares de calcetines negros, una docena de camisas, una docena de cuellos blancos, una docena de pañuelos, dos camisones, seis gorros de dormir de algodón, y finalmente su elegante uniforme azul de cadete.

Separó un recipiente que contenía polvo para fijar los cabellos y una cinta para sujetarlos, pues hasta la edad de doce años los cadetes tenían que llevar corto el cabello. A las diez sonaba una campana, se apagaban las velas y se cerraba el cubículo de Napoleón, exactamente como se hacía con los restantes. Si necesitaba algo, podía llamar a uno de los dos criados que dormían en el dormitorio.

A las seis Napoleón despertaba y abría su cubículo. Después de lavarse y ponerse el uniforme azul con botones blancos, se unía a los restantes varones de su clase, la sepileme, para mantener una charla acerca de la buena conducta y las leyes de Francia. Después, asistía a misa. A las ocho, una vez concluido el desayuno, de crujiente pan blanco, fruta y un vaso de agua, iniciaba las lecciones. Los temas corrientes eran el latín, la historia y la geografía, las matemáticas y la física. A las diez se dictaban clases de construcción de fortificaciones y dibujo, incluso el dibujo y sombreado de mapas de relieves. A mediodía tomaban su comida principal, que estaba compuesta de sopa, carne hervida, un plato principal, un postre y borgoña rojo mezclado con un tercio de agua.

Después del almuerzo Napoleón tenía una hora de recreo y más tarde otras lecciones acerca de los temas corrientes. Entre las cuatro y las seis aprendía, según el día, esgrima, baile, gimnasia, música y alemán; el inglés era una alternativa. Después dedicaba dos horas a sus tareas, y a las ocho cenaba carne asada y ensalada. Después de la cena tenía su segunda hora de recreo. A las diez, una vez concluidas las plegarias vespertinas, se apagaban las luces. Los jueves y los domingos asistía a misa y a vísperas. Se esperaba de él

que se confesara una vez al mes y comulgara una vez cada dos meses. Gozaba de seis semanas de vacaciones anuales, entre el 15 de septiembre y el 1 de noviembre, pero sólo los alumnos ricos podían darse el lujo de volver al hogar, y Napoleón no era uno de ellos. En invierno, los cubículos eran muy fríos y a veces el agua de las jarras se congelaba. La primera vez que sucedió esto la desconcertada exclamación de Napoleón dio lugar a muchas risas: nunca antes había visto el hielo.

Había cincuenta alumnos en Brienne cuando llegó Napoleón, pero a medida que cursó los diferentes años el número se elevó a un centenar.

La mayoría era de una clase social superior a la de Napoleón. Algunos jovencitos llevaban apellidos famosos en la historia, otros tenían padres o tíos que cazaban con el rey, y madres que asistían a los bailes de la Corte.

En Córcega, Napoleón había estado cerca de la cima desde el punto de vista social; allí, de pronto, se encontró cerca de la base. Además, era un alumno subsidiado por el Estado, y aunque Luis XVI había estipulado que no habría distinciones, era inevitable que los alumnos que pagaban sus cuotas hicieran sentir la diferencia al resto. Finalmente, era el único corso. Había otros alumnos de países extranjeros, incluso por lo menos dos ingleses, pero a causa de su acento italiano Napoleón inevitablemente se destacó, un hecho que no beneficiaba al alumno nuevo. Solo en un país extranjero, lejos de su familia, obligado a hablar un idioma distinto, sintiéndose todavía torpe en su uniforme azul, ciertamente necesitó el coraje que su madre le había recomendado. Pero a los nueve años, los niños son adaptables, y pronto consiguió amoldarse.

Conocemos tres incidentes auténticos de los años de Brienne. El primero corresponde al período inicial, cuando Napoleón tenía nueve o diez años. Había infringido cierta norma, y el profesor a cargo impuso el castigo acostumbrado: tenía que usar orejas de burro y cenar arrodillado junto a la puerta del refectorio. Todos miraban cuando Napoleón entró, vestido con un tosco lienzo pardo en lugar del uniforme azul. Se lo veía pálido, tenso, la mirada fija al frente. «¡De rodillas, señor!» Ante la orden del seminarista. Napoleón cayó presa de súbitos vómitos y de un violento ataque de nervios. Golpeó el suelo con los pies y gritó: «Tomaré mi cena de pie, no arrodillado. En mi familia nos arrodillamos sólo ante Dios.» El seminarista trató de obligarlo, pero Napoleón rodó por el suelo, sollozando y gritando:

«¿No es verdad, mamá? ¡Sólo ante Dios! ¡Sólo ante Dios!» Finalmente, intervino el director y suprimió el castigo.

Otra vez, la escuela celebraba un día festivo. Algunos alumnos representaban una tragedia en verso —La Mort de César, de Voltaire — y Napoleón, ya con más años, era el cadete de guardia ese día. Otro cadete vino a advertirle que madame Hauté, la esposa del portero de la escuela, trataba de entrar sin invitación. Cuando se la detuvo, la dama comenzó a proferir insultos. «Echen de aquí a esa mujer —dijo secamente Napoleón—, está provocando desorden».

Se asignaba a todos los cadetes una pequeña parcela, y en ella podían cultivar verduras y atender un jardín. Napoleón, que conocía las labores del campo, dedicó mucho tiempo a sembrar su parcela y mantenerla en orden. Como sus vecinos inmediatos no estaban interesados en la jardinería, Napoleón agregó esas parcelas a la suya; montó un emparrado, plantó arbustos, y para evitar que le estropeasen el huerto lo rodeó con una empalizada de madera. Le agradaba leer allí, y recordar su hogar. Uno de los libros que leyó en ese lugar fue la epopeya sobre los Cruzados de Tasso, Jerusalén liberada, de donde procedían cantos que las guerrillas corsas solían entonar; y otro fue Jardins de Delille, uno de cuyos pasajes se grabó en su memoria. «Potaveri —solía recordar Napoleón—, se ve forzado a abandonar su tierra natal, Tahití; llegado a Europa, se le prodigan atenciones y no se descuida nada con el fin de entretenarlo. Pero una sola cosa le impresiona, y arranca lágrimas de dolor a sus ojos: una morera; la abraza y la besa con un grito de alegría:

"iÁrbol de mi tierra natal, árbol de mi tierra natal!"».

El jardín que le recordaba su hogar se convirtió en el refugio de Napoleón los días festivos. Si alguien se entrometía, Napoleón lo expulsaba.

El 25 de agosto, la festividad de San Luis, celebrada como el cumpleaños oficial del rey, todos los cadetes mayores de catorce años solían comprar pólvora y fabricar fuegos artificiales.

En el huerto contiguo al de Napoleón un grupo de cadetes levantó una pirámide, pero cuando llegó el momento de encenderla una chispa cayó en una caja de pólvora, y hubo una terrible explosión. La empalizada de Napoleón quedó destruida, y los jovencitos, asustados, huyeron pisoteando su huerto. Furioso al ver que habían destruido su enramada y pisoteado sus arbustos, Napoleón cogió una azada, se abalanzó sobre los intrusos y los expulsó.

Estos tres episodios sin duda fueron recordados porque muestran a un niño serio que defiende sus derechos o afirma su personalidad

en una medida poco usual. Pero eran ocasiones excepcionales, y no debe pensarse que Napoleón se mostraba severo, o rebelde, o que era insociable.

Todo lo contrario. Cuando el caballero de Kéralio, inspector de escuelas militares, visitó Brienne en 1783, dijo lo siguiente de Napoleón, que entonces tenía catorce años: «obediente, afable, franco y agradecido».

Napoleón tuvo dos amigos en la escuela. Uno era un beCarlo que tenía un año más que Napoleón: Charles Le Lieur de Ville-sur-Arce, que como Napoleón era bueno en matemáticas, y que defendía al corso cuando se burlaban de él. El otro era Pierre Francois Laugier de Bellecour, hijo del barón de Laugier. Era un alumno de pago con un rostro agraciado. Nacido en Nancy, comenzó a mostrar signos de convertirse en afeminado, o para usar la jerga de Brienne, en una «ninfa».

Pierre Francois iba un año por detrás de Napoleón, y éste, al advertir esos signos un día lo llevó aparte. «Estás alternando con gente que no me agrada. Tus nuevos amigos están corrompiéndote. De modo que elige entre ellos y yo.» «No he cambiado —replicó Pierre Francois—, y considero que eres mi mejor amigo.» Napoleón se satisfizo con esta explicación, y continuaron manteniendo buenas relaciones.

Napoleón tuvo dos amigos adultos. Uno fue el portero, el marido de la impulsiva madame Hauté, y el otro el padre Charles, cura de Brienne.

Éste preparó a Napoleón para su primera comunión a la edad de once años, y la vida sencilla y santa del cura dejó una impresión perdurable en el alumno.

Más importantes que estas amistades fueron los valores asimilados por Napoleón. Ciertamente, no eran los valores de París. Los espíritus burlones y sarcásticos de los salones parisienses. Beaumarchais, Holbach y el resto, si en realidad eran conocidos, importaban poco en Brienne.

Escondida en las profundidades de la campiña, pertenecía a una Francia más antigua y menos superficial, que nunca había jugado a los pastores y las pastoras en el Trianón, y jamás había acompañado a Watteau en el viaje de Cythera.

De acuerdo con su fundador, el ministro de la Guerra Saint-Germain, el propósito de Brienne era plasmar una élite en un marco de heroísmo. Los cadetes debían adquirir «un gran celo para servir al rey, no con el fin de labrarse una carrera exitosa, sino para cumplir

un deber impuesto por la ley de la naturaleza y la ley de Dios». El eje mismo de la enseñanza era el servicio militar para el rey, como una expresión de Francia y la grandeza de su rey.

De ahí la importancia de la historia. Napoleón aprendió que «Alemania solía ser parte del Imperio francés». Estudió una Guerra de los Cien Años sin victorias inglesas: «En las batallas de Azincourt, Crécy y Poitiers el rey Juan y sus caballeros sucumbieron frente a las falanges gasconas.» Observó la historia viviente en la aldea, donde la familia Brienne estaba reconstruyendo su castillo ancestral. Jean de Brienne había luchado en la cuarta Cruzada, gobernado Jerusalén de 1210 a 1225, y después todo el Imperio latino de Oriente; otros miembros de la familia, Gautier V y Gautier VI, habían sido duques de Atenas. ¡Cuán lejos habían viajado los franceses, cuántas tierras habían gobernado! Se prestaba menos atención a las derrotas recientes que a las victorias pasadas, y la burla dirigida contra las instituciones francesas, el derrotismo y la decadencia, que eran un rasgo tan acentuado de la vida intelectual francesa, no tenían cabida en Brienne. Allí, Napoleón aprendió a tener fe en Francia.

Aunque la mayoría de los condiscípulos de Napoleón provenía de familias de militares, y por lo tanto tendía a reforzar aún más este enclave del patriotismo, en religión solían discrepar con los buenos franciscanos.

Durante su prolongada disputa con los jansenistas, los jesuítas habían reservado sectores importantes de la vida para el funcionamiento de la razón, el derecho natural y el libre albedrío, es decir áreas en las cuales el hombre en realidad no era una criatura caída, y el pecado original no exigía el contrapeso de la gracia sobrenatural. Habían anticipado muchas creencias de los filósofos, aunque a costa de convertir la religión revelada en algo aparentemente arbitrario y, a los ojos de algunos, en un complemento innecesario del mundo natural.

A causa de este trasfondo, los cadetes incorporaron a Brienne un ingrediente de incredulidad. Para el católico la primera comunión es el día más solemne de la niñez, pero en Brienne, algunos de los alumnos, ese día interrumpían el ayuno saliendo a comer una tortilla. No era su intención cometer sacrilegio, sencillamente no creían que poco después recibirían el cuerpo de Cristo. Napoleón se vio influido hasta cierto punto por esa actitud de los restantes alumnos, sobre todo porque esa actitud armonizaba con el agnosticismo de su padre, y así comenzó a cuestionar lo que afirmaban los franciscanos. El momento decisivo llegó cuando tenía once años, y nuevamente el

factor operativo fue su sentido de justicia. Napoleón oyó un sermón en que el predicador dijo que Catón y César estaban en el infierno. Se escandalizó al saber que «los hombres más virtuosos de la antigüedad ardían en las llamas eternas porque no habían practicado una religión de la cual nada sabían». A partir de ese momento, decidió que nunca más podría considerarse sinceramente un cristiano creyente.

Este fue un momento decisivo en la vida de Napoleón. Pero había heredado de su madre un firme instinto que lo inducía a creer, y ya era una persona que necesitaba ideales. El vacío en su alma no duró mucho.

Se vio colmado por el culto del honor aprendido en el hogar; por la caballerosidad, acerca de la cual había aprendido en las clases de historia, y por el concepto de heroísmo, extraído de las Vidas de hombres famosos de Plutarco, y sobre todo de Corneille.

Los héroes de Corneille son hombres que afrontan la elección entre el deber y el interés o la inclinación personal. Gracias a una fuerza de voluntad casi sobrehumana, en definitiva eligen el deber. El patriotismo es el primero de todos los deberes, y el coraje la virtud principal. Con respecto a la muerte:

Mourir pour le pays nest pas une triste sorte:
C'est s'immortaliser par une belle mort.

Esta actitud atraía a Napoleón. También él creía vergonzoso morir de lo que los noruegos llamaban «una muerte de paja», es decir, en la cama; y durante su primera campaña como comandante en jefe habría de escribir refiriéndose a un joven subalterno: «Murió gloriosamente en presencia del enemigo; no sufrió ni un instante. ¿Qué hombres razonables no le envidiarían una muerte así?».

A los doce años, Napoleón, que había crecido junto al mar, decidió que quería ser marino. La afición a las matemáticas a menudo va de la mano con la inclinación por el mar y los barcos —fue el caso de los griegos—; y Napoleón tenía también otro motivo. Inglaterra y Francia estaban en guerra, y ésta se libraba en el mar; más aún, los almirantes franceses, Suffren y De Grasse, estaban cosechando victorias. Naturalmente, Napoleón deseaba incorporarse al arma que intervenía en las acciones. Como otros cadetes que deseaban unirse a la marina, a menudo dormía en una hamaca.

Ese verano Napoleón recibió la visita de sus padres. Carlo usaba una peluca a la moda, en forma de herradura, y exageraba un tanto

la cortesía; Napoleón observó críticamente que él y el padre Bretón se demoraban hasta la fatiga frente a una puerta, y cada uno intentaba obligar al otro a pasar primero. Letizia peinaba sus cabellos con un rosetón, llevaba un tocado de encaje, y usaba un vestido de seda blanca con un dibujo de flores verdes. Acababa de llegar de Autun, y uno de los internos recordaría un episodio en ese lugar: «Todavía puedo sentir su mano acariciadora en mis cabellos, y oír su voz musical cuando me llamaba "su amiguito, el amiguito de su hijo Joseph".» En Brienne trastornó a todos los cadetes.

Letizia no aprobó la hamaca de Napoleón ni su proyecto de ser marino. Señaló que en la armada afrontaría dos peligros en lugar de uno: el fuego enemigo y el mar.

Cuando regresó a Córcega, ella y Carlo pidieron a Marbeuf, que inspiraba simpatía y respeto a Napoleón, que utilizara su influencia en el mismo sentido; pero por el momento, Napoleón mantuvo firme su decisión de unirse a la marina.

En 1783 el caballero de Kéralio inspeccionó Brienne e informó acerca de los cadetes. Después de comentar que Napoleón tenía «una constitución y una salud excelentes», y de suministrar la descripción de su carácter que ya hemos citado, escribió: «Conducta muy regular, siempre se distinguió por su interés en las matemáticas. Posee un sólido conocimiento de historia y geografía. Es muy mediocre en baile y dibujo. Será un excelente marino».

Pese a este informe favorable, en 1783 no se aprobó el ingreso de Napoleón en la Escuela Militar, la etapa siguiente de su educación al margen de que ingresara en el ejército o la marina. Es evidente que se lo consideraba demasiado joven —tenía apenas catorce años— pero la noticia fue un duro golpe, pues Carlo había contado con que Napoleón se diplomaría ese año, de modo que su beca quedaría libre para Lucien, un niño de ocho años.

Las cosas habían comenzado a cobrar mal aspecto para Carlo Buonaparte. Su salud estaba quebrantada. Se lo veía delgado y tenso, y tenía el rostro abotagado, nadie sabía por qué. Tenía ya siete hijos, y después del nacimiento del último, Letizia había contraído fiebre puerperal, y esta dolencia le había dejado cierta rigidez en el costado izquierdo. Con el propósito de ofrecer a su esposa el beneficio de las aguas de Bourbonne. Carlo había visitado Francia, y se detuvo en el camino para ver a Napoleón. Después de su impulso inicial de generosidad, los franceses estaban reduciendo las becas y los subsidios escolares, y por eso mismo Carlo se veía en dificultades para solventar los gastos. Todo esto llegó a ser evidente

para Napoleón. En una actitud que mostraba ya la responsabilidad de un joven, buscó el modo de diplomarse en Brienne y dejar el lugar libre para Lucien.

En 1783 Inglaterra y Francia terminaron su guerra naval de seis años, y firmaron en Versalles un tratado de paz. Es probable, aunque no seguro, que Napoleón hubiera concebido entonces la idea de ingresar como cadete en el colegio naval inglés de Portsmouth. El servicio bajo otra bandera era entonces bastante usual: el mariscal de Sajonia, el gran estratega francés, era de origen alemán, y, más modestamente, el padrastro suizo de Letizia había servido a los genoveses. En *La Nouvelle Héloïse*, de Rousseau, uno de los autores favoritos de Napoleón, ¿no se dice, acaso, que Saint-Preux estaba en el escuadrón de Anson? Casi con seguridad Napoleón consideró que podría ser un recurso temporal para aliviar las dificultades financieras de su padre. Sea como fuere, con la ayuda de uno de los profesores, Napoleón consiguió escribir una carta al Almirantazgo, solicitando un lugar en el colegio naval inglés. La mostró a un alumno inglés de la escuela, el hijo de una baronesa llamado Lawley, que más tarde sería Lord Wenlock. «Me temo que la dificultad será mi religión.» «Joven sin vergüenza! —replicó Lawley—. No creo que tengas ninguna.» «Pero mi familia la tiene. La familia de mi madre, los Ramolino, son muy rígidos. Me desheredarán si muestro signos de que estoy convirtiéndome en hereje».

Napoleón despachó su carta. La carta llegó, pero se ignora si recibió respuesta. De todos modos, no fue a Inglaterra y el verano siguiente fue aceptado en la Escuela Militar. Napoleón seguramente se sintió complacido de comunicar a su padre la noticia y de recibirla en Brienne durante el mes de junio, cuando llegó con el joven Lucien. Éste ingresó en la escuela, pese a que Napoleón no saldría de allí hasta el otoño. Carlo permaneció con ellos un día, y después fue a Saint-Cyr para internar a Marie Anne, de siete años, en la escuela de niñas, también ella con una beca oficial; después, viajó a París para consultar a un médico, y a Versalles, donde insistió ante Calonne, del Ministerio de Finanzas, con el fin de obtener el pago de los subsidios prometidos en relación con el drenado de las marismas salinas próximas a Ajaccio.

Carlo tenía otra preocupación. Joseph, que ya había cumplido dieciséis años y ganado todos los premios de Autun, anunció que no deseaba ingresar en el seminario de Aix. Evidentemente no tenía vocación para el sacerdocio. Esa carencia no impedía que en esta era del librepensamiento muchos tomasen las órdenes, y es un punto a

favor de la crianza de los Buonaparte que Joseph actuase como lo hizo. Joseph y Napoleón se escribían, y quizá la descripción corneilliana de la vida militar por el menor de los hermanos indujo a Joseph a anunciar que también él deseaba ser oficial.

Napoleón conoció estas noticias en junio gracias a su padre. En Córcega, el hijo mayor gozaba de respeto excepcional; sus decisiones generalmente no estaban al alcance de la crítica de los menores. Pero Napoleón no se sintió inhibido en este aspecto; su sentido de responsabilidad ocupó el primer plano, y así escribió a su tío, Nicoló Paravicini, una de las pocas cartas que se conservan de su época escolar. Está escrita en francés y comienza así:

Mi querido tío:

Le escribo para informarle que mi querido padre llegó a Brienne, de camino a París, con el propósito de llevar a Saint-Cyr a Marie Anne, y tratar de recobrar la salud... Dejó aquí a Lucciano, que tiene nueve años... Goza de buena salud, es regordete, vivaz y atolondrado, y ha provocado una buena impresión inicial.

Después, Napoleón se ocupaba de Joseph, que deseaba servir al rey.

«En esto se equivoca completamente, y por varias razones. Ha sido educado para la Iglesia. Es tarde para desandar lo andado. Mi señor, el obispo de Autun, le habría otorgado importantes ventajas y sin duda llegaría a ser obispo. ¡Qué ventaja para la familia! Mi señor de Autun ha hecho todo lo posible para lograr que perseveré, y le prometió que no lo lamentaría. Es inútil; ya ha tomado una decisión.»

Después de estas palabras, Napoleón siente que quizás comete una injusticia con Joseph.

«Si tiene verdadera afición por este tipo de vida, que representa la mejor de todas las carreras, lo elogio; si es que el gran hacedor de los asuntos humanos le ha infundido —como a mí— una inclinación definida por el servicio militar».

Al margen, quizás al recordar el rostro tenso e indispuesto de su padre, y en la escasa paga de un oficial, Napoleón agrega que confía en que de todos modos Joseph seguiría la carrera eclesiástica, para la cual tiene talento, y en que será «el sostén de nuestra familia».

La carta es interesante, porque demuestra que Napoleón toma la iniciativa, y sin embargo trata de ver ambas facetas del problema. A su tiempo se demostraría que sus dudas acerca de la aptitud militar

de Joseph eran acertadas; pero por el momento un episodio imprevisto obligaría muy pronto a Joseph a regresar a Córcega.

En octubre de 1784, Napoleón, que entonces tenía quince años, se preparó para salir de Brienne. A diferencia de Joseph, no había obtenido galardones, pero todos los años se había desempeñado con eficacia suficiente para ser elegido con el fin de recitar o responder a preguntas en el estrado el día de la distribución de premios. Las materias en las que se desenvolvía mejor eran las matemáticas y la geografía. Su punto más débil era la ortografía. Escribía francés de oído —la vaillance se convertía, en una de sus cartas a casa, en l'avallance— y toda su vida habría de escribir erróneamente incluso palabras sencillas.

El 17 de octubre, con los cabellos recogidos en una coleta, empolvados y sujetos con un cinta, Napoleón abordó la diligencia en Brienne con el padre Berton. En Nogent bajaron a la balsa de pasajeros, un transporte barato arrastrado por cuatro caballos, que lo llevó lentamente hacia el curso inferior del Sena. En la tarde del veintiuno llegaron a París.

Aquí, Napoleón se comportó como un auténtico provinciano; podía véselo «mirando asombrado en todas direcciones, con la expresión apropiada para atraer a un carterista». Y era lógico que reaccionase así, porque París era una ciudad de mucha riqueza y también de mucha pobreza. Los carrozales de los nobles atravesaban veloces las calles estrechas, precedidos por mastines que apartaban a la chusma; sus ruedas salpicaban con lodo espeso. Había tiendas elegantes que vendían plumas de avestruz y guantes perfumados con jazmín, pero también muchos mendigos que agradecían el regalo de una moneda. Una novedad eran las lámparas callejeras; colgadas de cuerdas, al anochecer se las bajaba, se las encendía y volvían a elevarlas; se las denominaba lantemes.

Lo primero que Napoleón hizo fue comprar un libro. Eligió *Gil Blas*, la novela de un joven español pobre de solemnidad que asciende hasta convertirse en secretario del primer ministro. El padre Berton lo llevó a la iglesia de Saint-Germain para agradecer con una plegaria la llegada sano y salvo, y después a la Escuela Militar. El espléndido edificio, con la fachada dominada por ocho columnas corintias, la cúpula, y el reloj enmarcado por guirnaldas, había sido inaugurado apenas trece años antes, y era uno de los espectáculos de París.

Napoleón consideró que todo era muy lujoso. Las aulas estaban empapeladas de azul con flores de lis doradas; había cortinas en las ventanas y las puertas. Su propio dormitorio estaba calefactado por

una estufa de cerámica, y la jarra y la jofaina eran de peltre; la cama estaba protegida por cortinas de lienzo de Alençon. Napoleón vestía un uniforme azul más cuidado, con cuello rojo y alamares de plata, y usaba guantes blancos. Las comidas eran deliciosas, y durante la cena se servían tres postres.

Los profesores eran hombres seleccionados y muy bien pagados. El costo para Francia de un cadete becado como Napoleón era de 4.282 libras anuales.

La vida se asemejaba mucho más a la auténtica vida militar. Napoleón se sintió complacido porque se apagaban las luces y se despertaba a los cadetes con redobles de tambores, y la atmósfera era la de «una guarnición». En invierno, los 150 cadetes, diplomados de las doce academias provinciales, intervenían en ejercicios de ataque y defensa del Fort Timbrune, un facsímil reducido pero fiel de una localidad fortificada.

En vista de su deseo de incorporarse a la marina, Napoleón estaba en el campo de ejercicios, practicando con su mosquete largo y engoroso.

Cometió un error, y el cadete de más jerarquía que estaba enseñándole le aplicó un fuerte golpe sobre los nudillos. Esa actitud era contraria al reglamento. Enfurecido, Napoleón arrojó su mosquete a la cabeza del superior y juró que jamás volvería a recibir lecciones de él. Los superiores, al ver que tendrían que manejar con cuidado a este nuevo cadete, le asignaron otro instructor, Alexandre des Mazis. Napoleón y Alexandre, quien le llevaba un año de ventaja, inmediatamente establecieron una amistad duradera.

Una vez en París, el afeminado Laugier de Bellecour unió definitivamente su suerte a la de los homosexuales, y en cierto momento las autoridades del colegio se sintieron tan disgustadas que decidieron devolverlo a Brienne; pero se impuso el ministro. Cuando Laugier trató de restablecer relaciones. Napoleón replicó: «Monsieur, usted ha menospreciado mi consejo, y por lo tanto ha renunciado a mi amistad. Jamás vuelva a hablarme.» Laugier se enfureció. Tiempo después, se acercó por detrás a Napoleón y lo derribó. Napoleón se puso de pie, corrió tras él, lo atrapó del cuello y lo arrojó al suelo. Al caer, Laugier se golpeó la cabeza contra una estufa, y el capitán de guardia se dirigió allí para administrar el castigo. «Fui insultado — explicó Napoleón—, y me vengué. No hay nada más que decir.» Y se alejó tranquilamente.

Sin duda. Napoleón se sentía conmovido por la recaída de Laugier, y relacionaba esa actitud con el lujo del nuevo ambiente. Se

sentó y escribió al ministro de la Guerra un «memorándum acerca de la educación de la juventud espartana», cuyo ejemplo, según sugería, debía seguirse en las academias francesas. Envió un borrador al padre Berton, pero éste le aconsejó que abandonase el asunto, de modo que ese extraño ensayo nunca llegó a destino. Sin embargo, este pequeño episodio es importante en dos aspectos. Como más tarde dijo un amigo, Napoleón con bastante frecuencia sentía atracción física por los hombres; precisamente porque tenía la experiencia personal de los impulsos homosexuales se mostraba tan ansioso de combatirlos. El otro aspecto de su ensayo es que muestra a Napoleón cuando por primera vez percibe una enfermedad nacional. La enfermedad era real, pero la sufrían sólo unos pocos, principalmente artistas. 1785, el año en que Napoleón escribió el memorándum, fue también el año del escándalo del Collar de Diamantes, y el año en que Louis David, que reaccionó contra la enfermedad, pintó *Le Serment des Horaces* (*El juramento de los Horacios*), el año en que después de sesenta años de desperezarse sobre las camas, las hamacas y los cojines perfumados, las figuras del arte francés de pronto adoptan una postura mucho más firme.

Alexandre des Mazis dice que Napoleón pasaba sus momentos de ocio recorriendo la escuela con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, postura que se le criticaba en la formación. Recordaba a menudo a su patria espontánea y natural, y al exiliado Paoli, que había redactado la constitución corsa tomando como modelo la espartana. Uno de sus amigos dibujó una caricatura de Napoleón paseándose a grandes zancadas, con un pequeño Paoli que colgaba del nudo con que sujetaba sus cabellos, y la leyenda: «Bonaparte, corre, vuela en socorro de Paoli y sálvalo de sus enemigos».

Durante el mes que siguió al ingreso de Napoleón en la Escuela Militar, su padre fue al sur de Francia en busca de consejo médico. Soportaba dolores casi constantes en el estómago, y una dieta de peras recomendada en París por un hombre tan importante como el médico de María Antonieta no le aportó ningún alivio. En Aix consultó al profesor Turnatori, y después fue a Montpellier, donde había una famosa facultad de medicina especializada en hierbas medicinales. Allí consultó a tres médicos más, pero nada pudieron hacer para curar sus dolores o los vómitos descritos por ellos mismos como «persistentes, obstinados y hereditarios». Carlo nunca había sido muy religioso, pero insistió en recibir a un sacerdote, y durante sus últimos días fue reconfortado y recibió los sacramentos del viCarlo de

la iglesia de Saint-Denis. A finales de febrero de 1785 falleció como consecuencia de un cáncer de estómago.

Napoleón, que había amado y respetado a su padre, ciertamente experimentó un profundo sentimiento de pérdida. Lo entristecía sobremanera que Carlo hubiese fallecido lejos de Córcega, rodeado por «la indiferencia» de una ciudad extraña. Pero cuando el capellán quiso llevarlo unas pocas horas a la soledad de la enfermería, de acuerdo con la costumbre, Napoleón se negó, y dijo que tenía suficiente fuerza para soportar la situación.

Escribió inmediatamente a su madre —Joseph regresaba a casa para cuidarla— pero su carta, como todas las cartas de los cadetes, sufrió las modificaciones impuestas por un oficial, y concluyó con un ejercicio formal, un tanto almidonado, de consuelo filial. Un signo más apropiado de sus sentimientos se desprende del episodio en que un amigo de la familia que estaba en París se ofreció a prestarle algo de dinero: «Mi madre ya tiene demasiados gastos —dijo Napoleón—. No debo agravarlos».

Más aún, a veces París suministraba diversiones gratuitas. Un día de marzo de 1785 Napoleón y Alexandre des Mazis fueron al Campo de Marte para ver a Blanchard, que preparaba su propio ascenso en un globo lleno de aire caliente. Desde el día en que los hermanos Montgolfier habían visto una camisa que se secaba y ahuecaba frente al fuego, y en que concibieron el principio del globo, este deporte había atraído el interés del público. Quien sabe por qué, Blanchard demoraba el ascenso.

Las horas pasaban y el globo no se elevaba. Napoleón se impacientó:

uno de sus rasgos era el no poder soportar la inactividad. De pronto se adelantó, sacó del bolsillo de su chaqueta un cortaplumas y cortó las cuerdas restantes. El globo se elevó inmediatamente en el aire, derivó sobre los techos de París y más tarde fue hallado a gran distancia, desinflado. Alexandre relata que a causa de esta travesura Napoleón fue castigado severamente.

Napoleón trabajó mucho en la Escuela Militar. Continuó obteniendo muy buenos resultados en matemáticas y geografía. Le agradaba la esgrima, y llamó la atención por el número de hojas que quebró. Era mediocre en el trazado de planos para las fortificaciones, en el dibujo y, como siempre, en baile, y su rendimiento en alemán era tan escaso que generalmente se lo liberaba de la asistencia a las clases. En cambio, leía a Montesquieu, el principal panegirista de la República Romana.

Normalmente, un cadete pasaba dos años en la Escuela Militar, sobre todo cuando seguía el difícil curso de artillería. Pero Napoleón se desempeñó tan bien en sus exámenes que aprobó el curso después de un solo año. Ocupó el cuadragésimo segundo lugar en la lista de cincuenta y ocho jóvenes que recibieron grados, pero la mayoría de los restantes había estado varios años en la escuela. Más significativo es el hecho de que sólo tres eran más jóvenes que Napoleón.

Napoleón se convirtió en oficial a la edad de dieciséis años y quince días.

En 1785 no se incorporaron oficiales a la marina, de modo que Napoleón no vio cumplida su ambición de ser marino. En cambio, fue enviado a artillería: una decisión obvia, en vista de su talento para las matemáticas. Le entregaron su diploma, firmado personalmente por Luis XVI, y en el desfile final recibió sus insignias: una hebilla de plata, un cinturón de cuero lustrado y una espada.

Los días libres, Napoleón visitaba a veces a la familia Permon. Madame Permon era corsa, conocía a los Buonaparte, y había sido bondadosa con Carlo en el sur de Francia; estaba casada con un rico comisario militar, y tenía dos hijas, Cécile y Laure. Napoleón se puso sus nuevas botas y las insignias de oficial y fue a exhibirse orgullosamente a la casa de los Permon, en la plaza de Conti 13. Pero las dos hermanas rompieron a reír al ver las delgadas piernas perdidas en las largas botas de oficial.

Napoleón mostró cierta irritación y Cécile lo reprendió:

—Ahora que usted tiene la espada de oficial debe proteger a las damas, y sentirse complacido porque ellas le gastan bromas.

—Es evidente que es usted una colegiala —replicó Napoleón.

—¿Y usted? ¡No es más que un gatito enfundado en un par de botas! Napoleón se tomó con buen humor la broma. Al día siguiente, con sus ahorros, compró a Cécile un ejemplar de *El Gato con Botas*, y a su hermana menor Laure una reproducción de *El Gato con Botas* corriendo delante del carro que pertenece a su señor, el marqués de Carabas.

Cinco años y nueve meses antes Napoleón había llegado a Francia y entonces era un niño corso que hablaba italiano. Ahora era un francés, un oficial del rey. Se había desempeñado bien. Pero la muerte de su padre había descargado sobre sus hombros pesadas responsabilidades. En ese momento era el único sostén económico de su madre, una viuda con ocho hijos. Se le permitió elegir su regimiento, y como deseaba estar tan cerca como fuese posible de

su madre y de sus hermanos y hermanas, eligió el regimiento La Fère que no sólo era uno de los mejores, sino que estaba destacado en Valence, la guarnición más próxima a Córcega.

CAPÍTULO TRES

El joven reformador

Valence, sobre el río Ródano, en tiempos de Napoleón era una agradable localidad de 5.000 habitantes, notable a causa de varias abadías y de ciertos prioratos, y por la sólida ciudadela construida por Francisco I y modernizada por Vauban. Los oficiales vivían en alojamientos asignados, y Napoleón fue a parar a una habitación de la planta alta sobre la fachada del café Cercle. Era una habitación bastante ruidosa, desde allí oía el golpeteo de las bolas de billar en el salón adyacente, pero simpatizaba con la dueña de la casa, mademoiselle Bou, una vieja solterona de cincuenta años que le remendaba la ropa blanca, y así permaneció con ella todo el tiempo de su estada en Valence. Como teniente segundo, su sueldo era de noventa y tres libras mensuales; la habitación le costaba ocho libras.

Durante las nueve primeras semanas, Napoleón, en su condición de nuevo oficial, sirvió en las filas, y adquirió una experiencia de primera mano de las obligaciones del soldado común, incluso la práctica de hacer guardia. Los soldados de fila estaban mal pagados y dormían dos en una cama —hasta poco antes habían sido tres—, pero por lo menos nunca se los flagelaba; en cambio los soldados de los ejércitos ingleses y prusianos a menudo eran castigados de ese modo; en efecto, no era desusada una sentencia de ochocientos latigazos.

En enero de 1786 Napoleón asumió la totalidad de sus obligaciones como teniente segundo. Por la mañana acudía al polígono para maniobrar los cañones y practicar el tiro, y por la tarde asistía a clases sobre balística, trayectorias y potencia de fuego. Los cañones eran de bronce, y de tres tamaños: cuatro, ocho y doce libras. El cañón de doce libras, arrastrado por seis caballos, tenía un alcance efectivo de 1.400 metros.

Todos disparaban balas de metal de tres tipos: sólidas, metralla al rojo y metralla a corta distancia. Los cañones eran nuevos —habían

sido diseñados nueve años antes— y eran los mejores de Europa. Napoleón pronto se interesó profundamente en todo lo que se relacionase con ellos. Certo día, con su amigo Alexandre des Mazis, que también se había incorporado al regimiento La Fère, fue a Le Creusot para conocer la real fundición de cañones; allí un inglés, John Wilkinson, y un lorenés, Ignace de Wendel, habían instalado la planta más moderna, de acuerdo con la concepción inglesa, y utilizaban no madera sino coque, con motores de vapor y un tren tirado por caballos.

Fuera de servicio. Napoleón lo pasaba bien. Trabó amistad con monseñor Tardivon, abad de Saint-Rufen Valence, para quien el obispo de Marbeuf le había dado una cana, y con la nobleza local, algunos de cuyos miembros tenían bellas hijas. Le agradaba caminar y escaló la cima del cercano Mont Roche Colombe. En invierno salía a patinar.

Recibió lecciones de danza y asistió a algunos bailes. Visitó a un amigo corso, Pontornini, que vivía en la cercana Tournon. Pontornini dibujó el retrato del joven; es el más antiguo que ha llegado hasta nosotros, y agregó la anotación: «Mió Caro Amico Buonaparte».

Tanto en Valence como en Auxonne, donde estuvo destinado en junio de 1788, Napoleón se llevó bien con sus colegas oficiales, y como solventaba sus propias necesidades parece que se sentía más tranquilo.

Pero había disputas ocasionales. En Auxonne, un oficial llamado Belly de Bussy ocupaba la habitación que estaba encima de la de Napoleón, e insistía en tocar el cuerno, y lo hacía desafinando. Certo día Napoleón se cruzó con Belly en la escalera.

—Mi estimado amigo, ¿no se cansa de tocar ese condenado instrumento? —En absoluto —respondió Belly.

—Bien, otras personas sí se cansan de oírlo.

Belly retó a duelo a Napoleón, y éste aceptó; pero intervinieron los amigos y consiguieron resolver armoniosamente la cuestión.

Con el propósito de ayudar a su madre, Napoleón ofreció recibir a su hermano Louis en el alojamiento de Auxonne. Louis tenía entonces once años, y era el favorito de Napoleón en la familia, del mismo modo que Napoleón era el favorito de Louis. Napoleón representó el papel de tutor del niño, le dio lecciones de catecismo en vista de su primera comunión, y también cocinó para ambos, pues el dinero era muy escaso en la familia Buonaparte.

Cuando necesitaba ropa blanca que pedía a su casa, Napoleón pagaba a su madre el costo del envío, y a veces tenía que abreviar las cartas para ahorrar franqueo.

Durante el período en que fue teniente segundo, Napoleón dedicó gran parte de su tiempo a leer y estudiar; en efecto, desarrolló lo que era casi el equivalente de un curso universitario. En Valence compró o tomó prestados libros de la librería de Fierre Marc Aurel, frente al café Cercle. Evidentemente, Aurel no podía satisfacer todas las necesidades de Napoleón, pues el 29 de julio de 1786 escribió a un librero de Ginebra para pedirle las Memorias de madame de Warens, la protectora de Rousseau, y en su nota agregó: «Me sentiría muy complacido si usted pudiese mencionarme qué obras tiene acerca de la isla de Córcega, y si está en condiciones de conseguírmelas sin demora.» Napoleón leía tanto en parte porque por esta época abrigaba la esperanza de convertirse en escritor. Una reseña de lo que leía y lo que escribió aportará un indicio excelente acerca del modo en que llegó a adoptar su trascendente decisión cuando comenzó la Revolución Francesa.

Comencemos por las lecturas más superficiales de Napoleón. Le gustó mucho un libro llamado Alcibiade, adaptación francesa de una novela histórica alemana. Otro fue La Chaumière Indienne, de Bernardin de Saint-Pierre. Describía la honesta rectitud de las personas sencillas que viven cerca de la naturaleza; la obra abunda en sentimientos generosos, humanos y espontáneos. A Napoleón le gustaba este tipo de novela, cosa que ocurría con muchos de sus contemporáneos; hallaban en él un antídoto a la perversidad fría y calculadora de la sociedad refinada, la que se manifiesta en Les Liaisons Dangereuses. Incluso cuando leía para entretenerte, Napoleón apuntaba al perfeccionamiento personal.

Copiaba en un cuaderno palabras o nombres poco conocidos, por ejemplo la danza de Dédalo, la danza pírica; Odeum —teatro— Prytaneum; Timandra, una famosa cortesana que guardó permanente fidelidad a Alcibiades cuando éste debió afrontar el infortunio; rajas, parias, leche de cocos, bonzos, Lama.

A Napoleón también le gustaba la obra El arte de juzgar el carácter a partir de los rostros de los hombres, del pastor y místico protestante suizo Jean Gaspard Lavater. En un estilo popular y con la ayuda de excelentes ilustraciones Lavater analizaba la nariz, los ojos, los oídos y la postura de distintos tipos humanos y de figuras históricas, con el propósito de investigar los efectos sobre el cuerpo de las cualidades y los fallos del espíritu. Napoleón tenía tan elevada

opinión del libro que se propuso escribir también él un estudio análogo.

De otros libros más serios —un total de treinta— Napoleón extrajo notas, al ritmo de aproximadamente una página de notas por día, en conjunto ciento veinte mil palabras. Anotaba sobre todo los pasajes que contenían números, nombres propios, anécdotas y palabras subrayadas. Por ejemplo, de Historia de los árabes de Marigny: «Afirmase que Solimán comía cien libras de carne diarias...» «Hischam poseía 10.000 camisas, 2.000 cinturones, 4.000 caballos y 700 propiedades, y dos de ellas le producían 10.000 dracmas...» Lo entusiasmaban las cifras elevadas, y en las raras ocasiones en que cometía un error se trataba generalmente de que exageraba la cifra, por ejemplo cuando anotó que la Armada Española incluía ciento cincuenta naves, pese a que el autor mencionaba ciento treinta.

De la Historia natural de Buffon, Napoleón recogió notas acerca de la formación de los planetas, y de la tierra, los ríos, los mares, los lagos, los vientos, los volcanes, los terremotos, y sobre todo el hombre.

«Ciertos hombres —escribió— nacen con un solo testículo, y otros tienen tres; son más fuertes y vigorosos. Es asombroso cuánto contribuye a la fuerza y el coraje esta parte del cuerpo. ¡Qué diferencia entre un toro y un buey, un carnero y una oveja, un gallo y un capón!» Además, copió un extenso pasaje acerca de los diferentes métodos de castración mediante la amputación, la compresión, y la cocción de hierbas; y terminaba la nota con la afirmación de que en 1657 Tavernier decía haber visto veintidós mil eunucos en el reino de Golconda. Como muchos jóvenes, parece que durante un tiempo Napoleón alimentó el temor subconsciente a la castración.

El teniente segundo Bonaparte nunca leyó biografías de generales, historias de guerras y obras de táctica. La mayor parte de sus lecturas se originaba en un hecho llamativamente obvio: algo estaba mal en Francia.

Había injusticia, pobreza innecesaria, y corrupción en los ambientes encumbrados. El 27 de noviembre de 1786 Napoleón escribió en su cuaderno: «Somos miembros de una monarquía poderosa, pero hoy percibimos sólo los vicios de su constitución.» Como todos, Napoleón veía la necesidad de la reforma. Pero ¿qué tipo de reforma? Con el fin de ordenar sus propios sentimientos y buscar una respuesta, Napoleón comenzó a leer historia y teoría política.

Comenzó con La República de Platón, y su principal conclusión fue: «Todos los hombres que gobiernan imparten órdenes, no en su propio interés sino en interés de sus subditos.» Leyó la Historia antigua de Rollin, y extrajo notas acerca de Egipto —le impresionó la tiranía de los Faraones—, Asiria, Libia, Persia y Grecia. Observa que Atenas estuvo gobernada inicialmente por un rey, pero de esto no puede extraerse que la monarquía sea la forma más natural y primordial de gobierno. Dice de Licurgo: «Era necesario levantar diques contra el poder del rey, pues de lo contrario habría prevalecido el despotismo. Había que mantener y moderar la energía del pueblo, de modo que éste no se hallase formado por esclavos ni anarquistas.» De la Historia de los árabes de Marigny leyó tres de los cuatro volúmenes, y no hizo caso de las páginas acerca de la religión. «Mahoma no sabía leer o escribir, y eso me parece improbable.

Tenía diecisiete esposas.» Echó una ojeada a China en *Essais sur les Mœurs de Voltaire*, y citó a Confucio acerca de la obligación de un gobernante de renovarse constantemente con el propósito de renovar con su ejemplo al pueblo.

En estas y otras notas se destacan dos actitudes principales: Napoleón sentía viva simpatía por los oprimidos y le desagradaaba la tiranía, cualquiera que fuese su forma, ya se tratara de que el Todopoderoso descargase su condenación eterna sobre las almas o de que el cardenal de Fleury se vanagloriase de haber firmado cuarenta mil lettres de cachet.

Pero no hay actitudes tajantes de tipo condenatorio. Aunque no simpatizaba con el absolutismo de la corte de Luis XIV, cita con aprobación el comentario de su nieto, la vez que rechazó un nuevo mueble para su casa: «El pueblo puede obtener las cosas necesarias de la vida sólo cuando los príncipes se abstienen de lo que es superfluo.» El libro que parece haber influido especialmente sobre Napoleón, y del que tomó mayor número de notas, fue una traducción francesa de *A New and Impartial History of England, from the Invasion of Julius Caesar to the Signing of Preliminaries of Peace, 1762*, de John Barrow. La traducción francesa se interrumpía en 1689, es decir ponía un límite seguro antes de abordar la larga serie de derrotas francesas.

Las notas de Napoleón extraídas de Barrow carecen de ese chauvinismo, salvo quizá la primera: «Las Islas Británicas fueron probablemente las primeras pobladas por colonos galos.» Se salta la invasión de César, probablemente porque ya la conoce bien. Concedió mucho espacio a Alfredo y a la Cana Magna, y señaló que

la Carta había sido condenada por el Papa. Napoleón prestó cuidadosa atención a todas las luchas constitucionales, por ejemplo la acusación de Eduardo II y la rebelión de Wat Tyier. Acerca del fin del reinado de Ricardo II Napoleón agregó un comentario personal: «La ventaja principal de la Constitución inglesa consiste en el hecho de que el espíritu nacional conserva siempre toda su vitalidad. Durante muchos años el rey puede arrogarse más autoridad que la que debería tener, e incluso puede utilizar su gran poder para cometer injusticias, pero el clamor de la nación pronto se conviene en trueno, y más tarde o más temprano el rey cede».

Napoleón estudió cuidadosamente la Reforma. En un resumen del reinado dejacobo I, observó: «De aquí en adelante el Parlamento recuperó su predominio.» Napoleón tenía una mediocre opinión de Carlos I.

Redactó notas acerca de Pym, el primer demagogo parlamentario, pero reservó su entusiasmo para Simón de Montfon y más tarde para el Protector Somerset, que había muerto en épocas más sombrías para posibilitar los éxitos de Pym y Cromweil. De Simón de Montfon escribió:

«Allí perece uno de los ingleses más grandes, y con él la esperanza que la nación tenía de ver moderada la autoridad real.» La traducción francesa de la historia de Barrow concluía en 1689, con el triunfo de la monarquía constitucional. El mensaje de Barrow era claro: sólo una constitución que defendiese los derechos del pueblo podía contener al gobierno arbitrario. A la luz de este mensaje, Napoleón reexaminó la historia de Francia. Llegó a la conclusión de que el gobierno original de los francos era una democracia atemperada por el poder del rey y sus caballeros. Se designaba al nuevo rey cuando las tropas lo levantaban sobre un escudo y lo aclamaban. Después, llegaron los obispos y predicaron el despotismo. Antes de recibir la corona, Pepino solicitó la autorización del Papa. Poco a poco la aureola de la realeza se apoderó de la mente de los hombres, y los reyes usurparon una autoridad que inicialmente no se les había otorgado. Ya no gobernaban en beneficio del pueblo que inicialmente les había otorgado el poder. En octubre de 1788 Napoleón se proponía escribir un ensayo acerca de la autoridad real: analizaría las funciones ilegales asumidas por los reyes en los doce reinos europeos. Sin duda, pensaba en el poder de Luis XVI, que con un trazo de la pluma podía enviar a la Bastilla a un francés.

Napoleón llegó a la conclusión de que lo que estaba mal en Francia era que el poder del rey y sus hombres había llegado a ser excesivo; la reforma ansiada por Napoleón —y este aspecto es importante en vista de su carrera futura— era una constitución que, al destacar los derechos populares, garantizaría que el rey actuase en defensa del conjunto de los intereses de Francia.

Para un observador imparcial de Europa alrededor del año 1785 el hecho destacado habría sido el éxito de las monarquías inconstitucionales, los llamados despotismos ilustrados. En Portugal, España y Suecia los reyes de este tipo estaban reformando y modernizando el país, y en cambio, en Prusia Federico II y en Rusia Catalina II estaban gobernando arbitrariamente, pese a lo cual merecían el epíteto de «Grande». Es interesante señalar que Napoleón apartó los ojos de sus éxitos personales, y los fijó en el caso más singular: Inglaterra, con su monarquía limitada por la ley. Procedió así en parte porque era admirador de Rousseau, cuya teoría del contrato social deriva de Locke, pero incluso más a causa de la tradición de su familia, que era el respeto a la ley, y de su simpatía personal hacia los oprimidos.

Por lo tanto, debe afirmarse que Napoleón deseaba la reforma en Francia. Quería llegar a una monarquía constitucional que gobernase en beneficio del pueblo. Esta decisión se vio fortalecida por un nuevo sesgo de los hechos en Córcega. Allí, los franceses habían invertido por completo su política. En septiembre de 1786 falleció Marbeuf, y después la isla fue administrada por el Ministerio de Finanzas. Comenzó a actuar un grupo de burócratas, y como Francia marchaba hacia la bancarrota, estos funcionarios tenían órdenes de reducir los gastos. Rehusaron pagar a Letizia los subsidios que le correspondían por los anteriores planes de mejoramiento, y así ella se encontró en dificultades financieras, sobre todo porque la presencia de los burócratas y las tropas francesas había elevado el costo de la vida: el cereal duplicó su precio entre 1771 y 1784.

La primera reacción de Napoleón fue pedir justicia. Fue a París en 1787 para hablar con el funcionario de más elevada jerarquía, el supervisor general. Específico la suma adeudada, pero agregó con calor que ninguna suma «podría compensar jamás el tipo de indignidad que un hombre sufre cuando a cada momento se lo obliga a tener conciencia de su sometimiento».

El Ministerio no pagó a Letizia. Tampoco los franceses devolvieron la propiedad Odene, porque uno de los funcionarios, cieno monsieur Soviris, era parte interesada. Napoleón nuevamente actuó. Escribió al

encargado del archivo de los Estados Generales Corsos, Laurent Giubega, que era su propio padrino, y protestó con palabras enérgicas acerca de los tribunales y las oficinas que se mostraban muy poco activos, y en los cuales la decisión pertenece a un solo hombre, «que es extraño no sólo a nuestro idioma y nuestras costumbres, sino también a nuestro sistema legal... que envidia el lujo que ha visto en el Continente porque su sueldo no le permite alcanzar el mismo nivel».

La carta de Napoleón no produjo ningún efecto. Estos dos casos de injusticia que afectaron a su madre viuda modificaron toda la actitud de Napoleón frente a los franceses en Córcega. Antes había aceptado su presencia porque la consideraba benéfica; pero entonces vio que representaban una forma opresora. El gobierno de los franceses en Córcega era un ejemplo especial de la injusticia intrínseca del sistema francés.

Decidió que ese gobierno debía concluir, y que Córcega necesitaba recuperar la libertad.

Pero ¿cómo? Al principio. Napoleón no supo cuál era el camino. «La situación actual de mi región, Córcega—observó sombríamente—, y la imposibilidad de modificarla, es una razón más para huir de este lugar donde el deber me obliga a elogiar a hombres a quienes por sus virtudes debo odiar.» Napoleón necesitó dos años para encontrar el camino. Y ese camino era un libro. Escribiría una historia de Córcega, de acuerdo con las tendencias de la que había publicado Bosweil, con el fin de commover al pueblo francés y excitar sus sentimientos humanos. Cuando conocieran los hechos, reclamarían la libertad para los corsos.

La historia de Napoleón concentra la atención en los combatientes corsos por la libertad, es decir los hombres que lucharon contra los genoveses, por ejemplo Gugliermo y Sampiero. Napoleón tenía el propósito de convertir a Paoli en su figura central, pero cuando le solicitó los documentos necesarios, Paoli replicó que la historia no debía estar a cargo de los jóvenes. De manera que Napoleón nunca terminó su libro. En todo caso, redactó algunos capítulos muy inspirados, y destacó la idea de que los corsos se habrían liberado si hubiesen formado una marina.

Napoleón creía que Córcega debía ser liberada por «un hombre fuerte y justo»; también pensaba que un hombre valeroso debía dirigirse al pueblo francés y promover las reformas. No identificó a esos hombres —aún estaba pensando en términos generales— pero se preguntó:

¿Cuál sería la suerte de estos hombres? ¿Cuál era el destino del héroe reformista? Para responder a su pregunta redactó un breve relato. Está basado en un incidente ya detallado por Barrow, y por lo tanto desarrollado en Inglaterra, pero es evidente que Napoleón se proponía aplicarlo a la situación del momento en Francia y Córcega.

La escena está situada en Londres, en el año 1683. Tres hombres conspiran para limitar el poder del frívolo Carlos II: el austero Essex, en quien alienta el firme sentido de justicia; Russell, cálido y bondadoso, adorado por el pueblo; y Sidney, un genio que comprende que la base de todas las constituciones es el contrato social. Descubren a los conspiradores, y ejecutan a Russell y Sidney. Pero el pueblo pide perdón para Essex, y los jueces se limitan a encarcelarlo.

«Es de noche. Imaginemos a una mujer turbada por sueños siniestros, prevenida por sonidos temibles en medio de la noche, inquieta en la oscuridad de un vasto dormitorio. Se acerca a la puerta y toca la llave. Un estremecimiento recorre su cuerpo cuando toca la hoja de un cuchillo.

La sangre que cae del arma no la atemoriza. "Quienquiera que seas —clama—, detente. Soy sólo la desdichada esposa del conde de Essex".

En lugar de desmayarse, como habría hecho la mayoría de las mujeres, de nuevo toca la llave, la encuentra y abre la puerta. Lejos, en la habitación contigua, le parece ver algo que camina, pero se avergüenza de su propia debilidad, cierra la puerta y retorna al lecho.

»Son las once de la mañana y la condesa, turbada, pálida y afligida, trata de rechazar el sueño que la inquieta. "Jean Bettsy, Jean Bettsy, querida Jean". Levanta los ojos —pues la voz la despenó— y Jean, asustada, ve un espectro que se aproxima a su lecho, corre las cuatro cortinas y la toma de la mano. "Jean, me olvidaste, estás durmiendo. Pero siente." Lleva la mano de la mujer hacia su propio cuello. ¡Qué horror! Los dedos de la condesa se hunden en las anchas heridas, tiene los dedos cubiertos de sangre; profiere un grito y oculta el rostro; pero cuando vuelve a mirar no ve nada. Aterrorizada, temblorosa, el corazón destrozado por estas terribles premoniciones, la condesa sube a un carroaje y se dirige a la Torre. En el centro de Pall Malí oye que en la calle alguien grita: "¡El conde de Essex ha muerto!" Finalmente llega, y se abre la puerta de la prisión. ¡Horrible espectáculo! Tres grandes golpes de cuchillo han terminado con la vida del conde. Él tiene la mano sobre el corazón. Los ojos que se elevan al déjo parecen implorar la venganza eterna.

»El rey Carlos II y el duque de York son los asesinos. ¿Quizás ustedes crean que Jean cae desmayada y deshonra con lágrimas de cobardía la memoria del más estimable de los hombres? En realidad, ordena que laven el cuerpo, lo lleven a su casa y lo muestren al pueblo... Pero en su mortal dolor, la condesa reviste de negro sus habitaciones. Tapia las ventanas y pasa los días llorando el destino terrible de su marido. Sólo tres años más tarde —Napoleón confunde las fechas—, cuando el rey ha muerto y el duque de York es destronado, la condesa sale de su casa. Se siente satisfecha con la venganza impuesta por el cielo y de nuevo ocupa su lugar en la sociedad».

Tal es el breve relato de Napoleón. La mayoría de sus restantes escritos está formada por trabajos tan serenos y razonables, que sorprende tropezar con ese fragmento tan sanguinario. Pero es una faceta de su carácter, del mismo modo que la tragedia cruenta lo es de la civilización griega. Si el espectro proviene de Córcega, y la sangre de las novelas de horror que entonces estaban de moda, el tema fundamental pertenece a Napoleón. Un noble decidido a actuar en defensa del pueblo oprimido y contra el rey. ¿Y cuál es el resultado? Pierde la vida. Napoleón percibía que ése era un desenlace invariable. En su libro corso escribió: «Paoli, Colombano, Sampiero, Pompiliani, Gafforio, ilustres vengadores de la humanidad... ¿Cuáles fueron las recompensas de vuestras virtudes? Las dagas, sí, las dagas».

Pero las dagas no son el fin. Seis años después, Carlos II y su hermano han desaparecido, y ocupa el trono un rey respetuoso del derecho.

Aunque Essex no vivió para verlo, la monarquía constitucional por la cual dio la vida en definitiva alcanzó el triunfo. Napoleón creía que en las cosas de este mundo prevalece una venganza más alta. Sobre los asuntos humanos planea una justicia reguladora divina.

Hemos visto las reformas que Napoleón deseaba realizar en Francia y en Córcega, y el destino trágico que preveía para los reformadores.

Pero todas estas notas y esos escritos, aunque reveladores, carecen del toque personal que es realmente original. ¿Qué deseaba hacer con su propia vida el teniente segundo Bonapane? ¿Cuáles eran sus aspiraciones? La respuesta está en un ensayo de cuarenta páginas que presentó para optar a un premio de 1.200 libras ofrecidas por la Academia de Lyon, como respuesta a la pregunta:

«¿Cuáles son las verdades y los sentimientos más importantes que conviene inculcar en los hombres para promover su felicidad?».

Napoleón comienza su ensayo con un epígrafe: «Existirá moral cuando los gobiernos sean libres», un eco, y no una cita como afirmó Napoleón, del aforismo de Raynal: «La buena moral depende del buen gobierno.» Napoleón afirma que el hombre ha nacido para ser feliz; la naturaleza, una madre esclarecida, lo ha dotado de todos los órganos necesarios para este propósito. De manera que la felicidad es el goce de la vida del modo más apropiado para la constitución del hombre. Y todos los hombres nacen con el derecho a esa parte de los frutos de la tierra que es necesaria para la subsistencia. El mérito esencial de Paoli consiste en haber obtenido este resultado.

Napoleón aborda después el sentimiento. El hombre experimenta los sentimientos más exquisitamente gratos cuando está solo por la noche, meditando acerca del origen de la naturaleza. Los sentimientos de este tipo serían sus dones más preciosos si no se le hubiese otorgado también el amor a la patria, el amor a la esposa y a la «divina amistad».

«¡Una esposa y los hijos! ¡Un padre y una madre, hermanos y hermanas, un amigo! ¡Pero la mayoría de la gente encuentra defectuosa a la naturaleza y se pregunta por qué llegó a nacer!».

El sentimiento nos induce a amar lo que es bueno y justo, pero también origina nuestra rebelión contra la tiranía y el mal. Debemos tratar de desarrollar el segundo aspecto, y defendernos de la perversión. Por consiguiente, el buen legislador debe orientar el sentimiento mediante la razón. Al mismo tiempo, debe otorgar total y absoluta libertad de pensamiento, y la libertad de hablar y escribir, excepto cuando ella pueda perjudicar el orden social. Por ejemplo, la ternura no debe degenerar en laxitud, y nunca debemos reproducir la Alzire de Voltaire, en que el héroe moribundo en lugar de maldecir a su asesino lo compadece y perdona. La razón distingue el sentimiento auténtico de la pasión violenta, la razón mantiene el funcionamiento de la sociedad, la razón concibe un sentimiento natural y le confiere grandeza. Amar a nuestra propia patria es un sentimiento elemental, pero amarla por encima de todo lo demás es «el amor a la belleza en toda su energía, el placer de ayudar a realizar la felicidad de una nación entera».

Pero aquí hay un tipo pervertido de patriotismo, engendrado por la ambición. Napoleón reserva su lenguaje más áspero con el fin de denunciar a la ambición, «con su cutis pálido, los ojos desorbitados, el andar apresurado, los gestos bruscos y la risa sardónica». En otras

páginas de sus cuadernos vuelve al mismo tema. Dice de Bruto que es un loco ambicioso, y con respecto al fanático profeta árabe Hakim, que predicaba la guerra civil y que, cegado por una enfermedad, ocultaba sus ojos sin luz con una máscara de plata, explicando que la utilizaba para evitar que los hombres se deslumbrasen con la luz que irradiaba de su rostro, Napoleón comenta desdeñosamente: «¡A qué extremo puede llegar un hombre impulsado por su ansia de fama!».

Napoleón concluye su ensayo comparando con el egoísta ambicioso al auténtico patriota, el hombre que vive con el propósito de ayudar a otros. Gracias al coraje y la fuerza viril el patriota alcanza la felicidad.

Vivir feliz y trabajar por la felicidad de otros es la única religión digna de Dios. Qué placer morir rodeado por nuestros hijos y poder afirmar:

«He asegurado la felicidad de cien familias. Tuve una vida dura, pero el Estado la aprovechará; gracias a mis preocupaciones, mis conciudadanos viven serenamente, a través de mis perplejidades son felices, a través de mis penas son alegres».

Tal es el ensayo escrito por el teniente segundo Bonapane en su estrecha habitación de Auxonne, entre desfiles y horas de guardia. Sin duda se sintió decepcionado cuando su trabajo no conquistó el premio. En realidad, ninguno de sus ensayos fue considerado digno de recibir un premio.

Pero había valido la pena escribirlo, pues en ciertos aspectos se trata de un programa de vida. Sin duda, el patriota es el propio Napoleón. Su propósito en la vida es trabajar por la felicidad de otros. El heroísmo y la caballerosidad que había apreciado como cadete se ven desplazados por un patriotismo de tipo más usual. Ya no admira al héroe corneilliano que defiende sus derechos; en cambio, se ve en el papel del miembro de una comunidad que trabaja para «cien familias». Y ahora es soldado, no civil.

Napoleón no incluye al cristianismo como factor de la felicidad, y en este aspecto su actitud es típica de su época. Como escribió en su cuaderno, el cristianismo «declara que su reino no es de este mundo; entonces, ¿cómo puede estimular el afecto a la patria, cómo puede inspirar sentimientos que no sean el escepticismo, la indiferencia y la frialdad frente a los asuntos y el gobierno humanos?».

La actitud de Napoleón frente al sentimiento también era típica de una época que comenzaba a cansarse del cinismo y las máscaras. Donde Napoleón tiene una actitud original es en el reconocimiento de que puede suscitarse una peligrosa confusión entre el sentimiento

auténtico —la virtud— y la pasión disfrazada de sentimiento. Tiene una actitud original en cuanto convierte a la razón, y no a la intensidad del sentimiento, en el juez del valor del sentimiento. Si se le hubiese apremiado para que enunciase los criterios utilizados por la razón. Napoleón sin duda habría mencionado el patriotismo y valores como la veracidad y la generosidad (pero no el perdón) aprendidas de sus padres; en otras palabras, por lo menos algunos de los valores de la cristiandad excluidos de su ensayo.

Mientras en su pequeña guarnición Napoleón estudiaba, planeaba reformas y contemplaba la vida que deseaba llevar, el universo más amplio de Francia avanzaba hacia una crisis.

Quizás el inconveniente principal era que ya nadie tenía poder para actuar. Luis XVI, un hombre bien intencionado y todavía popular, trató de promover reformas impositivas muy necesarias, pero los abogados que formaban los parlamentos se negaron tenazmente a aprobarlas. Como un joven consejero del Parlamento de París explicó a un visitante: «Señor, usted tiene que saber que en Francia la función de un consejero es oponerse a todo lo que el rey desea hacer, incluso a las cosas buenas.» En todos los niveles Francia estaba formada por grupos endurecidos en la oposición, y el robusto espíritu crítico francés ridiculizaba todos los proyectos de reforma. La falta de confianza se insinuaba en la nación, y perjudicó gravemente al comercio en 1788. Después, en el período 1788-1789, hubo un invierno excepcionalmente severo. El Sena y otros ríos se congelaron, el comercio era imposible y el ganado vacuno perecía. Después de muchos años de estabilidad, el precio del pan y la carne aumentó bruscamente, y esto en momentos en que muchos talleres estaban despidiendo personal. Sobre Francia se cernió el miedo al hambre.

A finales de marzo de 1789, estaban cargando con trigo una barcaza en la pequeña localidad de Seurre. El trigo había sido comprado por un negociante de Verdun, y debía enviarse a esa ciudad. El pueblo de Seurre, convencido de que estaban quitándole el alimento, provocó disturbios e impidió la partida de la barcaza. En ese momento, el regimiento de Salís Samade estaba destacado en Auxonne, a unos treinta y dos kilómetros de Seurre, y su coronel, el barón Du Teil, envió un destacamento de un centenar de soldados, con Napoleón entre los oficiales, para restaurar el orden.

En Seurre, Napoleón pudo conocer por experiencia directa el estado de ánimo del pueblo francés, atemorizado y colérico, que reclamaba no solo alimento sino justicia social. Lo que Napoleón

pensó y sintió en 1789 no está tan bien documentado como lo que leía y escribía, pero de todos modos sabemos que creía que todos los franceses tenían derecho a la subsistencia, y que simpatizaba con ellos en la cuestión del elevado precio del pan. Por otra parte, detestaba los disturbios y la acción de las turbas. Cuando los hombres de Salis Samade irrumpieron en las dependencias del cuartel y se apoderaron de los fondos del regimiento y cuando la casa de campo rural del barón Du Teil fue incendiada, Napoleón ciertamente lo desaprobó. Era hijo de abogado, y deseaba que ese movimiento popular se manifestara constitucionalmente en el marco de los Estados Generales.

Esto es lo que le sucedió a su tiempo. En febrero de 1789 cierto Emmanuel Joseph Sieyés, ex sacerdote de Fréjus, publicó un folleto que impresionó al país entero. «¿Qué es el Tercer Estado? — preguntaba Sieyés—. Todo. ¿Qué pide? Llegar a ser algo.» El pueblo llano había encontrado una pluma, y poco después halló una voz, la de Mirabeau.

Mirabeau era un noble con sangre meridional en las venas, y como Napoleón, conocía la historia inglesa. Rechazado por sus colegas los nobles, había sido elegido por el Tercer Estado de Aix, y en nombre de ese sector Mirabeau habló; según dijo era «el defensor de una monarquía limitada por la ley y el apóstol de la libertad garantizada por una monarquía».

El 14 de julio de 1789 un grupo de parisienses asaltó la Bastilla, pero a los ojos de Napoleón, que estaba lejos de París, este episodio seguramente fue algo análogo a los disturbios de Seurre. Le interesaban los decretos de la Asamblea Constituyente, como se aurodenominaban los Estados Generales. La Asamblea abolió algunos de los privilegios de los nobles y del clero y otorgó el voto a más de cuatro millones y medio de hombres que poseían por lo menos una pequeña parcela o una propiedad, y en 1791 propuso a Francia su primera Constitución, elaborada por Mirabeau, y prologada por una «Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano», en la cual los dos artículos fundamentales son el primero y el cuarto: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho. Las diferencias sociales pueden basarse únicamente en el servicio público...»; «La libertad consiste en el poder de hacer todo lo que no perjudica a otros».

¿Cuál fue la reacción de Napoleón frente a estas leyes? Era un noble francés. Sus amigos y colegas de la oficialidad también eran nobles franceses, y los hermanos de éstos probablemente iban

camino de convertirse en obispos o incluso cardenales. Puesto que como nobles derramaban, o estaban dispuestos a derramar su sangre por el rey, no pagaban impuestos. Pertenecían a una élite, quizá medio millón de un total de veinticinco millones de individuos. En su condición de noble, Napoleón podía elevarse a la jerarquía de mariscal de Francia, y el hecho de que los plebeyos no tuviesen ese privilegio, aumentaba en gran manera sus posibilidades de llegar a la cumbre. Y de pronto se anulaban esos privilegios, y muchos miraban con hostilidad la medida. Más de la mitad de los oficiales colegas de Napoleón se negaron a aceptar la nueva situación y muchos, entre ellos su mejor amigo, Alexandre des Mazis, decidieron emigrar.

Napoleón no consideró la situación por referencia al interés propio.

Veía en todo esto una Constitución que limitaba la monarquía a través de la ley. Eso era precisamente lo que él deseaba desde hacía varios años.

Veía también que el poder pasaba al pueblo francés, y que el patriotismo más estrecho quedaba ahora englobado en el más general, y pensaba que eso facilitaría la situación de Córcega: estaba seguro de que el pueblo francés simpatizaría con el pueblo corso, y pondría fin al dominio colonial. Si en el fermento del nuevo movimiento popular perdía sus privilegios, era un precio reducido que él mismo se veía obligado a pagar.

No soñaba con la perspectiva de salir al extranjero para unirse a los príncipes de la sangre que estaban decididos a salvar al antiguo régimen.

La soberanía había sido transferida por la Asamblea del rey a todos los ciudadanos; de modo que él debía fidelidad, no a Luis XVI, sino al pueblo francés.

Napoleón muy bien pudo haber aprobado en silencio la Constitución y dejado las cosas en ese punto. Puesto que era oficial de artillería, tenía que cumplir obligaciones cotidianas. Pero en su ensayo acerca de la felicidad había afirmado el deber de comprometerse, de actuar en defensa de sus semejantes. La Constitución soportaba el ataque de los nobles y el clero, así como de los reyes europeos; Napoleón decidió actuar en defensa de la misma.

Lo hizo con mucha energía. Fue uno de los primeros en unirse a la Sociedad de Amigos de la Constitución, un grupo de 200 patriotas de Valence, y fue designado secretario de la entidad. El 3 de julio de 1791 representa un papel importante en una ceremonia en que veintitrés sociedades populares de Isére, Drôme y Ardéche

condenaron solemnemente el intento de fuga del rey a Bélgica. Tres días más tarde prestó el juramento exigido a todos los oficiales, que los obligaba a «morir antes que permitir que una potencia extranjera invada el suelo francés». El 14 de julio prestó juramento de lealtad a la nueva Constitución, y en un banquete celebrado la misma noche, propuso un brindis en honor a los patriotas de Auxonne.

El gobierno comenzó a confiscar la propiedad del clero y la nobleza ya venderla con el nombre de «bienes nacionales». Al principio, la gente sintió temor de comprar, porque pensó en la posibilidad de una contrarrevolución. Finalmente, en el departamento de Drôme un hombre se atrevió, depositó el dinero y realizó una compra. Napoleón de nuevo tuvo la iniciativa, y felicitó públicamente al comprador por su «patriotismo».

La Asamblea había aprobado un decreto denominado la Constitución Civil del Clero, que afirmaba que el clero francés era independiente de Roma, y que en el futuro, el clero y los obispos debían ser elegidos por sus congregaciones. Este decreto fue denunciado por Pío VI. Napoleón se apresuró a comprar un ejemplar de Historia de la Sorbona, una obra anticlerical de Duvernet, y allí estudió el tema de la autoridad papal y tomó nota de las ocasiones en que los eclesiásticos franceses se atrevían a decir que un Papa era superior al rey. Napoleón opinaba que Pío VI era un entrometido, pero en Valence no todos estaban de acuerdo.

De modo que Napoleón arregló que un sacerdote llamado Didier, antes franciscano recoleto, dirigiese la palabra a su Sociedad de Amigos de la Constitución, y ahí, entre aplausos, el sacerdote aseguró al público que los clérigos como él mismo que prestaban el juramento de lealtad a la Constitución Civil lo hacían de buena fe, al margen de lo que Roma pudiese decir.

Ésa era la posición de Napoleón durante el verano de 1791. El oficial de noble cuna, sobrino nieto del archidiácono Lucciano, comenzaba a adoptar medidas en el asunto de la venta de propiedades confiscadas a los nobles y al clero. Estaba promoviendo el apoyo a una Constitución que arrebataba la soberanía al mismo rey que había pagado la educación y firmado el nombramiento de Napoleón. Pero éstos eran los subproductos de un curso de acción esencialmente positivo. A los veintiún años. Napoleón era un hombre satisfecho, intensamente entusiasmado con un movimiento popular, que englobaba muchas de sus aspiraciones; un movimiento que según creía estaba trayendo la justicia a Francia y terminando con la opresión, y que posiblemente beneficiaría a Córcega.

CAPÍTULO CUATRO

Fracaso en Córcega

En octubre de 1791 Napoleón regresó a Ajaccio disfrutando de un permiso, y canjeó el entrenamiento artillero y el dormitorio estrecho por la casa cordial y espaciosa de via Malerbe, el francés por el italiano, las comidas en el café por los ravioli y los macarrones que echaba de menos en Francia. Las uvas estaban madurando, los arbustos de la montaña aún tenían ese fragante aroma que, según decía Napoleón, él podía reconocer siempre. El entorno era el mismo, pero todos eran un poco más viejos.

Napoleón encontró a su madre en el séptimo año de viudez. Aún era hermosa, y había rechazado dos ofrecimientos de nuevo matrimonio, pues deseaba mantenerse fiel a la memoria de Carlo y consagrarse por completo a sus hijos. Como era viuda, siempre vestía de negro. En lugar de tres criados ahora podía permitirse sólo uno, una mujer llamada Savenana, que insistía en acompañarla, aunque se le pagaba únicamente un sueldo nominal de tres francos mensuales. Lerizia tenía tantas tareas domésticas que durante algún tiempo ya no pudo cumplir la obligación autoimpuesta de asistir diariamente a misa.

Joseph era un joven sereno e inteligente de veintitrés años, un buen abogado a quien interesaba la política, y que pronto llegaría a ser miembro del consejo de Ajaccio. Luccien tenía dieciséis años. Durante la ausencia de sus hermanos en el colegio había recibido excesiva atención; el regreso de Joseph, y de Napoleón durante los permisos, provocaba hasta cierto punto el resentimiento de Luccien y exacerbaba un carácter ya difícil; pero sabía hablar, y pronto sería el orador de la familia. Marie Anne, de catorce años, estaba en Saim-Cyr. Louis, que en este viaje acompañaba a Napoleón, tenía trece años, y era un jovencito de buena apariencia, afectuoso, desusadamente escrupuloso. Pauline, de once años, era vivaz y encantadora, todo lo sentía profundamente y sin embargo sabía

divertirse. Era la hermana favorita de Napoleón. Caroline, que tenía nueve años y el cutis muy blanco, manifestaba talento para la música. El último de los trece hijos de Letizia, de los cuales ocho habían sobrevivido, era Jerome, un niño osado, un tanto malcriado e inclinado al exhibicionismo.

Para su familia, Napoleón, con la espada al cinto, era una figura respetada; era el único Bonaparte que percibía un ingreso regular. Tenía estatura mediana comparado con el término medio de los franceses, pero era más bajo que la mayoría de los corsos, y muy delgado, apenas podía sostener su uniforme azul con alamares rojos. Tenía el rostro delgado y anguloso, con un mentón muy destacado; los ojos eran de un gris azulado, el cutis oliváceo. Ya había pasado dos permisos en el hogar, pero éhos habían sido períodos de tranquilidad, durante los cuales había leído a Corneille y a Voltaire en voz alta con Joseph, y llevado a su madre, que aún sufría cierta rigidez del costado izquierdo, a las aguas ferrosas de Guagno. Este permiso sería mucho menos tranquilo.

En la casa también estaba el archidiácono Lucciano, que ya había cumplido los setenta y seis años, y se hallaba confinado al lecho, por la gota; desde la cama, continuaba haciendo negocios muy lucrativos con las tierras, el vino, los caballos, el trigo y los cerdos. Se mostraba muy inclinado a litigar: en un año había comparecido ante el tribunal en cinco ocasiones distintas. Generalmente ganaba los casos, y así llegó a ser muy rico. Para mayor seguridad guardaba su dinero — todo en monedas de oro— bajo el colchón.

En cambio, el resto de la familia era muy pobre. Carlo había firmado un contrato favorable con el gobierno francés, para producir diez mil moreras destinadas a la obtención de seda. Durante la niñez de Napoleón la morera había sido un símbolo de las futuras riquezas de los Bonaparte, de ahí el apostrofe de Napoleón a la morera de Brienne. Pero ahora era la expresión del desastre, porque el gobierno francés había anulado el contrato, y dejado a los Bonaparte con muchos miles de moreras, de las que ni siquiera se podía aprovechar el fruto, pues esa especie suministraba una baya blanca insípida, despreciada en una isla de uvas y cerezas. Letizia tenía un déficit de 3.800 libras, pero Lucciano no estaba dispuesto a ayudar. Nada lo convencía de la necesidad de desprenderse de un solo centavo.

Cuando la necesidad de dinero era urgente, Pauline, la seductora, se ocupaba de ver al anciano, y mientras lo engatusaba, trataba de retirar un luis de oro o dos del colchón. Cierto día la joven se movió torpemente, y el saco entero cayó ruidosamente al suelo de azulejos.

Mudo durante un momento, el archidiácono hizo temblar inmediatamente la casa con sus gritos. Letizia subió deprisa y lo encontró mirando, con expresión ultrajada, su amado tesoro desparramado en el suelo. Juró «por todos los santos del cielo» que ni una moneda de ese oro le pertenecía: todo lo guardaba para amigos o clientes. Letizia recogió en silencio las monedas.

El archidiácono las contó, las devolvió al saco, y repuso éste en su colchón.

Napoleón simpatizaba con su tío abuelo a pesar de la avaricia del anciano, y solía charlar largamente con él. Lamentaba verlo enfermo, y cuando se preguntó cómo podría ayudarlo, recordó que existía un médico suizo llamado Samuel Tissot, el primer galeno que llegó a sugerir que los enfermos debían tratarse ellos mismos. Tissot había publicado tres libros famosos: uno acerca del onanismo, donde advertía que la masturbación podía conducir a la locura; otro acerca de los desórdenes de la gente elegante, y para eso recomendaba el aire fresco, el ejercicio y una dieta de verduras; y un tercero acerca de las enfermedades que afectan a las personas sedentarias y de inclinaciones literarias, y en estos casos recomendaba caminar, y consumir canela, nuez moscada, hinojo y perifollo. En el segundo libro, Tissot, que era un firme republicano, formulaba comentarios elogiosos acerca de Paoli. Eso bastó para iluminar la mirada de Napoleón: consideró que Tissot era un espíritu hermano, y escribió una cana «a monsieur Tissot, doctor en medicina, miembro de la Sociedad Real, residente en Lausana».

«La humanidad, señor —comenzaba Napoleón—, me induce a abrigar la esperanza de que os dignaréis replicar a esta consulta desusada.

Durante el último mes he venido sufriendo la fiebre terciana, y por eso dudo que usted pueda leer este garabato.» Después de haber disculpado así su escritura, que rara vez era buena, con o sin fiebre. Napoleón pasaba a describir los síntomas de su tío abuelo, explicaba que antes casi nunca había estado enfermo, e incluso agregaba su propio diagnóstico:

«Creo que tiene una tendencia al egoísmo y que como ha vivido una vida acomodada no se vio obligado a desarrollar todas sus energías.» Respetuosamente, pero con firmeza, solicitaba al doctor Tissot que le recetara a vuelta de correo. En realidad, Tissot ya había indicado un remedio para la gota en el primero de sus libros de autotratamiento:

bañar las piernas, una dieta basada principalmente en la leche, nada de dulces, ni aceite, ni guisados, ni vino. Quizá consideró que no tenía nada más que decir, pues escribió al dorso de la solicitud de Napoleón:

«Una carta de escaso interés, sin respuesta».

Por supuesto, el aceite de oliva es un ingrediente básico de la dieta corsa. Por esa razón o por otra, el archidiácono Lucciano empeoraba constantemente, y a fines del otoño de 1791 era evidente que la muerte estaba próxima. La familia se reunió alrededor del lecho del anciano, con el crucifijo colgando a cierta altura y con el colchón del oro, mientras el archidiácono dirigía las últimas palabras a los varones de más edad.

«Tú, Joseph, serás jefe de la familia, y tú, Napoleón, serás un hombre.» El archidiácono quiso decir que había advertido en el segundo hijo esas virtudes de energía, coraje e independencia que a los ojos de un corso representan la auténtica masculinidad.

Con la muerte del archidiácono su propiedad pasó a los hijos de Letizia. De la noche a la mañana los Buonaparte comprobaron que ya no eran pobres, y que pasaban a gozar de una situación bastante acomodada. Esto representó un golpe de suerte para Napoleón, porque deseaba representar un papel en la política corsa, un mundo muy duro donde nadie llegaba lejos sin la influencia que deriva del dinero.

Córcega estaba profundamente dividida entre los que acogían de buen grado la Constitución de 1791 y los que se oponían a las nuevas medidas provenientes de París, y sobre todo a las que perjudicaban a la Iglesia. Napoleón pertenecía al primer grupo, y además creía que sólo una fuerte Guardia Nacional, o ejército cívico, podía aplicar la Constitución y extraer los correspondientes beneficios para el pueblo corso. Desarrolló una campaña en favor de la formación de una Guardia Nacional, y cuando se creó ese cuerpo escribió al Ministerio de la Guerra para explicar que su «puesto de honor» ahora estaba en Córcega, y para pedir que se autorizara (como así se hizo) su presentación como candidato a uno de los dos cargos de teniente coronel del segundo batallón.

Había cuatro candidatos y cada guardia tenía dos votos. Una quincena antes de la elección, Napoleón organizó el viaje de doscientos guardias a Ajaccio, y su alojamiento en la residencia Buonaparte y sus terrenos. Allí, Letizia les suministró abundante comida y bebida pagada con el oro del archidiácono.

La víspera de la elección llegaron los comisionados. Todos deseaban ver dónde se alojarían, porque de ese modo indicaban sus preferencias.

Uno de ellos, llamado Morati, fue a la casa de una familia que apoyaba a Pozzo, el principal antagonista de Napoleón. A Napoleón no le agradó que Morati se alojase allí, y quizá fuese intimidado. Llamó a uno de sus hombres y le ordenó que secuestrase a Morati. Esa noche, cuando los Peraldi se habían sentado a cenar, varios intrusos irrumpieron en el comedor, se apoderaron de Morati y lo llevaron a la casa de Napoleón.

El asombrado comisionado tuvo que pasar allí la noche.

Al día siguiente, los 521 guardias llegaron a la iglesia de San Francisco.

Pozzo pronunció un discurso para protestar contra el secuestro, pero los guardias silbaron, y con gritos de abasso! apartaron del estrado a Pozzo; algunos desenfundaron estiletes. Napoleón y un amigo intervinieron a tiempo y formaron un muro alrededor de Pozzo. Después, se restableció la calma y comenzó la votación. Napoleón ocupó el segundo lugar con 422 votos. De acuerdo con las costumbres corsas, éstas habían sido unas elecciones notablemente serenas, no hubo ningún muerto.

A los veintidós años, Napoleón era teniente coronel de la Guardia Nacional. Pero se encontró en una situación difícil. París había decretado la supresión de todas las órdenes religiosas. En Córcega había sesenta y cinco conventos, y el de Ajaccio era en sobremanera importante. Lo habían clausurado en marzo. Por supuesto, los franciscanos protestaron, y como gozaban de la simpatía general, consiguieron movilizar cierto apoyo.

Una semana después de la elección de Napoleón, el domingo de Pascua de 1792, un grupo de sacerdotes no juramentados —los que rehusaban jurar lealtad a la Constitución— entraron en el convento clausurado y celebraron la misa. Napoleón llegó a la conclusión de que los sacerdotes estaban desafiando al gobierno y alertó a sus guardias. Después de la misa comenzó un juego de bolos; se suscitó una disputa, que pronto se convirtió en batalla entre los partidarios de los franciscanos y los partidarios del clero constitucional, entre el viejo y el nuevo orden. Se desenfundaron los estiletes y las pistolas dispararon. Napoleón ordenó a sus guardias que restableciesen el orden. De pronto, cerca de la catedral, uno de los partidarios de los franciscanos desenfundó una pistola y el teniente Rocca della Sera, de la Guardia Nacional, cayó muerto; Napoleón acudió deprisa, llevó

el cuerpo de regreso a su cuartel, en la torre del seminario, y decidió combatir contra los partidarios de los frailes.

La clave de Ajaccio era su ciudadela, una poderosa fortaleza de muros empinados y grandes cañones. Quien controlase la ciudadela dominaba a Ajaccio. Pero el coronel Maillard, comandante de la ciudadela, no parecía dispuesto a ayudar a Napoleón. En cambio, envió tropas francesas para desalojar la ciudad. En el seminario, Napoleón rehusó permitir que lo expulsaran, y a veces, en las estrechas calles, los soldados franceses y los hombres de Napoleón disparaban unos contra otros.

Napoleón fue a ver a Maillard. Sus hombres estaban agotados. De modo que preguntó si podían descansar en la ciudadela. Maillard se negó. Entonces, pidió municiones, pues estaban escasas. Nuevamente Maillard se negó. Napoleón consideró que estas respuestas constituían un acto de desafío al ejército popular, y que la ciudadela, con sus cañones apuntando a la ciudad, era otra Bastilla. Se separó bruscamente de Maillard, y recorrió Ajaccio reclamando voluntarios para atacar la ciudadela.

Pero nadie quiso escucharlo; estaban interesados en el convento, no en la fortaleza. Finalmente, Napoleón llevó a sus guardias, escasos de municiones y agotados por un día y dos noches de combate, a un ataque contra la ciudadela, pero fracasó.

El miércoles de Pascua Pietri y Arrighi, los civiles corsos responsables de la Guardia Nacional, llegaron a Ajaccio. «Esto es una conspiración incubada y fomentada por la religión», les dijo Napoleón. Tenía razón, pero se abstuvo de agregar que la mayoría de los corsos defendían sus costumbres religiosas tradicionales. Pietri y Arrighi calmaron a los habitantes de Ajaccio, encarcelaron a treinta y cuatro, y enviaron el batallón de Napoleón a Corte, a tres jornadas de distancia.

Fue un golpe para Napoleón. Ajaccio quedaba en manos del coronel Maillard, el propio Napoleón estaba aislado de su familia, de sus amigos y del escenario político que él había elegido; también parecía que era un modo de aceptar, según él mismo dijo, «la resistencia de los habitantes de Ajaccio a una ley aprobada por una asamblea elegida libremente».

Aún más infortunado era el hecho de que Maillard envió un informe furibundo a Lejard, el ministro de la Guerra, acusando a Napoleón, que era oficial francés, de alzarse en armas contra una guarnición francesa.

Dijo en ese informe que era necesario que Napoleón compareciese ante una corte marcial.

«Parece urgente que vayas a Francia», dijo Joseph, muy alarmado, a Napoleón, y éste opinó lo mismo. Era indispensable que refútase las acusaciones de Maillard. Se despidió de su familia, abordó la nave que partía de Bastía, y el 28 de mayo llegó a París.

La Revolución había ingresado en una nueva fase. Se había convertido en un conflicto internacional: los reyes y la aristocracia europea contra el pueblo de Francia. El emperador de Austria y el rey de Prusia habían declarado la guerra al pueblo francés, invadido su territorio y prometido restablecer el antiguo régimen. Cuanto más profundamente avanzaban, más nerviosos e irritables se mostraban los parisienses. Sospechaban que Luis XVI conspiraba con sus colegas reales; sospechaban también de la reina de origen austriaco. Los temores que el pueblo de París alimentaba quizás hubieran sido calmados por Mirabeau, pero éste había muerto el año precedente, y no había nadie que tranquilizara a las multitudes temerosas y coléricas que marchaban, protestaban y saqueaban.

Napoleón dedicó su tiempo a visitar el Ministerio de la Guerra, a escuchar los debates de la Asamblea, a visitar a los amigos y a estudiar el estado de ánimo del pueblo. Se le acabó el dinero y tuvo que empeñar ai reloj. El 20 de junio estaba almorcando cerca del Palais Royal con Amóme de Bourrienne, un antiguo amigo de la Escuela Militar que había cambiado la vida militar por el derecho. De pronto, vieron una turba de hombres harapientos que venían del lado del mercado de abastos, y que evidentemente se dirigían al edificio de la Asamblea. Era una muchedumbre de cinco o seis mil personas, que iban armados con picas, hachas, espadas, mosqueteros y palos puntiagudos. Algunos iban tocados con bonetes rojos, y por lo tanto era evidente que se trataba de jacobinos de la extrema izquierda. Proferían insultos contra el gobierno de Brissot. «Sigamos los pasos de esta chusma», dijo Napoleón.

La chusma llegó al edificio de la Asamblea, y Napoleón observó que reclamaban que se les permitiese entrar. Durante una hora, cantando la canción revolucionaria (^a ira y mostrando una tabla a la cual estaba clavado un sangriento corazón de buey con la inscripción Coeur de Louis XV), desfilaron frente al edificio. Después, se dirigieron al palacio de las Tullerías, entonando groseros lemas, y subieron la ancha escalinata del siglo XVII que llevaba a los departamentos reales. Parecían deseosos de ver sangre, pero el rey los recibió cortésmente, aceptó permitirles que le encasquetaran un

bonete rojo en la cabeza, y compartió con ellos una copa de vino. Estuvo dos horas con esa gente, mientras todos gritaban y desfilaban; al fin, tranquilizados, se retiraron. «El rey salió bien del paso—escribió Napoleón a Joseph—..., pero un incidente como éste es inconstitucional y constituye un ejemplo muy peligroso».

Pronto se vio que, en efecto, era peligroso. El 9 de agosto los jacobinos invadieron las galerías y provocaron al gobierno que, a medida que el ejército austroprusiano acentuaba su presión, perdía cada vez más el dominio de la situación. «El ruido y el desorden eran tremendos», escribió un testigo ocular inglés, el doctor Moore. «Cincuenta miembros vociferaban simultáneamente. Jamás vi una escena tan tumultuosa; la campanilla, así como la voz del orador, parecían ahogadas por una tormenta, comparada con la cual la noche más estrepitosa que jamás conocí en la Cámara de los Comunes era una muestra de serenidad.» La mañana siguiente, 10 de agosto, la multitud recorrió las calles.

Era un día de calor muy intenso, y todos estaban nerviosos. Napoleón salió de su hotel y se dirigió a una casa de la place de Carrousel, donde el hermano de Bourrienne tenía una tienda de empeños. Desde las ventanas podía ver las Tullerías, y a la multitud que comenzaba a reunirse frente al palacio; ya no eran sólo parisienses sino guardias nacionales que acababan de llegar de las provincias, y principalmente de Bretaña y Marsella. Estos últimos cantaban la Marseillesa, creada poco antes por Rouget de Lisle; este himno, quizás el más emocionante que jamás se haya compuesto, logró que los provincianos y los parisienses sintieran que compartían una causa común y que tenían una fuerza diferente.

Luis XVI salió del palacio. La multitud silbó y profirió insultos. Luis volvió a entrar. Deseaba permanecer en el palacio pero Roederer, un joven abogado en cuyo consejo el monarca confiaba, le rogó que fuese, con la reina y sus hijos, hasta el edificio de la Asamblea. Así lo hizo. Los guardias nacionales entraron en el antepatio del palacio y comenzaron los disparos.

Nadie supo quién había disparado primero. Mientras la Guardia Suiza resistía, la multitud llevó cañones hasta el Pont Royal, y comenzó a disparar sobre el palacio. Con la esperanza de evitar el derramamiento de sangre, el rey ordenó a los guardias suizos que suspendieran el fuego. En estas circunstancias, los guardias nacionales irrumpieron casi sin encontrar oposición, derribaron las puertas con sus hachas y mataron a todos los que se les cruzaban en el camino, y principalmente a los cortesanos y los guardias suizos.

Alrededor del mediodía. Napoleón llegó al antepatio, convertido en un gran estanque de sangre, donde ochocientos hombres yacían muertos o estaban moribundos. Lo conmovió ver que mujeres de apariencia respetable ultrajaban los cadáveres de los guardias suizos. También vio a hombres de Marsella matando a sangre fría. Mientras uno de ellos apuntaba su mosquete a un guardia suizo herido, Napoleón intervino: «¿Eres del sur? También lo soy yo. Salvemos a este infeliz.» El marsellés, movido por la vergüenza o la compasión, dejó caer el mosquete, y ese día sangriento se salvó por lo menos una vida.

Mientras la multitud se alejaba, cargada con las joyas, la plata y los vestidos de María Antonieta, Napoleón fue a los cafés próximos, y observó los rostros de la gente. Vio en ellos solamente cólera y odio. ¿Dónde estaban los ideales generosos, el sentido de ley y justicia y fraternidad, que había sido el motor de la Revolución?

Aquel caluroso día de agosto Napoleón aprendió una lección que nunca olvidaría: una vez que desaparece el liderazgo, incluso los ideales más generosos se extravían. Creía firmemente en la monarquía constitucional, y consideró que el liderazgo debía provenir del rey. Aquella noche escribió a Joseph: «Si Luis XVI hubiera aparecido montando un caballo, la victoria habría sido suya».

Entretanto, Napoleón concurría regularmente al Ministerio de la Guerra. Explicó su conducta en Ajaccio de un modo tan satisfactorio que se desechó la idea de una corte marcial. Su interés por llevar a Córcega los beneficios de la Revolución suscitó una impresión muy favorable. No sólo se le permitió regresar a su mando, con 352 libras para gastos de viaje, sino que se lo ascendió un grado en el ejército regular. A partir del último día de agosto sería el capitán Bonaparte.

A este triunfo siguió una nueva preocupación. El 16 de agosto el colegio de Saint-Cyr, aristocrático y por lo tanto indeseable, fue clausurado oficialmente. Para Napoleón se trataba de una noticia alarmante, porque Marie Ann era una de las alumnas. Tan pronto concluyó sus gestiones en el Ministerio de la Guerra, Napoleón fue deprisa a SaintCyr para recoger a su hermana a quien no había visto desde hacía ocho años. Tenía quince años, y no era muy bonita, pero sí inteligente, serena e inclinada al lenguaje un tanto almidonado que se enseñaba en SaintCyr. El uniforme de su colegio era un vestido negro, con guantes negros, sobre el pecho una cruz con flores de lis, la figura de Cristo a un lado y la de san Luis al otro. Napoleón sin duda miró con bastante inquietud este emblema. Dado el estado de

ánimo que prevalecía en Francia ese símbolo podía conseguir que su hermana terminase colgada de una de las lantemes callejeras.

Napoleón fue con Marie Anne a París y reservó dos lugares en la diligencia para Marsella, una semana después. Mientras esperaba, quizás para celebrar su nuevo rango de capitán, llevó a la jovencita a la Ópera.

Habían enseñado a Marie Anne que la ópera era indecente, y que se trataba de la obra del demonio. Al principio, cerró escrupulosamente los ojos, pero poco después Napoleón advirtió que los había abierto y que la nueva experiencia le agradaba.

Entretanto, el poder estaba pasando a manos de los jacobinos, que deseaban derramar la sangre de los aristócratas y los sacerdotes. El 7 de septiembre las turbas irrumpieron en las cárceles parisienses y masacraron a más de un millar de hombres y mujeres inocentes. Antes de que concluyese el mes habían de enviar a Capeto a la cárcel del Temple, y declarar República a Francia.

Dos días después de la terrible masacre de París, Napoleón y Marie Anne abordaron la diligencia. Durante el viaje a través de Francia, la joven con el acento y los modales de Saint-Cyr suscitó mala impresión en las turbas jacobinas, y cuando abandonó la diligencia en Marsella un grupo amenazador señaló el sombrero emplumado de tafetán:

—¡Aristócratas! ¡Muerte a los aristócratas! —¡No somos más aristócratas que ustedes! —replicó el capitán Bonaparte, y arrancando el sombrero emplumado de la cabeza de su hermana, lo arrojó a la multitud, que lo vitoreó.

En octubre de 1792 Napoleón estaba de regreso en Ajaccio, con su posición personal fortalecida, y contento de verse lejos del baño de sangre de París.

Volvió a ocupar su cargo de teniente coronel en el segundo batallón de la Guardia Nacional corsa. Pero su papel era distinto, porque la Revolución había ingresado en otra fase. En septiembre, los franceses consiguieron una victoria en Valmy frente a los austroprusianos que invirtió el curso de la guerra. Toda la energía contenida y liberada por la nueva Constitución se orientó contra los enemigos extranjeros del pueblo francés: los reyes, los nobles y los obispos reaccionarios que se atrevían a enviar ejércitos contra Francia. Los franceses no sólo contragolpearon, sino que llevaron la guerra al territorio enemigo. Invadieron Bélgica, que era una posesión austríaca, amenazaron a Holanda —con lo cual alarmaron a

Inglatera— y se apoderaron de Saboya y Niza, arrebatadas al rey Víctor Amadeo de Piamonte, que había sido un aliado de Austria.

La Revolución Francesa había pasado a la ofensiva. Un patriota — y Napoleón deseaba sobre todo ser patriota— ya no era un hombre que llevaba a sus semejantes los beneficios de la Constitución, sino el hombre que luchaba en primera línea contra un enemigo dispuesto a destruir esos beneficios. Un amigo de Napoleón, Antonio Christoforo Saliceti, que era miembro de la Convención (como se denominaba a la nueva Asamblea), subrayaba este aspecto en una carta que le dirigió.

Francia estaba en guerra con el rey Víctor Amadeo, y las posesiones del rey incluían Cerdeña. ¿Por qué la Guardia Nacional corsa no había actuado en ese sector? La Convención sentía desagrado en vista de los débiles esfuerzos de los corsos en la defensa de la libertad popular. A los ojos de Napoleón el mensaje de Saliceti era claro. Si Córcega deseaba continuar identificándose con Francia, debía marchar contra el enemigo común.

Paoli había returnedo a Córcega, y allí encabezaba el gobierno. No le entusiasmaba mucho la idea de atacar a Cerdeña, y quizá de provocar represalias, pero en todo caso aceptó descargar un golpe contra las isletas sardas de Maddalena y Caprera. Napoleón se ocupó de que él y su batallón fueran elegidos para realizar esa expedición patriótica. Habitadas por pastores y pescadores de habla corsa, las once islas habían sido ocupadas durante veinticinco años por Cerdeña, y aunque tenían escaso valor intrínseco, serían peldaños útiles en relación con movimientos ulteriores.

El 18 de febrero de 1793, Napoleón y su colega el coronel Quenza embarcaron ochocientos hombres de la Guardia Nacional, dos cañones de doce libras y un mortero, en la corbeta naval Fauvette. Estaba tripulada por gente de la mala vida marsellesa, individuos que ya se habían labrado una reputación negativa al emborracharse en Ajaccio y matar a tres corsos. El mando de la expedición había sido confiado por Paoli a su amigo Colonna Cesari.

Napoleón estaba ansioso como sólo puede estarlo un joven oficial en la víspera de su primer combate. Durante el tormentoso viaje de cuatro días pudo observarse que cumplía escrupulosamente y hasta el último detalle las órdenes, y que emitía deprisa sus propias órdenes.

Había llevado consigo un maletín con objetos de plata que tenía sus iniciales, y todas las mañanas se lavaba con una esponja húmeda.

A las cuatro de la tarde del 22 de febrero, protegidos por el fuego de la Fauvette, Napoleón y Quenza desembarcaron en la minúscula isla de San Stefano, al alcance de Maddalena. Soportaron el fuego de mosquetes de una pequeña guarnición sarda, y tuvieron un herido. Rápidamente ocuparon la totalidad de la isla, salvo una torre cuadrada donde se refugiaron los sardos. Napoleón apuntó con sus cañones a Maddalena, para cubrir el desembarco que, según suponía, Cesari realizaría inmediatamente. Pero Cesari se negó a desembarcar esa noche. Napoleón rogó y Cesari continuó rehusando. Napoleón escribió en su informe:

«Perdimos el momento favorable que en la guerra lo decide todo.» Durante dos días y una noche, con fuertes vientos y una lluvia intensa, Napoleón esperó impaciente. Sólo el 24, Napoleón recibió la orden de abrir fuego. Lo hizo con buenos resultados, y bombardeó la aldea de Maddalena con granadas y metralla al rojo provocando cuatro incendios, destruyó ochenta casas, quemó un aserradero y redujo a silencio los cañones de los dos fuertes enemigos.

El día 25 Cesari al fin ordenó el ataque. La Fauvette debía navegar cerca de la costa y desembarcar tropas. Pero durante los tres días de inacción el ardor que los marineros de Marsella podían haber tenido ya se había disipado. Un marinero había muerto alcanzado por una granada sarda, y los restantes tenían temor de los 450 soldados sardos apostados en Maddalena. «Llévenos de regreso», gritaban a Cesari. El corso trató de arengarlos, pero los marineros adoptaron actitudes amenazadoras y finalmente se amotinaron. Cesari se echó a llorar, por lo que recibió inmediatamente el apodo de «llorón».

Los marineros forzaron a Cesari a escribir una carta a Quenza, ordenándole que evacuase Santo Stefano. Cuando la leyeron, Quenza y Napoleón apenas podían creer el testimonio de sus ojos, pero, por supuesto, tenían que obedecer. Napoleón y sus hombres, empujando y tirando, consiguieron llevar hasta la playa, a través del lodo, los cañones de una tonelada. Pero la Fauvette envió botes sólo para retirar las tropas. En este encuentro, el primero, Napoleón tuvo que abandonar los cañones al enemigo.

Mientras la malograda expedición retornaba a Bonifacio, Napoleón sufrió toda la amargura de la desilusión, la frustración y la vergüenza.

Su reacción inmediata fue escribir al Ministerio de la Guerra proponiendo que formase otra expedición para ocupar Maddalena y borrar esta «mancha de deshonor» que había recaído sobre el segundo batallón; y adjuntó a su carta dos planes de ataque. Sentía

desprecio por Cesari, y profunda indignación por los marinos marseleses, y no ocultaba sus sentimientos.

Pocos días después del retorno, algunos de los marineros se apoderaron de los objetos de tocador de Napoleón, y mientras gritaban:

1'aristocrat a la lanterne!, trajeron de colgarlo. Lo impidió únicamente la feliz llegada de algunos de los guardias de Napoleón. El episodio de Maddalena dejó una impresión duradera en Napoleón. Le enseñó, como sólo podía hacerlo un fracaso, la dificultad de las operaciones combinadas. Le enseñó también la importancia de la rapidez, del «momento favorable» en que los hombres están tensos para la acción, y el enemigo se ve sorprendido. La importancia fundamental de la firmeza en un comandante, y de la disciplina en las filas. Le dejó también la convicción de que si él hubiese estado al mando en lugar de Cesari, Maddalena habría caído.

Después del regreso de Napoleón los hechos comenzaron a desarrollarse deprisa. Decidió que Paoli estaba dando largas a las cosas, e incluso favoreciendo a los ingleses que hacían la guerra a Francia.

Fue a Tolón y en un encendido discurso denunció a Paoli y reclamó al tribunal revolucionario que «entregase la cabeza de Paoli a la espada de la justicia». El discurso de Lucien fue leído en la Convención, y el gobierno ordenó al comisionado Saliceti que arrestase a Paoli.

Napoleón escribió a la Convención en defensa de Paoli, y cuando Saliceti desembarcó fue a verlo, con la esperanza de reconciliar a Paoli con Francia. Pero Paoli creía que, al igual que Lucien, Napoleón se había vuelto contra él, y ordenó que lo capturasen vivo o muerto. Napoleón tuvo que ocultarse, y después retornó a Bastía en un pesquero.

Napoleón era un proscrito, y los hombres de Paoli podían dispararle tan pronto lo viesen. Pero también era un oficial francés consagrado a la idea de que Córcega era parte de la patria. Un hombre menos consciente habría abordado el primer barco a Marsella, pero Napoleón decidió no sólo continuar en el lugar, sino luchar. Explicó a Saliceti que Ajaccio contaba con una mayoría favorable a Francia. Con dos buques de guerra y cuatrocientos hombres de infantería ligera podía apoderarse de la ciudad. Napoleón arguyó de un modo tan convincente que Saliceti aceptó probar.

Napoleón sabía que al atacar Ajaccio pondría en peligro a su familia.

De modo que envió un mensaje a su madre, diciéndole que, en el mayor secreto, se dirigiese con los niños a la torre en ruinas de Capitolio, al este del golfo de Ajaccio. Letizia obedeció y ahí, el 31 de mayo, cuando navegaba en una pequeña embarcación que se había adelantado a los buques de guerra franceses, Napoleón la encontró. Napoleón había estado preocupado por la seguridad de su madre, y saltó al mar para abrazarla cuanto antes. Después, envió a Letizia y a los niños en un barco que se dirigía a Caivi, un puerto en poder de los franceses.

Al día siguiente, Napoleón disparó los cañones de los barcos sobre la ciudadela, pero los muros de piedra, de varios pies de espesor, resistieron los disparos. Saliceti escribió al consejo de Ajaccio una carta para exhortarlo a declararse en favor de Francia; pero el consejo replicó que, aunque favorables a la República, no querían saber nada con Saliceti, porque era el enemigo de Paoli. Sólo treinta y un hombres de Ajaccio se acercaron a las naves francesas. Napoleón había juzgado mal la actitud popular, y como la ciudadela continuaba resistiendo, sería necesario regresar. De todos modos, se registró un pequeño triunfo. Algunos habitantes de Ajaccio habían trepado a los árboles que estaban al lado del puerto y se burlaban de los franceses. Napoleón cargó silenciosamente uno de sus cañones ligeros, apuntó con cuidado y disparó. El disparo quebró la rama que sostenía a uno de los burlones, el hombre cayó como una piedra y el resto, desternillándose de risa, procedió a dispersarse.

El 3 de junio, en Caivi, Napoleón se reunió con su madre, tres hermanos y dos hermanas. Lucien estaba en Tolón. Había fracasado en su esfuerzo por impedir una ruptura entre Paoli y los franceses, y también había fracasado en su ofensiva contra Ajaccio. No sólo él sino toda su familia eran proscritos, pues seis días antes la asamblea corsa había condenado a los Buonaparte a «execración e infamia perpetuas».

También estaban arruinados, pues los partidarios de Paoli habían saqueado la casa Buonaparte, se habían apoderado de todo el cereal, el aceite y el vino, y destruido el molino y tres casas rurales. Hasta donde Napoleón podía ver, nada tenían que hacer en Córcega. Y en una isla desgarrada por la guerra civil, ¿cuánto tiempo estarían seguras su madre y sus hermanas? Así como había salvado del Terror a Marie Anne, debía rescatar de los partidarios de Paoli a la familia entera. Consiguió pasaportes para todos —Letizia aparece descrita

como costurera— y una semana después obtuvo pasajes para ellos en un barco de municiones que regresaba a Francia. El 10 de junio de 1793, sin dinero ni posesiones, salvo las ropas que llevaban puestas, los Buonaparte partieron para Francia.

CAPÍTULO CINCO

Salvando la Revolución

Con su familia de refugiados, Napoleón desembarcó en Tolón el 14 de junio de 1793. Ese difícil verano comprobaría que Francia tenía un nuevo gobierno, el Comité de Salud Pública. Sus miembros eran casi todos abogados de la clase media. El más influyente, Maximiliano Robespierre, era un teórico libresco y puritano, que creía que los hombres son naturalmente morales y buenos. Es extraño que pensara así, pues entre sus colegas del Comité estaba Collot d'Herbois, actor y dramaturgo fracasado, que tenía una vena patológica de violencia; Hérault de Séchelles era un disipado amoral, y había expresado su vena de sangriento egoísmo en una Teoría de la ambición; el joven Saint-Jusí compuso un poema pornográfico y huyó con la plata de su madre viuda. Lo que unía a los doce era la creencia de que el bien estaba en el republicanismo, según ellos mismos lo definían; y de que todo el resto, siendo perverso, debía desaparecer. De acuerdo con la idea de Saint-Just: «La República está constituida por la destrucción total de todo lo que se le opone.» Los doce comenzaron con el cristianismo, actitud comprensible puesto que el nombre adoptado, Comité de Salut Publique —salut significa salvación tanto como seguridad— implicaba que la política se había impuesto al cristianismo. En noviembre de 1793 suprimirían el calendario cristiano, con sus domingos y días festivos, en favor de la década, un período de diez días, y los meses fueron designados con los nombres de las estaciones. La República, no la Encarnación, fue el punto de referencia, y el 22 de septiembre de 1792 del antiguo calendario fue considerado el comienzo del año I.

La deschristianización sería bien recibida por algunos, entre ellos Lucien, que cambió su nombre de pila por el de Bruto, y la aldea de Bruto Bonaparte, donde él trabajaba en el departamento de suministros militares, pasó de ser Saint-Maximin a Maratón. Ya desde el principio de la Revolución los «Doce Hombres Justos» mostraron

un odio sin igual a los que no vieron con buenos ojos esa política; a los girondinos o republicanos moderados, a todos los que hablaban bien de los reyes; a todos los que se mostraban hostiles a los poderes dictatoriales e inconstitucionales del Comité. Traicionando los Derechos del Hombre, comenzaron a matar a esas personas a causa de sus opiniones políticas y religiosas, a menudo sin proceso y sin compasión, pues de acuerdo con Robespierre, «la clemencia es bárbara».

Muchos franceses se negaron a aceptar esta nueva oleada de terror.

Diez departamentos, desde Bretaña hasta Saintonge, se habían alzado contra el Comité, y algunos protestaban contra el encarcelamiento de «sospechosos», y otros contra la profanación de estatuas y cruces por los soldados, otros aun contra la escasez y el elevado precio del pan. Lyon se había rebelado así como Tolón. Gran parte de la región de Marsella estaba en armas. Francia no sólo estaba en guerra con cinco naciones, sino que guerreaba consigo misma.

Después de poner a salvo a su familia en Marsella, Napoleón volvió a su regimiento y recibió la orden de dirigirse a Pontet para servir a las órdenes del general Carteaux. Los guardias nacionales de Marsella habían ocupado Aviñón, un importante centro de municiones, y el 24 de julio Napoleón participó en el exitoso ataque de Carteaux a la ciudad. Para Napoleón fue una sombría lección acerca de los horrores de la guerra civil. Sus propias tropas dispararon y mataron a los guardias nacionales, y a su vez sufrieron bajas infligidas por ellos. Los civiles también mataron y a su vez fueron muertos; al entrar en Aviñón, los guardias nacionales habían masacrado a sangre fría a treinta civiles.

Napoleón se sintió profundamente conmovido por su experiencia en Aviñón. Todos los impulsos generosos de la Revolución parecían haberse convertido en lo contrario, y aquí, cuatro años después de 1789, él estaba disparando contra sus compatriotas en defensa de un gobierno terrorista. Estaba tan conmovido que cayó enfermo, y fue a descansar a la cercana Beaucaire. Allí explicó su conflicto íntimo en forma de un diálogo titulado *Le Souper de Beaucaire*.

Los interlocutores son un oficial militar, sin duda Napoleón, y un hombre de negocios de Marsella, un republicano moderado. El hombre de negocios afirma que los sureños tienen el derecho de luchar en defensa de sus opiniones políticas, y condena a Carteaux como asesino, Napoleón demuestra simpatía por las opiniones

moderadas del hombre de negocios, pero condena a los sureños porque han cometido el crimen imperdonable de hundir a Francia en la guerra civil, y per la locura que significa prolongar la disputa en presencia de obstáculos infranqueables.

Los cambios deben ser legales, no el fruto de la rebelión armada. La mayoría de los franceses apoya al gobierno, y sólo el ejército regular, con su disciplina y su lealtad, puede restablecer el orden. Aunque personalmente detesta la guerra civil «donde los hombres se destrozan unos a otros y matan sin saber a quién matan» defiende a Carteaux, y afirma que es un ser humano honesto: en Aviñón «nadie robó ni un alfiler». Concluye exhortando al hombre de negocios a desechar sus opiniones rebeldes y a «acercarse a los muros de Perpiñán, para obligar a los españoles, que se han envanecido con un pequeño éxito, a bailar la Carmagnole». Esta idea devuelve el buen humor al grupo; el hombre de negocios paga el champán, y él y Napoleón se sientan a beber hasta las dos de la madrugada.

Como se ve en *Le Souper de Beaucaire*, Napoleón justifica lo que está haciendo, pero en realidad se trata de un alegato que exhorta a terminar la guerra civil. Con esa intención ordenó imprimir ejemplares y probablemente los distribuyó en los sitios donde podían ejercer influencia benéfica. Pero su folleto no logró provocar la impresión deseada, y la guerra civil continuó. En agosto, Napoleón participó en un sangriento ataque a Marsella, y por entonces Stanislas Fréron llegó en representación del gobierno para investigar y depurar. «Ya hemos descubierto cuatro casas de juego donde las personas se dirigen unas a otras llamándose monsieurymadame», escribió Fréron.

Hastiado de la guerra civil y de las purgas, Napoleón escribió al Ministerio de la Guerra para pedir que lo enviaran al Ejército del Rin.

Deseaba luchar contra los enemigos de Francia, no contra los franceses, y antes de que terminase el mes se le ofreció la oportunidad, aunque no del modo que él había previsto.

Los 28.000 habitantes de Tolón durante un tiempo habían alzado el estandarte de la rebelión contra el gobierno. Cuando Aviñón y Marsella cayeron, llegaron a la conclusión de que la única esperanza de Francia estaba en un rey Borbón y en sus aliados. El 27 de agosto enarbolaron una bandera blanca adornada con flores de lis, proclamaron rey al niño Luis XVII y afirmaron que «el año 1793 era el primer año de la regeneración de la monarquía francesa». Al día siguiente abrieron el puerto a las naves inglesas y españolas, y las puertas de la ciudad a las tropas inglesas, españolas e italianas.

Pocos días después de estos hechos Napoleón se dirigía a Niza al frente de un convoy de municiones. En Beausset, a unos 15 kilómetros de Tolón, encontró a Saliceti, uno de los cuatro comisionados oficiales responsables del sitio de Tolón. Saliceti, un abogado alto y delgado de treinta y seis años, con el rostro picado de viruelas, era íntimo amigo de los Bonaparte: él y Joseph se habían iniciado poco antes en la logia masónica Perfecta Sinceridad, en Marsella. De manera que cuando Napoleón pidió que lo enviaran a luchar contra los ingleses y los españoles en Tolón, Saliceti lo escuchó con simpatía. Otro golpe de suerte para Napoleón fue el hecho de que el teniente coronel Dommartin, que mandaba la artillería, hubiese caído herido poco antes. El 16 de septiembre Saliceti designó a Napoleón comandante en funciones en reemplazo de Dommartin.

El nuevo jefe de Napoleón era el general Carteaux, bajo cuyas órdenes había servido en Aviñón, pero a quien no había conocido profundamente. Carteaux había sido pintor de la corte, pero aunque pintaba a los reyes, evidentemente no los apreciaba, pues se consagró a la Revolución, aprendió el arte militar y, a los cuarenta y dos años, obtuvo el rango de general.

Napoleón se divertía con las actitudes de Carteaux. Advirtió que el pintor-general se atusaba constantemente el largo bigote negro y que montaba un magnífico caballo que otrora había sido propiedad del príncipe de Conde; montaba el corcel como posando para su retrato, con una mano sobre su sable, y cualquiera fuese el contexto insistía en la misma orden: «Ataque en columna de tres».

Al día siguiente, al alba, Carteaux fue con Napoleón, siguiendo un sendero de montaña, hasta el lugar en que se encontraba la artillería. En la cocina de una granja cercana, los artilleros utilizaban fuelles de bronce para preparar la metralla al rojo vivo. Carteaux preguntó a Napoleón cómo creía que la metralla podía cargarse en los cañones. Napoleón dijo que el mejor modo era con una gran pala de hierro; pero puesto que no había ninguna disponible, podía trabajarse con una de madera.

Carteaux ordenó a los artilleros que cargasen uno de los cañones con metralla al rojo vivo siguiendo las indicaciones de Napoleón, y anunció que en poco rato más procederían a incendiar la flota inglesa. Napoleón pensó que se trataba de un error, pues las naves inglesas estaban por lo menos a unos cinco kilómetros de distancia; pero Carteaux hablaba en serio. «¿No sería mejor disparar un cañonazo para calcular la distancia?», preguntó Napoleón. Ni

Carteaux ni sus ayudantes tenían una idea clara de lo que eso significaba, pero repitieron con gesto aprobador: «¿Calcular la distancia? Sí, sin duda.» Cargaron el cañón con una bala de hierro. Con un relámpago, un rugido y una nube de humo, la bala partió y cayó a menos de dos kilómetros de distancia, ni siquiera llegó al mar. El comentario de Carteaux divirtió a Napoleón: «¡Esos canallas de Marsella nos han enviado pólvora inservible!» Carteaux ordenó entonces que pusieran en posición una culebrina, una suerte de tosco cañón con un tubo muy largo, y que la disparasen sobre los barcos ingleses. Al tercer disparo la culebrina quedó destrozada. Ese día no fue posible incendiar la flota inglesa.

Pese a esta farsa inicial, Napoleón comprendió que había llegado su gran oportunidad. En Tolón había 18.000 soldados extranjeros, la mayor parte ingleses. Habían venido para destruir la Revolución y sentar a Luis XVII en el trono. Cuanto más tiempo permanecieran, más impulso imprimirían a las insurrecciones regionales y a la anarquía que, por otro lado, también podían destruir a la Revolución. Una victoria en Tolón podía salvar a la Revolución, los derechos del hombre, la justicia al amparo de la ley, todos los ideales en los cuales creía Napoleón. Y él estaba seguro de que era posible capturar la ciudad... con cañones.

Napoleón pidió a Gasparin, uno de los comisionados con experiencia militar, que le diese vía libre con la artillería. Se accedió a su petición a pesar de las protestas originadas en el cuartel general de Carteaux, en el sentido de que Napoleón era uno de los oficiales de Luis Capelo y un sucio aristócrata.

Entonces, Napoleón comenzó a trabajar de firme. Retiró de la ciudadela de Antibes y Monaco los cañones que no necesitaban allí; trajo bueyes de tiro desde lugares tan lejanos como Montpellier, organizó brigadas de carreteros para traer cien mil sacos de tierra de Marsella, con el propósito de construir parapetos. Utilizó a tejedores de canastos para fabricar gaviones, y organizó un arsenal con ochenta forjas, así como un taller para reparar mosquetes.

Cuando llegaron los cañones, Napoleón los apostó a la orilla del mar y comenzó a atacar a la flota. Cuatro días después de que Napoleón asumiera el mando, un oficial inglés comentó: «Las cañoneras sufrieron bastante... Setenta hombres heridos o muertos... Lord Hood comenzó a inquietarse por los barcos.» Pero en el cuartel general de Carteaux protestaban porque Napoleón se había acercado demasiado, y varios artilleros habían muerto.

El 19 de octubre Napoleón recibió la noticia de que había sido ascendido a mayor, pero incluso con ese rango no pudo lograr que Carteaux apreciara la función fundamental de los cañones. Por lo tanto, pidió a los comisionados del gobierno que designasen a un oficial superior para mandar la artillería, por lo menos un brigadier, «que aunque sea únicamente por su rango se imponga a la turba de ignorantes que están en el cuartel general». Se accedió al pedido, pero el hombre designado, el brigadier Du Teil —hermano del antiguo superior de Napoleón— era un individuo anciano y enfermo. Du Teil dejó las decisiones en manos de Napoleón. Durante los tres meses de sitio, Napoleón mandó de hecho la artillería, y la transformó, pasando de un puñado de hombres y cinco cañones, a sesenta y cuatro oficiales, 1.600 soldados y 194 cañones o morteros.

Entretanto, los comisionados fueron relevados y enviados a la cárcel, y el general Carteaux, cuyos ataques «en columnas de tres» eran desastrosos, fue reemplazado por Doppet, que era dentista. Doppet era un hombre humilde consciente de sus limitaciones, las cuales, por extraño que parezca, incluían el horror a la sangre. Durante el ataque a un fuerte inglés vio morir a su lado a uno de sus ayudantes, enfermó, se dejó dominar por el pánico y dio la orden de retirada. Dos días después renunció.

Napoleón observaba estos episodios con suma frustración. Pero finalmente, el 17 de noviembre, un militar profesional asumió el mando.

Era Jacques Coquille Dugommier, de cincuenta y cinco años, ex plantador de azúcar. Él y Napoleón simpatizaron inmediatamente.

Napoleón propuso a Dugommier un plan para capturar a Tolón.

La ciudad estaba protegida por montañas hacia el norte, fortificaciones inexpugnables hacia el este, y el puerto al sur. Carteaux había propuesto atacar por tierra desde el nordeste, bajo el fuego mortífero de los barcos ingleses que estaban en el puerto. Napoleón afirmó que la idea constituía un error. Debían atacar no la ciudad, sino a la flota, y para hacerlo necesitaban ocupar los terrenos altos que se encontraban al sur del puerto, a unos tres kilómetros de la propia Tolón. Ese terreno estaba defendido por un poderoso fuerte inglés, Fort Mulgrave, llamado por los franceses la Pequeña Gibraltar. Si caía la Pequeña Gibraltar, los fuertes vecinos se derrumbarían, la flota quedaría expuesta al cañoneo destructivo de los franceses y tendría que retirarse, evacuando a las tropas aliadas. En esas condiciones, Tolón caería sin demora.

«Hay un solo plan posible: el de Bonaparte», escribió Dugommier al ministro de la Guerra. Eligió el 17 de diciembre para atacar a la Pequeña Gibraltar, y ordenó a Napoleón que hostigase las defensas. Napoleón ubicó una batería de cañones peligrosamente cerca de la Pequeña Gibraltar: «la batería de los hombres sin miedo», la denominó orgulloso, y durante cuarenta y ocho horas él y sus hombres libraron un duelo de artillería con los veinte cañones y cuatro morteros del fuerte.

Napoleón tenía su propia oficialidad, que incluía a un joven sargento borgoñón llamado Andochejunot, una de cuyas virtudes era que escribía las órdenes con letra muy clara. Nada turbaba a Junot. Cierta vez, una granada inglesa cayó cerca de la batería, casi mató a Junot y cubrió de tierra el papel con las órdenes. «Magnífico —se limitó a decir—, no necesitaré secar la tinta con arena», un comentario que divirtió a Napoleón. Él mismo siempre estaba en los lugares peligrosos, y como observó un testigo ocular, «si necesitaba un descanso, se acostaba en el suelo envuelto en su capa».

La víspera del día 17 se procedió a reunir siete mil soldados para iniciar el ataque. Llovía intensamente, y un fuerte viento sacudía los pinos: eran condiciones difíciles que impedían ajustar la puntería de los mosquetes, y desmoralizaban a la tropa. Dugommier, que calculaba que incluso con buen tiempo la mitad de los soldados no merecía confianza, dijo a sus subordinados que deseaba postergar veinticuatro horas el ataque. Los comisionados, encabezados por Saliceti, se enteraron del asunto. Ya sospechaban de la «pureza» de Dugommier porque había permitido el paso a través de las líneas de un cirujano inglés para curar las heridas de un general inglés capturado. Fueron a ver a Napoleón, le dijeron que deseaban un ataque inmediato, y le ofrecieron el mando.

Fue un momento decisivo para el joven mayor de artillería, una de esas situaciones críticas que él mismo había descrito en su ensayo y sus cuentos, el momento en que un hombre tiene que elegir entre la gloria personal y la camaradería.

Napoleón no vaciló. Replicó que tenía confianza total en Dugommier y que no aceptaría el mando. Después fue a hablar con Dugommier, le insistió que la lluvia no impediría la victoria, porque ésta dependía del cañón y las bayonetas, y lo convenció de que sólo un ataque inmediato salvaría a la Revolución.

Dugommier se puso a la cabeza de cinco mil hombres en dos columnas, y dejó la reserva de dos mil soldados al mando de Napoleón.

Mientras los cañones de Napoleón hostigaban al enemigo —sus piezas podían disparar cuatro balas por minuto— los franceses avanzaron con bayonetas caladas y prontamente capturaron dos puestos avanzados.

Allí se encontraron sometidos al intenso fuego de cañones y mosquetes de la Pequeña Gibraltar. Docenas de soldados franceses cayeron y el resto se atemorizó. Al grito de «isálvese quien pueda!», empezaron la huida. Dugommier consiguió reagruparlos y atacaron el fuerte de doble muralla. Dos veces se arrojaron sobre las empalizadas exteriores defendidas por picas, y dos veces fueron rechazados. Entonces Dugommier ordenó a Napoleón que atacase.

Montado en su caballo, Napoleón condujo a sus dos mil hombres bajo una intensa lluvia, en dirección al fuerte. Casi enseguida el caballo cayó muerto, y Napoleón continuó a pie. Estaba tranquilo, su teoría era: «Si ha llegado la hora, carece de sentido preocuparse.» Al acercarse al fuerte, destacó un batallón de infantería ligera al mando de su jefe de Estado Mayor, Muiron, para lanzar un ataque de flanco al mismo tiempo que el principal, dirigido por Napoleón.

Napoleón llegó hasta los muros. Con los mosquetes colgando del cuello y los sables entre los dientes, él y sus hombres prepararon por la empalizada de afiladas puntas y los parapetos, encaramándose unos sobre los hombros de otros, y se deslizaron a través de los emplazamientos de los cañones. Muiron fue el primer oficial que entró en el fuerte, y lo siguieron Dugommier y más tarde Napoleón. Atacaron a los ingleses y los piamonteses con bayoneta y sable, pica y baqueta. Después de un par de horas de encarnizado combate, a las tres de la mañana, cayó el fuerte, y al alba Saliceti y los restantes comisionados llegaron pomposamente con las espadas desenvainadas, para presentar sus solemnes felicitaciones a los vencedores.

Napoleón yacía herido. Había recibido un golpe profundo de la media pica de un sargento inglés en la cara interna del muslo izquierdo, precisamente sobre la rodilla. Al principio, el cirujano pensó amputar.

Era la práctica acostumbrada con las heridas graves a fin de impedir la gangrena, pero después de otro examen cambió de idea. La herida se infectó levemente, y cuando curó dejó una cicatriz profunda.

El día 18, exactamente como Napoleón había previsto, los fuertes vecinos fueron evacuados; de acuerdo con el relato de Sidney Smith, los soldados «se arrojaron al agua como la piara de cerdos que

corren furiosamente a hundirse en el mar, poseídos por el demonio». Los cañones de Napoleón obligaron a la flota inglesa a huir. Esa noche el almirante Lord Hood incendió el arsenal y todas las naves francesas que él no podía utilizar, embarcó a las tropas aliadas y bajo la protección de la noche se internó en el mar. Al día siguiente los franceses entraron en Tolón.

Los comisionados del gobierno, entre quienes estaban Stanislas Fréon y un ex noble llamado Paúl Barras, tenían orden del Comité de Salud Pública de «descargar la venganza nacional» sobre los sospechosos de haber llamado a los ingleses. Así, después de la noche del valor llegaron los días de残酷. El 20 de diciembre fusilaron a doscientos oficiales y hombres de la artillería naval. Dos días más tarde fusilaron a otros doscientos hombres y mujeres, sin proceso. Un funcionario del gobierno llamado Fouché escribió a Collot d'Herbois, del Comité de Salud Pública: «Hay un solo modo de celebrar esta victoria; esta noche 213 insurgentes cayeron bajo nuestro rayo. Adieu, amigo mío, lágrimas de alegría inundan mi alma»; y pocos días después, «estamos derramando mucha sangre impura, pero lo hacemos por la humanidad y el deber».

Dugommier trató de detener el baño de sangre, provocó la hostilidad de los comisionados y renunció a su mando. Napoleón, que se desplazaba con dificultad, también hizo lo posible para salvar vidas inocentes en la ciudad rebautizada como Pon de la Montagne. Cuando supo que la familia Chabrilan había sido encarcelada sin otro motivo que su noble cuna, Napoleón consiguió que se ocultase en cajas de munición vacías, y después despachó la carga a Hyères, donde los Chabrilan pudieron abordar un barco y emigrar.

La captura de Tolón fue una victoria muy importante. Expulsó de suelo francés a las fuerzas combinadas de cuatro naciones y sofocó la rebelión en el Sur. Por eso mismo, se convirtió en tema de canciones patrióticas y de «un drama heroico e histórico» de Pellet Desbarreaux, pieza representada en Tolouse. Napoleón no aparece en la obra, pero sí está Saliceti, que exhorta a las tropas: «Sois libres; ahí están los españoles y los ingleses... esclavos. ¡La libertad os mira!» Otros personajes son un norteamericano llamado Williams, que ha sido obligado a servir en la marina inglesa y decide desertar para unirse a los franceses: «He depuesto mis armas para correr a los brazos de mis hermanos», y un convicto cargado de cadenas por haber desafiado «la tiranía de los nobles»; Saliceti lo elogia porque afirma que es un «ser virtuoso». Ni una palabra de los fusilamientos;

más aún, Saliceti proclama «una actitud humana hacia nuestros enemigos derrotados».

También para Napoleón, Tolón fue un hito. Por primera vez saboreaba el verdadero combate; y vale la pena destacar que esa batalla fue librada para expulsar a los ingleses del suelo francés. Había demostrado capacidad de decisión rápida, buen criterio y audacia. Si la carnicería de las Tullerías 1 o había puesto enfermo, aquí consiguió controlar su sensibilidad, e incluso dio pruebas de dureza, esa cualidad esencial en un oficial de primera clase. Su papel había sido limitado, pero lo había representado bien, y Dugommier escribió al ministro de la Guerra: «No tengo palabras para describir el mérito de Bonaparte: gran capacidad técnica, igual grado de inteligencia y enorme gallardía; ahí tienen un mal boceto de este oficial de peculiares cualidades...».

El 22 de diciembre Napoleón fue ascendido a brigadier general; había ascendido desde el grado de capitán en cuatro meses. Cobraba 15.000 libras anuales, es cierto que libras inflacionarias, pero de todos modos, una suma considerable; e inmediatamente comenzó a atender las necesidades de su familia. La trasladó de la pobreza de Marsella a una bonita casa de campo cerca de Antibes, un lugar llamado La Sallé, rodeado de palmas, eucaliptus y naranjos. Napoleón tomó criados, pero Letizia, que siempre mantenía un elevado nivel de pulcritud, insistió en ocuparse personalmente del lavado de la ropa en un pequeño arroyo que corría cerca del fondo del jardín.

El brigadier Bonapane, entonces tenía veinticuatro años, pasó unos días de permiso en La Sallé. Inició a Louis, que tenía quince años, en la lectura de Pablo y Virginia, una mezcla de historia de amor y libro de viajes acerca de la isla tropical de Mauricio. Louis, que ya mostraba una preocupación escrupulosa por el detalle, escribió al autor, Bernardin de Saint-Pierre, para preguntarle qué partes eran reales y qué aspectos correspondían a la ficción. «Tiene precisamente las cualidades que me agradan —escribió Napoleón—: calidez, buena salud, talento, precisión en sus tratos, y bondad.» Paulino, la otra favorita de Napoleón, confeccionaba encantadores verídicos; también robaba alcachofas e higos maduros del huerto contiguo, y el propietario la perseguía con ruidosos juramentos y un rodrígón de la parra. Ya era atractiva para los hombres, y había trastornado a Andoche Junot, designado ayudante de campo por Napoleón.

El único miembro de la familia que inquietaba a Napoleón era Lucien, alias Bruto. Lucien era uno de esos republicanos coléricos que creen únicamente en la conveniencia de rebajarlo todo. Con este propósito se había casado con la hija de un posadero, una joven muy inferior a él socialmente, y aunque era menor de edad ni siquiera se había molestado en pedir la autorización de Letizia. No soportaba la autoridad, y miraba con malos ojos las actitudes de Napoleón, que trataba de organizar a la familia. Dijo ajoseph: «Siento en mí mismo el valor de ser tiranicida... He comenzado un canto acerca de Bruto, nada más que un canto en el estilo de *Night Thoughts*, de Young... Escribo con sorprendente velocidad, mi pluma vuela y después lo tacho todo. Corrijo poco; no me agradan las reglas que limitan el genio y no las tengo en cuenta.» Con el mismo espíritu compuso discursos desbordantes de retórica, que pronto lo meterían en dificultades. Esas piezas no agradaban a Napoleón. «Exceso de palabras y escasez de ideas. No puedes hablar así al hombre de la calle. Tiene más sentido común y tacto de lo que crees.» Mientras descansaba con su familia en el jardín de La Sallé, Napoleón podía sentirse complacido con la vida. Había ayudado a expulsar de Francia a los ingleses, y de este modo había borrado la «mancha de deshonra» de Maddalena. Sentía una confianza distinta en sí mismo, y su nueva función —inspector general de las defensas costeras entre Marsella y Niza— prometía ser interesante. Con respecto a su familia, había conseguido sacarla de Córcega a tiempo, pues un mes después desembarcaron los ingleses. A los Buonapane les agradaba vivir en Francia, y él no veía motivo que impidiese una residencia permanente.

Todo esto era muy satisfactorio, pero el cuadro tenía rincones oscuros. Napoleón ejercía autoridad; cosa que podía ser peligrosa con un gobierno que era hostil a todas las formas de autoridad, salvo la propia. Napoleón era un moderado; eso podía ser peligroso en una época marcada por el extremismo. Napoleón era brigadier, eso podía ser peligroso si uno se enfrentaba con los comisionados oficiales como había hecho Dugommier, que ahora languidecía en una cárcel parisienne.

Como todos los que estaban en el primer plano de la vida pública, en adelante Napoleón caminaría sobre la cuerda floja. Y en efecto, después de la victoria de Tolón, la suerte de Napoleón cambió. Durante los veintiún meses siguientes casi todo lo que hizo salió mal.

Los infortunios de Napoleón comenzaron en Marsella. Después de la carnicería de las Tullerías, el motín de la Fauvette y la rebelión

reciente, Napoleón miraba con bastante aprensión al pueblo de Marsella. Deseaba que allí hubiese una sólida fortaleza, y el 4 de enero envió a París un informe solicitando fuese reparado el Fon Saint-Nicolas, construido por Vauban, contra un posible ataque interno o externo. En su informe utilizó una frase desafortunada: «emplazaré los cañones de manera que se impongan a la ciudad».

Eso fue como acercar la llama a un barril de pólvora. Granel, el representante marsellés en París, se puso de pie: «Se ha formulado una propuesta —rugió— con el fin de reconstruir las bastillas levantadas por Luis XIV para tiranizar al Sur. La propuesta proviene de Bonapane, de la artillería, y de un noble ci-devant, el general Lapoype... Reclamo que ambos sean llamados a comparecer.» Por orden del Comité de Salud Pública, Napoleón fue arrestado y confinado en su domicilio donde pasó algunos días de ansiedad intensa; felizmente Saliceti, que actuó entre bambalinas, pudo explicar que no había existido intención de ofender y logró que Granel abandonase el asunto.

El segundo infortunio de Napoleón se originó en los cambios políticos sobrevenidos durante el mes de Termidor —julio de 1794—. En Tolón había llegado a ser amigo de Augustin Robespierre, uno de los comisionados del gobierno y hermano menor de Maximilien, aunque era un hombre de carácter muy distinto: Augustin era afable, lo apodaban «Bonbon» y viajaba con su bonita amante. Augustin Robespierre informó a Maximilien que Napoleón era un oficial de «trascendente mérito», y en el verano de 1794, cuando Napoleón estaba asignado al Ejército de los Alpes, lo envió en misión secreta a Genova, para informar acerca de las fortificaciones genovenses y la fuerza de su ejército. Napoleón ejecutó la tarea con su habitual diligencia.

Entretanto el Terror había llegado a su culminación. En una referencia al temido Comité de Seguridad General de París, el pintor Louis David había dicho: «Vamos a moler mucho rojo», y su deseo se vio totalmente colmado. En dos meses, mil trescientas personas fueron a la guillotina, y en un tercio de los casos ni siquiera hubo la apariencia de un proceso; «las cabezas caían como tejas de los tejados». Finalmente, durante el mes de Termidor, un grupo de convencionales, en parte hartos de la carnicería, en parte por razones de autodefensa, acusaron a Maximilien Robespierre de conspirar contra la Revolución, y aquí Augustin se puso de pie de un salto: «He compartido sus virtudes, y me propongo compartir su destino.» Al día siguiente los dos Robespierre fueron guillotinados.

Todos los que estaban cerca de los hermanos fueron considerados sospechosos, y la lista incluía a Saliceti, que antes había sido comisionado en compañía de Augustin Robespierre y era el protector de Bonapane, a su vez amigo de Augustin Robespierre. Por motivos que no conocemos, y quizás porque sentía verdaderas dudas acerca de la «pureza» de Napoleón, Saliceti y los dos comisionados restantes del Ejército de los Alpes firmaron una cana al Comité de Salud Pública el 6 de agosto, y en ella afirmaban que Napoleón había realizado un viaje «sumamente sospechoso» a Genova. «¿Qué hacía este general en un país extranjero?», preguntaban. Había rumores de que el precioso oro francés estaba siendo depositado en una cuenta bancaria de Genova. Después emitían una orden: «En vista de que el general Bonapane ha perdido totalmente la confianza a causa de su conducta muy sospechosa... decretan que el brigadier general Bonapane sea relevado provisionalmente de sus obligaciones; su general en jefe lo arrestará».

El 10 de agosto Napoleón se encontró sometido a arresto domiciliario en su alojamiento de la rue de Villefranche 1, de Niza, bajo la vigilancia de diez gendarmes. Secuestraron sus papeles, los sellaron y los sometieron al examen de Saliceti. Casi cualquier frase en esta época bastaba para enviar un sospechoso a la guillotina, y Napoleón corría grave riesgo, pero se mantuvo tranquilo, sin duda porque aplicó su filosofía del campo de batalla: «Si a uno le llegó la hora, de nada vale preocuparse.» La cana que escribió durante su arresto contrasta acentuadamente con la que redactó Lucien, detenido no mucho después.

«Abandoné mis pertenencias —escribió Napoleón a Saliceti—, lo perdí todo por el bien de la República. Después, serví en Tolón con cieña distinción... Desde que se descubrió la conspiración de Robespierre, mi conducta ha sido la de un hombre acostumbrado a juzgar de acuerdo con principios, no con personas. Nadie puede negarme el título de patriota.» La cana de Lucien tenía un tono muy distinto: «¡Sálvame de la muerte! ¡Salven a un ciudadano, un padre, un marido, un hijo infeliz, un hombre que no es culpable! ¡En el silencio de la noche, que mi pálida sombra se le acerque y lo induzca a la compasión!» Saliceti y sus colegas examinaron los papeles de Napoleón y comprobaron que estaban en orden, incluidos los gastos en Genova. Pero Napoleón continuaba siendo el amigo de Augustin Robespierre, el enemigo declarado del Estado, tenía un apellido italiano cuando Francia guerreaba con gran parte de Italia. Los comisionados volvieron los ojos hacia París, y sin duda se

sorprendieron al advertir que los termidorianos no reclamaban más sacrificios de sangre, por el momento no eran necesarias nuevas víctimas. El 20 de agosto los comisionados escribieron que «como no se ha encontrado nada que justifique las sospechas... decretan la libertad provisional del ciudadano Bonapane». Y así, después de dos semanas de arresto, el ciudadano Bonapane, sin duda con un sentimiento de intenso alivio, salió a la luz del sol del Mediterráneo.

Poco después se le restituyó el grado.

Después de cinco meses dedicados a preparar una expedición contra Córcega, que estaba en poder de la armada inglesa, a finales de abril de 1795 Napoleón recibió una cana del Ministerio de la Guerra con el nombramiento de comandante de artillería del Ejército del Oeste, consagrado en este momento a reprimir la rebelión en Bretaña, una región firmemente católica y de sólida tradición realista. Napoleón consideró que esa carta era otra desgracia ya que su cuota de guerra civil estaba colmada, no deseaba continuar disparando sobre otros franceses y de todos modos ahora se consideraba, y con razón, un verdadero experto en las características de la frontera alpina. Marchó a París para conseguir que se anulase la designación.

El ministro de la Guerra, Aubry, estaba atareado en la depuración de los «indeseables políticos» del ejército. Augustin Robespierre había afirmado que Napoleón era un oficial de «trascendente mérito»; eso bastaba para que un termidoriano como Aubry lo considerase sospechoso. De modo que cuando Napoleón solicitó un destino distinto, Aubry tachó fríamente su nombre de la lista de oficiales de artillería —la élite del ejército— y lo transfirió a la infantería del Ejército del Oeste, es decir, una forma de degradación, casi un insulto, y un método que, según había comprobado Aubry, era eficaz para inducir a renunciar a muchos oficiales «indeseables».

Napoleón se sintió tocado y dolorido, pero no renunció. Solicitó dos meses de permiso por enfermedad —en efecto, tenía enfermo el corazón, ya que no el cuerpo— y se accedió a su petición; fue a ver a Aubry, que era un veterano de artillería que nunca había sobrepasado el rango de capitán. Napoleón pidió un puesto de artillero en el Ejército de los Alpes y Aubry le dijo que era demasiado joven. «Ciudadano representante —replicó Napoleón—, el campo de batalla envejece deprisa a los hombres, y de allí vengo.» Pero Aubry no se conmovió.

¿Quién era, después de todo, este Bonapane? Nada más que otro general, con 138 generales por encima de él en la Nómina Militar.

Napoleón pensó en la posibilidad de mover algunos hilos. Stanislas Fréron, el periodista de vida disipada convertido en político, que había clausurado las casas de juego de Marsella, ahora tenía mucho poder.

Napoleón lo conocía un poco, y sabía que estaba enamorado de Pauline.

Cierto día, con una petición en el bolsillo de su chaqueta. Napoleón fue a la confortable residencia de Fréron en la rué de Chabannais; pero cuando llegó al umbral de la puerta principal no pudo decidirse a formular un ruego personal al carnicero de Tolón. Envío en cambio a un amigo, y Fréron no hizo nada.

Napoleón comprobó que París era sumamente cara. Dedicaba la parte principal de su paga de 15.000 libras, recibidas en papel moneda, a mantener a su madre y a sus hermanas, y a pagar los gastos de Louis en un colegio caro de Châlons. De manera que Napoleón vendió su carroaje y se trasladó a un hotel, en una de las calles más estrechas y mal afamadas de París, la rué de la Huchette. No pudo permitirse cambiar su uniforme raído, y tuvo que renunciar a los guantes, por entender que eran un «gasto inútil».

Napoleón se sintió frustrado y miserable. En mayo había definido la felicidad, durante la conversación con un amigo, como el desarrollo más cabal posible de las cualidades individuales; y ahora París parecía dispuesta a hacer todo lo posible para impedir el desarrollo de las cualidades del brigadier Bonapane. «He servido en Tolón con cieña distinción...» Consideraba que se lo había tratado «injustamente», y comenzó a fastidiar a sus amigos con relatos de sus agravios. Daba melancólicos paseos con Junot en el Jardín des Plantes. Junot quería casarse con Pauline, pero no era más que un teniente, relacionado con un brigadier políticamente indeseable que gozaba de permiso por enfermedad. «Usted no tiene nada —le dijo Napoleón—. Ella nada tiene. ¿Cuál es la suma? Nada. Los hijos nacerán en la miseria. Es mejor esperar.» Con el fin de animarlo, Bourrienne llevó a Napoleón a ver a Baptiste Cadet, un excelente actor, en el éxito de París titulado *Le Sourd*. Para ganar una apuesta, el héroe debe ingenárselas y conseguir una buena comida y el alojamiento durante una noche en la posada de Aviñón, y todo sin pagar un centavo; decide fingir que es sordo, y así interpreta como cumplidos las palabras coléricas, y como invitaciones los deseares.

Finalmente, gana la apuesta y también a la joven, que se llama Josephine.

Napoleón generalmente se complacía con los espectáculos teatrales, pero esta vez, mientras todos los concurrentes se desternillaban de risa, él permanecía sentado en frío silencio. No sólo estaba frustrado personalmente, sino que se sentía deprimido por el cinismo y la apatía de los nuevos gobernantes de Francia. Escribió a Joseph que la vida ya no lo complacía. «Si esto continúa, acabaré manteniéndome en el centro de la calle cuando se abalance sobre mí un carroaje».

Si Napoleón no terminó bajo un carroaje, quizá deba verse la razón en las esperanzas que depositaba en una latente justicia cósmica y en el texto de una pieza más divertida, pues el 17 de agosto, después de tres meses y medio de inactividad, pudo escribir más animosamente a un amigo: «Si tropiezas con hombres perversos y malignos recuerda la máxima excelente aunque irónica de Scapin: "agradezcamos todos los crímenes que ellos no cometan"».

Aubry fue reemplazado en el cargo de ministro de la Guerra por Pontécoulant, un ex noble de treinta y un años, de mente tan abierta como Aubry había tenido de prejuicioso. Napoleón fue a verlo, solicitó un puesto en la frontera italiana y delineó un plan de ataque. «General —dijo Pontécoulant—, sus ideas son brillantes y audaces, pero es necesario examinarlas con calma. Tómese su tiempo y redácteme un informe.» «Media hora es suficiente», replicó Napoleón y pidió una pluma y dos hojas de papel. Allí mismo trazó un plan para invadir el Piamonte. El Comité de Seguridad Pública acogió bien el plan, pero en lugar de un mando en el frente asignaron a Napoleón una tarea administrativa en París, en su importante Centro de Planificación.

Napoleón se sentía más frustrado que nunca. El trabajo administrativo estaba aún más alejado de los cañones que la ejercitación de la infantería en una guarnición bretona. Era artillero, experto en balística y trayectorias y en la matemática de la guerra, y deseaba servir como artillero. Puesto que Francia no deseaba utilizar sus cualidades, ¿no podía el propio Napoleón ponerlas al servicio de la artillería de otro país? Primero pensó en Rusia. Escribió al general Támaro, pero aunque los rusos se mostraron interesados, no quisieron conceder a Napoleón el rango de mayor, en el que él insistía.

Después, Napoleón pensó en Turquía, probablemente porque en Ajaccio había conocido y establecido relaciones amistosas con el almirante Truguet, enviado un tiempo a Constanrinopla para reorganizar la flota turca. La artillería turca era notoriamente débil y

estaba mal organizada, y en París se hablaba de la posibilidad de enviar una pequeña misión para modernizarla. Napoleón recogió la idea, presionó en favor de la misma, y pidió que se lo designase jefe de la misión. Consiguió el nombramiento y a principios de septiembre le entregaron su pasaporte; Napoleón se preparó para salir de Francia e ir a Turquía.

Nuevamente la política intervino y trastornó los planes cuidadosamente trazados por Napoleón. La Convención había renunciado a la guillotina, y comprobó que no podía gobernar. Sus miembros llegaron a la conclusión de que Francia necesitaba un gobierno de dos cámaras, y para prevenir los excesos cometidos por el antiguo Comité de Salud Pública, un ejecutivo separado de la legislatura; este ejecutivo estaría formado por cinco directores. Se elaboró una nueva Constitución a partir de estos criterios, y el cuerpo prometió aurodisolverse, con la salvedad de que dos tercios de los miembros de la nueva cámara legislativa, el Consejo de los Quinientos, serían elegidos entre los que formaban la nómina de la Convención. De este modo, los principios de la Revolución tendrían continuidad y renovada eficacia.

Napoleón recibió entusiasticamente la nueva Constitución; otro tanto hizo la mayoría de los franceses, y hubo aprobación abrumadora en un plebiscito, aunque se mostraron menos entusiastas respecto de la cláusula de los dos tercios. No obstante, muchos parisienses se opusieron agriamente a la Constitución; los extremistas se oponían por razones de principio a todo lo que fuese un gobierno centrista fuerte; los realistas estaban hartos de la Revolución, y deseaban sentar en el trono a Luis XVIII, si era necesario con la ayuda inglesa. París estaba atestada de realistas, y sobre todo abundaban los incroyables, hombres que afectaban cieno ceceo y aires de suprema elegancia, presuntamente ingleses.

Napoleón solía mirarlos, irritado, en el boulevard des Italiens, sorbiendo helados. Cieña vez se puso de pie exasperado, empujó hacia atrás su silla de modo que cayese sobre las piernas de un ruidoso incroyable, y salió deprisa.

En septiembre los realistas saltaron de alegría cuando el conde de Anois, hermano de Luis XVIII, desembarcó de un buque de guerra inglés en la Isla de Yeu, frente a la Vendée; se suponía que de un momento a otro se uniría a los 80.000 guerrilleros que usaban escarapelas blancas en una rebelión armada que afectaría a Bretaña y la Vendée. Con trajes grises antirrepublicanos y cuellos negros, los parisienses recorrían las calles gritando «¡abajo los dos tercios!».

Estallaron las disputas y pronto se percibió claramente que París estaba dividida sin remedio entre constitucionalistas por una parte, y realistas y extremistas por la otra.

El jefe de los constitucionalistas era Paúl Barras. Era el cuarto hijo de un vizconde de la región próxima a Tolón, y después de servir como teniente segundo en India, ingresó a la política como moderado y amigo de Mirabeau, votó en favor de la muerte de Luis XVI y durante el Termidor encabezó la marcha hacia el Hotel de Ville, el episodio que culminó en el derrocamiento de Robespierre. En una Convención formada por hombres de segunda clase, Barras se destacaba como el más apto para contener a las turbas parisienses cada vez más irritadas.

La noche del 12 Vendimiarlo —el 4 de octubre— fue ventosa y húmeda. La partida de Napoleón en dirección a Turquía se había demorado a causa de la crisis, y él caminaba bajo la lluvia con el propósito de ver una pieza sentimental. Le Bon Fiés. Frente al teatro vio a los guardias nacionales redoblando los tambores, y convocando al pueblo a alzarse en armas contra la Convención.

Desde el teatro. Napoleón se dirigió hasta la galería pública de la Convención. Los atemorizados miembros acababan de designar a Barras comandante en jefe del Ejército del Interior, y estaban sentados escuchando un enérgico discurso de Stanislas Fréron. Fréron sabía que Barras no era gran cosa como soldado —en siete años nunca había pasado de teniente segundo— y que necesitaría la ayuda de un experto.

Después de pronunciar su discurso, Fréron cambió unas pocas palabras con Napoleón, y quizás recordando su energía en Tolón le pidió que fuese al cuartel general de Barras.

Napoleón fue hasta allí. Era alrededor de medianoche, y continuaba el tiempo ventoso y húmedo. Barras lucía uniforme; era un hombre alto y apuesto de treinta y nueve años, los ojos verdosos y una boca sensual, un tanto inseguro. Fréron presentó a Napoleón, y Barras lo saludó con su acostumbrada brusquedad. «¿Servirá a mis órdenes? Dispone de tres minutos para decidir».

A los ojos de Napoleón, la cuestión era bastante clara. Barras representaba a la Convención, la Convención a la Constitución y la Constitución a los principios de la Revolución. Del lado contrario estaban los realistas y los anarquistas, los hombres que desafiaban a una Constitución votada libremente por una mayoría abrumadora de franceses. A Napoleón le desagradaba la guerra civil y había tratado

de evitarla. Pero esto era distinto; se trataba sin duda de salvar a la Revolución amenazada. «Sí», contestó a Barras.

La primera pregunta de Napoleón fue: «¿Dónde están los cañones?» Le contestaron que en la llanura de Sablons, a unos diez kilómetros de distancia; pero era demasiado tarde para apoderarse de ellos pues los rebeldes ya habían enviado una columna. Napoleón llamó a Murat, un joven y osado oficial de caballería, de fidelidad comprobada que incluso había intentado cambiar su nombre por el de Marat.

«Reúna 200 jinetes, galope hasta la llanura de Sablons, traiga los cuarenta cañones que están allí y las municiones. Use los sables si es necesario para conseguir los cañones».

A las seis de la mañana Napoleón tenía sus cuarenta cañones, Murat se había apoderado de ellos antes que los rebeldes. Su tarea era defender la sede del gobierno —las Tullerías— de los ataques que presumiblemente vendrían del norte. Los rebeldes sumaban 30.000 hombres, y el gobierno tenía 5.000 soldados de tropas regulares, más 3.000 milicianos. De modo que todo dependía de los cañones. Napoleón eligió ocho y los distribuyó cuidadosamente al norte de las Tullerías. Ubicó dos piezas al extremo de la rue Neuve Saint-Roch, apuntando hacia la calle que se dirige a la iglesia de Saint-Roch. Napoleón cargó con metralla estos cañones, y se apostó al lado de las piezas. Iba a pie, y Barras a caballo.

La mañana entera Napoleón esperó un ataque que no se produjo.

Comenzó a llover. De pronto, se oyó el sonido de los tambores, y gritos y fuego de mosqueteros. A las tres de la tarde los rebeldes atacaron.

Con los mosqueteros disparando y las bayonetas caladas, irrumpieron a través de las barricadas que Barras había levantado para defender la rue Saint-Honoré. Las tropas del gobierno dispararon sobre los atacantes.

Napoleón, que contemplaba la escena, sin duda pensó que se repetía lo ocurrido en Ajaccio. Durante una hora de batalla se mantuvo vacilante, y después los rebeldes comenzaron a imponerse gracias a la fuerza del número. Rebásaron la rue Saint-Honoré y entraron en la rue Neuve Saint-Roch, dejando atrás la iglesia. Barras dio la orden de disparar.

Las dos piezas de la rue Neuve Saint-Roch escupieron fuego.

Apuntada con precisión, su metralla cayó sobre los rebeldes, andanada tras andanada, y algunos disparos afectaron la piedra de la fachada de la iglesia. Los hombres caían, pero llegaban nuevas

oleadas. Napoleón continuó disparando. Los rebeldes retrocedieron y ensayaron otros caminos, pero se encontraron con la metralla disparada por los seis cañones restantes de Napoleón. La acción duró apenas unos minutos. Al fin, los rebeldes comenzaron a retirarse hacia la Place Vendôme y el Palais Royal, perseguidos por un millar hombres de las tropas del gobierno.

Media hora después, con pérdidas de unos 200 hombres muertos o heridos por cada bando, la rebelión había concluido.

«La República se ha salvado», informó orgullosamente Barras a la Convención, y Fréron pronunció un discurso. «Ciudadanos representantes, no olviden que el general Bonapane... que dispuso sólo de la mañana del día trece para realizar sus arreglos inteligentes y muy eficaces, había sido trasladado de la artillería a la infantería. Fundadores de la República, ¿continuarán demorando la rectificación de los agravios que, en nombre de este cuerpo, se han infligido a muchos de sus defensores?» Los representantes vivaron a Napoleón, y algunos trataron de elevarlo sobre la plataforma.

Pero Napoleón continuaba creyendo en los principios, no en las personas, y de acuerdo con la versión de un joven abogado llamado Lavalette, que estaba en el salón: «Apartó a esa gente con una expresión de fastidio y desconfianza que me agradó».

¿Por qué Napoleón, que había fracasado en Córcega, de pronto tenía éxito? La respuesta está en su habilidad técnica. En las callejas de Ajaccio, Napoleón no había sido sino un oficial más; en París era un especialista poco común en momentos en que la mayoría de los oficiales de artillería había emigrado: un hombre que podía lograr que cada disparo contase. En Córcega no había sido más que otro patriota ardiente; en París, como en Tolón, había satisfecho una necesidad concreta. Podía dominar una situación gracias a su conocimiento de los cañones.

El 13 Vendimiaro la energía y la habilidad de Napoleón tuvieron un efecto más general. El conde de Artois decidió mantenerse en la isla de Yeu, un ejemplo de cobardía que a Napoleón le pareció inexcusable, y que confirmó su actitud de rechazo hacia los Borbones.

El 26 de octubre de 1795 la Convención celebró su última sesión, y al día siguiente comenzó a actuar el Directorio. Habían elegido a Barras como uno de los directores. Al vestir su atuendo de estilo Enrique IV, con sombrero de tres plumas, medias de seda y faja recamada de oro, tuvo que abandonar el mando militar. Él y los otros

codirectores decidieron que Napoleón, el experto en cañones, debía sucederlo. Y así, a los veintiséis años, Napoleón vistió el uniforme recamado de oro que distinguía a los generales, y asumió el mando del Ejército del Interior.

Napoleón abandonó su sórdido hotel y fue a ocupar una casa decente en la Rue des Capucines, un alojamiento que se le asignó en función de su nuevo cargo. Olvidó sus decepciones y sus planes de viaje a Turquía. «Ahora, nuestra familia no carecerá de nada», escribió a su hogar. Envió a Letizia 50.000 lises. Consiguió para Joseph la designación de cónsul en Italia, para Lucien el puesto de comisionado en el Ejército del Nôtre. Louis recibió el grado de teniente en el antiguo regimiento de Napoleón, y un mes después se convirtió en su ayudante de campo. Jerome fue enviado a un buen internado. «Mira —escribió Napoleón a Joseph, en una actitud de disculpable exageración—, vivo únicamente por el placer que puedo aportar a mi familia».

En realidad, gozaba de dos placeres igualmente grandes. En primer lugar, comenzaba a desarrollar sus cualidades —su propia definición de la felicidad—. Segundo, se había conseguido modificar el curso de la Revolución, apartándolo de su sangrienta aberración. En efecto, uno de los últimos actos de la Convención había sido abolir la pena de muerte y modificar el nombre de la plaza donde tantos habían sido guillotinados; ya no era la Place de la Révolution sino la Place de la Concorde. Napoleón resumió sus nuevas esperanzas en una cana enviada a Joseph: «La gente se siente muy satisfecha con la nueva Constitución, que promete felicidad, tranquilidad y un amplio futuro para Francia...

No dudo de que poco a poco asistiremos a una recuperación total; para eso se necesitan a lo sumo unos pocos años».

Enamorado

En una época que tendía a ver en el sexo opuesto nada más que la ocasión del placer físico o la ventaja financiera, los Bonaparte creían en el amor y eran todos, en mayor o menor medida, amantes apasionados.

Carlo y Letizia se habían casado por amor, y después de la muerte de Carlo, Letizia permaneció fiel a su memoria. El ejemplo de ese matrimonio feliz, y el temperamento que lo impulsaba, fueron transmitidos a los hijos. Lucien desposó por amor a la hija del posadero, y cuando ella falleció se casó, la segunda vez, también por amor —aunque al precio de su carrera política—. Louis consagró una parte de su juventud a garabatear resmas de poesía amatoria introspectiva, y por amor, el hijo menor, Jerome, más tarde desposaría a Elizabeth Patterson, de Baltimore. Con respecto a Pauline, la más parecida a Napoleón por el temperamento, a los dieciséis años estaba enamorada de Stanislas Fréron, y le escribía cartas de este sesgo: «Ti amo sempre passionatissimamente, per sempre ti amo, ti amo, stell'i idol mió, sei cuore mió, leñero amico, tí amo, tí amo, amo, siamatissimo amante.» Napoleón también amaría passionatissimamente, pero todavía no.

El primer rasgo que atraía la atención de Napoleón en una mujer eran las manos y los pies. Si las manos y los pies eran pequeños, se mostraba dispuesto a considerarla atractiva pero, de lo contrario, no. La segunda cualidad que buscaba era la feminidad. Le agradaba la mujer de carácter generoso y tierno, de voz suave, alguien a quien pudiese proteger. Finalmente, buscaba la sinceridad y la profundidad del sentimiento.

Napoleón, criado en el mundo masculino de Córcega, no creía en la igualdad de los sexos. Al redactar notas acerca de la historia inglesa, donde Barrow dice «las sacerdotisas druidas compartían las funciones del sacerdocio», en una de sus desusadas rectificaciones

Napoleón escribió: «ayudaban a los druidas a cumplir sus funciones». Creía que el papel de una mujer en la vida era amar al marido y darle hijos. «Las mujeres están en la base de todas las intrigas y es necesario mantenerlas en el hogar, lejos de la política. Corresponde prohibirles que aparezcan en público, excepto con falda y velo negros, o con el mezzaro, como en Genova y Venecia».

El teniente segundo Bonaparte asistía a los bailes de la guarnición, y poco después de llegar a Valence se sintió atraído por la hija de uno de los nobles locales. Ella probablemente era Caroline du Colombier, pero Napoleón, que gustaba crear sus propios nombres para las amigas, la llamaba Emma. Pobre y con sólo dieciséis años de edad. Napoleón no era muy buen candidato, y parece que Emma lo trató desdeñosamente.

Napoleón le escribió, en un intento de commoverla: «Mis sentimientos, son dignos de usted. Dígame que les hace justicia.» Estas y otras frases análogas sugieren que Napoleón estaba más interesado en sus propios y excelentes sentimientos por Emma que en Emma misma, y que como muchos adolescentes sólo estaba enamorado del amor. No sorprende comprobar que Emma se mostrase «fría e indiferente». Después de intentar sin éxito que ella se interesara en el enamorado, Napoleón pidió a Emma que le devolviese las cuatro cartas breves que le había escrito, y su motivo es comprensible: no deseaba parecer un tonto. «Usted se complace en humillarme, pero es demasiado buena para ridiculizar mis malhadados sentimientos.» En definitiva, Emma retuvo las cartas.

Después de este episodio, parece que durante un tiempo Napoleón evitó a las jóvenes. Sabía que era demasiado pobre para casarse, y así el dinero que otros oficiales gastaban en el galanteo. Napoleón lo utilizaba para comprar libros, o lo enviaba a su hermano Louis.

Durante su período como subalterno, Alexandre des Mazis observó que una de las características de Napoleón era la excepcional honradez de su vida. Incluso los dos amigos discutieron el punto, y Napoleón anotó el hecho en su cuaderno. Las jóvenes, observaba Napoleón con cierta pacatería, llevaban a Alexandre a descuidar a los padres y a los amigos; y extraía la conclusión de que «sería, una buena acción que un dios protector nos libere, lo mismo que al mundo, de lo que en general se denomina amor».

Cuando tenía dieciocho años, Napoleón fue a París por asuntos de su familia. Comprobó que era pobre, y sintió el efecto de la soledad.

Una noche —el jueves 22 de noviembre de 1787, según lo anotó en su cuaderno—, Napoleón trató de reanimarse y fue a pasear al Palais Royal. Allí había luces brillantes, lugares donde se servía cerveza inglesa, e incluso un café, Mécanique, en el cual el moca era bombeado y vertido en las tazas a través de la pata central hueca de cada una de las mesas redondas del establecimiento. Caminó por ahí a grandes zancadas.

«Tengo el temperamento vigoroso y no me importó el frío; pero después de un rato se me entumeció la mente y entonces percibí que hacía mucho frío. Entré en las arcadas. Me disponía a entrar en un café cuando vi una mujer. Era tarde, ella tenía buena figura y era muy joven, sin duda se trataba de una prostituta. La miré, y se detuvo. En lugar de la actitud desdeñosa que esas mujeres suelen manifestar, se la veía muy natural. El hecho me impresionó. Su timidez me infundió el valor necesario para hablarle. Sí, le hablé, pese a que, con más intensidad que la mayoría de la gente, detesto la prostitución, y siempre me sentí manchado aunque fuera sólo por una mirada de ese tipo de mujeres...

Pero las mejillas pálidas, la impresión de debilidad y la voz suave disiparon inmediatamente mis dudas. Me dije que quizás me suministrara información interesante; o tal vez no fuese más que una tonta.

»—Cogerá frío —dijo—. ¿Cómo puede caminar por aquí?.

»—Ah, señor, siempre aliento esperanzas. Tengo que terminar mi trabajo nocturno.

»Habló con una indiferencia tan serena que me sentí atraído y comencé a caminar al lado de la joven.

»—Usted no parece muy fuerte. Me sorprende que una vida como ésta no la agote.

»—Dios mío, señor, una mujer tiene que hacer algo.

»—Tal vez. Pero, ¿no hay otro trabajo mejor adaptado a su salud?

»—No, señor, y tengo que vivir.

»Me sentí encantado. Por lo menos respondió a mis preguntas. Una actitud que otras mujeres se habían negado a adoptar.

»—Seguramente usted viene del norte, para soportar un frío como éste.

»—Soy de Ñames, en Bretaña.

»—Conozco el lugar... Señorita, por favor, cuénteme cómo perdió su doncellez.

»—Fue un oficial del ejército.

»—¿Está enojada?.

»—Oh, sí, se lo aseguro. —Su voz expresó una acritud que yo no había advertido antes—. Se lo aseguro. Mi hermana está bien instalada.

»—¿Por qué yo no? »—¿Cómo llegó a París?.

»—El oficial que me hizo daño desapareció. Lo detesto. Mi madre estaba furiosa conmigo, y tuve que marcharme. Llegó otro oficial y me trajo a París. También él me abandonó. Ahora hay un tercero; hace tres años que vivo con él. Es francés, pero tiene negocios en Londres, y ahora está allí. Vamos a su casa.

»—¿Qué haremos allí?.

»—Vamos, tendremos un poco de calor y usted conseguirá su parte de placer.

»Yo no sentía escrúpulos, ni mucho menos. Ciertamente, no deseaba que ella se sintiese atemorizada por mis preguntas, o que dijese que no se acostaba con desconocidos, porque ésa era precisamente la razón que me movió a abordarla».

Probablemente ésta fue la primera vez que Napoleón durmió con una mujer. Probablemente ella tenía la piel blanca y los cabellos negros típicos de los bretones, y quizás también esa actitud soñadora que los distingue de los parisienes, siempre más realistas. En todo caso, es indudable que era menuda y femenina, el tipo que atrae a los hombres viriles, que Napoleón gustaba de su voz suave, y que la relación fue algo más que un mero encuentro físico; Napoleón trató de conocerla como persona, y sintió simpatía por sus dificultades.

De los dieciocho a los veinticinco años Napoleón llevó una vida tan activa que dispuso de escaso tiempo para las jóvenes. Viajaba rara vez a París, y es dudoso que realizara una segunda visita al Palais Royal. Como observaron sus colegas oficiales, ejercía un firme control sobre su propia persona, y probablemente continuaba, como había dicho Alexandre des Mazis, «viviendo honestamente». Sólo después de Tolón, cuando ya era brigadier, dispuso de tiempo para relacionarse con mujeres.

En Marsella vivía un millonario, un industrial textil llamado Francois Clary. En política era realista. Cuando las tropas del gobierno sofocaron la rebelión en Marsella, en agosto de 1793, y Stanislas Fréron comenzó a purgar y aterrorizar, Etienne, el hijo mayor de Francois, fue encarcelado, y otro hijo se suicidó para evitar que lo fusilaran. Cuatro meses después Francois murió, agobiado por la angustia y el dolor. Mientras gestionaba la libertad de Etienne, la viuda llegó a conocer a Joseph Bonaparte, y éste, probablemente a través de Saliceti, consiguió liberar a Etienne.

Joseph se convirtió en visitante usual de la lujosa residencia Clary, y cuando Napoleón iba a Marsella también concurría a esa casa.

En la residencia vivían dos hijas: Julie, de veintidós años, y Bernardine Eugénie Désirée, de dieciséis, la menor de los Clary. Ambas eran morenas, con grandes ojos castaños, muy oscuros. Napoleón llegó a conocerlas bien, y en un cuento que escribió el año siguiente describió las diferencias entre ellas. Llama Amélie a Julie:

La mirada de Amélie parecía decir: «Estás enamorado de mí, pero no eres el único, y tengo muchos otros admiradores; debes saber que el único modo de complacerme es prodigarme halagos y cumplidos. Me agrada el estilo afectado» Eugénie... sin ser fea, tampoco era una belleza, pero era buena, dulce, vivaz y tierna... Nunca miraba descaradamente a un hombre. Sonreía dulcemente, y revelaba los más bellos dientes que uno pueda imaginar. Si uno le ofrecía la mano, concedía tímidamente la suya, sólo un momento, y mostraba casi juguetonamente la mano más bonita del mundo, en la cual la blancura de la piel contrastaba con las venas azules. Amélie era como un fragmento de música francesa, cuyos acordes y la armonía a todos complacen. Eugénie era como la canción del ruiseñor, o una pieza de Paesiello, que agrada únicamente a las personas sensibles, parece mediocre al oyente común, pero su melodía transporta y excita a los que poseen sentimientos intensos.

La analogía musical es reveladora. A los veinticinco años Napoleón gustaba mucho de la música, y sobre todo de Paesiello, su compositor favorito; le agradaba oír el canto de las jóvenes; y parece que la menor de las Clary además de sus bonitas manos tenía buena voz. Napoleón comenzó a sentir mucha simpatía por la tímida y musical hija del millonario. En su casa la llamaban Désirée, pero a Napoleón no le agradaba ese nombre, con su sugerencia de deseo físico, y cuando estaban solos la llamaba, como en el cuento, por el segundo nombre, Eugénie. Este nombre utilizado en la relación privada, y la común afición a la música, se convirtió en un vínculo entre ellos.

Napoleón sabía que Joseph sentía inclinación por las dos jóvenes, pero prefería a la menor y deseaba desposarla, Napoleón llevó aparte a Joseph. «En un matrimonio feliz —le explicó—, una persona tiene que ceder ante la otra. Ahora bien, tú no tienes un carácter fuerte, y tampoco lo tiene Désirée; en cambio, Julie y yo sabemos lo que queremos. Será mejor que te cases con Julie, y Désirée será mi esposa.» Joseph no puso objeciones. Si su hermano el brigadier prefería a Désirée, él con su carácter llevadero estaba dispuesto a

ceder. Comenzó a cortejar a la coqueta Julie. Lo mismo que su hermana, Julie tenía una enorme dote de cien mil libras, y Joseph no tenía nada; por otra parte, Joseph había salvado la vida de Etienne. Madame Clary y Letizia otorgaron su consentimiento, y en agosto, Julie Clary se convirtió en esposa de Joseph. Sería un matrimonio feliz para ambos.

En septiembre, antes de que Napoleón pudiese conocer mejor a Eugénie o comenzara a cortejarla, fue asignado a los Alpes, donde como jefe de artilleros combatió a los austriacos. En el campamento, donde la única música era la del tambor y el pífano, Napoleón sin duda cobró conciencia de las muchas diferencias que lo separaban de Eugénie, entre ellas los nueve años de edad, pues su primera carta es un poco fría. «Querida Eugénie, tu constante dulzura y la alegre franqueza que es tu característica me inspiran afecto, pero estoy tan ocupado con mi trabajo que no creo que este afecto deba penetrar en mi alma y dejar una cicatriz más profunda.» Sin duda, era una observación un tanto tosca. Pero revela también cierto conflicto entre el sentimiento y el deber, entre el corazón y la cabeza, que habría de ser una de las características de las relaciones de Napoleón con las mujeres. En la misma carta dijo a Eugénie que tenía talento para la música, y le recomendó que comprase un piano y contratase a un buen profesor. «La música es el alma del amor».

Pasaron cinco meses antes de que Napoleón escribiese nuevamente, ahora desde Tolón. Esta vez el tono era menos personal, casi el de un hermano mayor o un profesor que desea promover el progreso de un alumno. Napoleón adjuntaba una lista de libros que Eugénie debía leer y prometía pagar la suscripción a una revista de piano publicada en París. Eugénie era entonces para él una cantante, y con el propósito de ayudarla, él, que apenas podía emitir una nota sin desafinar, inventó un nuevo modo de cantar la octava. Lo explicó así a Eugénie:

Si cantas re-mi-fa-sol-la-si-do-re, ¿sabes lo que sucede generalmente? Pronuncias claramente el la, pero le asignas el mismo valor que a do, es decir, pones un intervalo de un semitono entre re y mi. Lo que debes hacer es poner un tono completo entre mi y fa... Después, continúas cantando mi-fa-sol-la-si-do-re-mi, pasando del sonido de la primera voz al segundo mediante el intervalo de un semitono. Terminas cantando si-do-re-mi-fa-sol-la-si, que era la escala usada antiguamente.

De esto se desprende claramente que Napoleón no sabía una palabra de teoría musical —incluso equivoca todos los intervalos— y

que estaba dándose aires para beneficio de Eugénie. Como Eugénie se había quejado de que sus cartas eran frías, después de dictar esta lección de música Napoleón consideró que podía permitirse un final afectuoso: «Adiós, mi bondadosa, bella y tierna amiga. Alégrate y cuídate».

El 21 de abril de 1795 Napoleón fue a Marsella, y después de una separación de nueve meses vio nuevamente a Eugénie. Era evidente que ella había progresado, quizás como resultado del aliento que le dio Napoleón, cantaba mejor; sea como fuere, Napoleón se enamoró de ella, y una quincena después, cuando de nuevo visitó la casa Clary de camino a París, se abordó el tema del matrimonio. Eugénie tenía sólo diecisiete años, y con su dote de cien mil libras era mucho mejor partido que Napoleón, que contaba únicamente con su sueldo del ejército. Un partido demasiado bueno, pensó Madame Clary, que ya había dado una hija al pobretón Joseph, y que declaró: «Me parece suficiente con un Bonaparte en la familia».

La hostilidad de madame Clary no debilitó el afecto de Napoleón, y desde Aviñón, su primera escala después de Marsella, terminó su carta con estas palabras: «Recuerdos y amor de quien es tuyo para siempre.» Al comienzo de su estancia en París, Napoleón escribió cada dos o tres días a su «adorable amiga» y le pidió a Eugénie que escribiese diariamente. Ahora a él le tocaba preocuparse cuando una carta no llegaba.

Continuó impulsando el progreso del talento musical de la joven, y le envió extractos de Sappho, un éxito reciente de Martini, y algunos «romances que son bonitos y tristes. Te agradarán cantarlos si sientes lo mismo que yo».

Napoleón atravesaba su peor período de depresión, en ese momento parecía que su carrera estaba inexorablemente paralizada. En su sórdido hotel pensaba en la residencia Clary, y a medida que su situación se agravaba buscaba cierta compensación en los sentimientos que Eugénie le inspiraba. Comenzó a pensar que como soldado sería un fracaso, y que solamente el amor importaba. Estaba solo, y en su soledad volcó en un cuento lo que sentía; resultó el más personal de todos sus escritos.

Allí describió su afecto por Eugénie y el tipo de vida que esperaba llevar con ella. Conservó el nombre de la joven, atribuido a la heroína del relato, pero el héroe se llama Clisson. Es un nombre revelador, pues el Olivier de Clisson original había sido condestable de Francia, es decir comandante supremo de los ejércitos reales. Había servido con brillo antes a Carlos V y Carlos VII en la lucha contra los ingleses

y los flamencos, y su nombre se había convertido en sinónimo de servicio fiel.

El relato comienza así: «Clisson nació para la guerra... A pesar de su juventud, había alcanzado el rango más alto en el ejército. La buena suerte colaboró siempre con sus cualidades... Y pese a todo, su alma no se sentía satisfecha.» La insatisfacción de Clisson respondía al hecho de que la gente envidiaba su rango y difundía rumores falsos acerca de su persona. Con el propósito de recobrar el ánimo fue a pasar un mes a un lugar de descanso que se encontraba en una región boscosa, cerca de Lyon.

Allí conoció a dos hermanas, Amélie y Eugénie. Pese a su actitud sombría Clisson suscitó la simpatía de Amélie, que coqueteó con él; en cambio, al principio provocó la intensa aversión de la tímida Eugénie, sentimiento que ella no supo explicar ni justificar ante sí misma. «Ella clavaba la vista en el forastero y jamás se cansaba de mirarlo. ¿Cuál es su pasado? ¡Qué sombrío y caviloso se lo ve! Su mirada revela la madurez de la vejez, su fisonomía la languidez de la adolescencia.» Durante un paseo por el bosque Eugénie y Clisson se encuentran otra vez, llegan a conocerse mejor y se enamoran.

Ahora Clisson «despreciaba su vida anterior, el tiempo que había vivido sin Eugénie, sin respirar su aliento. Se entregó al amor y renunció a pensar en la fama. Los meses y los años pasaron con tanta rapidez como si hubieran sido horas. Tuvieron hijos y continuaron enamorados.

Eugénie amaba con tanta consecuencia como era amada. Compartían los placeres, las preocupaciones y las tristezas...

«Todas las noches Eugénie dormía con la cabeza apoyada sobre el hombro de su amante, o en sus brazos, pasaban juntos el día entero, criando a los hijos, cultivando el jardín, manteniendo el orden de la casa.

»En su nueva vida con Eugénie, Clisson ciertamente había vengado la injusticia de los hombres, y ésta había desaparecido de su mente como si hubiera sido un sueño.

»La compañía de un hombre tan talentoso como Clisson había realizado a Eugénie. Ahora tenía una mente cultivada y sus sentimientos, antes muy tiernos y débiles, habían adquirido la energía que era apropiada en la madre de los hijos de Clisson.» Sigue después una frase que implica una notable profecía respecto de la vida conyugal del propio Napoleón: «Por lo que se refiere a Clisson, ya no se lo veía sombrío y triste, y su carácter había adquirido la dulzura y la gracia de la personalidad de Eugénie. La

fama militar lo había convertido en un hombre orgulloso y a veces duro, pero el amor de Eugénie logró que él fuese más indulgente y flexible.

»El mundo y la humanidad habían olvidado rápidamente las hazañas de Clisson. La mayoría de la gente, que vivía lejos del mar y la naturaleza... creían que él y Eugénie estaban locos o eran misántropos. Sólo los pobres los apreciaban y bendecían. Y eso compensaba el menosprecio de los tontos».

Al parecer, todo está preparado para concluir en un final feliz; pero no, la forma literaria preferida por Napoleón era la tragedia. Más aún, alentaba en él un firme sentido de la injusticia que prevalecía en los asuntos humanos. Ya había expresado este juicio en su relato acerca del conde de Essex, y es indudable que el Terror afirmó esa actitud, pero es posible que su motivo principal fuese que, incluso mientras idealizaba a Eugénie, percibiese que ella era demasiado joven para él, o que estaba afectada por cierta debilidad de carácter. Hay un atisbo en ese sentido en la frase en que dice que Clisson infundió a Eugénie «la energía» de la cual ella carecía. En todo caso, Napoleón decidió dar a su relato un final trágico.

Convocan nuevamente a Clisson, y retorna al ejército. Está ausente varios años, pero todos los días recibe una carta de Eugénie. Entonces lo hieren. Envía a uno de sus oficiales, llamado Berville, con el fin de que reconforte a Eugénie y la acompañe. Las cartas de Eugénie son más espaciadas, y finalmente cesan. Clisson está abrumado por el dolor, pero no puede abandonar su puesto. Se aproxima una batalla, y a las dos de la madrugada escribe a Eugénie:

iCuántos hombres infortunados lamentan estar vivos y sin embargo ansian continuar viviendo! Sólo yo deseo acabar con la vida. Eugénie me la ofrendó...

iAdiós, tú, a quien elegí como arbitro de mi vida, adiós, compañera de mis mejores momentos! En tus brazos, contigo, he saboreado la felicidad suprema. He agotado la vida y las cosas buenas de la vida. ¿Resta algo que no sea saciedad y hastío? A los veintiséis años he agotado los placeres pasajeros que acompañan a una reputación, pero en tu amor he sabido cuan dulce es estar vivo. Ese recuerdo me desgarra el corazón. iQue seas feliz, y olvides al infortunado Clisson! Besa a mis hijos; ojalá ellos crezcan sin el carácter cálido del padre, pues ese rasgo los convertiría en víctimas, como a él le sucedió, de otros hombres, de la gloria y el amor.

Clisson cerró esta carta y la confió a un ayudante y le ordenó llevarla a Eugénie. Al frente de un escuadrón, Clisson se lanza a la batalla... y muere, «atravesado por mil lanzazos».

Así concluye la historia de Clisson y Eugénie, narrada por Napoleón.

Es extraño que haya basado su final trágico en la traición del hombre por la mujer. Cierta vez Eugénie no le escribió durante dos semanas, pero no puede afirmarse que ese episodio fuese justificación suficiente.

El sentimiento de que él había sido o sería traicionado por una mujer sin duda proviene de ciertas profundidades ocultas e inconscientes del carácter de Napoleón: quizá la energética imagen materna o un anterior temor a la castración. Por otra parte, la reacción de Clisson es la que cabía esperar de Napoleón; prefiere una muerte limpia antes que una vida sórdida.

Entretanto, Napoleón vivía en París, con permiso por enfermedad, y disponía de más tiempo que nunca. Escribió a Eugénie acerca del «lujo y los placeres de París» y agregó que no estaba dispuesto a saborearlos sin ella. Pero en efecto los saboreó. Aunque era pobre, tenía conocidos acomodados, y gracias a ellos conoció a cierto número de jóvenes amables.

Una fue cierta mademoiselle de Chastenay, una mujer dada a la literatura que vivía con su madre en Châtillon, cerca de París. En mayo Napoleón pasó un día con ella, y como hacía a menudo cuando conocía a una joven, le pidió que cantase para él. La joven no sólo accedió a su pedido, sino que cantó canciones en italiano compuestas por ella misma.

Eso era algo que sobrepasaba holgadamente el talento de Eugénie. Después, le explicó que había traducido un poema acerca de un abanico.

Napoleón se sintió muy interesado y aunque durante este período solía hablar utilizando sólo hoscos monosílabos, explicó extensamente a su amiga cuán fascinado se sentía por el modo en que las damas usaban el abanico. En una suerte de extensión de los principios de Lavater, Napoleón había elaborado una detallada teoría, de acuerdo con la cual todos los movimientos del abanico reflejaban los sentimientos de la dama. Afirmó que poco antes había comprobado el acierto de la teoría al observar a la famosa actriz mademoiselle Constant en la Comédie Française.

Mademoiselle de Chastenay nunca fue más que una amiga para Napoleón, pero representaba a un mundo más desarrollado y culto,

comparado con el cual, la Marsella de los Clary, inevitablemente debía de parecerle inferior.

Napoleón llegó a conocer a Thérésia Tallien, una mujer aún más notable. Bajo el Terror había sido encarcelada; tenía veintiún años y esperaba el filo de la guillotina. Escribió una nota a su amante, Jean Lamben Tallien —con quien después se casó—, la escondió en el corazón de una col y se la arrojó a Tallien a través de los barrotes de la ventana. «Si me amas tan sinceramente como afirmas, haz todo lo posible para salvar a Francia, y con ella a mí misma.» Thérésia era una bella mujer de cabellos negro azabache, y la nota escondida en la col produjo el efecto deseado. Tallien tomó la palabra en la Convención y se atrevió a atacar al temido Robespierre, y de ese modo precipitó su caída, terminó con el Terror y liberó a su amada.

Thérésia Tallien vivía en una casa curiosa: por fuera parecía una casa de campo rústica, y por dentro estaba lujosamente amueblada en el estilo pompeyano. La dama ofrecía fiestas elegantes, y se presentaba con atrevidos vestidos transparentes. A veces llevaba un peinado a la guillotine—los cabellos cortos o recogidos para dejar libre el cuello— y una angosta cinta roja sobre el cuello. Otras veces aplicaba a sus cabellos adornos rojos o dorados. Todo lo que usaba era audaz e ingenioso.

Napoleón concurría a esas fiestas con su uniforme raído. La tela escaseaba, pero un decreto reciente había otorgado a los oficiales recursos suficientes para adquirir un uniforme nuevo. Pero como Napoleón no estaba en activo, no podía aprovechar la medida. Sin duda mencionó el hecho a Thérésia Tallien como una «injusticia» más. En lugar de limitarse a simpatizar, ella le entregó una cana para un amigo, cieno monsieur Lefevre, comisario de la 17.a división, lo que fue suficiente para permitir que Napoleón consiguiera un uniforme nuevo.

De modo que durante el verano de 1795 Napoleón conoció a varias mujeres cultas y bellas, mayores que Eugénie. En su cuento había formulado el dilema: o su carrera o el amor lejos del mundo; y había elegido el amor lejos del mundo. Pero cuando conoció mejor París, comprendió claramente que el dilema no concordaba con los hechos. Aquí había mujeres influyentes, casadas con generales o con políticos, y ayudaban a sus maridos a hacer carrera. Esas mujeres podían tener valores distintos de los que sostenía el propio Napoleón, pero vivían en el mismo mundo, el mundo de la Revolución. Era inevitable que a medida que se interesaba por estas mujeres, Napoleón se sintiera menos cerca de Eugénie Clary, de Marsella.

En junio Eugénie se trasladó a Genova, donde su familia tenía intereses comerciales. Cuando escribió para informar de la novedad a Napoleón, dijo que continuaría amándolo siempre. Napoleón examinó su propio corazón y llegó a la conclusión de que ya no podía compartir ese sentimiento. Trató de separarse con la mayor gentileza posible: «Dulce Eugénie, eres joven. Tus sentimientos se debilitarán, y después flaquearán; más tarde advertirás que has cambiado. Así es el dominio del tiempo... No acepto la promesa de amor eterno que me ofreces en tu última carta, pero la sustituyo por una promesa de franqueza inviolable.

Jura que el día en que ya no me ames me lo dirás. Yo formulo la misma promesa.» En la carta subsiguiente repitió la misma idea: «Si amas a otro, debes ceder a tus sentimientos».

En realidad, el propio Napoleón había conocido a una persona que despertaba sus sentimientos más intensos, una íntima amiga de Thérésia Tallien llamada Rose Beauharnais. Dos canas después rompería totalmente su relación de amor con Eugénie. Este episodio había alcanzado su desarrollo más satisfactorio sólo cuando estaban separados, en la imaginación de Napoleón. Ciertamente, desde el principio había sido algo semejante a un romance de ensueño, pues en definitiva, ¿qué tenían en común él y Eugénie, fuera del gusto por la música y la imposibilidad de escribir correctamente las palabras más sencillas? Al principio Eugénie lloró y dijo que siempre amaría a Napoleón, pero pronto secó sus lágrimas y tuvo un matrimonio feliz con Jean Bernadotte, otro prometedor oficial joven por cuyas venas corría sangre meridional.

CAPÍTULO SIETE

Josefina

Los Tascher de La Fagerie eran una familia francesa noble establecida desde el siglo XVII en la isla de Martinica, donde poseían una amplia plantación de cañas de azúcar que empleaba a 150 negros, nominalmente esclavos pero de hecho una comunidad bien tratada que producía caña de azúcar, café y ron. Los Tascher de Martinica tenían algo en común con los Bonaparte de Córcega: eran nobles que residían en ultramar, fuera de su país de origen. Vivían sencillamente, cerca de la naturaleza, y por eso mismo habían conservado las antiguas virtudes de la nobleza.

Pero los Tascher eran más ricos y llevaban una vida más cómoda.

Rose nació el 23 de junio de 1763, y fue la mayor de tres hijas. Pasó una niñez feliz en Martinica, que es tan fértil como Córcega áspera.

Alrededor de su casa crecían hibiscos escarlatas y orquídeas silvestres, plátanos y cocoteros. Se llevaba una vida cómoda y serena. Rose chismorreaba con las mujeres negras, se balanceaba en una hamaca, tocaba la guitarra, pero leía pocos libros. A los doce años fue al internado de un convento y allí permaneció cuatro años. Entretanto se le preparó un matrimonio apropiado con un hombre a quien había visto a lo sumo ocasionalmente, el vizconde Alexandre de Beauharnais, hijo de un ex gobernador de las Indias Occidentales francesas. Servía como oficial en Francia, y a los dieciséis años Rose Tascher viajó a ese país.

Alexandre de Beauharnais tenía diecinueve años, y era apuesto y rico —con una renta de 40.000 francos—. Se había educado en la Universidad de Heidelberg. Era el mejor bailarín de Francia, y gozaba del privilegio de bailar en las cuadrillas de María Antonieta. Pero Alexandre había perdido a su madre cuando él era niño, y había crecido con tres defectos: era pretencioso y egoísta, y cuando se trataba de mujeres, carecía de control.

Alexandre se sintió complacido con su prometida, sobre todo por su «sinceridad y gentileza», y Rose Tascher se convirtió en la vizcondesa de Beauharnais. La joven pareja tuvo dos hijos. Después, Alexandre fue a vivir con otra mujer a Martinica. Allí escuchó murmuraciones completamente infundadas acerca de la adolescencia de Rose Tascher, y el hombre que había abandonado doce meses a su esposa consideró apropiado, «sofocado de rabia», escribirle una pomposa epístola en la cual denunciaba sus «crímenes y atrocidades».

Eso fue demasiado para la honesta Rose. Cuando su marido no dio signos de que se proponía volver a vivir con ella, solicitó la separación legal que le fue concedida en febrero de 1785, y se le asignó una pensión de seis mil francos anuales. A los veintidós años la vizcondesa de Beauharnais fue a vivir con otras damas que se encontraban en la misma situación a la casa de las monjas bernardinas de la Abadía de Penthémont, en la elegante rué de Grenelle. En otoño permanecía en Fontainebleau y cabalgaba con las partidas de caza del rey.

En el verano de 1788 Rose supo que su padre estaba enfermo y su hermana moribunda. Después de vender algunas de sus pertenencias, incluso su arpa, para pagar el pasaje, retornó a Martinica llevando consigo a su hija Hortense, pero dejando al varón en la Institution de la Jeune Noblesse. Permaneció dos años en Martinica. Durante el viaje de regreso a Francia, Hortense, que entonces tenía siete años, mostró signos tempranos del coraje que habría de ser su rasgo distintivo. Solía entretenér a la tripulación francesa con canciones y danzas caribeñas.

Como el áspero suelo de madera de la cubierta abrió grandes agujeros en el único par de zapatos que tenía y la niña no deseaba decepcionar a los marineros, continuó hasta el fin sus danzas, pese a que las plantas de sus pies estaban heridas y sangraban.

En Francia, donde había estallado la Revolución, Alexandre se convirtió en un miembro importante de la Asamblea Constituyente. Cuando Prusia y Austria los invadieron, Alexandre se reincorporó al ejército, fue ascendido a general, y en 1793 se le ofreció la gran oportunidad de su vida, cuando lo llamaron en auxilio de Maguncia. En lugar de correr hacia la ciudad sitiada, Alexandre, de acuerdo con la versión de los comisionados, «hizo el papel del tonto en Estrasburgo, persiguiendo a las prostitutas el día entero y ofreciéndoles fiestas por la noche». En marzo de 1794 Alexandre fue enviado a la prisión de los Carmelitas.

Rose hizo todo lo posible para liberarlo, escribió peticiones y rogó a los amigos. De pronto, recibió una carta anónima que le advertía que ella misma corría peligro. Una mujer de menos carácter tal vez habría huido, pero Rose escribió a su tía: «¿Adonde podría huir sin comprometer a mi marido?» En abril fue arrestada.

Todas las personas distinguidas estaban en la cárcel. Rose compartía el ex convento con duques y duquesas, un almirante y un príncipe.

Todos los días la pequeña y valerosa Hortense y su hermano Eugéne iban a visitar a sus padres. Pero después incluso se les prohibió escribir.

«Intentamos compensar eso —dice Hortense—, escribiendo al pie de la lista de la lavandería, "tus hijos están bien", pero el portero se mostró tan bárbaro que lo borró. Como último recurso copiábamos nosotros mismos la lista, de modo que nuestros padres viesen nuestra escritura y por lo menos supiesen que aún vivíamos».

En la culminación del Terror se convirtió en delito que un detenido buscara siquiera la compañía de otros aristócratas también prisioneros, y en mérito a esta acusación Alexandre de Beauharnais fue a la guillotina el 23 de julio. Rose lloró al esposo a quien había amado a pesar de sus faltas, y se acentuó el temor que sentía por su propia vida. Pasaba esos largos días tratando de leer el futuro en un mazo de naipes, y como era propensa a las lágrimas, lloraba sin disimulo; una actitud que motivó la censura de sus compañeros, «pues era de mala educación temblar ante el pensamiento de la carreta». Uno por uno fueron llamados los grandes nombres de Francia, y la prisión comenzó a vaciarse. La tarde del 6 de agosto el carcelero pronunció otro nombre: «¡La viuda Beauharnais!» Rose se desmayó... de alegría. Pues Robespierre acababa de ser guillotinado, Tallien (amigo de Rose) estaba en el gobierno y el carcelero estaba abriendo la puerta de la prisión que conducía a la libertad.

Rose y sus hijos fueron a vivir a la casa de una tía que escribía poesía. Era Fanny de Beauharnais, la Eglé de quien se burló Ecouchard Lebrun:

Eglé, belle etpoete, a, deuxpetits travers:
Elle fait son visage et nefaitpas ses vers.

Fanny tenía amigos influyentes. Ellos y Tallien lograron que Rose recibiese una compensación importante —incluso un carro— por las pérdidas sufridas durante sus cuatro meses de cárcel. También le

permitieron realizar provechosos negocios. En agosto de 1795 pudo afrontar el primer pago por la compra de una confortable casa en la rué Chantereine, 6, una construcción de dos plantas con un jardín al frente en forma de arco, entre árboles.

La ocupante de esta bonita casa era a su vez bonita y menuda, un metro cincuenta de estatura, la figura esbelta, las manos y los pies pequeños. Tenía los ojos castaños y largas pestañas. Generalmente tenía rizados y peinados hacia adelante los sedosos cabellos castaño claro. Los dientes eran el punto débil; cuando reía apenas entreabría los labios, y la risa le burbujeaba en la garganta. Sus dos mejores cualidades eran la piel asombrosamente fina y la bonita voz, con su leve acento criollo; apenas pronunciaba las erre, un amaneramiento que precisamente entonces estaba de moda.

Rose era bonita sin ser bella, y en una ciudad como París nunca habría llegado lejos apoyándose sólo en su apariencia. Pero poseía dos cualidades más: «era alegre y bondadosa». Siempre le parecían «divertidos» los pequeños incidentes de la vida; y de acuerdo con una dama inglesa que la conoció en la cárcel. Rose era «una de las mujeres más cabales y amables que conocí jamás».

Las monjas bernardinas con quienes se había alojado antes de la Revolución ya no existían, y este hecho simbolizó el cambio en la vida de la propia Rose. Ahora vivía sola, y vivía para la diversión. Deseaba borrar esos terribles cuatro meses a la sombra de la guillotina con fiestas y con el frufrú de los vestidos elegantes. En una carta a su íntima amiga Thérésia Tallien, Rose se prepara para un baile:

Como me parece importante que ambas estemos vestidas exactamente del mismo modo, te aviso que llevaré sobre los cabellos un pañuelo rojo anudado al estilo criollo, con tres rizos a cada lado de la frente. Lo que puede ser un poco atrevido para mí, será perfectamente normal en ti, pues eres más joven, quizá no más bonita, pero infinitamente más rozagante. Como ves, soy justa con todos. Pero todo es parte de un plan. La idea es desesperar a los Trois Bichons y a los Bretelles Anglaises (dos grupos de jóvenes elegantes). Comprenderás la importancia de esta conspiración, la necesidad de secreto y el enorme efecto que provocará. Hasta mañana. Cuento contigo.

Napoleón Bonaparte ingresó en este mundo alegre, amante del placer, a finales del verano de 1795. Recibía entonces media paga y no tenía suficiente para comer. Tenía hundido el rostro cetrino, las

mejillas sumidas, y a los lados de la cara sus cabellos mal empolvados caían «como las orejas de un spaniel». El hablar lacónico estaba de moda, pero los amigos consideraron que Napoleón exageraba ya que hablaba sobre todo con monosílabos. He aquí cómo impresionó a una dama: «Muy pobre y orgulloso como un escocés... había rechazado un mando en la Vendée porque no estaba dispuesto a renunciar a la artillería: "Ésa es mi arma", solía decir a menudo, y las jóvenes reían estrepitosamente, pues no podían entender que alguien se refiriese a un cañón en los mismos términos que se usaba para una espada... Nadie habría podido adivinar que era soldado; nada tenía de atrevido, no se pavoneaba, no se imponía, no era rudo».

Napoleón probablemente conoció a Rose en casa de Thérésia Tallien.

Él tenía veintiséis años y ella treinta y dos. A lo sumo podemos conjeturar qué opinión se formó Napoleón de ella. Rose poseía los rasgos que él tenía a admirar, era de una naturaleza muy gentil y femenina; como cierta vez dijo Napoleón, ella era «todo encanto». Con respecto a su carácter, es muy posible que Napoleón haya pensado lo mismo que un contemporáneo: «su carácter ecuánime, su disposición tolerante, la bondad que colmaba sus ojos y se expresaba no sólo en sus palabras sino en el tono mismo de su voz... todo esto le confería un encanto que compensaba la deslumbrante belleza de sus dos rivales: madame Tallien y madame Récamier».

Napoleón y Rose tenían amigos en común, sobre todo, Paúl Barras.

Después que fue designado jefe del ejército del Interior, se invitó a Napoleón a visitar la casa por la cual Rose había realizado el primer pago. La encontró amueblada con lujos más que con necesidades. Había un arpa, un busto de Sócrates, y algunas sillas elegantes de respaldo curvo, pero no había sartenes, copas ni fuentes. De todos modos, Rose había distribuido con gusto los muebles existentes; más aún, mantenía una limpieza impecable en la casa —en las Carmelitas había sido una de las pocas detenidas que limpiaba su habitación— y ésta era una cualidad que agradaba a Napoleón. También se advertía una atmósfera exótica que seguramente atrajo al soldado que había gustado de Pablo y Virginia.

Algunos muebles provenían de Martinica, y el café que Rose le sirvió había sido cultivado en la plantación de su madre.

Rose creía firmemente en el destino y en la adivinación de la suerte.

Durante los primeros tiempos de su relación, hubo una fiesta en la casa de campo de los Tallien; Rose persuadió a Napoleón de que adivinase la fortuna. Entre los invitados estaba el general Hoche, que había pasado un tiempo en la cárcel con Rose y se había enamorado de ella. Muy alto y musculoso, con una cicatriz (consecuencia de un duelo) como una coma entre ambos ojos, Hoche era soldado de la cabeza a los pies; Napoleón, que de ningún modo parecía soldado, y comenzaba a sentir simpatía por Rose, quizá sintió celos. Sea como fuere, después de abordar a los restantes invitados, de examinar la mano de cada uno y pronosticarle un futuro agradable, tomó la mano de Hoche y anunció secamente: «Usted morirá en su lecho.» Hoche interpretó la predicción como un insulto y frunció el ceño a Napoleón. Rose se apresuró a intervenir, dando muestras de tacto. «Eso nada tiene de malo —dijo—.

Alejandro el Grande murió en su cama.» Y el pequeño contratiempo pasó entre risas.

Napoleón se sintió cada vez más atraído por su nueva amiga. Pero no le agradaba el nombre Rose. Decidió cambiarlo, del mismo modo que había trocado Désirée por Eugénie. Otro de los nombres de Rose era Joseph. Quizá porque recordó a la heroína de Le Sourd, una pieza que él había visto en un período anterior del mismo año, Napoleón alargó y suavizó Joseph, convirtiéndolo en Josefina, y por este nombre comenzó a llamar a Rose Beauharnais.

Entre los restantes visitantes de la rué Chantereine, 6 estaba Paúl Barras. Como los alimentos estaban racionados, solía enviar previamente canastos repletos de aves, animales de caza y costosas frutas. Con los utensilios tomados en préstamo a un vecino, la cocinera de Josefina convertía estas provisiones en refinados platos, pues Barras era muy exigente cuando se trataba del placer. Los días en que el director ofrecía una fiesta en su casa de Chaillot, Josefina representaba el papel de anfitriona.

En París circulaba el rumor de que Josefina era la amante de Barras.

Cuando Napoleón se enteró, comenzó a alejarse de la rué Chantereine 6. Concentró la atención en sus tareas militares, y en el esfuerzo de mantener el orden en París, lo cual no era nada fácil, pues la gente se sentía descontenta con la ración de alimentos. Cierta vez una gruesa dama lo apremió: «¿Qué les importa a estos entorados si la pobre gente se muere de hambre, si ellos pueden atiborrarse?» A lo cual Napoleón contestó: «Mi buena mufer, míreme, y dígame cuál de los dos se alimenta mejor».

Josefina comenzó a extrañar las visitas de Napoleón. Había llegado a interesarse por este extraño general que no parecía un soldado, y cuya vida había sido tan aventurera como la de la propia Josefina. Un pintor de moda había dicho poco antes que los rasgos de Napoleón eran griegos, y tal vez esa observación determinó que ella viese con mejores ojos ese rostro demacrado. Le envió una breve nota: «Ya no viene a ver a una amiga que le profesa afecto; la ha abandonado por completo. Comete un error, porque ella siente por usted un tierno afecto. Venga a almorzar mañana, Septidi. Deseo verlo y conversar con usted acerca de sus asuntos. Buenas noches, amigo mío, lo abrazo. La viuda Beauharnais.» «La expresión» era una frase cortés que María Antonieta había usado para Fersen e implicaba únicamente amistad.

En el invierno de 1795 Napoleón reanudó sus visitas. En Josefina había hallado a una mujer más bonita y con más personalidad que Eugénie. Ciertamente no era la sencilla flor de la naturaleza de quien, según había imaginado, acabaría enamorándose; era refinada, se vestía con elegancia y demostraba interés por los «asuntos» de Napoleón, es decir, por su carrera. Le gustaban las fiestas y los vestidos elegantes, pero es muy posible que Napoleón hubiera entrevisto una faceta más seria. Incluso en su carta a Thérésia acerca del vestido para el baile es significativo con cuánta seriedad trataba Josefina la pequeña conspiración. En cierto sentido él y Josefina eran los extremos opuestos, pero bajo la superficie tenían muchas cosas en común. Provenían de la misma clase social, ambos creían en la Revolución, y compartían ciertos valores esenciales.

Napoleón comenzó a enamorarse. Entonces intentó hacer marcha atrás. Tal vez recordó a su discreta y laboriosa madre, que ciertamente no aprobaría a esta alegre viuda de gustos caros. Se dijo rudamente que sus sentimientos estaban imponiéndose, que Josefina en realidad no lo amaba, y que lo llevaría a la infelicidad. Y después de formularse él mismo esta advertencia, Napoleón llegó a la conclusión de que no le importaba, y de que exigía de la vida más que la felicidad.

Con respecto a Josefina, no amaba a Napoleón pero lo hallaba extrañamente atractivo. Era un hombre que hablaba en un tono sumamente decidido y que le había aplicado un nombre distinto. No le ofrecía costosos regalos, como Barras, pero exhibía una sinceridad de la cual Barras carecía. Era extraño, era distinto, y tenía ojos sólo para ella. Las normas morales de Josefina podían resumirse en la frase: «Debo cuidar de mis hijos y mostrarme bondadosa»; por lo

demás, vivía para el momento presente. Y Napoleón se mostraba insistente.

Una tarde de enero de 1796 Napoleón hizo el amor con Josefina. Para ella, madre de dos hijos, sin duda se trataba de una distracción. Pero en el caso de Napoleón era la primera vez que poseía a una mujer a quien amaba, y volcó en la experiencia toda la fuerza de una naturaleza muy apasionada a la que habían mantenido sujetas desde la adolescencia. Al día siguiente manifestó algunos de sus sentimientos:

Siete de la mañana.

Desperté colmado de ti. Tu retrato y el recuerdo de la tarde embriagadora de ayer no han dado reposo a mis sentidos. Tierna e incomparable Josefina, iqué extraños efectos provocas en mi corazón! ¿Te sientes disgustada? ¿Acaso triste? ¿Estás preocupada? En ese caso, mi alma se siente dolorida, y tu amigo no puede descansar... Pero tampoco puedo descansar cuando me entrego al profundo sentimiento que me abruma y recibo de tus labios una llama que me quema. ¡Ah, la última noche! ¡Comprendí claramente que el retrato que tengo de ti es muy distinto de tu verdadero ser! Dentro de tres horas te veré. Hasta entonces, mió dolce amore, miles de besos; pero no me beses, porque tus besos me encienden la sangre.

Es indudable que Josefina se sorprendió mucho cuando recibió una carta de este tono. En su ambiente se juzgaba de mal gusto o una broma de escaso tacto creer que la cama era algo más que un placer pasajero.

Arruinaba la diversión. Y cuando Napoleón comenzó a interrogarla acerca de Barras, sin duda para calmar el ardor de su amante ella le dijo que los rumores eran ciertos: había sido la amante de Barras, pero ya no lo era.

Esto no disuadió a Napoleón. Por el contrario, pensó que Josefina era más atractiva que nunca, puesto que se trataba de una mujer «experimentada». Fácilmente hubiera podido tener como amante a una mujer del tipo de Josefina; la moral suele relajarse en una sociedad revolucionaria. Pero a Napoleón le gustaba que todo fuese regular y ordenado. Comenzó inmediatamente a pensar en el matrimonio.

Gracias a uno de sus profesores de la Escuela Militar, Napoleón se relacionó con cierto monsieur Emmery, un hombre de negocios que

tenía intereses en el Caribe. Supo que los Tascher eran una familia respetada y que La Pagerie, por el momento en poder de la madre de Josefina, era una propiedad valiosa de la cual Josefina podía esperar una renta anual de 50.000 libras. El inconveniente consistía en que desde 1794 Martinica estaba en manos de los ingleses, no llegaba a Francia dinero de La Pagerie, y era poco probable que llegase mientras Martinica no fuese recuperada. Josefina no tenía propiedades en Francia, y ni siquiera era dueña de la casa de la rué Chantereine, 6. Tal vez un día llegase a ser muy rica, pero por el momento no tenía un céntimo. Más aún, si la desposaba. Napoleón sería el responsable de mantener a los dos hijos que ella tenía; ambos estaban en colegios caros, y Napoleón ya estaba manteniendo a dos hermanos y tres hermanas. Para todo ello Napoleón contaba sólo con su sueldo de general. Pero Napoleón se sentía tan enamorado que, después de realizar estos cálculos tan poco promisorios, consideró que de un modo o de otro se las arreglaría.

El siguiente interrogante era: ¿Qué efecto tendría el matrimonio en su carrera? Napoleón ya no buscaba el amor lejos del mundo, en cambio, actuaba de acuerdo con lo que había escrito en su ensayo, «la razón debe gobernar a la pasión», y deseaba, una vez casado, continuar afrontando sus responsabilidades con la República. Sobre todo, quería combatir contra los enemigos de Francia, es decir Austria y Piamonte, en el norte de Italia. Había pedido a Barras, el principal director, el mando del Ejército de los Alpes.

Pero el primer impulso de Barras fue denegar la solicitud. Cada uno de los directores asumía una de las principales responsabilidades y la de Barras era el Interior. Napoleón estaba actuando bien en ese sector, y trasladarlo contrariaba los intereses de Barras. Además, había generales de más edad que tenían más derecho al mando.

Entonces, Barras supo que Napoleón estaba contemplando la posibilidad de contraer matrimonio con Josefina, y aquí la petición de Napoleón se le presentó bajo una luz diferente. Barras acababa de acceder al poder, y se sentía inseguro. De los cinco directores, era el único de origen noble, y sentía la necesidad de contar con amigos de la misma dase. Tanto Josefina como Napoleón eran nobles, pero Napoleón en cuanto que era corso y había sido amigo del traidor Paoli aún parecía un extraño y no se lo aceptaba totalmente. Si se casaba con Josefina disiparía todas las dudas acerca de su lealtad política, y así, Josefina y Napoleón serían dos útiles aliados de Barras. De modo que Barras alentó a Napoleón a casarse con su ex amante, de quien dicho sea de paso, deseaba alejarse. «Ella pertenece —dijo

—, tanto al antiguo régimen como al nuevo. Le dará estabilidad, y tiene el mejor salón de París.» Estabilidad —consistance— era la palabra clave.

Barras no sólo aprobó el matrimonio, sino que modificó su actitud frente a la petición de Napoleón. Si Napoleón adquiría estabilidad, beneficiaría a Barras designarlo jefe del ejército de los Alpes, pues los éxitos que cosechara en ese lugar acrecentarían el mérito de Barras. Finalmente, Barras dejó entrever a Napoleón y a Josefina que si se casaban su regalo de bodas sería el ejército de los Alpes.

Napoleón de todos modos habría propuesto matrimonio a Josefina tan pronto se hubiese sentido seguro de que podía permitirse ese paso y de que no perjudicaría a su carrera. El ofrecimiento de Barras fue a lo sumo un incentivo más. Pero al principio Josefina no vio las cosas de ese modo. La inquietó esa mezcla de amor y política. Cierta noche de febrero hizo una escena. Acusó a Napoleón de que deseaba casarse con ella sólo para conseguir el mando en Italia. Napoleón negó la acusación y preguntó cómo era posible que Josefina hubiese tenido «un sentimiento tan bajo». De regreso en su casa, escribió a Josefina una carta en la cual le decía que se sentía muy ofendido por la acusación. Pero en lugar de tomar represalias en vista de esta ofensa a su sinceridad, descubre, muy sorprendido, que retorna para depositar su corazón a los pies de la dama.

«Es imposible mostrarse más débil o caer más bajo. ¿Cuál es tu extraño poder, incomparable Josefina?... Te doy tres besos, uno en tu corazón, uno en tu boca y otro en tus ojos».

Tranquilizada respecto de la sinceridad de Napoleón, y tranquilizada también porque Barras continuaría facilitándole ciertos contratos comerciales, Josefina examinó su corazón y se preguntó qué sentía por Napoleón. Le agradaban su coraje, la amplitud de sus conocimientos y su agilidad mental. Aunque parezca paradójico, le agradaba menos su pasión, el hecho de que era exigente y pretendiera que ella le perteneciese de manera exclusiva. Josefina resumió así sus sentimientos, en la carta a una amiga: «Me preguntarás: ¿Lo amas? Bien... No. ¿Sientes aversión por él? No. Lo que siento es tibieza: me fastidia, en realidad la gente religiosa lo considera el más tedioso de los estados».

También era irritante el hecho de que Josefina tuviese treinta y dos años. Todavía era muy bonita, pero de todos modos tenía treinta y dos años, y carecía de unos ingresos seguros. Con respecto al matrimonio, ¿acaso Chaumette no había afirmado que «ya no es un yugo, una pesada cadena, no es más que... la realización de los

grandes designios de la naturaleza, el pago de una grata deuda que todos los ciudadanos tienen con la patria»? Como ahora constituía nada más que una unión civil, podía anularse fácilmente mediante el divorcio. Napoleón deseaba ardientemente el matrimonio, y Barras también lo favorecía. Finalmente, Josefina aceptó.

Josefina fue con Napoleón a ver a Raguideau, su notario, a la rue Saint-Honoré. Raguideau era un hombre minúsculo, casi un enano. Se encerró con Josefina, pero por descuido no cerró bien la puerta. Después que Josefina explicó sus intenciones, a través de la puerta parcialmente abierta Napoleón oyó la voz de Raguideau: «Es un grave error, y usted lo lamentará. Usted está cometiendo una locura..., casarse con un hombre que cuenta sólo con su capa militar y su espada.» Napoleón se sintió profundamente herido, y nunca olvidó el incidente.

Raguideau redactó un contrato de matrimonio sumamente desfavorable para Napoleón. No se establecía la comunidad de bienes, y se estipulaba que debía pagar a su esposa 1.500 libras anuales con carácter vitalicio. Entretanto, Barras atendía su parte del acuerdo. Se había ufanado de que otorgaría a Napoleón el mando del ejército de los Alpes como regalo de bodas, pero antes tenía que obtener el consentimiento de su codirector Lazare Carnot, el principal responsable del ejército francés. Carnot, un frío matemático borgoñón que había sido la clave de las brillantes victorias de Francia en 1794, examinó el plan de Napoleón, redactado por Pontécoulant, en que proponía atacar a través del norte de Italia y «firmar la paz bajo los muros de Viena». Este plan había sido criticado por el general Berthier, que dijo que exigiría un suplemento de 50.000 hombres, y por el general Scherer, ex comandante en los Alpes, que afirmó que era «obra de un loco, y podía ser ejecutado únicamente por un loco». Pero Carnot apoyó el plan, y por lo tanto él y Barras firmaron la orden de transferir a Napoleón al comando del ejército de los Alpes. La orden fue firmada el 2 de marzo; el matrimonio debía celebrarse el 9.

Napoleón no tenía certificado de nacimiento, y Córcega estaba ocupada por los ingleses. De modo que hizo lo que Lucien había hecho dos años antes: tomó prestado el certificado de Joseph. Tampoco Josefina tenía certificado de nacimiento, y Martinica también estaba ocupada por los ingleses, y por lo tanto ella utilizó el documento de su hermana Catherine. Se trataba principalmente de un expediente práctico, pero además tenía la ventaja de que ella parecía más joven de lo que era realmente. En el papel, Josefina tuvo

veintiocho años en lugar de treinta y dos, y Napoleón veintisiete en lugar de veintiséis.

La noche del 9 de marzo un grupo de personas importantes se reunió en lo que antaño había sido el salón dorado de la residencia de un noble, en la rué d'Antin, 3, y que ahora cumplía la función de sala de casamiento del municipio. Estaban allí Barras, el director, con su ostentoso sombrero de terciopelo con tres plumas, y Tallien, a cuyo valor Josefina debía la vida. El tercer testigo era Jérôme Calmelet, abogado de Josefina, que aprobaba su matrimonio tanto como Raguideau lo desaprobaba. La propia Josefina llevaba puesto un vestido de muselina de talle alto adornado con flores rojas, blancas y azules. El último en llegar fue Napoleón, con su uniforme azul recamado de oro, acompañado por el ayudante de campo Lemarois, el cuarto testigo. El escribiente, un ex soldado con una pata de palo, dormitaba junto al fuego. Napoleón lo sacudió para despertarlo. «Vamos —dijo—, cásenos deprisa».

El escribiente se levantó de su silla, miró a la pareja y se dirigió a Napoleón.

—General Bonaparte, ciudadano, ¿consiente en tomar por legítima esposa a madame Beauharnais, aquí presente, serle fiel y respetar la fidelidad conyugal?.

—Ciudadano, consiento.

El escribiente se dirigió a Josefina.

—Madame Beauharnais, ciudadana, ¿consiente en tomar por legítimo esposo al general Bonaparte, aquí presente, serle fiel y respetar la fidelidad conyugal?.

—Ciudadano, consiento.

—General Bonaparte y madame Beauharnais, la ley os une.

Después de firmar el registro, Napoleón y Josefina fueron en coche, en la fría noche de marzo, a la bonita y todavía impagada casa de la Rué Chantereine. Como regalo de bodas Napoleón dio a Josefina un sencillo collar de oro muy fino, del cual colgaba una placa de oro y esmalte.

Sobre la placa estaban grabadas dos palabras: Au destin. En una época irreligiosa, era el modo de Napoleón de decir en el lenguaje que Josefina aprobaba, que la Providencia los había unido y que cuidaría del matrimonio.

En el dormitorio de la planta baja, tapizado de azul y adornado con muchos espejos, Napoleón descubrió que no estaría solo con su esposa. Josefina tenía un perrito llamado Fortuné, que le era muy fiel. El animalito la había acompañado en la cárcel, y llevaba a los

amigos mensajes ocultos en el collar. Desde entonces había tenido el privilegio de dormir en la cama de Josefina. Cuando Napoleón trató de usufructuar el mismo privilegio, Fortuné no aprobó la situación. Ladró, gruñó y finalmente mordió en la pantorrilla a su rival.

Los sentimientos de Napoleón hacia su esposa se reflejan en las cartas que le escribió apenas se separaron. Decía que su corazón nunca había sentido nada a medias, y que había tratado de evitar el amor.

De pronto, había conocido a Josefina. El capricho de la dama era ley sagrada. La posibilidad de verla era su felicidad suprema. Ella era bella y grácil. Napoleón adoraba todo lo que tuviera que ver con ella. Si ella hubiese tenido menos experiencia o sido más joven, él la habría amado menos. La gloria lo atraía sólo en la medida en que era grata a Josefina y halagaba su amor propio.

Una sola cosa turbaba a Napoleón, los sentimientos de Josefina hacia él. Aunque él nunca se alejaba de Josefina ni siquiera una hora sin sacar del bolsillo de su chaqueta el retrato de su amor y cubrirlo de besos, había comprobado con desaliento que ella nunca tomaba de su cajón el retrato de su esposo, el mismo que le había regalado en octubre.

Sentía que lo amaba menos que él a ella, y que un día ese afecto podía debilitarse. Era el final de Clisson et Eugenio convertido en realidad.

La idea «aterrorizó» a Napoleón, y trató de rechazarla formulando francamente el problema. «No pido amor ni fidelidad eternos —dijo a Josefina—, únicamente... la verdad, una franqueza ilimitada. El día que me digas "Te amo menos" será el último día de mi amor o el último de mi vida».

Al día siguiente de la boda, Napoleón y Josefina fueron a ver a Hortense, que estaba en el elegante colegio de madame Campan, en SaintGermain. Hortense se había opuesto al nuevo matrimonio de su madre porque, como dijo a Eugéne, «de ese modo llegará a amarnos menos» —una predicción que en definitiva se demostró falsa—. Napoleón, que profesaba simpatía a los niños en general y a los hijos de Josefina en particular, se esforzó mucho para complacer a esta Hortense de ojos azules. Al regresar a la rue Chantereine se enfascó en la lectura de los libros que había retirado de la Biblioteca Nacional tres días antes. Eran las Memorias del mariscal de Catinat, una biografía del príncipe Eugéne, tres volúmenes infolio de las batallas del príncipe Eugéne, una obra acerca de la topografía de Piemonte y Saboya, la Guerre des Alpes de Saint-Simon, y una reseña de las

campañas de Maillebois —todo referido a la región donde tendría que combatir—. Estos áridos volúmenes no eran precisamente el material apropiado para una luna de miel, pero cuando Josefina trataba de apartarlo de ellos, Napoleón decía: «Paciencia, querida. Tendremos tiempo de hacer el amor cuando hayamos ganado la guerra».

Esta luna de miel de soldado duró sólo dos días y dos noches. Para Napoleón, que no tenía experiencia en los refinamientos del dormitorio, no fue tan prolongada que le permitiese conquistar a Josefina. Estaba dejando demasiado en manos de la Providencia cuando afirmó que el amor podía esperar.

La noche del 11, Napoleón abrazó a Josefina y se despidió con un beso. Después, en un carrojaje ligero y rápido, inició el camino hacia el sur, a incorporarse a su nuevo mando. Lo acompañaban Junot y Chauvet, pagador del Ejército de Italia, ocho mil libras en lises de oro, cien mil libras en letras de cambio, la promesa arrancada a los directores en el sentido de que le enviarían refuerzos, y el retrato, que acercaba constantemente a sus labios, de su «incomparable» esposa.

CAPÍTULO OCHO

La campaña de Italia

La guerra en la cual Napoleón se disponía a combatir era librada por dos hombres que tenían razones de familia para detestar a la República Francesa. El emperador Francisco II, un año mayor que Napoleón, era un austriaco tímido y decente que poseía poco talento o energía; pero en su condición de sobrino de María Amonieta, y de titular del trono más antiguo de Europa, se había comprometido a restaurar a un rey Borbón en Francia. Su aliado, Víctor Amadeo III de Piamonte, era un fanático vanidoso que encarcelaba a los liberales y restablecía la Inquisición.

A cada momento se dormía, y de ahí su sobrenombre «el rey de los Dormice», pero puesto que era el suegro del conde de Provenza, Luis XVIII, actuaba en sus intervalos de vigilia para tratar de restablecer el trono de Francia.

Las órdenes de Napoleón eran cruzar los Alpes y entrar en Piamonte, la fértil llanura del alto valle del Po. Tenía que enfrentarse y derrotar a los austriacos y los piamonteses. Debía ocupar el ducado austriaco de Milán, con Piamonte podía actuar como lo deseara. Después se ocuparía de negociar la paz, y de ese modo permitiría reducir el enorme y costoso ejército de Francia. Esta conquista del norte de Italia había sido intentada dos veces durante los últimos cien años, por Villard y Maillebois; uno y otro intento habían fracasado.

Napoleón estableció su cuartel general en Niza, y allí conoció a sus principales oficiales. Estaba Massena, ex contrabandista, un hombre delgado y con una gran nariz ganchuda, que tenía un ojo de águila para el terreno. Había sido sargento mayor durante catorce años, y como otros hombres surgidos de las filas, no pudo ascender hasta que la Revolución le permitió continuar la carrera de oficial. Elegido coronel por sus hombres, ahora era general; un personaje seco, silencioso y agrio.

Otro general que había surgido de las filas era Charles Augereau, un hombre alto, charlatán y procaz, que había vendido relojes en Constantinopla, dado lecciones de baile, servido en el ejército ruso, y fugado a Lisboa con una muchacha griega, y que pese a todo era un riguroso partidario de la disciplina. También estaba Kilmaine, un dublinés loco que mandaba los flacos jamelgos mal llamados caballería. Finalmente, Louis Alexandre Berthier. Con cuarenta y tres años era mayor que el resto, provenía de la clase de oficiales y había combatido en la Guerra de la Independencia norteamericana; se lo había mencionado por su bravura en Philipsburg. Externamente, era poco atractivo; tenía una gran cabeza deforme, los cabellos rizados y la voz nasal. Farfullaba y balbuceaba, y acostumbraba morderse las uñas de los dedos de sus grandes manos rojas. Pero su cerebro parecía un archivo, ordenado y pulcro hasta el último detalle. Berthier era un jefe de Estado Mayor nato, y no tenía ambición de mando. Pero Massena sí la tenía, y con cierta justicia había abrigado la esperanza de ocupar el cargo concedido a Napoleón.

Protestó con Augereau ante la perspectiva de servir al mando de este mequetrefe venido de París, y cuando Napoleón se dedicaba a mostrar el retrato de Josefina, ellos se burlaban.

Napoleón se sintió satisfecho con sus oficiales, pero despidió por incapaces a cinco brigadires, y trasladó a cuatro ancianos coroneles de caballería, «que sólo sirven para el trabajo de oficina». Incorporó a hombres valerosos traídos por él mismo, y sobre todo a Junot y a Murat.

Berthier lo complacía especialmente por su energía, la exactitud y el modo en que podía expresar en los despachos exactamente lo que su comandante en jefe deseaba decir.

Napoleón volvió la mirada hacia sus hombres. En momentos en que Francia tenía 560.000 ciudadanos bajo las armas, el ejército de Napoleón no era el más numeroso ni el mejor instruido. Consistía en 36.570 infantes, 3.300 hombres de caballería, 1.700 artilleros, zapadores y gendarmes: un total de 41.570 hombres. La mayoría estaba formada por meridionales, vivaces y charlatanes provenzales, gascones fanfarrones, montañeses entusiastas y obstinados del Delfinado.

Por esta época el soldado francés básico usaba pantalones y casaca azules y una cartuchera de cuero negra que contenía treinta y cinco cartuchos, a ésta se agregaba un saco de cuero para los pedernales de repuesto, un destornillador y el sacábalas, una aguja especial para limpiar la abertura de la tablilla de mira del mosquete,

que tendía a obstruirse, y el trapo para limpiar las piezas móviles. A la espalda cargaba una mochila de piel de bocero que contenía—teóricamente— un par suplementario de botas, más cartuchos, pan o bizcocho para cuatro días, dos camisas, un cuello, un chaleco, un par de pantalones, polainas, un gorro de dormir, cepillos y un saco de dormir. En conjunto, incluido el mosquete, llevaba un peso de unos veinte kilos.

Su mosquete de 17,5 mm, tenía un metro veinte de longitud y pesaba unos cuatro kilos. Para dispararlo, primero abría la cazoleta, desgarraba un cartucho con los dientes, llenaba la cazoleta con parte de la pólvora del cartucho y la cerraba. Después, volcaba el resto de la pólvora por la boca del cañón, introducía el cartucho con su bala de plomo, dando dos golpes con la baqueta. Finalmente, amartillaba el arma y disparaba. Podía disparar dos tiros por minuto. Cada cincuenta tiros tenía que limpiar el cañón y cambiar el pedernal. Al extremo del mosquete, cuando cargaba contra el enemigo, fijaba una bayoneta de 52 centímetros de longitud.

Napoleón comprobó que muy pocos hombres de su ejército estaban equipados con esta norma. Los uniformes eran variados, y algunos de los veteranos se aferraban a las casacas blancas remendadas de los tiempos anteriores a la Revolución, y no se mostraban deseosos de teñirlas. La mayoría usaba harapientos pantalones de lienzo. Se cubrían la cabeza con gorros maltrechos, gorros revolucionarios, morriones de piel que habían perdido la piel, yelmos sin plumas; todo ello aunado a unos rostros delgados, porque no comían lo suficiente, les hacía parecer espantapájaros. Unos pocos calzaban botas; otros llevaban zuecos; algunos, pedazos de trapos, y hasta los había con alpargatas de paja trenzada. ¡Y éste era el ejército que él debía llevar a Italia! Lo que impresionó más a Napoleón fue la «temible penuria» de su ejército, de modo que gastó inmediatamente su oro en raciones para seis días de pan, carne y brandy. Nadie estaba dispuesto a aceptar una letra de cambio por 162.800 francos, la que el gobierno le había entregado, actitud por otro lado comprensible, pues estaba librada sobre Cádiz.

Con autorización de los directores, envió a Saliceti a Genova para obtener un préstamo de tres millones y medio de francos; Saliceti fracasó, pero en todo caso compró cereal suficiente para el pan de tres meses si se lo mezclaba con castañas. Napoleón también compró 18.000 pares de botas. Con pan y botas, podía arreglarse.

El 6 de abril Napoleón trasladó su cuartel general unos ochenta kilómetros en dirección a Albenga, siempre sobre la costa. «La miseria

ha llevado a la indisciplina —observó—, algunas tropas rehusaron iniciar la marcha.» El 8: «He sometido a consejo de guerra a dos oficiales, que supuestamente gritaron "¡Viva el rey!"» En una orden del día Napoleón insistió en que la disciplina es «el nervio de los ejércitos», y trató severamente los casos de indisciplina. Por doquier apretó los tornillos. Augereau, que nunca había retrocedido ante nadie, confió a Massena: «No puedo entenderlo, ese pequeño piojo me inspira miedo.» Durante el medio siglo precedente, la guerra, en Europa, se había convertido en una profesión de caballeros, comparable a la caza del jabalí o a la danza del minué. Las reglas lo eran todo. Se encontraban dos ejércitos y lentamente se desplegaban en líneas largas perfectamente ordenadas. Cada general trataba de descubrir el punto débil del otro.

Después, desencadenaba un ataque en columnas paralelas, equidistantes una de la otra, perfectamente alineadas, marchando con paso regular.

Después de, cuando mucho, unas pocas horas de combate, cada ejército se retiraba a su campamento. Había poco derramamiento de sangre, las batallas solían prolongarse, y así la marea de la guerra iba y venía, siempre indecisa.

Después llegó la Revolución. Por primera vez Francia cobró conciencia de su carácter nacional, y como en la Inglaterra isabelina y la España de Felipe II, se liberó un tremendo caudal de energía, la necesidad de vencer a toda costa. Los suboficiales alcanzaron el rango de generales, y sus tropas bisoñas, adiestradas deprisa, no podían ejecutar los complicados movimientos que tanto agradaban a los ejércitos reales. De modo que atacaban con más rapidez, con mayor desorden, sin atenerse a la norma, en una columna única, o como Carteaux en «columna de tres». Eficaces en otros lugares, estos métodos aún no habían producido resultado en el terreno difícil e irregular de la frontera italiana. Como dijo Napoleón:

«Estuvimos jugando durante (tres) años en los Alpes y los Apeninos un juego perpetuo de intercambio de prisioneros.» Para terminar con este juego, un general necesitaba cualidades excepcionales.

En este contexto, Napoleón tenía cuatro de esas cualidades. En primer lugar, poseía un tipo especial de físico, que se distinguía por el pecho ancho y los pulmones grandes. Los pulmones grandes inhalaban grandes bocanadas de aire para oxigenar su sangre, y este aporte generoso de oxígeno a su vez le permitía un ritmo desusadamente elevado de metabolismo. «Cásenos deprisa»; éste es

un ejemplo entre centenares de la vibrante actividad que convertía a Napoleón en un individuo deseoso y capaz de hacer cosas con la máxima velocidad. Segundo, Napoleón podía soportar varios días seguidos durmiendo poco. Compensaba las noches pasadas sobre la montura aprovechando media hora de sueño cuando se le ofrecía la ocasión. Como en la primera hora de inconsciencia el cuerpo descansa tanto como en tres horas en mitad del sueño a lo largo de una noche entera, con siestas rápidas Napoleón podía mantener su tremenda actividad a lo largo de días de dieciocho y veinticuatro horas de trabajo.

La tercera cualidad que Napoleón aportó al ejército de los Alpes fue el ojo para la topografía. Este aspecto era parte de su herencia corsa. En una isla que carece prácticamente de caminos, para llegar prontamente de Ajaccio a Bonifacio, o de esta aldea a aquélla, era necesario utilizar todos los desfiladeros, todos los pasos, todas las huellas de carros. Un desvío equivocado podía costarle a uno pasar la noche en la montaña, o una bala por la espalda. Por lo tanto, Napoleón había adquirido «sensibilidad» para el terreno; por la forma y el perfil de las montañas podía calcular exactamente dónde y hasta qué profundidad descenderían los valles ocultos.

Finalmente, Napoleón era artillero. Por el momento tenía pocos cañones, pero había de utilizar a los soldados del mismo modo que usaba los cañones: concentrándolos en varios puntos para atacar al mismo tiempo un solo lugar; y cuando éste caía, desplazándolos deprisa contra un segundo punto.

En su cuartel general de Albenga, Napoleón estudió su mapa, y marcó las posiciones enemigas con alfileres rojos. El ejército austríaco tenía 22.000 hombres, y los piamonteses 25.000, de modo que en este aspecto el enemigo poseía ventaja. Más aún, en la guerra librada en las montañas, los defensores siempre tienen ventajas. Durante tres años los generales franceses habían tratado de entrar en Piamonte atravesando los Alpes Marítimos. Como los pasos eran pocos y estrechos, y estaban bien protegidos, habían fracasado. Napoleón ya había decidido abandonar esa ruta. En cambio, eligió desplazarse a lo largo de la costa, fingir que se proponía atravesar la Genova neutral, y de ese modo atraer al comandante austríaco desde su base de Alejandría, en la montaña. Después, podía ascender desde el mar y aprovechar el paso Cadibona-Carcare, que separaba los Alpes de los Apeninos. Una vez allí, descargaría sus golpes sobre un ejército aliado que, al tratar de proteger a Genova, habría extendido peligrosamente sus líneas. A

través del paso entraría en Piamonte. En lugar de cruzar los Alpes, los rodearía.

Napoleón comenzó pidiendo a los senadores de Genova que lo autorizaran a atravesar el territorio genovés para ir en busca de los austriacos; sabía que ellos informarían a Beaulieu, el flamenco de setenta y un años que mandaba el ejército austriaco. Entonces Napoleón dividió su ejército en tres cuerpos: una división al mando de Massena, otra dirigida por Augereau, y una tercera a las órdenes de Sérurier. Una pequeña fuerza de tareas mandada por La Harpe fue despachada por Napoleón a Voltri, a unos veintidós kilómetros de Genova, con el propósito de que sirviese como carnada. Beaulieu descendió rápidamente desde las alturas con diez mil hombres. El 10 de abril atacó a La Harpe, y lo empujó hacia Voltri, mientras el colega de Beaulieu, Argenteau, venía por otro camino con la esperanza de cortar la retirada de La Harpe.

El 11 de abril Napoleón entró en acción. Rápidamente retiró a las fuerzas de La Harpe hacia el paso de Cadibona-Carcare, y trasladó al mismo sector a la división de Massena. Desplazó su tercera división hacia el extremo del paso, para impedir que los piamonteses prestasen ayuda.

Entre tanto, el general austriaco Argenteau había entrado en el paso y estaba lanzando ataques sobre el señuelo de Napoleón: el fuerte de tierra de Montenotte, defendido por 1.200 soldados franceses seleccionados.

En la mañana del día 12, Napoleón ordenó a La Harpe que atacase por el frente a Argenteau, y a Massena que lo atacase por el flanco y la retaguardia. Había impuesto la norma de que los generales debían redactar sus mensajes hora a hora, y no día a día; esta actitud obedecía al hecho de que su táctica, como ahora, dependía de la sincronización exacta. El ataque perfectamente coordinado sorprendió a Argenteau. A trescientos metros de altura, entre afloramientos de esquisto gris, Napoleón dirigió las operaciones desde un risco cercano, y observó cómo sus 16.000 hombres mal alimentados y mal equipados, con sus uniformes azules, atacaban con fuego de mosquete y cargas a la bayoneta a 10.000 austriacos con uniformes blancos, que no carecían de nada. Con pérdidas despreciables, mataron e hirieron a 1.000 austriacos y capturaron 2.500 prisioneros.

Montenotte, un combate librado bajo una fría lluvia, fue la primera victoria de Napoleón.

Napoleón ascendió rápidamente por el paso para atacar a los piamonteses antes de que Beaulieu tuviese tiempo de reunirse con ellos.

El ejército piamontés estaba dividido en dos partes, una en Ceva, y la otra en Millesimo a las órdenes del general Provera. Napoleón ordenó a Sérurier que lanzase ataques fingidos sobre Ceva, mientras él, a la cabeza de las divisiones de Massena y Augereau, marchaba sobre Millesimo. La batalla de ese nombre fue librada el día 14, y nuevamente, gracias a sus rápidas marchas, Napoleón contó con la ventaja del número, en la proporción de dieciséis a diez.

Esta vez su victoria fue todavía más aplastante, y capturó la totalidad del cuerpo de Provera. El mismo día, después de dejar a Augereau frente a Ceva con la orden de ayudar a Sérurier, Napoleón dirigió dos divisiones contra 6.000 austriacos en Dego y obtuvo su tercera victoria. Al día siguiente derrotó a otros 6.000 austriacos enviados por Beaulieu para ayudar a los piamonteses.

Durante noventa y seis horas casi sin detenerse Napoleón había llevado su ejército arriba y abajo por las empinadas laderas de los Alpes, a través de pasos y desfiladeros, y lo había comprometido en cuatro batallas importantes. Había dibujado círculos alrededor del enemigo de un modo que no se había visto antes. Ahora el enemigo estaba disperso y dividido. Mientras los austriacos retrocedían para proteger su base de Pavía, la mitad sobreviviente de la fuerza piamontesa se afirmó a orillas del río Tanaro.

Napoleón dio descanso a sus hombres, y después avanzó rápidamente hacia el Tanaro. Cruzó el río, y el día 21 derrotó a los piamonteses cerca de Vico y entró en Mondovi. Los piamonteses retrocedieron hacia el río Stura, con el flanco izquierdo sobre la localidad de Cherasco, a sólo cuarenta y ocho kilómetros de su capital, es decir Turín. Napoleón remontó el Stura, se preparó para cruzarlo, y anunció sus condiciones de paz. Todo había sucedido muy rápidamente, era demasiado desconcertante para el rey de los Dormice. Desde el palacio de Turín despachó enviados para solicitar un armisticio, Salier de La Tour y Costa de Beauregard, uno de los últimos oficiales que había abandonado Fort Mulgrave cuando Napoleón lo capturó, durante el sitio de Tolón.

Llegaron al alojamiento de Napoleón, el palacio del conde Salmatori en Cherasco, a las once de la noche del 27 de abril. Berthier despertó a Napoleón, que apareció con su uniforme de general, calzado con botas altas de montar, pero sin espada, sombrero ni pañuelo. Tenía los cabellos castaños sin empolvar y

recogidos en una coleta; pero varios mechones le caían sobre las mejillas y la frente. Estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos por la fatiga.

Napoleón escuchó en silencio mientras Salier explicaba sus propuestas. En lugar de contestar, preguntó secamente si el rey Víctor Amadeo aceptaba las condiciones francesas; sí o no. Salier se quejó de que eran muy duras, sobre todo la rendición de Cuneo, la clave de la frontera alpina. «Después de formularlas —replicó Napoleón—, he capturado Cherasco, Fossano y Alba. Ustedes deberían considerarlas moderadas.» Salier masculló una frase en el sentido de que no deseaba abandonar a los austriacos.

La respuesta de Napoleón fue extraer su reloj. «Es la una. He ordenado un ataque a las dos. A menos que ustedes acepten entregar Cuneo esta mañana, lanzaremos el ataque.» Los enviados se miraron, y dijeron que estaban dispuestos a firmar.

Pidieron café. Napoleón ordenó que lo trajesen, y después tomó dos tazas de porcelana del fino baúl que tenía en su dormitorio. Pero no tenía cucharas, de modo que depositó junto a los visitantes cucharas de latón, las reglamentarias en el ejército. Sobre la mesa había pan negro y un plato de bizcochos, ofrenda de paz de las monjas de Cherasco.

Cuando Costa de Beauregard comentó esa sencillez espartana, Napoleón explicó que el baúl era el único equipaje que poseía, menos de lo que solía llevar como oficial de artillería. Y señaló que los austriacos llevaban exceso de equipaje.

Napoleón se sentía animado y se mostró desusadamente conversador. Dijo a Costa que ya en 1794 había propuesto el plan que ahora acababa de ejecutar, pero había sido rechazado por un Consejo Militar.

Los consejos militares no eran más que una excusa para la cobardía, y mientras él mandara no se celebraría ninguno. Llevó a Costa al balcón para contemplar la salida del sol, y allí le interrogó acerca de los recursos, los artistas y los intelectuales de Piamonte, y sorprendió a Costa con su conocimiento, especialmente de historia. Entre las órdenes que Napoleón había recibido de París había una que le encargaba obtener obras de arte para el disfrute del pueblo francés, y al referirse al tratado que acababa de firmar Napoleón dijo: «Pensé en la posibilidad de reclamar el cuadro La mujer hidrópica, de Gerard Dou, que pertenece al rey Víctor, pero temí que incluida en la misma lista que la fortaleza de Cuneo pareciese una innovación extraña.» Es una observación casual pero significativa.

Aunque era un innovador audaz en el campo de batalla, cuando había que firmar un tratado Napoleón temía ponerse en ridículo si adoptaba actitudes peculiares.

Saliceti llegó a las seis de la mañana. En su carácter de comisionado oficial del ejército de los Alpes, vestía un uniforme más espléndido que el de Napoleón; Casaca y pantalones azules, capa roja y blanca con reborde rojo, blanco y azul, y un sombrero redondo con una ancha pluma roja, blanca y azul. Saliceti concebía la guerra con referencia al botín para su propio provecho y el dinero que podía enviar a la patria en auxilio del empobrecido Directorio. Preguntó cuáles eran las condiciones del tratado, y le molestó que Napoleón no hubiese obtenido más de los piemonteses. Dijo que en general el tratado era excesivamente moderado.

La intención de Napoleón era mostrarse moderado. Concebía la guerra en Italia septentrional de distinto modo que Saliceti. Estaba combatiendo a los austriacos, pero también liberando a los italianos, durante mucho tiempo «esclavizados» en el ducado de Milán. «¡Pueblos de Italia! —anunció en una proclama impresa—, el ejército francés ha venido a quebrar vuestras cadenas... Respetaremos vuestra propiedad, vuestra religión y vuestras costumbres. Hacemos la guerra con el corazón generoso, y combatimos únicamente a los tiranos que intentan esclavizarnos».

Cuando descendió de las duras montañas a la fértil llanura, Napoleón pudo cuidar mejor de su ejército. Por ejemplo, obligó a la localidad de Mondoví a suministrar ocho mil raciones de carne fresca y cuatro mil botellas de vino, y al pueblo de Acqui a vender sus botas a los franceses, so pena de que se las confiscase. Después de elevar la moral, Napoleón preparó a sus hombres para la tarea siguiente, que era destruir a Beaulieu. «Ustedes no han logrado nada si no terminan lo que falta hacer. ¿Hay aquí algunos cuyo coraje flaquea? No. Cada uno de ustedes, al retornar a su aldea, podrá decir con orgullo: "Yo estuve con el ejército en Italia"».

Para destruir a Beaulieu, Napoleón primero tenía que cruzar el Po.

La ruta directa era la que pasaba por Pavía, el baluarte austriaco, donde en 1525 Francisco I había caído prisionero. Ese camino representaba un elevado costo de vidas, y Napoleón buscó otro lugar donde cruzar. En uno de los libros de su biblioteca había leído que en 1746 el ejército de Maillebois había cruzado el Po mucho más abajo, a la altura de Piacenza.

Napoleón marchó deprisa hacia Piacenza, y descubrió que allí el Po tenía 350 metros de ancho. Mientras sus hombres miraban con

expresión sombría el ancho espejo de agua parda y apostaban a que cruzarlo llevaría por lo menos dos meses, Napoleón eligió ajean Lannes, un valeroso oficial joven de los Pirineos, conocido por su pulcritud y su vasto repertorio de juramentos, y le ordenó que cruzara el río en botes. A pesar del fuego enemigo, Lannes afirmó una cabeza de puente, y Napoleón consiguió pasar la totalidad de su ejército en dos días. Después, avanzó hacia Milán, pasando al costado del principal ejército austriaco. «Cuando Beaulieu supo lo que había sucedido —escribió Napoleón a los directores—, comprendió demasiado tarde que sus fortificaciones a orillas del Ticino y sus reductos de Pavía eran inútiles, y que los republicanos franceses no eran tan incapaces como Francisco I».

La batalla que Napoleón había evitado a orillas del Po tenía que ser librada sobre el Adda, un río más próximo a Milán. Un puente cruzaba el Adda, cerca de la pequeña localidad de Lodi, y para defenderlo Beaulieu había dejado a su retaguardia 12.000 hombres y dieciséis cañones.

Napoleón llegó a Lodi a mediodía del 10 de mayo, y salió a reconocer el terreno. Cerca del río se levantaba una estatua de Juan Nepomuceno, un santo que había preferido morir ahogado antes que revelar el secreto del confesionario. Oculto detrás de esta estatua, Napoleón inspeccionó el río con su telescopio. No era muy profundo, pero sí rápido. El puente de madera sobre pilares sin parapetos tenía unos ciento cincuenta metros de longitud y cuatro metros de ancho. Sobre la orilla opuesta los cañones austriacos estaban agrupados en un sólido fuerte del siglo XV, con una elevada torre pentagonal. Estaban disparando en el momento mismo en que Napoleón practicaba su reconocimiento, y una de las granadas explotó casi a sus pies pero san Juan Nepomuceno soportó todo el efecto de la explosión, y Napoleón escapó sin un rasguño.

Napoleón decidió tomar por asalto el puente. No había precedentes históricos de que se hubiese asaltado un puente bajo intenso fuego, y sus generales dijeron que eso era una locura. Pero Napoleón se mantuvo firme. Como era su estilo, combinaría el ataque con un movimiento de flanqueo, esta vez de la caballería, a la cual ordenó remontar al galope el Adda, encontrar un vado, y después caer sobre la derecha austriaca. Agrupó a su infantería, unos 4.000 soldados, en la plaza del pueblo. La mayoría estaba formada por saboyardos, y uno de ellos era un coloso pelirrojo llamado Dupas que, lo mismo que Napoleón, había presenciado el ataque a las Tullerías y salvado de la muerte a varios suizos.

De acuerdo con un oficial polaco del Estado Mayor de Napoleón, el soldado francés se caracterizaba por dos cosas: la aptitud física y el horror a la vergüenza. Napoleón aprovechó el segundo de estos rasgos.

Montado en un caballo blanco, recorrió las filas. Dijo a los saboyardos que deseaba asaltar el puente, pero no sabía cómo hacerlo. No tenía suficiente confianza en ellos. Los soldados perderían el tiempo disparando sus mosquetes, y en definitiva no se atreverían a intentar el asalto. Irritó a la tropa, la acicateó, y finalmente, hacia las seis de la tarde, consiguió que llegasen a la situación en que ardían de coraje. Entonces, ordenó que se abriese el portón que conducía al puente, y que los tambores y los pífanos tocasen los himnos favoritos de los soldados: La Marsellesa y Los héroes muertos por la libertad.

Siempre montado en su caballo blanco, Napoleón se apostó frente al puente, y exhortó a los saboyardos, que venían de la plaza en doble fila, gritando «¡Viva la República!», y comenzaron a desfilar sobre el puente de madera. Al frente iba el colosal Dupas. Los cañones austriacos vomitaban fuego sobre el puente, que comenzó a sacudirse alcanzado por proyectiles de todos los calibres. Muchos franceses cayeron. Napoleón impartía ansiosamente las órdenes. Massena, Berthier y Lannes condujeron a más voluntarios a lo largo de la terrible línea de tablas.

Cuando estaban a treinta y cinco metros del final, los soldados saltaron al río y chapotearon en dirección a la orilla, para tratar de silenciar a los cañones que los masacraban. Los austriacos replicaron con un ataque de caballería, que devolvía al río a todos los franceses que habían tocado tierra. Napoleón miraba constantemente hacia el curso superior de la corriente, esperando tenso. Finalmente, apareció su caballería —muy tarde, porque no había podido encontrar un vado—. Los jinetes cayeron por el flanco sobre los austriacos y silenciaron los cañones, de modo que un número cada vez más elevado de saboyardos consiguió cruzar el largo puente de madera. Cuando cayó el día, los austriacos huyeron, dejando atrás dieciséis cañones, 335 muertos y heridos y 1.700 prisioneros. Las pérdidas francesas fueron de unos 200 muertos.

La batalla de Lodi señala una nueva etapa del desarrollo de Napoleón. En los encuentros precedentes había vencido gracias a su habilidad estratégica o táctica, pero aquí, pese a graves obstáculos, había incitado a alcanzar las cumbres del coraje, y había llevado a la

victoria a un ejército harapiento, durante meses mal alimentado con patatas y castañas.

En Lodi cobró conciencia por primera vez de su propia capacidad de dirección.

Cinco días más tarde Napoleón entró en Milán. Una delegación le entregó humildemente las llaves de la ciudad. Napoleón dijo severamente al jefe de la delegación:

—He oído decir que usted tiene hombres armados.

—Sólo trescientos, para mantener el orden —replicó el italiano, y agregó con características lisonjas—: No son verdaderos soldados, como los tuyos.

Esta respuesta provocó la sonrisa de Napoleón.

Mientras las campanas repicaban en la catedral de múltiples agujas y la multitud de milaneses lo vitoreaba, Napoleón fue a residir al palacio de donde había huido poco antes el archiduque austriaco, después de ganar millones con el cereal acaparado. En el curso de una comida oficial, y hablando en italiano, prometió al pueblo de Milán la amistad eterna de Francia.

Escribió a los directores: «La tricolor flamea sobre Milán, Pavía, Como y todas las ciudades de Lombardía.» Había completado los dos primeros actos del drama que se le propusiera: la paz con Piamonte, y la conquista del ducado de Milán. Faltaba el tercer acto, una victoria decisiva sobre los austriacos, y con ella la paz de la victoria.

En medio de estos éxitos. Napoleón recibió una carta de los directores que fue la misiva más dolorosa que leyó en el curso de su vida.

Los directores informaron a Napoleón que debía ceder el mando exclusivo del ejército de los Alpes. En adelante, ese ejército se sometería al mando conjunto del general Kellermann, que últimamente había estado al frente del ejército del Mosela, y del general Bonaparte. Kellermann continuaría combatiendo a los austriacos en el norte, y por su parte Napoleón debía iniciar una nueva campaña en el sur contra los Estados Papales y Toscana, ambos amigos de Austria.

Napoleón sabía que Kellermann era un alsaciano altanero, de rostro huesudo y labios finos, un buen comandante, pero a los sesenta y un años, lento y acostumbrado a fórmulas fijas. Pero como tenía más antigüedad que Napoleón, y además era prestigioso —había ganado la batalla de Valmy en 1792—, inevitablemente Kellermann tendría la última palabra. Sin duda Napoleón recordó el

fiasco de Maddalena; no le gustaba servir nuevamente a las órdenes de un hombre menos dinámico y osado que él mismo.

Napoleón escribió una carta a los directores para oponerse enérgicamente a la propuesta: «Kellermann mandará al ejército con tanta eficacia como yo mismo; pues nadie podría estar más convencido que yo de que nuestras victorias son consecuencia del coraje y la audacia del ejército; pero yo creo que darnos a Kellermann y a mí mismo el mando conjunto en Italia significaría arruinarlo todo. No puedo servir con un hombre que cree ser el mejor general de Europa; y en todo caso estoy seguro de que un mal general es mejor que dos buenos. La guerra, como el gobierno, es una cuestión de tacto».

Napoleón percibió otro aspecto de la cuestión. En una orden del día emitida en Niza había dicho a sus tropas que hallarían en él a «un camarada de armas apoyado por la confianza del gobierno», es decir, podían contar con que París los apoyaría plenamente mediante suministros, municiones y otras vituallas, y que no serían «traicionados» por razones políticas. Y parecía que ahora se los traicionaba.

En una segunda carta Napoleón escribió a los directores: «No puedo dar al país el servicio que él necesita urgentemente si ustedes no depositan en mí confianza total y absoluta. Tengo conciencia de que se necesita mucho coraje para escribirles esta carta; isería tan fácil acusarme de ambición y orgullo!».

Los directores examinaron las respuestas de Napoleón. Sin duda los irritó esta obstinación, pero era inevitable que se sintieran impresionados por sus argumentos. Más aún, la amenaza implícita de renunciar, después de semejante serie de victorias, sin duda pesó mucho en el ánimo de esos hombres. Decidieron desechar la idea de un comando conjunto. Napoleón continuaría siendo el único comandante, pero en ese caso tendría que ejecutar solo las dos tareas que ellos habían propuesto inicialmente.

Napoleón se sintió muy aliviado. A principios de junio supo que el mariscal Wurmser, un francés de Alsacia que estaba al servicio de Austria, había abandonado el Rin con un gran ejército austrohúngaro y que marchaba hacia el sur para expulsar de Italia a los franceses. Napoleón calculó que Wurmser no podía llegar antes del 15 de julio. De modo que disponía de seis semanas para caer sobre los Estados Papales y Toscana, atemorizarlos de modo que adoptasen una postura neutral, y recaudar todo el oro posible para aliviar las vacías arcas de Francia.

Napoleón había marchado deprisa durante la primavera, pero ese verano desarrolló todavía más velocidad. Volvió a cruzar el Po e invadió el extremo septentrional de los Estados Papales, la Emilia-Romana, dispersó al ejército papal de 18.000 hombres, entró en Florencia y se apoderó de Liorna, un importante enclave comercial y banCarlo inglés donde capturó naves y oro. También equipó a los 500 refugiados corsos que estaban en Liorna, y organizó una expedición que hacia finales de año debía lograr que Córcega nuevamente se incorporase a Francia. El 13 de julio retornó a Milán, después de haber cubierto 480 kilómetros en menos de seis semanas, intimidado a la totalidad de Italia central, e incautado, en botín e indemnizaciones, cuarenta millones de francos, la mayor parte en oro.

Entretanto, Napoleón había vigilado atentamente a los austriacos.

Wurmser había cruzado el Brennero y descendía por el valle del río Adigio con un ejército de 50.000 hombres. En Castiglione Napoleón derrotó sucesivamente a las dos alas. Wurmser lo intentó nuevamente en septiembre, y fue rechazado en Rovereto y Bassano. Después, dos meses más tarde, un nuevo ejército austrohúngaro, esta vez a las órdenes de Alvinzi, invadió Italia, y con sus fatigadas tropas Napoleón lo aplastó en Arcóle.

Arcóle, como Lodi, fue una batalla por un puente; allí el caballo que montaba Napoleón fue herido. Enloquecido por la herida, el animal aferró el freno entre los dientes, galopó hacia los austrohúngaros y se hundió en un pantano. Napoleón fue arrojado, y se vio sumergido hasta los hombros en el lodo oscuro del pantano bajo intenso fuego enemigo.

Supuso que de un momento a otro los austriacos cargarían para cortarle la cabeza y no podía ofrecer resistencia. Pero su hermano Louis había estado observando, y con otro joven oficial llamado Augusto Marmont se adelantó hacia el pantano y consiguió rescatar de allí a Napoleón, quien opinó que éste había sido uno de los momentos más peligrosos de todas sus batallas.

Entretanto, Barras y sus colegas del Directorio tenían la mirada fija en Napoleón. Les agradó la llegada de cuarenta millones de francos, pero les inquietaba la tendencia de Napoleón a seguir un curso independiente. Primero había sido el tratado con Piamonte, que les pareció excesivamente moderado; después su actitud energica en el asunto de Kellermann; y ahora había informes de acuerdo con los cuales estaba desairando a Saliceti y Garrau, representantes de los directores.

Napoleón había negado que él fuese «ambicioso» —esa palabra tan odiosa— pero ¿hasta qué punto era sincera esa negativa? Tal vez fuera necesario arrestarlo por «ambición» política, como había sucedido con dos comandantes anteriores del mismo ejército. Decidieron enviar a un general de probada fidelidad para investigar la situación. Oficialmente su misión era concertar un armisticio, en realidad, tenía orden de vigilar a Napoleón.

Henry Clarke, de treinta y un años, era un honesto general de oficina de ascendencia irlandesa, con cara de luna, rizos y doble papada.

Llegó al cuartel general de Napoleón en noviembre y con mirada astuta comenzó a recoger notas.

Comprobó que Berthier tenía elevadas normas morales y que no le interesaba la política; Massena era valeroso, pero se preocupaba poco por la disciplina y se mostraba «muy aficionado al dinero». Con respecto a Napoleón, Clarke ofreció esta imagen: «Demacrado, delgado, la piel pegada a los huesos, los ojos brillantes de fiebre.» Había estado enfermo después del aprieto en que se encontró en Arcóle. Durante nueve días Clarke observó discretamente al comandante en jefe, y después envió el siguiente informe:

En Italia lo temen, lo aman y lo respetan. Creo que es fiel a la República y que carece de ambiciones, salvo la de conservar la reputación que ha ganado. Es un error creer que se trata de un hombre de partido. No pertenece ni a los realistas, que lo calumnian, ni a los anarquistas, que le desagradan. Tiene una sola guía: la Constitución... Pero el general Bonaparte no carece de defectos. No cuida bastante a sus hombres... A veces se muestra duro, impaciente, brusco o imperioso. A menudo exige cosas difíciles en un tono demasiado apremiante. No se ha mostrado demasiado respetuoso con los comisionados oficiales. Cuando le reproché su actitud, replicó que no podía tratar de otro modo a hombres que eran despreciados universalmente por su inmoralidad y su incapacidad.

Lo que Napoleón tenía presente era que Saliceti saqueaba implacablemente las iglesias y vendía en las calles, por cuenta propia, los cálices y los copones que contenían hostias consagradas. Era un mal ejemplo en momentos en que Napoleón hacía todo lo posible para reprimir incluso el saqueo de escasa importancia. Clarke reconoció que la actitud de Napoleón frente a los comisionados estaba justificada, pues agregaba:

«Saliceti tiene la reputación de ser el sinvergüenza más descarado del ejército, y Garrau es ineficiente. Ninguno de los dos es apropiado para el Ejército de Italia».

Cuando leyeron el informe de Clarke, los directores llegaron a la conclusión de que sus sospechas acerca de Napoleón eran infundadas.

Le prometieron todo su apoyo, y en sus cartas y órdenes exhibieron renovada confianza en las decisiones que él pudiese adoptar. Esta ratificación de confianza fue muy oportuna, pues Napoleón afrontaba la amenaza más grave. Después de derrotar al ejército de Beaulieu y a los dos ejércitos austrohúngaros de Wurmser, se avecinaba el ataque de un cuarto y un quinto ejército.

A principios de 1797 la posición estratégica era la siguiente: los austriacos habían sido expulsados de Italia septentrional, pero aún se aferraban a la ciudad de Mantua, rodeada de lagunas. En su interior había 20.000 austriacos que se alimentaban con carne de caballo, y se debilitaban lentamente retrasando la rendición. Un ejército austriaco de 28.000 hombres mandados por el talentoso general Alvinzi descendía por el valle del Adigio, y simultáneamente otro ejército de 17.000 hombres, a cargo del general Provera, enfilara hacia Verona. El propósito de ambos era auxiliar a Mantua, y tenían grandes posibilidades de lograr su propósito, pues el ejército de Napoleón estaba muy debilitado.

Unos 4.000 hombres retenían ciudades importantes; 9.000 asediaban Mantua, y el mismo número estaba enfermo de fiebre, contraída en las lagunas saturadas de miasmas de la región. Había sólo 20.000 soldados franceses para enfrentarse a 45.000.

Napoleón decidió atacar primero Alvinzi. Durante los combates anteriores, había prestado atención a la meseta de Rívoli, circundada por montañas, entre los ríos Tasso y Adigio. No sólo era la llave del camino entre Garda y Verona, en un terreno de gargantas y montañas, sino que ofrecía un paisaje desusadamente llano, donde un general tenía espacio para maniobrar tropas y cañones; y Napoleón ya había anotado mentalmente que el lugar sería un excelente campo de batalla.

Napoleón envió 10.000 hombres a Rívoli, al mando de Joubert, y por su parte llegó a la meseta poco antes de la una de la madrugada del 14 de enero. Massena, con 8.000 hombres, debía llegar poco después del alba, y Rey con 4.000 más por la tarde. A la luz de la luna Napoleón observó los fuegos de los cinco cuerpos de ejército de Alvinzi, acampados en las colinas que se levantan alrededor de la

meseta. Napoleón decidió volcar la totalidad de sus tropas contra cada uno de ellos sucesivamente.

Comenzó el alba atacando al más fuerte, mandado por Quasdanovich; incluía todos los cañones y la caballería. Después de una encarnizada lucha, el flanco izquierdo de Napoleón retrocedió, y la situación parecía grave. Todo dependía de la coordinación. Felizmente para Napoleón, Massena demostró que merecía completa confianza, y realizó su marcha nocturna de treinta y dos kilómetros exactamente en el tiempo estipulado.

A la cabeza de las tropas de Massena, Napoleón restableció su maltrecha ala izquierda. Después, repitió el ataque contra el cuerpo de Quasdanovich, lo quebró, se volvió, destruyó el segundo cuerpo, e inmediatamente realizó un giro y descargó otro ataque casi temerario sobre un tercer cuerpo mandado por Lusignan, que había sorprendido a su retaguardia. Entonces llegó Rey, atrapó a Lusignan con fuego cruzado, y capturó la totalidad de su cuerpo. Napoleón observó que sus banderas habían sido bordadas por la propia emperatriz. El resto de los austriacos se retiró, dejando ocho mil muertos, heridos o capturados. Hacia las cinco de la tarde, después de perder varios caballos baleados por el enemigo, Napoleón pudo considerarse victorioso. Había sido una batalla notable, porque pese a que de hecho estaba rodeado en el campo, mediante su rapidez y sus brillantes movimientos de flanqueo, Napoleón había aplastado a un ejército superior en número.

Antes de que se disipa el humo de la batalla, Napoleón condujo hacia Mantua a su fatigado ejército. La división de Massena que había marchado la noche entera y combatido doce horas en Rívoli, marchó toda la noche y la totalidad del día siguiente. Fue un esfuerzo casi sobrehumano. Napoleón concentró nuevamente sus fuerzas en La Favorita, y otra vez tomó la iniciativa, y así no sólo derrotó a los 17.000 hombres de Provera, sino que hizo prisioneros a la mayoría. Entretanto, Joubert se había apoderado de 7.000 prisioneros más del ejército en retirada de Alvinzi, y Wurmser se vio obligado a retirarse detrás de los muros de Mantua, donde al mes siguiente Napoleón lo obligó a capitular. Los directores deseaban que Napoleón fusilase a Wurmser, un francés que había tomado las armas contra Francia, pero Napoleón, que respetaba el coraje de Wurmser, ignoró la orden, y le permitió regresar a Austria. Para muchos, el espectáculo de Wurmser y sus oficiales desmoralizados y medio muertos de hambre, despojados de banderas, cañones y hombres, comenzando a recorrer

fatigados el camino que lleva a Viena, fue la imagen de la derrota total de Austria en Italia.

Napoleón deseaba cruzar los Alpes para llegar a las puertas de Viena. Pero antes debía abordar otra tarea: Pío VI y sus cardenales detestaban a la República Francesa. A pesar de la expedición punitiva de Napoleón el año precedente, simpatizaban francamente con Austria y habían convenido a Roma en un centro de actividades de los emigrados. Napoleón recibió órdenes de los directores de marchar hacia el sur por segunda vez y castigar al Papa.

Napoleón acogió con agrado la iniciativa, pero por otra razón: protegería su retaguardia cuando llegase el momento de que él entrase en Austria. De modo que el 1 de febrero Napoleón partió, y recorrió las ciudades papales: Bolonia, Faenza, Forli, Rímini, Ancona y Macerata.

Encontró escasa resistencia. Cierto día, Lannes, que mandaba el cuerpo de avanzada, tropezó con varios centenares de hombres de la caballería papal. Acompañaban a Lannes sólo unos pocos oficiales de Estado Mayor, pero Lannes galopó hacia el enemigo. «¡Alto!» ordenó. Se detuvieron.

«¡Desmonten!» Desmontaron. «¡Entreguen las armas!» Y con gran asombro de Lannes, obedecieron. Allí los hicieron prisioneros a todos.

Después de ocupar los Estados Papales, Napoleón podía imponer las condiciones que le pareciesen más convenientes. Uno de los directores, el jorobado La Revelliére, era un ateo cuya pasión se encendía con sólo mencionar el nombre del Papa. Pretendía que Napoleón depusiera a Pío VI. Incluso los romanos creían que su Papa sería derrocado, pues afirmaban que el número seis traía mala suerte:

Sextus Tarquinus, sextus Nero, sextus etiste, Sempersub sextis perdita Romafitit.

Cuando llegó a Tolentino para reunirse con el enviado papal, Napoleón comprobó que tenía que adoptar una decisión cruel. Por una parte estaba el deseo de los directores de destruir el gobierno papal, y por otra los hechos. Pío VI, que tenía entonces sesenta y nueve años, era un anciano mal aconsejado pero inofensivo, con las usuales manías papales: mimaba a un sobrino inepto y a la bonita esposa del sobrino, y le agradaba erigir obeliscos. Mantenía unidos a un conjunto de pequeños estados que de no ser por él se hubieran acuchillado mutuamente. Durante un milenio el Papa había sido una parte esencial del equilibrio italiano del poder. Si deponía a Pío,

Napóles se apoderaría de Italia central; y Napóles, sometida a la neurótica y casi histérica María Carolina, hermana de María Antonieta, era un enemigo de Francia aún más enconado que Roma.

Napoleón decidió que no derrocaría al Papa. En cambio, lo obligaría a cerrar sus puertos a todas las marinas hostiles, y le arrebataría tres de los Estados Papales más treinta millones en oro. Lo debilitaría sin destruirlo, y trataría de conquistar su amistad. Para alcanzar este propósito tenía que apelar a cieña duplicidad. Escribió a Pío: «Mi ambición es que se me denomine el salvador, no el destructor de la Santa Sede», y en los informes al Directorio, para beneficio del ojo malévolos de La Revelliére, Napoleón afirmó que Pío era «un viejo zorro». «Mi opinión es que Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, Romana y treinta millones, ya no existe. La vieja máquina se derrumbará por sí misma.» Por el tratado de Tolentino, Napoleón consiguió lo que deseaba: seguridad en el norte, sin descalabrar el rompecabezas político italiano.

Como en Cherasco, las condiciones de Napoleón fueron menos duras que lo que su fuerza militar justificaba, y no precisamente un amigo, sino un enemigo, el corresponsal de Luis XVIII en Roma, dijo refiriéndose al tratado: «Su Majestad sin duda se sentirá sorprendida por la moderación de Bonaparte».

Napoleón envió el tratado de Tolentino a París el día 19, menos de tres semanas después de haber comenzado su ofensiva en el sur. Después corrió más de trescientos kilómetros hacia el norte para preparar las etapas finales de su campaña. Todavía era invierno, y los Alpes y los Dolomitas estaban sepultados bajo la nieve. Pero Napoleón no deseaba esperar. Primero envió a Junot al Tirol, para aislar a los 15.000 austriacos destacados allí, y proteger su flanco del ataque del ejército austriaco del Rin. Después, el 10 de marzo, salió de Bassano al frente de cuatro divisiones, entró en Austria y en una serie de marchas forzadas avanzó deprisa hacia la capital. Capturó Leoben el 7 de abril y envió a un grupo avanzado a Semmering, casi a las puertas de Viena. Ya estaba a 480 kilómetros de Milán, y a 960 kilómetros de París. Jamás un ejército francés había penetrado tan profundamente en Austria.

La corte de Viena fue tomada totalmente por sorpresa. Las pocas tropas que le quedaban se hallaban muy lejos, a orillas del Rin. Viena se encontraba indefensa, y Francisco II evacuó a sus hijos y los envió a Hungría; entre ellos había una bonita niña de seis años, que tenía ojos azules y se llamaba María Luisa. Cuando Napoleón propuso un armisticio, Francisco no tuvo más remedio que aceptar. Se celebraron

las conversaciones en Leoben, en el castillo de Goss, y también aquí Napoleón insistió en la rapidez. Después de sólo cinco días, el 18 de abril, Napoleón firmó las «condiciones preliminares de Leoben», en virtud de las cuales Austria renunciaba al ducado de Milán y, después de cinco años de guerra contra Francia, se avenía a concertar la paz.

Napoleón había terminado ya lo que se había propuesto hacer. Concluía la campaña de Italia que había durado trece meses. En un lapso de trece meses Napoleón obtuvo una serie de victorias que dejaban en la sombra todas las victorias francesas combinadas en Italia durante los últimos trescientos años. Con un ejército que nunca sobrepasó la cifra de 44.000 soldados, Napoleón había derrotado a fuerzas que cuadruplicaban ese número, había vencido en una docena de batallas importantes, había matado, herido o apresado a 43.000 austriacos y capturado 170 banderas y 1.100 cañones. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cuál era su secreto?

Napoleón no tenía un solo secreto. Las cualidades que concurrieron al éxito de la campaña en Italia fueron varias, y se trataba de las mismas cualidades que habrían de distinguir a todas las campañas de Napoleón.

Cuando analizamos por qué Napoleón ganó batallas en Italia, también analizamos por qué siempre —o casi siempre— conquistó la victoria en el campo de batalla.

La primera cualidad era la disciplina. Habida cuenta del historial de sus antecesores, Napoleón era un gran partidario de la ley y el orden.

Insistía en que los oficiales firmasen un recibo por todo lo que requisaban, así se tratase de una caja de cerillas o de un saco de harina. Si sus soldados robaban o dañaban, Napoleón ordenaba que pagasen una indemnización. Prohibió el saqueo, y ordenó que un granadero que había robado un cáliz en los Estados Papales fuese fusilado en presencia del ejército. En una serie de coléricas cartas condenó las prácticas inescrupulosas de los proveedores militares, que le enviaban jamelgos más apropiados para el matadero que para las cargas de caballería, y que le robaban todo, desde la quinina hasta las vendas. Napoleón se mostró implacable con estos hombres, y cuando uno de ellos le regaló un hermoso caballo de silla, con la esperanza de que él cerrara los ojos a las defraudaciones, Napoleón rugió: «Arrésténlo. Que lo encarcelen seis meses».

La contraparte positiva de la disciplina era la entrega de incentivos para la bravura. Napoleón ascendía sólo a los valientes, y cuanto más valiente era el oficial, más veloz era el ascenso. Por ejemplo Murat,

un oficial de caballería que no sabía lo que era el miedo, ascendió de mayor a brigadier general en dos meses. Napoleón entregó banderas especiales a batallones que habían combatido con bravura; eran de tafetán de seda, y ostentaban los colores de la República, es decir diagonales azules, blancas y rojas —pues todavía no se usaba la versión más conocida de la tricolor— con haces en el centro. En lugar de conceder distinciones honoríficas originadas en guerras olvidadas, Napoleón hizo bordar en la seda los honores correspondientes a las nuevas batallas —Lodi, Arcóle, Rívoli— y una frase esencial extraída de los despachos, y que podía excitar la imaginación de los hombres; por ejemplo, «El terrible 57.º, al que nada puede detener».

Otra de las innovaciones de Napoleón fue conceder a los cien hombres más valerosos de su ejército espadas adamascadas con esta inscripción: «Entregada en representación del Directorio ejecutivo de la República Francesa, por el general Bonaparte al ciudadano...» También se ocupaba especialmente de conmemorar a los valientes caídos, y ordenó que pane del fondo destinado al edificio de la catedral de Milán fuese utilizado para erigir ocho pirámides que ostentarían los nombres de los héroes franceses caídos, agrupados por medias brigadas.

El tercer factor de los éxitos de Napoleón —y en verdad, había tenido mucha razón en insistir en ese punto— era la unidad de mando.

Podía utilizar nutridos cuerpos de hombres separados por una distancia de varios centenares de kilómetros como pane de un mismo plan. Este criterio también ejercía un efecto favorable sobre la moral. Sus tropas sabían que un solo hombre controlaba las marchas, los suministros y la formación de combate, y que no serían sacrificados, en un apostadero lejano, a las disputas mezquinas entre generales que tenían la misma jerarquía.

Con respecto a la táctica de Napoleón, comprobamos que utilizaba mucho las fintas y los movimientos de flanqueo. Ciento anochecer, Napoleón tropezó con un desertor enemigo, un veterano capitán del ejército austríaco. Sin revelar su identidad. Napoleón preguntó en italiano cómo estaban las cosas. «Mal —contestó el austríaco—. Han enviado a un joven loco que ataca a derecha e izquierda, al frente y la retaguardia. Es un modo intolerable de hacer la guerra.» Si el austríaco quería decir que Napoleón no hacía caso de los libros de texto y asentaba golpes dondequiera que veía un punto débil, estaba en lo cierto. En todas sus batallas importantes, en Lodi tanto como en Rívoli, Napoleón envió una parte de su ejército para atacar al

enemigo por el flanco o la retaguardia. A veces el movimiento de flanqueo era poco importante: en Arcóle utilizó con ese fin sólo 800 hombres y cuatro cañones, pero casi invariablemente bastaba para sorprender y desmoralizar.

Los dos factores restantes de los éxitos de Napoleón, la concentración de fuerza y la velocidad, están estrechamente relacionados. Napoleón podía tener realmente menos hombres, pero al concentrarlos contra una sola parte del enemigo, casi siempre conseguía superioridad numérica en el terreno. Lograba la concentración de fuegos mediante esas sorprendentes marchas forzadas, miles de kilómetros hacia el norte y el sur de Italia, sobre montañas cubiertas de nieve y llanuras calcinadas por el sol, de Niza a Verona, de Ancona a Semmering. De ahí la observación de Clarke: «No cuida lo bastante a sus hombres.» Pero la velocidad en el campo era sólo un aspecto de la velocidad del cuerpo y el cerebro de Napoleón, un rasgo que ya ha sido señalado. Napoleón resumió mejor que nadie ese mecanismo delicadamente equilibrado en una cana a los directores: «Si he conquistado triunfos sobre fuerzas muy superiores a las mías... es porque, seguro que ustedes confiaban en mí, mis tropas se han desplazado tan velozmente como mis pensamientos».

CAPÍTULO NUEVE

Los frutos de la victoria.

Napoleón era no sólo un general al servicio de la República, era un joven que acababa de casarse y estaba profundamente enamorado. Tan pronto se incorporó al Ejército de los Alpes, mostró a todos el retrato de su esposa, con una actitud de ingenuo orgullo. Cuando hacía una pausa en esa campaña vertiginosa, escribía dos clases de cartas: una a los directores, seca y concreta, para reseñar el número de banderas capturadas, o el nombre de la última ciudad que le había entregado sus llaves, y otra a Josefina, y en ésta volcaba sus sentimientos.

«En medio de los problemas, a la cabeza de las tropas o atravesando los campos, sólo mi adorable Josefina está en mi corazón, ocupa mi mente y absorbe mis pensamientos. Si te abandono con la velocidad de las aguas torrenciales del Ródano, lo hago para volver a vene más prontamente. Si me levanto a trabajar en medio de la noche, es para adelantar unos pocos días la llegada de mi dulce amor.» Al inspirar a Napoleón, Josefina fue en derto sentido el corazón de la campaña de Italia.

Napoleón esperó ansioso la primera carta de su esposa. Tardó mucho en llegar porque Josefina detestaba acercar la pluma al papel. Había descuidado escribir a su primer marido y la vanidad de Alexandre se había visto lastimada. También tardó en escribir a Napoleón. La vanidad de Napoleón no sufrió, pero padeció pesares de otra clase.

«¡Usas conmigo el tratamiento de vos! —explotó Napoleón en respuesta a su primera carta—. ¡Tú serás "vos"! Ah, perversa, cómo pudiste escribir esa carta. Y además, del 23 al 26 hay cuatro días. ¿Qué estuviste haciendo, puesto que no escribías a tu marido? Ah, querida mía, ese vos y esos cuatro días me inducen a lamentar que ya no posea mi antigua indiferencia. Maldición a quien haya podido

ser la causa de esto. ¡Vos! ¡Vos! ¡Qué sucederá dentro de una quincena!».

En una quincena, la situación empeoró. Josefina escribía rara vez, y como no estaba enamorada de Napoleón, sus breves cartas exhibían escaso calor. Napoleón se hundía en la cavilación y la inquietud.

«La idea de que mi Josefina podía sentirse incómoda, la idea de que tal vez estaba enferma, y sobre todo, ioh cruel!, la terrible idea de que tal vez me ame menos, angustia mi alma, provoca mi tristeza y mi depresión, y ni siquiera me aporta el coraje de la furia y la desesperación.» Finalmente, Napoleón dijo a Josefina lo que pensaba de ella. «No llegan tus cartas. Recibo una sólo cada cuatro días. Si me amases escribirías dos veces por día. Pero tienes que charlar con los caballeros visitantes a las diez de la mañana, y después escuchar la conversación ociosa y las tonterías de un centenar de petimetros hasta la una de la madrugada. En los países que tienen cierta moral todos están en su casa a las diez de la noche. Pero en esos países la gente escribe a los maridos, piensa en ellos, vive para ellos. Adiós, Josefina, para mí eres un monstruo inexplicable.» Pero agregaba: «Te amo más cada día que pasa. La ausencia cura las pequeñas pasiones, pero agrava las grandes».

Después de derrotar al Piamonte y concertar la paz. Napoleón preguntó a los directores si estaban dispuestos a permitir que su esposa se reuniese con él. Accedieron, y Napoleón buscó entre sus ayudantes a un hombre apropiado que acompañase a Josefina desde París. Finalmente eligió a Joachim Mural, de la caballería: un hombre de cabellos rizados y ojos azules, hijo de un posadero, fiel a Napoleón y a los uniformes deslumbrantes, y a una conserva de uvas, membrillo y peras, una especialidad de su Guayana nativa que la madre le enviaba regularmente, y que él guardaba en un gran recipiente de piedra.

El 6 de mayo, fecha de la llegada de Murat a París, Napoleón deslizó la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, como hacía muchas veces durante el día, para sacar y besar la miniatura de Josefina. Esta vez descubrió que se había roto el vidrio que la cubría. La gente del Mediterráneo es supersticiosa, y los corsos más que la mayoría. De acuerdo con la versión de su ayudante de campo Marmont, Napoleón palideció «terriblemente». «Marmont —dijo—, mi esposa está muy enferma o me es infiel».

Pocos días más tarde Napoleón recibió una carta de Murat que le informaba que Josefina no se sentía bien. Todos los síntomas

sugerían un embarazo. Estaba descansando en el campo y no podía viajar inmediatamente a Italia. Napoleón osciló entre la alegría ante la esperanza de ser padre y la preocupación por Josefina. «No permanezcas en el campo. Ve a la ciudad. Trata de divertirte. Créeme, mi alma padece más intensamente que nunca por saber si estás enferma y triste. Ansio saber cómo llevas a tus hijos. Seguramente eso te confiere un aspecto majestuoso y respetable, y creo que debe de ser muy divertido».

Hacia finales de mayo Napoleón era el amo de Lombardía, y se lo festejaba dondequiera que iba. Sus generales lo pasaban bien —sobre todo Berthier, quien se había enamorado de Giuseppina Visconti, una dama italiana—. Sólo Napoleón se sentía muy mal porque Josefina aún no había llegado. Según decía ella misma, estaba muy enferma para viajar. Napoleón, desesperadamente solo y agobiado por la inquietud necesitaba verla. «Consigúeme un permiso de favor de una hora —escribió a Josefina—. En cinco días estaré en París, y regresaré a mi ejército el duodécimo día. Sin ti de nada sirvo aquí. Dejo a otros la búsqueda de la gloria y el servicio a la patria, este exilio me ahoga, cuando mi bienamada sufre y está enferma no puedo calcular fríamente el modo de derrotar al enemigo... Mis lágrimas bañan tu retrato, sólo él me acompaña siempre».

Los directores se negaron a conceder a Napoleón el permiso de favor —no era precisamente en París donde él podía aportarles cuarenta millones de francos—, y a medida que pasaron los días del junio italiano, cada uno con su triunfo militar, Napoleón continuó esperando a Josefina. Advirtió que en sus cartas ella hablaba menos de la mala salud, y comenzó a buscar otra explicación acerca de la causa de su ausencia. «Es mi desgracia no haber llegado a conocerte bastante bien, y la tuya haber creído que yo me parecía a los restantes hombres de tu salón.» A veces sentía que ella sencillamente se mostraba indiferente a él: «¿Debería acusarte? No. Tu conducta es la que marca tu destino. Tan amable, tan bella, tan gentil, ¿estás destinada a ser el instrumento de mi desesperación?».

En otras ocasiones Napoleón temía que Josefina estuviese enamorada de otro. «¿Tienes un amante?», preguntaba a veces. «¿Te has encaprichado de un mocoso de diecinueve años? Si es así, tienes motivo para temer el puño de Óteló».

La única prueba de que disponía Napoleón para creer que Josefina estaba enamorada de otro hombre era el tono de sus cartas y el hecho de que no se reunía con él. Era sólo una de varias

explicaciones que concibió durante las semanas de soledad, pero en definitiva era la válida.

El hombre en cuestión era el teniente Hippolyte Charles, del primer regimiento de húsares.

Hippolyte Charles era el noveno hijo de un tendero establecido cerca de Valence, y tenía tres años menos que Napoleón. Medía un metro sesenta y cinco, tenía la piel muy oscura, los ojos azules, los cabellos negro azabache y patillas. Era bastante buen soldado —de lo contrario no habría sido oficial del ejército francés—, y en una ocasión se lo mencionó en los despachos. Pero impresionaba a la gente no tanto por sus cualidades parciales como por su «bonito rostro y la elegancia de un ayudante de peluquero».

¿Qué tenía este teniente de la baja clase media que atraía a Josefina? Tres cosas: primero, como ella y a diferencia de Napoleón, Hippolyte Charles demostraba sumo interés por la ropa. Le agradaba el tacto, el corte y el color de las prendas de vestir, como sucede a muchas mujeres, por sus cualidades intrínsecas, y le complacía mucho presentarse con el máximo de ostentación con botas de cuero rojo con borlas, una capa revestida de piel de zorro y recamada de plata atravesada airosamente sobre el hombro izquierdo. «Viste con tanto gusto... —observó aprobadora Josefina—. Antes que él, nadie sabía cómo anudar una corbata».

La segunda cualidad que agradaba a Josefina en el teniente Charles era que conseguía hacerla reír. Si Napoleón, aunque a menudo alegre, rara vez bromeara, Charles contaba chistes constantemente. Se especializaba en los retruécanos, los suyos propios o los que recogía en los teatros parisienes. «UEurope ne respirera que lorsque l'Angleterre sera dépitée et la Frunce débarrassée» (Europa volverá a respirar sólo cuando Inglaterra se desprenda de Pitt y Francia de Barras). «Buonaparte estsurle Po, ce qui est bien sans Genes» (Buonaparte está actuando cómodamente sobre el Po —el orinal). Estas bromas, dichas por el apuesto húsar de la corbata perfectamente anudada, inducían a Josefina a echar hacia atrás la cabeza y reír complacida.

La tercera ventaja del teniente Charles sobre el general Bonaparte era que disponía de tiempo. En su condición de oficial de Estado Mayor asignado al general Leclerc, Charles podía encontrar ocasiones para ir a París, y una vez en la ciudad, pretextos para prolongar su misión o su permiso. Era un oficial de salón, del mismo modo que Josefina era una dama de salón. A diferencia de Napoleón, él no estaba vigilando siempre el reloj mientras le contaba el último rumor,

y los chismes más recientes, al tiempo que admiraba con ojos de conocedor el último vestido de Josefina. Estaba bellamente conformado, era encantador, y disponía de muchísimo tiempo para consagrarlo a Josefina. Por lo tanto, no puede sorprender que ella se enamorase de Hippolyte Charles.

Hacia principios de julio las cartas de Napoleón habían llegado a ser tan apremiantes que Josefina decidió que ya no podía postergar el viaje, sobre todo porque ahora había logrado arreglar que el teniente Charles viajase con ella en la misma diligencia. Durante el viaje a Milán, la situación que Napoleón había descrito en Clisson et Eugenio se trasladó a la vida real: un ayudante de campo durmió con la esposa del jefe.

Por supuesto, Napoleón nunca lo supo.

El 13 de julio salió a caballo por las puertas de Milán, y después de varios meses de separación abrazó a Josefina. En la alegría de recuperarla olvidó su infelidad y sus dudas. Comprobó que gozaba de buena salud, pero no estaba embarazada, y esto lo decepcionó un poco. Aún estaba combatiendo a los austriacos, pero consagró a Josefina lo que para él era una proporción inmensa de tiempo, dos días y dos noches. Apenas partió para unirse al sitio de Mantua, escribió una descripción de su felicidad: «Hace pocos días pensé que te amaba, pero desde que te he visto pienso que te amo mil veces más. Desde que te conocí, te he adorado cada día más, y eso demuestra la falsedad de la máxima de La Bruyère: "El amor no llega todo de una vez"».

Napoleón, que generalmente lo veía todo, se mostró ciego respecto de los sentimientos de Josefina por el teniente Charles. Aunque el húsar continuaba frecuentando a Josefina, Napoleón no prestó atención o no tuvo sospechas a causa de las expresiones románticas de Charles, quizá porque, como dijo cierta vez: «Cuando Josefina está cerca, sólo a ella la veo.» Como ella tenía bastante experiencia del mundo para ocultar sus sentimientos, Napoleón pudo gozar de la presencia de su esposa sin que nada enturbiase su felicidad. Experimentó entonces un goce concedido a pocos hombres: estaba obteniendo una serie de victorias extraordinarias y tenía a Josefina en Italia.

Cuando estaba en el campo de batalla. Napoleón escribía a Josefina cartas aún más apasionadas que durante los primeros tiempos de su matrimonio. Según decía, ansiaba «arrancar de su cuerpo hasta el último retazo de chifón, tus pantuflas, todo, y después, como en el sueño que te relaté... alzarte y encerrarte,

iaprisonarte en mi corazón! ¿Por qué no puedo hacerlo? Las leyes de la naturaleza dejan mucho que desear».

Josefina había advertido en París que Napoleón tenía un carácter posesivo, pero estaba tan mal preparada para un sentimiento posesivo de esa intensidad como los generales austriacos lo estaban para el juego de la guerra que Napoleón utilizaba. Un acento de alarma puede percibirse en su carta a Thérésia Tallien: «Mi marido no me ama, me adora. Creo que enloquecerá».

Napoleón mostró orgullosamente su esposa a los italianos. Entre las batallas y después de las campañas conseguía que ella asistiera a cenas de gala, realizara giras por las ciudades principales, donde se la agasajaba en la Ópera, y exhibiese sus innumerables vestidos parisienses en los bailes elegante. Pero Josefina no hablaba italiano como Napoleón, y de todos modos juzgaba provincianos a los milaneses. Escribió a sus amigos de París que estaba hastiada, y que deseaba retornar con ellos.

Durante una de esas tediosas giras, en Genova, Josefina conoció a un pintor de veinticinco años, un nativo de Toulouse llamado Antoine Gros. Gros poseía la apertura morena y meridional de Hippolyte Charles; era alumno del famoso David, y dijo a Josefina que su ambición en la vida era pintar a Napoleón. Josefina, a quien agradaba cumplimentar a los jóvenes, sobre todo cuando tenían ardientes ojos oscuros, invitó a Gros a compartir su carroaje durante el viaje de regreso a Milán. Allí le presentó a su marido. Napoleón también simpatizó con Gros, y aceptó posar para su propio retrato, y le asignó una habitación en su palacio.

Pero Napoleón nunca disponía de tiempo para posar. Estaba ocupado conduciendo a sus tropas a la batalla —Gros, un niño mimado, no deseaba seguirlo hasta allá— o reunido con destacados italianos, o dictaba cartas, órdenes y directivas. Apenas tenía tiempo para sentarse a comer. Josefina le rogó muchas veces, y sin duda comentó que los restantes generales de su ejército ya habían ordenado pintar sus retratos, pero Napoleón contestaba siempre que estaba demasiado atareado para posar.

Finalmente, Josefina decidió aprovechar el amor que Napoleón le profesaba. Después del almuerzo, a la hora del café en el salón, lo invitó a posar para el retrato sentado sobre sus rodillas. Como ella había previsto, Napoleón aceptó. Gros tenía preparadas la tela y la paleta, e inmediatamente comenzó a trazar las primeras líneas del retrato. El segundo y el tercer día, mientras servían el café después del almuerzo, Napoleón se sentó sobre las rodillas de Josefina,

inmóvil y sereno por una vez en sus atareadas veinticuatro horas; gracias a estas sesiones desusadas Gros pintó el cuadro más famoso de la campaña de Italia: Napoleón descubierto, con una bandera en la mano avanzando sobre el puente de Arcóle.

Después de firmar las condiciones preliminares de la paz en Leoben, Napoleón pudo gozar de uno de los frutos de la victoria: la presencia de los suyos. Vivía entonces en Mombello, cerca de Milán, un palacio de amplios salones embaldosados e íntimos salones barrocos. Allí Napoleón recibió a Joseph, a quien había designado embajador en Roma con 60.000 francos anuales. Llegaron Lucien y Jérôme y Louis, quien, con Lannes, había sido el primer soldado francés que cruzó el Po, así como las hermanas de Napoleón. Éste disfrutó al prodigar a todos las cosas buenas de la vida, las mismas que no habían tenido durante los últimos años en Córcega. Recordó incluso a sus hijastros, y envió a Eugéne un reloj de oro y a Hortense otro de esmalte recamado con finas perlas.

Letizia fue la última en llegar a esta reunión de familia. El primer día de junio, Napoleón salió a caballo para ir al encuentro de su madre, del mismo modo que había recibido a Josefina un año antes a las puertas de Milán, y allí la multitud vitoreó a «la madre del libertador de Italia».

Mientras Napoleón la abrazaba Letizia murmuró: «Hoy soy la madre más feliz del mundo.» También para Napoleón ese momento adquirió un valor inapreciable; después de todos los peligros que ellos habían afrontado en Córcega, y de todos los peligros que él había rozado en los campos de batalla de Italia, estaban reunidos, sanos y salvos.

Aunque en teoría Joseph era el jefe de la familia, en la práctica Napoleón asumió ese papel. Él prohibió a Pauline casarse con Stanislas Fréron, hallado culpable de graves delitos políticos; y la autorizó a contraer matrimonio con un joven oficial que la había amado desde el tiempo en que luchó valerosamente junto a Napoleón en Tolón: el ayudante general Victoire Emmanuel Leclerc, un hombre de veinticinco años, cabellos rubios, figura apuesta, heredero de un acomodado comerciante de harina. A los diecisiete años Pauline continuaba siendo una joven alocada, «sin más compostura que una escolar, hablando inconexamente, riendo por nada y de todo». Napoleón y sus hermanos unieron fuerzas para asignarle una hermosa dote de 40.000 francos.

Napoleón había preferido contraer matrimonio civil con Josefina, y como dijo a Desaix, un oficial amigo, creía que Jesucristo era «sólo

un profeta más». Pero pensaba que el matrimonio era más sólido gracias a la solemne ceremonia, y sabía cuánta importancia asignaba Letizia a los ritos de la Iglesia. De modo que logró que Pauline tuviese una boda católica en el oratorio de San Francisco, el 14 de junio de 1797. El mismo día consiguió que la Iglesia bendijese la unión de su hermana mayor, Marie Anne —que prefería el nombre de Elisa— y Félix Baciocchi, un gris pero digno corso con quien se había casado en matrimonio civil seis semanas antes.

En el marco de estas celebraciones, su propio matrimonio con Josefina debió soportar el escrutinio de la familia Buonaparte. No mereció la aprobación de sus miembros. A los sobrios isleños les desagradaba esa dama ingeniosa y frívola; su sentido de la economía se ofendía ante los innumerables vestidos nuevos, diseñados con un máximo de elegancia y un mínimo de material; el conservadurismo de esta familia se sentía alterado por los tocados, unas veces con muérdago, otras con flores en un turbante; el sentido de lo que era propio para las amigas de París que ella había llevado a Italia para aliviar su hastío, por ejemplo madame Hamelin, que cierta vez, para ganar una apuesta había recorrido la mitad de París ataviada con un vestido sin pechera. Incluso si hubieran podido ignorar dicha conducta en vista de la bondad y la gentileza de Josefina, había algo que no podían dejar de lado: la presencia del teniente Hippolyte Charles del primer regimiento de húsares, con sus botas de cuero rojo y borlas y la capa con aplicaciones de piel de zorro, cambiando miradas y sonrisas con Josefina. Todos los Buonaparte mostraron signos de su desagrado, cada uno a su modo; Letizia tratando a Josefina con fría cortesía, Pauline sacándole la lengua siempre que Josefina la miraba.

Sin duda, Napoleón se entristeció cuando vio que su familia no simpatizaba con Josefina. Pero poco después la familia se dispersó. En realidad, Letizia permaneció sólo dos semanas antes de ir a vivir a la casa Buonaparte, en Ajaccio, reparada y amueblada especialmente por orden de Napoleón. También Hippolyte Charles fue una presencia menos frecuente; ascendido a capitán, durante un tiempo volvió a su regimiento.

Napoleón y Josefina permanecieron juntos; ese verano en Mombello, o en la residencia del Dogo, en Passeriano, vivieron una luna de miel tardía. Josefina aún no amaba a su riguroso, posesivo y enamorado marido, pero Napoleón tenía amor suficiente para ambos.

Si la reunión de Napoleón con Josefina y con su familia representó el fruto más grato de la victoria, el más duradero fue su

reorganización de Italia. Al expulsar a los austriacos, Napoleón había ejecutado sólo una parte de su tarea; la otra era llevar a Italia los beneficios de la República.

Napoleón emprendió esta labor con un entusiasmo que fue la expresión externa de su intensa adhesión a los Derechos del Hombre, y con una profunda simpatía hacia el pueblo cuyo idioma había sido su propia lengua materna.

Después de liberar de los austriacos una ciudad, Napoleón plantaba un árbol en la plaza principal; era uno de los llamados «árboles de la libertad», y sus hojas verdes simbolizaban los derechos «naturales» del hombre. Al principio permitía que perdurase la forma tradicional de gobierno; pero reemplazaba a los funcionarios municipales cuando eran favorables a Austria. Abolía los diezmos y los impuestos federales. Celebraba festivales republicanos, sobre todo el Día de la Bastilla, con desfiles y banquetes; mediante la difusión de los dos periódicos del ejército, ambos republicanos, alentaba a los italianos a fundar sus propios órganos en un país que jamás había conocido la libertad de prensa.

La actitud de Napoleón frente a la Iglesia tendía a eliminar la injusticia y la superstición, al tiempo que inducía a los sacerdotes a mantenerse al margen de la política y a «conducirse de acuerdo con los principios del Evangelio». Por ejemplo, en la ciudad papal de Ancona, Napoleón comprobó, desalentado, que los judíos tenían que usar un sombrero amarillo y la estrella de David, y vivir en un gueto cerrado con llave por la noche; también los musulmanes de Albania y Grecia eran tratados como ciudadanos de segunda clase. Napoleón eliminó inmediatamente estas injusticias.

Comprobó que era menos fácil definir la superstición. El pueblo de Ancona tenía una venerable estatua de la Madonna, y decíase que derramaba lágrimas ante la invasión francesa. Napoleón ordenó que llevasen la estatua al cuartel general. Examinó los ojos, que según afirmaba la gente se abrían y cerraban mediante un mecanismo disimulado, pero no pudo hallar nada. Ordenó que la Madonna fuese devuelta a su santuario, pero cubierta. Retuvo la diadema enjoyada y los collares de perlas. Napoleón ordenó que estas joyas fuesen divididas entre el hospital local y la asignación de dotes a los pobres. Después cambió de idea —una actitud rara en él— y ordenó que devolviesen las joyas a la estatua.

Napoleón aclaró bien que a pesar de que había nacido en Córcega era francés, y para destacar la idea había eliminado la «u» de su apellido original. Pero trató a los italianos, y sobre todo a los eruditos

y los intelectuales, con una simpatía desusada en los franceses cultos. Durante el sitio de Mantua ofreció salvoconductos a quince científicos y escritores para salir de la ciudad sitiada. Cuando saqueó a la rebelde Pavía, preservó las casas de todos los profesores universitarios, entre ellas las de Volta y Spallanzani.

Encargó cuadros, medallas y alegorías republicanas al pintor milanés Andrés Appiani, y le cedió una casa requisada a los franciscanos, una propiedad que valía 40.000 libras milanesas. Ordenó llamar al fisiólogo Scarpa y le formuló a boca de jarro la extraña pregunta: «¿Cuál es la diferencia entre un vivo y un muerto?», a lo cual Scarpa replicó: «El muerto no despierta.» Otorgó una pensión a Cesarotti, traductor de Ossian, y entregó un hermoso telescopio a la ciudad de Brescia. Fue a Piétole, donde había nacido Virgilio, y liberó de impuestos a la comuna. Francia era la gran nación, pero los italianos podían compartir espiritualmente su grandeza, de modo que al invitar a Oriani, autor de libros de astronomía, a visitar la ciudad de París, Napoleón dijo: «Todos los hombres de genio, todos los que se han distinguido en la república de la literatura, son franceses, no importa dónde hayan nacido.» Los italianos siempre se han mostrado dispuestos a admirar a un general victorioso, y saludaron a Napoleón como a un Escipión, un Aníbal, un Prometeo, incluso un Júpiter. Un campesino, que deseaba casarse pero no podía hacerlo porque lo prohibía su padre, caminó los 230 kilómetros de Bolonia a Milán para rogar a Napoleón que anulase el voto paterno. De acuerdo con Ernst Arndt, un joven escritor alemán que visitó Milán: «De Graz a Bolonia la gente habla sólo de una persona.

Tanto los amigos como los enemigos convienen en que Bonaparte es un gran hombre, un amigo de la humanidad, el protector de los pobres y los infortunados. En todas las versiones la gente dice que él es el héroe; le perdonan todo, excepto que haya enviado obras de arte de Italia a Francia.» Este último punto exige una explicación.

Era un principio de la República Francesa que las obras de arte que habían pertenecido a reyes, a los nobles y a las comunidades religiosas, se convirtieran en propiedad del pueblo francés. Los cuadros de Stadholder, en Holanda, habían sido enviados al Museo de París, inaugurado poco antes, y allí atrajeron la atención de multitudes. En 1795 Louis Watteau, sobrino nieto del famoso Antoine, en su carácter de representante oficial, confiscó por lo menos 382 cuadros de los castillos, las iglesias y los monasterios de Picardía. Carnot no hacía nada fuera de lo usual cuando escribió el 7

de mayo de 1796 para ordenar a Napoleón que remitiese obras de arte a París, «con el fin de fortalecer y embellecer el reino de la libertad».

Napoleón cumplió esas órdenes con exactitud y poniendo atención en la calidad. Cuando cruzó el Po por Piacenza concertó un tratado con el duque de Parma, y en él se establecía que por una indemnización convenida permitiría que Fernando retuviese sin molestia su ducado.

Entre los cuadros reclamados por Napoleón estaba La alborada de Correggio.

Un republicano de mente estrecha podría haber apartado los ojos de este cuadro porque representa a la Madonna y al Niño con los santos y, de acuerdo con Grouvelle, los santos habían infligido tanto daño como los príncipes. Napoleón demostró una visión más amplia. Fernando no deseaba separarse de una obra tan hermosa, y ofreció a cambio una elevada suma en efectivo, pero Napoleón insistió en el Correggio. «El millón que nos ofrece pronto será gastado —escribió Napoleón a los directores—, pero la posesión de esta obra maestra en París adornará durante mucho tiempo la capital, y originará esfuerzos análogos del genio».

Napoleón eligió La alborada de Correggio por iniciativa propia.

Después, contó con el consejo de expertos. Pero las obras remitidas a París a menudo reflejan los gustos del propio Napoleón; por ejemplo, el manuscrito de Galileo acerca de las fortificaciones, y los tratados científicos escritos por Leonardo da Vinci. Entre las obras de arte que envió a Francia están el Concert champetre, de Giorgione, el dibujo de Rafael para La escuela de Atenas y la Madonna de la victoria, de Mantegna, que conmemora la expedición menos exitosa a Italia de Carlos VIII en 1495.

Casi todos los tratados firmados por Napoleón incluían cláusulas acerca de las obras de arte. Por ejemplo, el Papa tuvo que suministrar cien cuadros, estatuas o vasos, y Napoleón eligió personalmente estatuas de los dos precursores republicanos, Junio Bruto y Marco Bruto. De acuerdo con el escultor suizo Heinrich Keller, en Roma «los cuadros más bellos se venden por nada. Cuanto más sagrado es el tema, más barata es la obra. Marco Antonio está de pie en una cocina, y aparece con un pesado collar de madera y guantes, el Galo moribundo está revestido de paja y toscos lienzos hasta los pies, y la bella Venus se encuentra enterrada hasta el pecho en heno». Cuando las obras llegaron a París, los directores las pasearon por las calles con un vanidoso cartel: «Grecia las entregó, Roma las

perdió; dos veces cambió su suerte; no volverá a cambiar.» Napoleón se atuvo rigurosamente a los límites de sus órdenes. Por ejemplo, en Florencia admiró la Venus de Medici; dijo al conservador que le habría agrado enviarla a Francia, pero carecía de autoridad para hacerlo, pues Toscana y Francia estaban en paz, y de este modo la Venus permaneció donde estaba, en el Pitti. Siempre que podía, Napoleón también trataba de suavizar en lo posible los perjuicios de la guerra.

Durante el sitio de Mantua propuso que todos los monumentos artísticos de la ciudad estuviesen protegidos con una bandera convenida. En Milán fue a Santa María della Grazie para inspeccionar La última cena de Leonardo en el refectorio del convento, y al ver la frágil condición del fresco, instantáneamente tomó papel y pluma, y apoyando el papel sobre la rodilla escribió una orden de puño y letra en el sentido de que allí nunca debían alojarse tropas.

Una cosa era llevar cuadros y estatuas de Italia a Francia, y otra muy distinta determinar qué podía transferirse, fuera de los árboles de la libertad, de Francia a Italia. Pero ante todo, ¿valía la pena transferir algo? ¿Valía la pena ayudar a los italianos? Los directores reclamaban hechos, y éstos eran los hechos. El noble italiano era un individuo rico y privilegiado; sólo él podía acceder a los altos cargos. Vivía para las fiestas y los bailes de disfraces —incluso gozaba del derecho de entrar en la casa de un ciudadano cualquiera «apenas se oyeron los violines». Jugaba fuerte, mantenía una amante, y cerraba los ojos a las infidelidades de su esposa. Había opuesto una resistencia simbólica a los franceses. Si algo le interesaba, no era precisamente la política, sino el virtuosismo vocal de los castrados en la ópera local. Perezoso y desmoralizado por el dominio extranjero o papal, navegaba a través de la vida, y su único propósito einfar l'ora, es decir, matar el tiempo.

Se ofrecían dos caminos principales a los directores: podían exportar el gobierno republicano a Italia septentrional y convertirla en una república hermana, a semejanza de la República de Batavia fundada recientemente en Holanda; o podían considerar que Italia septentrional era un país degenerado, y por lo tanto nada más que un peón al que podía sacrificarse cínicamente alrededor de la mesa de paz. Desalentados por los pesimistas informes de sus agentes, los directores deseaban adoptar la segunda opción. A la pregunta «¿Hay que imponer el régimen republicano en Italia?», el ministro de Relaciones Exteriores Delacroix respondió que no. El general Clarke explicó a los directores que los serviles italianos no estaban maduros

para la libertad, idea en la cual coincidían también muchos italianos: el economista lombardo Pietro Vetri opinaba que su pueblo era demasiado atrasado políticamente «para ser digno del reino de la virtud».

Pero Napoleón adoptó una posición distinta. Si los italianos tenían defectos, la causa era que se los había sometido durante mucho tiempo.

Era cierto que Venecia se había hundido en una decadencia incorregible, con su elenco de nobles, su «población tonta y cobarde», pero en otros lugares Napoleón comprobó que las virtudes que habían florecido otrora no estaban muertas —por lo menos en los escritores, los abogados y los estudiosos— y era posible alentárlas para que se manifestasen nuevamente. Más aún, Napoleón creía que había que alentárlas, pues veía que Europa entera estaba enredada en una gran guerra ideológica. Milán debía convertirse en república, o volvería a ser enemiga de Francia.

Después de adoptar esta actitud general, Napoleón se apresuró a informar a los directores los más mínimos signos favorables. Vio con aprobación que en Milán existía un club republicano de ochocientos socios, todos abogados y comerciantes. En octubre de 1796 percibió signos de un movimiento popular en los Estados Papales más septentrionales: «Ya conciben el renacimiento de la antigua Italia.» Napoleón pensaba que podían aprovechar la experiencia revolucionaria francesa, pero a diferencia de los franceses, los italianos no necesitaban superar obstáculos, y éste era un impedimento muy definido. Napoleón creía que la libertad y la igualdad podían conquistarse únicamente a través de una prueba de virilidad, y la mejor prueba de virilidad era el valor bajo el fuego. De modo que en octubre de 1796 convocó a los voluntarios italianos a luchar contra los austriacos. La respuesta fue positiva: enroló a 3.700 hombres en una «legión lombarda», y los envió a combatir junto a sus hermanos de armas franceses en el frente del Adigio. Napoleón presentó a la legión una bandera que recordaba a la tricolor: roja, blanca y verde —el verde era desde hacía mucho tiempo un color milanes—.

Más aún que las 170 banderas enemigas que él capturó, ésta fue la bandera más importante de la campaña italiana de Napoleón, pues dos generaciones más tarde las bandas roja, blanca y verde habrían de convertirse en la bandera de una Italia libre.

En una serie de cartas bien razonadas que reflejaban diez años de pensamiento político, Napoleón formuló sus opiniones a los directores.

A causa de sus victorias, porque había obligado a Austria a concertar la paz, y sobre todo porque sus argumentos eran positivos, mientras que los que esgrimían los directores eran negativos, Napoleón se salió con la suya. Se le otorgó lo que era casi una libertad de acción total en el ex ducado de Milán, y así él se preparó para organizar una nueva república.

¿Cómo llamarla? Rechazó la denominación de República Lombarda, porque los lombardos habían sido invasores extranjeros, y la de República Italiana porque Francia estaba en paz con cuatro estados más de Italia.

Serbelloni, influyente amigo de Napoleón, apoyó el nombre de República Transalpina, «pues todos los sentimientos y todas las esperanzas de esta República ahora están depositados en Francia». Napoleón consideró que ese nombre implicaba excesiva dependencia, y en definitiva eligió la denominación usada por los antiguos romanos: República Cisalpina.

Napoleón elaboró su constitución basándose en la de Francia. Todos los hombres debían tener los mismos derechos. El ejecutivo estaría formado por cinco directores, y la legislatura por dos cámaras con cuarenta o sesenta ancianos y ciento veinte jóvenes. Napoleón designó a los primeros directores y a los primeros miembros de las Cámaras; después, se los elegiría por votación. El 29 de junio de 1797 nació la República Cisalpina libre e independiente. En una alocución dirigida al pueblo.

Napoleón definió sus intenciones: «Con el fin de consolidar la libertad y con el único propósito de promover vuestra felicidad, he ejecutado una tarea que hasta aquí se había realizado sólo por ambición y amor al poder... Divididos y agobiados tanto tiempo por la tiranía, no podríais haber conquistado vuestra propia libertad; abandonados a vuestros recursos durante unos pocos años, no habrá poder sobre la tierra que tenga fuerza suficiente para arrebatarla de vuestras manos».

La República Cisalpina tuvo tanto éxito que los ex Estados Papales, encabezados por Bolonia, solicitaron incorporarse. Con el consentimiento de los directores, Napoleón lo permitió, y en julio de 1797 esos estados se unieron a Milán, y de ese modo duplicaron la extensión y la población de la República Cisalpina.

Genova se encontró aislada entre la Francia republicana y la nueva República Cisalpina; su gobierno aristocrático comenzó a tambalearse.

Napoleón se ocupó especialmente de alentar al pueblo a derribarlo del todo para terminar con un régimen que durante tres siglos había oprimido a Córcega. Aplaudió cuando los genoveses quemaron su Libro d'Oro —una nómina de las familias cuya sangre era lo bastante azul como para gobernar— y arrojaron al mar las cenizas. A mediados de 1797 Napoleón creó en Genova el segundo de los estados italianos que fundó: la República Ligur.

Al promover el republicanismo, Napoleón insistió en los elementos positivos y constructivos de la nueva estructura, y trató de sofrenar el prejuicio que a veces acompañaba a las nuevas instituciones. El 19 de junio de 1797 escribió a los genoveses:

Ciudadanos, he sabido con profundo desagrado que la estatua de Andrea Doria fue derribada en un momento de pasión. Andrea Doria fue un gran marino y estadista; la aristocracia era la libertad de su tiempo. Europa entera envidia a vuestra ciudad el magnífico honor de haber sido la cuna de este hombre famoso. No dudo de que os apresuraréis a restaurar su estatua. Os ruego que inscribáis mi nombre como contribuyente al pago de los gastos.

Nuevamente a finales de 1797 Napoleón tuvo que reprender a los genoveses: Excluir a todos los nobles de las funciones públicas sería una chocante injusticia; estaríais haciendo lo que ellos hicieron otrora... cuando el pueblo de un Estado, pero sobre todo de un pequeño Estado, se acostumbra a condenar sin escuchar, y a aplaudir discursos sólo porque son apasionados; cuando llaman virtud a la exageración y la furia, delitos a la equidad y la moderación, la ruina de ese Estado está próxima.

De este modo, Napoleón no sólo aportó a Italia septentrional los principios y las instituciones de la República Francesa sino que hizo todo lo posible para asegurar que se aplicasen con moderación.

Entretanto, se desarrollaban las conversaciones de paz en Austria, y Napoleón, que ahora asumía un nuevo papel como diplomático, tenía que defender a sus nacientes repúblicas en un nuevo escenario, el de las relaciones internacionales. En Leoben, la posición de los directores era que Francia debía conseguir que Austria cediese a Bélgica, antes posesión austriaca, pero conquistada por Francia en 1795, y la frontera del Rin. Eran los dos elementos esenciales, y a cambio de eso bien podía devolverse Italia septentrional. La posición

austríaca era que Austria no estaba en condiciones de ceder Milán, que protegía su vulnerable frontera meridional.

Napoleón se encontraba ahora en una posición difícil, solo y con un pequeño ejército a casi 1.000 kilómetros de París. En ese momento arrojó a la mesa de la paz una nueva carta: Venecia. Ésta compensaría a Austria por la pérdida de Milán. Es cierto que Venecia todavía no era suya, pero los nobles venecianos odiaban a los franceses, y Napoleón creía que un enfrentamiento era inevitable. Su oferta provocó una favorable sensación, y los austriacos aceptaron inmediatamente.

Se comprobó el acierto de la interpretación que había hecho Napoleón de los sentimientos de los venecianos. El 17 de abril de 1797, lunes de Pascua, mientras las condiciones convenidas en Leoben aún eran secretas, el pueblo de Verona, incitado por los sermones, se levantó contra la guarnición francesa y masacró a cuatrocientos soldados, entre ellos a los heridos que estaban en el hospital, que fueron asesinados a sangre fría. Hubo otros actos hostiles, incluso la captura de un barco de guerra francés por los venecianos, y la muerte de su capitán. Napoleón, que había contemplado la posibilidad de actuar desapasionadamente, tuvo que proceder con rapidez. En mayo ocupó Venecia.

Napoleón deseaba que se firmara, sellara y ratificase inmediatamente el tratado de paz; pero le esperaba una sorpresa desgradable.

Los plenipotenciarios del emperador se movían tan lentamente en las negociaciones de paz como Wurmser en el campo de la acción. Gallo, que llegó el 23 de mayo, insistió en que en todos los documentos se lo llamase «Sire D. Marrius Mastrilli, patrício y noble de Nápoles, marqués de Gallo, caballero de la orden real de San Juanuario, chambelán de Su Majestad Rey de las Dos Sicilias y su embajador ante la corte de Viena», fórmula que costaba mucha tinta y mucho tiempo. Este altivo caballero presentó como una concesión que por el Artículo 1 del tratado el emperador reconociera a la República Francesa. Napoleón se puso de pie bruscamente. «¡Borren eso! La República Francesa es como el sol en el cielo; tanto peor para los que no lo ven».

Ese verano las conversaciones de paz se trasladaron a Campoformio, en el Véneto, y Napoleón se enfrentó a un nuevo delegado austriaco; Ludwig Cobenzl, un rechoncho profesional conocedor de todos los trucos del juego. Con la esperanza de que sobreviniera una derrota francesa o llegase ayuda de Inglaterra,

Cobenzl hizo todo lo posible para retrasar el tratado. Se opuso a un documento del Directorio porque estaba escrito —en un sobrio estilo republicano— sobre papel, y no en el tradicional y más fino pergamino, y porque los sellos no eran lo bastante grandes. Se perdieron dos días. Cuando, a propósito de la frontera del Rin, Cobenzl adoptó un falso aire de pesar y anunció que carecía de atribuciones para actuar en representación de los estados del Imperio alemán, Napoleón replicó: «El Imperio es una vieja cocinera acostumbrada a que todos la violen».

A medida que pasaban los días y que parecía que todas sus victorias corrían peligro de quedar en nada, Napoleón se mostraba cada vez más inquieto, y en cierta ocasión, al mover irritado el brazo, derribó un precioso servicio de café de porcelana. Finalmente, el 17 de octubre, se firmó el tratado de paz, y Napoleón incluso consiguió una ventaja de último momento: conservó para Francia las islas Jónicas, antes posesión de Venecia, y de ese modo obtuvo un punto de apoyo en el Mediterráneo Oriental. Cuando se despidió de Cobenzl, Napoleón se sintió suficientemente animado como para disculparse de su brusquedad: «Soy un soldado acostumbrado a arriesgar la vida todos los días. Estoy en la flor de mi juventud, y no puedo mostrar la moderación de un diplomático profesional».

De acuerdo con el tratado de Campoformio, Napoleón no sólo concertó una paz favorable, sino que aseguró el reconocimiento austriaco de las dos repúblicas italianas, que eran la culminación de su campaña italiana. Podía salir de Italia con Josefina. Había llegado a la cabeza de un ejército maltrecho y medio muerto de hambre y salía prestigioso, a los ojos de muchos italianos, un benefactor y un libertador. Había descubierto en sí mismo nuevas cualidades: jefe militar, político e incluso diplomático. De acuerdo con la versión de Antoine Arnault, un dramaturgo que lo vio a menudo en Mombello, Napoleón «no muestra altivez, pero tiene la postura de quien conoce su propio valor y siente que ocupa el lugar que le corresponde».

En noviembre de 1797 Napoleón fue a Rastadt para obtener la ratificación del Tratado de Campoformio, y de allí pasó a París. El 10 de diciembre, en una ceremonia pública realizada en Luxemburgo, fue vitoreado como no se había vitoreado jamás a otro general francés; mostró la nueva postura observada por Arnault, y con esa actitud entregó a los directores el Tratado de Campoformio, ratificado por el emperador y pronunció un breve discurso que situó en perspectiva la campaña. «La religión —dijo—, el sistema feudal y la

monarquía han gobernado sucesivamente a Europa durante veinte siglos, pero de la paz que vosotros acabáis de firmar nace la era de los gobiernos representativos. Habéis logrado organizar a esta gran nación, de modo que su territorio está circunscrito por los límites que la Naturaleza misma quiso. Habéis hecho aún más; los dos países más bellos de Europa, otrora tan famosos por las artes, las ciencias y los grandes hombres que nacieron en ellos, contemplan con gozosa expectativa cómo el espíritu de la libertad se eleva de las tumbas de sus antepasados».

Más allá de las pirámides

Cuando regresó de Italia, se encomendó a Napoleón una nueva tarea: la jefatura del ejército contra Inglaterra. En febrero de 1798 fue al noroeste de Francia en visita de inspección, soportando vientos borrascosos, las tropas y los barcos reunidos en los puertos del Canal. Los directores confiaron en que Napoleón decidiría dirigir estas fuerzas contra Inglaterra, el único país que aún se mantenía en guerra con Francia.

Napoleón estudió cuidadosamente la situación. Observó que la mayoría de los hombres estaba formada por nuevos reclutas, y que los dirigían oficiales sin experiencia. Había escasez de barcos y equipos. El año precedente los ingleses habían destruido las flotas de España y Holanda, aliadas de Francia, y mantenían la supremacía indiscutida de los mares.

Pero el hecho que gravitó más en el ánimo de Napoleón fue que, dos meses antes, Hoche no había conseguido desembarcar una fuerza expedicionaria en Irlanda, y sin embargo su ejército tenía sólo 15.000 hombres. ¿Qué sucedería con 100.000 hombres? Napoleón contempló las aguas grises y agitadas y rechazó la idea de invadir Inglaterra. «Demasiado arriesgado —dijo a su secretario Bourrienne—. No deseo jugarme la hermosa Francia a una tirada de dados».

Napoleón decidió en cambio acometer otra empresa, una invasión que asestaría a Inglaterra un golpe casi tan duro como el desembarco de la costa de Sussex. Invadiría Egipto. Ya el 16 de agosto de 1797 había escrito: «Para destruir por completo a Inglaterra, tenemos que apoderarnos de Egipto.» A menudo se ha afirmado que esta expedición fue la fantasía temeraria de un aventurero, el sueño de un aspirante a Alejandro. Nada más lejos de la verdad. Era una operación mucho menos peligrosa que invadir Inglaterra, y Napoleón la eligió precisamente porque era menos peligrosa.

Tampoco era una idea nueva. La idea había estado gravitando sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores desde el año del nacimiento de Napoleón, y en 1777, De Tott había visitado Egipto e informado en favor de que se lo colonizara. Pero Napoleón recogió la idea y la desarrolló.

Oyó hablar del país por primera vez cuando Constanun de Volney, autor del mejor libro acerca de esa región, fue a Córcega a cultivar algodón. La idea había madurado en Italia —el Imperio Romano había convertido a Egipto en una de sus provincias y Venecia se había enriquecido gracias al comercio de las especias egipcias—, y al posesionarse de las islas Jónicas, Napoleón se aseguró la indispensable línea de comunicaciones. Cuando aún estaba en Italia, Napoleón propuso la idea al ministro de Relaciones Exteriores Talleyrand, que la aprobó en principio, y el 5 de marzo los directores otorgaron a Napoleón plenos poderes para reunir la flota y el ejército necesarios.

La expedición perseguía tres propósitos: en primer lugar, Napoleón ocuparía Egipto para librarlo de su casta gobernante, los mamelucos, y convertirlo en colonia francesa. Se preveía escasa resistencia. Egipto era un estado débil, de hecho independiente, aunque en teoría pertenecía al sultán de Turquía. Napoleón quería a toda costa que Turquía declarase la guerra a causa de Egipto. Talleyrand debía viajar a Constantinopla, y desde una posición de fuerza negociaría un tratado favorable con la Sublime Puerta. La promesa de Talleyrand de realizar esa gestión era parte integral de los planes de Napoleón.

El segundo propósito era asestar un golpe a India, la posesión más rica de Inglaterra. Esto podía lograrse por tierra, en alianza con Turquía y Persia, o más ambiciosamente, reconstruyendo el antiguo canal a través del istmo de Suez, para permitir que una flota francesa penetrara en el Mar Rojo, y de allí pasara al océano Índico.

El tercer propósito de la expedición se originó en Napoleón, y representó una idea completamente nueva. Según Napoleón veía las cosas, los franceses irían a Egipto para enseñar y aprender. Enseñarían porque Egipto era un país atrasado, y Napoleón, como Feríeles, creía que su país tenía una gran misión civilizadora. En las instrucciones de los directores al comandante en jefe —en realidad redactadas por el mismo Napoleón— se afirma que «él utilizará todos los medios a su alcance para mejorar la suerte de los nativos de Egipto». Por lo tanto, se pondrían a disposición de los egipcios los más modernos conocimientos médicos, científicos y tecnológicos. Al

mismo tiempo, los franceses intentarían aprender acerca de un país prácticamente desconocido en Europa. Explorarían, dibujarían mapas, observarían y registrarían los fenómenos naturales. Sería una expedición no sólo de conquista militar sino de descubrimiento científico.

Con el consentimiento de los directores, Napoleón comenzó a reclutar un extraño ejército: eruditos, científicos y artistas. No les dijo adonde iban para prevenirse de los espías ingleses; se limitó a invitarlos a participar en una nueva expedición. Entre los que aceptaron estaban el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, Nicolás Conté —que era una autoridad en el tema de la guerra de aerostatos, y el inventor del lápiz de plomo—, Gratet de Dolomieu, el mineralogista que dio su nombre a las Dolomitas; Jean Baptiste Fourier, un brillante y joven matemático especializado en el estudio del calor; Vivant Denon, talentoso dibujante y grabador, y un aficionado a la aventura; y Redouté, el pintor floral. Hubo algunos rechazos. El abadjacques Delille, cuya poesía había gustado a Napoleón en sus tiempos de escolar, lamentó que con sesenta años, era demasiado viejo. El compositor Méhuí no deseaba salir de Francia, y el cantante Loys temía pescar un resfriado: como muchos, probablemente creyó que el destino de Napoleón era Flushing. Napoleón asignó el lugar de estos hombres a Parseval-Grandmaison, un poeta que había traducido a Camoens; a Riget y a Villoteau. En el lapso de diez semanas Napoleón reclutó ciento cincuenta civiles, entre ellos a casi todos los científicos jóvenes talentosos de Francia. Se estaba muy lejos de 1794, cuando Coffinhal había enviado a Lavoisier a la guillotina con esta observación: «La República no necesita científicos».

Una vez reunidos el ejército y la flota. Napoleón llegó a Tolón con Josefina. La amaba tanto como siempre, pero su felicidad estaba ensombrecida por el hecho de que ella aún no le había dado un hijo. Después de la partida de Napoleón, Josefina iría a Plombières, un lugar de descanso, pues se creía que las aguas sulfurosas favorecían la fertilidad. Sus hermanos habían advertido a Napoleón que Josefina había dicho que así lo haría. Estaba sintiéndose más cerca de Napoleón, según dijo a Barras en una carta, «pese a sus pequeños defectos». Entre los pequeños defectos ella seguramente incluía las palmadas amorosas, los pellizcos y los tirones, administrados con cálido afecto por Napoleón, pero dolorosos para Josefina.

Una mañana en que Napoleón y Josefina permanecieron acostados hasta tarde, Alexandre Dumas, uno de los generales de

Napoleón, entró en el dormitorio. El general Dumas era nativo de las Indias occidentales, y poseía una enorme fuerza: metiendo cuatro dedos en los cañones de cuatro mosquetes, podía levantarlos —unos 18 kilogramos— manteniendo el brazo en alto. Dumas vio que Josefina estaba llorando. Napoleón explicó: «Quiere ir a Egipto. —Y después agregó—: Dumas, ¿usted lleva a su esposa?» «¡Cielos, no! Sería una grave molestia!», replicó el aludido.

«Si tenemos que permanecer allí varios años —prometió Napoleón —, mandaremos llamar a nuestras esposas.» Después, se volvió hacia Josefina. «Dumas tiene sólo hijas, y yo ni siquiera he conseguido eso; en Egipto ambos intentaremos producir varones. Él será padrino del mío, y yo del suyo.» De acuerdo con el relato de Dumas, Napoleón subrayó este comentario con una sonora palmada sobre las nalgas bien formadas y desnudas de Josefina.

Fuera del dormitorio de Napoleón, los marineros lavaban las cubiertas y lustraban los bronces de 180 naves; en las bodegas se guardaban mil cañones y decenas de miles de granadas. Fueron embarcados setecientos caballos, con la correspondiente proporción de paja y heno. Finalmente, las tropas comenzaron a embarcar: 17.000 hombres, incluyendo, como de costumbre, espías a sueldo de los directores, con órdenes de informar acerca de las derrotas o la conducta antirrepublicana de los generales. En contraste con la expedición a Italia, ésta se hallaba bien equipada, pues en febrero los directores habían enviado a Suiza una expedición para fundar allí una república hermana, y habían confiscado treinta millones de francos en oro.

La mañana del 18 de mayo de 1798 Napoleón ordenó que se disparasen seis salvas, la señal que indicaba que todos los que estaban de permiso en tierra debían embarcarse. El propio Napoleón se instaló en el navio insignia UOrient. A las siete de la mañana siguiente ordenó que la flota levase anclas, y saliese del fondeadero en forma de herradura, donde apenas cuatro años y medio antes el mayor Bonaparte había bombardeado a los barcos ingleses; y así salió a la vela la armada más numerosa que se hubiera reunido nunca en Francia. Pero ésta era sólo una parte de la fuerza total. Otra flota que partía de los puertos italianos aumentaría el número de barcos a casi cuatrocientos, y el de soldados a 55.000. Al mando de esta fuerza estaba un general que aún no había cumplido los treinta años.

Napoleón había llevado a bordo una pequeña biblioteca, y para pasar el tiempo en el mar, sus oficiales tomaban prestadas las obras.

Bourrienne leyó Pablo y Virginia, el joven Géraud Duroc también leyó una novela, y Berthier, tan profundamente enamorado de Giuseppina Visconti como Napoleón de Josefina, pero imposibilitado de desposarla porque ella ya tenía marido, se zambullía en la tristeza sentimental de Werther. «¡Libros para las criadas!», rezongaba Napoleón, pese a que de vez en cuando también le agradaba leer una novela, y decía a su bibliotecario: «Ofrézcales historia. Los hombres no deberían leer otra cosa».

De noche se sentaban en cubierta, acariciados por el aire tibio de principios del verano, y Napoleón hacía preguntas para provocar un debate informal: si los presentimientos son una guía fidedigna del futuro, cómo debemos interpretar los sueños, cuál es la antigüedad de la Tierra, si los planetas están habitados. Como los oficiales de su Estado Mayor se manifestaban casi unánimemente ateos, Napoleón señalaba las estrellas, más allá de las velas hinchadas por el viento del Levante, en el cielo del Mediterráneo: «Y entonces, ¿quién las hizo?».

El 9 de junio Napoleón llegó frente a Malta. Pertenecía a la autónoma Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, y decíase que su capital, Valetta, con muros de tres metros de espesor y defendidos por un millar de cañones, era el lugar mejor fortificado del mundo. Pero Napoleón sabía distinguir entre una reputación fundada en hazañas del pasado y los hechos actuales. Tenía motivos para creer que Malta, como Venecia, no era más que un fósil, y que los 332 caballeros, ataviados con seda negra adornada por enormes cruces blancas de Malta, eran figuras de una mascarada. Había mandado por delante agentes con orden de sobornar a todos los caballeros que simpatizaran con las ideas republicanas, y soliviantar a los doscientos caballeros franceses contra el Gran Maestro, que era de origen alemán. Los representantes trabajaron bien, y tres días después de la llegada de Napoleón frente a la isla, sin disparar ni un tiro, los caballeros cedieron Malta a la República Francesa. Napoleón resumió así la situación: la Orden «carecía de propósito; cayó porque tenía que caer».

Napoleón se concedió seis días para reformar este bastión del privilegio y el oscurantismo. Por así decirlo disparó una andanada de edictos.

Se declaró abolida la esclavitud, los privilegios feudales fueron revocados, los judíos gozarían de los mismos derechos que los cristianos, y se les permitiría construir una sinagoga, quitó los grilletes que encadenaban a dos mil turcos y moros. Decretó que

nadie debía tomar los votos religiosos hasta la edad madura, fijada en los treinta años. Fundó quince escuelas primarias para una población de diez mil personas, y les encomendó la misión de enseñar «los principios de la moral y la Constitución francesa». Completó las reformas con un eco de su propio pasado, y decretó que sesenta niños malteses serían enviados a París y educados como franceses.

Después de este agitado interludio, que le agradó profundamente, Napoleón partió de nuevo, siempre muy atento a la presencia de buques ingleses. La noche del 22 de junio las dos flotas en realidad se cruzaron, pero a causa de la oscuridad y el cielo nublado ni el almirante inglés ni el francés lo advirtieron. Poco después estaban costeando Creta, donde el artista Denon realizó un boceto del monte Ida y Napoleón, que levantó los ojos del Corán para observar la misma altura, comentó que a lo largo de la historia la gente había demostrado la necesidad de la religión.

Finalmente, el 30 de junio, después de seis semanas de navegación, avistaron la costa de Egipto, y Denon, al pensar en Cleopatra, César y Antonio, murmuró para sí una sombría advertencia republicana: «Allí mismo el imperio de la gloria cedió ante el dominio de la voluptuosidad».

Napoleón no disponía de tiempo para acuñar aforismos. Afrontaba una difícil situación militar. En la costa norte de Egipto el único puerto es Alejandría, y Napoleón no deseaba atacarlo desde el mar. Se vio obligado a desembarcar cinco mil hombres, con mal tiempo, en una abierta playa de arena. El lugar elegido fue Marabut, a trece kilómetros de Alejandría, y allí, a la luz de la luna, los soldados franceses de uniforme azul llegaron a la costa caminando sobre la arena blanca, lo mismo que sus antepasados, los cruzados de San Luis, habían hecho un poco más al este, cinco siglos antes. El propio Napoleón pisó suelo egipcio a las tres de la madrugada, y después de revistar a sus hombres avanzó a través del semidesierto arenoso plantado con higueras hasta la ciudad donde, mucho tiempo antes, un egipcio llamado Napoleón había sacrificado la vida por su fe. Los alejandrinos recibieron una breve advertencia del ataque francés, pero distraídamente olvidaron cerrar una de las puertas.

Con la pérdida de doscientos heridos. Napoleón ocupó la segunda ciudad de Egipto precisamente a tiempo para almorzar.

Napoleón dejó Alejandría en las manos eficaces de Jean Baptiste Kléber, un modesto ex arquitecto de rostro regordete, originario de Estrasburgo, el primero de muchos generales valerosos que habría de

reclutar en Alisacia-Lorena. Después avanzó hacia el sur, primero a través de terrenos pantanosos, y después por un desierto de rocas. Era la estación más calurosa; él y sus hombres sufrieron sed, disentería, escorpiones y enjambres de moscas negras. Una quincena después salieron de este desierto y descubrieron al ejército turco-egipcio desplegado a la sombra de las tres grandes pirámides de Giza.

La élite de este ejército estaba formada por 8.000 mamelucos. Ellos o sus antepasados habían llegado a Egipto desde otros lugares, principalmente Circasia y Albania, y desde la niñez su vida estaba centrada en la guerra. El mameluco gastaba la mayor parte de su capital en el equipo de combate: sillas de montar de enhiesto pomo adornadas con el mismo lujo que los tronos con aplicaciones doradas, coral y joyas, las mejores pistolas inglesas y la cimitarra adamascada.

Napoleón, que prácticamente no poseía caballería, comprendió que tendría que depender de la infantería y los cañones. Dispuso dos divisiones en cuadrados huecos con una profundidad de seis hombres, con cañones en los ángulos, y mantuvo en reserva una tercera división.

Como solía hacer la mañana de la batalla, pronunció un discurso para sus soldados. Esta vez comenzó con una alusión a las tres grandes masas de piedra que se elevaban en el horizonte: «Soldados, desde la altura de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan».

Dirigidos por Murad Bey, un alto circasiano que podía decapitar un buey de un solo golpe de su cimitarra, los mamelucos cargaron sobre los cuadros franceses. Cuando los primeros desmontaron y atacaron las filas de los franceses, Napoleón a la cabeza de la división de reserva se ubicó detrás de los mamelucos, los separó de su campamento fortificado y bombardeó la retaguardia y también al resto del ejército.

Los 16.000 hombres de la infantería egipcia, que nunca habían visto cañones pesados, fueron dominados por el pánico, se dispersaron y trataron de huir nadando por el Nilo. Los mamelucos combatieron valerosamente, pero no pudieron soportar el fuego cruzado de Napoleón. La batalla de las Pirámides duró sólo dos horas, pero fue una de las victorias más decisivas de Napoleón. Con la pérdida de doscientos hombres destruyó o capturó prácticamente a todo el ejército enemigo de 24.000 hombres, y se posesionó del bajo Egipto.

Napoleón, que había hablado con Volney y leído su libro, estaba preparado para hallar una ciudad pobre al llegar a El Cairo; y comprobó que realmente era una ciudad pobre cuando entró allí, dos días después; un ejemplo destacado de los efectos negativos de realeza ausentista y el gobierno de una clase de origen extranjero. Fuera de tres hermosas mezquitas y los palacios de los mamelucos, El Cairo era una gran colección de chozas y mercados que tenían poco que vender, salvo calabazas y dátiles comidos por las moscas, queso de camello y un pan delgado e insípido parecido a los panqueques secos. Pero ése era, después de todo, el propósito de la expedición: libertar, enseñar, promover. Napoleón instaló su cuartel general en un palacio que había pertenecido a un mameluco, declaró terminado el dominio turco, y dejó el gobierno de la ciudad en manos de un diván de nueve jeques asesorados por un comisionado francés. Después persiguió a los mamelucos que se retiraban, los alcanzó en el desierto del Sinai, y los derrotó decisivamente en Salahieh. Esta vez capturó el tesoro de oro y joyas que ellos llevaban, y lo dividió entre sus oficiales.

Muy animado después de Salahieh, Napoleón abrió una carta de Kléber llegada un momento antes. Traía muy malas noticias. Napoleón había dejado la flota francesa de diecisiete naves anclada en la bahía de Aboukir, al parecer en un lugar seguro. En una maniobra audaz, Horacio Nelson había enviado cinco barcos que se deslizaron entre la costa y los franceses, y abrieron fuego desde dos frentes simultáneamente. Los franceses replicaron, pero no pudieron hacer nada. El UOrient se incendió; el joven hijo del capitán Casabianca reveló un valor excepcional y trató de impedir que las llamas alcanzaran la santabárbara del buque, un episodio celebrado después en el verso: «El muchacho estaba sobre la cubierta en llamas»... Pero no consiguió realizar su propósito y el UOrient estalló. En resumen, los franceses perdieron catorce de los diecisiete barcos.

Napoleón y sus 55.000 hombres quedaron aislados. Napoleón comprendió que ya no podrían recibir suministros, o refuerzos, y quizás ni siquiera correspondencia; y ciertamente, no podrían hacer reír a las esposas. Napoleón reaccionó serenamente ante la noticia. Ordenó a su ayudante Lavalette, que había traído la carta, que guardase secreto acerca del contenido, y fue a desayunar con sus oficiales, que se sentían de buen humor después del reparto del oro y las joyas. Napoleón eligió ese momento y dijo: «Parece que este país les agrada. Es afortunado que piensen así, porque ahora no tenemos una flota que nos lleve de regreso a Europa.» Despues, les

comunicó los detalles. «Pero no importa—dijo finalmente—, tenemos todo lo que necesitamos; incluso podemos fabricar pólvora y balas de cañón.» Antes de que terminase el desayuno, Napoleón había contagiado su propia calma a los oficiales, y nadie volvió a hablar del asunto. Pero Napoleón comprendió que entonces más que nunca necesitaba tener éxito.

En su condición de comandante en jefe del ejército de ocupación, Napoleón era el único responsable del gobierno de Egipto. Gobernó mediante órdenes y decretos. Con fines de asesoramiento creó un cuerpo consultivo de 189 egipcios prominentes. Según explicó, esa medida «acostumbraría a los notables egipcios a usar las ideas de asamblea y gobierno». En cada una de las catorce provincias Napoleón creó un diván de hasta nueve miembros, todos egipcios, pero asesorados por un civil francés; estos organismos atendían el servicio de policía, los suministros de alimentos y los servicios sanitarios.

Mediante una serie de decretos, Napoleón creó el primer sistema postal regular de Egipto, y un servicio de diligencias entre El Cairo y Alejandría. Inauguró una casa de moneda para convertir el oro de los mamelucos en escudos franceses. Construyó molinos de viento para elevar el agua y moler el trigo. Comenzó el trazado de mapas de Egipto, de El Cairo y Alejandría. Instaló las primeras lámparas en El Cairo, separadas por una distancia de diez metros en las calles principales. Comenzó los trabajos de un hospital de trescientas camas para los necesitados.

Organizó cuatro centros de cuarentena para controlar uno de los azotes de Egipto, la peste bubónica. Había llevado consigo un juego de tipos arábigos —requisado a una organización papal llamada la Propagación de la Fe— y con él produjo los primeros libros impresos de Egipto; no catecismos, sino una explicación de la oftálmica, y manuales acerca del modo de tratar la peste bubónica y la viruela.

Napoleón había leído el Corán durante el viaje a Egipto, y lo había hallado «sublime». En su condición de racionalista del siglo XVIII y admirador de Voltaire, Napoleón creía que los hombres son hermanos, y comparten la creencia en un Dios benéfico. Sólo las barreras doctrinarias levantadas por los sacerdotes y los teólogos embrollones impedían que la fraternidad de los hombres venerase colectivamente al único Dios que los había creado.

Napoleón no halló en el Corán nada que contradijese esta creencia.

Como sabía de la importancia de la religión en Egipto, Napoleón anunció en su primera proclama: «Cadís, jeques, imanes, decid al pueblo que también nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿Acaso no somos los hombres que hemos destruido al Papa, que predicaba la guerra eterna contra los musulmanes? ¿No somos los que han destruido a los Caballeros de Malta, porque esos locos creían que debían librar una guerra permanente contra vuestra fe?» Más tarde, cuando anunciaría las victorias francesas, adoptó una argumentación análoga. Un firme creyente en la Providencia, aunque a diferencia de Josefina, no en el destino. Con absoluta sinceridad Napoleón atribuía a Alá los éxitos franceses, y afirmaba que era el hombre enviado por el Todopoderoso para expulsar a los turcos y a sus secuaces los mamelucos.

Napoleón trató de ganar el apoyo de los líderes religiosos. Habló de teología con los muflíes y les dijo que admiraba a Mahoma. Con el propósito de honrar el cumpleaños del Profeta, ordenó desfiles, salvas de cañonazos y fuegos artificiales. Cierta noche en que se sentía eufórico, se vanaglorió de que construiría una mezquita que abarcaría media legua a la redonda, donde él y todo su ejército podrían celebrar el culto. Después, formuló un pedido a los muftíes: ¿Estaban dispuestos a anunciar en las mezquitas que los franceses eran auténticos musulmanes como ellos mismos, y a aconsejar a todos los egipcios que jurasen lealtad al gobierno de Napoleón? Los muftíes contestaron que si los franceses eran verdaderos musulmanes debían someterse a la circuncisión y renunciar al vino. Napoleón consideró que eso era llevar un poco lejos la adaptación. Finalmente, llegaron a un compromiso: Napoleón continuaría protegiendo al Islam, y los muftíes formularon una declaración limitada pero muy útil que afirmaba que Napoleón era un mensajero de Dios y amigo del Profeta.

Napoleón consiguió, sobre todo gracias a su tolerancia religiosa, ocupar y gobernar pacíficamente a un país que tenía el doble de superficie que Francia. Afrontó un alzamiento grave, en el que los fanáticos religiosos mataron a algunos hombres de la guarnición francesa de El Cairo. Tallien, representante del gobierno, lo exhortó a incendiar todas las mezquitas y matar a todos los sacerdotes, pero por supuesto Napoleón no hizo nada parecido. Condenó a muerte a los jefes y permitió que la rebelión se extinguiese por sí misma. No se repitió.

Egipto agradaba a Napoleón. No las moscas, la suciedad o la enfermedad, sino el país y el modo de vida. Napoleón significa león

del desierto, y él se aficionó al desierto, como le sucede a la mayoría de los hombres que aman el mar. Lo complacía cruzar la lisa y extensa superficie de arena, con frecuencia a caballo pero a veces sobre el lomo de un camello. La faceta espartana de su carácter armonizaba con la vida sencilla de los egipcios, para quienes las posesiones importaban poco y el carácter mucho. Le agradaba la confianza que depositaban en la Providencia. Incluso simpatizaba con el atuendo de los egipcios. Cierta vez lo probó; turbante, túnica hasta los tobillos y daga curva. Pero Tallien, que dirigía el periódico semanal de Napoleón no repitió la experiencia.

Quizá le agradaba sobre todo el nombre que los egipcios le aplicaban: sultán El Kebir; algo más de lo que podría ser un comandante en jefe, implicaba que aceptaban como gobernante a Napoleón en lugar del sultán de Turquía.

¿Qué pensaban los egipcios del sultán El Kebir? En primer lugar, veían a un hombre enérgico, de costumbres meticulosas, que con un calor sofocante trabajaba doce horas diarias con el uniforme abotonado hasta el cuello. Veían a un general que, pese a que el látigo estaba prohibido, conseguía mantener la disciplina. Cuando algunos soldados robaron dátiles de un huerto privado. Napoleón impidió que se repitiera el episodio mediante el sencillo recurso de apelar al miedo francés a la vergüenza. «Dos veces por día caminarán alrededor del campamento con el uniforme al revés, llevando los dátiles, y un cartel con la palabra "Saqueador".» Al fin conocían a un hombre que se preocupaba por la justicia como los turcos jamás lo habían hecho. Cierto día, durante una reunión con los jeques, Napoleón supo que algunos árabes de las tribus osnades habían asesinado a un fellah y arreado las ovejas de una aldea.

Napoleón llamó a un oficial del Estado Mayor y le ordenó que reuniese 300 jinetes y 200 camellos y persiguiese y castigase a los agresores.

«¿El fellah era vuestro primo —preguntó sonriente un jeque—, que tanto os encoleriza su muerte?» «Era más —replicó Napoleón—. Era un hombre cuya seguridad la Providencia puso en mis manos.» «Maravilloso —replicó el jeque—. Hablas como un inspirado por Alá».

Napoleón dividía su tiempo en El Cairo entre los egipcios influyentes y los científicos que había traído de Francia. Entre los científicos, su mejor amigo era el matemático Gaspard Monge, un hombre perteneciente a la clase trabajadora —su padre había sido afilador de cuchillos— que a los catorce años había inventado un coche de bomberos, y a los veintisiete había salvado a Francia con

una nueva técnica para convertir en cañones las campanas de las iglesias. Ahora, a los cincuenta y dos años, Monge tenía la cara ancha, los ojos hundidos bajo las cejas espesas, la nariz carnosa y los labios llenos. Era un hombre de costumbres sencillas y buen corazón, y un gran conversador. Su esposa no deseaba que viajase al extranjero, y Napoleón se había visto obligado a llamar a la puerta de la casa de Monge, donde a causa de su juventud la criada lo confundió con uno de los alumnos de su amo, y convencer a madame Monge para que permitiese el viaje de su marido.

Cierto día Napoleón reveló a Monge que en su infancia había deseado consagrarse a la ciencia, y que sólo las circunstancias lo habían llevado a la carrera militar. Había parte de verdad en esto. Por ejemplo, en la París revolucionaria Napoleón se las había arreglado para asistir a las clases públicas de química dictadas por Claude Berthollet, el amigo inseparable de Monge. Monge comentó que Napoleón había nacido demasiado tarde, y citó la frase de Lagrange: «Nadie puede rivalizar con Newton, pues hay un solo mundo, y él lo descubrió.» «Newton resolvió el problema del movimiento de los planetas —replicó Napoleón—. Lo que yo esperaba hacer era descubrir cómo se trasmite el movimiento mismo a través de cuerpos infinitesimales».

Gracias a su actividad en el campo de la matemática. Napoleón había sido elegido poco antes miembro de la sección matemática del Instituto de Francia. Un mes después de llegar a El Cairo fundó un instituto con el propósito de organizar la investigación de sus eruditos.

Designó presidente a Monge y él mismo fue el vicepresidente. El Instituto se reunía cada cinco días, al aire libre, a la sombra de las mimosas, o en el serrallo de una mansión requisada. Napoleón pasaba tanto tiempo allí que los oficiales de su ejército se sentían celosos de los «perros pequineses», como llamaban a los eruditos. Que un civil estuviese completamente afeitado era considerado por los egipcios el rasgo distintivo de un esclavo, de manera que la mayoría de los miembros se dejaron crecer gruesos bigotes.

Napoleón y Monge pusieron a los miembros a trabajar en un conjunto de proyectos. Para mencionar sólo unos pocos, digamos que Berthollet estudió las técnicas egipcias de manufactura del índigo, Norry midió la columna de Pompeyo, Villoteau investigó la música árabe, Savigny descubrió una especie desconocida de nenúfar azul, el médico Larrey estudió la oftalmía: comprobó que el ojo derecho se veía afectado con más frecuencia que el izquierdo, y

relacionó este aspecto con la costumbre de los egipcios de dormir sobre el lado derecho, que por lo tanto tenía más probabilidades de verse afectado por la humedad.

Claude Berthollet, un taciturno químico que había complementado la fundición de bronce de Monge con un nuevo método de producción de pólvora, pasó varias semanas en los lagos de natrón del desierto libio estudiando un fenómeno químico: la formación de carbonato de sodio por el contacto del sodio con el carbonato de cal que forma el lecho de los lagos. La mayoría de la gente creía entonces que los cambios químicos respondían a la «afinidad electiva», pero como resultado de su investigación Berthollet demostró en su *Essai de Statique Chimique* que las reacciones dependen en parte de las masas de las sustancias que reaccionan, con lo cual se aproximó a formular el principio de la acción de las masas.

Geoffroy Saint-Hilaire, de veintiséis años, era el zoólogo del Instituto.

Había fundado el zoológico en los jardines botánicos de París, donde Napoleón solía airear su depresión nerviosa en compañía de Junot; había escrito, con Cuvier, una obra maestra acerca del orangután. Aunque su salud era delicada —un ataque de oftalmía lo dejó ciego durante cuatro semanas—, realizó estudios detallados del cocodrilo, del aveSTRUZ y del políptero, un pez del Nilo desconocido en Europa y que se asemeja a ciertos mamíferos. Cuando recogió ibis momificados de las tumbas de Tebas, se convirtió en el primer hombre que estudió una especie a lo largo de varios miles de años. Gracias a estos estudios y a otros afines de anatomía comparada, Saint-Hilaire confirió precisión a la teoría de la evolución de Lamarck y preparó el camino a Darwin.

Aunque en menor medida, Napoleón también participó del trabajo científico de campo. La tarea que él mismo se propuso fue estudiar el canal que antiguamente había unido el Mediterráneo y el mar Rojo.

Trabajó en el proyecto con uno de sus más íntimos amigos, el general Max Caffarelli, del cuerpo de ingenieros. Como Napoleón, Caffarelli era simultáneamente un teórico y un hombre práctico. Sobresaltó al Instituto con un trabajo erudito en que afirmó que toda la propiedad era una forma de robo; en sus talleres podía producir todo lo que se le pidiera, desde balas de cañón hasta los bolos de madera encargados por Napoleón para recreo de los soldados. Caffarelli tenía una pierna de madera, y cuando sentían añoranza los

soldados solían decir: «Caffarelli está cómodo..., él tiene un pie en Francia».

Cierto día Napoleón y Caffarelli se dirigieron al canal, y llevaron consigo, envuelto en papel, un almuerzo consistente en tres pollos asados. Fueron a caballo hasta las Fuentes de Moisés, es decir las fuentes naturales que están cerca de Suez. Después de inspeccionar los restos del canal, tomar medidas y analizar las dificultades del problema, decidieron regresar. Pero los guías egipcios se perdieron y al atardecer todos quedaron atrapados por la marea creciente del mar Rojo. Napoleón vio que Caffarelli perdía la pierna de madera, pero con la ayuda de uno de los guías consiguió llevar a la orilla al general inválido. Más tarde, Napoleón confió al ingeniero Le Pére la misión de realizar la supervisión del istmo, y el detallado informe de Le Pére sería uno de los documentos fundamentales de la decisión, adoptada muchos años después, de construir un nuevo canal.

Como todos los visitantes de Egipto, Napoleón sintió un vivo interés por las pirámides. Un día salió a caballo para visitarlas, acompañado por Berthier, cuyo amor a Giuseppina Visconti estaba adquiriendo proporciones extravagantes. Insistía en avisar a Napoleón que se proponía renunciar y reunirse con ella en Italia. Sólo mirar soñadoramente la luna en el momento preciso en que sabía que en Milán su bienamada comenzaba a verla. Ideó una tienda especial transportada por tres mulas, y cuando la armaba se convertía en un santuario consagrado a Giuseppina Visconti. Contenía un altar sobre el cual Berthier depositaba el retrato de su dama y frente al cual, con profunda reverencia, quemaba incienso. Napoleón, a quien agradaba burlarse de Berthier, sólo entraba en la tienda calzado con sus botas y se recostaba indiferente sobre el sofá, y entonces Berthier farfullaba que Napoleón estaba «profanando el santuario».

Napoleón y Berthier llegaron a la Gran Pirámide e inspeccionaron el trabajo ordenado por Napoleón, es decir, retirar la arena de la Esfinge medio enterrada. Berthier decidió escalar la pirámide, y con Monge, que también era de la partida, inició el ascenso. Monge llegó a la cima, pero en mitad de la subida Napoleón advirtió que el enamorado Berthier se volvía desconsolado. «¿Ya desciende? —gritó Napoleón—. Ella no está en la cima, mi pobre Berthier, ipero tampoco está aquí abajo!» El teniente segundo Bonaparte había copiado en su cuaderno, tomándolas del volumen Historia de Rollin, las dimensiones de la Gran Pirámide, incluso su masa. Es probable

que esta cifra haya permanecido en la mente de Napoleón, pues tenía una memoria notablemente fiel para los números.

Así pues, después de inspeccionar la pirámide, Napoleón dijo a Monge que con las piedras de ese monumento podía construirse un muro que rodease París, de un ancho de un metro y una altura de tres metros. Después, Monge confirmó que el cálculo de Napoleón era acertado, pero posee idéntico interés el hecho de que Napoleón considerase a la pirámide precisamente como lo hizo: es decir, no con referencia al poder de los faraones, ni a la tumba que guardaba, ni siquiera a los problemas tecnológicos suscitados por su construcción; sino con referencia a su tamaño, expresado en cifras que relacionaba, de algún modo, con Francia.

El ansia de saber de Napoleón tenía su lado cómico. En cierta ocasión Napoleón pidió al dibujante Rigo que realizara bocetos de los nubios, los habitantes más atrasados de Egipto, ataviados con sus prendas nativas.

Rigo comenzó a trabajar, pero apenas los hombres de piel negra vieron sus imágenes sobre la tela, se atemorizaron. «¡Me ha cogido la cabeza!», «¡Me ha cogido el brazo!», gritaban huyendo depavoridos. Napoleón invitó nuevamente al pueblo de El Cairo a visitar los talleres del Instituto, donde Conté fabricaba de todo, desde salitre hasta trompetas. Pero todo eso era demasiado nuevo para hombres que no conocían ni siquiera la carretilla o las tijeras. Los egipcios estaban seguros de que Conté era un alquimista que trasmutaba el plomo en oro, y cuando organizó una exhibición de globos y los sacos redondeados comenzaron a elevarse en el cielo azul y se balancearon sobre el Nilo, asintieron con la cabeza cubierta por el turbante y murmuraron: «¡Estos franceses tienen un pacto con el demonio!».

Por supuesto, los ingleses se burlaron de las maneras heterodoxas de la campaña de su enemigo. Un caricaturista inglés imaginó a una pareja de harapientos científicos franceses atacados por enojados cocodrilos: a uno lo mordían en el muslo, al otro en el trasero. De acuerdo con la caricatura de los científicos, eran los autores de tratados acerca de «La educación de los cocodrilos» y «Los derechos de los cocodrilos».

Napoleón comprendió que si deseaba conocer profundamente a los egipcios tenía que descubrir lo que habían sido y hecho en el pasado; pero la historia egipcia era, tanto para los europeos como para los egipcios, un libro casi completamente cerrado, de modo que envió a Vivant Denon a explorar las antigüedades del Alto Egipto.

Denon acompañó al cuerpo de ejército del general Desaix, y ejecutó bocetos «casi siempre de pie o arrodillado, incluso a caballo, y sin completar ni siquiera uno, que es lo que yo hubiera deseado». Entre las antigüedades que registró para conocimiento de Europa, estaban el templo de Edfu, con casas árabes en el techo, y el templo de Ptolomeo en Dendera. Después de examinar el vestíbulo de este monumento, con su techo sostenido por columnas y perfectamente conservado, Denon anotó en su diario: «¡Los griegos no inventaron nada!».

Napoleón alentó también el estudio de los jeroglíficos. Los franceses copiaron exactamente las inscripciones de los principales monumentos; más aún, copiaron tantas que se les agotaron los lápices, y Conté tuvo que improvisar lápices nuevos, y con ese fin fundió balas de plomo dentro de juncos extraídos del Nilo. Pero no consiguieron descifrar los extraños signos. Siguiendo en esto a los griegos, creyeron equivocadamente que los jeroglíficos eran todos signos figurativos, y que el egipcio era esencialmente un lenguaje semejante al chino.

La verdad fue revelada de manera dramática, y gracias a un factor inesperado: una enorme y fea piedra negra. Durante una sesión del Instituto, en julio de 1799 —la más importante celebrada bajo la dirección de Napoleón— se leyó un trabajo del ciudadano Lancret, que anunciaba «el descubrimiento en Rosetta de ciertas inscripciones que pueden ser muy interesantes». Sobre una losa de basalto de un metro doce centímetros de longitud y 72 centímetros de ancho apareció un texto inscrito en tres escrituras distintas: jeroglíficos, demótico —el lenguaje del Egipto moderno— y griego. Lancret sabía leer griego: era un decreto que conmemoraba el ascenso de Ptolomeo V Epifanes al trono de Egipto en 197-196 a.C., y que enumeraba los beneficios que había otorgado a los sacerdotes. Cuando se comparó el griego con los jeroglíficos, pudo identificarse el signo que significaba Ptolomeo y por lo tanto los valores de «p», «o» y «I».

Jean Francois Champollion, un brillante y joven francés que sabía nueve lenguas orientales, profundizaría en las pistas aportadas por la Piedra Rosetta. Descubrió más y más valores, siempre mediante el descifrado de nombres extranjeros. Entonces surgió un interrogante. ¿Los egipcios habían utilizado las tarjetas sólo como un modo casual de escribir los nombres que eran extraños a Egipto, o los empleaban para sus propios reyes? Al examinar una figura oval copiada poco antes en Abú Simbel, Champollion advirtió que contenía un círculo

semejante a un sol, al que él había atribuido el valor de «m» (en realidad, era «ms») y finalmente dos signos a los cuales había asignado el valor de «s». Percibió que si atribuía al disco solar su sonido copto «Re» y al mismo tiempo lo identificaba con el dios Ra mencionado por los autores griegos, tenía al faraón Ramsés, mencionado en la Biblia. Muy excitado, Champollion examinó otra tarjeta; contenía la imagen de un ibis, sagrado para el dios Thoth, y el mismo signo «ms» de la primera tarjeta. De ese modo obtenía Thothmes, que de acuerdo con los registros griegos era otro faraón. En ese momento cayó el velo que envolvía a los jeroglíficos egipcios. El secreto de la escritura egipcia era que combinaba signos que representaban ideas con signos que representaban sonidos.

La Piedra Rosetta fue el descubrimiento más importante de la expedición de Napoleón. Revelaría no sólo el misterio de los jeroglíficos sino el mundo desconocido de la historia egipcia. Por eso mismo infundió en los egipcios la conciencia de que eran un pueblo con un gran pasado, y por lo tanto quizás con un gran futuro. Puede afirmarse que este descubrimiento, así como muchos progresos médicos y científicos promovidos por los «perros pequineses» de Napoleón, son la base del Egipto moderno.

En octubre de 1798 Napoleón podía sentirse bastante satisfecho con sus cuatro meses de Egipto. Había ocupado el país y estaba desarrollándolo deprisa. Gracias a los entretenimientos que él organizó, como conciertos, representaciones teatrales y cacerías de avestruces, sus tropas no estaban demasiado desmoralizadas. El propio Napoleón gozaba de excelente salud, y estaba rodeado de amigos, incluido su hijastro Eugéne, un joven franco y disciplinado de diecisiete años, con quien Napoleón simpatizaba, y que fue su ayudante de campo. Sin embargo, dos traiciones vinieron a turbar este período de felicidad.

La primera traición llegó en la forma de una carta, pues a pesar del bloqueo de Nelson, de vez en cuando una nave proveniente de Francia conseguía pasar. La carta estaba dirigida a Junot, y como traía noticias de Josefina, Junot se consideró obligado a mostrarla a Napoleón. Josefina había retorna do del balneario de Plombières con Hippolyte Charles en su carruaje. En varias escalas para pasar la noche, ella y Charles se habían alojado en la misma posada. De regreso a París, Josefina había estado recibiendo a Charles en la rue Chantereine, 6 y la habían visto con él en público, en los palcos más iluminados del cuarto piso del Théâtre des Italiens. En definitiva,

París entero tenía la certeza de que Josefina e Hippolyte eran amantes.

Cuando leyó la carta acerca de Josefina, al principio Napoleón no quiso creerlo. Hasta ese momento nunca había tenido pruebas concretas de que su esposa le hubiera sido infiel. Preguntó a varios de sus amigos, entre ellos Berthier, acerca de Hippolyte Charles y le confirmaron la noticia. Al parecer, todos menos él lo sabían. Napoleón palideció, se golpeó varias veces la cabeza y dijo a Bourrienne con voz rota: «Josefina! ¡Y yo estoy a 600 leguas de distancia!» Juró exterminar a Charles y a toda su calaña de petímetros, y después se lanzó contra Josefina: «Me divorciaré. Sí, será un escandaloso divorcio público».

Napoleón era un perfeccionista, y como todos los perfeccionistas cuando las cosas salían mal se mostraba propenso a sufrir profundos accesos de desánimo. El año precedente, en la conversación con un amigo había comparado a la vida como «un puente tendido sobre un río de corriente rápida. Los viajeros lo cruzan, algunos con paso tardo, otros corriendo, algunos siguen un curso recto, otros se desvían. Un grupo, con los brazos inertes, se detiene para dormir o contemplar el río. Y hay otros que van cargados y no descansan, que se fatigan tratando de atrapar las burbujas de todos los colores que los charlatanes soplan al vacío desde plataformas profusamente adornadas. Apenas se las toca esas burbujas desaparecen, y ensucian la mano que intentó alcanzarlas».

Y había estallado otra burbuja. Desde el principio mismo Napoleón había tenido sus dudas acerca del amor que Josefina le profesaba, y cuando esas dudas se confirmaron, escribió una carta a Joseph, su confidente favorito, para manifestar toda la desilusión que sentía. «Se ha desgarrado horriblemente el velo. Eres la única persona que me queda; valoro tu amistad... Prepara una casa para mi regreso, en París o en Borgoña... Estoy cansado de la naturaleza humana. Necesito estar solo y aislado. Los grandes acontecimientos me dejan frío. Todo lo que es sentimiento se ha agotado. La fama es insípida».

Incluso esta carta, que había ayudado a aliviar su dolor, se volvería contra Napoleón, y en definitiva acentuaría su sufrimiento. Nelson la interceptó, junto a una cana de Eugéne a Josefina que describía la infelicidad de Napoleón. Ambas canas fueron publicadas en el Morning Chronicle de Londres el 24 de noviembre, y antes de que hubiese terminado el mes, Napoleón era el hazmerreír de París.

Napoleón detestaba hacer el papel de tonto, y, sin pérdida de tiempo, buscó el modo de salir de la situación en que se encontraba.

Desde Egipto no podía iniciar el «escandaloso divorcio público», pero por lo menos podía demostrar que no era un marido inconsolable, es decir el más ridículo de los hombres. Entre las trescientas mujeres francesas que acompañaban a su ejército como costureras y lavanderas había una bonita rubia de Carcassone, esposa de un teniente de infantería; se llamaba Pauline Foursé. Ella y su marido no estaban unidos por un amor muy profundo, y cuando Napoleón le mostró interés, Pauline se divorció de su marido. Napoleón no amaba a Pauline —los soldados afirmaban, y no se equivocaban, que el Instituto era la «amante favorita» del general—, pero ella era bonita y tierna. Napoleón se paseaba en carroaje con Pauline por las calles de El Cairo sin el más mínimo disimulo, y de acuerdo con lo que él había previsto, en París se supo que el nuevo conquistador de Egipto tenía una Cleopatra.

La segunda traición tuvo consecuencias más trascendentes que la primera. En sucesivas canas Napoleón insistía en preguntar si Talleyrand había cumplido su promesa y había viajado a Constantinopla para negociar un tratado con Turquía. No recibió respuesta. En realidad, Talleyrand no fue a Turquía. No estaba en los planes de este sinuoso político promover la carrera de Napoleón ni soportar la incomodidad de un viaje de más de 2.200 kilómetros. En consecuencia, durante el otoño de 1798 sucedió lo que Napoleón más temía: presionada por Inglaterra, Turquía declaró la guerra a Francia. Aquel invierno se formó en Siria un ejército turco con el fin de invadir Egipto.

Napoleón tenía motivos para alarmarse. Los turcos eran conocidos en Europa entera por su残酷. Decapitaban a los prisioneros y mantenían intimidada a Grecia con masacres periódicas de aldeas enteras, operaciones en las que mataban también a las mujeres y los niños. Si un ejército turco entraba en Egipto, sería una catástrofe tanto para los egipcios como para los franceses. Napoleón decidió anticiparse al ataque.

A fines de enero reunió 13.000 hombres, 900 soldados de caballería y cuarenta y nueve cañones para invadir Siria, como se llamaba entonces Tierra Santa.

Después de una difícil marcha a través del desierto del Sinaí, durante la cual se vieron reducidos a comer asnos y camellos, Napoleón y sus hombres desembocaron en la fértil llanura que se extiende alrededor de Gaza, donde los limoneros y los bosquecillos de olivos recordaron a Napoleón la fisonomía del Languedoc. Capturó Gaza el 25 de febrero e hizo dos mil prisioneros turcos. El principal

problema de Napoleón estaba en los alimentos —tenía apenas lo suficiente para su propio ejército—, de manera que liberó a los turcos capturados con la condición de que no volvieran a participar en la guerra. Después continuó avanzando, y el 7 de marzo tomó por asalto Jaffa. Aquí capturó a otros cuatro mil turcos. Varios centenares de ellos eran hombres de los liberados por Napoleón bajo palabra en Gaza.

Napoleón afrontaba una decisión terrible. Podía mantener prisioneros a los turcos. Pero en ese caso no podría alimentarlos. A 480 kilómetros de su base de El Cairo, sus propios hombres apenas disponían de galletas suficientes para ellos mismos y en un país desértico no hallarían más alimentos. O podía liberar a los prisioneros. Era evidente que se reincorporarían al ejército turco principal, y de ese modo reforzarían el poderío de una fuerza que ya era muy superior a la francesa. O los turcos pasaban hambre, o Napoleón tendría que combatir nuevamente contra ellos, y al hacerlo se vería obligado a derramar sangre francesa. Napoleón consideró que la decisión era demasiado terrible para resolver por sí mismo el asunto, e hizo lo que nunca había hecho antes: convocó a un consejo militar de todos sus oficiales superiores. Hablaron durante dos días del tema, y cada uno manifestó su opinión. La mayoría afirmó que solamente quedaba un camino: fusilar a los prisioneros. Parecía una actitud muy cruel, pero entendían que era un mal menor que cualquiera de las dos posibilidades restantes. Napoleón impartió las órdenes necesarias y el 10 de marzo los turcos fueron fusilados.

Napoleón continuó avanzando por la costa en dirección a Acre, un puerto rodeado por el mar en tres de sus lados; en el cuarto lado tenía el más formidable sistema defensivo de Medio Oriente: un castillo construido por los cruzados con la solidez de la Gran Pirámide, defendido por un foso, contrafuertes y 250 cañones. Tenía una fuerte guarnición turca y 800 marineros ingleses al mando de Sidney Smith, un valiente oficial que había luchado contra Napoleón en Tolón.

Napoleón decidió que intentaría capturar Acre. Si lo conseguía privaría de su base más importante a la flota inglesa, y él mismo tendría abierta una ruta importante de Damasco a Constantinopla. Las ventajas posibles eran grandes, pero también lo eran los obstáculos, ya que con el propósito de evitar el accidentado terreno del desierto había enviado por mar la mayoría de sus cañones, y los ingleses los habían capturado. Napoleón tenía ahora sólo doce

cañones, y estaba tan escaso de munición que se vio obligado a recoger las balas de cañón usadas por el enemigo.

Con esta munición logró perforar los muros del castillo; tres veces sus hombres consiguieron entrar en el antepatio, y otras tantas se vieron obligados a retroceder ante las relampagueantes cimitarras. En este momento Napoleón recibió un mensaje urgente del general Kléber, que defendía el flanco derecho y había sido atacado por una fuerza superior en número. Napoleón acudió en socorro de Kléber y descubrió que éste ya llevaba seis horas conteniendo al enemigo, y en la llanura que se extiende a los pies del monte Tabor condujo a 4.500 soldados franceses a la victoria sobre 35.000 turcos.

De regreso en Acre, Napoleón comprobó que el calor, los cañones enemigos y la enfermedad estaban debilitando a su pequeño ejército.

Monge deliraba a causa de la disentería y Napoleón ordenó que el matemático fuese trasladado a su propia tienda. Peor todavía, Max Caffarelli había estado recorriendo una de las trincheras poco profundas de la primera línea. Como de costumbre, para mantener el equilibrio con la pierna artificial tenía la mano izquierda sobre la cadera. Eso determinaba que su codo asomara apenas sobre el nivel del suelo. Sus camaradas le advirtieron que los turcos disparaban sobre todo lo que veían, por pequeño que fuese, pero Caffarelli mantuvo la mano sobre la cadera.

Un momento después una bala de cañón le destrozó la articulación del codo. La herida era tan grave que Larrey tuvo que amputarle el brazo izquierdo.

Napoleón fue inmediatamente a ver a su amigo y pidió que le informasen regularmente sobre su estado. Pocas noches después Bourrienne fue a la tienda de Napoleón; estaba muy deprimido. Según dijo, Caffarelli había pedido que le leyera el prefacio de Voltaire al Espíritu de las leyes, de Montesquieu, y durante la lectura se había desmayado. «iTanto deseaba escuchar ese prefacio!», murmuró Napoleón, y fue a ver a su amigo. Pero Caffarelli continuaba inconsciente, y durante esa noche falleció. Desde la infidelidad de Josefina, Napoleón se apoyaba mucho en las relaciones con sus oficiales, y con esta muerte sufrió todo lo que un hombre puede sufrir cuando pierde a un amigo íntimo. Afirmó que Francia había perdido a uno de sus mejores ciudadanos, y la ciencia a uno de sus sabios famosos. Ordenó que embalsamaran el corazón de Caffarelli y que lo depositaran en un reliario. Este reliario sería una de las pertenencias más apreciadas por Napoleón, y dondequiera que fuera, lo llevaba consigo.

Napoleón continuó el sitio con un suplemento de nueve cañones pesados que le llegaron por mar. En el curso de sangrientos ataques, los franceses se abrieron paso hacia el interior de Acre, pero fueron expulsados o capturados y decapitados instantáneamente. Los turcos mantenían un fuego casi incesante sobre las líneas francesas. En cierta ocasión una bomba cayó a los pies de Napoleón y dos granaderos lo arrastraron hasta un lugar seguro; otro día, mientras observaba al enemigo a través de un catalejo instalado entre las fajinas de una batería de cañones, una granada turca alcanzó las fajinas superiores, y Napoleón fue arrojado violentamente a los brazos de Berthier. Como observó uno de los generales: «Estamos atacando al estilo de los turcos una fortaleza defendida al estilo europeo».

La noche del 7 de mayo, cuando el sitio ya duraba seis semanas, Napoleón avistó una flota angloturca de treinta naves que traía refuerzos de Rodas. Si querían apoderarse de Acre, debían hacerlo inmediatamente.

Napoleón ordenó al regimiento 69 que iniciara un ataque total. Los soldados consiguieron entrar, pero en ese mismo momento Sidney Smith logró desembarcar un destacamento de marineros ingleses, y estos hombres, que entraban descansados en combate, expulsaron a los franceses.

Cuando Napoleón comprendió que no podría apoderarse de Acre, se encolerizó y cayó sobre el regimiento 69. «Los vestiré con faldas —gritó—. Quítenles los pantalones. Tienen vulvas entre las piernas, no penes. Quiten los pantalones a estos maricones».

De mala gana, Napoleón decidió abandonar el sitio y regresar a Egipto. Fue un momento doloroso; el primer revés después de Maddalena. Pero no dispuso de mucho tiempo para cavilar, porque afrontaba un nuevo problema. En Jaira habían aparecido varios casos de peste bubónica difundida por las pulgas de las ratas; la enfermedad provoca inflamaciones en las axilas, las ingles y después en la garganta; generalmente sobreviene la muerte en pocos días. Napoleón había aislado los casos, pero la peste se había difundido a varios centenares de enfermos.

Algunos estaban tan enfermos que ni siquiera podían montar una muía. De modo que se suscitó el interrogante: ¿Qué hacer con ellos?. Napoleón prestaba más atención que la mayoría de los soldados a sus heridos y enfermos. Por ejemplo, en El Cairo ordenó que les preparasen un pan de calidad especial, y se prohibió que lo consumieran «el comandante en jefe, los generales o el

contramaestre general», y también dispuso que las bandas militares tocasen todos los días a las doce para levantar el ánimo de los pacientes. Compadecía a sus valerosos soldados afectados por la peste negra. Sabía que si aún estaban vivos cuando los turcos se apoderasen de ellos, serían decapitados. Dijo a Desgenettes, comandante del cuerpo médico, que era conveniente terminar con sus sufrimientos mediante una fuerte dosis de láudano.

Desgenettes no estuvo de acuerdo. Afirmó que era mejor dejarlos en el campamento, y que afrontaran el riesgo. Finalmente se concertó un compromiso: los médicos administraron láudano, como analgésico, a treinta de los soldados enfermos que estaban moribundos. El láudano provocó el efecto imprevisto de obligarlos a vomitar, con resultados beneficiosos, y varios de los treinta se recuperaron y regresaron sanos y salvos. Con respecto a los enfermos que podían viajar, Napoleón impartió esta orden: «Todos los caballos, los camellos y las muías estarán reservados para los heridos, los enfermos y los afectados por la plaga que muestren el más mínimo signo de vida.» Apenas se conoció la orden cuando se presentó el ordenanza de Napoleón: ¿Qué caballo se reservaba el general para sí? Napoleón descargó irritado el látigo sobre el ordenanza. «Todos los que no están enfermos irán a pie, comenzando por mí».

Napoleón condujo a su maltrecho ejército hacia el sur, a lo largo de la costa de Tierra Santa, y se internó en el desierto de Sinaí. En febrero y a caballo había sido un viaje ingrato, pero a pie, con un largo cortejo de heridos, y con un calor que se elevaba a 54 grados centígrados, era una lenta tortura. De todos modos, hacia principios de junio. Napoleón había conseguido poner a salvo a su ejército en Egipto y se preparaba para repeler al ejército turco, que según preveía desembarcaría pronto.

Los turcos desembarcaron cerca de Alejandría el 11 de julio, y acamparon en la cercana península de Abukir; allí, el 25 de julio Napoleón los atacó. Tenía 8.000 hombres contra 9.000 turcos, la mayoría, una élite de jenízaros, vestidos con abultados pantalones azules y turbantes rojos, y armados con mosquetes, pistolas y sables. Se dispusieron en dos filas separadas por un kilómetro y medio, la primera línea en una llanura y la segunda sobre una colina, el monte Vizir. Atrás tenían el mar, y Napoleón llegó a la conclusión de que el mar sería su mejor aliado en la batalla inminente.

Napoleón envió a Lannes y L'Estaing contra el centro de la primera línea de los turcos, y ordenó a Mural que con la caballería rodease los

flancos derecho e izquierdo. De este modo los turcos retrocedieron hacia el monte Vizir. Napoleón permitió descansar a sus tropas y reanudó la batalla a las tres de la tarde.

Murat, que vestía un soberbio uniforme, con más alamares dorados que paño azul, reveló un soberbio coraje. Mustafá, el general turco de barba blanca, disparó una pistola directamente a la mandíbula inferior de Murat, entonces Murat arrancó de un sablazo la pistola de la mano del turco, y el arma voló acompañada por dos dedos de la mano; después, continuó dirigiendo a su caballería hacia el centro de los jenízaros, y finalmente los arrojó al mar. Cinco mil turcos murieron ahogados, unos dos mil fueron muertos y otros dos mil fueron hechos prisioneros. Sólo un puñado escapó.

La estrategia de Napoleón, combinada con el coraje de Murat, convirtió a Abukir en una importante y oportuna victoria francesa. Borró la mancha de Acre. «Digan a todas las jóvenes damas — escribió Murat a Francia—, que aun si Murat perdió algo de su apostura, ellas comprobarán que nada perdió de su bravura en la guerra del amor».

La posición de Napoleón al día siguiente de Abukir era bastante buena. En el lapso de trece meses desde que había puesto el pie en suelo egipcio había ocupado el país, iniciado una amplia gama de mejoras y reunido un considerable caudal de conocimientos nuevos. Sólo se había frustrado el segundo propósito de la expedición: no había posibilidades inmediatas de asestar un golpe a la India. Pero gracias a su victoria entre las arenas y el mar, Napoleón había contenido la amenaza proveniente de Turquía, y al parecer nada impedía que permaneciese en Egipto y continuase pacíficamente su labor de promoción del desarrollo.

Poco después de la batalla de Abukir, Napoleón recibió algunos periódicos, entre ellos una *Gazette franfaise* de Francfort correspondiente al 10 de junio de 1799. Hojeó ávidamente el periódico, pues hacía seis meses que no tenía noticias de Europa. Descubrió que Francia había caído en una situación tan desastrosa que parecía casi inconcebible. En lugar de un enemigo, Inglaterra, ahora tenía cinco: Inglaterra, Turquía, Napoles, Austria y Rusia. Un ejército anglorruso había invadido Suiza y ocupado Zúrich. Una flota turcorrusa había capturado Corfú, orgullo de las islas Jónicas. Un ejército austrorruso había invadido el norte de Italia, derrotado a los franceses en Cassano y desmantelado la República Cisalpina, de manera que, por el momento, toda la labor constructiva de Napoleón estaba reducida a la nada. Peor todavía: Francia se encontraba en

estado de colapso económico. De acuerdo con los periódicos, era sólo cuestión de tiempo antes de que Luis XVIII ocupase el trono.

«¿Es posible? —exclamó Napoleón—. ¡Pobre Francia...! ¿Qué han hecho esos canallas?» Todo lo que él apreciaba parecía derrumbarse, junto con los valores que él había resumido en su brindis durante un banquete francoegipcio: «¡Por el año 300 de la República!» ¿Qué debía hacer? O permanecer donde estaba y esperar órdenes de París, las mismas órdenes que probablemente nunca conseguirían atravesar el bloqueo inglés; o bien podía tratar de burlar personalmente ese bloqueo con la esperanza de retornar a Francia, y una vez allí, adoptar las medidas ordenadas por el Directorio para salvar a la patria y la República, pues ellas eran lo que importaba por encima de todo. Egipto era nada más que un episodio secundario. Los inconvenientes de esta actitud eran evidentes: se lo acusaría de abandonar a su ejército, de adoptar una decisión que era del ámbito exclusivo de los directores. De todos modos, Napoleón decidió adoptar el segundo de los criterios mencionados.

«Debía afrontar todos los riesgos, pues mi lugar estaba donde pudiera ser más útil».

Napoleón llamó al almirante Ganteaume y supo que estaban disponibles cuatro pequeñas naves, entre ellas la fragata que él había bautizado Muirán, en recuerdo de su ayudante de campo favorito que había caído en Arcóle. En secreto, Napoleón realizó los arreglos con el fin de viajar a Francia con estos cuatro barcos, en los que viajaría sólo un reducido grupo de oficiales y civiles. El 23 de agosto de 1799, después de catorce meses en Egipto, Napoleón entregó el mando del ejército a Kléber y partió rumbo a Francia.

Napoleón no volvería a Egipto. Pero en el lapso de catorce enérgicos meses había dejado su impronta sobre la arena, que borra la mayoría de las marcas humanas. El final allí puede narrarse brevemente: el ejército francés sufrió derrotas a manos de los turcos y los ingleses, y fue repatriado de acuerdo con los términos de un tratado firmado en 1801. Después de un período anárquico, Egipto surgió como una nación independiente bajo Mehemet Alí, uno de los sobrevivientes de la batalla de Abukir.

Mantuvo el estrecho vínculo con Francia, y hasta los tiempos de Lesseps fueron científicos franceses los que impulsaron el desarrollo de Egipto.

Por otra parte, los «perros pequineses» perdieron su situación privilegiada después de la partida de Napoleón. De todos modos, en condiciones muy difíciles, continuaron observando y recolectando, y

partieron en dirección a Francia llevando todos sus tesoros excepto uno: la Piedra Rosetta, que fue a parar a Londres. Cuando volvieron a Francia, Napoleón nuevamente les otorgó su protección y los puso a trabajar en la compilación de la crónica más sumptuosa y detallada de un país extranjero que se hubiera elaborado hasta ese momento: la *Description de l'Egypte*.

En diez volúmenes infolio bellamente ilustrados, que abordaban todos los temas, de las antigüedades a la zoología Napoleón reveló al mundo los descubrimientos realizados por el Institut d'Egypte, y de hecho todo lo que valía la pena saber acerca del pasado y el presente de Egipto. Más que las banderas turcas capturadas en el monte Tabor y Abukir, estos libros fueron los trofeos de su campaña egipcia.

CAPÍTULO ONCE

Una nueva Constitución.

Napoleón llegó a su casa de París a las seis de la mañana del 16 de octubre de 1799, y se consideró afortunado de haber escapado de la flota inglesa; sin embargo, inmediatamente se complicó en un drama doméstico. Su casa había sido lujosamente redecorada, pero Josefina no estaba allí. «Los guerreros de Egipto —comentó secamente Napoleón—, se parecen a los de Troya. Sus esposas han sido igualmente fieles», y ratificó su decisión de divorciarse de Josefina. Sólo cuando su esposa regresó dos días después, y explicó que había salido al encuentro de su marido por el camino de Borgoña —Napoleón había regresado por Nevers— acompañada por sus hijos y rogó la noche entera, llorando, frente a la puerta cerrada, Napoleón suavizó su actitud y le perdonó el episodio de Charles.

Napoleón se acusó a sí mismo de ser débil —era cieno, de acuerdo con las normas corsas—, pero Josefina percibió únicamente la fuerza que se manifestaba tras la amenaza de divorcio y la terrible noche de llanto. Supo entonces que Napoleón era el amo y como era una mujer de tipo muy femenino, prefería que así fuese. Ella y Napoleón comenzaron a crear una relación más feliz.

Los directores esperaban a Napoleón, y en realidad lo habían convocado en una carta que fue interceptada. Cuando se presentó a informar, le ofrecieron el mando del ejército que prefiriese. Napoleón había regresado con el fin de afrontar la amenaza de la invasión extranjera, pero comprobó que durante el verano otros habían resuelto eficazmente el problema; entre ellos, principalmente Massena. Otros peligros amenazaban a Francia, y Napoleón dijo a los directores que reflexionaría acerca del ofrecimiento.

Napoleón no tenía más que examinar su propio círculo para descubrir la extensión de la podredumbre que debilitaba a Francia. Paúl Barras había caído muy bajo. Descuidaba su trabajo para perseguir a mujeres de escasa moral y asistir a sesiones de juego;

llevaba la vida descrita por su primo el marqués de Sade, y vendía los empleos para pagar sus propios placeres.

El gobierno prácticamente no existía, y por eso mismo había aumentado la inflación. Después de una docena de representaciones de su pieza teatral Osear, Arnault, amigo de Napoleón, había recibido del cajero del teatro derechos que equivalían a 1.300.000 francos. «¡Francia está más pobre que nunca!», dijo Arnault a su madre. «¿Cómo es eso?», preguntó ella: «Porque soy millonario», fue su respuesta.

Siete octavas partes de los artesanos parisienses carecían de empleo, y los funcionarios civiles llevaban mucho tiempo sin cobrar el sueldo.

Los caminos eran tan inseguros que parte del equipaje de Napoleón fue robado por bandidos. La Vendée y Bretaña se habían levantado nuevamente en armas, y en París muchos esperaban la llegada de un rey Borbón, pues nadie creía que hubiera cosa peor que los directores. Las floristas ofrecían sus ramaletas con un guiño y un codazo: «Cinco por un luis. Cinco por un luis».

Más deprimente que los hechos era la actitud de los franceses frente a esta situación. Dos hermanos de Napoleón habían escrito novelas que reflejaban el desorden: la de Joseph se desarrollaba en las nieves alpinas, la de Lucien en las calurosas junglas de Ceilán. Ambos adoptaban una actitud de escapismo y desesperanza en presencia de una situación que les parecía insoluble.

Napoleón desechará la apatía de sus hermanos. Advirtió que la República estaba en peligro y que le correspondía hacer algo al respecto.

Durante las dos semanas que siguieron a su retorno. Napoleón decidió que se dedicaría a la política. La decisión se originó naturalmente en sus aspiraciones anteriores, tal como las expresó en su ensayo acerca de la felicidad, pero se vio fortalecida por sus experiencias de Egipto.

En su carácter de sultán El Kebir no sólo había mandado un ejército, sino gobernado un país y, según creía, lo había hecho bien. Cuando más tarde llegó a analizar los motivos que determinaron su decisión de comenzar la actividad política, dijo: «Procedí no por amor al poder, sino porque concluí que tenía más educación, que era más perceptivo, más clarividente, y que estaba mejor calificado que otros.» La primera idea de Napoleón fue que lo eligieran director. Los Consejos realizaban las elecciones, pero los deseos de los propios directores importaban mucho. De modo que Napoleón fue a

Luxemburgo a ver a Paúl Barras. Napoleón no lo sabía, pero Barras estaba recorriendo las últimas etapas de sus negociaciones secretas con los realistas del extranjero en vista del retorno de Luis XVIII. Por este asunto, se le pagarían doce millones de francos. Consciente del republicanismo inflexible de Napoleón, Barras trató muy fríamente al joven general y lo remitió a Gohier, que en ese momento presidía el Directorio.

Louis Gohier era un tímido abogado de cincuenta y tres años que compartía la debilidad de Barras por las mujeres bonitas; incluso sentía mucha simpatía por Josefina. Pero si Napoleón abrigaba alguna esperanza en ese sentido, pronto se vio cruelmente decepcionado. Gohier le señaló que, de acuerdo con la Constitución, una persona menor de cuarenta años no podía ser director. Napoleón tenía apenas treinta.

Llegaría el día, dijo Gohier en actitud protectora, en que Napoleón sin duda podría incorporarse al gobierno; pero ahora no.

—¿De modo que usted apoya una norma que priva a la República de los hombres capaces?

—En mi opinión, general, no puede haber excusas para quien manipule la ley.

—Presidente, usted se aterra a la letra estéril —fue la acre respuesta de Napoleón.

Napoleón comprendió que no podría incorporarse al gobierno, pues Gohier era el ejemplo típico de los abogados que formaban los Consejos.

Sin embargo, la acogida que se le había dispensado en Francia, los tributos no solicitados de personas de todas las jerarquías, lo convencieron de que tenía que representar un papel en la salvación de la República.

Ciertamente, si él no la salvaba, ¿quién lo haría?.

Napoleón decidió que sería necesario promover una nueva Constitución, con un límite de edad inferior para la incorporación al ejecutivo.

El Directorio ya había demostrado cómo podía llegarse a hacer esto. En dos ocasiones distintas, en septiembre de 1797 y en mayo de 1798, los directores habían regulado las cámaras del Consejo apelando a las tropas para atemorizar a los miembros y obligarlos a anular la elección de unos cincuenta diputados cuyas posiciones provocaban el temor de los directores. Más aún, Gohier, que se aferraba tan obstinadamente a la letra de la Constitución, pertenecía a un gobierno que dos veces había procedido inconstitucionalmente y

que, al hacerlo, creían muchos franceses, había perdido el derecho a la autoridad legal.

Napoleón no poseía influencia suficiente para promover ese cambio.

Sin embargo, por entonces se le acercó Joseph Sieyés, el director recientemente designado. Autor del panfleto «¿Qué es el Tercer Estado?», que contribuyó a desencadenar la revolución, Sieyés tenía ya cincuenta y un años y era el orador más destacado en la defensa de los principios liberales.

Vivía solo en su apartamento de soltero de un tercer piso con el perfil de cera de su héroe Voltaire. Era un hombre delgado, de cabeza alargada y calva, nariz larga y puntiaguda y voz débil; padecía hernia y venas varicosas. Pero no carecía de coraje. Cierta vez, un sacerdote descontento llamado Poule entró en las habitaciones de Sieyés y lo hirió en la muñeca y el estómago. Sieyés se limitó a decir tranquilamente a su portera: «Si cierto monsieur Poule vuelve a visitarme, dígale que no estoy en casa».

Aunque físicamente eran muy distintos, Napoleón y Sieyés pronto descubrieron que desde el punto de vista intelectual tenían muchas cosas en común, y Sieyés poseía la experiencia de la alta política que faltaba a Napoleón. «Carecemos de gobierno porque no tenemos Constitución, por lo menos no el tipo de constitución que necesitamos. Toca a su genio elaborar una. Una vez hecho eso, nada será tan fácil como gobernar» le manifestó Napoleón. Por su parte, Sieyés se sintió impresionado por Napoleón. En agosto había dicho: «Necesitamos una espada»; y había hallado una. Dijo a un amigo: «Me propongo acompañar al general Bonaparte, porque de todos los soldados es el que más se parece a un civil.» Napoleón y Sieyés coincidieron en la táctica. Invitarían a los directores a presentar la renuncia, de modo que el ejecutivo quedase vacante; con el fin de reemplazar a los directores pedirían a los dos Consejos que designaran un comité de tres personas que prepararían una nueva Constitución. Como se anticipaba cierta oposición de los Quinientos, y las multitudes parisienses podían intervenir en el asunto, para impedir el derramamiento de sangre los amigos de Sieyés en los Ancianos trasladarían los dos Consejos al palacio de Saint-Cloud, en las afueras de París.

Napoleón y Sieyés incorporaron al plan a importantes miembros de los Ancianos: Roederer, que era el principal periodista político de Francia; Talleyrand, Joseph y Lucien, quien se había beneficiado con la gloria de Napoleón y gracias a él había sido elegido presidente de

los Quinientos. La tensión se agravó prontamente. Como sospechaba una conspiración, el 28 de octubre Gohier intentó obligar a Napoleón a asumir el mando de un ejército en el extranjero. Napoleón lo rechazó con la excusa de que no se sentía bien. Entonces también Barras comenzó a sospechar, y con uno de los directores, el general Moulins, oficial de Estado Mayor, trató de unir a Napoleón a su plan de restauración de Luis XVIII. Napoleón rechazó la propuesta.

Napoleón tenía que depender exclusivamente de su propia personalidad si deseaba obtener apoyo. Estaba escaso de dinero, pues Josefina había derrochado de tal modo el sueldo de general, que su marido descubrió que tenía menos de cien lises en efectivo, y por el momento no contaba con bayonetas: los siete mil soldados del distrito de París estaban a las órdenes de los directores, tres de los cuales recelaban de él.

De modo que, con el mayor secreto, dijo a Roederer que imprimiese carteles que serían fijados el día elegido para el golpe. En una referencia a las dos ocasiones en que los directores habían eliminado a diputados elegidos recientemente, los carteles estaban encabezados así: «Se han comportado de tal modo que ya no existe la Constitución».

La mañana del 18 Brumario —es decir, el sábado 9 de noviembre de 1799— amaneció fría y gris, con retazos de niebla. Napoleón se levantó temprano en la rue de la Victoire, 6 —se había cambiado el nombre de la rue Chantereine en honor a las victorias que él había cosechado— y vistió prendas civiles, pues ahora era un general con medio sueldo.

Es evidente que estaba muy ansioso, pues su escritura, que empeoraba durante los períodos de inquietud, había llegado a ser casi ilegible; sin embargo trataba de rechazar ese estado de ánimo, pues durante los últimos días se le había escuchado cantar fragmentos de la canción que ahora era su favorita: Ecoutez, honorable assistance. Había enviado mensajes a los altos jefes para invitarlos a que se reuniesen con él en «un viaje»; y a cada uno de los que llegaban los invitaba a su estudio para explicarles en qué consistía el viaje. Después, esperaban fuera, y formaban parejas que se paseaban en un ir y venir por los senderos del jardín, los sables golpeando las losas, las espuelas tintineando cuando se volvían.

Llegó el general Lefebvre, que era el oficial más importante; en 1789 había sido sargento mayor, y ahora ocupaba el cargo de gobernador militar de París. Era un hombre de pueblo, corpulento y hosco, con una mandíbula prominente, y miró a los ojos de Napoleón

cuando dijo con su espeso acento alsaciano: «¿Qué demonios sucede aquí?» Napoleón le explicó que debían salvar a la República. Lefebvre frunció el entrecejo y retrocedió, pero Napoleón sabía que esa actitud gruñona ocultaba un corazón cálido. «Mire —dijo—, aquí está la espada que porté en la batalla de las Pirámides. Se la ofrezco como una prenda de mi estima y confianza.» Entregó la espada a Lefebvre, que se sintió conmovido. Un momento después dijo: «Estoy dispuesto a arrojar al río a esos malditos abogados».

Entretanto, los Ancianos se habían reunido en sesión urgente. Cornet, amigo de Sieyés, anunció que se había descubierto una conspiración, y que tenían apenas unos instantes para salvar al Estado: «A menos que aprovechéis este momento —advirtió utilizando la retórica contemporánea—, la República será destruida, y su esqueleto entregado a los buitres que se disputarán sus miembros arrancados.» Cornet propuso que los Consejos se trasladasen a Saint-Cloud, donde se reunirían al día siguiente, y que Napoleón fuese designado comandante del distrito de París, con el fin de garantizar la seguridad de los Consejos. Las dos medidas fueron aprobadas.

Apenas Cornet lo notificó de su designación, Napoleón vistió el uniforme de general: pantalones blancos, levita azul con anchas solapas recamadas de oro, y en la cintura una faja roja, blanca y azul. Montado en un fogoso corcel español negro que le habían prestado, llevó a París a sus amigos los oficiales, dejó atrás la place de la Concorde, con su estatua de yeso de la Libertad, y se acercó a las Tullerías. A las diez entró en el palacio y juró fidelidad a los Ancianos, como comandante del distrito de París. Después, envió a trescientos hombres de sus nuevas tropas al Luxemburgo, para «proteger» a los directores. Alarmados, Gohier y Moulins trataron de llegar hasta Barras, pero éste les informó de que estaba bañándose.

Y en eso continuó, con la esperanza de que Napoleón se le acercara en el último momento. Esa reunión no llegó a producirse, Gohier y Moulins renunciaron, y más avanzado el día, Talleyrand entró cojeando en el Luxemburgo, habló con Barras, negoció como sólo él sabía hacerlo, y finalmente obtuvo su renuncia; el precio fue medio millón de francos.

Aquella misma noche Barras se dirigió a su casa de campo escoltado por los dragones de Napoleón. El propio Napoleón permaneció en las Tullerías hasta tarde, conversando con Sieyés. Llegaron a la conclusión de que las cosas no habían salido demasiado

mal y los parisienses opinaron lo mismo, pues los bonos de la deuda nacional subieron de 11,35 a 12,88.

A la mañana siguiente, Napoleón salvó los doce kilómetros hasta Saint-Cloud, un palacio alto y pesado con pilas en la fachada principal y un complicado techo curvo. Sus hombres ya estaban allí, las tiendas montadas a los lados del camino. Había unos pocos y belicosos granaderos, pero la gran mayoría estaba formada por los plácidos veteranos a quienes se encomendaba el papel de guardia parlamentaria.

Estaban reunidos en grupo, y se pasaban unos a otros una sola pipa: hacía meses que no recibían su paga y pocos podían comprar tabaco. Napoleón preguntó si todo estaba listo. Le dijeron que nada estaba listo. Los obreros informaron que aún estaban instalando bancos, sillas, colgaduras, estrados y plataformas adornados con la figura de Minerva, pues los Consejos se mostraban muy puntillistas con los decorados. La noticia representó un contratiempo para Napoleón, porque daba tiempo para organizarse a aquellos de sus enemigos que pertenecían al grupo de los Quinientos. Se reunió con Sieyés en un estudio del primer piso, y se preparó para una larga espera. Caminaba de un extremo a otro de la habitación, y a veces removía el fuego con un pedazo de madera.

Finalmente concluyó el arreglo de las habitaciones. Los Ancianos desfilaron hacia la Galerie d'Apollon, con sus lujosos frescos de Mignard que celebraban al dios Sol, e indirectamente al Rey Sol, mientras la orquesta ejecutaba La Marsellesa. A las tres y media el presidente abrió la sesión con la lectura de una carta que anunciaba la renuncia de los cuatro directores. Aquí, algunos oradores propusieron que los Quinientos preparasen una lista de directores apropiados, de modo que ellos, los Ancianos, adoptasen la decisión definitiva. La propuesta fue aceptada y se suspendió la sesión.

Napoleón había confiado en que los Ancianos designarían un comité encargado de redactar una nueva Constitución. Cuando supo lo que habían votado, decidió acudir en persona a la Galerie d'Apollon. «Está usted en un hermoso embrollo», murmuró el general Augerau, con quien se encontró en el camino. «Tonterías —dijo Napoleón—. Fue mucho peor en Arcóle.» Acompañado por Berthier y Bourrienne, Napoleón entró en el grandioso salón dorado, se detuvo en el centro, y paseó la mirada por los doscientos cincuenta Ancianos con sus togas rojas y las tocas escarlatas. Muchos lo miraban con buenos ojos, pero se necesitaría un discurso eficaz para ganar la mayoría.

«Representantes del pueblo —comenzó Napoleón—, ésta no es una situación normal. Estáis al borde de un volcán. Permitidme hablar con la franqueza de un soldado.» Desde el momento de asumir el mando. Napoleón había oído que lo llamaban el nuevo César, y el nuevo Cromweil.

Esos nombres eran inmerecidos. «Juro que la patria no tiene defensor más celoso que yo... Estoy totalmente a vuestras órdenes... Salvemos a toda costa las dos cosas por las cuales hemos sacrificado tanto: la libertad y la igualdad».

—¿Y la Constitución? —gritó Lenglet.

—La Constitución —replicó Napoleón—, ya no es una garantía para el pueblo, ya que no se la respeta. En realidad, en su nombre se incuban conspiraciones. Conozco perfectamente los peligros que os amenazan.

—¿Qué peligros? Queremos los nombres de los conspiradores.

Barras y Moulins, dijo Napoleón, habían propuesto ponerlo a él mismo a la cabeza de un partido, con el fin de derrotar los principios liberales. Después, Napoleón elogió a los Ancianos y comparó sus opiniones moderadas con el peligroso jacobinismo de los Quinientos. Pero Napoleón percibió que no estaba dominando a su audiencia. Él, que hablaba con tanta seguridad a sus soldados, se sentía incómodo frente a estos oradores veteranos y vacilaba buscando las palabras. «Os defenderé de los peligros —dijo, intentando tocar una cuerda distinta, y dirigiendo una mirada a la puerta abierta— rodeado por mis camaradas de armas.

Granaderos, veo vuestros morriones y vuestras bayonetas... Con ellos he fundado repúblicas».

Los Ancianos, que habían estado esperando las palabras de un estadista, se encontraron frente a un soldado puesto a la defensiva.

Comenzaron a murmurar. Napoleón repitió las últimas frases, y dirigió otra mirada a la puerta; después, al comprender que estaba fracasando, decidió probar el tipo de retórica de Lucien.

«Si un orador a sueldo de una potencia extranjera propusiera declararme fuera de la ley, ique el rayo de la guerra lo aplaste instantáneamente! ¡Si propusiera ponerme fuera de la ley, los llamaría a ustedes, mis valerosos compañeros de armas!» Recordó la frase de un artículo publicado recientemente en cierto diario. «Recordad —exclamó con un gesto airoso—, que marchó acompañado por el dios de la victoria y el dios de la fortuna».

Esto era demasiado para los Ancianos. Se oyeron gritos coléricos.

Bourrienne murmuró: «Abandone la sala, general, no sabe lo que está diciendo.» Napoleón comprendió que había tocado precisamente la nota equivocada. Con un último pedido en el sentido de que los Ancianos «formasen una comisión y adoptasen medidas acordes con el peligro», salió de la sala.

Napoleón nunca aceptaba la derrota. Decidió probar con los Quinientos, aunque preveía una recepción hostil, pues sus miembros habían pasado la tarde prestando, uno por uno, un juramento solemne de fidelidad a la Constitución. Pero ante todo, como era tarde, envió un mensaje a Josefina, para decirle que todo saldría bien. Después, sosteniendo bajo el brazo su pequeña fusta con mango de plata, entró en la Orangerie. Era una sala desnuda y gris, muy distinta a la alegre Galerie d'Apollon, y los hombres que ocupaban el lugar tenían expresiones adustas. Casi inmediatamente sintió que Bigonnet, uno de los jacobinos, le aferraba el brazo. «¡Cómo se atreve! Salga enseguida. Usted está violando el santuario de la ley.» Hubo un escándalo. Los miembros se subieron sobre los bancos, y otros avanzaron hacia la figura de uniforme azul, descargando golpes, tratando de aterrarse el cuello alto, y gritando:

«¡Fuera de la ley el dictador!».

Una de las pocas cosas que Napoleón temía era una turba irritada. Inmediatamente palideció y comenzó a sentir que se le aflojaban las piernas.

Respiraba pesadamente. Mientras desde el estrado Lucien rogaba por su hermano y pedía se le escuchase, los miembros, encolerizados, continuaban agolpándose alrededor de Napoleón. Trató de salir, pero encontró que le cerraban el paso. Finalmente, entraron cuatro soldados corpulentos acompañados por un oficial que tomó de los hombros a Napoleón y lo

condujo hacia la puerta. El rostro de Napoleón estaba arañado por dedos irritados, e hilos de sangre le caían por las mejillas.

Cuando Napoleón se retiró, Lucien llamó al orden a los Quinientos.

Afirmó que el general Bonaparte se había limitado a cumplir su deber de acudir a la sala del Consejo para comprobar cómo estaban las cosas.

Pero los miembros acallaron a su presidente. Afirieron que Bonaparte había mancillado su gloria, se había comportado como un rey, y Lucien debía declararlo fuera de la ley. Muy agitado, con lágrimas en los ojos, Lucien intentó uno de sus gestos retóricos. Puesto que él, que era el presidente, ya no podía lograr que lo

escuchasen, y como «signo de duelo público», renunciaría a sus insignias. Se quitó la toca y la toga roja.

Tal como preveía, los miembros le rogaron que volviese a ponérselas.

Así lo hizo, y consciente de que ahora podía demorar el voto con el cual se pretendía poner fuera de la ley a Napoleón, garabateó un mensaje dirigido a su hermano: «Dispónes de diez minutos para actuar.» Napoleón no había deseado apelar a la fuerza. Dos años antes, cuando los directores habían rodeado los Consejos con tropas, Napoleón había escrito a Talleyrand: «Es una grave tragedia que una nación de treinta millones de habitantes en el siglo XVIII deba convocar a las bayonetas para salvar al Estado.» Pero quedar fuera de la ley implicaba ser fusilado en la place de Grenelle. Napoleón descendió al patio, montó su caballo bayo y envió una escolta de soldados con órdenes de sacar de allí a Lucien.

A una señal de Napoleón, redoblaron los tambores y Lucien habló a las tropas. Afirmó que los Quinientos estaban siendo aterrorizados por unos pocos miembros provistos de estiletes; correspondía al ejército, con sus bayonetas, salvar a la mayoría. Pero algunos de los Quinientos se asomaron a las grandes ventanas de la Orangerie y señalaron a Napoleón con dedos acusadores. «¡Proscrito!» gritaban. La guardia no sabía a quién creer. Sus hombres se mantenían indecisos. Entonces Napoleón habló.

«Soldados, os conduje a la victoria, ¿no puedo contar con vosotros?» Napoleón recordó que cuatro veces se había jugado la vida por Francia —se refería a Tolón, Italia, Egipto y el viaje de retorno—, y ahora encontraba peligros más graves «en una asamblea de asesinos». Ciertamente tenía la cara manchada de sangre, y las tropas gritaron: «¡Viva Bonaparte!» Pero continuaron vacilando. Al fin, Lucien, con su sentido del drama, encontró el gesto necesario. Desenfundó la espada y apuntó solemnemente al pecho de Napoleón. «Juro —gritó—, que atravesaré a mi propio hermano si actúa contra la libertad de los franceses».

Ahora, Napoleón tenía el apoyo de los soldados. Ordenó a su cuñado Leclerc y a Mural que lo llevasen a la Orangerie y la desalojaran.

«Muramos por la libertad», gritaron algunos miembros, pero nadie quiso matarlos. En cambio, saltando por las grandes ventanas, huyeron hacia el parque.

A las nueve de la noche, cuando el palacio ya estaba en calma, unos ochenta miembros volvieron a reunirse. Declararon el fin del

Directorio y depositaron el gobierno en una comisión provisional: Napoleón, Sieyés y el quinto director, Roger Ducos. Al igual que sus colegas, Napoleón prestó juramento de fidelidad a la República — aquel día hubo muchos juramentos— y a las cuatro de la mañana lo repitió en presencia de los Ancianos. El golpe había concluido y no se había derramado sangre.

En silencio, Napoleón volvió a París con su secretario Bourrienne.

Sabía que había cometido un error al referirse al «dios de la victoria y el dios de la fortuna».

Pero en un nivel más fundamental, el plan orientado hacia un cambio de gobierno totalmente legal había abortado. Quizás él y Sieyés subestimaban la oposición de los Quinientos; quizá todo respondía a la multitud de los operarios que debían amueblar la sala. Y sin embargo, el sesgo real de los hechos había beneficiado a Napoleón. Había utilizado de mala gana la fuerza, pero precisamente la fuerza era el factor que le aseguraba un lugar en la comisión. En lugar de esperar fuera, en el corredor, ahora el propio Napoleón intervendría directamente en la redacción de la Constitución.

Al día siguiente, en el Luxemburgo, vestido con ropas civiles, Napoleón comenzó a trabajar con Sieyés; Ducos fue un mero colaborador.

Sieyés tenía una idea fundamental: creía que Francia necesitaba contar con un cuerpo de hombres sabios que no estuviesen sometidos a los caprichos del electorado, y cuya obligación sería salvaguardar los principios de la Revolución. Estos hombres sabios, que recibirían el nombre de Senado Conservador, designarían a los miembros del ejecutivo y del legislativo, y cumplirían la función de una suerte de guardianes, garantizando que todo lo que el ejecutivo y la legislatura hicieran, armonizara con la nueva Constitución. Bajo el Directorio las personas autorizadas designaban a los electores que a su vez elegían la legislatura. De acuerdo con la nueva Constitución, Sieyés deseaba que el electorado se limitase a redactar listas de candidatos, y entre los nombres incluidos en ella, el Senado elegiría la legislatura. Napoleón aceptó la idea de Sieyés de un Senado Conservador. Al mismo tiempo, formuló dos principios propios: el primero era el sufragio masculino universal. De acuerdo con las constituciones precedentes, sólo los propietarios tenían derecho a votar. Napoleón deseaba que todos los franceses mayores de veintiún años gozaran de ese derecho. Además, Sieyés había limitado la atribución del electorado a la preparación de listas de candidatos; para compensar esta restricción, Napoleón deseaba que el electorado

expresase su voluntad acerca de la nueva Constitución y los miembros del nuevo ejecutivo.

Se lograría este objetivo mediante plebiscitos. En resumen. Napoleón deseaba que la autoridad determinante se basase en la voluntad popular.

En este punto, obtuvo el acuerdo de Sieyés.

Napoleón y Sieyés creían que el ejecutivo debía estar formado por tres hombres, pero discrepan acerca de las atribuciones asignadas a cada uno. Sieyés deseaba un sabio, un Gran Elector, que mediase discretamente en Versalles, y transmitiese su sabiduría a los dos colegas activos, uno consagrado a los asuntos domésticos, el otro a las relaciones exteriores. Con el propósito de liberarlo de las preocupaciones mundanas, el Gran Elector recibiría una enorme retribución, es decir un sueldo de seis millones de francos.

Napoleón discrepó. Versalles representaba la corrupción, y el pueblo no aceptaría que se lo gobernase desde allí: «Francia se hundirá en un lago de sangre.» Segundo, ¿cuál era la verdadera función del Gran Elector? O gobernaba clandestinamente por intermedio de sus dos colegas, en cuyo caso, ¿por qué no se le otorgaba francamente la correspondiente autoridad? O recibía seis millones de francos por no hacer nada. «¿Cómo puede imaginar usted, ciudadano Sieyés, que un hombre de honor, que tenga talento y cierta capacidad, aceptará holgazanear en Versalles como un cerdo cebado?».

Sieyés aceptó la idea de un ejecutivo de tres iguales. Pero de nuevo Napoleón lo desaprobó: los directores habían sido iguales, y solamente habían conseguido anularse mutuamente. Napoleón quería que uno de los tres adoptase decisiones, y los dos restantes fuesen consejeros. Estaba en juego la idea misma del verdadero carácter de una República. Desde 1793 el ejecutivo estaba formado por un grupo de hombres, no por uno solo. Pero esta actitud favorable hacia la oligarquía derivaba principalmente de Montesquieu que, con un criterio arbitrario, había elegido a Atenas y Esparta como modelos de lo que debía ser una república.

Napoleón no creía que existiera un vínculo necesario entre república y oligarquía, y en esto se atenía a una tradición más antigua y prolongada. Por ejemplo, Massillón había definido la república como el estado regido por leyes, en beneficio del conjunto del pueblo.

Napoleón y Sieyés no podían ponerse de acuerdo en el tema de la estructura del ejecutivo. De modo que convocaron a los asesores

designados por los Consejos, y durante diez días Napoleón sostuvo la discusión. Finalmente, consiguió lo que deseaba: el ejecutivo consistiría en tres cónsules. El término fue acuñado por Sieyés, que lo había tomado de Berne, donde hasta 1798 los magistrados designados por el Senado recibían el nombre de cónsules. Solamente el primer cónsul adoptaría decisiones, y los cónsules segundo y tercero tendrían un papel consultivo. Una vez que coincidieron en este punto. Napoleón, Sieyés y sus consejeros redactaron la nueva Constitución, la cuarta de Francia desde 1789.

La Constitución del año VIII, como se la denominó, estableció que los tres cónsules serían elegidos por diez años, y que eran reelegibles.

En el futuro serían elegidos por el Senado, pero al principio se indicaría sus nombres en la Constitución. Napoleón Bonaparte sería el primer cónsul, y tendría poder para designar ministros y a ciertos jueces.

La legislatura estaría formada por tres asambleas: un Consejo de Estado, designado por el primer cónsul, para redactar las leyes; un Tribunado de cien miembros para discutir las leyes; un Cuerpo Legislativo de trescientas personas para aprobar o rechazar las leyes en votación secreta.

El Senado estaría formado por un máximo de ochenta miembros, de una edad mínima de cuarenta años. Los primeros senadores serían designados por el primer cónsul, y después elegirían a los nuevos miembros.

Los senadores elegirían no sólo a los cónsules, sino a los miembros del Tribunado, del Cuerpo Legislativo y de la Corte Suprema de Apelaciones.

Napoleón permitió que Sieyés eligiese libremente el Senado. Sieyés redactó un lista de veintinueve hombres, y les permitió elegir a otros veintinueve. El Senado definitivo incluía a hombres de todos los sectores de la opinión política, así como a unos pocos científicos distinguidos, por ejemplo Laplace, Monge y Berthollet. Cuando llegó el momento de que este cuerpo eligiese la legislatura, seleccionaron a hombres que, como ellos mismos, poseían probada experiencia. De un total de 460 miembros del Senado, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, por lo menos 387 habían sido miembros de distintas asambleas desde la Revolución.

Entre ellos había regicidas, ex realistas, girondinos y montañeses.

Uno de los rasgos más notables de la nueva Constitución, en su forma definitiva, fue esa continuidad con el pasado.

Napoleón mismo eligió a sus colegas consulares. Eligió como segundo cónsul a Jean Jacques Cambacérés, de cuarenta y seis años, un abogado de Montpellier que se había destacado en la Convención como hábil redactor de leyes. Era un hombre corpulento, apuesto, de nariz larga y mentón prominente; era soltero y se mostraba muy puntiloso con su apariencia, usaba una trabajada peluca con tres hileras de rizos, y gastaba impertinentes, se movía con mesurada dignidad y mantenía una mesa excelente. Solía decir que «las buenas cenas gobiernan a un país».

Desde el punto de vista político, Cambacérés estaba a la izquierda del centro, y para equilibrarlo, Napoleón buscó a un hombre de más edad, que representase los mejores aspectos del antiguo régimen, si era posible un economista. Alguien sugirió el nombre de Charles Francois Lebrun, un normando de sesenta años que había servido en el Ministerio de Finanzas de Luis XV y luego se había retirado, bastante joven, para traducir a Hornero y a Tasso. Napoleón preguntó a Roederer acerca de Lebrun.

—¿Sabe colaborar? —preguntó Napoleón.

—Sí, lo hace muy bien —contestó Roederer.

—Envíeme sus escritos —dijo Napoleón.

—¿Se refiere a sus discursos en la Asamblea? —inquirió Roederer.

—No, a sus libros.

—¿Qué importancia pueden tener esas obras para el cargo de cónsul? —se extrañó Roederer —Deseo examinar las dedicatorias —dijo crípticamente Napoleón.

Según se comprobó, ninguno de los libros de Lebrun tenía dedicatoria, pero sí exhibían un estilo claro y conciso. Napoleón se formó buena opinión del estilo y dio el cargo a Lebrun.

A semejanza de Cambacérés, Lebrun era un hombre alto y corpulento —es decir, los dos colegas eran considerablemente más altos que Napoleón—, pero tenía facciones vulgares y costumbres sobrias; usaba una sencilla peluca de las llamadas «alas de paloma», y Napoleón descubriría que era un auténtico mago de las finanzas. Solía visitar a Lebrun entrada la noche, después de las horas de trabajo, se sentaba en la cama del dueño de la casa —Lebrun era viudo— y aprendía los misterios de las tasas bancarias, las notas de descuento y la deuda pública.

La nueva Constitución fue publicada el 24 de diciembre de 1799.

Como correspondía, se imprimió en un tipo nuevo y especial, muy claro y muy discreto, basado exclusivamente en líneas rectas y círculos, creación del gran tipógrafo Francois Didot. Ahora

correspondía al electorado francés juzgar el documento. La gente estaba cansada del mal gobierno; deseaba alguien que gobernase, y sabían que Napoleón era eficiente. Algunos miembros de los Quinientos habían gritado «¡Dictador!», pero en Roma un dictador había dictado y aplicado la ley; más aún, no había sido elegido por el pueblo. Por consiguiente, de ningún modo podía afirmarse que el primer cónsul era un dictador.

Por el contrario, si la democracia es un sistema bajo el cual el pueblo entero confía el gobierno a los magistrados que él mismo eligió por un período limitado, de acuerdo con la nueva Constitución, Francia estaba entrando en una etapa democrática. De todos modos, el pueblo francés aprobó lo que leyó. Con menos abstención que en plebiscitos precedentes, votaron abrumadoramente en favor de la nueva Constitución, con Napoleón, Cambacérés y Lebrun en los cargos de cónsules, 3.011.007 de electores; mil quinientos sesenta y dos votos fueron en contra.

Desde noviembre de 1799 hasta febrero de 1800, mientras se contaron los votos. Napoleón fue sólo cónsul provisional. Vivía en el Luxemburgo, y se contentaba con realizar tareas de rutina. Envió cirujanos, médicos, armas y una compañía de actores a sus camaradas que estaban en Egipto; cuando George Washington murió, ordenó que el ejército guardase luto durante diez días, y pronunció un discurso exaltando al hombre que había «afirmado sobre una base segura la libertad de su país». También resolvió el problema del atuendo que los cónsules debían usar en las ceremonias oficiales. Algunos sugirieron un uniforme de terciopelo blanco, botas de media caña de cuero rojo, que había sido popular en la corte de Luis XVI, con el gorro rojo revolucionario. «Ni gorro rojo ni botas rojas de media caña», dijo Napoleón. En cambio, eligió un uniforme de doble solapa bordado con alamares de oro, de terciopelo azul para sus colegas, de terciopelo rojo para él mismo.

Cuando se anunciaron los resultados del plebiscito, Napoleón se trasladó, el 17 de febrero de 1800, a las Tullerías, donde él y sus colegas tenían departamentos. Había comenzado un nuevo siglo, y para Francia una nueva época. Ocho años antes Napoleón había visto a la turba que irrumpía en ese mismo palacio y ponía el gorro rojo sobre la cabeza de Luis XVI. Quizás imaginó esa escena cuando dijo a Josefina: «Ven, criollita, duerme en la cama de tus amos».

Las Tullerías, casi vacías, tenían muchos recuerdos reales. Uno de los primeros actos de Napoleón fue exorcizarlos, y con su vigoroso sentido de la historia, asignarse él mismo, por así decirlo, una línea

de antepasados. Pidió a Lucien que instalase en la Gran Galería estatuas de Démostenes, Alejandro, Aníbal, Escipión, Bruto, Cicerón, Catón, César, Gustavo Adolfo, Turena, el gran Conde, Duguay-Trouin, Mariborough, el príncipe Eugéne, el mariscal de Sajonia, Washington, Federico el Grande, Mirabeau, Dugommier, Dampierre, Marceau y Joubert.

Cierta vez, el teniente segundo Bonaparte había expresado en un ensayo la esperanza de que pudiera decir en su lecho de muerte: «He asegurado la felicidad de cien familias; he llevado una vida dura, pero el Estado la aprovechará.» Ahora, con las estatuas de sus héroes cerca, a la edad de treinta años y seis meses, Napoleón al fin estaba en condiciones de comenzar a trabajar en pos de esa meta.

CAPÍTULO DOCE

El primer cónsul

Cuando se convirtió en primer cónsul Napoleón comenzó a ser bien conocido. Hasta ese momento había sido una figura bidimensional —algunos franceses escribían su nombre de pila «Léopon» y otros «Néopole»—, pero gracias a los partes de noticias y a las publicaciones, la gente común y corriente llegó a familiarizarse con todos los detalles de su apariencia y su atuendo, con su vida privada y sus métodos de trabajo.

Napoleón medía un metro sesenta y seis centímetros; más o menos la estatura media de un francés de su tiempo. En su juventud había sido delgado, pero cuando se convirtió en primer cónsul comenzó a engordar. El rasgo más distintivo de su cuerpo era el pecho ancho, que encerraba pulmones de capacidad excepcional. Como hemos visto, esta particularidad física le infundía tremenda energía, una energía que se expresaba en la vida cotidiana a través de dos características:

Napoleón casi siempre estaba de pie o caminando, rara vez sentado, y poseía una capacidad verbal desusada. En su juventud a menudo se había mantenido en silencio, pero como primer cónsul llegó a ser un hombre locuaz.

Napoleón tenía la espalda ancha y los miembros bien formados, pero no eran miembros especialmente musculosos. Por ejemplo, sus muslos carecían de fuerza. Montaba su caballo como un saco de patatas, y tenía que inclinarse bastante hacia adelante para mantener el equilibrio; durante las partidas de caza a menudo el animal lo despedía.

Poseía un físico enérgico pero no poderoso, nada comparable con los de Augereau, Massena o Kléber. Carecía de proporciones, de peso y musculatura; y en su condición de soldado, en un arma distinta de la artillería, Napoleón probablemente no habría conseguido destacarse.

Napoleón solía afirmar que su latido cardíaco era menos audible y acentuado que el de la mayoría de los hombres, pero sus médicos no pudieron encontrar pruebas en ese sentido. Su pulso oscilaba entre las cincuenta y cuatro y las sesenta pulsaciones por minuto. De modo que el ritmo del metabolismo al parecer coincidía con el promedio.

Ninguna peculiaridad física puede explicar la velocidad con la cual su mente trabajaba.

Este cuerpo que irradiaba energía mostraba una sorprendente sensibilidad. La piel blanca y muy fina era muy sensible ante el frío, e incluso con un tiempo que para otros era benigno a Napoleón le agradaba tener un buen fuego de leña. Ciertamente, un fuego abierto era uno de sus placeres. Napoleón padecía una miopía muy leve, pero sus ojos grandes se mostraban excepcionalmente atentos, y captaban de una mirada el detalle más pequeño. Su sentido del olfato también estaba sumamente desarrollado. Napoleón detestaba los olores penetrantes; en su caso era una tortura encontrarse en una habitación recién pintada, u oler un desagüe aunque estuviese lejos. Insistía en que sus habitaciones olieran a limpio, y de vez en cuando ordenaba quemar en ellas madera de áloe. Su sentido del gusto era menos agudo. A menudo comía sin advertir lo que tenía sobre el plato, y a menos que Josefina agregase el azúcar, podía beber sin endulzar el café que le servía después de la comida. Sin embargo insistía mucho en que sus alimentos estuviesen limpios. Cierta vez, mientras comía habas verdes, encontró un haba filamentosa; durante un momento creyó que estaba masticando pelos, y le repugnó tanto la idea que desde entonces siempre miró con cautela las habas verdes.

La cabeza de Napoleón era de tamaño mediano; sin embargo parecía grande porque tenía el cuello corto. Sus pies eran pequeños: veintiséis centímetros de longitud. También sus manos eran pequeñas y bellamente formadas, con los dedos alargados y las uñas bien dibujadas.

Asimismo, el pene y los testículos eran pequeños.

Durante la juventud y la edad madura. Napoleón mantuvo una notable aptitud física. A los veinte años, mientras atravesaba las salinas de Ajaccio, había pescado una fiebre muy grave y casi había muerto.

En 1797, durante la campaña de Italia, padeció de hemorroides, pero las eliminó después de aplicar tres o cuatro sanguijuelas. En 1801 tuvo un episodio de intoxicación con alimentos como consecuencia de la falta de ejercicio. El mal cedió a la fricción con

una mezcla de alcohol, aceite de oliva y cebadilla, una planta mexicana utilizada para expulsar lombrices. En 1803, cuando estaba en Bruselas, contrajo una tos grave y escupió sangre, pero curó muy pronto el mal con la aplicación de ventosas. La dolencia más mortificante que Napoleón padeció fue la disuria intermitente, una enfermedad de la vejiga que dificulta la micción. En campaña, su escolta de caballería estaba acostumbrada a verlo inclinado sobre un árbol, a veces hasta cinco minutos, esperando la salida de la orina.

En general, se consideraba a Napoleón un hombre muy apuesto.

Tenía el cutis limpio y la tez pálida. La frente era ancha y alta. Los ojos eran gris azulado, y miraban fijamente. En cambio, la boca era flexible, y expresaba del modo más claro el estado de ánimo de Napoleón: en los accesos de cólera apretaba los labios, en la ironía los curvaba, y cuando estaba de buen humor los suavizaba con una agradable sonrisa.

El timbre de voz correspondía al registro medio. Aunque había fracasado en el intento de aprender alemán, y más tarde inglés, dominaba el francés y lo hablaba a la perfección; su oído para la música lo ayudó a perder completamente el acento italiano en la época en que abandonó la escuela. Generalmente hablaba con velocidad moderada, pero cuando estaba excitado lo hacía muy deprisa; de acuerdo con el embajador papal, «como un torrente».

Veamos de qué modo Napoleón, mientras revistaba las tropas frente a las Tullerías el 5 de mayo de 1802, impresionó a una inglesa sagaz, Fanny Burney. Su rostro «exhibe unas características impresionantes:

pálido casi hasta ser cetrino, mientras no sólo en los ojos, sino en todos los rasgos, la inquietud, el pensamiento, la melancolía y la meditación se manifiestan intensamente, con tanto carácter, más aún, genio, y una seriedad tan profunda, o quizás sea mejor decir tristeza, que afecta enérgicamente el espíritu del observador». Fanny Burney había esperado ver a un general victorioso que se pavoneara, pero descubrió, según dice, que tenía «mucho más el aire de un estudiante que de un guerrero». A juicio de Mary Berry, que también vio a Napoleón en 1802, pero estuvo más cerca de él, la «boca, cuando habla... exhibe una notable y desusada expresión de dulzura. Sus ojos son de color gris claro y mira francamente a la persona con quien habla. Para mí, eso siempre es una buena señal».

Napoleón vivía en la antigua suite de ocho habitaciones que había pertenecido a Luis XVI en el primer piso de las Tullerías, y estaba atendido por criados que vestían una librea celeste adornada con

encaje plateado. Por la noche iba a las habitaciones de Josefina en la planta baja, el lugar que ella había decorado elegantemente de acuerdo con el estilo más reciente. Él y Josefina dormían en una cama doble de caoba, profusamente adornada con oro, en un rincón protegido por cortinas, en el dormitorio celeste de Josefina.

El día para Napoleón comenzaba entre las seis y las siete, cuando lo despertaba Constant, el valet belga. A Napoleón le agradaba levantarse temprano, y a menudo observaba que al alba el cerebro trabaja mejor.

Se ponía una bata —de piqué blanco en verano, rellena de plumas en invierno— y chinelas de cuero marroquí, y subía por una escalera privada que llevaba a su propio dormitorio, donde se sentaba frente al fuego, bebía una taza de té o de agua aromatizada con azahar, abría sus cartas, hojeaba los diarios y charlaba con Constant, antes de sumergirse en un baño caliente.

Los baños calientes, como los fuegos de leña, eran uno de los grandes placeres de la vida de Napoleón, lo mismo que de Pauline; quizás a causa de la enseñanza temprana de Letizia.

Napoleón solía permanecer en el baño por lo menos una hora, y accionaba constantemente el grifo, dando salida a tanto vapor que Constant, cuya tarea era leerle los diarios, de vez en cuando necesitaba abrir la puerta para ver la letra impresa. Napoleón aseguraba que el baño lo serenaba —solía decir que equivalía a cuatro horas de sueño— y que también era beneficioso para su disuria.

Después del baño Napoleón se ponía una camiseta de franela, pantalones y bata, y comenzaba a afeitarse. Era una tarea que la mayoría de los hombres confiaba a un valet o a un barbero, pero Napoleón siempre se afeitó solo. Mientras Rustam, su guardaespaldas mameluco, sostenía un espejo, Napoleón se enjabonaba la cara con jabón perfumado con hierbas o naranjas, y utilizando una navaja que previamente había sido sumergida en agua caliente, se afeitaba con movimientos descendentes.

Siempre encargaba en Inglaterra sus navajas con mango de madreperla, pues el acero de Birmingham era superior al francés. Con esas navajas ejecutaba la tarea de afeitarse meticulosamente y al acabar preguntaba a Constant y a Rustam si lo había hecho bien.

Napoleón ya había pasado una hora en el baño, y ciertamente no podía afirmarse que estuviera sucio, pero al igual que su madre se mostraba muy puntiloso con la limpieza personal. Ahora se lavaba las manos con pasta de almendras; y el rostro, cuello y oídos con una

esponja y jabón. Después se limpiaba los dientes; los escarbaba con un palillo de madera de boj pulida, y después se los cepillaba dos veces, primero con pasta dentífrica, y después con coral reducido a fino polvo. Los dientes de Napoleón eran naturalmente blancos y fuertes, y nunca requirieron la atención del dentista Dubois, que por lo tanto recibía seis mil francos anuales por nada —era el único funcionario de la casa de Napoleón que gozaba de una sinecura—. Finalmente, Napoleón se enjuagaba la boca con una mezcla de agua y brandy, y se raspaba la lengua, como entonces era la moda, con un raspador de plata, bermellón o carey.

Duplan, que era también el peluquero de Josefina, por esta época cortaba una vez por semana los cabellos de Napoleón. Eran cabellos finos, de un tono castaño claro. Había dejado de empolvarlos en 1799 a petición de Josefina, pero continuó usándolos largos hasta el fin del Consulado. Después, debido a que comenzaba a caérsele, adoptó la costumbre de llevarlos muy cortos.

Napoleón concluía su tocado desnudándose hasta la cintura y pidiendo a Constant que derramase agua de colonia sobre la cabeza, de modo que se le escurriese por el torso. Napoleón se friccionaba el pecho y la espalda con un cepillo de cerdas duras y Constant hacía lo mismo sobre los hombros y la espalda.

Después, comenzaba a vestirse. Era muy austero en el vestir. Conseguía que los zapatos le durasen dos años, los uniformes y los pantalones tres años, la ropa blanca seis años. Como tenía los pies delicados, un criado que usaba el mismo número era el encargado de ablandar los zapatos nuevos durante un período de tres días. Se aficionó a las pantuflas, que eran de cuero rojo o verde, y las usaba hasta que literalmente se deshacían. Cierta vez impresionó a su sastre al pedirle que remendase un par de pantalones de montar que tenía los fondillos rotos.

Napoleón solía usar una camiseta de franela, calzoncillos de algodón muy cortos, una camisa de hilo, medias de seda blanca, pantalones de cachemira blanca sostenidos por tirantes, y zapatos con pequeñas hebillas doradas. Alrededor del cuello usaba una corbata de muselina muy fina y sobre la camisa un chaleco bastante largo de cachemira blanca. La levita preferida era la relativamente sencilla de coronel de Cazadores, sin encajes ni recamados. Era verde oscura, con botones dorados, cuello escarlata y las solapas también ribeteadas de escarlata.

Después de 1802 se aficionó a usar un bicorno de piel negra, bastante simple, salvo por una pequeña tricolor. Bajo techo llevaba el

sombrero en la mano izquierda, y si perdía los estribos arrojaba el sombrero al suelo y lo pisoteaba.

Napoleón aparece a menudo en los retratos con la mano derecha metida bajo el chaleco blanco, pero no hay motivos para pensar que adoptaba habitualmente esa postura. La pose era cómoda para los artistas, porque de este modo necesitaban dibujar una sola mano, y habían estado usándola en los retratos de oficiales desde antes de la Revolución.

Al dar las nueve, cuando salía de su dormitorio para comenzar el trabajo. Napoleón recibía de Constant un pañuelo rociado con agua de colonia que deslizaba en el bolsillo derecho; y una cajita de rapé, que llevaba en el bolsillo izquierdo. La cajita de rapé contenía tabaco grueso del más corriente. De vez en cuando Napoleón tomaba una porción y la olía, pero sin inhalarla. Oler tabaco y saborear pedazos de caramelito aromatizado con anís, que tenía en una bombonera, eran los dos modos en que Napoleón distendía sus nervios.

Napoleón tomaba dos comidas diarias: el almuerzo a las once, solo frente a una pequeña mesa de caoba, y la cena, alrededor de las siete y media, en compañía de Josefina y algunos amigos. No era quisquilloso con los alimentos, pero tenía gustos definidos. Le gustaban las lentejas, las habas blancas y las patatas. Le desagradaban la carne mal cocida y el ajo. Entre sus platos favoritos estaban el vol-au-vent y la bouché à la reine. También lo satisfacía el pollo; salteado, a la provenzal (pero sin ajo), o en un estilo denominado Marengo. Después de la batalla de ese nombre, en que por segunda vez Napoleón expulsó de Italia a los austriacos, un grupo de exploradores retornó con un extraño conjunto:

huevos, tomates, cangrejos y un pollito. Con estos elementos, Dunan, que era el chef de Napoleón, preparó un plato que lo satisfizo y que ordenó fuera servido con frecuencia en las Tullerías.

A Napoleón le agradaba la comida sencilla, pero Dunan, que había servido al exigente duque de Borbón, se enorgullecía con los platos abundantes y complicados. Se suscitó un conflicto de voluntades. Después de una comida especialmente suculenta, Napoleón reprendía a Dunan: «Usted consigue que coma demasiado. No me conviene. En el futuro, solamente dos platos.» Cierta día Napoleón preguntó a Dunan por qué nunca servía crépinettes de cerdo, una especie de salchicha.

Dunan replicó delicadamente que eran indigestas, aunque en realidad las consideraba plebeyas. Pero pocos días más tarde sirvió un plato sumamente complicado, las crépinettes de perdiz. A pesar

de sí mismo, Napoleón las saboreó con agrado. Al día siguiente reaparecieron las crépinettes de perdiz. Esta vez, Napoleón perdió los estribos, empujó la mesa y salió encolerizado. Dunan se sintió profundamente ofendido. El mayordomo de la casa apeló a todo su tacto, y calmó los ánimos de ambas partes. Entonces Dunan sirvió un sencillo pollo asado, y Napoleón manifestó su satisfacción aplicando a Dunan un golpecito amistoso en la mejilla.

Napoleón siempre bebía en sus comidas un barato borgoña rojo. Consumía aproximadamente media botella diaria, y siempre diluía el vino con agua. Nunca tuvo bodega, y cuando lo necesitaba compraba el vino en la tienda del despensero local. Generalmente era Chambertin, y a veces, Clos-Vougeot o Château-Lafite. De este modo satisfacía tanto su espíritu ahorrativo como su inclinación a la sencillez.

Los parisienses bromearon acerca de la sencilla mesa de Napoleón, y la comparaban con la de Cambacérés. El segundo cónsul ofrecía cenas que duraban dos horas, y en las cuales se servía paté con trufas, soufflé de vainilla y perdices horneadas de un lado, y asadas del otro. Eran episodios serios para los gourmets, y por lo tanto los comensales mantenían silencio. Cierto día un invitado se distrajo de tal modo que inició una conversación. «¡SSH! —dijo Cambacérés con gesto severo, mientras se servía más paté—, no podemos concentrarnos».

Napoleón comía deprisa y moderadamente. A veces utilizaba la mano izquierda para empujar el alimento sobre el tenedor. La comida entera, incluido el café, concluía en veinte minutos. Cierta vez que duró más tiempo, dijo en broma: «El poder está comenzando a corromper.» Si había invitados, algunos de ellos, sobre todo Eugéne, se ocupaban de cenar bien antes de asistir. Napoleón solía decir: «Para comer deprisa, hágalo conmigo. Para comer bien, visite al segundo cónsul, y para comer mal, al tercero».

Napoleón trataba consideradamente a sus criados. Cuando atravesaba una habitación, decía una palabra de saludo a los lacayos que estaban en guardia, y si un lacayo le prestaba un servicio, por pequeño que fuese, se lo agradecía. Cuando trabajaba con su secretario, Méneval, hasta bien entrada la noche, solía pedir helados y sorbetes, y elegía los gustos preferidos por Méneval. Si lo veía adormecerse, interrumpía el dictado y ordenaba al secretario que se bañase, y el propio Napoleón impartía la orden de que preparasen el agua del baño. Se afirma que nadie es un héroe para su valet, sin

embargo Napoleón logró conquistar no sólo la estima sino el afecto de dos valéts: primero Constant, y más tarde Marchand.

Constant aprendió a identificar los estados de ánimo de su amo.

Cuando se sentía feliz. Napoleón entonaba una canción sentimental de la época. Aunque sabía música, invariablemente desentonaba, y cantaba con fuerte voz. Una de sus piezas favoritas era:

Ah! cen estfait, je me marie; y otra: Non, non, z'il est impossible D'avoir un plus aimable enfant.

Siempre cantaba z'il en lugar de cela, un extraño kalianismo que persistía. Asimismo, cuando estaba de buen humor. Napoleón pellizcaba el lóbulo de la oreja de Constant, o le daba una palmadita sobre la mejilla.

Pero si estaba de mal humor, en lugar de emitir el alegre «Ohé! Oh! Oh!», Napoleón convocaba a Constant con un seco «Monsieur! Monsieur Constant!». Se acercaba al hogar, empuñaba el atizador y atacaba varias veces al carbón o los leños, o descargaba un puntapié sobre los leños, una costumbre que le costó varios pares de zapatos quemados.

Después de 1808 se puso de manifiesto otro signo de desagrado: la pantorrilla de su pierna izquierda —la que había recibido la herida infligida por una pica inglesa— ascendía y descendía espasmódicamente.

Como muchos hombres sencillos, Napoleón tenía un temperamento muy vivaz. Con su voluntad de hierro generalmente lograba controlarlo, pero no siempre era ése el caso. Explotaba si un criado hacía mal su trabajo, y lo mismo le sucedía si sus generales cometían errores. Más de una vez en el campo de batalla perdió los estribos y golpeó a su general en la cara. Ciertamente, era el peor fallo personal de Napoleón y le granjeó más de un enemigo. A menudo una trivialidad provocaba la explosión. Por ejemplo, cierta vez un pelo de su cepillo de dientes se le incrustó entre los dientes, y Napoleón no pudo extraerlo. Se enojó, golpeó el suelo con los pies y ordenó llamar a su médico; sólo cuando éste retiró el pelo culpable, Napoleón recuperó su acostumbrado buen humor.

Una vez cumplida la tarea cotidiana. Napoleón solía asistir al teatro.

Pero rara vez permanecía más de un acto; le bastaba para adivinar la continuación, sobre todo si se trataba de un clásico que él ya conocía.

Si él y Josefina tenían invitados, alrededor de las once daba la señal de retirada diciendo: «Vamos a acostarnos.» Cuando ya estaba en el dormitorio de Josefina, Napoleón se desnudaba deprisa, se ponía un camisón, se sujetaba los cabellos con un pañuelo de Madras anudado delante, y se metía en la cama, atemperada en invierno mediante una sartén caliente. Cuidaba mucho de que todas las velas fuesen apagadas no sólo en el dormitorio, sino también en el corredor adyacente, pues le desagradaba el más mínimo rayo de luz.

Napoleón dormía entre siete y ocho horas. A veces podía omitir una noche de sueño sin efectos perjudiciales. Si en sus viajes, o durante una campaña tenía que pasar más tiempo sin dormir, lo compensaba con una o más breves siestas, pues podía dormir a voluntad aun cuando sonaran los cañones a pocos metros de distancia. Esta capacidad para dormir a voluntad es uno de los rasgos más reveladores de Napoleón.

Supone una gran calma. Aunque sus sentidos eran agudos, y percibía con mucha claridad. Napoleón rara vez se preocupaba y pocas veces se inquietaba gravemente. «Si yo estuviera en la cima de la catedral de Milán —exclamó cierta vez—, y alguien me arrojase de cabeza, mientras cayese estaría mirando alrededor, con mucha calma.» Pero la calma que es indispensable para dormir no puede ser convocada a voluntad; debe provenir de un nivel más profundo, de un subconsciente en paz con uno mismo y con el medio. Si Napoleón podía dormir a ratos sin que le importasen las circunstancias, la razón está en que se sentía en armonía con sus propios instintos más profundos y con la gente que lo rodeaba.

De estas personas, la más importante era Josefina, con quien después de su retorno de Egipto Napoleón inició un período de vida conyugal feliz. No sólo continuaba amando a su láguida criolla, sino que había llegado a apreciar su carácter. Josefina cuidaba admirablemente de sus hijos; hacía mucho bien a los amigos; ofrecía regalos de dinero a los parientes pobres o a los artistas sin trabajo. «Yo solamente gano batallas —dijo Napoleón—. Con su bondad, Josefina gana los corazones de la gente».

Por su parte, Josefina ahora amaba a su marido y lo comprendía, según decía el mismo Napoleón, mejor que nadie. Era un hombre rudo, y cuando estaba en el peinador de su esposa para disponer las flores que adornaban los cabellos de la mujer, retorcía y tironeaba hasta que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas. Era imposible ofrecer en las Tullerías una cena o una fiesta civilizadas. Napoleón trabajaba demasiado, y jamás pedía el consejo de Josefina. Sin

embargo, el 18 de octubre de 1801 ella escribió a su madre: «Bonaparte... hace muy feliz a tu hija. Es bondadoso, amable, en una palabra: un hombre encantador».

Josefina había ayudado a revelar esta faceta del carácter de Napoleón, y el deseo secreto del corso, manifestado cinco años antes, ahora se había convertido en un hecho: «Por lo que hace a Clisson, ya no se mostraba sombrío y triste... La fama militar lo había convertido en un ser orgulloso y a veces duro, pero el amor de Eugénie le aportó indulgencia y flexibilidad».

Una señal de su cambio fue que Napoleón comenzó a interesarse en las ropas de su esposa; si lo hubiese hecho antes, tal vez no habría existido Hippolyte Charles. Al comienzo del Consulado, Josefina y sus amigas usaban vestidos escotados de gasa transparente. Napoleón no veía con simpatía estas prendas, y una noche ordenó a un lacayo que amontonase leños en el hogar del salón, hasta que la habitación pareció un horno. «Deseaba tener un gran fuego —explicó—, pues el frío es muy intenso y estas damas están casi desnudas.» Josefina entendió la sugerencia, y en 1801 comenzó a usar materiales opacos, aunque cortados de un modo original que pronto habría de convertirse en moda: cintura alta, mangas cortas abullonadas, la falda cayendo recta, de modo que moldeaba la figura sin destacarla; y en lugar de zapatos, finas chinelas.

Con este atuendo, Josefina llevaba los cabellos cortos, adornados con cintas, joyas o flores.

El principal defecto de Josefina era la extravagancia. Gastaba prodigiosamente, sobre todo en ropas y joyas. Mientras Napoleón estaba en Egipto, Josefina compró treinta y ocho sombreros con plumas de airón, a 1.800 francos el sombrero, y sus deudas al comienzo del Consulado se elevaban a 1.200.000 francos. Contrariaba los buenos sentimientos de Josefina rechazar los artículos que le ofrecían, por caros que fuesen; una debilidad con la cual los modistas inescrupulosos aprendieron a contar. El espíritu ahorrativo de Napoleón se sintió ofendido por la extravagancia de Josefina; él, que nunca llevaba dinero en los bolsillos de su chaqueta, pagó las deudas de Josefina en 1800, pero durante los años siguientes tuvo que pagar sumas cada vez más elevadas. Era el único punto en que él la reprendía constantemente.

Napoleón y Josefina se veían con más frecuencia durante la pausa de un día y medio establecida al fin de cada década, la semana republicana de diez días. Entonces iban a Malmaison, a unos trece

kilómetros de París, donde habían adquirido una pequeña casa de tres plantas con techo de tejas. Josefina decoró Malmaison con su acostumbrado buen gusto, y dirigió la casa con la sencillez que tanto ella como Napoleón preferían. Por la noche ella cosía, o a veces ejecutaba una melodía fácil con su arpa. La alegraba escapar de las fiestas formales que debían ofrecer en las Tullerías. «Yo nací —dijo Josefina— para ser esposa de un campesino».

Josefina diseñó el jardín de Malmaison en el estilo denominado chino. Los caminos sinuosos discurrían entre los arbustos y los árboles para llegar a diferentes lugares: una estatua de Neptuno por Puget, Cupido en un templo, san Francisco de Asís en una gruta, la imitación de una tumba bajo un sauce, un pequeño puente sobre un arroyo adornado con dos obeliscos de granito rojo, recordatorio de la campaña de Egipto.

Josefina amaba las flores, y ella, que había crecido en una isla de flores, introdujo en Malmaison, y por lo tanto en Francia, especies hasta ese momento desconocidas, entre ellas algunas variedades de magnolias, camelias y el jazmín de Martinica. Persuadió a Napoleón que ordenase traer plantas raras de Australia, y a pesar de la guerra le pidió que introdujese de contrabando brotes procedentes de Kew.

Josefina tenía especial interés por la flor cuyo nombre había sido el suyo hasta su primera juventud. Por aquella época las rosas eran menos populares que los tulipanes, los jacintos y los claveles, por la sola razón de que, pese a su vivido color, eran pequeñas, frágiles, y florecían sólo un día o dos: de ahí que los poetas utilizaran la rosa para simbolizar el rápido paso de la juventud. Josefina plantó doscientas variedades de rosas y sobre esa base trató de cultivar una rosa que floreciese más tiempo. Con la ayuda de Aimé Bonpland, finalmente cruzó las centifolias —rosa de Provenza— con la rosa de China, notable por su fuerza, para producir la rosa té. La rosa té tenía flores débiles y sus colores no eran muy vivaces, pero poseía más resistencia, y sobre todo florecía durante semanas. Más tarde, a partir de la rosa té se obtendría el híbrido perpetuo, de modo que la mayoría de las rosas de jardín actuales se remontan a Malmaison. Josefina encargó grabados de todas sus rosas a Pierre Joseph Redouté, que combinaba la exactitud meticolosa del detalle con el sentimiento del artista por el color y la forma. Gracias a las famosas láminas de color de Redouté, en cierto sentido las rosas de Josefina continúan floreciendo.

Josefina buscaba en su jardín lo que se le negaba en la vida real.

Cierto día, en su apartamento de Plombières, mientras Napoleón navegaba en dirección a Egipto, Josefina estaba cosiendo pañuelos, cuando una amiga que se encontraba en el balcón vio un simpático perro en la calle, y llamó a Josefina para que lo observase. Josefina se apresuró a salir con dos amigas más; de pronto el balcón se desplomó, y Josefina cayó desde más de cuatro metros, lo cual le causó heridas internas. Los médicos temieron que como resultado de estas lesiones jamás pudiera tener otro hijo.

Josefina continuó concurriendo todos los veranos a Plombières, con la esperanza de que las aguas renovaran su fertilidad, y tendió a la hipocondría. Tuvo misteriosas jaquecas, y perseguía a Corvisart, el médico de Napoleón, para pedirle píldoras que la curasen. Él le suministraba migas de pan envuelta en papel plateado, y ella afirmaba que este remedio obraba maravillas. Josefina prefería estas píldoras a la cura permanente que Napoleón proponía para las jaquecas: el aire fresco. Solía decirle que saliera a realizar un largo paseo en carroaje.

Napoleón sentía la falta de hijos propios, y compensaba esa carencia invitando a Malmaison a sus sobrinos y otros parientes jóvenes. Le agradaba especialmente el pequeño hijo de su hermana Carolina, la que se había casado con Murat. «El tío Bibiche» llevaba a su sobrino a ver las gacelas. Primero, permitía que el niño montase una de las gacelas y después, excitaba a los animales ofreciéndoles rapé; entonces, con los cuernos bajos, las gacelas cargaban, y el tío Bibiche y el niño huían.

Napoleón jugaba otros juegos con los niños, por ejemplo la gallina ciega y el juego de los prisioneros, en que él corría veloz con las medias caídas:

«Napoléone di mezza calzetta!» Generalmente se llevaba bien con ellos, y los hacía reír con sus muecas. Pero con Napoléone, una pulcra niña de cinco años que era la hija de Elisa, no tenía tanto éxito. Una mañana le dijo en broma: «Señorita, ¿qué has hecho? Parece que anoche te orinaste en la cama.» Napoléone se irguió rígida en su sillita. «Tío, si sólo sabes decir tonterías, saldré de la habitación».

Napoleón también recibía en Malmaison a los miembros adultos de su familia. Joseph iba con frecuencia, lo mismo que Eugéne, ahora un apuesto y joven coronel de los Cazadores, y Hortense, la joven de ojos azules que en 1802 contrajo matrimonio con Louis, hermano de Napoleón. Si Josefina de hecho nunca abría un libro, Hortense compartía los gustos literarios de Napoleón, y una de las obras que ella le leyó en voz alta fue *Génie du Christianisme* (El

espíritu del Cristianismo) de Chateaubriand, obra publicada en 1802. A todos les agradaban las funciones teatrales de aficionados. Napoleón asistía pero no representaba.

Su aporte a la diversión general era relatar historias fabulosas. Napoleón ordenaba que amortiguasen con gasa las luces del salón antes de abordar un relato corso acerca de los muertos que llegaban cubiertos con largas mortajas blancas, cascos puntiagudos y espirituales cuencas de los ojos, para rodear el ataúd de un muerto reciente, levantarla y alejarse en silencio con él. A veces, esos espectros encapuchados se acercaban a la cama de uno, pronunciaban su nombre, gimiendo, gimiendo tenebrosamente, «¡Oh María, oh José!» y «aunque el corazón se nos partiera de pesar no debíamos contestarles —les contaba—, quien contestaba inevitablemente moría».

Una de las historias terroríficas de Napoleón se relacionaba con un importante personaje de la corte de Luis XIV. Ese hombre estaba en la galería de Versalles cuando el rey leyó a sus cortesanos un despacho que acababa de recibir, y que narraba la victoria de Villars sobre los alemanes en Friedlingen. De pronto, al fondo de la galería, el cortesano vio el fantasma de su hijo, que luchaba a las órdenes de Villars.

«¡Mi hijo ha muerto!», exclamó. Un momento después, el rey leyó en voz alta el nombre del hijo, incluido en la lista de oficiales caídos en acción.

La explicación de Napoleón era que «existe un fluido magnético entre las personas que se aman». A su juicio, este fluido adoptaba la forma de la electricidad, un tema que le interesaba vivamente; había asistido a la conferencia de Volta en el Instituto, «acerca de la identidad del fluido eléctrico con el fluido galvánico», es decir de la electricidad corriente y estática, y había ofrecido un premio de sesenta mil francos a quien pudiese desarrollar la ciencia de la electricidad tanto como lo habían hecho Franklin y Volta. Napoleón se interesaba también en la anatomía, hasta el día en que por solicitud del propio Napoleón, el doctor Corvisart quiso demostrar el funcionamiento del estómago. Corvisart desenvolvió un pañuelo de bolsillo con el cual había envuelto el estómago de un muerto. Después de echar una ojeada al nauseabundo objeto, Napoleón corrió al cuarto de baño y vomitó el contenido de su propio estómago.

Una de las rarezas del carácter de Napoleón era que, casi invariablemente, hacía trampas en los juegos. En el juego de los

prisioneros regresaba a la base sin formular la advertencia «¡Barre!»; en ajedrez, devolvía subrepticiamente al tablero una pieza comida. Napoleón hacía trampas en parte porque deseaba intensamente ganar. En su infancia, había deseado pertenecer al bando ganador, y en esas circunstancias consiguió que Joseph le cediese su lugar. Pero en esa actitud había algo más, pues si jugaba por dinero, al final de la partida reembolsaba lo que sus antagonistas habían perdido; y si lo descubrían, lejos de desconcertarse, era el primero que se echaba a reír. Solía decir: «Vicente de Paúl era un buen tramposo», aludiendo a la costumbre del santo de hacer trampas a los ricos en los juegos de azar con el fin de alimentar a los pobres. Napoleón hacía trampas porque la trampa agregaba sabor: de ese modo, tenía dos objetivos en lugar de uno: ganar y que no lo descubriesen. Por supuesto, también en la guerra los generales de mente convencional creían que Napoleón hacía trampas: no se atenía a las reglas!

En resumen, ésta era la vida privada del primer cónsul. En definitiva, era una vida satisfactoria. Napoleón se sentía satisfecho, en el sentido de que podía manifestar libremente sus cualidades, y de que tenía una familia y una vida social agradable. El signo externo de su serenidad era que la cara y el cuerpo, que antes exhibían una sorprendente delgadez, comenzaron a llenarse.

Las características que señalan la vida privada de Napoleón influyeron sobre su vida pública. La notable moderación que es posible discernir en sus costumbres se convirtió en un principio político esencial. «La moderación es la base de la moral, y la virtud más importante del hombre —dijo en 1800—... Sin ella, puede existir una facción, pero nunca un gobierno nacional.» La pulcritud se convirtió, en la vida pública, en incorruptibilidad, tan evidente para todos, que no se conocen ejemplos de que ni siquiera intentasen sobornar al primer cónsul. Como veremos, el hábito del ahorro se convertiría en la base de la política económica.

Finalmente, está su conservadurismo. Puede observarse que Napoleón continuó bebiendo el mismo vino, cantando las mismas melodías, bailando las danzas que le agradaban cuando era joven. Lo complacían las prendas viejas, no las nuevas. Fácilmente estrechaba relaciones con la gente y las cosas. La novedad no le atraía por su valor intrínseco.

Napoleón trasladó esa característica a la vida pública. A fines de 1800 dijo a Roederer: «Deseo que mis diez años en el cargo pasen sin que sea necesario despedir a un solo ministro, a un solo general, a un solo consejero de Estado».

Si los principios de Napoleón pueden resumirse en la palabra moderación, la voluntad que los respaldaba era por completo inmoderada.

Su voluntad extraía su vigor extraordinario de dos elementos que él ni siquiera por un instante cuestionó: el amor al honor y el amor a la República Francesa. El primero era su derecho de primogenitura como noble, y estaba fortalecido por la educación y su rango en el ejército; el segundo provenía de una intensa convicción personal. Por separado, cualquiera de los dos habría sido una fuerza poderosa; juntos, conformaron la voluntad más inflexible que la historia haya conocido.

El trabajo era la voluntad de Napoleón en acción, y el principal escenario del trabajo era su estudio, que daba al jardín de las Tullerías y al Sena, una habitación a la cual sólo él y su secretario podían acceder. En el centro había un gran escritorio de caoba, pero Napoleón lo utilizaba únicamente cuando firmaba cartas. Generalmente se paseaba por el estudio, y si se sentaba, lo hacía en un gran diván de tafetán verde, cerca del fuego. Su secretario se sentaba frente a un escritorio más pequeño, junto a la ventana, de espaldas al jardín.

Napoleón trabajaba hablando; es decir, normalmente dictaba. Hablaba deprisa, y a menudo se adelantaba mucho a la taquigrafía de su secretario. Cuando había terminado de dictar, el secretario le presentaba una transcripción, y él la corregía a pluma. Rara vez escribió extensamente de puño y letra, porque como él mismo decía, sus pensamientos eran más veloces que la pluma. Asimismo, excepto cuando se esforzaba mucho, su escritura era de difícil lectura — aunque siempre escribía con pulcritud y claridad los números— y su ortografía era por demás peculiar. Incluso escribía mal el apellido de su esposa, en lugar de Tascher ponía Tachére.

Esta costumbre de hablar en lugar de escribir órdenes, cartas, informes y otros materiales, también presupone un pensamiento claro y rápido. Era también una técnica gracias a la cual Napoleón imponía su voluntad a cada detalle y lo asimilaba para futuras referencias. Como observó Roederer: «Las palabras que nosotros mismos escribimos hasta cierto punto nos apresan; y también los proyectos que cobran forma por escrito generalmente son imprecisos e incoherentes... Pero el dictado es otra cuestión. Recitamos en voz alta lo que deseamos aprender de memoria, un nombre de pila o un número que necesitamos recordar.» Aquí está la explicación de la memoria muy retentiva de Napoleón.

Napoleón pronunciaba mal una serie de palabras, y continuó equivocándolas a pesar de que las había oído pronunciar bien centenares de veces. Decía rentes voyageres en lugar de rentes viageres, armistice en lugar de amnistie, point fulminan! por point culminan!; cometía errores especialmente graves cuando se trataba de los nombres de lugares: las Filipinas era las Philippiques; Zeitz era Siss; Hochkirsch, Oghirsch; y Conlouga se convertía en Calígula.

Cuando Napoleón dictaba una carta se concentraba de tal modo que «era como si estuviésemos manteniendo una conversación en voz alta con el correspondiente, que estaba allí, en carne y hueso». Dos de los hombres que lo conocieron mejor, uno de ellos un civil, y el otro un general, afirmaban cada uno por su parte que la concentración era el rasgo mental más peculiar de Napoleón. «Nunca lo vi distraerse del tema que estaba tratando para pensar en el que trató un instante antes o el que tratará después», dice Roederer. Napoleón formuló la misma idea con su acostumbrado vigor: «Cuando me apodero de una idea, la aferró por el cuello, por el trasero, por los pies, por las manos, por la cabeza, hasta que la he agotado».

Solo en su estudio, con el secretario, Napoleón contestaba las cartas, impartía órdenes, redactaba notas acerca de los informes de los ministros, controlaba los presupuestos, instruía a los embajadores, reclutaba soldados, desplazaba ejércitos y ejecutaba los mil deberes restantes que corresponden al jefe de gobierno, siempre totalmente enfrascado en la tarea que afrontaba, siempre terminándola antes de pasar a la siguiente.

Y lo haría durante los cuatro años y medio de Consulado, de acuerdo con un promedio de ocho a diez horas diarias.

Pero esto representaba sólo dos tercios del día de trabajo de Napoleón. Pasaba el tercio restante en la gran cámara del Consejo, en las Tullerías. Allí se reunía al Consejo de Estado. Durante los primeros meses del Consulado todos los días, después varios días por semana. Napoleón ocupaba una silla de brazos, flanqueado por Cambacérés y Lebrun, sobre una plataforma elevada, y frente a los consejeros, que ocupaban una mesa en forma de herradura revestida de paño verde. La mayoría de los consejeros estaba integrada por civiles, y cada uno era un especialista en determinada área. De los veintinueve originales, sólo cuatro eran oficiales, y aunque la tarea de los Consejos era redactar leyes y decretos, sólo diez eran abogados.

Habían sido elegidos por Napoleón en todos los rincones de Francia, y se los había juzgado únicamente por su capacidad.

La característica más importante del Consejo era que los miembros hablaban sentados. «Un miembro nuevo —dice el consejero Pelet—, que había conquistado prestigio en las Asambleas, trató de ponerse de pie y hablar como un orador; se rieron de él, y tuvo que adoptar un estilo usual de conversación. En el Consejo era imposible disimular la falta de idea con alardes de elocuencia».

Cuando se presentaba un problema al Consejo, Napoleón permitía que los miembros hablasen libremente, y formulaba su propia opinión sólo cuando la discusión estaba muy avanzada. Si no sabía nada del tema, lo decía y pedía a un experto que definiése los términos técnicos. Las dos preguntas que formulaba con más frecuencia eran: «¿Es justo?» y «¿Es útil?». También preguntaba «¿Está completo? ¿Tiene en cuenta todas las circunstancias? ¿Cómo fue antes? ¿En Roma, en Francia? ¿Cómo es en el exterior?». Si tenía opinión negativa de un proyecto, afirmaba que era «singular» o «extraordinario», con lo cual quería decir sin precedentes, pues como dijo al consejero Mollien, «no temo buscar ejemplos y normas en el pasado; me propongo mantener las innovaciones útiles de la Revolución, pero no abandonar las instituciones beneficiosas si su destrucción representó un error».

«A partir del hecho de que el primer cónsul siempre presidía el Consejo de Estado —dice el conde de Plancy—, algunas personas han supuesto que era un cuerpo servil y que obedecía en todo a Napoleón.

Por el contrario, puedo afirmar que los hombres más esclarecidos de Francia... deliberaban allí en un ambiente de total libertad, y que jamás, nada limitó sus discusiones. Bonaparte estaba mucho más interesado en aprovechar el saber de estos hombres que en escudriñar sus opiniones políticas».

Los consejeros votaban levantando la mano. Con pocas excepciones, Napoleón se atenía al voto de la mayoría, a pesar de que de acuerdo con la Constitución no estaba obligado a hacerlo. En realidad, Cambacérés opinaba que Napoleón se mostraba excesivamente circunspecto frente al Consejo, y se quejaba de que era difícil conseguir que firmase decretos meramente administrativos sin someterlos antes a la votación del Consejo.

El Consejo solía reunirse a las diez de la mañana. En ausencia de Napoleón, Cambacérés presidía, y los miembros sabían que la reunión terminaría a la hora de almorzar. No era el caso cuando

presidía Napoleón. A veces llegaba inesperadamente, anunciado por los tambores que atacaban el saludo general en la escalera; ocupaba su asiento y escuchaba. Los miembros nuevos podían creer que estaba dormido o que se había entregado a alguna ensoñación, pero de pronto intervenía con una pregunta pertinente o resumía con suma claridad los argumentos que acababa de escuchar, y a menudo agregaba una comparación extraída de la matemática. Si discrepaba con las opiniones que había escuchado, exponía extensamente su propia posición, y a veces hablaba una buena hora sin vacilar para hallar las palabras apropiadas.

Cuando presidía Napoleón, las sesiones generalmente duraban siete horas, con una pausa de veinte minutos. Cuando aumentó el número de cuestiones examinadas, en 1800 fueron 911, y en 1804, 3.365, Napoleón tuvo que realizar sesiones que duraban toda la noche, de las diez de la noche a las cinco de la madrugada. Pasaban esas largas horas y entonces Napoleón extraía un cortaplumas y cortaba astillas de madera de su silla o tiras de la cubierta que protegía la mesa. Solía garabatear varias veces la misma frase sobre el papel que tenía delante. En un papel escribió diez veces: «Dios mío, cómo te amo»; y en otro, ocho veces:

«todos ustedes son unos canallas», pero siempre mantenía el dominio de la discusión. Cierta vez, durante una sesión nocturna, los consejeros comenzaron a dormitar. Napoleón dijo ásperamente: «Mantengámonos despiertos, ciudadanos. Son sólo las dos. Debemos ganarnos el sueldo».

No se trataba del trabajo por el trabajo mismo, sino de una labor qué debía ser ejecutada. Francia había vivido diez años en el caos. Solamente el trabajo podía restaurar el orden, y sólo mediante el trabajo sería posible aplicar las muchas y excelentes ideas propuestas durante esos diez años.

Napoleón y su Consejo no sólo trabajaban durante una jornada larga y a veces durante una larga noche, también trabajaban durante la prolongada semana republicana. Aun sin tener en cuenta las sesiones nocturnas, el primer cónsul y sus consejeros trabajaban anualmente veinte días más de lo que había sido el caso en tiempos de la monarquía.

A menudo sucedía que Napoleón despertaba en su dormitorio azul y recordaba una tarea urgente. Pese a que había cumplido una jornada de dieciséis horas, se levantaba, llamaba a Méneval, y en el palacio silencioso y oscuro, mientras París y toda Francia dormían, podía oírse la tersa voz de Napoleón que dictaba. Un par de horas

después pedía sorbetes; él y Méneval calmaban la sed, y después volvían a trabajar.

Cuando su médico le observó que estaba exagerando el esfuerzo, Napoleón contestó: «El buey ha sido uncido, y ahora debe arar.» Y en efecto araba sin descanso la extensión entera de Francia. Los miembros de su gobierno aplaudían este esfuerzo en apariencia sobrehumano; los realistas que residían en el extranjero se burlaban. La Chaise observó, con un toque de adulación: «Dios hizo a Bonaparte, y después descansó.» A lo cual el emigrado conde de Narbonne replicó: «Dios debió haber descansado un poco antes».

CAPÍTULO TRECE

La reconstrucción de Francia

Cuando fue designado primer cónsul, Napoleón encontró en el Tesoro exactamente 167.000 francos en efectivo y deudas que sumaban 474 millones. El país estaba inundado de papel moneda casi sin valor.

Los sueldos de los funcionarios civiles soportaban un atraso de diez meses. Como deseaba saber cuál era exactamente la fuerza del ejército, Napoleón interrogó a un oficial superior. El hombre no conocía el dato.

—Pero puede saberlo gracias a las nóminas de pago —dijo Napoleón.

—No pagamos al ejército —respondió el oficial.

—Entonces, mediante las listas de raciones —insistió Napoleón.

—No lo alimentamos —fue la respuesta —Gracias a las listas de uniformes, entonces.

—Tampoco lo vestimos.

La misma situación prevalecía en todo el territorio de Francia, e incluso en los asilos de huérfanos, donde el año precedente la falta de fondos había determinado que centenares de niños muriesen de hambre.

Sin duda, ante todo era esencial obtener efectivo. Napoleón consiguió dos millones en Genova, tres millones de los banqueros franceses y nueve millones mediante una lotería. De ese modo evitó la quiebra durante los primeros meses en su cargo, mientras organizaba la recaudación de fondos regulares. En teoría, el impuesto sobre las rentas debía aportar lo necesario para satisfacer sus necesidades; el problema consistía en que los hombres encargados de la recaudación lo consideraban una ocupación de dedicación parcial. Uno de los primeros actos de Napoleón como cónsul fue crear un cuerpo especial de 840 funcionarios, ocho por departamento, cuya tarea exclusiva era recaudar el impuesto.

Exigía a cada funcionario el adelanto del 5 por ciento del ingreso anual previsto. De este modo, Napoleón obtuvo efectivo suficiente para diez días; hacia el año IX los diez días se habían convertido en un mes. Al mismo tiempo, prometió bautizar la plaza más hermosa de París con el nombre del departamento que pagara primero la totalidad de sus impuestos; y ésa sería la place des Vosges.

El nuevo sistema de recaudación de impuestos fue eficaz. Durante el Consulado, Napoleón obtuvo anualmente 660 millones de francos del impuesto sobre las rentas y la propiedad pública, es decir 185 millones más de lo que el antiguo régimen conseguía de docenas de distintas gabelas en 1788. Con el tiempo, en lugar de elevar el impuesto sobre las rentas, Napoleón creó impuestos indirectos: en 1805 sobre el vino, los naipes y los carroajes; en 1806 sobre la sal; y en 1811 sobre el tabaco, convertido en monopolio oficial.

A medida que comenzó a ingresar el dinero; Napoleón evitó el gasto excesivo. «Nadie —declaró—, debe decidir sus propias erogaciones o autoasignarse dinero», y a partir de estos dos principios creó dos organismos: el Ministerio de Finanzas y el Tesoro, donde antes existía uno solo.

«Mi presupuesto —explicó—, consigue que el Ministerio de Finanzas mantenga una guerra permanente con el Tesoro. Uno me dice: "Prometí tanto, y se debe tanto"; y el otro: "Se ha recaudado tanto". Al enfrentarlos obtengo seguridad».

«¿Sabe lo que están tratando de que pague por mi instalación en las Tullerías? —exclamó Napoleón en una conversación con Roederer —.

iDos millones!... Hay que reducir la suma a 800.000. Estoy rodeado por una pandilla de canallas.» Esta industriosidad innata iba de la mano con la desconfianza del campesino hacia los préstamos: «sacrifican al momento actual la posesión más preciada por los hombres; el bienestar de sus hijos». De modo que todos los años de su gestión Napoleón equilibró el presupuesto. Se negó a organizar préstamos públicos, retiró papel moneda y limitó la deuda pública a la minúscula cifra de ochenta millones.

Durante las primeras semanas de su gestión Napoleón tuvo que aceptar préstamos provisionales de los banqueros privados al 16 por ciento, pese a que consideraba inescrupulosa una tasa superior al seis por ciento. Como esta situación no lo satisfacía, el 13 de febrero de 1800 creó el Banco de Francia, con un capital inicial de treinta millones de francos, con el derecho de prestar dinero hasta esa suma, y para comodidad de la región de París, la atribución de emitir

billetes en la medida de sus reservas de oro. Napoleón limitó al seis por ciento el dividendo anual del banco, y los beneficios que superasen ese margen debían pasar a integrar la reserva.

Napoleón verificaba personalmente el presupuesto de todos sus ministerios, y nada escapaba a su prudente ojo. Cierta vez, en un presupuesto de varios miles de francos señaló un error de un franco con cuarenta y cinco céntimos. En 1807 fundó una oficina de Auditoría con la misión de controlar cada céntimo del gasto público. En todos los ámbitos, desde las sillas de montar para el ejército a los trajes de la Comédie Francaise, Napoleón solía insistir, en general personalmente, en el valor del dinero, lo cual de hecho significaba que el dinero mantenía su relación con los valores reales. Napoleón nunca necesitó devaluar su circulante, y el costo de la vida permaneció estable desde el año en que asumió su función. Los bonos de deuda pública, que se cotizaban a doce francos la víspera de su ascenso al poder, ascendieron a 44 francos en 1800 y a 94,40 en 1807. En lugar de los sacos de papel moneda sin valor que él halló al asumir el cargo. Napoleón metió en los bolsillos franceses tintineantes monedas de oro; ciertamente, la principal de éstas bajo el Imperio, la moneda de veinte francos, ostentaría la efigie de Napoleón y llevaría su nombre.

Después de ordenar las finanzas francesas, Napoleón volvió la mirada hacia el derecho y la justicia. En vista de la antigua relación de su familia con la profesión de abogado. Napoleón sentía mucho interés por el tema. Pero aquí el problema era demasiado fundamental para resolverlo mediante la designación de funcionarios o apelando al esfuerzo personal. En realidad, no existía nada que pudiera denominarse el derecho francés; sólo muchos códigos regionales y centenares de tribunales autónomos; por ejemplo, en París, el Almirantazgo, los Condestables Montados, la Montería y la Halconería, la Bailía de la artillería, los Almacenes de la Sal, y así muchos más. Los casos iban y venían entre los tribunales, y los únicos beneficiados eran los abogados. Desde 1789 la justicia se había complicado aún más con 14.400 decretos, muchos de los cuales contradecían leyes anteriores. Con sobrada razón Napoleón había escrito a Talleyrand dos años antes de ocupar el cargo de primer cónsul: «somos una nación con 300 códigos de leyes pero sin leyes».

Napoleón deseaba combinar los derechos del hombre con los mejores elementos del antiguo derecho francés; éste correspondía a dos vertientes distintas: la ley consuetudinaria, aplicada en el norte,

y el derecho romano en el sur. Cuando necesitó expertos que realizaran el trabajo pesado, Napoleón eligió dos de cada región: Tronchet y Bigot de Préameneu del norte, y Portalis y Malleville del sur. Tronchet y Portalis habían alcanzado renombre defendiendo a los perseguidos; el primero, a Luis XVI, en cuyo proceso le iba la vida; el segundo, a los sacerdotes que rehusaban jurar la Constitución. Como sabía que los abogados trabajaban lentamente, y Tronchet tenía setenta y cuatro años, Napoleón dijo: «Os concedo seis meses para darme un Código Civil», es decir un borrador. Despues, el proyecto fue discutido punto por punto por el Consejo de Estado, bajo la presidencia de Napoleón en cincuenta y siete sesiones, es decir más de la mitad.

Napoleón descubrió que coincidía con los abogados en las cuestiones más esenciales: igualdad ante la ley, el fin de los derechos y las obligaciones feudales, la inviolabilidad de la propiedad, el matrimonio como acto civil y no religioso, la libertad de conciencia, la libertad de elegir el trabajo que uno realiza. Estos principios fueron codificados.

Pero a veces Napoleón se oponía a los abogados, sobre todo en relación con el tema de la familia. La Revolución había aumentado el poder del Estado a expensas de la familia. Napoleón deseaba equilibrar la situación fortaleciendo la familia, y sobre todo a su jefe; y adoptaba esta actitud porque entendía que la familia era la mejor salvaguardia de los débiles y los oprimidos. Napoleón fue quien incorporó un artículo que declaraba que los padres debían alimentar a sus hijos, si éstos eran pobres, incluso en la edad adulta. Lo denominó el «plato de comida paterno». Napoleón también deseaba obligar a los padres a suministrar dotes a sus hijas; creía que de este modo se evitaría que las jóvenes contrajeran matrimonio —o se vieran impedidas de hacerlo— contra su voluntad; y también quiso otorgar a los abuelos el derecho de proteger a los nietos del maltrato de los padres. En esto, como en otros aspectos. Napoleón no consiguió imponer su criterio.

La Revolución había sido a veces un nivelador imperativo. Por ejemplo, en beneficio del igualitarismo, un decreto de 1794 estableció que un cabeza de familia con tres hijos no podía legar a uno de los hijos más del 25 por ciento por encima de lo que había legado a cualquiera de los dos restantes. Napoleón pensaba que debía permitirse que un testador legase hasta la mitad de sus bienes a un hijo, con lo cual por lo menos garantizaría que la casa de la familia pasara de una generación a otra.

La única excepción estaría representada por las propiedades cuyo valor superase los cien mil francos. Tronchet se opuso: «¿Cómo podemos saber si la propiedad tiene o no un valor superior a los cien mil francos? Sería necesario usar los servicios de expertos, lo cual sería costoso, lento, y materia de disputas legales.» También aquí se rechazó la propuesta más liberal de Napoleón.

La ley francesa consideraba muertos a ciertos criminales, sobre todo a los de carácter político. Estas personas no podían iniciar juicios, o hacer testamento. Como el matrimonio ahora era un acto civil, los juristas llegaron a la conclusión de que cuando se declaraba legalmente muerto a un hombre, su matrimonio también concluía, y por lo tanto desde el punto de vista legal la esposa era viuda. Napoleón protestó:

«Sería más humano matar al marido —y agregó—. En ese caso, por lo menos su esposa podría levantar un altar en el jardín, e ir a llorar allí.» Propuso a los juristas que contemplasen las consecuencias de su lógica desde el punto de vista de la esposa, pero tampoco en esto consiguió salirse con la suya. Sólo en 1854 se eliminó del derecho francés el concepto de «muerte legal».

Napoleón coincidía con el principio revolucionario de que el matrimonio era un acto civil, pero deseaba que los jóvenes considerasen responsablemente la unión conyugal. «El jefe del Registro Civil —observó Napoleón, sin duda porque recordaba su propio matrimonio—, casa a una pareja sin la más mínima solemnidad. Es un acto demasiado seco.

Necesitamos algunas palabras que eleven la ceremonia. Vean lo que hacen los sacerdotes con su homilía. Tal vez el marido y la mujer no presten atención al asunto, pero sus amigos lo tienen en cuenta.» Por desgracia, aunque el hecho no es sorprendente, ni Napoleón ni su Consejo encontraron expresiones no religiosas que originasen el efecto deseado. Napoleón tuvo más éxito cuando frustró la propuesta de que las jóvenes se casaran a los trece años y los varones a los quince. «Ustedes no permiten que los niños de quince años participen en contratos legales; entonces, ¿cómo les permiten que intervengan en el más solemne de todos los contratos? Es conveniente que los hombres no se casen antes de los veinte años y las jóvenes antes de los dieciocho. Si no se procede así, la raza decaerá».

Napoleón había sido criado bajo el criterio del derecho romano, que establece que una esposa está sometida a su marido. Durante la redacción de los capítulos acerca del matrimonio, Napoleón defendió

enérgicamente este principio. El texto acerca del matrimonio, dijo, «debería incluir una promesa de obediencia y fidelidad de la esposa. Tiene que entender que al salir de la tutoría de su familia, pasa a la del marido...

El ángel habló a Adán y a Eva de obediencia, eso solía figurar en la ceremonia del matrimonio, pero estaba en latín y la esposa no lo entendía.

Necesitamos el concepto de obediencia sobre todo en París, donde las mujeres tienen el derecho de hacer lo que les place. No digo que influirá sobre todas, sólo sobre algunas». Napoleón convenció al Consejo, y el artículo 213 del Código estipula: «La esposa debe obediencia a su marido».

Durante la redacción del Código Civil, el choque principal tuvo que ver con el divorcio. Portalis, que era un católico devoto, se opuso al divorcio, y muchos consejeros opinaban que constituía una amenaza para la estabilidad social: en París durante los años 1799 y 1800 un matrimonio de cada cinco acababa en divorcio. Napoleón, que apreciaba el valor de la familia, miraba con desagrado el divorcio, y aún no pensaba que un día se vería obligado a considerar su divorcio de Josefina. Pero también aquí adoptó una postura liberal, defendió el divorcio con el argumento de que la dureza personal a veces lo convierte en un paso necesario, y logró que el divorcio fuera incorporado al Código Civil.

«Una vez admitido el divorcio —dijo Napoleón—, ¿es posible otorgarlo por incompatibilidad? Habría un grave inconveniente, que al contraer matrimonio quizás ya pensara en la posibilidad de disolverlo. Sería como decir: "Estaré casado hasta que mis sentimientos cambien".» Napoleón y sus consejeros llegaron a la conclusión de que por sí misma la incompatibilidad no era razón suficiente para conceder el divorcio.

Autorizaron el divorcio por consentimiento mutuo cuando mediaban razones graves, por ejemplo la deserción; pero la pareja debía obtener también la aprobación de los padres. «Considero que una pareja que tiende a divorciarse es presa de la pasión, y necesita que se la guíe.» Además, podía apelarse al divorcio sólo después de dos años y antes de los veinte años de vida conyugal. Es interesante observar que el espíritu de los tiempos sería una fuerza más importante que la ley; en París, bajo Napoleón, se divorciaba un promedio de sólo sesenta parejas anuales.

Napoleón y el Consejo de Estado redactaron los 2.281 artículos del Código Civil entre julio y diciembre de 1800. Pero Napoleón

descubrió que la oposición no terminaba aquí. El Tribunado formuló objeciones mezquinas al vital capítulo primero que defendía los derechos civiles, y sólo en 1804, cuando terminó el mandato de muchos miembros del Tribunado, Napoleón pudo obtener la aprobación del Código. Lo publicó el 21 de marzo de 1804.

Los hombres que representaron los papeles más importantes en la redacción del Código fueron Tronchet y Portalis. Napoleón reconoció la labor que ellos realizaron erigiendo estatuas de ambos abogados en la Cámara del Consejo. Pero el propio Napoleón representó también un papel muy importante. Él aportó orden a Francia, es decir, el marco indispensable para la elaboración de la ley; él logró que se redactara prontamente el Código; él consiguió que se lo escribiera, no en la jerga legal de costumbre, sino en un estilo claro que era inteligible para el hombre de la calle. Stendhal lo admiraba tanto que diariamente leía varios capítulos para formar su propio estilo. Napoleón impuso dos de los principales artículos: una familia fuerte y el derecho al divorcio.

Finalmente, Napoleón trató —no siempre con éxito— que un espíritu liberal gravitase sobre un elevado número de artículos, por ejemplo, él propuso que el nacimiento fuera registrado, no en el lapso de veinticuatro horas, como antes, sino dentro de los tres días.

En este sentido, el Código Civil merece que se lo denomine Código de Napoleón, el nombre que se le asignó en 1807, fecha en que ya se había impreso en Europa occidental. Napoleón siempre creyó que perduraría, y no se equivocó. Es, todavía hoy, la ley de Francia, pese a que recientemente fueron modificadas algunas partes. Por ejemplo, ya no es posible multar en trescientos francos al marido que tiene una amante. También es, todavía hoy, la ley de Bélgica y Luxemburgo. Fue la ley del distrito renano de Alemania hasta fines del siglo XIX; ha dejado una impronta duradera en las leyes civiles de Holanda, Suiza, Italia y Alemania; fue llevado a los países ultramarinos y dejó su impronta —la igualdad política y una familia fuerte— en países tan diferentes como Bolivia y Japón.

Con la misión de aplicar el Código Civil, Napoleón designó un nuevo funcionario, uno en cada departamento, al que denominó «prefecto».

El prefecto tenía menos poder que el intendant del antiguo régimen, pero más que el comisionado del directorio. Era el funcionario que, de acuerdo con las palabras de Chaptal, «transmite la ley y las órdenes del gobierno a los puntos más lejanos de la sociedad con la velocidad de una corriente eléctrica»; aunque una

analogía mejor sería con la velocidad del telégrafo, inventado poco antes por Chappe; el medio técnico para la unidad que Napoleón había dado a Francia.

El propio Napoleón eligió a los prefectos, pero tenía que elegir entre las «listas de notables» aprobadas por el electorado. Eligió a sesenta y cinco de los primeros noventa y ocho por consejo de Lucien, que era su ministro del Interior, y de los noventa y ocho, cincuenta y siete habían pertenecido a distintas Asambleas durante la Revolución. Después de designarlos, Napoleón dio libertad de acción a sus prefectos. Cierta vez dijo al prefecto de los Bajos Pirineos: «A cien leguas de París, un prefecto tiene más poder que yo».

Esto era cierto, en el sentido de que Napoleón rara vez interfería en el gobierno de un prefecto en su departamento. En dos ocasiones excepcionales Napoleón intervino por carta, y criticó la acción de un prefecto: cuando el prefecto de los Alpes Marítimos prohibió que se cantara cierta aria en el teatro de la ópera local porque le parecía que políticamente era discutible. «Deseo —escribió Napoleón—, que Francia goce de la mayor libertad posible»; y cuando el prefecto del Bajo Rin obligó a vacunarse a la población.

Además de instituir el Código Civil y designar a los prefectos que debían aplicarlo. Napoleón dio a Francia un nuevo Código Penal y los jueces destinados a administrarlo. Napoleón designaba jueces en virtud de un derecho constitucional, y en este punto la Constitución coincidía con el pensamiento liberal contemporáneo, incluso el de madame de Staél. Napoleón, que nombraba prefectos únicamente en los departamentos en los cuales no tenía relaciones de parentesco, aplicó el mismo principio en el campo de la justicia. Pese a que una considerable mayoría del Consejo de Estado se opuso, en 1804 designó jueces de distrito, según el modelo inglés, y observó: «Antes los parlamentos solían controlar a los jueces; ahora los jueces controlan a sus tribunales».

Durante la Revolución se había establecido el sistema de jurados; otra fórmula importada de Inglaterra. Napoleón veía con buenos ojos la innovación, pero el Consejo de Estado no opinaba igual. El 30 de octubre de 1804 Napoleón habló para oponerse a una medida que intentaba suprimir el sistema: «Tenemos que confiar las decisiones relacionadas con la propiedad a los jueces civiles porque tales cuestiones exigen conocimiento técnico; pero si se trata de dictaminar acerca de un hecho, sólo se necesita un sexto sentido, a saber, la conciencia. De modo que en los casos criminales podemos apelar a individuos elegidos de la multitud.

De este modo, los ciudadanos tienen una garantía de que su honor y su vida no están en manos de los jueces, que ya deciden acerca de su propiedad».

Se informaba de tantas decisiones ineptas de los jurados —en este período, en la mitad de las comunas francesas ni siquiera los funcionarios municipales sabían leer y escribir— que el Consejo de Estado insistió en limitar el sistema de jurados. En 1808, contra los deseos explícitos de Napoleón, el Consejo eliminó al jurado que decide si corresponde o no que el acusado sea juzgado, y lo sustituyó por una cámara de enjuiciamiento, una para cada corte de apelaciones.

Hubiera podido suponerse que Napoleón otorgaría al ejército una posición privilegiada en Francia; dos ejemplos entre muchos muestran lo que sucedió realmente. El general Cervoni, comandante de la 8.a división, ordenó que «todos los que fueran descubiertos portando armas serían encarcelados en el Fon St. Jean, de Marsella»; el 7 de marzo de 1807 Napoleón lo criticó: «Un general carece de funciones civiles, salvo que se le haya conferido una ad hoc. Cuando carece de misión, no puede influir sobre los tribunales, la municipalidad o la policía.

Considero una locura la actitud que usted adoptó.» Cuando los cadetes de la escuela de artillería de Metz provocaron disturbios e insultaron a la gente, Napoleón los llamó al orden: «El ejército prusiano acostumbraba a insultar y maltratar a los burgueses, y éstos después se sintieron encantados cuando el ejército fue derrotado. Una vez aplastado, ese ejército desapareció y nada vino a reemplazarlo, porque no tenía detrás de sí a la nación. El ejército francés es excelente sólo porque forma una unidad con la nación.» Napoleón formulaba constantemente el concepto de que un francés es primero ciudadano y después soldado, y de que todos los delitos cometidos por un soldado en tiempo de paz ante todo debían ser remitidos a las autoridades civiles. Como dijo en 1808: «En el mundo hay sólo dos fuerzas: la espada y el espíritu; por espíritu entiendo las instituciones civiles y religiosas; a la larga, el espíritu siempre derrota a la espada».

Éste fue el trabajo de Napoleón en el campo del derecho. Pero las leyes pueden ser eficaces sólo si se educa a los ciudadanos de modo que las respeten. Por consiguiente, el complemento de las reformas legales de Napoleón es su reforma del sistema educativo francés.

Bajo la monarquía, los sacerdotes enseñaban a los niños franceses sobre la base del pago de honorarios. La Revolución arrebató las

escuelas a los sacerdotes, declaró el derecho de todos los niños a la educación secular libre, pero no tenía dinero ni personal para aplicar la idea. Cuando Napoleón se convirtió en primer cónsul, comprobó que en realidad no había escuelas primarias, y que existían unos pocos colegios secundarios oficiales de buen nivel, las llamadas escuelas centrales, así como cieno número de colegios privados. Las universidades habían sido clausuradas.

Napoleón reabrió las escuelas primarias, con los sacerdotes en el papel de maestros, pero consagró su atención principal a los colegios secundarios. Fundó más de trescientos, y modificó su currículo para permitir la especialización temprana. A la edad de quince años un jovencito decidía estudiar matemática e historia de la ciencia, o clásicos y filosofía. A los diecisiete se presentaba al examen de bachillerato.

Si lo aprobaba, podía optar por una educación superior en París, en la Sorbona, reabierta por Napoleón lo mismo que las universidades provinciales.

Napoleón miraba con malos ojos a las escuelas centrales porque enseñaban idéologie, es decir, que las actitudes éticas son por completo relativas, y deben variar de una época a otra. Napoleón creía que este principio menoscababa la moral y el respeto a la ley. Clausuró las écoles centrales y las sustituyó por los liceos. Como Francia por entonces estaba en guerra, promovió en los liceos cierta atmósfera militar. Los alumnos, principalmente hijos de oficiales, usaban uniformes azules y aprendían ejercicios y mosquetería. Napoleón determinó que se dictasen dos horas semanales de instrucción religiosa, así como un curso de filosofía basado en Descanes, Malebranche y Condillac, discípulo de Locke, todo ello con el fin de combatir la idéologie. Concretamente vetó la propuesta de enseñar literatura creadora: «Corneille y Racine no sabían más que el buen alumno de una clase de retórica; no es posible aprender el buen gusto y el genio.» Convirtió al latín y la matemática en el pilar del currículo.

En su carácter de ex alumno de Brienne, Napoleón se interesó mucho por sus liceos. Pero estas academias casi militares eran sólo una parte de su contribución a la educación francesa. Mientras Napoleón ejerció el poder, Francia llegó a tener treinta y nueve liceos, y más de trescientos colegios secundarios oficiales de distinto carácter. Más aún, Napoleón permitió el aumento del número de colegios secundarios privados: en 1806 su número se elevaba a 377, comparados con 370 colegios oficiales.

Los colegios secundarios oficiales estaban destinados exclusivamente a los varones: en 1800, ningún francés hubiese deseado otra cosa. En el Consejo, el 1 de marzo de 1806, Napoleón dijo: «No creo que necesitemos inquietarnos con un plan de instrucción para las jóvenes; sus madres les imparten la mejor educación posible. La educación pública no les conviene, porque nunca se ven obligadas a estar en público.» Pero al año siguiente Napoleón redactó el currículo destinado a las hijas huérfanas de Legionarios de Honor en un colegio de Ecouen. Debían aprender a leer, escribir y calcular, algo de historia y geografía, algo de botánica, pero nada de latín. Debían aprender a remendar calcetines y camisas, y a bordar, bailar y cantar, así como los rudimentos de la crianza. «De hecho, el conocimiento exacto impartido allí debe limitarse al Evangelio. Deseo que el lugar produzca, no mujeres encantadoras, sino mujeres virtuosas. Tienen que ser atractivas porque se ajusten a elevados principios y posean corazones cálidos, no porque sean ingeniosas o divertidas».

En el campo de la educación superior, Napoleón fundó dos escuelas de derecho en París, y en las provincias, para instruir a los docentes, la Escuela normal superior, que hasta hoy ha preservado una reputación enviable. Proyectó, pero nunca realizó, una escuela de estudios avanzados de historia; quizás al recordar sus propios momentos de desconcierto en Valence quiso que esa institución publicase una lista de los mejores libros: «Un joven ya no necesita perder meses en el estudio engañoso de autoridades inadecuadas o indignas de confianza.» Otra de las buenas ideas de Napoleón que nunca fructificó fue un colegio de treinta profesores, que abarcaría el campo entero del saber, y donde todos podrían acudir con el fin de conseguir información acerca de determinado punto.

Un principio de la Revolución era que nadie debía ser independiente del Estado, de ahí, por ejemplo, la abolición de las corporaciones; y el principio de que todos los componentes del Estado debían responder a una forma dada, por ejemplo, la uniformidad de los pesos y las medidas.

Napoleón aplicó este principio cuando creó en 1808 una corporación, que recibiría el nombre de Universidad, responsable de velar por que toda la educación, incluida la privada, «tendiera a formar ciudadanos respetuosos de su religión, su gobierno, su patria y su familia».

Todos los maestros tenían que prometer cumplir las reglas de la Universidad, y Napoleón deseaba que esta promesa fuese una

ocasión muy solemne: los docentes «deberían casarse, por así decirlo, con la causa de la educación, de la misma manera que sus predecesores se casaban con la Iglesia, con la diferencia de que su matrimonio no necesitaba ser tan sagrado ni tan indisoluble».

Napoleón deseaba que su Universidad produjese ciudadanos respetuosos de la ley. Pero este propósito no se originó en él; era un rasgo de la época. El pensador liberal Turgot había propuesto un sistema global muy parecido al de Napoleón, «para instruir a los ciudadanos»; y Jeanbon Saint-André, ex miembro del Comité de Salud Pública, quiso que los niños franceses fuesen instruidos en un código moral uniforme, y por consiguiente se convirtiesen «en personas respetuosas de la ley». Por la época en que Napoleón asumió el poder, diez años de caos moral y político habían determinado que fuese urgente la necesidad de una etapa de conservadurismo político, y por lo tanto intelectual. Si Napoleón convirtió esta idea en el rasgo principal de su programa educacional, bien puede argüirse que no tenía alternativa.

Pero en este marco había posibilidades de innovación, y se diría que Napoleón no alcanzó a percibirlas. Llevó demasiado lejos su conservadurismo natural cuando convirtió al latín y la matemática en la base de la educación secundaria. No sólo no logró alentar la enseñanza de las ciencias fundadas en la observación y la experimentación —un hecho sobremanera extraño, en vista de la expedición egipcia— sino que el espíritu del conformismo intelectual gravitó en perjuicio de la inventiva.

La limitada enseñanza de las ciencias experimentales en los colegios secundarios, como veremos después, habría de tener repercusiones graves.

El fracaso de Napoleón en este punto es tanto más extraño si se tiene en cuenta que gastó elevadas sumas, a veces de su propio bolsillo, para subsidiar a los científicos adultos y estimular la aparición de invenciones nuevas: ofreció un premio de un millón de francos por una máquina destinada a producir lienzo, recompensó con una pensión anual de tres mil francos a Jacquard, inventor de un telar de seda perfeccionado, y con un premio de cuarenta mil francos a Fouques, que logró producir azúcar a partir de la uva.

Formulada esta salvedad, puede afirmarse que Napoleón hizo mucho para mejorar la educación francesa. Gastó en ella más dinero que en cualquier otro capítulo, y esto sucedió en el curso de una década de guerra. Abrió antiguas escuelas, fundó otras nuevas y halló el personal necesario para dotarlas. A pesar de la oposición,

permitió que continuase la educación privada. En Francia, antes de Napoleón, las escuelas y los colegios estaban vacíos; bajo el gobierno de Napoleón, atestados. Sin duda recordando el tiempo que había pasado en Brienne, insistió en que no debían existir diferencias entre los alumnos subsidiados por el Estado y los que pagaban matrícula: «La igualdad tiene que ser el primer elemento de la educación.» El examen del bachillerato, el liceo, la Escuela normal superior, y la estructura de la educación oficial, aspectos todos originados en Napoleón, perduran hasta hoy.

La igualdad es el principio básico del sistema impositivo, el código legal y las reformas educacionales de Napoleón. Pero Napoleón creía que la igualdad era en sí misma insuficiente para aportar lo mejor al pueblo. Se necesitaba algo más positivo que el mero hecho de nivelar a la gente. Tenía conciencia de que en una sociedad los incentivos son la fuente de energía. En una sociedad comercial el incentivo es el dinero.

Pero Napoleón nunca había demostrado interés por el dinero. Si se esforzaba inmensamente para cumplir una tarea, o arriesgaba la vida bajo el fuego enemigo, lo hacía sobre todo movido por el sentido del honor. Llegó a la conclusión de que Francia se asemejaba a él en ese aspecto. Lo que los franceses apreciaban era la gloria, la reputación de honor. Pues bien, ése sería el incentivo.

El antiguo régimen había contado con varias órdenes honoríficas, desde la de Saint Michel, creada en 1469 para los caballeros, a la del Mérito Militar, creada en 1759 con destino a los oficiales suizos o los extranjeros de convicción protestante. La Convención había arrojado todo eso al fuego en 1793, y lo había sustituido, como recompensa por los actos civiles, por espadas grabadas y coronas de hojas de roble, acompañadas por un certificado en pergamino. Napoleón amplió el repertorio con el fin de incluir mosquetes, hachas, granadas de oro, palillos de tambor y clarinetes de plata; entregó casi dos mil objetos de este tipo durante los dos años y medio iniciales del Consulado.

Pero Napoleón no estaba satisfecho con estos recordatorios meramente militares. En 1802 propuso al Consejo de Estado una orden honorífica abierta a todos los franceses. Un consejero protestó contra esas «fruslerías». «¿Fruslerías? —replicó Napoleón, quizá porque estaba recordando su presentación de los estandartes a los regimientos en Italia—. Se conduce a los hombres con fruslerías... Voltaire describió a los soldados como Alejandros que reciben cinco sueldos diarios. Tenía razón. ¿Ustedes creen que se derrota a un

ejército enemigo mediante el análisis? Jamás. En una república — continuó —, los soldados ejecutaban grandes hazañas sobre todo por el sentido del honor. Sucedió lo mismo bajo Luis XIV... No afirmo que una orden honorífica salvará a la República, pero la ayudará».

Napoleón denominó a su orden Legión de Honor. La palabra «Legión» era un eco elegante de la República Romana. Y «Honor» era, de acuerdo con el Diccionario de 1762, «el amor a la gloria en la persecución de la virtud». El consejero Mathieu Dumas insistió en que la recompensa fuese otorgada sólo a los soldados; para de este modo fortalecer el sentimiento marcial. «Si establecemos una diferencia entre los honores militares y civiles —replicó Napoleón—, habremos establecido dos órdenes, y en cambio la nación es una. Si otorgamos honores sólo a los soldados, eso será aún peor, pues entonces la nación dejará de existir.» Los oficiales superiores deseaban que se distinguiera entre las recompensas a los oficiales y las recompensas a los soldados de fila, pero Napoleón insistió en que se otorgase la misma recompensa a todos.

Así pues. Napoleón creó en 1802 la Legión de Honor. La dividió en quince cohortes, cada una integrada por 350 legionarios, treinta oficiales, veinte comandantes y siete grandes oficiales. El beneficiario juraba «consagrarse al servicio de la República, mantener su territorio completo y entero, salvaguardar sus leyes y propiedades nacionales...

y hacer todo lo que esté a su alcance para preservar la libertad y la igualdad». Recibía una estrella de cinco puntas, de esmalte azul, decorada con roble y laurel, y la colgaba de la solapa de su chaqueta, sujetada por una cinta de muaré rojo. El destinatario también recibía una pequeña recompensa monetaria: 250 francos anuales, que se elevaban a cinco mil francos en el caso de los altos oficiales.

La Legión de Honor, como la mayoría de los actos constructivos de Napoleón, suscitó fiera oposición. Los igualitarios de carácter doctrinario la criticaron. Rochambeau y La Fayette declinaron la recompensa; ambos habían vivido en Estados Unidos y compartían el desagrado norteamericano por las órdenes honoríficas. El general Moreau la ridiculizó, pues condecoró a su cocinera con una cacerola de honor. Pero la Legión de Honor cumplió su propósito. La estrella esmaltada de cinco puntas llegó a ser codiciada por casi todos los franceses, y poca duda cabe de que originó un esfuerzo y una energía inmensos. En general, Napoleón otorgó la recompensa a treinta mil hombres, en la mayoría de los casos por actos de bravura en el campo de batalla. Incluso hoy la Legión de Honor continúa

cumpliendo su propósito. Los franceses consideran que una vida caracterizada por el espíritu cívico es incompleta sin la recompensa, usada como una cinta discreta y muy angosta en el ojal de la solapa.

Cuando al principio del Consulado Napoleón reflexionó acerca de la situación del pueblo francés, comprobó que los habitantes del país estaban dispersos, desunidos, como «granos de arena». Dijo que deseaba unirlos, trabajar en favor de la cohesión. Todos sus actos constructivos pueden interpretarse como pasos orientados hacia esta meta, y sobre todo esta afirmación es aplicable a la declaración del 26 de abril de 1802.

Ese día Napoleón otorgó una amnistía —o un armisticio, como insistió en denominarlo— a los franceses que vivían en el exterior. Al declarar que la lucha faccional había concluido, y que los franceses, cualesquiera que fuesen sus opiniones, debían reconciliarse, invitó a todos los emigrados, salvo a los que habían prestado servicio junto a los enemigos de Francia, a retornar al país. Cuarenta mil aceptaron la invitación de Napoleón, retornaron a su patria, y engrosaron las filas de las clases militares y profesionales. Uno de ellos fue Alexandre des Mazis, el viejo amigo de Napoleón. Como adivinó que no tenía un centavo, Napoleón le envió una letra del tesoro por diez mil francos y una nota manuscrita: «Des Mazis, una vez me prestaste dinero, ahora es mi turno».

Cuando el tesoro, colmado, le permitió construir, Napoleón decidió trabajar en favor de la cohesión mediante el progreso de las comunicaciones. Construyó tres grandes canales, tres grandes puertos, tres grandes caminos. Los canales son el Saint-Quentin; la vía de agua de Names a Brest, con un recorrido de 260 kilómetros; y el canal que une el Ródano con el Rin. Mediante estos canales Napoleón podía enviar artículos de Amsterdam a Marsella y de Lyon a Brest, sin exponerlos a los cañones navales ingleses. Los puertos fueron Cherburgo, Brest y Amberes; y los caminos, tres rutas que atravesaban los Alpes. Como Napoleón sabía por experiencia personal, cuando llegaban a los Alpes era necesario desmantelar los carruajes y cargarlos sobre recuas de muías, y en invierno a menudo había que esperar dos semanas a que se fundiese la espesa capa de nieve. Napoleón abrió caminos a través del Gran San Bernardo, el Pequeño San Bernardo y el Col de Tenda. Utilizó explosivos para volar la ladera de la montaña, fijando profundos fundamentos de granito a los que la helada no podía mover, y construyendo caminos con docenas de recodos cerrados, pero con una pendiente tan fácil que casi cualquier vehículo de ruedas podía recorrerlos. Gracias a

estos caminos, incluso durante una nevada, fue posible circular libremente entre Francia, Suiza e Italia.

En Francia, entre 1804 y 1813, Napoleón gastó 277 millones en caminos, y para tener la certeza de que estaban protegidos del sol, en 1811 promovió una ley que decía que todos los caminos «que no estuviesen bordeados por árboles, y que pudiesen tenerlos, debían ser protegidos de ese modo». Más que un decreto real, o un palacio real, esta sencilla ley habría de modificar la fisonomía de Francia.

Siempre que percibía la oportunidad de realizar obras públicas, con la condición de que no fuesen muy costosas. Napoleón la aprovechaba.

En 1802 ordenó que se construyese el primer pavimento de París, la rué du Mont Blanc, hoy la Chaussée d'Antin. En 1810 fundó la primera brigada de bomberos de París. Con el fin de proteger los ríos y los bosques creó la junta denominada Administration des Eaux et Forêts.

Todavía hoy funciona, lo mismo que la Bolsa, otra de las creaciones de Napoleón.

El oro depositado en el tesoro y un presupuesto equilibrado —por primera vez desde 1738—; un nuevo código de leyes aplicadas en general con equidad; un sistema educacional que abría al talento todas las carreras; honras para quienes realizaran esfuerzos excepcionales; obras públicas que eran realmente útiles —ésas fueron las «masas graníticas», por utilizar la frase de Napoleón, sobre las cuales construyó una Francia nueva y próspera—. Durante el gobierno de Napoleón, y a pesar de las guerras, Francia gozó de una prosperidad que no había conocido desde hacía 130 años. Podemos evaluar esa prosperidad porque Napoleón, el matemático, fundó en 1801 la primera oficina estadística de Francia, y este organismo publicó informes anuales.

Francia era principalmente un país de pequeños agricultores, y bajo el gobierno de Napoleón la agricultura floreció. Antes de la Revolución, Francia había tenido que importar mantequilla, queso y aceites vegetales; hacia 1812 estaba exportando los tres productos. Bajo Napoleón, los agricultores franceses produjeron más maíz y más trigo.

Por ejemplo, en Normandía la gente que consumía carne una vez por semana en 1799 la comía tres veces por semana en 1805. Al importar de España doce mil carneros merinos, Napoleón mejoró el ganado ovino francés. Mediante la inauguración de seis yeguadas

nacionales y treinta cuadras de sementales confirió a la cría de caballos una importancia que conserva todavía hoy.

También la industria prosperó. En 1789 Francia exportaba tejidos de seda por valor de 26 millones, y hacia 1812 la cifra se había elevado a 64 millones; en 1789 importaba telas de algodón por valor de 24 millones; en 1812 exportó 17 millones. Cuando sobrevenían años difíciles, Napoleón subsidiaba la industria. Durante la crisis invernal de 1806-1807 gastó dos millones de su propio bolsillo privado para comprar sedas de Lyon, y un millón para comprar paño del distrito de Rúan; en 1811 adelantó en secreto a los apremiados tejedores de Amiens dinero suficiente para pagar a sus obreros.

Había sido un principio de la Revolución que un ejército francés en un país extranjero, ya fuera que estuviese liberando del feudalismo a un pueblo o protegiéndolo de la invasión de los estados contrarrevolucionarios, tenía derecho a su manutención. Napoleón continuó aplicando este principio, y su gran ejército costó muy poco al contribuyente francés. Esto fue un factor importante del éxito de Napoleón en Francia, pero no corresponde sobreestimarlo. Desde 1792 los gobiernos franceses habían gozado de la misma ventaja sin recoger los beneficios que Napoleón aportó a Francia: ocupación plena, precios estables y una balanza comercial más ventajosa. Las exportaciones pasaron de 365 millones en 1788 a 383 millones en 1812 y las importaciones descendieron de 290 millones a 257 millones. Entretanto, también aumentó la población francesa: en el departamento de Seine Inférieure, por ejemplo, de 609.743 en el año VIII a 630.000 cinco años más tarde.

Lo que es más importante, había sobrevenido un cambio que no aparece registrado en la estadística. En Seine Inférieure un funcionario oficial había escrito en vísperas de Brumario: «El delito impune, el fomento de la deserción, la degradación del republicanismo, las leyes de letra muerta, el bandidaje protegido», y continuaba describiendo de qué modo la diligencia Le Havre-Rúan era detenida y saqueada regularmente. En 1805 el prefecto Beugnot, un hombre de mente equilibrada, pudo ofrecer un cuadro muy distinto. La gente pagaba sus impuestos, se aplicaba la ley, los niños asistían a la escuela, no se conocían casos de asalto a mano armada en los caminos, los agricultores estaban aplicando métodos nuevos, la gente tenía verdadero dinero para gastar.

«Hace quince años había un solo teatro en Rúan, y se abría tres veces por semana, ahora hay dos, que funcionan todos los días... Una obra de Moliere atrae público más numeroso en Rúan que en

París.» En resumen, los engranajes estaban moviéndose y la máquina funcionaba. Y los franceses —hasta donde su facultad crítica lo permitía en cada caso— se sentían agradecidos. En 1799 prevalecía el «disgusto con el gobierno»; en 1805 Beugnot comprobó «un excelente espíritu público».

CAPÍTULO CATORCE

La apertura de las iglesias

Una anécdota que circulaba bajo el antiguo régimen relata de qué modo cierto marqués llega a su casa y encuentra a su esposa acostada con un obispo. El marqués se encogió de hombros, abrió la ventana, e inclinándose sobre los transeúntes de la calle, trazó una ostentosa señal de la cruz. «¿Qué está haciendo?», preguntó el obispo. «Usted está cumpliendo mis funciones —replicó el marqués—, de modo que yo me ocupo de las tuyas».

La anécdota refleja el disgusto provocado por el alto clero, que recibía enormes sueldos —el arzobispo Dillon, de Narbonne, tenía un ingreso de un millón de francos, y generalmente gastaba más que esa suma— y dedicaba su tiempo a jugar y frecuentar prostitutas en París, y a menudo ni siquiera creía en Dios. Sólo ese malestar puede explicar la violencia revolucionaria contra la Iglesia. Incluso antes de la Revolución, muchos sacerdotes católicos, escandalizados por la cínica inmoralidad de una «clase de funcionarios» ausentistas, afirmaban que habían recibido sus poderes espirituales directamente de Cristo, no del obispo; que también ellos eran depositarios de la fe, y que tenían el derecho de sentarse en los Concilios Eclesiásticos.

De modo que Francia tenía sus sans-culottes espirituales, y ellos fueron los que redactaron y en 1790 juraron fidelidad a la Constitución Civil del Clero. Este instrumento exigía que los curas fuesen elegidos por los feligreses, y los obispos, como otros magistrados cualesquiera, por el electorado. Alrededor del 55 por ciento del clero juró fidelidad, y entre ellos Giuseppe Fesch, tío de Napoleón, que opinó que la Constitución Civil devolvía su «pureza original» al cristianismo.

No era ésta la posición de los que no juraron. Monsieur Emery, un santo sacerdote que se parecía a Punch y dirigía el seminario de Saint Sulpice, rehusó jurar fidelidad a la nueva ley porque a su juicio subordinaba la Iglesia al Estado, y sobre todo, porque el cuerpo que

elegía un obispo bien podía incluir a los protestantes o incluso a los ateos. De los 160 obispos de Francia todos menos siete rehusaron prestar juramento y emigraron. Pero entre los siete estaba un hombre muy inteligente, el cojo obispo de Autun, es decir Charles de Talleyrand.

Los revolucionarios moderados se consideraban satisfechos si conseguían reformar a la Iglesia y mantenerla al margen de la política. Pero los extremistas querían eliminarla por completo. El panfletista Fierre Colar hizo el recuento de todos los hombres muertos a causa del «fanatismo» religioso, y llegó a un gran total de 16.419.200 víctimas. Dupuis, miembro de los Quinientos, escribió un libro que pretendía demostrar que la religión en realidad es astronomía mal orientada, y que se asignó el nombre de «cordero de Dios» a Cristo porque en Pascua el sol entra en el signo del carnero. Dupuis llegaba a la conclusión, con cierta temeridad, de que Cristo era una personificación del sol, y los cristianos, adoradores del sol, a semejanza de los peruanos a quienes les cortaban el cuello. Uno de los directores. La Revelliére, llegó incluso más lejos: trató de imponer en Francia la teofilantropía, una mescolanza de protestantismo, losfilósofosy la francmasonería, cuyo celebrante, un «hombre de familia» ataviado con toga azul, cinturón rojo y túnica blanca, invocaba al Padre de la Naturaleza con textos extraídos de una variada gama de materiales, desde Rousseau hasta el Corán y los himnos de Zoroastro.

La Revelliére y sus colegas del Directorio, débiles en todo lo demás, desencadenaron una campaña implacable contra los sacerdotes que no juraron. Sólo durante el año 1799 arrestaron y deportaron a más de nueve mil. Los pocos restantes llevaron una existencia lamentable, ocultos y enfrentados con los partidarios de la Constitución. Durante la ausencia de Napoleón en Egipto los directores habían hecho lo que Napoleón se abstuvo de hacer: fundaron una República en Roma —duró sólo trece meses— y encarcelaron al papa Pío VI en Valonee, donde falleció en agosto de 1799. Ellos, lo mismo que muchos franceses, creyeron que había muerto el último de los papas, y que el papado desaparecería.

Ésta era la situación cuando Napoleón se convirtió en primer cónsul. Se había eliminado del calendario el domingo; los años ya no se numeraban a partir del nacimiento de Cristo; era ilegal incluso poner una cruz sobre una tumba; las iglesias, salvo unas pocas, estaban clausuradas, y algunas fueron convertidas en depósitos de municiones.

Como hemos visto, Napoleón había perdido su fe católica en Brienne. Creía firmemente en Dios, pero consideraba que Cristo no era más que un hombre. De todos modos, conservó una acentuada adhesión sentimental al catolicismo. Lo conmovía el sonido de las campanas de las iglesias. A veces, su madre recordaba las luces, el canto y el incienso durante la Misa Solemne en Ajaccio, y Napoleón reconocía que se sentía conmovido. «Si yo siento eso —preguntó—, ¿qué sentirán los creyentes?» Por ejemplo, su propia madre, que creía tan profundamente, y una persona a quien Napoleón amaba y admiraba.

En el plano intelectual. Napoleón creía que en todas las civilizaciones conocidas la religión había garantizado los principios básicos que permitían una opción concertada, y de ahí su comentario: «Veo en la religión, no el misterio de la Encarnación, sino el misterio del orden en la sociedad.» Creía también que sólo la religión podía satisfacer la sed humana de justicia perfecta. «Cuando un hombre muere de hambre junto a otro saciado de alimento, puede aceptar la diferencia sólo si una autoridad le dice: "Dios lo quiere así; en este mundo tiene que haber pobres y ricos, pero en el otro, y por toda la eternidad, el reparto será distinto"».

Por lo tanto. Napoleón creía que la religión es útil al hombre. Pero la gente con la cual se encontraba y conversaba día tras día discrepaba. Los generales de Napoleón eran ateos, y sus consejeros casi todos volterianos; Talleyrand era un ironista que se burlaba a propósito de su propio recorrido de Estados Unidos: «Los norteamericanos tienen treinta y seis religiones, pero en la mesa, por desgracia, una sola salsa.» Con respecto a los principales intelectuales, eran ideólogos, que creían que el hombre había superado la religión, así como todas las formas de imperativo categórico, que una «nueva moral» debía basarse en ciertos elementos meramente humanos, y sobre todo en el sentimiento de solidaridad del hombre.

Cuando llegó el momento de que Napoleón determinase cuál sería su política religiosa, no partió de sus sentimientos personales o de los que se manifestaban en su entorno inmediato. Ése no era su método.

En Milán, el año 1800, dijo a una asamblea de sacerdotes: «El pueblo es soberano; si desea la religión, respetemos su voluntad», y declaró a su propio Consejo de Estado: «Mi política consiste en gobernar a los hombres como lo desea la mayoría. Creo que ése es el modo de reconocer la soberanía del pueblo. Fue... convirtiéndome en musulmán que hice pie en Egipto, y convirtiéndome en ultramontano

que conquisté a los habitantes de Italia. Si estuviera gobernando a los judíos, reconstruiría el templo de Salomón».

Napoleón comenzó a averiguar qué deseaba la mayoría. Estudió los informes del Ministerio del Interior, examinó los últimos libros publicados, envió a hombres que recorrieron Francia para sondear la opinión pública. Las comprobaciones fueron muy distintas de lo que deseaban los directores o los idéologues. Un comisionado en el Norte informó que tan pronto se eliminaban las cruces en los cementerios «volvían a crecer como hongos. He realizado varias cosechas». De acuerdo con madame Danjoy, en julio de 1800, «la impiedad ha tenido su momento. Fue una moda, y ya pasó. Hoy se publican más escritos en defensa de la religión que en favor de la incredulidad». Fourcroy, un químico a quien Napoleón envió de gira a través de Francia, y que no estimaba al clero, informó en diciembre de 1800 que por doquier se respetaba el domingo: «La masa del pueblo francés desea retornar a sus antiguas costumbres, y ya no es hora de oponerse a esta tendencia general de la nación».

Napoleón comprendió que la mayoría de los franceses deseaba practicar nuevamente la fe católica. Pero, ¿en qué forma? Había dos iglesias en Francia, cada una con sus obispos, sus sacerdotes y sus lugares de culto —a veces clandestino— y cada una de ellas odiaba a la otra.

Al atravesar Valence, a su retorno de Egipto, había descubierto que el cuerpo de Pío VI permanecía insepulto después de seis semanas, porque el clero constitucional rehusaba celebrar los últimos ritos en beneficio de quien había descrito como «sacrilegio» la venta de tierras eclesiásticas.

«A decir verdad, es un tanto excesivo», fue el comentario de Napoleón.

El propio Napoleón había comenzado la Revolución favoreciendo a la Iglesia Constitucional. Ése era el organismo que había surgido del crisol de la Revolución, y en beneficio del clero constitucional el propio Napoleón había combatido tres días en las calles de Ajaccio. Tenía motivos para sospechar de los que se negaban a jurar, pues debían fidelidad a los obispos que habían emigrado y se habían unido a los Borbones, y también debían fidelidad al papado antirreplicano. A primera vista, la Iglesia Constitucional parecía la que se adaptaba mejor a las necesidades francesas, y Napoleón bien podría haber elegido ese camino, salvo en un punto importante e inexorable, el oeste de Francia. El pueblo de Normandía meridional,

Bretaña y Vendée ya llevaban siete años luchando tenazmente por el derecho de practicar la fe de sus padres.

En febrero de 1800 un corpulento sacerdote, de rostro redondo curtido por las inclemencias del tiempo, llegó a las Tullerías para hablar a Napoleón de los habitantes del Oeste. Se llamaba Etienne Bernier y tenía treinta y ocho años. Era hijo de un tejedor de Mayenne, había realizado un brillante doctorado en teología, y rehusado prestar el juramento constitucional; después, se había unido a las guerrillas de la Vendée, compartiendo su vida peligrosa en los brezales y los páramos.

Bernier le describió a Napoleón incidentes de la guerra: los soldados arrodillados frente a los calvarios de piedra, antes de entrar en batalla cantando el Vexilla Regis; veinte mujeres de Chanzeaux, dirigidas por su cura, que se habían atrincherado en la torre de la iglesia y luchado hasta que todos murieron; el amado general de guardabosques, Stofflet, que había muerto con el grito: «¡Viva la religión!».

Después, la represalia de los azules: los aldeanos de Les Lues encerrados en su iglesia, que después fue incendiada; los vendeanos que rehusaron demoler una cruz, crucificados; dos campesinas acusadas de haber depositado flores sobre un altar, ejecutadas mientras cantaban el Salve Regina. Durante siete años sombríos, explicó Bernier a Napoleón, el Oeste había ejecutado y sufrido tales actos de heroísmo. Napoleón escuchó, profundamente impresionado como siempre por relatos que reflejaban el coraje personal. Sabía que Bernier no falseaba los hechos, pues el Ministerio del Interior le había dicho que las tropas del gobierno no habían logrado eliminar al catolicismo de la Vendée. «Me sentiría orgulloso de ser un vendeano —dijo a Bernier—... Sin duda, debemos hacer algo por la gente que ha realizado tales sacrificios».

En teoría, hubiera sido posible dejar correr el tiempo y permitir que los enemigos del juramento y los constitucionales asistieran cada uno a sus propias iglesias. Pero en la Francia de 1800 ésa no era una solución viable. Habría discrepado con el concepto revolucionario general de una República indivisible, y con el eje más sólido de la historia francesa:

la centralización. También habría sido un arreglo poco preciso, y la imprecisión no tenía lugar en la vida de Napoleón.

Durante un banquete ofrecido en la iglesia secularizada de Saint Sulpice, cuatro días antes del Consulado, los huéspedes prominentes habían propuesto un brindis. Lucien brindó por los ejércitos franceses

en tierra y mar, y también por la República, y así por el estilo. El brindis de Napoleón fue «¡Por la unión de todos los franceses!». Al acceder al poder, Napoleón deseaba sobre todo reconciliar las diferencias. Y lo mismo ahora, en el tema de la religión. Antes que favorecer a una de las partes, Napoleón decidió —y su decisión recuerda vivamente la de Enrique IV— salvar la brecha entre las dos iglesias.

La tarea no sería fácil. Los sacerdotes opuestos al juramento rehusaban reconocer la autoridad del Estado en cuestiones religiosas, y aceptaban directivas sólo del Papa. Los sacerdotes constitucionales también reconocían al Papa, aunque por su parte no eran reconocidos: ciertamente, habían sido excomulgados por Pío VI. Por lo tanto, Napoleón se consideró forzado, no a combatir al Papa, como habían hecho los directores, sino a cooperar con él.

El nuevo papa Pío VII, elegido en marzo de 1800, era un noble, un maníaco depresivo, un historiador benedictino. Era todavía un hombre relativamente joven —tenía cincuenta y ocho años— y el estudio de la historia le había aportado una amplitud de visión desusada en los ocupantes recientes del cargo papal. Cuando Napoleón invadió Italia, Pío era obispo de Imola, y demostró su simpatía por los ideales franceses escribiendo al principio de sus cartas la frase «Libertad e igualdad», y aceptando retirar el «señorial» baldaquín puesto sobre su trono. En una homilía navideña dijo a su grey: «*Sed buenos cristianos, y seréis buenos demócratas.* Los cristianos primitivos estaban colmados por el espíritu de la democracia.» Era el tipo de prelado idealista a quien Napoleón respetaba, y cuando Francois Cacault, enviado de Francia en Roma le preguntó cómo debía tratar al Papa, Napoleón replicó: «Como si él tuviese doscientos mil hombres».

Napoleón dijo a Pío que estaba dispuesto a reabrir las iglesias de Francia, pero en cambio deseaba que Pío salvase la división entre constitucionales y enemigos del juramento. Todo se resolvería y expresaría en un nuevo Concordato, para reemplazar al de 1515, abrogado unilateralmente por los revolucionarios en 1790.

Las discusiones comenzaron en París en noviembre de 1800. El enviado de Pío fue el cardenal Spina, un abogado tímido, lento y suspicaz. Napoleón eligió como representante al rudo ex guerrillero Etienne Bernier. Cuando un funcionario papal preguntó si era realmente cierto que Bernier solía decir misa sobre un altar formado por republicanos muertos, Napoleón contestó: «Es muy posible», y se divirtió con la alarma de su interlocutor.

Napoleón dijo a Bernier que mantuviese dos premisas: el Estado debía retener toda la propiedad eclesiástica nacionalizada, y Pío debía obligar a renunciar a todos sus obispos, de modo que pudiese recomenzar a partir de cero. Se ordenó a Spina que aceptara el primer punto de facto, aunque no de iure. Hubo mucha oposición al segundo punto; el cardenal Consaivi, secretario de Estado, escribió horrorizado a Spina: «No podemos masacrarnos a cien obispos.» Pero Pío se impuso a la oposición, con la condición de que el gobierno francés declarase que el catolicismo era «la religión del Estado», es decir la religión oficial de Francia. Spina y Bernier prepararon un borrador de Concordato de acuerdo con esos criterios, y diecinueve días después de iniciadas las conversaciones Napoleón lo aprobó.

Pero entonces intervino Talleyrand. En 1790 el ex obispo había tomado la iniciativa de excluir a la Iglesia de Francia, y ahora desaprobaba que Napoleón la restableciese. Más aún, estaba viviendo con cierta madame Grand —una bella mujer, aunque tan estúpida como Talleyrand sagaz— y deseaba desposarla. Dijo a Napoleón que el borrador del Concordato infringía los principios republicanos y redactó un nuevo borrador, en el que describió el catolicismo como «la religión de la mayoría», y agregó la que vino a denominarse «la cláusula de madame Grand»: los sacerdotes casados debían retornar a la comunión lega.

Spina rechazó el borrador de Talleyrand. Rechazó un tercer borrador y un cuarto. Entonces, el propio Napoleón dictó un quinto borrador, que describía al catolicismo como «la religión de la mayoría», pero omitía «la cláusula de madame Grand». Para esquivar al suspicaz Spina, lo envió directamente a Roma, con un mensaje característico por su impaciencia: a menos que Pío lo ratificase en el lapso de cinco días él retiraría a su enviado. «Estamos dispuestos a ir hasta las puertas del Infierno, pero no más lejos», suspiró Pío, y formuló una contrapropuesta:

el gobierno francés debía declarar que protegería la pureza del dogma católico. Entretanto, pasaron los cinco días, y Cacault salió de Roma, pero llevándose consigo al dinámico cardenal Consaivi, de cuarenta y tres años, el mismo que según él creía obtendría mejores resultados que Spina.

Napoleón recibió a Consaivi en las Tullerías y le espetó un discurso de media hora, «pero sin cólera, ni palabras duras», dice el cardenal.

Napoleón simpatizó con Consaivi, que se mostró franco, razonable y flexible. Mientras Talleyrand, que anticipaba la derrota, partía para

tomar las aguas de Bourbon LArchambault, Napoleón dispuso con optimismo una cena el Día de la Bastilla, casi un mes después, donde se anunciaría el acuerdo.

El Día de la Bastilla, Consaivi y Bernier mostraron a Napoleón el texto en que habían coincidido. A Napoleón no le agradó. Lo arrojó furiosamente al fuego y dictó un nuevo borrador, el noveno, y le dijo a Consaivi que lo aceptara o regresase a Roma. Consaivi aceptó todos los artículos excepto el primero, que exigía que la práctica pública de la religión «armonizara con los reglamentos policiales». Parecía que este artículo subordinaba la Iglesia al Estado.

Napoleón se irritó nuevamente, y durante la cena del Día de la Bastilla dijo a Consaivi: «No necesito al Papa. Enrique VIII no tenía ni la vigésima parte de mi poder, y sin embargo consiguió cambiar la religión de su país. Puedo hacer otro tanto... ¿Cuándo se marcha?».

Consaivi respondió: «Después de la cena, general.» Pero después de la cena el embajador austriaco Cobenzl rogó a Napoleón que aceptara una modificación del artículo uno «con el fin de dar paz a Europa».

Napoleón aceptó de mala gana, Bernier y Consaivi mantuvieron una discusión de doce horas y finalmente elaboraron la siguiente fórmula:

«en armonía con los reglamentos policiales que puedan ser necesarios en vista del orden público». Napoleón lo aprobó, y el 15 de julio de 1801 firmó el Concordato en las Tullerías.

Este documento comienza con un preámbulo que describe al catolicismo romano como «la religión de la gran mayoría del pueblo francés», y como la religión profesada por los cónsules. El culto debía ser libre y público. En concordancia con el gobierno, el Papa modificaría las diócesis de tal modo que su número se redujese en más de la mitad, hasta un total de sesenta. Los titulares de los obispados renunciarían, y si se negaban, serían reemplazados por el Papa. El primer cónsul designaría los nuevos obispos; el Papa los consagraría. El gobierno debía poner a disposición de los obispos todas las iglesias no nacionalizadas que fueran necesarias para el culto, y pagaría a los obispos y los curas un sueldo adecuado.

El Concordato era una versión actualizada del antiguo Concordato, que había reglamentado la actividad de la Iglesia en Francia durante casi trescientos años. Pero era menos galicano, es decir, otorgaba menos autonomía a la jerarquía francesa. Napoleón concedió al Papa no sólo el poder de consagrar a los obispos, una atribución de la cual siempre había gozado, sino el derecho, en ciertas circunstancias, de

deponerlos, y eso era lo nuevo. Napoleón procedió así con el fin de realizar una limpieza enérgica de obispos.

Napoleón no discutió de antemano el Concordato con su Consejo de Estado. Cuando en efecto les mostró el texto, los miembros del Consejo lo criticaron por entender que no era suficientemente galicano.

Anticiparon que las asambleas jamás lo aprobarían, a menos que se le agregasen ciertos anexos. Finalmente, se redactaron setenta «artículos orgánicos», que fueron agregados al Concordato. Por ejemplo, todas las bulas provenientes de Roma estarían sujetas al pláctet del gobierno, y los teólogos de los seminarios enseñarían los artículos galicanos de 1682, uno de los cuales afirmaba que el Papa debía sujetarse a las decisiones de un Consejo ecuménico. Incluso con los artículos orgánicos como paliativo, Napoleón pudo conseguir que el Tribunado aprobase su Concordato por sólo siete votos.

En abril de 1802 Napoleón reabrió las iglesias de Francia. Los campanarios eclesiásticos, que habían guardado silencio durante una década, resonaron en el país entero, desde los prados de Normandía hasta los valles montañosos del Jura. En Clermont Ferrand el nuevo obispo Dampierre fue instalado solemnemente. «Ahora no podemos comprender —dice un oficial acantonado en la guarnición local—, qué extraños parecieron por entonces las ceremonias religiosas y los honores rendidos a un obispo. En la catedral, el capitán que estaba al frente de la banda ordenó se ejecutases las melodías más ridículas; por ejemplo, cuando el obispo entró y se procedió a la elevación de la hostia. Ahí le bel oiseau, maman.» De todos modos. Napoleón había adivinado acertadamente el estado de ánimo del pueblo; ninguno de los actos de su gobierno sería más popular. Una anciana, con lágrimas en los ojos, habló a un viajero inglés que recorría el camino de Calais a París de su gratitud al primer cónsul que «nos ha devuelto el domingo».

Después de reabrir las iglesias, Napoleón afrontó la tarea sin precedentes de elegir nada menos que sesenta obispos. Deseaba contar con cristianos creyentes de costumbres decentes, que representasen el papel de conciliadores. Encontró un total de dieciséis entre los ex obispos constitucionales y treinta y dos que nunca habían ocupado una sede.

Incluso sus críticos de Roma tuvieron que reconocer que Napoleón realizó una excelente selección. En lugar de petimetros como el cardenal de Rúan, que había cortejado a María Anronieta con un collar de diamantes que no había pagado, suministró a Francia

pastores de almas de vidas sencillas. Tampoco puede afirmarse que todos fuesen candidatos obvios. Fesch, tío de Napoleón, no había dicho misa durante nueve años y dividía el tiempo entre su galería de cuadros, el juego, los bailes y el teatro, pero Napoleón lo designó arzobispo de Lyon. En adelante llevó una vida ejemplar e hizo más que cualquier otro francés por la educación de los sacerdotes. «Pongan a mi tío en un alambique —bromeó un día Napoleón—, y obtendrán seminarios».

«¡Nada de monjes! —fue una de las órdenes de Napoleón—. Denme buenos obispos y buenos curas, nada más.» Y también: «La humillación monacal destruye todo lo que es virtud, toda la energía, todo el sentido de la acción.» Se trataba de un característico prejuicio revolucionario contra los hombres que «no son útiles». Napoleón no permitió conventos franciscanos ni dominicanos, y aceptó solamente treinta casas de benedictinos: había 1.500 bajo el antiguo régimen. Los monjes «útiles» eran otra cosa. Al cruzar los Alpes, durante su segunda campaña italiana, Napoleón observó con aprobación el trabajo realizado por los cartujos, que rescataban a los viajeros atrapados en la nieve con la ayuda de perros San Bernardo que llevaban barrilitos de brandy. En 1801 instaló a los trapenses en el paso del Mont-Cenis con el fin de que realizaran un trabajo análogo de salvamento. También sucedió que cuatro años más tarde Napoleón fue sorprendido por una tormenta de nieve mientras cruzaba ese mismo paso. Se refugió en el convento de los trapenses, donde, sin pérdida de tiempo, el prior le cortó las botas de cuero y con fricciones consiguió devolver la circulación a los pies medio helados.

Napoleón también alentó a las órdenes de monjas «útiles». En 1805 designó a su madre protectora de las Hermanas de la Caridad. Tres años más tarde tenían 260 casas. El mismo año, la orden docente de las ursulinas tenía 500 casas. Y precisamente durante el régimen de Napoleón, santa Sophie Barat fundó la orden de sus Dames du Sacre Coeur, con la misión de enseñar a las jóvenes de la clase superior; todavía hoy sus institutos de enseñanza se cuentan entre los mejores de Francia.

En general, Napoleón adoptó una actitud abierta frente a la religión.

Cuando el cura de Saint-Roch se negó a oficiar el funeral de Marie Adrienne Chameroi, con el argumento de que ella había sido actriz, Napoleón lo envió de regreso al seminario un par de meses, con el fin de que aprendiese que «las prácticas supersticiosas preservadas

en ciertos libros del rito que... degradaban a la religión con su absurdo, han sido prohibidas por el Concordato». Cuando los curas exigieron que no se realizara ningún tipo de trabajo los domingos. Napoleón lo desautorizó.

«La sociedad —dijo—, no es una orden de contemplativos... Las leyes esenciales de la Iglesia son: "No perjudicarás a la sociedad", "No harás mal a tu prójimo", y "No abusarás de tu libertad"».

Con el fin de resolver los problemas cotidianos de la Iglesia, Napoleón designó en el cargo de ministro de Religiones a uno de los creadores del Código Civil, Jean Ponalis. Hijo del profesor de derecho canónico de la Universidad de Aix, Ponalis nació en la aldea provenzal de Le Bausset en 1736. En su infancia trepaba sobre la mesa y discursaba a sus padres con sermones de media hora; a los diecisiete años publicó una sagaz crítica del Emilio de Rousseau: «la irreligión reducida a un sistema»; a los veinticuatro años defendió la validez de las bodas protestantes, desarrollando la importante teoría del matrimonio civil que fue incorporada por Napoleón al Código Civil. Ponalis era un hombre de costumbres sencillas, consagrado a su esposa, la hija de un profesor de Aix, a su hogar y a la vida provinciana. Era un trabajador esforzado, a pesar de la casi ceguera provocada por las cataratas; fue uno de los ministros más amados de Napoleón, y los dictámenes que emitió fueron consecuentemente liberales. Por ejemplo, cuando los curas rehusaban aceptar como padrinos a quienes no fuesen asistentes regulares a la iglesia, Ponalis los llamó al orden. Dictaminó que la función de padrino era sencillamente un acto de amistad, y que la asistencia a la iglesia no debía ser la condición de dicho acto, pues «nadie debe ser excluido arbitrariamente sin pruebas de la participación en las ceremonias religiosas».

Como se habían suspendido los diezmos, Napoleón fijó en quinientos francos el sueldo de los curas. Incluso complementados por las colectas dominicales, esa cifra no era gran cosa. Napoleón deseaba esa situación; quería que los candidatos al sacerdocio se presentaran movidos por la vocación, y no por el ansia de llevar una vida fácil.

Durante el gobierno de Napoleón el número de ordenaciones, aunque reducido, reveló cierto incremento; 344 en 1807 por 907 en 1812. Napoleón observó interesado que las regiones montañosas de Francia aportaban la mayoría de las vocaciones. Como siempre en tiempo de guerra, la religión y el patriotismo se entremezclaron. Bernier organizó en su diócesis de Orléans una fiesta para

conmemorar el episodio en que Juana de Arco liberó de los ingleses a la ciudad; en sus sermones comparó a Inglaterra con Tiro, del Antiguo Testamento, y se extendió en el relato de las victorias francesas, el Código Civil, el ejército, la figura de Napoleón —«el restaurador genial»—. Quedó poco incienso para Dios. Pero Bernier era excepcional en cuanto asumía el papel de un nuevo Bossuet, y de ningún modo todos los obispos se unían a esta procesión. En Gand, monseñor de Broglie se negó a permitir que se leyese desde el pulpito una circular acerca de la conscripción, y cuando se lo invitó a celebrar el nacimiento inminente del hijo de Napoleón, se limitó a rogar por que el buen Dios indujese a Napoleón «a corregir los defectos de su carácter». Cuando Napoleón reaccionó irritado diciendo: «¡Lo designé obispo! ¡Lo convertí en mi limosnero! Sin mí, ¿qué sería usted?», Broglie, que tenía sangre real en sus venas, se irguió. «Sire, sería príncipe».

Los Tedeums eran una característica de la época, como lo habían sido de Luis XVI, pero lejos de sobrecargarlos de elogios serviles, Napoleón los modificó de arriba a abajo.

Cuando aceptó el Consulado vitalicio, Napoleón estudió el Tedeum proyectado y de propia mano tachó cieñas frases, que aquí ponemos entre corchetes: «Él, a quien el Señor destinó para reconstruir su sagrado templo y reagrupar a sus tribus dispersas, [el héroe a quien bendecimos y que nos gobierna] nace el día designado en los decretos de Dios para ser en el futuro, por así decirlo, el día de un nuevo pacto [entre Francia y su Cristo, entre el cielo y la tierra. El héroe de Francia vuela hacia la batalla, libera a la victoria, derriba a los reyes, lleva armas hasta los confines de la tierra]».

Si detestaba la adulación pararreligiosa, en todo caso Napoleón trató de convertir a la religión cristiana en un aliado del mantenimiento del orden. Cuando en 1806 llegó el momento de publicar un nuevo catecismo, Napoleón decidió basarlo en el catecismo de Bossuet, y ampliar la sección acerca del cuarto mandamiento. En la versión de 1806 se establecía que un cristiano debía a su gobernante amor, respeto, obediencia, fidelidad, servicio militar, impuestos y fervorosas plegarias por la salud del mandatario, como también por el bienestar espiritual y temporal del Estado.

Pero incluso mientras buscaba el apoyo de la Iglesia, Napoleón se atuvo firmemente a sus principios de que el temporal y el espiritual son dos dominios distintos, y debían mantenerse separados en Francia.

Fácilmente hubiera podido utilizar su autoridad cada vez más firme para subordinar la Iglesia al Estado, pero aunque de vez en cuando se sintió tentado de seguir ese camino, retrocedió deprisa. Por ejemplo, en 1805 decidió que los boletines del frente debían ser leídos desde los pulpitos, pero correspondía al obispo impartir la correspondiente directiva si lo consideraba oportuno, y por consejo de Ponalis, Napoleón se apresuró a suspender el plan general. Napoleón ordenó que las canas pastorales fuesen aprobadas por el ministro de Religiones, pero también anuló esta medida después de 1810. Asimismo, Napoleón se abstuvo de subordinar el Estado a la Iglesia. Cuando los obispos lo exhortaron a clausurar todas las tiendas y todas las tabernas los domingos, de modo que los fieles no se apartaran de la misa, Napoleón replicó: «El poder del cura reside en las exhortaciones que realiza desde el pulpito y en el confesionario. Los espías policiales y las cárceles son modos impropios si se quieren restaurar las prácticas religiosas».

Una de las tragedias de la vida de Napoleón fue que él y Pío, que habían concertado el Concordato, pronto se vieron enredados en una dolorosa disputa. La disputa de Napoleón con Pío a menudo ha sido representada como el aplastamiento del poder espiritual por el temporal.

Veamos lo que realmente sucedió.

Cuando la guerra con Inglaterra continuó y se extendió, para Napoleón fue una necesidad estratégica clausurar a los barcos ingleses todos los puertos continentales. Si no procedía así, no tenía esperanza de terminar un día con la guerra. Incluso un estado neutral, si desembarcaba y después distribuía artículos ingleses, podía amenazar un embargo que debía ser total, o desecharse. Por consejo de sus cardenales, muchos de los cuales tenían una actitud amistosa hacia Austria, aliada de Inglaterra, el Papa rehusó cerrar sus puerros. En mayo de 1809, y como único medio de imponer el embargo, Napoleón ocupó Roma y los Estados Papales.

Destruyó la posición de Pío como gobernante, pero en compensación por los ingresos perdidos le asignó dos millones de francos anuales. En una circular dirigida a los obispos franceses Napoleón explicó que «Nuestro Señor Jesucristo, pese a su condición de descendiente de David, no deseaba un reino terrenal».

Pío excomulgó a Napoleón porque éste se había apoderado de Roma y los Estados Papales. Napoleón juzgó que esta actitud era ilógica, y además representaba una injusta confusión de las atribuciones temporales y espirituales. «El Papa —dijo— es un

merodeador peligroso, que debe ser encerrado.» Ordenó que Pío fuese trasladado al palacio obispal de Savona. Allí, nuevamente Pío aplicó sanciones espirituales ante un agravio temporal, pues declinó consagrar a los candidatos que Napoleón proponía para las sedes de Francia a medida que éstas quedaban vacantes.

Hacia 1811 por lo menos veintisiete sedes francesas carecían de obispo. Cuando se le pedía que consagrara a los candidatos de Napoleón, Pío replicaba que no podía consagrar a hombres propuestos por un excomulgado. En marzo de 1811 Napoleón convocó una comisión de eclesiásticos eminentes para discutir lo que debía hacerse. La mayoría convino en que Pío no cumplía sus deberes con Francia por motivos temporales, pero monsieur Emery, el santo director de Saint-Sulpice, un hombre que ya tenía ochenta años, adoptó una posición distinta; recordando a Napoleón que Dios había otorgado al Papa poder espiritual sobre todos los cristianos. «Pero no poder temporal —objetó Napoleón—. Carlomagno se lo otorgó, y yo, como sucesor de Carlomagno, me propongo retirárselo. ¿Qué le parece eso, monsieur Emery?» El director de Saint-Sulpice le respondió: «Sire, exactamente lo mismo que pensó Bossuet. En su *Declaration du clergé de France* afirma que felicita no sólo a la Iglesia Romana sino a la Iglesia universal por la soberanía temporal del Papa, porque siendo independiente, él puede ejercer más fácilmente sus funciones como padre de todos los fieles.» Napoleón replicó que lo que era cierto en los tiempos de Bossuet no podía aplicarse en 1811, cuando Europa occidental estaba gobernada por un hombre, y no disputada por varios.

La Comisión redactó una solicitud que pedía a Pío que autorizara a los metropolitanos la consagración de obispos en las sedes que habían permanecido vacantes durante seis meses. Napoleón se volvió hacia Emery. «¿Usted cree que el Papa lo concederá?», le preguntó. «No lo creo, Sire, porque reduciría a la nada su derecho de investidura.» Cuando comenzó a disolverse la reunión, algunos veteranos prelados de actitud conciliadora se disculparon por la difícil conducta de Emery. Según dijeron, era anciano y chocheaba un poco. «Se equivocan, caballeros —replicó Napoleón—. No estoy irritado en lo más mínimo con monsieur Emery. Ha hablado como un experto, y eso es lo que me complace.» Cuando al mes siguiente Emery falleció, Napoleón lamentó la pérdida de «un sabio», y propuso que se lo sepultara «con los grandes servidores del Estado» en el Panteón.

Pío, que aún se encontraba en Savona, recibió la petición de la Comisión, que había sido aprobada formalmente por un Consejo de ochenta obispos, en su mayoría franceses. Pío hizo lo que Emery creía que no haría: firmó un documento que autorizaba a los metropolitanos a consagrar a los candidatos de Napoleón. Pero el Papa era un hombre sumamente variable, pocos días más tarde lamentó lo que había hecho.

Entonces escribió un nuevo breve, excluyendo a los obispados de los ex Estados Papales de los arreglos relacionados con la investidura. Napoleón rehusó aceptar este breve.

En mayo de 1812 la armada inglesa apareció frente a Savona, y por razones de seguridad Napoleón ordenó que Pío fuese trasladado a Fontainebleau. Debía vestirse como un sencillo cura, y como de costumbre, era necesario realizar el traslado con la mayor velocidad posible. Pío no encontraba pantuflas negras que le sentasen bien, de modo que ordenó que se tiñesen con tinta las blancas, para hacer juego con la sotana negra prestada. Con sus pantuflas entintadas, durante la noche, el Papa disfrazado, siguió el mismo camino que su predecesor había recorrido bajo el Directorio, entró en Francia y se instaló en el palacio construido por Francisco I, el creador del primer Concordato.

Napoleón, que estaba enfrascado en la campaña, no pudo ir a Fontainebleau hasta enero de 1813. Abrazó a Pío, lo besó en ambas mejillas, e inició las conversaciones. Fueron cordiales, y al cabo de cinco días Pío firmó un acuerdo que autorizaba a los metropolitanos a consagrar a los obispos, e incluso a los obispos de los ex Estados Papales, si el propio Papa no atinaba a consagrarlos seis meses después de la presentación de la candidatura. Pío estampó su firma en un momento de optimismo, y después de hacerlo cayó en un pozo de depresión. Pasó noches insomne, retorciéndose en su lecho, lejos de Roma, convencido de que había concedido demasiado y de que ardería en las llamas eternas.

Como señal de gratitud hacia Pío por haber firmado el acuerdo, Napoleón permitió que dos de sus cardenales se reuniesen con el Papa en Fontainebleau. Uno era Consaivi, firme creyente en el poder temporal, y el otro Pacca, un francófobo decidido, a quien Napoleón había mantenido prisionero en Fenestrelle desde 1809. Consaivi y Pacca manipularon el miedo de Pío al infierno, y convencieron al variable Papa de que revocase su firma. En una cana dirigida a Napoleón el 24 de marzo de 1813, Pío se retractó de todos los términos del acuerdo que había firmado un poco antes. «Esto es lo

que vale la infalibilidad papal», murmuró Napoleón. Pero a esta altura de las cosas los acontecimientos militares se habían impuesto a todo el resto, y Napoleón sintió a lo sumo un toque de decepción. En enero de 1814 permitió el regreso de Pío a Italia.

Tal fue la disputa entre Napoleón y el Papa. Napoleón siempre tuvo una actitud completamente definida acerca de que la espada y el espíritu son dos cosas separadas, y de que el espíritu prevalece. Creía que al ocupar Roma, de ningún modo estaba menoscabando la autoridad espiritual del Papa; más aún, habría permitido que Pío permaneciese en Roma, si él no se hubiese aferrado a su poder temporal. Por su parte, Pío siempre habló afectuosamente de Napoleón. «El hijo es un tanto levantino —comentó—, pero continúa siendo el hijo.» Napoleón habría rechazado esta censura implícita. Creía que la autoridad espiritual de un hombre de Dios, tratárase de un Papa o de un cura de aldea, estaba en proporción inversa al número de sus bienes mundanos. Esta creencia, y no la que afirmó la Curia, sería la que se confirmaría con los hechos futuros. La autoridad espiritual del Papa nunca ha sido mayor que desde 1870, año en que el gobierno italiano despojó al viCarlo de Cristo de su reino terrenal.

Personalmente, Napoleón sintió mucha angustia y mucha irritación durante su disputa con Pío que, en definitiva, perjudicó más a Napoleón al negarse a consagrarse a los candidatos que él había nombrado que el daño que Napoleón infligió a Pío al anexionarse sus estados. Pero en el marco más amplio de la vida religiosa de Francia la disputa es relativamente insignificante. El hecho en realidad importante es que Napoleón se hizo cargo de las iglesias de Francia, que se habían entregado a la orgía y las mascaradas anticristianas, y las abrió nuevamente al culto de Dios. Puso fin a la guerra civil religiosa en Francia. Designó un episcopado mejor que el que Francia había tenido desde el siglo XIII, y no se entrometió en los asuntos espirituales. Si, como sucede siempre, la Iglesia reforzó el patriotismo —una tricolor fragante de incienso justificaba aún más sacrificios que la tricolor sola—, Napoleón trató este aspecto como un hecho incidental bienvenido, pero no hizo nada especial para alentarlo. Sobre todo, cuando concertó el Concordato, efectuó un acto valiente y duradero. Continuaría en vigor hasta 1905, y durante el siglo XIX fue el modelo de treinta tratados análogos entre Roma y los gobiernos extranjeros. En este sentido. Napoleón realizó un aporte importante a la autoridad espiritual del Papa, y el propio Pío me quien dijo: «El Concordato fue un acto curativo, cristiano y heroico.»

CAPÍTULO QUINCE

¿Paz o guerra?

Jorge III, rey de Inglaterra y autodenominado rey de Francia, tenía sesenta y dos años en 1800, y había regido concienzudamente a su pueblo durante cuarenta años. El linaje nortealemán del rey caracterizaba su apariencia y su carácter. Era un hombre alto de rostro redondo, frente estrecha, cabellos muy rubios, ojos azules prominentes bajo las cejas pálidas, casi invisibles, los labios gruesos y el mentón débil. Se movía lentamente, pensaba lentamente, y escribía en un estilo pesado, utilizando veinte palabras donde otro usaría sólo diez. Era muy aficionado a la música, y sobre todo a Haendel. Tenía elevada opinión de su función real y trataba de promover el bienestar de sus subditos. Padecía una deficiencia del metabolismo, que se manifestaba de vez en cuando en síntomas afines a los de la locura. En tan tristes ocasiones —el primer episodio sobrevino en 1788— sus cortesanos tenían que ceñirle una camisa de fuerza.

William Pitt, primer ministro del rey, de cuarenta y un años, era un hombre tímido, rígido y arrogante, como lo reconocían incluso sus colaboradores más estrechos. Era soltero, poseía suma capacidad, y durante dieciséis años había sido jefe del gobierno. El ministro de Relaciones Exteriores de Pitt era su primo William Grenville, que había contraído matrimonio con otra Pitt, es decir Anne, hermana de lord Camelford. William Grenville era un hombre muy inteligente de cuarenta y un años, sin hijos, y que gozaba de la reputación de hombre difícil. Como todos los Grenville, creía ser la sal de la tierra y dedicaba su vida a sermonear y reprender. El marqués de Buckingham, hermano de Grenville, era útil tanto a Pitt como a William Grenville, porque controlaba muchos escaños del Parlamento. Otro miembro destacado del grupo Pitt era William Windham, conocido en Eton como «el combativo Wmdham»; era un firme creyente en las virtudes de la lucha. Los belicosos discursos de

Windham no eran del gusto de sus electores, pero cuando perdió su escaño de Norwich en los Comunes, Buckingham muy pronto le encontró otro en Cornwail: «El único postulado político al que lo obligará el electorado de St. Mawes es la opinión de que la sardina es el mejor pez que uno puede imaginar.» Detrás de la postura y el buen humor un hecho gravitaba sobre estos hombres de alta cuna, sobre sus amigos y el rey: la derrota de Inglaterra en 1783 por los colonos norteamericanos, y la ulterior pérdida de los trece estados. Esta derrota había sido un doloroso golpe personal para el rey, y un golpe doloroso para el orgullo, el tesoro y el comercio inglés. La derrota había endurecido la opinión política en Windsor, así como en las residencias de la minoría gobernante. Y ahora comenzaba a elevarse una segunda república de advenedizos que acababa de derrotar a la monarquía. Inglaterra había cedido una vez, pero no estaba dispuesta a repetir la experiencia.

Mientras Jorge III cerraba filas con sus colegas reales, los tories dieron la bienvenida en Inglaterra a barcos enteros cargados de nobles franceses, entre ellos el conde d'Artois; les suministraron dinero y los equiparon para combatir a sus compatriotas franceses. Cuando Francia, que estaba en guerra contra Austria, invadió a Bélgica, que era posesión austríaca, tanto los oligarcas como los hombres de negocio ingleses se alarmaron, pues Amberes y el estuario del Scheldt eran la puerta principal del comercio inglés con Europa. El 31 de enero de 1793 William Pitt anunció en los Comunes que Inglaterra estaba en guerra con Francia, y que sería «una guerra de exterminio».

La opinión inglesa acerca de Napoleón Bonaparte se alimentó de la guerra y el odio a la Revolución. El primer boceto oficial, obra de lord Malmesbury, en noviembre de 1796, describió a Napoleón como «un jacobino astuto y desesperado, incluso un terrorista». La más antigua caricatura inglesa, el 14 de abril de 1797, lleva el título «El espantajo francés atemorizando a los comandantes reales»: Napoleón, con un aspecto horrible, está sentado sobre la espalda de un demonio que vomita ejércitos y cañones. En 1799 un caricaturista inglés mostró a Napoleón huyendo de Egipto con todo el oro. En enero de 1800 el marqués de Buckingham descubrió un nuevo nombre para el cónsul que tenía sangre roja y no azul en las venas, y que se había atrevido a reemplazar a catorce siglos de reyes: «Sa Majesté tres Corsé.» El nombre perduró.

Cuando Napoleón fue designado primer cónsul, Francia había conquistado mediante la fuerza de las armas sus «fronteras

naturales», y para defender sus flancos vulnerables creó repúblicas hermanas en Holanda y Suiza. Pero después de siete años y medio de hostilidades, el país estaba cansado de la guerra. Napoleón lo sabía. «Franceses —declaró—, ustedes desean la paz; el gobierno la desea aún más que ustedes.» Después, envió un mensaje navideño al rey Jorge III, con la propuesta de paz.

«¿Por qué las dos naciones más esclarecidas de Europa... tienen que continuar sacrificando su comercio, su prosperidad y su felicidad doméstica en honor de falsas ideas de grandeza?».

El primer acto del rey de Inglaterra el primer día del nuevo siglo fue sentarse frente a su escritorio en el castillo de Windsor, a las siete y ocho minutos de la mañana, y escribir a Grenville acerca de lo que denominó «la carta del tirano corso». Según dijo en esa nota, era «imposible tratar con una nueva aristocracia, impía y autodesignada», y no se dignaría contestar personalmente. Grenville debía responder con una comunicación escrita sobre un papel, «no una carta», y a Talleyrand, no al tirano.

De modo que Grenville elaboró un sermón característicamente altanero y torpe, exigiendo la restauración de los Borbones y el retorno a las fronteras de 1789.

Ni Jorge III ni su gobierno deseaban la paz. En agosto de 1800 William Wickham expresó la opinión del partido de Pitt en una carta a Grenville: «A mi juicio, es inevitable considerar que mantener a Francia comprometida en una guerra continental constituye el único medio cierto de seguridad para nosotros, y la medida que debe ser adoptada por nosotros casi per fas et nefas, en el supuesto de que empujar a otro fuera de la tabla porque uno no quiere ahogarse en cualquier caso merece el calificativo de nefasto».

¿Por qué Jorge III y el partido de Pitt deseaban continuar una guerra que ya había costado cuatrocientos millones de libras a Inglaterra, y la había apartado del patrón oro? En primer lugar, no estaban dispuestos a soportar otro Yorktown —y creían que considerar la paz con una Francia mucho más extensa equivalía a eso—. Segundo, ahora estaban estrechamente vinculados por una red de amistades con familias francesas en el exilio. Sobre todo Windham, secretario de Guerra, había prometido reintegrarles sus propiedades y privilegios. Después, estaba la pérdida de Amberes y su efecto negativo sobre el comercio, una cuestión que gravitaba seriamente sobre Pitt. Finalmente, pero quizás lo más importante, estaba el hecho de que al imponer orden y justicia en Francia Napoleón había logrado que la Revolución fuese atractiva para la

gente que habitaba fuera de Francia; si Napoleón también conseguía llevar la paz a Europa, ¿hasta dónde se expandirían las doctrinas revolucionarias? Como Burke escribió a Grenville: «Lo verdaderamente terrible no es la enemistad sino la amistad de Francia. Su relación, su ejemplo, la difusión de sus doctrinas representan la más terrible de sus armas.» Después de recibir un desaire de Inglaterra, Napoleón se dedicó a concertar la paz con los restantes enemigos de Francia. Uno por uno llevó a Rusia, a Turquía, a Estados Unidos y a Austria a la mesa de la paz. Aunque Pitt exhortó a Austria a continuar la guerra y le envió dos millones y medio de libras para pagar nuevas tropas, Cobenzl y Joseph, hermano de Napoleón, firmaron la paz en Lunéville, en febrero de 1801.

La guerra, que nunca había sido popular entre el pueblo inglés, llegó a ser cada vez más impopular a medida que Europa concertaba la paz, y Fox no fue el único que la describió como una interferencia injusta en los asuntos internos de Francia. En febrero de 1801, Jorge III y Pitt discreparon acerca de ciertas concesiones a los católicos, y Pitt utilizó este pretexto para renunciar. Lo sucedió Addington, hijo de un médico, un hombre moderado y sin ambiciones, que se mantenía fuera del círculo de los oligarcas, de donde el marbete: «Como Londres es comparada con Paddington, así Pitt es comparado con Addington.» En respuesta al reclamo popular de paz, Addington ordenó a lord Cornwailis que se dirigiese a Amiens, y allí el representante inglés firmó en marzo de 1802 un tratado de paz con Joseph Bonaparte. Inglaterra debía devolver todas las conquistas coloniales, salvo Trinidad y Ceilán; en el lapso de seis meses también debía devolver Alejandría a Turquía, y Malta, una captura reciente, a Francia; por su parte, Francia devolvería Tárenlo al rey de Nápoles. Era una paz favorable para los franceses. No se decía una palabra acerca del continente; más aún, Jorge III borró discretamente el secular título de sus predecesores: «Rey de Francia».

Napoleón se sintió muy complacido con la paz. Al anunciarla simultáneamente con el Concordato, asistió a un solemne Tedeum en Notre Dame y habló de «la gran familia europea». Bromeó con Jackson, el ministro inglés: «Si ustedes mantienen la paz tan exitosamente como hacen la guerra, durará.» Abolió el Ministerio de Policía, y depositó sobre su mesa de tocador bustos de Nelson y de Charles James Fox, líder del partido inglés de la paz. En septiembre de 1802 invitó a cenar a Fox, y al describir la ocasión el inglés afirma: «No dudé de su sinceridad acerca del mantenimiento de la paz.» En efecto, Napoleón, que ahora miraba más allá de Europa,

«habló mucho de las posibilidades de eliminar todas las diferencias entre los habitantes de los dos mundos, de mezclar al negro con el blanco, y de alcanzar la paz universal».

El inglés común y corriente también se alegró ante la concenación de la paz. Los londinenses retiraron los caballos del carroaje del general Lauriston, el francés que llevó la noticia, y lo arrastraron por Bond Street y St. James Street hasta Whitehall, a los gritos de «¡Viva Bonaparte!», lanzados por cuatro mil miembros de la «multitud porcina», como los denominó Cobbett, colega de Windham. Se reanimó el comercio, Bremen y Hamburgo ocuparon el lugar de Amberes, y 1802 fue un año de gran prosperidad. Por esta vez, Inglaterra obtuvo un excedente de la exportación por valor de 45,9 millones de libras, comparados con 32,2 millones de libras en 1788. En 1803 Francia redujo los impuestos aduaneros aplicados a muchos artículos, aunque para proteger sus fábricas poco mecanizadas elevó los aranceles correspondientes a las telas de algodón.

En el Parlamento algunos oradores aprobaron la paz. El duque de Clarence, hijo de Jorge III, opinó que la nueva Francia y Gran Bretaña se complementaban, pues una era una potencia militar y la otra naval.

Castiereagh argumentó que la paz pondría a prueba a Francia; y que era justo ofrecerle una oportunidad. Pero muchos oradores temían las consecuencias de la paz. Grey temía que Francia aislaría a Inglaterra de África y la subordinara a Estados Unidos; William Elliott temía que Francia se apoderara de Brasil y Perú.

En los Comunes, William Windham declaró que los franceses habían abolido el matrimonio y convertido al país entero en «un burdel universal»; temía que utilizaran la paz para hacer lo mismo en Inglaterra.

Bonaparte jamás respetaría la paz: eso repugnaba a la naturaleza general de la ambición, a la naturaleza de la ambición francesa, a la naturaleza de la ambición revolucionaria francesa. El discurso de Windham le costó su escaño de Norwich. A pesar de que otros miembros adoptaban posiciones semejantes, el Parlamento ratificó el Tratado de Amiens. En los Lores la votación fue de 122 a favor contra 16 por el rechazo; en los Comunes 276 contra 20.

Como habían fracasado en el Parlamento, los partidarios de la guerra iniciaron una campaña subrepticia en los corredores del poder. Grenville afirmó que el primer cónsul era «un tigre al que habían soltado para que devorase a la humanidad», y su gobierno «una pandilla de ladrones y asesinos». Windham hojeó y explicó a

los amigos un informe de cuarenta y siete páginas escritas por un emigrado francés, Charles de Tinseau.

«Acerca de la necesidad, los propósitos y los métodos de una nueva coalición contra Francia.» Pitt, que en público apoyaba la paz, en privado denunciaba a Napoleón y afirmaba que era un déspota militar. Los metodistas se unieron a la campaña, y afirmaron que Napoleón expresaba el espíritu de la irreligiosidad, pues incitaba a los cristianos a abandonar los lugares que Dios les había asignado. Mary Berry, que había tenido un contacto directo con Francia, se refirió «a los insultos que vomitan diariamente todos los periódicos ministeriales y los órganos supuestamente imparciales contra Bonaparte y este nuevo orden de cosas. Antes decían que estaban combatiendo y ayudando al otro bando porque era imposible hacer la paz con un gobierno absolutamente democrático; ahora que se ha creado un gobierno absolutamente aristocrático, ¿qué nos importa si lo preside Luis Capeto o Luis Bonaparte?».

La oportunidad de establecer mejores relaciones llegó en noviembre de 1802, cuando Inglaterra y Francia intercambiaron embajadores. Pero mientras Napoleón envió a Andréossy, un hombre de espíritu conciliador que estaba bien dispuesto hacia Inglaterra, Addington, con el fin de apaciguar a Grenville y a los partidarios de la guerra, cuyo apoyo necesitaba si deseaba que su ministerio sobreviviese, designó a lord Whitworth, uno de los principales enemigos del Tratado de Amiens, e íntimo amigo de Grenville. Whitworth llegó a París en noviembre, con su nueva y altanera esposa, la ex duquesa de Dorset, que tenía una renta propia de 13.000 libras anuales. De acuerdo con un testigo inglés, ambos exhibieron una conducta arrogante e infligieron todos los desaires posibles al gobierno consular.

Antes de haber visto al primer cónsul, Whitworth ya estaba escribiendo a Londres acerca del rencor y la indignación de Napoleón, su envidia y su odio. Contraviniendo todas las pruebas existentes, salvo la charla ociosa del Faubourg Saint-Germain, Whitworth declaró: «La conducta del primer cónsul merece, de nueve personas de cada diez que no estén vinculadas inmediatamente con el gobierno de este país, una repulsa tan vigorosa como en Inglaterra.» Pocos días después de su llegada, y hablando nuevamente de oídas, Whitworth predijo que Napoleón pronto intentaría apoderarse de Egipto. Gracias a esta y otras cartas análogas presentadas al primer ministro, Grenville y sus amigos pudieron convencer a Addington de que demorase la aplicación del

Tratado de Amiens. Inglaterra había prometido evacuar Malta hacia septiembre de 1802. En diciembre sus tropas continuaban allí, aunque Napoleón había cumplido la cláusula paralela con la evacuación de Tarento.

Cuando pasaron las semanas e Inglaterra no mostró indicios de que cumpliría las condiciones del tratado, Napoleón comenzó a preocuparse cada vez más. El gobierno consular tenía sólo tres años; cada semana de demora infundía nuevas esperanzas a los realistas, los jacobinos y otros que se oponían a un gobierno de posición centrista. Las cortes de Viena, Berlín, San Petersburgo, Roma y Nápoles eran semilleros de propaganda antifrancesa, y sólo esperaban la señal de Inglaterra para privar a Francia de sus conquistas recientes. A pesar de las audaces proclamas que emitía. Napoleón se sentía inseguro. Sabía que Francia no estaba en una posición fuerte, ni mucho menos, y precisamente por esa razón siempre que se manifestaba un peligro él actuaba con fuerza o hacía una manifestación de poder.

El primer peligro durante ese otoño y ese invierno tensos fue Piamonte. Después de conquistar por segunda vez el país en 1800, Napoleón invitó al rey Carlos Emmanuel, que había huido a Roma, a que regresase a su trono. Carlos Emmanuel, un individuo sumamente débil que estaba dominado por los sacerdotes, declinó la invitación. Napoleón consideró peligroso dejar un vacío entre Francia y la República Cisalpina, porque los austriacos podían llenarlo de un momento a otro. Como no se había dicho nada acerca de la condición de Piémonte en Lunéville o Amiens, Napoleón se anexionó la región, actitud recibida con agrado por los piemonteses, pues de ese modo obtenían un gobierno democrático y un régimen de tolerancia religiosa. Dos años antes Inglaterra había unido a Irlanda con la corona, contraviniendo los deseos del pueblo irlandés, y allí, como en la propia Inglaterra, se excluía a los católicos no sólo de los cargos sino también de las elecciones. Pero el gobierno inglés, en un tono de fingida virtud, denunció esta nueva prueba del imperialismo francés.

La segunda área de peligro era Egipto. En enero de 1803 el gobierno inglés aún no había evacuado Alejandría, pese a que había prometido hacerlo en septiembre. Más aún, el 18 de enero de 1803 The Times, un diario íntimamente vinculado con el ministerio, reseñó con simpatía y extensos extractos, una History of the British Expedition to Egypt, de sir Robert Wilson, que volcaba desprecio sobre la campaña de Napoleón y veneno sobre su líder: un «hombre

de principios tan maquiavélicos», que gozaba con el derramamiento de sangre, y que con una dosis excesiva de opio había asesinado a 580 de sus propios soldados enfermos enjaffa.

Napoleón se irritó mucho ante la calumnia, que afectaba su sentido del honor y debilitaba al Consulado. Decidió responder a las insinuaciones acerca de las armas francesas y al mismo tiempo inducir a Inglaterra a cumplir sus compromisos en Egipto publicando en *Le Moniteur*, el 30 de enero, un informe del coronel francés Sebastian!, que acababa de regresar de una misión en Medio Oriente. Pero antes. Napoleón suavizó los pasajes que probablemente irritarían al gobierno británico, y subrayó otros; por ejemplo, la opinión en El Cairo de que en el lapso de dos años los franceses regresarían. Pero Napoleón dejó intacto el eje principal del trabajo de Sebastian! y su tono fanfarrón. Si los ingleses no cumplían las obligaciones del tratado, Francia intervendría, y «seis mil hombres bastarían para reconquistar Egipto».

La publicación del informe de Sebastian! por Napoleón fue una de esas torpezas psicológicas cometidas con tanta frecuencia por los continentales cuando tratan con los ingleses. Lo que una nación latina habría considerado una advertencia, en Inglaterra fue interpretado como una amenaza. La opinión contra Francia comenzó a endurecerse y los partidarios de la paz perdieron terreno. El informe originó preocupación también en Rusia, que apoyó la actitud cada vez más firme del gobierno inglés.

La tercera zona de peligro para Francia era Suiza. Antes de 1798 los trece cantones estaban gobernados por una adinerada clase privilegiada que depositaba su dinero en los bancos ingleses, pero ese año el Directorio envió tropas para ayudar a un movimiento popular y crear la República Helvética. En 1799 Inglaterra, Austria y Rusia trataron de restablecer el gobierno aristocrático, e Inglaterra envió a Wickham con un abundante caudal de guineas; las dos naciones restantes enviaron tropas. Wickham comprobó que la tarea era muy difícil, y el 20 de julio de 1799 escribió desde el cantón de Schweitz: «Los magistrados y las antiguas familias... no sólo han perdido por completo la confianza y el aprecio del público, sino que se han convertido en medida considerable en blanco del odio de los campesinos, al extremo de que si no fuera por la presencia de los austriacos estoy persuadido de que muchos de ellos se convertirían en el objetivo inmediato de la furia popular.» Con respecto al pueblo de Zürich, «no se satisfarán con nada menos que una república constituida según el ejemplo de Francia».

Massena derrotó al ejército austrorruso, en mayo de 1801 Napoleón confirmó la República Helvética, aunque en una forma nueva, como federación de cantones. Al final, se comprobó que la Federación era insatisfactoria, pues los cantones grandes y ricos presionaban a los pequeños.

En 1802 Napoleón reemplazó la Constitución original por otra, más centralizada y con garantías para los pequeños cantones. Al mismo tiempo, retiró las tropas francesas.

El gobierno inglés envió a Wickham a Constanza, con más dinero y la orden de movilizar a los aristócratas contra la Constitución de Napoleón. Wickham distribuyó las guineas y pronto los suizos estuvieron acuchillándose unos a otros. Para Francia se trataba de una situación intolerable, pues Inglaterra había usado durante mucho tiempo a Suiza, de acuerdo con las palabras de Napoleón, «como una segunda Jersey, desde la cual fomentar la agitación». Napoleón envió tropas francesas para terminar con la guerra civil, convocó a París a los principales ciudadanos suizos y con ellos elaboró otra Constitución. Este documento otorgaba una medida más amplia de gobierno propio a cada cantón que la Constitución a la cual reemplazaba, y conservaba los tradicionales Landsgemeinden o consejos ejecutivos. Pero los camones tendrían un circulante común y gozarían del libre comercio interno. Se mantendría la tradicional neutralidad suiza, pero de todos modos se firmó un tratado defensivo por cincuenta años con Francia.

Los suizos recibieron de buen grado el Acta de Mediación, como se denominó a la Constitución de Napoleón, y la han conservado hasta hoy como base de su Federación. Pero esta situación no convenía de ningún modo a Inglaterra. El subsecretario de Estado Moore fue enviado «para alentar y estimular al partido oligárquico»; pero llegó demasiado tarde y encontró cerrada la frontera. Mientras las potencias continentales aceptaron el documento de Napoleón por lo que era, es decir, un amistoso arreglo democrático de una situación peligrosa, sin que eso implicase exceder la política francesa precedente aplicada desde 1789, el gobierno inglés y los círculos banqueros ingleses, que ya habían gastado mucho, formularon varias críticas. En el Parlamento un orador lamentó que Francia «interfiriérase audazmente para privar a los valerosos suizos del derecho a afirmar sus libertades».

Jorge III y los oligarcas nunca se habían reconciliado con el Tratado de Amiens. Proyectaban romper la paz conservando Malta antes y no después que Napoleón levantase un dedo para extender

la influencia francesa en Europa. Piamonte y Egipto habían sido actos provocativos, pero utilizaron la acción de Napoleón en Suiza como el pretexto que necesitaban para endurecer la línea oficial. En adelante lo atribuyeron todo a la personalidad de Napoleón. Whitworth podía referirse a la «ambiciosa carrera» de Napoleón; ambicionaba «un imperio universal, así como convencer al mundo de que todo debía someterse a su voluntad». El 1 de febrero de 1803 el Morning Post describió al primer cónsul como «un ser inclasificable, mitad africano, mitad europeo, un mulato del Mediterráneo». Llegó a ser tan usual que los caricaturistas ingleses dibujasen a un pigmeo de piel amarilla con una nariz enorme, que cuando el capellán de la embajada británica llegó a París se asombró al comprobar que Napoleón era un hombre «bien proporcionado y apuesto». Otros periódicos, encabezados por *¿Ambigú* y el *Courier de Londres*, escritos en francés y publicados en Londres, difundieron relatos maliciosos acerca de Josefina y Barras, de la esterilidad que ella padecía y del desagrado que por lo tanto sentía ante «los defectos de la constitución consular», defectos provocados por el hecho de que Napoleón prefería dormir con Hortense, la hija de Josefina. Los artículos, que incluso a los ojos de Whitworth eran repulsivos, representaban algo más que ataques personales; apuntaban a debilitar al gobierno francés, y Napoleón los consideraba actos sumamente inamistosos.

El 21 de febrero de 1803 Napoleón convocó a Whitworth. «Dijo que para él era causa de suma decepción que el Tratado de Amiens, en lugar de dar paso a la conciliación y la amistad... hubiese producido sólo celos y desconfianzas permanentes y cada vez más acentuados.» Después señaló que Malta y Alejandría aún no habían sido evacuadas. «Me disponía a señalar —continúa Whitworth—, el aumento de territorios e influencia obtenidos por Francia después del Tratado, cuando él me interrumpió diciendo: "Imagino que se refiere a Piamonte y Suiza; ce sontdes bagatelles".» Whitworth observa que la expresión que Napoleón utilizó en realidad «fue demasiado trivial y vulgar para ser incluida en un despacho, o en otro lugar cualquiera, que no sea la boca de un cochero inculto». El santurrón comentario de Whitworth representa la etapa final de la caracterización de Napoleón por la clase gobernante británica.

Ese corso, ese jacobino, ese conquistador ambicioso no era un caballero.

Y por lo tanto, no podía confiarse en él.

Con respecto a Suiza y Piamonte, Napoleón dijo a Whitworth que hubiera sido necesario discutir las fronteras europeas antes del Tratado de Amiens, no después, «ustedes no tienen derecho de hablar de ellas en esta fecha tan tardía». Después, expuso enérgicamente la opinión francesa. Su propósito, dice Whitworth, era «atemorizar y presionar.

No necesito observar que en la vida privada esta conducta permitiría una firme presunción de debilidad. Creo que lo mismo es aplicable a la política». Whitworth interpretó acertadamente la fanfarronada de Napoleón como un síntoma de debilidad. Pero la debilidad no era, como creía Whitworth, fruto del temor de que Inglaterra sofrenase las ambiciones personales del propio Napoleón. Se originaba en el hecho incómodo de que los principios republicanos y los derechos del hombre estaban afirmados con escasa solidez tanto en Francia como en el círculo de los vecinos del país, de modo que si Inglaterra no se atenía a los términos de la paz ese endeble edificio bien podía derrumbarse.

Durante el debate acerca del Tratado de Amiens, Pitt había dicho:

«Sería muy mal razonamiento que una potencia dijese a otra "ustedes son demasiado poderosos para nosotros, carecemos de los medios necesarios para reducir ese poder mediante la fuerza, y por lo tanto tienen que cedernos una porción de sus territorios, de manera que haya igualdad de fuerzas".» Sin embargo, desde Bath, Pitt envió un mensaje a sus amigos londinenses para recomendarles que Inglaterra se aferrase a Malta. En febrero de 1803 esta actitud se convirtió en la línea oficial inglesa.

Al mismo tiempo, entre bambalinas, Jorge III influía sobre el gabinete. «Tengo motivos para estar seguro —escribió Buckingham a Grenville el mes siguiente—, de que desde los primeros momentos de esta alarma, el lenguaje del rey ha exhibido un extremo deseo de llegar a la guerra».

El 8 de marzo, en su discurso del trono, Jorge III recomendó que la milicia fuese convocada y que se incorporasen a la armada diez mil hombres más. Esta actitud significaba un evidente paso preliminar para la guerra, y el rey la justificó aludiendo a «los preparativos militares muy considerables... en los puertos de Francia y Holanda». En realidad, no había tales preparativos. Todavía el 17 de marzo, Whitworth repitió una declaración que él mismo había formulado ya varias veces: «Puedo decir con certidumbre absoluta que en los puertos franceses no hay armamentos que posean alguna importancia.» Con respecto a Holanda, todos sabían que las dos

fragatas que estaban siendo alistadas allí tenían el propósito de reprimir un alzamiento en Santo Domingo.

El 13 de marzo Napoleón invitó a Whitworth y a otros embajadores a una recepción en las Tullerías. Napoleón, que había recibido de Talleyrand algunas noticias irritantes, llegó de mal humor. Se acercó a Whitworth, y criticó el discurso del trono. «Hemos hecho la guerra durante quince años; parece que está preparándose una tormenta en Londres, y que ustedes desean guerra otros quince años.» Colérico, manifestó sus agravios donde podían oírlo doscientos invitados. Después, se volvió hacia el embajador ruso Markoff: «Los ingleses no respetan los tratados.

En el futuro será necesario cubrirlos con crespón negro.» Después, «salió del salón con tal rapidez que no hubo tiempo de abrirle las puertas dobles».

Después de la recepción Joseph dijo a Napoleón: «Tuviste temblando a todo el mundo. La gente dirá que tienes mal carácter.» «Sí —reconoció Napoleón—, me equivoqué.» Explicó que estaba de mal humor, y que no había sentido deseos de asistir. Cuando volvió a ver a Whitworth se esforzó por adoptar una actitud cortés, y cuatro días después, el embajador inglés escribió: «Es evidente que el primer cónsul no desea ir a la guerra».

El 22 de marzo Grenville dijo a Buckingham: «Nuestro gobierno ha manipulado de tal modo las cosas que es casi imposible que el propio Bonaparte retroceda, aunque deseara hacerlo... Si ahora se deja intimidar por nuestros preparativos, perderá todo el, respeto tanto en su país como en el extranjero.» Hawkesbury, el ministro de Relaciones Exteriores, que consideraba a Napoleón «realmente loco... y que su popularidad equivalía al odio perfecto», aplicó la política de conquistar a los franceses «razonables» contra su «loco» primer cónsul. Con este fin autorizó a Whitworth a gastar cien mil guineas en sobornos, cuando Whitworth comenzó sus conversaciones el 3 de abril con Talleyrand y Joseph Bonaparte.

Los negociadores franceses no aceptaron las guineas de Whitworth.

Cocidieron con Napoleón cuando éste dijo: «En este tratado veo sólo dos nombres: Tárenlo, una cláusula que yo he cumplido, y Malta, una cláusula que ustedes no han cumplido.» Se mantuvieron firmes en relación con Malta, pero como Inglaterra deseaba una base en el Mediterráneo le ofrecieron Creta o Corfú, que posee un puerto excelente.

Whitworth replicó con una serie completamente nueva de exigencias. Francia debía entregar Malta a Inglaterra durante diez años, y también evacuar Holanda y Suiza. Whitworth presentó estas condiciones verbalmente a Talleyrand, las describió como un ultimátum y anunció que partiría de París si no se había firmado un acuerdo en el plazo de siete días. Se negó a poner por escrito sus exigencias, ni siquiera en un papel sin firma. Como observó Talleyrand: «Es indudable que aquí tenemos el primer ultimátum verbal en la historia de las negociaciones modernas».

Pasaron siete días y Whitworth pidió su pasaporte. Entonces intervino Napoleón. Aunque para él era un punto de honor mantener intacto el territorio francés según le había sido confiado el 19 Brumario, en interés de la paz propuso renunciar a Malta; Inglaterra podía mantener la isla tres o cuatro años, después pasaría a manos de las tres potencias que garantizaban el tratado: Rusia, Prusia o Austria. En una carta a Hawkesbury, Whitworth describió el plan como «... una propuesta de tal carácter que permite un ajuste honorable y ventajoso de las diferencias actuales». Pero el ministerio inglés, que de acuerdo con Andréossy ya había «pactado con el partido de Grenville», rechazó el plan. Napoleón consiguió que Rusia ofreciera su mediación, y aunque este país tenía una actitud amistosa hacia Inglaterra, el gobierno inglés rechazó también su oferta. El 4 de mayo, Whitworth, inconsciente de la ironía, escribió a su país: «Estoy convencido de que el primer cónsul está decidido a evitar una ruptura si es posible; pero está gobernado de un modo tan absoluto a causa de su temperamento que no cabe responder por él.» El 11 de mayo en Saint-Cloud, Napoleón convocó a los siete miembros de la sección de Asuntos Extranjeros del Consejo de Estado para examinar la forma más reciente del ultimátum inglés: Inglaterra reclamaba la posesión de Malta durante diez años y la isla de Lampedusa permanentemente; Francia debía evacuar Holanda en el plazo de un mes.

Con respecto a Holanda, Napoleón se proponía retirar todas sus tropas, pero éste era un asunto continental, y él no veía que debiese interesar a Inglaterra. Acerca de Lampedusa, Napoleón consideraba que en el lapso de cuatro años podía llegar a ser tan fuerte como Malta, de modo que Inglaterra, cuya armada se había duplicado desde 1792, llegaría a ejercer la hegemonía política y comercial permanente del Mediterráneo. Napoleón creía que Inglaterra ya disponía de ventajas comerciales suficientes en ultramar, y que «implica llevar demasiado lejos la ambición codiciar algo que no le

pertenece ni por la geografía ni por la naturaleza». El término «*ultimátum*» también molestó a Napoleón, sugería que «un superior negocia con un inferior». «Si el primer cónsul —dijo Napoleón—, fuese tan cobarde que aceptase esta paz remendada con Inglaterra, se vería desautorizado por la nación».

Por mayoría de votos, el Consejo insistió en las condiciones firmadas en Amiens. Mientras Whitworth recibía su pasaporte y salía de París en la noche del 12 al 13 de mayo, bajo su propia responsabilidad Napoleón decidió hacer el último intento de evitar la guerra. Envío a Whitworth un despacho para decirle que estaba dispuesto a ceder Malta: Inglaterra podía mantener la isla durante diez años si Francia reocupaba Tarento.

Whitworth, que recibió en Chantilly el despacho de Napoleón, continuó viaje a Calais y luego a Londres sin contestar. Addington rechazó la oferta, y formuló como motivo las obligaciones de Inglaterra con el rey de Nápoles, pese a que ese monarca estaba más preocupado por la caza del jabalí que por el prestigio político, y durante diez años había sido títere de Inglaterra. El 16 de mayo Jorge III celebró un Consejo en el cual se ordenó la firma de «patentes de corso y represalia contra Francia»; el 18, en la bahía de Audierne, dos fragatas inglesas se apoderaron de dos barcos mercantes franceses: era el modo reconocido de declarar la guerra.

¿Por qué Inglaterra fue a la guerra? No como ella afirmó, porque Napoleón tenía «ambiciones de un imperio universal», sino porque la paz la asustaba. En la paz, Inglaterra no disponía de medios de presión sobre Francia en Europa, pero en la guerra todas las potencias continentales eran posibles miembros de una coalición. Con respecto a las causas por las cuales la paz la asustaba, Andréossy ofrece la respuesta:

«No se trata de determinado hecho, sino de la totalidad de los hechos relacionados con la gloria del primer cónsul y la grandeza de Francia:

eso es lo que asusta [a los ingleses]».

Las cortes europeas consideraron a Inglaterra moral y técnicamente responsable de la ruptura de Amiens. Por ejemplo, el prusiano Hardenberg, que por cierto no sentía aprecio por Francia, escribió: «Habría sido conveniente que Inglaterra demostrase tanta buena voluntad como Bonaparte en relación con la paz.» Un agente de los Borbones en París informó: «Parece evidente que Bonaparte se ha inclinado por la guerra con suma renuencia.» Incluso en Inglaterra, Fox condenó la ruptura en un discurso que fue

considerado el más grande de los que pronunció, y por su parte, William Wilberforce sostuvo que Malta había sido obtenida pagando un precio muy alto, es decir la violación de la confianza pública, que es la posesión más preciada de una nación.

Como todos los franceses. Napoleón lamentó la guerra. En lugar de continuar su labor, que era el desarrollo de Francia y la industria francesa, se vio obligado a continuar una lucha que ya llevaba siete años.

Consideró —y con buenas razones— que estaba librando una guerra defensiva. Todas las guerras que Napoleón tuvo que librar después fueron también defensivas, en el sentido de que tuvieron su origen en la guerra con Inglaterra.

Durante los doce años siguientes Europa se vería saturada con el olor acre de la pólvora. Las guerras influirían sobre la mayoría de los actos futuros de Napoleón, e imprimirían un sello militar a su gobierno. Es lo que Napoleón tenía en mente cuando más tarde escribió:

«Nunca he sido realmente mi propio amo; siempre fui gobernado por las circunstancias».

CAPÍTULO DIECISÉIS

Emperador de los franceses

El 17 de diciembre de 1800 un hombre robusto de barba rubia y una cicatriz en la frente entró en la tienda de Lamballe, comerciante de granos, en la rué Meslée de París. Según dijo, era intermediario.

Había comprado una carga de azúcar morena, y deseaba llevarla a Laval, en Bretaña, donde cambiaría el azúcar por paño. Con ese fin, deseaba comprar el carro ligero y la pequeña yegua de Lamballe. La yegua era una baya vieja, de crin gastada y cola raída, y Lamballe estaba dispuesto a venderla. Pidió doscientos francos por el carro y la yegua. El intermediario aceptó, pagó la suma y se posesionó de la compra. Después, llevó el carro a un establo que había alquilado en la rué Paradis, 19, cerca de Saint-Lazare.

Los días siguientes el intermediario y dos amigos, vistiendo delantales y sobretodos, llegaron al establo y aseguraron con diez fuertes anillos de hierro un gran barril de vino Macón. Llegaban al establo y lo abandonaban furtivamente; conversaban en voz baja, y la buena gente de la rué Paradis llegó a la conclusión de que eran contrabandistas de brandy.

En realidad, los tres eran oficiales del ejército clandestino que trabajaban, cumpliendo órdenes de Londres, en favor de la restauración de Luis XVIII en el trono de Francia. El «intermediario», oriundo de París, era Francois Carbón. Sus amigos eran caballeros al principio de la treintena, ambos originarios de Bretaña, y poseían la característica fidelidad absoluta de los bretones a una causa. Uno se llamaba Limoelan y era hijo de un realista guillotinado; el otro era Saint-Réjant. Un año antes, cuando Napoleón concedió la amnistía a todos los habitantes de Francia occidental que depusieron las armas, Saint-Réjant había convertido en menudos fragmentos la carta de amnistía. Afirmó que jamás dejaría de combatir al gobierno. Él y Limoelan hasta ese momento habían limitado sus actividades a

asaltar las diligencias, pero ahora, por orden de su jefe, otro bretón llamado Georges Cadoudal, se proponían hacer algo más importante.

La víspera de Navidad, Francois Carbón unció la yegua al carro, y acompañado por Limoelan trasladó el gran barril de vino Macón a la Porte Saint-Denis, en los suburbios septentrionales de París. Allí descargaron el barril, y lo llevaron rodando hasta una casa abandonada. Media hora después regresaron con el barril, ahora lleno y sin duda pesado, pues lo trasladaban sobre una carretilla de mano. Con la ayuda de SaintRéjant y otro hombre, después de varios intentos, consiguieron subir el barril al carro.

Limoelan, Saint-Réjant y Carbón llevaron el carro hasta la rué SaintNicaise, precisamente al norte del palacio de las Tullerías. Había caído la noche y comenzaba a llover. Detuvieron el carro, y movieron el barril, como si quisieran verificar el contenido. En realidad, estaban insertando una mecha de seis segundos en el barril, completamente lleno de pólvora y piedras rotas.

Limoelan cruzó hasta la esquina de la place du Carrousel, desde donde, en el momento apropiado, podía indicar a Saint-Réjant que encendiera la mecha. Saint-Réjant retrocedió con el carro hasta una posición en la cual obligaría a aminorar la marcha, pero sin detenerla del todo, a un vehículo que entrase por la rué Saint-Nicaise. Al ver a una niña de catorce años llamada Pensol, cuya madre se ganaba la vida vendiendo bizcochos recién horneados en la rué du Bac, Saint-Réjant la llamó y le ofreció doce sueldos por sujetar la yegua unos pocos minutos.

La niña aceptó, y Saint-Réjant le entregó lasbridas de la yegua. Después, Saint-Réjant se preparó para accionar un pedernal. Calculó que después de encender la mecha, dispondría apenas del tiempo necesario para correr hacia la esquina y llegar a lugar seguro.

Entretanto, en el palacio de las Tullerías, Napoleón había terminado su cena de veinte minutos y dormitaba en el salón, junto a un fuego de leños. Esa noche, en la Ópera, se ofrecía por primera vez en Francia, La creación de Haydn. Josefina y Hortense ansiaban asistir a la función, y se habían puesto vestidos de noche. Napoleón, que como de costumbre había tenido un día fatigoso, se resistía a acompañarlas. «Vamos —suplicó Josefina—. Te distraerás.» Napoleón cerró somnoliento los ojos y después de una pausa dijo: «Id vosotras. Yo me quedaré aquí.» Josefina replicó que no iría sola y se sentó para hacerle compañía. Tal como preveía, Napoleón no

estaba dispuesto a privarla de su velada festiva; ordenó que preparasen inmediatamente los carroajes. Ya eran las ocho.

Napoleón se ubicó primero en su carroaje y éste partió. Josefina, que sentía frío, se cubrió los hombros con un hermoso y cálido chai que acababa de recibir de Constantinopla. El chai atrajo la atención de Jean Rapp, el ayudante de campo de Napoleón, nacido en Aisacia y veterano de Egipto. Rapp sugirió que el chai parecería aún más tentador si Josefina lo usaba al estilo egipcio, y por pedido de Josefina, plegó el chai y lo depositó sobre los rizos castaños. Entretanto, Carolina había oído el ruido del carroaje de Napoleón que se alejaba. «Deprisa, hermana», dijo Josefina. La esposa del primer cónsul salió de la sala y bajó la escalera hacia el segundo carroaje, acompañada por Hortense, Carolina y Rapp.

A causa del incidente con el chai, el carroaje partió tres minutos después que el de Napoleón.

Esa noche, quizás porque era víspera de Navidad, César, el cochero de Napoleón, estaba levemente ebrio. Fustigó a los caballos, y el carroaje, precedido por la tropa de granaderos montados, se lanzó a través de la place du Carrousel. Dentro, Napoleón volvió a dormitar y comenzó a soñar. Era una pesadilla. En ella parecía revivir un incidente de la campaña de Italia, cuando había insistido en cruzar el Tagliamento en su carroaje, sin advertir que el río era muy profundo. Los caballos no habían podido hacer pie, y el propio Napoleón escapó por poco a la muerte.

En la esquina de la rue Saint-Nicaise, Limoelan esperaba ansioso.

Pero cuando vio el coche y la escolta, le fallaron los nervios. En lugar de avisar a Saint-Réjant, no dijo nada. Los granaderos que marchaban al frente pasaron montados en sus caballos, y dobraron la esquina, unos veinte metros por delante del carroaje. Apenas vio a los granaderos, Saint-Réjant accionó el pedernal, encendió la mecha aplicada al regalo navideño destinado a Napoleón, y echó a correr.

César vio la yegua y el carro que bloqueaban parcialmente la calzada. Si hubiese estado sobrio, quizás habría frenado el vehículo, pero se sentía muy animado y pasó al galope por la estrecha abertura, internándose en la calle siguiente, la rue de Valois. En ese momento, con un estampido semejante a la andanada de cien cañones, el barril explotó. La explosión fue tan violenta que casi desmontó a los granaderos, pero Napoleón no sufrió heridas. Si el segundo carroaje hubiese estado inmediatamente detrás, la explosión lo habría destruido, pero gracias al retraso sólo las ventanas quedaron destruidas. Los caballos se encabritaron, Josefina

se desmayó. Hortense sufrió un corte en la mano, y Carolina, que estaba embarazada de nueve meses, fue sacudida brutalmente; como consecuencia, el niño que llevaba en su seno nacería epiléptico. Pero la rué Saint-Nicaise soportó los peores daños. La explosión voló casas enteras y pulverizó a la yegua, el carro y a la niña, Pensol, que había estado sosteniendo las bridas. La explosión arrancó los pechos de una mujer que se había acercado a la puerta de su tienda para vitorear a Napoleón; otra persona perdió la vista. En conjunto, murieron nueve personas inocentes y hubo veintiséis heridos.

Napoleón se sintió profundamente impresionado y se encolerizó mucho. Dijo al Consejo de Estado que se ocuparía personalmente de aplicar el castigo, sin dejar la tarea en manos de los tribunales. «Este crimen atroz merece la venganza del rayo; debe correr sangre; tenemos que fusilar a tantos culpables como víctimas hubo.» Despues se calmó y cambió de idea. Los tribunales juzgaron y sentenciaron a muerte a Limoelan y Carbón; Saint-Réjant escapó a Estados Unidos y —lo menos que podía hacer un hombre que había intentado convertirse en asesino— se ordenó sacerdote.

Pero la justicia no pudo atrapar a los jefes de la conspiración, pues todos estaban a salvo en Inglaterra: el conde d'Artois, sus amigos íntimos, los hermanos Polignac, y sobre todo Georges Cadoudal, un campesino bretón fornido y pelirrojo, de fuerza inmensa —sus amigos lo llamaban Goliath— con un cuello de toro, la nariz rota, patillas rojas, y un ojo gris más grande que el otro. Soltero, consagrado en cuerpo y alma a los Borbones, Cadoudal dirigía un campo de entrenamiento para conspiradores y guerrilleros en Romsey. Cuando Inglaterra declaró la guerra, en mayo de 1803, el dinero inglés financió el campo de Romsey, y llegaba a manos de Cadoudal por intermedio de William Windham.

Georges Cadoudal no consiguió volar el carroje de Napoleón, pero no era hombre a quien un fracaso disuadiera. Decidió viajar personalmente a Francia para matar a Napoleón. Unido a los generales descontentos del ejército francés, restablecería en el trono a Luis XVIII. Por intermedio de Windham y el conde d'Artois, la conspiración fue comunicada al gobierno inglés, que en secreto transmitió detalles a sus agentes en el exterior, y entregó a Cadoudal letras de cambio por valor de un millón de francos.

Durante la segunda semana de agosto de 1803 Cadoudal y cuatro amigos abordaron el bergantín español El Vencejo en Hastings, y cruzaron el Canal. La noche del 20 Wright, el capitán inglés del

bergantín, los dejó en un bote de remos, y con él se acercaron a un sector agreste y desierto de la costa normanda, cerca de Biville. Un agente había asegurado una cuerda de nudos a los arrecifes de poco más de treinta metros de altura, y de este modo los hombres entraron en Francia. Viajando de noche y alojándose en las casas de los agentes realistas —existía una red completa— llegaron a París, donde Cadoudal se ocultó bajo el nombre supuesto de Couturier. Dos veces volvió a los riscos de Biville para recibir a otros conspiradores. Uno era el general Charles Pichegru, de cuarenta y dos años, que ya en 1797 había conspirado para devolver el trono al rey, y había sido exiliado a la Guayana francesa por los directores. La tarea de Pichegru era atraer a otros generales descontentos.

Como bien sabía Napoleón, había una serie de altos oficiales que por celos, por patriotismo o por otros motivos detestaban al Consulado y deseaban derrocarlo. Uno era Bernadotte, el marido de Désirée Clary. En mayo de 1802 el general Simón, jefe de Estado Mayor de Bernadotte en el ejército del Oeste, comenzó a distribuir volantes contra el Consulado y contra la paz firmada por Napoleón. «¡Soldados! Ya no tenéis una patria; la República ha muerto... ¡Formemos una federación militar! ¡Que vuestros generales den un paso al frente! ¡Que su gloria y la gloria de sus ejércitos impongan respeto! Nuestras bayonetas están prontas para cobrarse venganza».

Napoleón ordenó que Simón fuese arrestado y destituido, pero el descontento persistió. Las esperanzas comenzaron a concentrarse en la persona de Jean Víctor Moreau, otro bretón. Moreau, un valeroso general de cuarenta años, como muchos otros hombres de su tipo, entre ellos Murat, tenía el carácter débil, y se dejaba gobernar por su esposa y su suegra. Moreau alentaba la oposición, pero cuando llegaba el momento de comprometerse se retraía. Una de las tareas de Pichegru era lograr que Moreau actuase.

Cadoudal, que todavía se ocultaba en París, dio los toques finales a su conspiración, que contaba entonces con la colaboración de sesenta individuos. Ordenó confeccionar uniformes de húsar, y cuando llegara la señal del conde d'Artois, los hombres seleccionados se vestirían como húsares e intervendrían en el desfile que se realizaría en la place du Carrousel. Cuando Napoleón pasara frente a las filas, uno de ellos debía presentarle una petición, mientras el resto atacaba con sus dagas.

Poco después de las siete de la mañana del 14 de febrero de 1804, Napoleón, que vestía su bata de pluma de ganso, estaba de pie, afeitándose, en su cuarto de vestir. Mientras Constant sostenía el

espejo, Napoleón manipulaba la navaja con mango de madreperla y se afeitaba. De pronto se abrió la puerta y un lacayo introdujo en la habitación a Real, subjefe de policía. Era evidente que Real estaba excitado, y Napoleón le ordenó que hablase. «Hay una novedad, algo fantástico...» Real miró dubitativo al valet. «Continúe —dijo Napoleón—, puede hablar en presencia de Constant.» Real continuó. Explicó que Pichegrus había cruzado el Canal, proveniente de Londres, y ya estaba en París. No sólo eso, sino que se había reunido con el general Moreau, el mimado de los salones visitados por los descontentos. Napoleón se sobresaltó, y casi se cortó con la navaja. Enseguida cubrió con su mano la boca de Real. Después, terminó de afeitarse, despidió a Constant e invitó a Real a leer su informe. Al parecer, la policía había arrestado a Bouvet de Lozier, el segundo de Cadoudal, y el detenido había hablado. De acuerdo con Bouvet, Pichegrus, Moreau y Cadoudal habían mantenido varias reuniones, pero sin ponerse de acuerdo. Moreau estaba dispuesto a dirigir un golpe, pero sólo para elevarse a la condición de dictador militar. No quería un rey. Pichegrus había discutido con él, pero sin éxito. En consecuencia, Cadoudal y Pichegrus estaban haciendo tiempo hasta la llegada —se esperaba que muy pronto— de un príncipe de la Casa de Borbón.

Napoleón se tomó muy en serio la conspiración. En tiempos de paz habría sido una situación bastante grave, pero Francia estaba en guerra y las antiguas facciones se agitaban. Ordenó a Real que a toda costa encontrase a Cadoudal, quien había permanecido oculto en la trastienda de una frutería, pero la noche del 9 de marzo decidió cambiar de escondite.

Disfrazado como mozo de cuerda del mercado y tocado con el ancho sombrero de cuero del oficio, salió de su escondrijo y saltó a un cabriolé que pasaba en ese momento. «Fustigue a su caballo», ordenó. «¿Adonde vamos?», preguntó el cochero. «A cualquier sitio.» Pero un policía de mirada dura ya había advertido la presencia de la figura de cuello de toro, con su metro ochenta de estatura, «la nariz rota y una cicatriz en la frente», según lo describían los diarios. El policía saltó al estribo del cabriolé, y después, dos policías más se apoderaron de las riendas. Cadoudal mató de un tiro al primer policía, e hirió a otro antes de ser dominado. Cuando lo interrogaron dijo: «Yo debía atacar al primer cónsul sólo cuando un príncipe llegase a París. Y el príncipe todavía no ha llegado.» Por otra parte, llegó un informe policial del Oeste, en él que se decía que los

realistas bretones creían que «el ci-devant duque d'Enghien pronto regresaría a Francia».

Louis Arnoine, príncipe de la Casa de Borbón y duque d'Enghien, era un joven y decente oficial de treinta y un años, los cabellos castaños y la famosa nariz aquilina de los Conde. Vivía solo en la ciudad alemana de Ettelheim, y dividía su tiempo entre la caza del faisán y algunas salidas secretas a Estrasburgo, donde con la ayuda de una red de agentes, durante los últimos meses había estado tramando una insurrección un tanto descabellada en Francia oriental.

El duque d'Enghien había nacido y se había criado en Francia. Vivía en Alemania, pero en su condición de francés estaba sometido a la ley francesa. Ya se contaba con pruebas suficientes para probar prima facie la acusación contra él; sus papeles privados y el interrogatorio quizá revelaran otras cosas. Acicateado por Talleyrand, Napoleón decidió actuar. La noche del 14 al 15 de marzo ordenó al general Ordener que cruzara el Rin con tres brigadas de gendarmes y trescientos dragones, con las herraduras de los caballos revestidas de lienzo para amortiguar el ruido. En silencio rodearon la gran residencia de Ettelheim, en ese momento silenciosa y cerrada, y se apoderaron del príncipe que dormía.

Mientras se enviaban sus papeles a Napoleón, Enghien fue llevado al castillo de Vincennes. Durante el trayecto afirmó que «había jurado odio implacable contra Napoleón Bonaparte así como contra los franceses, y que aprovecharía todas las ocasiones favorables para hacerles la guerra».

Napoleón leyó los papeles de Enghien al mismo tiempo que el informe del capitán Rosey, un oficial francés que por orden del gobierno había visitado el 4 de marzo a Francis Drake, agente inglés en Munich.

Rosey fingió ser el ayudante de campo de un general francés descontento y entregó a Drake el plan de una insurrección centrada en Besancon.

Drake replicó que era mejor centrar la conspiración en Estrasburgo, «donde Moreau tiene muchos amigos». Por supuesto, Estrasburgo era la ciudad que Enghien visitaba a menudo en secreto. «Es imperativo que ustedes se desembaracen de Bonaparte —agregó Drake—. Es el modo más seguro de recuperar la libertad y dar la paz al mundo.» Después, entregó a Rosey letras de cambio por valor de 10.117 libras esterlinas, 17 chelines y 6 peniques, suma destinada a contribuir a la financiación del movimiento.

Cuando leyó estos documentos y las declaraciones de los conspiradores, Napoleón experimentó una serie de emociones intensas. Sobre todo, cólera mezclada con desprecio ante las sórdidas tácticas de los Borbones. «Que levanten a Europa entera en armas contra mí, y me defenderé —dijo—. Un ataque así será legítimo. En cambio, tratan de atraparme volando parte de París y matando e hiriendo a cien personas; y ahora han enviado a cuarenta bandidos para asesinarme. Por eso los obligaré a derramar lágrimas de sangre. Les enseñaré a legalizar el asesinato».

Si tales eran los sentimientos de un corso, cabe señalar que Napoleón también experimentaba cólera en un plano más razonable. Había intentado concertar la paz con los realistas. Había otorgado una amnistía, y autorizado la vuelta a Francia de cuarenta mil emigrados. Él y Josefina habían ayudado a muchos de ellos con su propio dinero. Había hecho todo lo posible para cicatrizar las viejas heridas. Y ahora los Borbones le pagaban de este modo. No era que temiese por su propia vida. Pero temía por Francia. En 1801, después de una conspiración anterior que buscaba su muerte, había confiado a Roederer la angustia que sentía: «Si muero dentro de cuatro o cinco años, el reloj tendrá cuerda y continuará funcionando. Si muero antes, no sé qué sucederá...» Pasado el tiempo formuló nuevamente la idea. «Estos fanáticos terminarán matándome y llevando al poder a un grupo de jacobinos irritados. Yo soy quien representa la Revolución Francesa».

Sobre la base de las pruebas disponibles, y nuevamente acicateado por Talleyrand, Napoleón decidió que si el golpe de Cadoudal hubiera tenido éxito, el duque d'Enghien habría invadido Aisacia, para marchar luego sobre París. «El duque d'Enghien no es más que uno de tantos conspiradores; debemos tratarlo como tal.» Es decir, no debía recibir un trato preferencial sólo porque era un Borbón. En su carácter de francés acusado de conspirar en tiempo de guerra, debía someterse a un tribunal militar, y precisamente en armonía con este principio Napoleón ordenó que un tribunal de siete coroneles juzgase a Enghien.

Interrogado por los coroneles, Enghien afirmó que había estado recibiendo 4.200 guineas anuales de Inglaterra «con el fin de combatir, no a Francia, sino a un gobierno al que él se mostraba hostil por su propia cuna. Pregunté a Inglaterra si podía servir en sus ejércitos, pero ese país replicó que era imposible; yo debía esperar a orillas del Rin, donde representaría inmediatamente un papel, y en efecto estaba esperando».

Los coroneles fueron unánimes en su fallo: Enghien era culpable en virtud del artículo número 2 de la ley del 6 de octubre de 1791: «La conspiración y el complot destinados a perturbar al Estado mediante la guerra civil, y armando a unos ciudadanos contra otros, o contra la autoridad legal, serán castigados con la muerte».

Apremiado por Cambacérés con el fin de que interviniese, Napoleón replicó que la muerte de Enghien sería considerada «una justa represalia». «La Casa de Borbón debe saber que los ataques que ella dirige contra otros pueden volverse contra ella misma.» Napoleón contestó a Josefina, que rogó por la vida de Enghien: «Si no se lo castiga, las facciones volverán a prosperar, y tendré que perseguir, deportar y condenar sin descanso».

Napoleón podía mostrarse compasivo cuando así lo decidía. Cuando la princesa Hatzfeid fue a rogar por su esposo, a quien habían sorprendido espiando, Napoleón arrojó al fu(^b la carta incriminatoria y anunció que el marido de su visitante era un hombre libre. Y otra, cuando George Cadoudal y sus cómplices fueron llevados a juicio y veinte de ellos merecieron la sentencia de muerte, Napoleón intervino y rescató a diez, entre ellos al príncipe Armand de Polignac, íntimo amigo del conde d'Artois. Pero esta vez no demostró piedad. Napoleón entendió que la muerte de Enghien era el ajuste de una antigua deuda y un disuasor necesario; por esta doble razón permitió que la justicia siguiera su curso, y la mañana del 21 de marzo, en los terrenos de Vincennes, un pelotón fusiló al duque d'Enghien.

Fue uno de los actos más controvertidos de Napoleón. En Francia apenas provocó inquietud, pero en el extranjero, y en las diferentes cortes provocó una tormenta de cólera. Muchos de los que habían favorecido a Napoleón o se habían mostrado neutrales, se volvieron contra él.

Pero Napoleón siempre asumió la responsabilidad total de la ejecución, y continuó creyendo que, en definitiva, había procedido con acierto.

Las conspiraciones destinadas a matar a Napoleón proponían un problema fundamental que no podía resolverse mediante las balas. Napoleón había afirmado que representaba a la Revolución Francesa, y había mucho de verdad en esa pretensión. En 1802, por iniciativa de Cambacérés y como signo de gratitud por haber dado la paz y el Concordato a Francia, las asambleas habían declarado a Napoleón cónsul vitalicio, y los franceses habían aprobado esa decisión por tres millones y medio de votos contra ocho mil. Después, Napoleón fue

designado primer magistrado de la República por el resto de su vida. En él se condensó de un modo original no sólo la Revolución sino la República que se había originado en aquélla. Pero supongamos, se preguntaban los franceses, que el cochero de Napoleón no hubiese bebido, o que Moreau hubiera aceptado colaborar con Cadoudal. Imaginemos que Napoleón caía en combate o era víctima de la daga de otro asesino. En tal caso, la República se derrumbaría: tendría que someterse a los Borbones, a una dictadura militar o a los jacobinos con su guillotina.

Por lo tanto, el problema era el modo de asegurar mejor a la República, y sobre todo, vista la posibilidad de que se cortara el delgado hilo de vida de un hombre, el modo de obtener continuidad. Como dijo a un amigo el consejero Regnault: «Quieren matar a Bonaparte; tenemos que defenderlo y conseguir que sea inmortal».

A principios de 1802 un coronel llamado Bonneville Ayral publicó un folleto titulado *Mi opinión acerca de la recompensa debida a Bonaparte*. En ese trabajo exhortaba al pueblo francés a designar a Napoleón Bonaparte primer emperador de los galos, y a depositar en su familia el poder hereditario. Los artículos de los periódicos, los discursos y las cartas dirigidas al gobierno comenzaron a expresar una opiniónanáloga.

El deseo de convertir a Napoleón en emperador se originó en el deseo del pueblo francés de exaltar al hombre a quien se consideraba un héroe, de elevarlo a alturas cada vez más encumbradas. Esa actitud se fortaleció con cada una de las conspiraciones descubiertas. Como dijo de Napoleón un agente realista: «Él tiene sólo su espada, y lo que se transfiere es un cetro».

Después de la conspiración de Cadoudal, Napoleón comenzó a tomar en serio las demandas en el sentido de que afirmase su magistratura con ese título sobrecogedor que podía traspasarse a los miembros de su familia. Consideró el tema desde el punto de vista de un republicano convencido. Ya se utilizaba la palabra «imperio» para designar a todas las conquistas francesas fuera de Francia, y el término no chocaba con el concepto de «república». Más aún, la famosa canción *Defendamos el bienestar del imperio* había sido cantada por los republicanos durante los primeros años de la Revolución. Con respecto a la palabra «emperador», originariamente el emperador romano había sido el hombre que ejercía el imperium en representación del pueblo de la república; de ahí las monedas con la cabeza del emperador en un lado, y en el otro la palabra *res publica*. Por lo tanto, Napoleón no vio nada que se opusiese al

sentimiento republicano en la palabra «emperador». No era más que un cambio de título que afirmaría, a los ojos del mundo, la legalidad y la continuidad de la República.

En primer lugar, Napoleón consultó a la opinión pública y ésta se mostró favorable. De acuerdo con un informe policial, fechado el 17 de abril de 1804, la gente opinaba que el título de emperador era un «medio seguro de consolidar la paz y la tranquilidad de Francia». Es decir, la paz podía desalentar a los Borbones y a sus aliados. Después, Napoleón consultó con sus generales, y también éstos lo aprobaron.

Finalmente preguntó a su Consejo de Estado. Entre los abogados, como en el pueblo, había un enérgico sentimiento monárquico. Después de todo, Francia había sido una monarquía durante catorce siglos. Tronchet, Portalis, Treilhard —es decir, los consejeros más respetados— aprobaron la idea.

Josefina fue casi la única que se opuso al plan de asignar a Napoleón el título de emperador. «Nadie entenderá la necesidad del cambio; todos lo atribuirán a ambición u orgullo.» Como pronóstico del sentimiento que se manifestó más tarde, fue un juicio notablemente exacto, pero la verdadera razón que movió a Josefina a oponerse fue que aún no había dado un hijo a Napoleón, y temía que él eligiera ese momento para divorciarse. Ciertamente, Napoleón contempló la posibilidad del divorcio en 1804, y creyó que sería un paso políticamente prudente el volver a casarse. Pero amaba a Josefina, y así se suscitó un conflicto íntimo cuyo resultado el propio Napoleón describió para beneficio de Roederer: «Me dije: ¿abandonar a esta buena mujer porque estoy elevándome en el mundo? Si me hubiesen arrojado a la cárcel o exiliado, ella habría compartido mi destino. Y ahora, porque estoy llegando a ser poderoso, ¿debo despedirla? No, eso sobrepasa mi capacidad. Soy hombre, y tengo los sentimientos de un hombre. No fui amamantado por una tigresa».

En el Tribunado, baluarte del republicanismo, Jean Francois Curée, un meridional hasta ese momento famoso por su silencio, se puso de pie para presentar una moción en la cual pedía que Napoleón fuese proclamado emperador de los franceses, y «que la dignidad imperial fuese hereditaria en su familia». Carnot fue el único tribuno que se opuso. También en las restantes asambleas la moción de Curée fue aprobada casi por unanimidad. De todos modos, Napoleón vaciló. Dijo que aceptaría el título, que implicaba sólo un

cambio de forma; pero la atribución de traspasarlo a un heredero debía llegar del pueblo a través de un plebiscito.

La suya no sería una monarquía de derecho divino, sino la monarquía por voluntad popular. El pueblo expresó su voluntad incluso de un modo más unánime que cuando aprobó el Consulado. Ante la propuesta de que «el título imperial fuese hereditario», más de tres millones y medio de franceses votaron por el sí, y menos de tres mil en contra.

De modo que Napoleón sería emperador. «¿Debemos llamar al Papa?», preguntó a su Consejo. Portalis afirmó que la presencia del Papa siempre influía mucho tanto en la propia Francia como en el exterior.

«Pero, ¿será una actitud lógica? —objetó Treilhard—, ¿precisamente cuando la nación proclama la libertad de cultos?» Regnault formuló otra idea en el mismo sentido: «Es importante demostrar que es el pueblo y no Dios quien otorga las coronas.» La mayoría de los consejeros no deseaba la presencia del Papa, y entonces, como era inevitable que sucediese, alguien mencionó a Carlomagno. «No fue Carlomagno —lo corrigió Napoleón—, fue Pepino a quien el papa Esteban coronó en París... Pero lo que debemos considerar es si la coronación realizada por el Papa será útil para el conjunto de la nación... Las ceremonias civiles nunca fueron realizadas sin la religión. Por ejemplo, en Inglaterra ayunan antes de una coronación... Como se requiere la presencia de los sacerdotes, bien podemos convocar al más importante, el más calificado, al jefe, en otras palabras, al Papa.» Los consejeros continuaban dudando, hasta que Napoleón encontró un argumento decisivo. «Caballeros —dijo—, ustedes están reuniéndose en París, en las Tullerías. Imaginen que se reúnen en Londres, en la cámara del gabinete británico, con los ministros del rey de Inglaterra, y que se les informa de que en ese mismo instante el Papa está cruzando los Alpes para consagrarse al emperador de los franceses; ¿lo interpretarían como una victoria de Inglaterra o de Francia?».

¿La ceremonia debía celebrarse al aire libre? Como la mayoría de los latinos, Napoleón siempre temía parecer ridículo. «En el Campo de Marte —dijo—, envuelto en todas esas vestiduras, pareceré una momia —y agregó—: Los parisienses aficionados a la ópera, acostumbrados a los grandes actores como Laís y Chéron, que representaban el papel de reyes, se reirían al verme.» Napoleón deseaba que la ceremonia se celebrara bajo techo, y como Reims era

asociada con los reyes de Francia, él y su Consejo finalmente eligieron Notre Dame de París.

Napoleón designó una comisión encargada de elegir un emblema imperial. La comisión recomendó el gallo, gallus en latín, palabra que tiene la misma raíz que galo. «El gallo pertenece al corral —rezongó Napoleón—. Es demasiado débil.» Segur sugirió el león, destinado a vencer al leopardo inglés. Alguien observó que el león es enemigo del hombre, y otro consejero propuso el elefante. De modo que regresaron al gallo, pero Napoleón no quiso saber nada. «El gallo carece de fuerza; no puede ser el emblema de un Imperio como Francia. Tenemos que elegir entre el águila, el elefante y el león.» Finalmente, se inclinaron por el águila, no la bicéfala de Austria, sino el águila de una sola cabeza.

Después, Napoleón reclamó un emblema personal. Deseaba algo antiguo. Estaba tratando de construir el futuro, pero para hacerlo necesitaba arraigarse en el pasado; si era posible un pasado anterior al año 987, cuando comenzaron a gobernar los reyes Caperos. Un consejero que era también aficionado a la historia recordó que en Tournai, en la tumba de Chilperico, un rey de los franceses en el siglo VI, se habían descubierto abejas de metal. Se creyó que adornaban el atavío de Chilperico, aunque la investigación ulterior demostró que habían enterrado a Chilperico, no como se creyó al principio, con uno de sus oficiales, sino con su reina, de modo que las abejas probablemente pertenecían al atuendo femenino, no al del monarca. Al margen de su origen exacto, Napoleón aprobó a la abeja y la adoptó como emblema personal.

Con respecto a la coronación, Napoleón deseaba destacar su nexo con Carlomagno. Las insignias de Carlomagno habían sido dispersadas como consecuencia de la Revolución, pero una investigación permitió hallar el cetro, con la inscripción *Sanctus Karolus Magnus, Italia, Roma, Germania*, y una mano de la justicia. Con gran desconcierto de todos, aparecieron dos espadas, y los respectivos propietarios juraron que cada una de ellas era la espada de la coronación de Carlomagno. Napoleón eligió la que poseía mejores credenciales. Con respecto a la corona, se había perdido. Napoleón ordenó preparar dos coronas: una parecida a la corona perdida, un objeto puramente simbólico, y otra, la que en realidad usaría. Debía ser distinta de las coronas cerradas que usaban los reyes europeos hereditarios —los personajes que a juicio de Napoleón habían degenerado—. Esta corona sería abierta, con la

forma de una corona de laureles; igual a la corona que el pueblo romano concedía a los triunfadores, pero de oro.

¿Cómo se consagraba a un monarca bajo una República? Napoleón revisó el libro apropiado, el Pontifical, y envió un ejemplar a Cambacérés: «Deseo que usted me lo devuelva con los cambios que acomoden a nuestros principios, y que lastimen lo menos posible a la Curia.» Era tradicional que se ungiese con óleo sagrado a los reyes franceses, y según se afirmaba el óleo llegaba a Saint Rémi traído del cielo por una paloma; pero el general Beauharnais, primer marido de Josefina, había ordenado que llevasen a París las ampollas que contenían el óleo, y su contenido había sido quemado solemnemente en el altar de la patria.

Napoleón y Cambacérés decidieron arreglarse con un óleo preparado con aceite de oliva y bálsamo, y como gesto que simbolizaba la sencillez republicana en lugar de las nueve unciones habría sólo dos; sobre la frente y en las manos.

En San Pedro, Carlomagno había sido coronado por el Papa; en general, el arzobispo de Reims coronaba a los reyes franceses. De acuerdo con los artículos galicanos, el Papa estaba obligado a respetar las costumbres de la Iglesia de Francia, y por lo tanto era lógico que un eclesiástico francés coronase a Napoleón, pero eso también habría humillado a Pío. No como se ha dicho a veces por arrogancia sino «con el propósito de evitar disputas entre dignatarios acerca de quién entregaría la corona», Napoleón decidió que él mismo depositaría sobre su frente la corona de laurel.

Bajo el antiguo régimen, el francés debía lealtad a su rey; pero a causa de la ley sálica, nunca a una reina. Los republicanos habían modificado el género al principio soberano. Desde 1792 un francés debía lealtad a la patria, que era femenina, y también se representaba como una mujer a la República; por ejemplo, en el periódico del ejército difundido por Napoleón durante su campaña de Italia. En todo esto se percibía el eco de una época anterior, los siglos XIII y XIV, en que los caballeros realizaban hazañas por sus damas, y se representaba a la Madonna con una corona. Con su acentuado sentido del honor, Napoleón se mostró especialmente sensible a esta nueva actitud, y la expresó promoviendo un cambio muy importante en el ceremonial. En la Edad Media habían sido coronadas algunas reinas, pero en los tiempos modernos se había hecho lo mismo sólo con María de Mediéis. Deseoso de honrar a su esposa —de acuerdo con la fraseología contemporánea— como la inspiración de su gloria, Napoleón decidió que Josefina debía

compartir su dignidad imperial, y por lo tanto le correspondía ungirla y coronarla.

Planeaba su propia coronación, una tarea agradable para Napoleón, pero la actitud de su familia disminuyó el placer. Joseph ansiaba que se lo designase heredero de Napoleón, pero como sus dos descendientes eran niñas, Napoleón no deseaba que el título fuese a manos de Joseph.

Era el mayor de los hermanos, se ofendió y no lo disimuló. Napoleón habría preferido a Lucien; pero Lucien no aceptaba romper su unión con madame Joubert, un matrimonio irregular que nunca fue aceptado por Napoleón; los dos hermanos disputaron en relación con este tema y el encolerizado Lucien se fue a vivir a Italia. El hermano siguiente de Napoleón era Louis, casado con Hortense, pero padecía una extraña enfermedad de la sangre, y ya soportaba una invalidez parcial. Napoleón quería adoptar al hijo de Louis, pero éste se opuso enérgicamente a que se lo ignorase e hizo una escena. Se armó un escándalo tan grave que Napoleón postergó el momento de designar heredero.

Las hermanas de Napoleón se mostraron igualmente irritadas. Él concedió el título de Alteza a las esposas de Joseph y Louis, y entonces sus hermanas Caroline y Elisa se encolerizaron. Deseaban también ellas el título de Alteza. Sobre todo Caroline, que era muy ambiciosa, se irritó a causa de la «afrenta», y durante una cena ofrecida por Napoleón para celebrar el otorgamiento de los nuevos títulos, «bebío un vaso tras otro de agua» para ahogar su enojo. Al día siguiente, ella y Elisa se quejaron profusamente a Napoleón. Él se mostró sorprendido y un tanto dolido.

«Al oírlas, uno creería que acabo de despojarlas de la herencia de nuestro finado padre el rey».

Napoleón cedió, y otorgó a sus hermanas el título de Alteza. Pero ellas se opusieron a la idea de llevar la cola del vestido de Josefina, pues les parecía que «llevar» la cola del vestido las rebajaba. Finalmente, se convenció a las cuatro princesas de que «sostuviesen» la cola del vestido, aunque incluso esto pareció excesivo a Julie, esposa de Joseph, quien se había convertido en una mujer regordeta, de frente estrecha, que miraba con malos ojos el estilo galante de su bonita cuñada, y así comentó que sostener la cola del vestido de Josefina era «muy doloroso para una mujer virtuosa».

Napoleón comprobó que, comparado con su familia, el jefe de la Iglesia Católica era llevadero. Pío partió hacia París el 2 de noviembre

de 1804. Viajó sin prisa, con un cortejo de cien personas, y Napoleón le escribió para pedirle que se apresurase: «Se fatigará mucho menos si concluye de una vez el viaje.» Napoleón fue a dar la bienvenida al Papa en el lugar de encuentro tradicional, una encrucijada en el bosque de Fontainebleau, lo instaló en las Tullerías, y consideradamente hizo decorar una habitación de manera que fuese el calco exacto de la que ocupaba Pío en el Quirinal. Todo se desarrolló sin tropiezos, y Napoleón satisfizo a su vieja nodriza Camilla, pues le consiguió una audiencia con Pío. Pero La Revelliére, el ex director ateo, censuró el abrazo de Napoleón con el Papa, y por su parte, un ministro Borbón censuró a Pío: «La venta de cargos por Alejandro VI es menos repugnante que esta apostasía de su débil sucesor».

Napoleón dijo a Pío que él mismo depositaría la corona sobre su propia cabeza. Pío no formuló objeciones. Pero en efecto se opuso a presenciar el juramento imperial, en virtud del cual Napoleón prometería mantener la «libertad de cultos religiosos». Se convino en que Pío elegiría ese momento para ir a desvestirse a la sacristía.

El Papa, sus cardenales y los teólogos de la Curia habían estado discutiendo durante siete meses la coronación de Napoleón. Se había hablado mucho de la precedencia, y acerca de la cantidad de millones que el agradecido Napoleón ofrendaría a la Iglesia. Pero nadie había pensado en preguntar si Napoleón y Josefina eran marido y mujer a los ojos de la Iglesia; una extraña omisión, en vista de que la ceremonia que se celebraría poco después era un sacramento. Probablemente el propio Pío aludió al asunto, absolutamente por casualidad en el curso de una conversación con Josefina. ¿Desde cuánto están casados? o ¿Dónde se casaron? — quizás éstas fueron sus preguntas, y Josefina respondió verazmente —. Cuando el Papa supo que Josefina y Napoleón de ningún modo estaban casados a los ojos de la Iglesia, rehusó presidir la consagración, a menos que se regularizara la unión. Todo esto fue iniciativa del propio Pío. Josefina sabía que en la consagración se uniría estrechamente con Napoleón induciendo a Pío a dar ese paso. Napoleón, que creía que el matrimonio era un acto civil, no tenía especiales deseos de afrontar una segunda ceremonia, pero en vista de la actitud decidida de Pío, al fin aceptó. Napoleón y Josefina oficiaron el sacramento del matrimonio ante el cardenal Fesch en vísperas de la coronación, en la capilla privada de las Tullerías.

La mañana del domingo 2 de diciembre de 1804, Napoleón se levantó a la hora acostumbrada, pero en lugar del uniforme que solía

usar, se puso camisa y pantalones de la más fina seda blanca, y sobre los hombros una corra capa púrpura revestida con armiño ruso y bordada con abejas de oro. Sobre la cabeza, en lugar del pequeño y deformе bicornio se calzó un sombrero de fieltro negro adornado con altas plumas blancas. Entonces llegó Joseph. Napoleón contempló las vestiduras de su hermano, casi tan finas como las suyas propias, con sus sedas y sus hilos de oro, y echó una ojeada a su propio atuendo. Su mente retornó a Carlo el Magnífico, a quien habían complacido las prendas lujosas, y observó con cierta añoranza: «¡Si ahora pudiese vernos nuestro padre!» Mientras se paseaba por la habitación con el atuendo imperial, Napoleón recordó otro episodio de su pasado. «Llamen a Raguideau», ordenó. Raguideau era el notario que había aconsejado a Josefina que no desposara a Napoleón.

Un lacayo fue a la casa del notario, y poco después llegó el hombrecito, desconcertado por la súbita convocatoria, precisamente esa mañana. Napoleón se volvió hacia el notario, deslumbrante con sus vestiduras de seda blanca y oro. «Bien, monsieur Raguideau, ¿no tengo nada más que mi capa y la espada?».

Josefina tenía un aire radiante, los cabellos formando bucles, y una magnífica diadema de diamantes. A las diez Napoleón ocupó su lugar al lado de Josefina, sentados ambos sobre cojines de terciopelo blanco, en un carro dorado tirado por ocho esbeltos bayos con arneses de cuero rojo. Frente a ellos estaban sentados Joseph y Louis. Durante esa mañana limpia y luminosa atravesaron lentamente las calles de París, mientras las multitudes agitaban los brazos y vitoreaban. A las doce menos cuarto se apareon frente al palacio del arzobispo y se cubrieron con los mantos de larga cola, cada uno de los cuales debía ser «sostenido» por cuatro portadores. El de Napoleón era púrpura, y estaba bordado con ramas de olivo, laurel y roble alrededor de la letra N.

A mediodía, Napoleón y Josefina entraron en Notre Dame, y avanzaron lentamente por la nave, mientras una banda militar ejecutaba la Marcha de la Coronación y los presentes gritaban «¡Viva el emperador!».

Ocho mil personas llegadas de los diferentes rincones de Francia estaban reunidas en la catedral. En contraste con la coronación de Luis XVI, en que el público había sido admitido sólo después de la consagración, Napoleón había insistido en que la ceremonia debía ser vista. Esa gente estaba allí desde el alba, y los vendedores hacían su agosto vendiendo bocadillos de jamón.

Napoleón vio a su nueva corte alrededor del altar y los tronos; no eran petímetros, sino todos ellos hombres como él mismo, hombres que habían demostrado su valor. Sólo los títulos eran poco conocidos.

Cambacérés, archicanciller del Imperio, pero conservaba su condición de gourmet, el hombre para quien Napoleón, como favor especial, permitía que se enviasen trufas y jamón por correo; Lebrun era architesorero, pero conservaba el rasgo de siempre —es decir, era el inflexible financiero normando, que se había desempeñado eficazmente como tercer cónsul—; Talleyrand, ataviado con sus vestiduras de gran chambelán, era la misma criatura sinuosa que en cada situación sin duda descubriría la palabra realmente venenosa; Berthier, maestro de la Cacería Real, continuaba ocupado con una sola presa: madame Visconti. Todos y cada uno le mostraban los rostros conocidos, pero se los veía adornados con las creaciones más recientes de los modistas parisienes. Un caso típico era Gérard Duroc, gran mariscal del palacio, que se cubría con una capa de terciopelo rojo bordada de plata y forrada de satén blanco, las vueltas bordadas con palmeras blancas, la espada con mango de madreperla en una vaina de marfil, el bastón del cargo revestido de terciopelo azul adornado con águilas y el sombrero rematado con plumas blancas.

La ceremonia comenzó con la recitación de letanías. Después, el Papa ungíó a Napoleón y a Josefina. Dijo la primera parte de la misa —una misa votiva de Nuestra Señora, en lugar de la que solía decirse el primer domingo de Adviento—. Después del gradual, bendijo las insignias imperiales y las entregó sucesivamente a Napoleón: el globo, la mano de la justicia, la espada y el cetro. Después, Napoleón subió los peldaños que llevaban al altar; era una figura solitaria bajo las altas columnas. Sostuvo con ambas manos la corona de laurel dorado y la depositó sobre su propia cabeza. Vivat Imperator in Aeternum entonó el coro. Tenía treinta y cinco años.

A los ojos de muchos, la coronación de Napoleón era el momento culminante de la ceremonia, pero para el propio Napoleón el episodio siguiente fue más importante. Cuando Josefina se adelantó y se arrodilló al pie de los peldaños del altar, con lágrimas de emoción que le caían entre las manos entrelazadas, Napoleón alzó la corona destinada a ella y, después de una breve pausa, la depositó suavemente sobre la cabeza de su esposa, acomodándola con cuidado sobre los cabellos distribuidos en bucles. Cuando respondiendo a una orden de Napoleón, David se acercó para

plasmar la ceremonia en la tela, de modo que el cuadro evocase los acontecimientos de ese día mucho después que los recuerdos se hubiesen desdibujado y las reseñas periodísticas hubieran amarilleado, decidió elegir ese momento. Napoleón se dispone a coronar a Josefina, que se arrodilla ante él. «Bien pensado, David — fue el comentario de Napoleón acerca del cuadro—. Usted adivinó lo que yo tenía en mente: me ha mostrado como un caballero francés».

Napoleón y Josefina ocuparon sus lugares sobre los altos tronos ceremoniales mientras continuaba la misa. Se ejecutó música de Paesiello, que siempre agradaba a Napoleón. Pero los episodios siguientes —el retiro y la reposición de las mitras, el incienso depositado en los incensarios, el lavado de las manos, los besos depositados en los anillos, y los libros y el ruido de las prendas—, el prolongado ceremonial otorgado para proteger su vida con un muro de respeto, sencillamente hastió a Napoleón. Se observó que hacia el final de la ceremonia de tres horas ahogaba un bostezo.

La misa entró en su etapa final. Napoleón no recibió la comunión.

«Yo era demasiado creyente para cometer sacrilegio, y muy poco para aceptar un rito vacío.» El Papa otorgó la bendición y se encaminó hacia la sacristía. Entonces Napoleón prestó el juramento solemne con una mano sobre los Evangelios. «Juro defender la igualdad de derechos y la libertad política y civil... Juro mantener la integridad del territorio de la República —es decir Francia, Bélgica, Saboya, el margen izquierdo del Rin y Piamente—. Juro respetar y lograr que se respeten las leyes del Concordato y la libertad de cultos... Juro gobernar en beneficio de los intereses, la felicidad y la gloria del pueblo de Francia.» Después, el heraldo de armas anunció: «¡El muy glorioso y muy augusto Napoleón, emperador de los franceses, ha sido consagrado y entronizado!» La prolongada ceremonia había concluido, y Napoleón y Josefina regresaron a las Tullerías.

La coronación alcanzó su propósito principal: no habría más atentados contra la vida de Napoleón. Estaba seguro, envuelto en su propia aureola. Y aunque ahora las formas eran imperiales, la República sobrevivió. La Constitución del año VIII continuó en vigor, con una o dos modificaciones secundarias. La moneda reprodujo la cabeza de Napoleón —como lo había hecho bajo el Consulado vitalicio— pero se inscribió la palabra République.

Napoleón insistió en que nada esencial había cambiado y, con una buena razón, que él mismo todavía era el republicano de siempre.

Recordaba a menudo sus orígenes modestos, y los tiempos en que era teniente de artillería y recorría París a pie. Aludía al trono con absoluta sinceridad como «un trozo de madera revestida de terciopelo». Rehusaba darse aires. Cuando después de recibir el título imperial Constant lo despertaba por la mañana, y a su pregunta de costumbre acerca de la hora y el tiempo, contestaba subrayando la primera palabra: «Sire, las siete de la mañana y soleado», Napoleón sonreía, le pellizcaba la oreja y lo llamaba «Monsieur le drôle». Más tarde cuando Josefina le escribió una carta almidonada con la expresión «Sus Majestades», él le pidió que retornase al «tu»: «Sigo siendo el mismo. Los hombres de mi clase nunca cambian».

Pero un observador atento, incluso admitiendo la sinceridad de Napoleón, podría haber advertido uno o dos signos de peligro. En vísperas de la coronación, en las Tullerías, iluminadas por decenas de miles de luces, Napoleón cenó solo con Josefina. Opinó que la corona «le sentaba tan bien» que la obligó a usarla durante la cena. Los franceses tenían sentimientos más o menos análogos en relación con la corona de Napoleón.

El propio Napoleón, cuando la usaba, no veía la ligera banda de oro, pero otros la veían, juzgaban que le sentaba muy bien, y por supuesto, cuando hablaban a Napoleón, lo hacían como hablan los hombres que no tienen corona al hombre que sí la tiene. Napoleón tenía razón. La coronación no lo cambió, pero cambió a todo el resto de Francia.

Napoleón creía que era republicano. En efecto, lo era. Pero como hemos visto, siempre había sido algo más que un republicano. Orientaba su vida de acuerdo con dos principios: republicanismo y honor.

A medida que los franceses asignaron cada vez más peso a los deseos de Napoleón, el concepto de honor llegó a destacarse en la República Francesa: el honor y sus conceptos hermanos, la gloria, el patriotismo a ultranza y la caballerosidad que había llevado a Napoleón a coronar a Josefina. Ese sentimiento ya se había incorporado al juramento de la coronación. Pocos advirtieron el cambio, pero el cambio en efecto existió, promovido por Napoleón. El emperador había jurado no sólo gobernar —como los reyes franceses antes que él habían gobernado— en el interés y por la felicidad del pueblo de Francia, sino también por su gloria.

CAPÍTULO DIECISIETE

El imperio de Napoleón

Durante los cinco años que siguieron a su coronación, Napoleón creó un imperio europeo más extenso que todo lo que se había conocido desde los tiempos de Roma. ¿Qué era exactamente este imperio? ¿Dónde estaban sus fronteras? ¿Cuántos habitantes lo poblaban? ¿Quién lo gobernaba? ¿Cuál era su meta fundamental? Y ante todo, ¿cómo llegó a existir? La situación de la cual surgió el imperio comenzó a formarse durante la niñez de Napoleón. Durante el período en que los franceses jugueteaban con sus amantes en las fiestas campestres"y[os bailes de máscaras, dos notables gobernantes, Catalina la Grande de Rusia y Federico el Grande de Prusia emprendieron una férrea política de conquista. En 1772, aliados con Austria, conquistaron y desmembraron Polonia, un reino más antiguo que Prusia o que Rusia, y un país que durante mucho tiempo había servido a Francia en el papel de estado tapón. En 1795 Polonia desapareció por completo del mapa. Fue un hecho que tuvo profunda importancia ya que desplazó el centro de la política de Europa mucho más hacia el oeste, y determinó que Rusia y Prusia, ambas en un proceso de plena expansión, inaugurasen un período de conflicto potencial con Francia.

Éste fue uno de los hechos con que Napoleón se encontró cuando asumió el poder; el otro fue la hostilidad de las cortes europeas. Los nobles de estas cortes, e incluso más sus esposas, detestaban a la Revolución que había guillotinado o arruinado a sus homólogos de Francia, y como Crabb Robinson escribió en 1805: «La corte es aquí francamente lo que todas las cortes son en privado: el enemigo de Bonaparte.» Precisamente las familias de la corte eran las que casi sin excepción controlaban la política exterior en San Petersburgo y Berlín, en Viena y Londres, en Copenhague y Estocolmo, en Nápoles y Madrid.

En 1801, Alejandro, el joven nieto de Catalina la Grande, se convirtió en zar de Rusia. Ella eligió el nombre de su nieto, ella lo crió y le enseñó que un día sería un nuevo Alejandro, y conquistaría más territorios para Rusia. Además del ejemplo y las enseñanzas de Catalina, y de la influencia de la corte, había tres razones por las cuales Alejandro pronto se enredaría en un conflicto con Francia. En primer lugar, Czartoryski, su ministro de Relaciones Exteriores, por nacimiento príncipe polaco, soñaba con la fundación de un gran estado paneslavo, que permitiría a Rusia el control de la totalidad de la Europa Central.

Segundo, casi todo el comercio ruso estaba en manos de cuatro mil comerciantes ingleses establecidos en San Petersburgo, y era natural que ellos utilizaran su influencia contra Francia. Finalmente, estaba el ejemplo de las victorias espectaculares de Napoleón. ¿Por qué, se preguntaba el joven Alejandro, yo no puedo conquistar la gloria mediante las proezas de las armas?

En 1804, Czartoryski fue informado secretamente por d'Antraigues, espía realista francés, que Napoleón planeaba invadir Grecia y Albania.

Este plan no existía fuera del fértil cerebro de d'Antraigues, pero Czartoryski le creyó, y persuadió a Alejandro de que le creyese también. Comenzaron a sondar a Inglaterra, que ya estaba en guerra con Francia, con vistas a una acción coordinada contra Napoleón. Pitt, que ya había retornao al poder, salió al encuentro de Czartoryski recorriendo más de la mitad del camino, pues le ofreció un millón y cuarto de libras por cada cien mil soldados que Rusia pusiera en campaña. La Tercera Coalición comenzó a cobrar forma. Austria se unió a Inglaterra y Rusia en julio de 1805, y dos meses después, atacó Baviera, el aliado más reciente de Napoleón.

Los ejércitos de Napoleón estaban agrupados contra Inglaterra, sobre la costa del Canal. En menos de un mes, Napoleón salvó 650 kilómetros a través de Francia, cruzó el Rin y entró en Baviera. Allí, en una campaña de catorce días, derrotó por completo a un ejército austríaco mandado por el general Mack, y capturó 49.000 prisioneros. En otro alarde de rapidez, se desplazó 550 kilómetros hacia el este, ocupó la capital austríaca, y en Austerlitz, unos 110 kilómetros al noreste de Viena, dividió en dos al ejército austroruso.

Con una fuerza que era la mitad de la que tenían sus enemigos, Napoleón arrebató al enemigo 27.000 hombres y se apoderó de 180 cañones; por su parte, perdió sólo 8.000 hombres. Fue la victoria

más aplastante de los tiempos modernos. Después, Alejandro se sentó entre los rusos muertos y lloró.

Napoleón había entrado tres veces en campaña contra Austria desde la primera ocasión en que asumiera el mando de un ejército, en 1796, y tres veces la había derrotado. Decidió que ese país no atacaría por cuarta vez a Francia. De acuerdo con el Tratado de Presburgo, Napoleón incorporó Venecia a la República Cisalpina —rebautizada con el nombre de reino de Italia— y anexionó a Francia las restantes posesiones de Austria en el Adriático, es decir Istria y Dalmacia; entregó Suabia a su aliado Württemberg, y el Tirol a otra aliada, Baviera. Después, en 1806, como una suerte de tapón contra Austria y Rusia, agrupó dieciséis pequeños estados alemanes en una sola entidad, y él mismo asumió la función de Protector. La Confederación del Rin, como Napoleón denominó a este grupo, se convirtió en un Estado en el marco del Imperio francés.

Federico Guillermo, rey de Prusia, era un hombre melancólico y vacilante, a quien Napoleón describió justicieramente como un tonto.

Vacilaba entre el deseo de emular a su tío abuelo Federico el Grande en alianza con el zar Alejandro, y el de desarrollarse pacíficamente en unión con Francia. Tenía dos ministros de Relaciones Exteriores en lugar del funcionario único acostumbrado, y de acuerdo con el consejo de estos personajes, concertaba convenios unas veces con Rusia y otras con Francia. Entre 1803 y 1806 cambió de bando por lo menos seis veces.

Napoleón aseguró a Federico Guillermo que la Confederación del Rin no estaba dirigida contra Prusia, pero Inglaterra y Rusia aportaron al rey advertencias en sentido contrario. Otro tanto hizo su esposa Louise, una mujer enérgica que revestía periódicamente el uniforme e inspeccionaba el ejército prusiano. Finalmente, durante el verano de 1806, Federico Guillermo se unió a la Cuarta Coalición, formada por Inglaterra, Sajonia, Rusia y Suecia, y el 7 de octubre envió una advertencia a Napoleón: debía evacuar inmediatamente sus tropas de la Confederación del Rin o Prusia iría a la guerra. La respuesta de Napoleón fue una campaña de seis días, durante la cual aniquiló al ejército prusiano en las batallas de Jena y Auerstadt. Como en la guerra de la Tercera Coalición, después avanzó hacia los rusos. Otra aplastante victoria en Friedland repitió la lección de Austerlitz, y Alejandro no tuvo más alternativa que firmar la paz.

Con el Tratado de Tilsit, Napoleón debilitó a Prusia, del mismo modo que con el Tratado de Presburgo había debilitado a Austria. Se apoderó del territorio prusiano entre el Oder y el Niemen, y lo

convirtió en un nuevo Estado, el Gran Ducado de Varsovia, también incluido en el Imperio francés.

Entretanto, hacia el sur, dos reinas energéticas unidas con maridos Borbones degenerados habían estado conspirando contra Napoleón:

María Carolina, la neurótica reina de Nápoles y hermana de María Antonieta, se unió a la coalición anglorusa contra Francia. Era la cuarta vez que esta «criminal mujer», como la denominó Napoleón, quebrantaba un compromiso solemne de neutralidad. Decidido a «expulsarla de su trono», Napoleón envió tropas francesas, y la reina huyó con su marido a Palermo. En 1806 Napoleón convirtió a Nápoles en un reino dentro del Imperio francés.

La otra reina era María Luisa, esposa del demente Carlos IV, y la verdadera gobernante de España a través de su amante el ministro Godoy.

En 1806, cuando entró en Berlín, Napoleón descubrió entre los papeles secretos del gobierno prusiano una carta en la cual Godoy prometía atacar Francia de acuerdo con Prusia; sólo la victoria de Napoleón en Jena lo obligó a desistir. A partir de ese momento Napoleón decidió destruir la dinastía borbónica española, que por razones de sangre y de principio se oponía a la nueva Francia; su oportunidad llegó en 1808, cuando un alzamiento popular contra Godoy obligó a la familia real a buscar asilo en Francia. Napoleón aceptó la abdicación de Carlos en 1808, y convirtió a España en un reino dentro del Imperio francés.

De ese modo nació el Imperio. Napoleón lo creó casi totalmente mediante las conquistas que realizó en el curso de dos guerras defensivas, las que corresponden a la Tercera y Cuarta Coalición. Se impuso luchando contra fuerzas muy superiores, gracias a la mera y simple capacidad militar, la misma capacidad que le había aportado tantas victorias en Italia. Después de ocupar estos territorios, Napoleón estaba decidido a conservarlos, porque constituían el medio más seguro, quizás el único medio de mantener a raya a sus enemigos. Para conservar las ventajas obtenidas, organizó cada componente con cuidado y prestando atención al conjunto.

A principios de 1808, el año culminante del Imperio, Napoleón podía abrir un atlas y comprobar que gobernaba la mitad de Europa. Su Imperio se extendía desde el Océano Atlántico hasta la Rusia Blanca, desde el helado Báltico hasta las aguas azules del Mar Jónico. Desde el cabo San Vicente, en Portugal, a Grodno, en el Gran Ducado de Varsovia, la distancia era de casi 3.200 kilómetros; desde

Hamburgo en el norte a Reggio di Calabria en el sur, había más de 1.800 kilómetros.

Su población, incluidos los habitantes de Francia, formaban una masa de 70 millones.

Los territorios gobernados por Napoleón pertenecían a una de tres categorías. En primer lugar estaba Francia, de la cual eran partes integrantes Bélgica, Saboya, la orilla izquierda del Rin y Córcega; y a ella había anexionado Piamonte, Genova, Toscana, Roma, Istria y Dalmacia.

En 1808 esta Francia ampliada comprendía unos 120 departamentos.

En segundo lugar, estaba el reino de Italia, la antigua República Cisalpina ampliada con Venecia y parte de los Estados Papales. Napoleón había propuesto a José que fuese rey de Italia, pero el hermano mayor, que aún abrigaba la esperanza de convertirse en heredero de Napoleón, declinó, y entonces Napoleón tomó para sí mismo la corona de hierro de los lombardos. Gobernó Italia por intermedio de un virrey, su hijastro Eugenio. El tercer tipo de territorio era el estado vasallo: aunque poseía cierta autonomía, sólo Napoleón controlaba su política exterior y fijaba los principios de la administración y las finanzas.

En 1808 los estados vasallos de Napoleón eran Portugal, ocupado por un ejército francés; el reino de España; el reino de Holanda; el reino de Nápoles; varios pequeños principados, tales como Benevento y la Confederación del Rin, tres de cuyos estados, Baviera, Württemberg y Sajonia habían sido elevados por Napoleón a la jerarquía de reinos; un cuarto estado, Westfalia, también se había convertido en reino, de modo que en conjunto Napoleón gobernaba sobre siete reyes vasallos, así como sobre distintos duques, electores y príncipes.

Napoleón, que había conquistado estos países en el campo de batalla con el mosquete, la bayoneta y el cañón, los gobernaba desde su despacho mediante la carta, la ley y el decreto. Se sentía tan cómodo con el hedor de la pólvora en su nariz como con el olor del pergamino y la tinta: si durante tres meses era general, durante los tres siguientes se consagraba a la legislación, la política y la diplomacia. Napoleón, que rara vez analizaba su propio carácter, comentó cierta vez a un conocido reciente: «Vea, soy excepcional en esto; poseo cualidades tanto para la vida activa como para la vida sedentaria».

Napoleón exhibió este don excepcional sobre todo en el gobierno del Imperio. La base de este dominio era la fuerza militar. De manera que en todos los estados vasallos mantenía algunos destacamentos de tropas francesas. Estaban allí para preservar el orden, impedir la invasión y garantizar que se pagasen los impuestos. Vivía de los recursos del país, en el sentido de que el pueblo pagaba el costo total de la ocupación, y Napoleón seguía de cerca las vicisitudes de cada unidad. En febrero de 1806 dijo a Joseph: «Las nóminas de personal son mi lectura favorita.» Le agradaban los largos rollos de las nóminas, con cincuenta columnas de nombres.

El argumento era que el Imperio tenía que pagar los beneficios recibidos, y los beneficios eran los derechos del hombre. Napoleón llevó a todos los rincones del Imperio la igualdad y la justicia, reflejadas en el Código Civil. Deseaba liberar a los pueblos de Europa y educarlos en el gobierno propio. Creía que políticamente todavía no estaban maduros.

No podían considerarse completamente iguales a Francia, que había originado los derechos del hombre, del mismo modo que un recluta reciente no podía ponerse a la altura de un general curtido en las batallas.

En este sentido, Napoleón siguió una política de «Francia primero».

Pero también veía más lejos. Incorporó a su Consejo de Estado a representantes experimentados del Imperio: Corvetto de Genova, de Florencia, Appelius de Holanda. Llegaría el día en que, habiendo acumulado la experiencia necesaria, y si la guerra continuaba gracias a la cooperación con sus camaradas franceses en el combate, el Imperio alcanzaría su total madurez política.

Napoleón gobernaba a los 70 millones de personas del Imperio. Tanto los reyes como los prefectos se convirtieron en instrumentos, a veces bien dispuestos, y otras no, en las manos magistrales de Napoleón. También fue él quien concibió los principios importantes, y a menudo era él mismo quien se ocupaba de los detalles. Como emperador, desde su estudio de las Tullerías, y desde la silla plegable del campamento, junto al fuego del vivac, Napoleón escribió muchos centenares de cartas, para promover mejoras, reducir los gastos, ordenar reformas, embellecer. Consideremos un ejemplo entre docenas: la ciudad de Roma. Napoleón ordenó que se preparase un jardín cerca del Pincio, Napoleón creó la piazza del Popolo, ordenó que se limpiasen los escombros del Foro y el Palatino, restauró el Panteón —sin ordenar que se fijase una placa para decir que él lo

había hecho—, Napoleón fue también quien clausuró esa terrible prisión abierta, el gueto judío, y quien ordenó instalar pararrayos en San Pedro; Napoleón —quizá movido por aquel temor juvenil— prohibió la castración de los niños cantores prometedores.

Detalles y siempre más detalles; Napoleón exhibía un apetito insaciable de detalles. A menudo sucedía que precisamente cuando estaba en el extranjero examinaba con más atención a Francia. Mientras preparaba la maniobra que aplastaría a Prusia en 1806, Napoleón escribió a París:

«Pregunten a monsieur Denon —director del Louvre— si es cierto que el Museo ayer abrió tarde, y el público tuvo que esperar.» Escribió a Fouché el 17 de julio de 1805, para decirle que investigase a cierto capitán de la Junta de forestación de Compiègne, que antes se encontraba necesitado y endeudado, y ahora acababa de comprar una casa de treinta mil francos. «¿La compró con los fondos destinados a forestación?».

Napoleón gobernó su Imperio sobre el telón de fondo formado por los estampidos de las armas de fuego. Durante todo el período de existencia del Imperio afrontó una guerra a vida o muerte con Inglaterra, y a menudo también con uno o más de los aliados de Inglaterra. De modo que, al mismo tiempo que promovía los beneficios prometidos, necesitaba atender con cuidado la seguridad de Francia. De ahí que, si bien alentó el movimiento hacia el gobierno propio, conservó la estructura fundamental de los reinos, los ducados, etc. Confío los más importantes a sus hermanos. Napoleón no profesaba simpatía a los antiguos métodos reales, pero sentía mucho afecto por sus hermanos, y siempre trataba de promocionarlos, ya que creía que podían llegar a ser buenos gobernantes.

Podía contar con su fidelidad, y el vínculo de sangre que los unía a él como emperador simbolizaría la unidad espiritual que deseaba afirmar entre los países del Imperio. Si examinamos sucesivamente a cada uno de estos dominios de la familia, comenzando por Napoles, podremos evaluar las realizaciones imperiales de Napoleón.

Hasta 1806 Napoles fue gobernada por el rey Borbón Fernando I.

Llamado Nasone por su larga nariz, leía dificultosamente, apenas sabía escribir, se cubría con reliquias y durante las tormentas se paseaba agitando una campanilla tomada en préstamo de la Santa Casa de Loreto.

«Denle un jabalí para lancearlo, una paloma para dispararle, una raqueta o una caña de pescar —escribió William Beckford—, y se sentirá más contento que Salomón en toda su gloria.» Pero las funciones reales de Fernando no eran las mismas de Salomón; en realidad, le agradaba que le sirviesen macarrones en su palco de la ópera, y lamía el plato con muecas y gesticulaciones frente a un público que se desternillaba de risa. Después de casi cincuenta años de este tipo de gobierno, los cinco millones de habitantes del reino de Nápoles se contaban entre los más pobres y los peor tratados de Europa. Treinta y un mil nobles y ochenta y dos mil clérigos eran dueños de dos terceras parres de la tierra. Un abad de Basilicata poseía setecientos siervos, les prohibía construir casas y todas las noches los llevaba al interior de un edificio, donde vivían como ganado, varias familias en una habitación. El rey había ordenado que se quemaran públicamente los libros de Voltaire, y un profesor de física, que había explicado la teoría de la batería eléctrica, era sospechoso de criticar a san Telmo.

Napoleón ordenó a su hermano Joseph que fuese a Nápoles y que aboliese el feudalismo, promoviese los derechos del hombre y protegiese la costa contra la marina inglesa. Joseph era una elección conveniente, porque hablaba italiano. Como lo sugería su rostro pequeño y bien dibujado, carecía del impulso y la voluntad de Napoleón; pero era un trabajador esforzado, un hombre de mente abierta a quien sus amigos conocían como el «rey filósofo».

Joseph ejecutó inmediatamente las órdenes de su hermano. El 2 de agosto de 1806 abolió todas las jurisdicciones relacionadas con los barones, todos los derechos que implicaban servicios personales, y todos los derechos de agua. Un mes después dividió todas las propiedades feudales entre los pequeños agricultores que las trabajaban. Recorrió las provincias —Fernando conocía únicamente la región de Nápoles— y en cada una organizó un Consejo como primer paso del gobierno parlamentario. Ajuicio de los napolitanos liberales, esta medida representaba un programa tan considerable como el que el país podía soportar. Poco a poco aplicó el Código Napoleón, cuyos ejemplares los Borbones ya habían quemado públicamente.

Joseph encontró una deuda nacional de 130 millones de ducados, siete veces la que tenía Francia. La enjugó por completo vendiendo 213 propiedades monásticas y jubilando a los monjes con un estipendio anual que oscilaba entre 265 y 530 francos. Mantuvo tres grandes abadías, entre ellas Monte Cassino, con cien monjes «secularizados», que debían atender los archivos y la biblioteca, y

para el futuro limitó el clero a cinco en lugar de sesenta por millar de habitantes. Joseph reformó por completo el sistema impositivo con el fin de favorecer a los pobres, y sustituyó veintitrés impuestos directos, algunos aplicados a las cosechas, por un único y nuevo impuesto basado en el ingreso estimado que superaba cierto nivel; y con el propósito de determinar dicho impuesto inició una encuesta catastral. Los impuestos en Napoles representaban un promedio de doce francos por persona, comparados con los veintisiete francos en Francia.

Cuando era embajador en Madrid, Lucien Bonaparte grababa sus tarjetas de visita con las cabezas coronadas de laureles de Hornero, Rafael y Gluck. Sin llegar tan lejos, Joseph hizo mucho para fomentar las artes en Napoles. Emplazó una estatua de Tasso, cuya obra Jerusalén liberada lo seducía. Napoleón prefería al más viril Ariosto. Adquirió los terrenos que cubrían las ruinas de Pompeya, y patrocinó excavaciones. Logró que se representasen obras teatrales francesas, «de modo que los napolitanos comprendan nuestra superioridad frente a los ingleses y los rusos». Trajo al enérgico Jean Baptiste Wicar de Lille, uno de los alumnos de David, para apuntalar la Academia de las Artes, que estaba desintegrándose.

Si la cocina es un arte, Joseph también promovió esa actividad, con la ayuda del gran chef Méot de París. Méot era un verdadero personaje.

Encabezaba pomposamente su papel de cartas con esta leyenda: Controleur de la bouche de Sa Majesté-, se mantenía de pie junto a un trozo de venado que estaba asándose con la espada a la cintura, y para comprobar si la carne estaba hecha, desenvainaba la espada y la hundía en el venado.

Cuando solicitaba favores para su familia acostumbraba a decir a Joseph:

«Sire, debo cuidar a mi dinastía».

Napoleón vigilaba atentamente a Joseph. Cuando su hermano asistió a la licuefacción de la sangre en Napoles, Napoleón escribió secamente: «Te felicito porque has hecho las paces con san Januarius, pero entiendo que también reforzaste las fortificaciones.» Joseph contempló la posibilidad de revivir la Orden de la Media Luna, fundada por René de Anjou durante el siglo XV, pero Napoleón lo disuadió; era algo excesivamente anticuado y excesivamente turco. Joseph entendió la sugerencia y cambió la condecoración, convirtiéndola en la Orden Real de las Dos Sicilias, con el lema Patria renovata. Este «renacimiento nacional» no era mera vanagloria;

desde los tiempos romanos, Italia meridional nunca había sido administrada con tanta eficacia, y cuando en 1808 Joseph partió, su sucesor, Murar, que generalmente menospreciaba a su cuñado, se sintió obligado a informar que María Carolina había descargado su furia sobre los napolitanos porque expresaron un pesar tan sincero en vista de la partida de Joseph.

Napoleón desplazó a Joseph de la bahía de aguas opalinas de Nápoles a la áspera meseta de España. De nuevo Joseph hizo lo que era propio:

dio a España su primera Constitución, con un cuerpo legislativo de dos cámaras que incluía un senado de 24 integrantes propuestos por Joseph, y una cámara de 162 diputados que representaban a los tres estados.

Se levantaba al alba para oír misa, asistía a las corridas de toros, en la comida ingería fuentes enteras de aceitoso arroz a la valenciana, un plato que le desagradaba, y después leía a Racine, Voltaire, Cervantes y Calderón. Ordenó demoler las feas chozas que rodeaban el palacio, y en otros lugares de Madrid diseñó plazas que eran vergeles, por ello mereció el nombre de «rey de las plazuelas». La fórmula era muy parecida a la que aplicó en Nápoles; la única diferencia fue que aquí fracasó.

Napoleón no necesitaba extender a España su dominio. Invadió ese país movido por un espíritu quijotesco, porque aborrecía el dominio inquisitorial de los Borbones y de Godoy. Por una vez se desentendió de la lección de la historia, y creyó que conquistaría España en un par de meses cuando Roma había necesitado doscientos años. Además cometió un grave error de cálculo cuando calibró la oposición religiosa.

Napoleón concebía al clero en los términos de Rousseau, como un factor debilitador y antisocial, pero comprobaría que en España formaba una red sólida y de espíritu patriótico.

El clero español detestaba la Revolución Francesa. Con la llegada del hermano de Napoleón, los obispos anticipaban la confiscación de sus propiedades y el clero ordinario el fin de su influencia como docentes y guías espirituales. Desde veinte mil pulpitos y otros tantos confesionarios desencadenaron una ofensiva tan letal como la de un ejército. Estigmatizaron a Napoleón con la afirmación de que era el Anticristo; de Joseph dijeron que era «un ateo, un enviado de Satán, e incluso lo describieron como el más bajo de los borrachos, cuando él bebía sólo agua». El 23 de mayo de 1808 el canónigo Llano Ponte convocó a la provincia de Oviedo a tomar las armas y formar una

junta que declaró la guerra a Napoleón. En Valencia, el canónigo Galbo asumió el control de la ciudad y la noche del 5 de junio dirigió la masacre de 338 franceses.

Durante tres meses el propio Napoleón salió de campaña contra los españoles, y ganó cuatro batallas. Después, tuvo que regresar a Austria y dejó a Joseph a cargo de la jefatura. Joseph creía ser soldado, pero carecía de fibra y rudeza. Cometió errores. Ante cada error. Napoleón le escribió una carta implacable. Finalmente, la situación se deterioró tanto que en febrero de 1810 Napoleón puso a las provincias que estaban al norte del Ebro bajo un gobierno militar autónomo. Joseph se ofendió, se lo hizo saber a Napoleón y propuso abdicar. Napoleón se irritó porque Joseph deseaba abandonarlo y Joseph continuó en su puesto, pero durante tres años, con la maldición de una guerra de desgaste, hubo sentimientos amargos entre ambos hermanos.

Joseph gobernó España hasta 1813, cuando una nueva invasión de Wellington desde Portugal convirtió al país entero en campo de batalla.

Gobernó como el buen liberal que era, y aunque le desagradó el período que pasó en España, su dominio dio frutos, pues en 1812 las Cortes clandestinas, fieles a Fernando, hijo de Carlos IV, aprobaron una Constitución que habría de continuar siendo hasta el siglo actual la piedra de toque de las libertades españolas; y esta Constitución fue en casi todos los puntos el eco de lo que había formulado Joseph, desde la prohibición de la tortura hasta la liquidación del feudalismo. Sólo difiere en el artículo dos. Mientras Joseph proclamó la libertad de cultos y de conciencia, la Constitución de las Cortes prohibió la práctica de todo lo que no fuera la fe católica, «que es y continuará siendo la religión del pueblo español».

Este artículo es el eje de la diferencia entre los hermanos Bonaparte y los españoles.

Si Napoles fue un triunfo y España un desastre, Holanda habría de convertirse en un éxito condicionado. Napoleón invitó a su hermano favorito a gobernar ese país. Louis padecía una condición acida de la sangre, que le paralizaba parcialmente las manos. Tenía que escribir con una pluma atada a la muñeca con una cinta. Siempre modesto e inseguro de sí mismo, Louis vaciló ante la oferta de Napoleón y señaló que el clima holandés sería perjudicial para su salud. Tonterías, replicó Napoleón, diciéndole que era mejor morir sobre un trono, que vivir como un príncipe. Después resumió las obligaciones

de Louis: «Proteger las libertades de los holandeses, sus leyes y su religión; pero nunca dejar de ser francés».

Louis llegó a La Haya el 23 de junio de 1806. Consciente en todo lo que hacía, inmediatamente comenzó a recibir lecciones de holandés del dramaturgo Bilderdijk. Puso en vigor un código penal más humano, y personalmente examinó cada sentencia de muerte conmutándola cuando era posible. Organizó una exposición anual para fomentar la industria holandesa. Cuando una barcaza cargada con dieciséis toneladas de pólvora explotó en Leyden, trabajó la noche entera rescatando víctimas. Convenció a Napoleón de que retirase las tropas francesas, cuyo alojamiento era costoso, y redujo la erogación anual de 78 a 55 millones de florines. También persuadió a Napoleón de que exceptuase a los holandeses del servicio militar, con el argumento de que eran de un pueblo manufacturero y comerciante. No puede sorprender que muy pronto se lo llamase «el buen rey Louis».

Napoleón opinaba que Louis era demasiado benigno.

«Un príncipe —escribió el 4 de abril de 1807—, que adquiere reputación de buen carácter durante el primer año de su reino, es el blanco de las burlas el segundo. El amor que los reyes inspiran debe ser viril —en parte respeto temeroso, y en parte ansia de reputación—. Cuando se afirma que un rey es un buen hombre, su reinado es un fracaso. ¿Cómo puede ser un buen hombre —o un buen padre, si así lo prefieres— y soportar la carga de la realeza, mantener el orden de los descontentos, y silenciar las pasiones políticas o utilizarlas bajo su propia bandera?» Como temía Napoleón, el doliente Louis se mostró cada vez más accesible a las exigencias holandesas. Cuando quisieron contar con una clase noble, Louis la creó. Napoleón tuvo que intervenir y obligarlo a anular lo hecho. Cuando los holandeses protestaron porque el embargo continental napoleónico los arruinaba, Louis cerró los ojos a la importación de artículos ingleses. Napoleón acusó a Louis de desobedecer aquel primer mandamiento: «nunca dejes de ser francés». Se había convertido, dijo Napoleón, «en holandés, un comerciante de quesos», a lo cual Louis replicó que eso era lo que debía ser un rey de Holanda. Louis era un hombre excesivamente concienzudo para aceptar compromisos; el empeoramiento de la situación militar también impidió que Napoleón concertase un compromiso, y así en 1810 anexó Holanda a Francia.

Pero hasta hoy los holandeses consideran que su enfermizo y bondadoso comerciante de quesos fue «el buen rey Louis».

Jérôme, el hermano menor de Napoleón, era muy distinto de Louis.

Un individuo un tanto malcriado, apuesto, alegre, desbordante de energía, no muy inteligente pero sumamente pagado de sí mismo. Cuando era alférez había abandonado su barco en Estados Unidos para casarse con Elizabeth Patterson, una muchacha de origen irlandés residente en Baltimore. La joven pareja viajó a Europa, y Elizabeth estaba convencida de que conquistaría a Napoleón «con el encanto de mi belleza». Pero nunca se le ofreció siquiera la oportunidad de mostrar a Napoleón su nariz griega y sus bonitos bucles. El emperador se negó a aceptar que el matrimonio fuese válido —pues Jérôme era menor de edad—, criticó agriamente a su hermano porque había desertado de su puesto, afirmó que era «un hijo pródigo», y lo exhortó a arrepentirse. Jérôme, que sentía un saludable temor por su hermano mayor, obedeció estas órdenes. Mientras se arreglaba el viaje de la señorita Patterson a Camberwell, donde dio a luz un hijo, y luego el retorno a Baltimore, con una pensión de sesenta mil francos anuales de la lista civil de Napoleón, éste casó a Jérôme con Catherine, la tímida y tierna hija del rey de Württemberg —los matrimonios eran un aspecto fundamental de su política imperial— y lo sentó en el trono recién creado de Westfalia.

«Los beneficios del Código Napoleón —escribió Napoleón a Jérôme el 15 de noviembre de 1807—, el juicio público y el juicio con jurado serán los rasgos fundamentales de tu gobierno. Y para decirte la verdad, cuento más con los efectos de estos medios para la ampliación y la consolidación de tu gobierno que con las más resonantes victorias.

Deseo que tus subditos gocen de un grado de libertad, igualdad y prosperidad hasta ahora desconocido por el pueblo alemán.» Con la ayuda de dos ministros franceses, el solemne Simeón y el ingenioso Beugnot, Jérôme se puso a trabajar. Administró la vacunación gratuita a treinta mil habitantes. Liberalizó el comercio, reduciendo de 1.682 a diez el número de artículos sujetos a impuesto. Abolió los impuestos especiales aplicados a los judíos, que por primera vez gozaron de la igualdad civil y política. Fomentó las artes, y aunque no era un gran lector —en el lapso de seis años tomó prestado un solo libro de la biblioteca Wilherimshohe, una Vida de madame du Barry— utilizó como biblioteca real al joven Jacob von Grimm, más tarde famoso por sus Cuentos de Hadas, y según el propio Grimm recuerda, Jérôme se comportó con él «de un modo amistoso y decente».

Joseph tenía una actitud filosófica frente a su reinado, Louis se mostraba concienzudo, pero la experiencia complacía realmente a Jérôme.

Una de las pocas palabras alemanas que aprendió fue lustig, es decir, alegre; la usaba con frecuencia y solía denominárselo «el alegre monarca».

Para Jérôme la alegría consistía en gastar pródigamente. En su establo tenía 92 carroajes y doscientos caballos. En su residencia empleaba catorce chambelanes y los vestía de escarlata y oro (todo lo que era plata en París se convertía en oro en Kassel). Regalaba caballos de raza a sus generales, y diamantes a sus amantes, y a todo el que se le cruzaba en el camino le ofrecía veinticinco jéromes, la moneda que ostentaba su imagen. Como explicó cierta vez a sus ministros, no le interesaba ser rey si no le deparaba el placer de dar.

Napoleón fijó a Jérôme una asignación de cinco millones de francos que hubiera debido bastarle, pues la asignación del rey de Prusia era de tres millones, y de dos y medio la del emperador de Austria, pero se comprobó que era insuficiente para pagar la serie de fiestas, el teatro privado, los regalos de diamantes y los elevados sueldos —cada uno de sus embajadores cobraba 80.000 francos—. Durante el primer año de su reinado el alegre monarca contrajo deudas por valor de dos millones de francos. Napoleón escribió irritado: «Vende tus muebles, tus caballos, los adornos... El honor tiene prioridad sobre el resto.» No antes que pasarlo bien, debió de pensar Jérôme, que continuó gastando cuantiosas sumas. Fue la única sombra de un reinado por lo demás brillante. Napoleón tenía que reprenderlo constantemente. En una carta criticó como de costumbre la tendencia de Jérôme al exhibicionismo, su falta de discreción. Pero al final se suavizó, y agregó una posdata de puño y letra:

«Mi querido muchacho, te amo, pero todavía eres terriblemente joven».

Las tres hermanas de Napoleón tenían caracteres tan diferentes como sus cuatro hermanos. Pauline, la favorita de Napoleón, tenía el corazón tierno, y era encantadora y despistada; Caroline, la única que tenía los cabellos rubios, era mundana, derrochadora y ambiciosa; Elisa era más masculina que las dos restantes. De feas facciones, se destacaba como administradora y, a semejanza de Napoleón, mostraba mucha inclinación por las artes. Su marido, Félix Bedocchi, era una persona moderada y vulgar —después de salir del ejército, se consagró al violín— y Napoleón tendió cada vez más a convertirse en el hombre de la vida de Elisa. Pidió a su hermano que

le asignara un papel en el gobierno del Imperio, y en 1805 recibió, con su marido, el principado de Lucca, una bonita región montañosa con bosques de cipreses y olivos de 150.000 habitantes.

Elisa aplicó el orden y el método aprendidos durante sus siete años en Saint-Cyr, consiguió doblar la producción de seda, y llamó a expertos de Genova y Lyon para mejorar la calidad. Logró también que las tenerías, las refinerías y la fábrica de jabón de Lucca recuperasen su rentabilidad. En concordancia con las órdenes de Napoleón en el sentido de promover la difusión de los artículos franceses, compraba los últimos modelos de Leroy, de París, y los usaba personalmente —compartía con Napoleón la afición al blanco—. Fundó dos grandes bibliotecas, una facultad de medicina y el Instituto para niñas de buena familia.

Convirtió Lucca en centro musical; Paganini era el virtuoso de la corte, y Spontini dedicó a su amiga Elisa lo que fue quizás su mejor ópera; *La Vestale*.

El éxito más notable de Elisa fue el que obtuvo con las canteras de mármol, blanco como la nieve, de Carrara. Entre 1790 y 1802, dos mil carrareses y trescientos escultores habían emigrado por falta de trabajo, y cuando las canteras pasaron a manos de Elisa, en marzo de 1806, de hecho estaban paralizadas. Elisa fundó un pequeño banco para financiar la explotación de las canteras, y reabrió la Academia, instalada en el palacio ducal. Allí, hacia 1810 cinco profesores estaban formando a veintinueve alumnos de dibujo, a treinta y tres escultores y cuatro arquitectos.

Elisa pidió a Napoleón que designase un director, y él eligió a Bartolini Laurent, hijo de un herrero de Prato, que ya había demostrado su capacidad con la batalla de Austerlitz, destinada a la columna Vendôme.

Bartolini desempeñó el cargo durante siete años y consiguió que fuesen a Carrara los alemanes Tieck y Rauch, el danés Thorwaldsen, y Canova.

Se desarrolló una gran industria exportadora de tumbas, chimeneas, pedestales, vasos, relojes e incluso una mezquita entera, destinada a Túnez, con cien columnas de seis metros. Pero la demanda permanente —y esto sin duda complacía a Elisa— estaba representada por los bustos de Napoleón y las réplicas de la colossal estatua de Canova. Llegaban pedidos de todos los rincones de Europa; el precio de venta en París era de 448 francos. En septiembre de 1808 por lo menos quinientos bustos embalados esperaban en barcazas en la desembocadura del canal Briare.

En 1808 Napoleón ascendió a Elisa a la jerarquía de gran duquesa de los departamentos de Toscana. Elisa se trasladó al palacio Pitti de Florencia, lo redecoró por completo y allí, con el trasfondo de los solos de arpa ejecutados por Rose de Blair, solía leer a Bolingbroke, su autor favorito. Recibía mucho, y solicitaba instrucciones acerca de la etiqueta a la anciana madame de Genlis, «una Madre de la Iglesia» que podía recordar cómo era Versalles durante el reinado de Luis XV. Esa venerable dama aconsejó a Elisa que evitase recibir a sus invitados con la frase «Os saludo», que dijese «vino de Burdeos» y jamás «burdeos», y «un presente», nunca «un regalo». Elisa también gastó 60.000 francos de su propio peculio con el fin de organizar una compañía de actores franceses, de manera que los róscanos mejorasen su francés. En cambio, Napoleón prefería que los róscanos perfeccionasen su propia lengua. Creó un premio anual de quinientos napoleones para la mejor obra en italiano de autor toscano, e invitó a la Academia Crusca, abierta nuevamente por Elisa, a revisar el diccionario italiano. De modo que en pequeñas cosas Napoleón y su hermana trataron de pagar parte de la deuda contraída con la región que había sido la cuna de los Buonaparte.

Elisa se acostumbró a firmar E, del mismo modo que su hermano firmaba N. Pero Napoleón pronto le recordó que las leyes del Imperio tenían más fuerza que el vínculo de sangre o que su firma casi real. La condesa de Albany, nacida en Alemania, era la turbulenta viuda del príncipe Bonnie Charlie y durante un tiempo fue la amante de Alfieri.

La dama comenzó a provocar dificultades en Florencia, y un ministro francés ordenó su traslado a Parma. Elisa dijo a sus funcionarios que no hicieran caso de la orden.

Napoleón escribió inmediatamente a Elisa, y le dijo que podía apelar la orden, pero que no tenía derecho a revocarla, pues a diferencia de sus hermanos, y a pesar de su título, ella no era más que la administradora de varios departamentos que desde el punto de vista técnicos eran franceses.

«En estas circunstancias, tus instrucciones son criminales, y en rigor puedes ser enjuiciada... Eres una de mis subditos, y como todos los franceses, hombres o mujeres, tienes la obligación de obedecer a los ministros».

El emperador aportó refinamientos a Lucca y Toscana; y llevó aportes fundamentales a las regiones más atrasadas. Dalmacia es un ejemplo apropiado. Allí, Napoleón debió terminar con los castigos inhumanos, por ejemplo las tandas de palos y el marcado. Pudo

aplicar algunas secciones del Código, pero no el registro de los nacimientos, porque en muchas aldeas no había nadie que supiese escribir. Comprobó que Dalmacia era un país atravesado por senderos de cabras, pero sin verdaderos caminos. De modo que, al principio, Napoleón puso a cargo al general Marmont, quien construyó los primeros caminos dignos de ese nombre en Dalmacia. Abrió uno de Knin a Spiit —unos cien kilómetros— en sólo seis semanas. Los habitantes locales bromeaban y decían que mientras los austriacos se habían limitado a hablar de un camino, Marmont había montado de un salto su caballo, se había lanzado al galope y al desmontar, el camino ya estaba abierto.

Una de las características del Imperio napoleónico es que se realizaron enormes esfuerzos para ayudar a los desposeídos. En París, Napoleón remedió la deplorable situación de los hospitales, donde se amontonaba a los enfermos sin tener en cuenta la edad, el sexo o la naturaleza de su enfermedad. También eliminó la práctica de mantener a los enfermos mentales atados de pies y manos a sus camas; fundó dos hogares para incurables y otro para instruir a los sordomudos. También en Dalmacia Napoleón promovió los derechos humanos; eligió gobernador a Vicenzo Dándolo, un hombre que parecía poco prometedor, un veneciano de humilde cuna e ideas humanas que antes no había administrado nada más importante que su farmacia. Se demostró que Dándolo había sido una buena elección, y su gestión aportó cinco años de compasión a un país en el cual prevalecían condiciones espantosas. Con el propósito de mejorar las sombrías condiciones de las cárceles, Dándolo nombró un «protector de los detenidos», encargado de vigilar la alimentación de los internos, recoger las quejas y asegurar la libertad de los individuos que ya habían terminado sus condenas. Asimismo, Dándolo puso fin al escándalo de la casa de huérfanos de Spiit, un gueto sin ventanas donde había una sola nodriza para cada cinco o seis infantes esqueléticos, y donde durante la década de 1796 a 1806 habían sobrevivido sólo cuatro del total de 603 huérfanos. Dándolo organizó un nuevo hogar en un convento abandonado y designó personal adecuado. En 1808 la tasa de supervivencia se había elevado a más del 50 por ciento.

Cuando se desvanecieron las esperanzas de una paz negociada con Inglaterra, Napoleón contempló la posibilidad de convertir también a ese país en parte del Imperio. Al principio abrigó la esperanza de conquistar Inglaterra mediante una invasión; después de Trafalgar creyó que la economía inglesa se desplomaría bajo el

peso de su propia deuda nacional. Napoleón tenía ideas muy claras acerca de lo que haría si llegaba a Londres. Encabezaría al «partido popular» contra los oligarcas.

Mantendría la Cámara de los Comunes, pero decretaría el sufragio universal. Revocaría la ley de Navegación, gracias a la cual Inglaterra obligaba a otras naciones a usar las naves inglesas. Otorgaría la independencia a Irlanda. En otros aspectos crearía un sistema apropiado para el carácter inglés. En un discurso pronunciado ante el Consejo de Estado dijo:

El francés vive bajo un cielo despejado, bebe un vino fuerte y alegre, y consume alimentos que mantiene sus sentidos en permanente actividad. En cambio, el inglés mora en un suelo húmedo, bajo un sol que apenas calienta, bebe cerveza blanca o negra, y consume gran cantidad de mantequilla y queso. Como cada uno tiene distintos elementos en la sangre, los caracteres por supuesto son diferentes. El francés es vanidoso, vivaz, audaz, y aprecia sobre todo la igualdad... En cambio, el inglés es orgulloso más que vanidoso... le interesa mucho más defender sus propios derechos que avasallar los ajenos... Por lo tanto, es absurdo creer en la posibilidad de dar las mismas instituciones a dos pueblos tan diferentes.

Este discurso fue pronunciado a propósito del tema de la Cámara alta hereditaria. Napoleón creía que ese organismo era inapropiado para Francia, aunque convenía a Inglaterra. Por consiguiente, si se hubiese apoderado de Londres, Napoleón probablemente habría preservado, aunque modificándola, una Cámara de los Lores hereditaria. Napoleón era hombre de principios firmes. Pero al margen de estos principios exhibía una notable amplitud mental. Aunque no siempre la aplicaba, sin duda creía en el consejo que dio a Pauline cuando ésta viajó a Roma, en noviembre de 1803: «Adáptate a las costumbres del país; nunca atrepelles nada; afirma que todo es espléndido; no digas "Lo hacemos mejor en París"».

El principio rector de Napoleón en el Imperio era exportar libertad, igualdad, justicia y soberanía popular, y como éstas eran ideas francesas, contribuir indirectamente a la gloria de Francia. Realizó su propósito, pero no con la plenitud que habría alcanzado si los años del Imperio hubiesen sido años de paz. Como los cañones eran el permanente telón de fondo, Napoleón tuvo que aplicar impuestos elevados, y en Alemania el servicio militar. Se vio obligado a reducir

las importaciones de productos extranjeros, sobre todo las de azúcar, café y máquinas inglesas. Por supuesto, estos sacrificios originaron descontento. Lo que los alemanes, los italianos y los holandeses olvidaron a menudo fue que como contrapartida obtenían otros beneficios materiales; como la liberalización del comercio y el progreso de las comunicaciones, por no hablar del notable intercambio de ideas y conocimientos científicos entre las academias del imperio y el Instituto de Francia, dirigido por Georges Cuvier, el amigo de Napoleón.

Es verdad que había manchas en el paisaje imperial. A menudo Napoleón se comportaba bruscamente, y Jérôme gastaba demasiado en sus chambelanes revestidos de escarlata y sus muchas amantes. Pero en general la administración era honesta y eficaz. Si en el Imperio muchos detestaban el régimen, no era ése el caso de la mayoría. Y en general, tampoco era la actitud de la minoría pensante. Dieron la bienvenida al orden, la justicia y los progresos, y fue un símbolo de la actitud general que el 23 de julio de 1808 los profesores de la Universidad de Leipzig decidieran que en el futuro, y en el ámbito de la universidad, las estrellas del cinturón y de la espada de Orion recibiesen la denominación de estrellas de Napoleón. Goethe, que en su condición de ministro sabía de qué hablaba, opinaba que el trabajo productivo de Napoleón en el Imperio de hecho era genial. «Sí, sí, mi buen amigo —dijo a Eckermann—, no es necesario componer poemas y piezas teatrales para ser productivo; hay también una productividad de los hechos, y ella a menudo posee una jerarquía significativamente más elevada».

El Imperio perduraría sólo diez años, pero las ideas subyacentes en él se prolongarían hasta nuestros días. El Código Napoleón y el principio del gobierno propio llegaron a ser parte de la trama de Europa continental y, salvo en España, ningún rey se atrevió nunca a restablecer los privilegios feudales abolidos por Napoleón. En Portugal, Napoleón allanó el camino a la Constitución liberal de 1821; incluso en España su principio de la libertad religiosa cumpliría la función de una levadura liberal; fue aplicado temporalmente en 1869 durante la regencia ilustrada de Francisco Serrano, y más o menos modificado se convirtió en ley en 1966. Pero el derrocamiento de las dinastías española y portuguesa promovido por Napoleón originó los resultados más importantes en el hemisferio occidental. En vida de Napoleón, e influídos sobre todo por los principios que él había aplicado en el Imperio, México, Colombia, Ecuador, Argentina, Perú y Chile alcanzarían la independencia. Finalmente, y aunque Napoleón

no vivió para verlo, al promover la unidad nacional y el gobierno representativo, el emperador Napoleón hizo tanto como el que más en favor de la creación de los estados modernos de Alemania e Italia.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Amigos y enemigos

Napoleón creó el Imperio con la ayuda de amigos, y también con la ayuda de amigos lo gobernó; no unos pocos íntimos, sino muchos amigos, pertenecientes a todas las clases y poseedores de cualidades muy variadas. Pudo conquistar a estos amigos y conservar su fidelidad porque él mismo fue buen amigo para ellos. Como la mayoría de los hijos segundos, era generoso y sociable, y simpatizaba fácilmente con la gente. Además, era soldado. De los ocho a los veintisiete años había vivido en una sociedad masculina, para la cual la amistad era el valor supremo.

Napoleón descubrió que sus relaciones amistosas con los hombres a menudo comenzaban con un sentimiento de atracción física, y esta reacción adoptaba una forma extraña: «Me dijo —afirma Caulaincourt—...

que en su caso el corazón no era el órgano del sentimiento, que experimentaba emociones sólo donde la mayoría de los hombres tenía sentimientos de carácter muy distintos; nada en el corazón, todo en los riñones y en otro lugar cuyo nombre no mencionaré.» Napoleón describió esa sensación como «una suene de cosquilleo doloroso, una irritabilidad nerviosa... el chirrido de una sierra a veces me provoca la misma sensación».

Salvo quizás en la prensa inglesa, nunca se acusó a Napoleón de mantener relaciones homosexuales; más aún, le desagradaaba la homosexualidad, como era y es todavía el caso de la mayoría de los franceses.

En la Escuela Militar se había alejado de Laugier de Bellecourt precisamente por esa razón. Pero en la vida pública no convertía en prejuicio ese desagrado. Designó a Cambacérés segundo cónsul y después archicanciller, pese a que era homosexual, y una sola vez Napoleón se burló de él a causa de sus inclinaciones.

A partir de la base representada por la atracción física, Napoleón construía la amistad con los materiales aportados por la sinceridad. Le agradaban los hombres que hablaban francamente, aunque se tratara del anciano monsieur Emery que defendía al Papa. En sus amigos soldados apreciaba sobre todo el coraje. Con coraje uno se enfrentaba a la muerte; era la virtud gracias a la cual dos hombres se convertían en hermanos de sangre. No existía experiencia tan intensa como la que tenían los amigos que marchaban hombro con hombro a la batalla, cada uno confiado en el coraje del otro, cada uno dispuesto a derramar su sangre por el otro. De ahí que muchos de los amigos más íntimos de Napoleón fuesen soldados.

Uno era Gérard Duroc. Provenía de una antigua y empobrecida familia de Lorena, era tres años menor que Napoleón, el cuerpo delgado y la estatura un poco superior al promedio, los cabellos negros y los ojos oscuros y protuberantes. Después de salir de la academia militar se unió a Napoleón como ayudante de campo en la primera campaña de Italia.

Napoleón se sintió impresionado por el carácter excepcionalmente bondadoso de Duroc, por sus buenos modales y la paciencia de la cual carecía el propio Napoleón. De modo que empleó a su amigo en funciones diplomáticas, y cuando fue emperador lo puso al frente de la casa imperial y la corte. Duroc, que en su infancia había tenido que vigilar el céntimo, se adhirió sin reservas a las costumbres frugales de Napoleón.

De un ingreso de treinta millones de francos, ayudó a ahorrar trece millones anuales.

Duroc era la mejor expresión del soldado-cortesano: fiel y laborioso. Pero estaba muy atareado tratando de que el bodeguero no cobrase de más en el Chambertin, pues Napoleón seguramente lo advertiría; y cuando Napoleón comenzó a engordar, persuadiendo discretamente al sastre imperial con el fin de que no confeccionase prendas nuevas y agrandase unos cuantos centímetros las viejas. También tenía que restablecer la paz si Napoleón perdía los estribos; como cuando derribaba la mesa apenas le presentaban crêpinettes de perdiz. Lo hacía admirablemente porque era profundamente fiel a Napoleón. En muchas ocasiones, cuando el emperador había herido a un visitante con una palabra áspera, al salir Duroc murmuraba al oído del visitante: «Olvídalo. Dice lo que siente, no lo que piensa, ni lo que hará mañana.» Duroc contrae matrimonio con María de Hervas, hija de un financiero español; se convirtió en especialista en asuntos

españoles, y se lo empleó para atender los distintos aspectos de la abdicación de Carlos IV.

En recompensa por este y por otros servicios Napoleón le asignó el título de duque de Friuli y le fijó una renta anual de doscientos mil francos.

Aunque muy ahorrativo cuando se trataba de los gastos personales, Napoleón se mostraba generoso con los amigos. Sobre su escritorio tenía un libro encuadrado en cuero y titulado Dotacione, donde anotaba por orden alfabético los regalos en efectivo a los amigos y a otros servidores públicos. Era un libro grueso, y hacia el fin del Imperio estaba casi lleno.

Duroc no deseaba ser sólo un cortesano. Insistía en rogar que se le permitiera regresar al campo de batalla. Finalmente, Napoleón lo autorizó. En 1813 Duroc participó en la batalla de Bautzen contra los prusianos y los rusos, y el azar quiso que una bala de cañón rusa le arrancase parte del bajo vientre. Varios oficiales lo llevaron a una granja, donde fue examinado por los dos mejores cirujanos, Larrey e Yvan. Pero Duroc sabía que estaba acabado, y como no deseaba prolongar su agonía no les permitió siquiera que lo vendasen.

Profundamente conmovido, Napoleón acudió deprisa a la granja.

Duroc apretó la mano de Napoleón, la besó y pidió opio. «He consagrado toda mi vida a vuestro servicio. Aún habría podido seros útil. Es la única razón por la cual lamento morir.» «Duroc, hay otra vida —dijo Napoleón—. Me esperarás allí y un día nos reuniremos.» Duroc, agonizante, le respondió: «Sí, Sire. Pero no antes de que pasen treinta años, cuando hayáis derrotado a todos los que son vuestros enemigos y realizado todas las esperanzas de nuestro país...» Agregó que dejaba una hija, y Napoleón prometió cuidarla.

Durante un cuarto de hora Napoleón permaneció junto a la cama de Duroc, sosteniendo la mano del moribundo. «Adiós, amigo mío», dijo al fin. Cuando salió de la granja las lágrimas le resbalaban por las mejillas y le mojaban el uniforme. Un ayudante de campo tuvo que sostenerlo mientras caminaba en silencio de regreso a su tienda.

Había muerto uno de sus hermanos de sangre. Había sucedido antes, como en Essiing, donde Jean Lannes, otro de los amigos íntimos de Napoleón, perdió las dos piernas, destrozadas por una bala de cañón austriaca, y sucedería nuevamente. En el centro de la escena en la granja sajona, y pese a todo el horror de la carne mutilada, había algo valioso, quizás un valor supremo: «Amor más excelso no profesó un hombre...» Napoleón lo sabía, y rendía a sus amigos muertos el tributo del recuerdo perdurable. Dio el nombre de

Muiron a la fragata que lo llevó de Egipto a Francia en memoria del amigo que había muerto para salvarlo en Arcople; conservó en las Tullerías el corazón de Caffarelli; y pocos días después de la muerte de Duroc, Napoleón compró la granja y dejó dinero para levantar un monumento que debía llevar esta inscripción:

«Aquí el general Duroc, duque de Friuli, Gran Mariscal del Palacio del emperador Napoleón, herido por una bala de cañón, murió en los brazos de su Emperador y amigo».

La única cualidad que Andoche Junot compartía con Duroc era el coraje. En otros aspectos estos dos soldados amigos de Napoleón eran como el día y la noche. Junot provenía de una familia humilde, y su padre era un modesto negociante de madera de Borgoña. Tenía la cabeza de forma irregular, la nariz achatada, los cabellos rubios y los ojos azules centelleantes. Era muy nervioso e impulsivo, siempre tenía prisa, y cuando siendo sargento en Tolón conoció a Napoleón se lo apodaba «la Tormenta». Él y Napoleón simpatizaron, y Junot se incorporó al Estado Mayor de Napoleón. Durante los días sombríos de 1795, cuando el padre de Junot preguntaba acerca del general sin empleo a quien se había unido su hijo, Junot replicaba: «Por lo que puedo juzgar es uno de esos hombres que la naturaleza, mezquina, arroja sobre la tierra una vez en cien años.» Embarcó en la expedición a Egipto, y allí oyó a un oficial que criticaba a Napoleón; Junot retó a duelo al oficial, y el resultado fue que recibió en el vientre una herida de veinte centímetros de largo.

Eso no le impidió mantener una relación con la joven abisinia llamada Xraxarane, y cuando la morena belleza le dio un hijo, Junot, que tenía inclinaciones literarias, llamó Ótelo al niño.

Napoleón recompensó en su estilo habitual el coraje y la lealtad de Junot. Lo designó gobernador de París cuando Junot tenía veintinueve años, lo alentó a contraer matrimonio con Laure Permon, la misma que junto con su hermana cierta vez habían dicho que el teniente segundo Bonaparte era el Gato con Botas, y le entregó un regalo de bodas de cien mil francos. Cuando nació su primera hija, Junot rindió tributo a la esposa de Napoleón y la llamó Josefina; Napoleón entendió la sugerencia y regaló a Junot una casa en los Campos Elíseos, más cien mil francos para amueblarla. A Junot le agradaba la buena mesa, empleó a un chef famoso, Richaud, que se destacaba en la preparación del Brochet a la chambord, e incluso durante el embargo continental él y su esposa conseguían artículos de lujo importados. Napoleón, que todo lo veía, escribió una severa

carta a Junot: «Las damas, en su casa, deberían beber té suizo; es tan bueno como el té indio, y la achicoria es tan sana como el café de Arabia.» Tan sano, quizá; pero en Westfalia se vieron reducidos a beber una infusión de semillas de espárragos tostadas.

El otro placer de Junot era las buenas ediciones. Reunió una colección formada principalmente por obras en vitela, publicadas por Didot de París y Bodoni de Parma. Poseía la edición Didot de Horacio y de La Fontaine, ambas con los dibujos originales de Percier, y una Iliada en tres volúmenes, esa Biblia de los generales napoleónicos, producida por Bodoni —y no fue mera presunción— con el fin de «ofrecer al emperador la muestra más perfecta posible del arte de la impresión».

En 1805, Napoleón designó a Junot embajador en Portugal pero accedió al ruego de su amigo de que se lo llamase «apenas Su Majestad crea que oye el rugido del cañón». En noviembre, Junot salvó a escape los tres mil doscientos kilómetros del Tajo a Moravia, y se reunió con Napoleón a tiempo para combatir a su lado en Austerlitz. Dos años después Napoleón nuevamente obligó a Junot a atravesar Europa, esta vez con el propósito de apoderarse de Portugal de un día para otro con un minúsculo ejército. Junot entró en Lisboa el día fijado por Napoleón, al frente de mil quinientos hombres hambrientos y desastrados, mientras la familia real hacía las maletas; esa vez la anciana reina loca exhibió un último destello de dignidad. «No tan deprisa —dijo a su cochero de camino hacia el puerto—, la gente creerá que estamos huyendo.» De modo que los Braganza embarcaron para Brasil, las águilas de Francia sustituyeron a las quinas, y Napoleón confirió el título de duque de Ábranles a su tempestuoso general. El anciano Junot, el hombre de los bosques de Borgoña, comenzó a firmar sus cartas como «Padre del duque de Ábranles».

Junot comandó ejércitos en España y también en Rusia, pero su excesiva impetuosidad le impedía ser un gran general. En Smolensk reveló una extraña lentitud y Napoleón se irritó mucho con él. Pero poco después descubrió la razón: Junot estaba acabado. Tenía el cuerpo rígido a causa del reumatismo, y la cabeza cosida a sablazos, al extremo de que parecía el tajo de un leñador, de manera que su capacidad de juicio estaba disminuida. Napoleón retiró de la guerra a su valeroso amigo y lo designó gobernador de la provincia de Iliria, un cargo honorífico y de escasa responsabilidad. Junot lo ocupó poco tiempo, pues murió de apoplejía en 1813. Hasta el fin ansió volver al

lado de Napoleón. «Pobre Junot —dijo Duroc—. Es como yo. Nuestra amistad con el emperador es la vida entera para ambos».

Algunos mariscales de Napoleón compartían ese sentimiento. Oudinot, el sencillo hijo de un cervecero de Bar-le-Duc, herido treinta y cuatro veces; su ocupación favorita era, después de la cena, apagar velas a tiros de pistola; Macdonald, hijo del miembro de un clan escocés, originario de la isla de South Uist, sus ocupaciones favoritas eran colecciónar vasos etruscos y tocar el violín; Ney, nacido en Saarlouis, tenía como lengua materna el alemán, un héroe pelirrojo que mascaba tabaco y a quien Napoleón valoraba en 300 millones de francos; Lefebvre, el ex sargento mayor a quien en vísperas de Brumario Napoleón regaló su sable y más tarde el ducado de Danzig. Lefebvre fue quien mejor conservó los generosos regalos que Napoleón acumuló sobre sus mariscales.

Cuando un amigo le envidió su prosperidad, el título y el estilo de vida, el canoso y viejo soldado observó: «Bien, puede usted tenerlo todo, pero por un precio. Bajaremos al jardín y yo dispararé sobre usted sesenta veces; si no muere, todo será suyo».

Napoleón era amigo también de los soldados rasos. Recordaba sus nombres, y los trataba de tu. Demostraba lo que sentía por ellos compartiendo las privaciones y los peligros. «Querida madre, si hubieras visto a nuestro emperador —escribió el soldado Deflambart, de la infantería ligera, después de la batalla de Jena—, siempre en el centro de la pelea, alemando a sus tropas. Vimos caer a su lado a varios generales y coroneles; incluso lo vimos con un grupo de tiradores donde el enemigo podía verlo perfectamente. El mariscal Bessières y el príncipe Murat le dijeron que estaba exponiéndose impropiamente, y entonces él se volvió y contestó tranquilamente: "¿Por quién me toman? ¿Por un obispo?"» Entre los civiles Napoleón tenía también muchos amigos, y aunque estas amistades carecían de la intensidad de las anteriores, no por eso eran menos estrechas. Un ejemplo típico de este grupo es Fierre Louis Roederer, un economista de Metz que fue también el principal periodista republicano de Francia. Roederer tenía quince años más que Napoleón, y su apariencia formaba un acentuado contraste con la de Napoleón, pues Roederer tenía la cara huesuda y angulosa, y la nariz ganchuda. Los dos se conocieron durante una cena ofrecida por Talleyrand el 13 de marzo de 1798. Roederer había publicado una crítica de Napoleón en vista de que éste había enviado oro de Italia directamente a los directores y no a los Consejos. «Encantado de conocerlo —empezó

Napoleón—. Admiré su talento hace dos años, cuando leí el artículo en que me atacó».

Esta actitud era característica en Napoleón; mostraba cálida simpatía a los hombres que manifestaban francamente su pensamiento. Llegó a admirar mucho a Roederer, y consolidó una amistad que, por extraño que parezca, floreció alimentada por las permanentes diferencias.

Cierro día, Bénézech, superintendente de las Tullerías, prohibió a los trabajadores que se pasearan por los jardines en ropa de trabajo. Napoleón consideró que la medida era impropiamente severa, y la anuló.

Roederer opinó que Napoleón estaba equivocado; «las ropa de trabajo son para trabajar, no para pasear». Cuando Napoleón quiso incorporar al Tribunado a poetas y a otros literatos, Roederer discrepó; sostenía que a los poetas les interesa únicamente que se hable de ellos. Napoleón propuso inaugurar un Liceo en todas las ciudades que tuviesen más de diez mil habitantes, y Roederer se opuso, y con razón —pues afirmó que jamás hallaría un número suficiente de individuos calificados—.

«Por supuesto, los tendré —replicó Napoleón—. Usted opone muchas dificultades. Usted es como Jardín; como tengo la principal caballeriza de Francia, nunca dispongo de caballo que montar. Con otra persona, dispondría de sesenta».

Cuando un amigo se comportaba estúpidamente, de manera indigna o contra la voluntad del propio Napoleón en una cuestión importante, éste se encolerizaba y le espataba una serie de verdades desagradables.

Era su defecto principal en el campo de las relaciones humanas; se irritaba, aunque sin perder los estribos. En el primer impulso usaba palabras que abrían heridas muy dolorosas, de las que no cesaban de sangrar. A menudo tenía conciencia de que había hecho daño, y cuando comprendía el dolor que había infligido trataba inmediatamente de repararlo.

No siempre lo conseguía. Cierta vez Napoleón dijo a Joseph que como soldado era completamente inútil; episodio que se repitió con Roederer.

Cuando ciñó la corona imperial, Napoleón quiso dar a Joseph el título de príncipe; al principio Joseph rechazó esta dignidad, y Napoleón se enteró de que había procedido así por consejo de Roederer. Napoleón se enfureció. «Creía que usted era mi amigo —

exclamó—. Debería serlo, pero en realidad no es más que un intrigaante.» Y lo abofeteó.

Una escena lamentable. Pero los dos hombres pronto se reconciliaron, y a diferencia de otros a quienes Napoleón ofendió, Roederer tuvo grandeza suficiente para olvidar el incidente. Aunque hubiera preferido permanecer en su hogar y escribir, Roederer ayudó a Napoleón a gobernar el Imperio; fue el asesor financiero de Joseph y más tarde de Murat, en el reino de Nápoles; y como de costumbre, Napoleón colmó de regalos a su amigo. En 1803 dio a Roederer el escaño senatorial, que representaba veinticinco mil francos anuales, y en 1807 lo nombró Gran Oficial de la Legión de Honor.

Charles Maurice de Talleyrand-Périgord fue un hombre a quien Napoleón trató como a un amigo, pero nunca lo fue. El secreto del carácter de Talleyrand reside en que durante la infancia soportó la desatención de los padres y careció de afecto, de modo que al crecer se convirtió en un hombre incapaz de amar. Perezoso, inclinado a los placeres y cínico, incluso después de 1789 llevó una vida propia del antiguo régimen, con la mesa mejor servida de Francia y la presencia, todas las mañanas, de dos peluqueros que le rizaban los cabellos. Poseía un aterciopelado encanto que parecía irresistible a las mujeres y su conversación era muy entretenida. De los tres cónsules dijo cierta vez que eran «*Hic, haec, hoc*», y a propósito de una dama muy delgada que llevaba un vestido escotado comentó: «*Impossible mostrar más y revelar menos.*» Cuando asesinaron al zar Pablo I, el gobierno ruso anunció que había sucumbido a un ataque de apoplejía, una dolencia que había cumplido la misma función diplomática en ocasión del asesinato de Pedro III, el padre de Pablo.

«Realmente —comentó Talleyrand— el gobierno ruso tendría que inventar otra enfermedad».

Napoleón apreciaba la inteligencia de Talleyrand, y cuando fue nombrado cónsul lo retuvo en el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

Pero Talleyrand reaccionó como los corruptos reaccionan con frecuencia frente a los hombres de principios, y en política representó el papel de Yago frente al de Ótelo de Napoleón. Después de dejarlo librado a su propia suerte durante la campaña de Egipto, Talleyrand propuso detener al duque de Enghien en territorio alemán, y también incitó a emprender la desastrosa invasión a España. Como no podía llevar una vida propia del antiguo régimen con un sueldo propio del nuevo, pronto se dedicó a vender secretos a los reyes de Baviera y Württemberg. En 1807 Napoleón lo apartó del cargo de ministro de

Relaciones Exteriores. Pero lo conservó como vice Gran Elector, y continuó tratándolo como a un amigo.

¿Por qué Napoleón procedió así? ¿Por qué no alejó de París a una figura tan peligrosa? La respuesta está en el carácter peculiar de Talleyrand. No era un traidor común y corriente; era un traidor que había sido obispo; y aún podía representar el papel de obispo. «Aunque él mismo era un ser indigno —dice un amigo íntimo de Talleyrand—, por extraño que parezca sentía horror cuando se trataba de las fechorías que otros cometían. Si se lo escuchaba y uno no lo conocía, se lo creía un ser virtuoso».

El lado virtuoso de Talleyrand engañó repetidas veces a Napoleón; y eso explica su estallido de 1811: «Usted es un demonio, no un hombre.

No puedo dejar de revelarle mis asuntos, ni puedo dejar de apreciarlo.» El «demonio» continuó vendiendo información acerca de los asuntos de Napoleón a los enemigos de Francia.

Cuando llegó a conocer mejor a los hombres y sus aspectos más complejos. Napoleón desechó su adhesión juvenil a la teoría de Lavater según la cual la cara es la clave del carácter. «Hay un solo modo —dijo—, de juzgar a los hombres: según lo que hacen.» Del mismo modo que la mayoría de los hombres más cercanos a Napoleón eran muy masculinos, las mujeres eran muy femeninas. Napoleón no podía soportar a las mujeres prepotentes y entrometidas. En este sentido Josefina era el modelo. Napoleón la amó profundamente, y no hubo otra mujer que influyese tanto sobre él, pero Napoleón mantuvo relaciones con otras mujeres, en total siete. Fueron Pauline Fourés, su amante de El Cairo; dos actrices: mademoiselle George y la contralto Giuseppina Grassini; dos damas de la corte, madame Duchátel y madame Denuelle; una joven dama de Lyon llamada Emilie Pellapra; y una condesa polaca, María Walewska. La mayoría pertenece a un tipo muy concreto: jóvenes, en absoluto tontas, con sentimientos intensos e incluso apasionadas.

Joséphine Weimer —conocida en la escena como mademoiselle George— tenía cerca de veinte años cuando Napoleón la conoció; era una muchacha alta y robusta de ardientes ojos negros. Napoleón la consideraba la mejor actriz de París; «mademoiselle Duchesnois estremece las fibras de mi corazón, mademoiselle George excita mis sentimientos de orgullo» y un día después que ella ofreció una representación excepcional de Clitemnestra, Napoleón envió a su ayuda de cámara para invitarla a que fuese el día siguiente a Saint-Cloud. La actriz acudió y pasó la noche en la residencia.

Como de costumbre, Napoleón creó un nuevo nombre para su flamante amiga —Georgina— y también un nuevo tipo de liga confeccionada con elástico, en lugar de las acostumbradas ligas con hebilla, que él abrochaba y soltaba con cierta dificultad. En vísperas de la partida para el campamento de Boulogne, Napoleón recibió a Georgina en la biblioteca y le regaló cuarenta mil francos —deslizó el paquete de billetes de banco entre los pechos de la joven—. Se sentaron sobre la alfombra porque, según recuerda la actriz, Napoleón «tenía ganas de reír y jugar, y me incitó a que lo persiguiera. Para evitar que lo apresara, trepó por la escalerilla, y como ésta era liviana y tenía ruedas lo empujé a lo largo de la biblioteca. Se reía y gritaba: "Te lastimarás. Detente, o me enfado"».

La forma en que Napoleón abordaba a las mujeres revelaba torpeza.

Cuando se sintió seducido por Marie Antoinette Duchátel, una dama de compañía que poseía hermosos ojos azul oscuro, con largas y sedosas pestañas, no tuvo mejor idea que inclinarse sobre el hombro de la dama durante una cena para decirle: «No debería comer aceitunas de noche, no le sentarán bien».

Después se dirigió a la dama que estaba sentada al lado de la bella:

«Y usted, madame Junot, ¿no come aceitunas? Hace muy bien. Y doblemente bien si no imita a Madame Duchátel, que es inimitable.» La relación de Napoleón con madame Duchátel dolío intensamente a Josefina. Lloró, rogó, indujo a sus hijos a que pidieran a Napoleón que renunciara a aquella mujer más joven. Al principio Napoleón se irritó, pero después, cuando pasó el entusiasmo inicial, comenzó a comprender que el episodio lastimaba mucho a su esposa. Unos meses más tarde le dijo a Josefina que su pasión se había agotado e incluso la invitó a que le ayudara a terminar la relación.

María Walewska fue la menos bonita, pero la más sensible, fiel y apasionada de los amantes de Napoleón. Su padre había sido un valeroso noble polaco, que murió cuando María era niña como consecuencia de las heridas recibidas en Maciejowice, la batalla en que los polacos, armados con hoces y hachas, intentaron vanamente evitar la destrucción de su independencia nacional. María pasó la infancia con su madre y cinco hermanos en Kiernozia, «una gris residencia poblada por murciélagos» entre propiedades hipotecadas. Después de recibir lecciones en el hogar de Nicolás Chopin, padre de

Federico, asistió a una escuela conventual y fue expulsada a causa de su «manía por la política». Poco después recibió una propuesta matrimonial del conde Anastase Walewski, un acaudalado gobernador regional. Su madre la apremió a que aceptara, como un modo de salvar de la ruina a la familia, y María sacrificó sus sueños de amor —ya que era una empedernida soñadora—, y contrajo matrimonio con un hombre cuarenta y nueve años mayor que ella.

En su luna de miel, María se sintió profundamente conmovida por la ejecución, en la Capilla Sixtina, del Miserere de Gregorio Allegri.

«¿Sabes —escribió a una amiga— que hasta hace poco podía oírse la obra únicamente en San Pedro y en el Vaticano? Regía no sé qué orden que prohibía interpretarla bajo, pena de excomunión. Pero Mozart no tuvo miedo. La adaptó, y otros lo imitaron. De modo que gracias a él ahora puedes oírla en Varsovia o en Viena.» La frase «Mozart no tuvo miedo», resume el carácter de María.

El día de Año Nuevo de 1807, Napoleón pasó cerca de Kiernozia, de camino a Varsovia. María ya tenía retratos de Napoleón colgados de sus paredes, entre sus héroes polacos, ya que, en efecto, Napoleón estaba combatiendo a los destructores de Polonia, es decir, Rusia y Prusia. Fue a recibirla ataviada con prendas de campesina, y cuando pasó el carro le entregó un ramillete de flores. «Bienvenido, Sire, mil veces bienvenido a nuestro país... Polonia entera se siente abrumada de sentir vuestro paso sobre su suelo.» Cuando el cochero fustigó a los caballos. Napoleón se volvió hacia Duroc: «Esta niña es perfectamente encantadora..., exquisita.» Napoleón se encontró nuevamente con la niña en un baile celebrado en Varsovia. Él tenía treinta y siete años, María veinte. Napoleón se sintió atraído por los bucles rubios, los ojos azules muy separados, el entusiasmo juvenil. Después del baile envió un nota: «Tuve ojos sólo para usted. Sólo a usted admiré. Sólo a usted deseo.» Los dignatarios polacos, deseosos de estrechar las relaciones de Napoleón con Polonia, observaron con aprobación el asunto e incluso alentaron a María. Ella recibiría un extraño documento firmado por los miembros del gobierno provisional de Varsovia que citaba un pasaje de Fénelon acerca de la influencia bienhechora de las mujeres en la vida pública y exhortaba a María a imitar a Esther, que se había entregado a Asuero.

El escenario estaba dispuesto; María fue al palacio. De acuerdo con sus Memorias, escritas en la culminación del romanticismo, Napoleón hizo una terrible escena, y con una «expresión salvaje» arrojó violentamente al suelo su reloj, mientras exclamaba: «Si usted

insiste en negarme su amor, convertiré en polvo a su pueblo, como hago con este reloj bajo mi bota.» Sólo entonces, y porque estaba «medio desmayada», María cedió. Quizás así fue, pues Napoleón podía impacientarse cuando se trataba de hacer el amor, del mismo modo que se mostraba impaciente en todo; pero es dudoso que llegara a amenazar al pueblo polaco, pues ya tenía el firme propósito de devolverles la nación, y la propia María había decidido recorrer por segunda vez el camino del valor.

Napoleón amó a María no sólo como un hombre de mediana edad ama a una joven, sino como un libertador ama a una valiente patriota.

«La pequeña patriota», llamaba Napoleón a María, y su primera carta después del retorno a París empieza así: «Tú, que tan profundamente amas a tu país.» Se diría que Napoleón entreveía su propia personalidad de corso joven en esa muchacha de veinte años que soñaba con la libertad polaca. Mientras María le hablaba de los héroes polacos —Mieszko, que había aplastado a los alemanes, y Jagiello, a quien el propio Napoleón admiraba— él le hablaba con aprobación del ensayo de Rousseau *Reflexiones acerca del gobierno de Polonia*, donde el autor del *Contrato Social* proponía una constitución basada en los derechos del hombre.

Los polacos, observó Napoleón a María, habían cometido en 1764 su error fatal: «En lugar de elegir a un rey dinámico y valeroso, como debe ser un rey, aceptaron a Estanislao, ese cachorro indolente, ese escritorzuelo elegante, de manos de Catalina de Rusia, de quien había sido amante.» Pero no era demasiado tarde para remediar la situación.

Aunque Talleyrand le advirtió que Polonia no valía una sola gota de sangre francesa, Napoleón prometió a María el renacimiento de su patria. Cumplió su palabra en Tilsit, en julio de 1807, cuando fundó el Gran Ducado de Varsovia.

Napoleón no pudo olvidar a María. El honor y el republicanismo se combinaron con la pasión, y de este modo tuvo lugar una de las relaciones importantes de su vida. De regreso en París escribió: «Tu recuerdo está siempre en mi corazón y tu nombre a menudo acude a mis labios.» En 1810 María le dio un hijo, Alexandre, y llevó al niño de visita a París. Napoleón, complacido porque al fin era padre, se preocupó y se dedicó mucho a su hijo, e insistió en que lo llevasen a pasear todos los días, con lluvia o con buen tiempo. Visitaba a María cuando los acontecimientos lo acercaban a Varsovia, y María se mantuvo fiel a Napoleón incluso en la adversidad.

Además de estos amigos íntimos, hombres y mujeres, Napoleón mantuvo relaciones amistosas con elevado número de personas de cortes extranjeras y de su propia corte. Entre los reyes, el favorito de Napoleón era el rey de Sajonia, un hombre de principios a quien Napoleón eligió para gobernar el Gran Ducado de Varsovia.

A diferencia de Francisco de Austria, el rey de Sajonia no era en absoluto ceremonioso y formal. Cierta noche Napoleón llegó a Bautzen después de un viaje que se había prolongado la noche entera, y se encontró con una recepción palaciega de gran lujo. El rey de Sajonia llevó discretamente a Napoleón a una antecámara donde había un orinal, mientras le decía: «A menudo he comprobado que los grandes hombres, como todos, a veces necesitan estar solos.» Napoleón se hallaba precisamente en esa situación, y siempre agradeció al rey esa muestra de consideración.

La corte de Napoleón era la suma de la antigua nobleza y de los hombres nuevos que habían conquistado una posición encumbrada gracias a su talento. Napoleón atendía sus obligaciones, pero le desagradaba la charla intrascendente, y en realidad nunca prestaba mucha atención a las recepciones dominicales que ofrecía en las Tullerías. Él, que rara vez olvidaba el rostro de un soldado, pocas veces recordaba la de un invitado. Se cruzaba con la misma persona mes tras mes e insistía en preguntar: «Y usted, ¿cómo se llama?» El famoso compositor Andró Grétry, que entonces estaba en la sesentona, finalmente se cansó de que le formulase siempre la misma pregunta. Un domingo, Napoleón le preguntó como de costumbre: «Y usted, ¿cómo se llama?», a lo que él contestó: «Sire, todavía soy Grétry».

Napoleón solía formular dos preguntas más; de qué región de Francia provenía su interlocutor, y cuál era su edad. Cuando llegó el día de la presentación en la corte de la duquesa de Brissac, esta dama, que era algo sorda, memorizó respuestas apropiadas, pues temía verse en la imposibilidad de oír las preguntas de Napoleón. El día señalado llegó la duquesa, con sombrero de plumas y vestido largo de reluciente dorado, fue anunciada y realizó sus tres reverencias. Pero esta vez Napoleón varió la fórmula. «Su marido sin duda es el hermano del duque de Brissac, masacrado en Versalles. ¿Heredó usted su propiedad?» La duquesa respondió: «Seine et Oise, Sire.» Napoleón, que se disponía a pasar a la persona siguiente, se detuvo sorprendido. «¿Tiene usted hijos?», preguntó, y la dama, siempre con la misma sonrisa amable, replicó:

«Sire, cincuenta y dos.» Napoleón trataba de mostrarse especialmente amable con las esposas y las hijas de sus mariscales. La esposa del mariscal Lefebvre era una alegre mujer del pueblo, y decíase de ella que había sido lavandera. Una noche se presentó en la corte cargada de diamantes, perlas, flores y joyas de oro y plata, pues como ella misma explicaba, cuando se trataba de adornos personales quería «tenerlo todo». El chambelán de turno, el puntilloso monsieur de Beaumont anunció con cierto matiz de desdén:

«Madame la maréchale Lefebvre.» Napoleón se acercó para recibirla.

«¿Cómo está usted, madame la maréchale, duquesa de Danzig?» (título que Beaumont había omitido). Ella se volvió rápidamente hacia el chambelán: «Muchacho, tómate ésa y vuelve por otra.» Napoleón fue el primero en festejar la salida.

Napoleón invitaba a su corte a la antigua nobleza, pero a menudo se manifestaba cierta frialdad entre él y ellos. Cuando la duquesa de Fleury regresó a Francia al amparo de la amnistía. Napoleón, que sabía que era una mujer de vida tempestuosa, le preguntó con cierta brusquedad:

«Bien, madame, ¿todavía sois cariñosa con los hombres?» A lo que ella respondió: «Sí, Sire, cuando son corteses.» Otra vez madame de Chevreuse llegó a las Tullerías cargada de diamantes. «¡Qué espléndido conjunto de joyas! —dijo Napoleón; y después preguntó ingenuamente—: ¿Son todas auténticas?» «Cielos, Sire, realmente no lo sé. Pero de todos modos son lo bastante buenas para usarlas aquí».

Durante el otoño de 1809 Napoleón recibió en la corte al Marqués Gamillo Massimo, que había provocado dificultades en Roma y a quien habían obligado a tomarse unas vacaciones en París. Después del acostumbrado intercambio de cortesías, Napoleón preguntó a Gamillo si era cierto que los Massimi descendían del gran general romano Fabius Maximus. Con un atisbo de desdén por el emperador advenedizo, Camillo replicó: «No podría demostrarlo, Sire. Esa historia se ha contado en nuestra familia sólo durante mil doscientos años».

Estos personajes no eran enemigos en el sentido riguroso de la palabra; no eran más que miembros más o menos descontentos de la antigua sociedad a la que hubiera gustado el restablecimiento de sus privilegios.

Pero Napoleón, en efecto, tenía enemigos. Formaban una pequeña minoría, pero de todos modos eran enemigos, y le causaron muchas dificultades. Antes de detenerlos en ellos, vale la pena preguntarse qué hizo Napoleón para provocar su enemistad.

Por educación y convicción Napoleón era un republicano liberal, pero se convirtió en primer cónsul después de ocho años de derramamiento de sangre y casi anarquía. Todo había sido cuestionado; ya nada era sagrado. Napoleón comprendió que si deseaba salvar los principios más importantes elaborados durante la Revolución —la igualdad, la libertad y la justicia—, sobre todo debía impedir la reaparición de los antiguos odios y las luchas intestinas.

Éstos pronto cobraron renovada fuerza en el Tribunado. Cualquiera que fuese el tema del debate, ciertos tribunos tendían a cuestionar toda la Constitución y la concepción básica que la informaba. En 1801, el Tribunado rechazó las primeras y fundamentales secciones del Código Civil. Después, se opusieron al Concordato y a la Legión de Honor. Napoleón llegó a la conclusión de que no podía gobernar en estas condiciones. Si carecía de un código legal, Francia volvería a caer en la ilegalidad.

Si se deseaba conservar las libertades esenciales, debían restringirse las restantes; para salvaguardar el liberalismo había que limitar la acción de uno de los órganos liberales del gobierno.

La Constitución establecía que en 1802 debía reemplazarse un quinto de los miembros del Tribunado, pero no estipulaba cómo debía hacerse. Por consejo de Cambacérés, Napoleón decidió asumir personalmente la tarea. De ese modo eliminó a la principal oposición, incluida la persona de Benjamín Constant, y logró la sanción legal del Código Civil. En agosto de 1802 redujo el Tribunado de cien a cincuenta miembros, y en 1804 determinó que se reuniera dividido en tres grupos separados y por lo tanto menos influyentes. Al mismo tiempo, amplió las atribuciones del Senado, un organismo más conservador.

No puede sorprender que hacia 1807 el Tribunado abandonase su actitud crítica frente a Napoleón; había modificado totalmente su posición, y ahora manifestaba su admiración. Los discursos de los tribunos eran ejercicios retóricos aduladores y aburridos, y desacreditaban a todo el gobierno. Napoleón detestaba la adulación casi tanto como detestaba los insultos, y precisamente porque el Tribunado exhibía esa tendencia a la adulación, Napoleón lo suprimió en 1807 y transfirió a sus miembros al Cuerpo Legislativo. Pero Napoleón comenzó a dejar de lado incluso a este organismo en favor

del Senado. Podía tener la certeza de que el Cuerpo Legislativo aprobaría sus medidas y el presupuesto, pero tendió cada vez más a evitar incluso esta formalidad. Hubo años en que no convocó al Cuerpo Legislativo, y en una actitud que implicaba violar la Constitución sometió el presupuesto a la aprobación del Senado.

Es indudable que la abrumadora mayoría de los franceses aprobaba estos cambios, aunque por supuesto eso no implica necesariamente que tuviesen razón y que los cambios fuesen acertados. Los franceses deseaban un gobierno que funcionara, un gobierno que aplicase los principios de la Revolución; y no manifestaban especial interés por los detalles de funcionamiento. Pero el asunto preocupaba a ciertos franceses, algunos de los cuales eran hombres de suma integridad, que creían que Napoleón había avanzado demasiado en el sentido del gobierno personal. Es probable que el problema nunca pueda resolverse en un sentido o en otro, pues nadie sabe lo que habría sucedido si se hubiera permitido que el Tribunado original bloquease sistemáticamente leyes esenciales y agitase antiguos odios. De todos modos, parece bastante evidente que tanto Napoleón como sus críticos franceses eran absolutamente sinceros en lo que decían y hacían.

Tres figuras se destacaban en la oposición: Lázaro Carnot, que había votado en favor de la muerte de Luis XVI, y que como tribuno rechazó consecuentemente las medidas destinadas a ampliar las atribuciones de Napoleón. Carnot simpatizaba personalmente con Napoleón, pero no puede decirse lo mismo de los dos restantes antagonistas políticos.

Jean Bernadotte creía que Napoleón era una personalidad demasiado dominante; se negó a participar en el golpe de Estado del 19 Brumario y mantuvo una actitud crítica frente al Imperio hasta 1810, en que fue adoptado por el rey Carlos XIII y salió de Francia con el fin de adquirir los conocimientos que le permitirían gobernar después en Suecia. Népomucéne Lemercier, autor de dramas en verso, tenía el brazo derecho atrofiado y detestaba las cualidades militares de Napoleón; en el Tribunado se pronunció valerosamente contra la creación de un Imperio. Napoleón no hizo nada para perjudicar personalmente a Lemercier, y en realidad siempre abrigó la esperanza de conquistarlo. Cierta día, durante una recepción en las Tullerías, lo acogió cálidamente. «Ah, monsieur Lemercier, ¿cuándo nos escribirá otra tragedia?» «Sire, estoy esperando», replicó serenamente su interlocutor. Esto sucedía a principios de 1812.

Napoleón creía que el análisis que hacía la oposición de las necesidades de Francia estaba equivocado, pero respetaba su sinceridad. Les permitía reunirse en los salones de París y manifestar sus opiniones. Pero nada más. Los sujetaba con rienda corta. «Dicen que soy severo, incluso duro —observó cierta vez a Caulaincourt—. ¡Tanto mejor! Eso me evita serlo en realidad. Se interpreta mi firmeza con insensibilidad...

¿Usted cree realmente que no me agrada complacer a los hombres? Me reconforta ver una expresión feliz, pero me veo forzado a defenderme de esta inclinación natural, no sea que otros la aprovechen».

La dama que afirmaba reflejar las opiniones de la oposición, pero en realidad manifestaba las suyas propias, era muy distinta de los antagonistas permanentes de Napoleón, que basaban su actitud en principios.

Germaine de Stael no era francesa, sino suiza. Era una mujer de carácter dominante; sus países favoritos eran Inglaterra y Alemania. Contrajo matrimonio con un sueco y su alma, como ella misma no se cansaba de repetir, estaba envuelta en las brumas norteñas de la melancolía. Piel de la melancolía respondía al hecho de que tenía el rostro redondo, nariz ancha y labios gruesos. Estos rasgos se veían compensados en parte por unos luminosos ojos negros y unas hermosas manos, con las cuales retorcía constantemente una ramita de álamo. Su moral privada era tan desordenada como la de Talleyrand, que fue el padre de su primer hijo. En Delphine, Germaine representó al ex obispo en el personaje de madame de Vernon, y entonces Talleyrand murmuró: «Entiendo que en su novela madame de Stael se disfrazó y me disfrazó de mujer.» Germaine de Stael entró en la vida de Napoleón cuando le escribió algunas cartas durante la primera campaña de Italia. Afirmó que él era «Escipión y Tancredo, y reunía en sí mismo las sencillas virtudes de uno y los hechos brillantes del otro». Qué lástima, agregaba, que un genio estuviera casado con una insignificante y pequeña criolla, incapaz de apreciarlo o comprenderlo. Napoleón se rió ante la idea de que esa intelectualoide se comparase con Josefina, y no contestó. Pero Germaine era tenaz, y cuando retornó a París lo visitó inesperadamente. Napoleón, que estaba bañándose, ordenó informarla de que no estaba vestido, pero Germaine no prestó atención al detalle: «El genio no tiene sexo.» Más tarde, en casa de Talleyrand, arrinconó al conquistador y le ofreció una rama de laurel. Con la esperanza de recibir a cambio un tributo semejante, la autora

preguntó: «¿Quién es la mujer a quien usted respeta más?» Napoleón contestó: «La que mejor cuida su hogar.» «Sí, comprendo su punto de vista. Pero, ¿cuál es, para usted, la mejor mujer?» «Madame, la que tiene más hijos».

Germaine batió larga y enérgicamente el parche republicano, pero cabe preguntarse hasta qué punto era sincera. En 1798 la paz continuaba prevaleciendo en Suiza, pero con la ayuda francesa, se estaba preparando una revolución democrática, y Germaine temía por las rentas de su familia. «Habrá que permitirles que obtengan todo lo que desean —escribió a un amigo—, salvo la eliminación de las rentas feudales.» Trató de lograr que Napoleón se opusiera a la revolución que eliminaría su renta privada, y describió un paisaje lírico de la felicidad, la tranquilidad y la belleza natural de Suiza. «Sí, no lo dudo —la interrumpió Napoleón—, pero los hombres necesitan derechos políticos; sí, derechos políticos».

Los directores habían exiliado de París a madame de Stael por sus actividades subversivas, pero cuando Napoleón fue designado primer cónsul la permitió regresar. También designó miembro del Tribunado a Benjamín Constant, amante de Germaine. Constant también era suizo; un novelista genial, pero como hombre vivía torturado por la inseguridad, y era tímido como un ratón. Se esforzaba inútilmente por romper lo que él denominaba «la cadena» que lo ataba a Germaine.

También él era teóricamente republicano, pero su diario no revela amor por la gente común, «la nación no es más que un montón de basura».

Constant era un gran teórico. A semejanza de Germaine de Stael, deseaba que Francia se pareciese a Inglaterra, a Alemania, a Suiza —a diferentes países, salvo a Francia—. Expresó estas opiniones en el Tribunado, y convirtió consecuentemente en debate filosófico todos los intentos de reforma práctica. Incluso se opuso al Concordato, porque Germaine deseaba que Francia se adhiriese al protestantismo ya que ella misma era protestante. En 1802, cuando Napoleón reemplazó a veinte tribunos, uno de los que salieron fue Benjamín Constant.

Germaine de Stael no había conseguido convertirse en la amante o la colaboradora de Napoleón, y por lo tanto decidió que sería su enemiga mortal, «pues no podía mostrarse indiferente ante un hombre así». Interpretó la remoción de Constant como un insulto infligido a su propia persona, y decidió contestar. Convocó a su padre de que escribiese un folleto que demoliera la Constitución

francesa. Napoleón supuso —acertadamente— que Germaine era la inspiradora del folleto, y le ordenó que saliera de París. Podía vivir en Francia, pero no en París.

Germaine, que florecía con las situaciones dramáticas, escribió exultante a un amigo: «Me teme. Eso es mi alegría, mi orgullo y mi terror.» En realidad, Napoleón no la temía, pero la consideraba una molestia irritante. Germaine salió prontamente de Francia y durante los doce años siguientes recorrió Europa, denunciando al hombre que la «oprimía». En Alemania llamó la atención de Goethe el hecho de que «ella no tenía la más mínima idea del significado del deber»; en Inglaterra, Byron observó que «ella discursaba, sermoneaba, enseñaba política inglesa a nuestros principales políticos whigs, al día siguiente de su llegada a Inglaterra; y... también enseñaba política a nuestros políticos tories un día después. Si no me equivoco, el propio soberano tuvo que soportar este flujo de elocuencia».

Como estaba en tratos con los enemigos de Francia en tiempo de guerra, Germaine podía ser arrestada, pero Napoleón la dejó en libertad.

Sin embargo cuando Junot le pidió que le permitiese regresar a París, Napoleón se negó. «Sé cómo actúa. Passato U pencólo, gabbato U santo.

Cuando pasó el peligro, se hace burla de los santos.» Con el tiempo Napoleón se reconciliaría con Benjamín Constant, pero nunca con Germaine. Tal vez la observación más sagaz acerca de esta dama magistral es la que formuló Talleyrand: «Es tan buena amiga que se muestra dispuesta a arrojar al agua a todos sus conocidos por el placer de salvarlos.» Napoleón no era el tipo de hombre que permitiera que nadie lo arrojase al agua; y una mujer menos que nadie.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El estilo imperio

Las artes, sobre todo la música y la tragedia, representaron un papel importante en la vida de Napoleón, y él, como otros gobernantes de Francia, contribuyó mucho a la promoción de las artes mediante la protección dispensada a los escritores, los pintores y los músicos, y el aporte generoso de fondos al teatro y al ballet. Pero el emperador era diferente de sus predecesores, los reyes. Napoleón influyó sobre las artes no sólo a través de su gusto personal sino gracias a sus hechos, pues sus victorias en el campo de batalla marcarían con su sello no sólo la forma de una silla puesta en el salón sino también los temas de la gran ópera. Esa combinación del gusto de Napoleón con la inspiración que sus victorias aportaron a los artistas es lo que se denomina el estilo Imperio.

Napoleón no simpatizaba especialmente con los parisienses, pero quiso convertir a París en la ciudad europea más bella, «la capital de las capitales», y allí concentró sus obras y edificios públicos. Comenzó por atravesar la ciudad con un camino triunfal, orientado de este a oeste.

Ordenó a sus arquitectos favoritos, Perder y Fontaine, que concibieran una obra simétrica y regular; quizá mencionó la Vicenza de Palladio, de la que tenía un conocimiento directo. El resultado fue la rué de Rivoli, larga, recta, y con arcadas. Napoleón deseaba que fuese una calle de aspecto discreto, y no permitió que hubiera anuncios de las tiendas, talleres, panaderos o carniceros. Al norte abrió otra calle recta: la rué de Castiglione, la cual sobre el extremo más alejado de la place Vendôme se convierte en la rué de la Paix. Al abrir estas calles, tan diferentes de la red circundante de callejones. Napoleón impuso una atmósfera nueva, descrita así por Víctor Hugo:

Le vieux París nestpius quune rué éternelle.
Qui s'étire elegante et droite comme un I.

En distant, Rivoli, Rivoli, Rivoli.

Napoleón instaló la luz de gas en París, y hacia 1814 la ciudad tenía 4.500 faroles callejeros de luz de gas. También ideó un nuevo sistema de numeración de las calles. La Revolución había iniciado la numeración por distritos, como en Venecia, y por lo tanto era muy difícil localizar los números altos. El prefecto Frochot deseaba que los números descendieran por un lado de la calle y después de dar la vuelta se elevaran por el otro. Era un problema matemático que interesó a Napoleón. Decidió que en todas las calles habría números pares a un lado e impares al otro; en las calles paralelas al Sena, la numeración seguiría el movimiento del río, y en las otras calles comenzaría por el extremo más próximo al río. El sistema de Napoleón ha perdurado hasta ahora. Para aclarar aún más las cosas, Napoleón ordenó que se pintaran sobre fondo rojo los números de las calles paralelas al Sena, y las restantes sobre fondo negro.

Dos temores heredados de la monarquía inquietaban a Napoleón: las amantes y Versalles, y así como juró no someterse nunca a la influencia de las mujeres, juró también que jamás acometería construcciones extravagantes. Para su propio uso construyó sólo dos teatritos, uno en las Tullerías y el otro en Saint-Cloud; en París emprendió un programa más amplio de construcciones, pero siempre prestando mucha atención al costo.

El edificio más original de Napoleón es el templo en honor de la Grande Armée. Fue una idea suya decidida en 1806. Organizó un concurso público y eligió un diseño de Vignon derivado del Partenón.

Dentro, se grabarían sobre placas de mármol los nombres de todos los soldados que habían combatido en Austria y en Alemania. Los únicos adornos serían algunas alfombras, así como cojines y estatuas, «pero no —dijo Napoleón—, de la clase que se ve en los comedores de los banqueros». Entonces se formuló el interrogante: ¿Dónde se levantaría el templo? Napoleón podía apostar una batería de cañones en cinco segundos, pero cuando se trataba de elegir la ubicación de un edificio cavilaba y daba largas, pues en este tema carecía de principios rectores o de instinto. Durante varios meses vaciló entre distintos sitios, incluso la colina de Montmartre. Finalmente, con la ayuda de sus planificadores urbanos eligió un lugar al norte de la place de la Concorde. La construcción comenzó inmediatamente, y hacia 1811 estaba bastante avanzada.

Otros edificios concebidos por Napoleón para París son la Bolsa, inspirada en el templo de Vespasiano en Roma, pero terminada sólo

después del reinado de Napoleón, y una nueva ala que debía unir el Louvre con las Tullerías. Napoleón presentó un modelo destinado a suscitar los comentarios del público, y esa actitud provocó el desdén de su asesor, Fontanes, que desconfiaba del gusto popular. Como parte de la reconstrucción del Louvre, Napoleón encargó a Percier y a Fontaine la construcción de una fuente en uno de los patios. Crearon un grupo más o menos barroco de náyades de cuyos pechos brotaba agua. Napoleón echó una ojeada a la fuente. «Retiren esas nodrizas. Las náyades eran vírgenes».

Napoleón deseaba construir cuatro arcos triunfales en París, para celebrar las batallas de Marengo y Austerlitz, la paz y la religión. «Mi idea es utilizarlos para subsidiar a la arquitectura francesa durante diez años, en el nivel de 200.000 francos... y la escultura francesa durante veinte años.» En realidad, construyó sólo dos arcos; el más pequeño, dedicado a Austerlitz, se levanta en lo que era la entrada de las Tullerías.

Es una construcción elegante con cuatro columnas de mármol rojo a cada lado. Pero no agradó a Napoleón, que consideraba que era «más un pabellón que una entrada». Los caballos de bronce creados inicialmente para el Templo del Sol, en Corinna, y capturados por los franceses en Venecia, fueron puestos sobre la cima del arco, y durante una de las ausencias de Napoleón, Denon agregó un carro y una estatua de Napoleón. Éste ordenó que se retirara inmediatamente la estatua, señalando que el arco estaba destinado a glorificar, no a su persona, sino «al ejército que tuve el honor de dirigir». Asimismo, Napoleón vetó el plan de Champagny de rebautizar place Napoleón a la place de la Concorde.

«Debemos conservar el nombre actual. La concordia es lo que hace invencible a Francia».

El otro arco napoleónico es el Arc de Triomphe de l'Etoile. Aunque se concibió en el estilo neoclásico, Napoleón continuó abrigando la esperanza de mejorarlo: «Un monumento dedicado a la Grande Armée tiene que ser amplio, sencillo, majestuoso, y no ha de tomar en préstamo elementos de la antigüedad.» Aprobó los planos de Chalgrin, que son antoclásicos puesto que el arco carece de columnas. Tampoco en este caso Napoleón supo dónde situarlo. En primer lugar pensó en la ruinosa Bastilla, lugar tradicional de retorno para los ejércitos franceses, después en la place de la Concorde, y finalmente aprobó el plan de Chalgrin, que era instalar el arco hacia el noroeste de París, una suerte de herradura gigantesca en el cruce de dos caminos rurales.

Como sabemos a Napoleón le gustaba el agua, tanto por sí misma como por su utilidad como factor de higiene, y gran parte de lo que hizo en París se relaciona con el agua. Bordeó el Sena con cuatro kilómetros de quais de piedra, y construyó tres puentes sobre el río, entre ellos uno de hierro fundido, una invención más o menos reciente. Mejoró el suministro de agua potable —pagó la obra con un impuesto aplicado al vino—, planeó lagos que permitían la navegación en bote en los Campos Elíseos y concibió dos fuentes gigantescas. Aunque nunca fueron construidas, las fuentes merecen que se les preste atención porque revelan los gustos de Napoleón en el ámbito de la estatuaria:

Veo por los diarios (escribió Napoleón desde Madrid el 21 de diciembre de 1808 a su ministro del Interior) que usted ha puesto la piedra fundamental de la fuente en el asiento de la Bastilla. Supongo que el elefante estará en el centro de una enorme fuente llena de agua, que será una hermosa bestia, y que tendrá magnitud suficiente para permitir que la gente entre en el howdah colorado sobre su lomo. Quiero mostrar de qué modo los antiguos aseguraban estos howdahs, y para qué se usaban los elefantes. Envíeme el diseño de esta obra. Ordene que se准备n los planos de otra fuente que representará una elegante galera con tres hileras de remos —por ejemplo la de Demetrio— con las mismas dimensiones que un trirreme clásico. Podría instalársela en medio de una plaza pública, o en otro lugar semejante, con chorros de agua alrededor, para acentuar la belleza de la capital.

La Revolución había resquebrajado los antiguos moldes artísticos, y cuando Napoleón se convirtió en emperador halló una considerable diversidad en la pintura francesa. Por ejemplo, Josefina colgaba de sus paredes cuadros con escenas bucólicas de vacas que pacían pacíficamente; Louis Bonaparte compró el cuadro Belisario mendigando, de Gérard; un anciano ciego, obligado a llevar al niño moribundo que ha sido su guía, avanza a tientas a través de la llanura bajo la triste luz del anochecer. Ninguno de estos temas había atraído a Napoleón.

Al emperador le agradaban los cuadros que representaban a hombres haciendo cosas. Del cuadro Termopilas, de David, dijo: «No es un tema apropiado para un cuadro. Leónidas perdió.» Asimismo, cuando examinó una lista de temas históricos para adornar la vajilla de Sèvres, Napoleón se detuvo bruscamente ante la siguiente

leyenda: «San Luis, prisionero en África, elegido juez por los hombres que lo derrotaron.» Lo tachó de un plumazo.

Con respecto al estilo, Napoleón rechazaba la tendencia neoclásica —es decir, la presentación de los contemporáneos desnudos o con atuendos clásicos— y sentía desagrado por la alegoría. Le agradaban el color, el movimiento, y sobre todo la exactitud histórica. En una nota enviada a Denon dice: «Ordene la ejecución de un gran cuadro que represente el Acta de la Mediación, con muchos diputados, diecinueve de ellos vestidos de gala.» Exactamente diecinueve.

El artista contemporáneo que mejor satisfizo las exigencias de Napoleón fue Antoine Gros, llevado inicialmente a Milán por Josefina. Gros se inició como alumno de David, pero reaccionó contra la equilibrada paleta de su maestro: «La pintura espartana es una contradicción en sí misma.» Le agradaba la abundancia del color, y sobre todo del verde botella y el rojo. Aún más le agradaba representar el movimiento. Este aspecto era esencial en las escenas de batallas encargadas por Napoleón. , Ciertamente, Gros incorporó a la pintura los cambios que Napoleón promovió en la esfera de la actividad bélica, pues fue el primero que consiguió representar sobre la tela grandes movimientos de grupos, por ejemplo columnas de infantería y escuadrones de caballería. Las más grandes escenas de batallas de Gros, sobre todo Abukir y Eyiau, no sólo son escrupulosamente exactas, sino que, como obras de arte, no fueron superadas en su tipo.

Parte del equipo militar representado por los pintores entró en las casas como temas decorativos: se popularizaron los banquillos en forma de tambores y los cortinajes imitando a tiendas. Los lechos, que durante el reinado de Luis XV habían sido, por así decirlo, rincones con cortinados, se convirtieron en lugares para dormir, desapareciendo los cuatro postes; a menudo tenían la cabecera y los pies muy sencillos, y haciendo juego, una almohada en cada extremo y encima un dosel de seda liviana.

Las sillas y los divanes perdieron sus curvas caprichosas; tenían el respaldo recto, porque en ellas se sentaban soldados de espaldas rectas. Las alfombras exhibían emblemas imperiales; águilas, cornucopias, victorias.

De las paredes se colgaban lujosas sedas de Lyon. La abundancia de oro compensaba la severidad de las líneas; no sólo en los relojes y los vasos, sino en las alacenas, las cómodas y las sillas. Tres razones justificaban esta práctica. En primer lugar, el oro o el dorado eran el equivalente decorativo de los alamares y las charreteras de los

oficiales; segundo, después de un prolongado período de escasez, el oro abundaba en Francia, y su uso no era mera ostentación; tercero, Napoleón fomentó la decoración lujosa como un modo de ayudar a los fabricantes. Según afirmó, una de las razones que lo indujeron a restablecer la corte fue crear un mercado para los muchos artesanos franceses especializados en la producción de artículos de lujo. Es hasta cierto punto una paradoja que entre las más bellas obras maestras del reinado del ahorrativo Napoleón se incluyese la lujosa orfebrería de Auguste, Biennais y Odiot.

A semejanza de muchos hombres cuya mente se orientaba hacia la matemática, Napoleón amaba la música. A menudo cantaba para sí mismo, y cuando tarareaba «Ah!c'en estfait.je me marie», era el momento de que el peticionario formulase su solicitud. Solía desentonar, pero según la versión del violinista Blangini, «ciertamente tenía buen oído».

Su instrumento favorito era la voz humana y su música predilecta la de Giovanni Paisiello, de quien se ha dicho que es el Correggio de la música. Del aria «Gia U sol», de Nina, la pastoral de Paisiello, dijo que podría escucharla todas las noches de su vida.

En general, Napoleón presenciaba unas diez representaciones de ópera italiana todos los años, ocho de ópera cómica y sólo dos o tres de ópera francesa. Cierta vez se quejó a Etienne Méhuí de que la música francesa carecía de gracia y melodía. Irritado, Méhuí se encerró en su habitación, compuso una ópera de estilo italiano titulada UIrato y después de presentarla como la obra de un italiano desconocido, la llevó a escena. Napoleón asistió al estreno, gustó de las melodías, aplaudió y dijo varias veces a Méhuí, que estaba sentado a su lado: «Nada puede superar a la música italiana.» Se extinguieron las últimas notas, los cantantes hicieron las tres reverencias acostumbradas, y se anunció el nombre del compositor: Etienne Méhuí. La sorpresa de Napoleón fue total, pero después dijo a Méhuí: «No tengo ningún inconveniente en que me engañe de nuevo».

«La Opera —dijo Napoleón—, es el alma misma de París, así como París es el alma de Francia.» El propio Napoleón contribuyó mucho a elevar su nivel. Estipuló que debían presentarse anualmente ocho producciones nuevas, y fijó el número de ensayos de cada una. Debía pagarse mejor a los compositores y los cantantes, y para ayudar a cubrir el costo suspendió la práctica de otorgar palcos gratuitos a los funcionarios oficiales. Él mismo dio ejemplo pagando por su propio palco veinte mil francos anuales. Con el propósito de

formar una reserva de cantantes, asignó dieciocho lugares gratuitos a los alumnos del Conservatoire, y arregló que un compositor promisorio se uniese a los estudiantes de arte —entre ellos estaba Ingres— que estaban becados en Villa Mediéis.

El Imperio fue un período de gran auge de la ópera. Lesueur, hijo de un campesino normando, presentó en 1804 su obra *Ossian ou les Bardes*, y tres años después *Le Triomphe de Trajan*, obra en la cual trasladó a los tiempos romanos el gesto de clemencia de Napoleón cuando perdonó al príncipe Hatzfeld. Otra ópera importante fue *La Vestale*, de Sponrini; un oficial romano y una virgen Vestal se enamoran; la virgen se muestra negligente y permite que se apague la llama sagrada y la condenan a muerte, entonces el oficial se presenta al frente de sus tropas, se apodera de la virgen y la desposa. La Academia de Música desaprobó la ópera, y Napoleón ordenó que se representara sólo porque gustaba mucho a Josefina. Fue un gran éxito, y durante los años siguientes alcanzó las doscientas representaciones. Napoleón sugirió el tema de otra ópera, *Femand Cortez*, de Sponrini. Por primera vez llevó a escena a catorce jinetes; un periodista propuso que se fijara un anuncio sobre la puerta del teatro: «Aquí se representa una ópera a pie y a caballo».

Napoleón hizo mucho personalmente por los músicos. El poderoso Conservatorio había arruinado y llevado a la desesperación a Lesueur cuando Napoleón lo salvó, le dio un lugar donde vivir, encontró un escenario para sus óperas y le encargó misas para su capilla. Napoleón otorgó la Corona de Hierro a su cantante favorito, Girolamo Crescenti.

Como generalmente se reservaba la Corona para los actos de coraje en el campo de batalla, los críticos comenzaron a murmurar, hasta que fueron silenciados por el comentario ingenioso de Giuseppina Grassini:

«Crescenti ha sido herido»; en efecto, era un cástralo. Napoleón también apreciaba a Garat, que podía cantar con voz de bajo, barítono, tenor o soprano. Garat, un hombre adiposo y afectado, generalmente adornado con enormes corbatas y chalecos bordados, consideraba una cuestión de honor llegar siempre tarde. Esta costumbre movió a Cherubini a llegar dos horas tarde al funeral de Garat, y a observar: «Conozco a Garat; cuando dice mediodía, se refiere a las dos».

Los generales romanos, los conquistadores, los jefes celtas armados hasta los dientes, irrumpieron en el escenario del Imperio. Pero si la ópera llegó a parecerse a la batalla, ésta debió no poco a la

ópera. Es notable el hecho de que cuando las tropas francesas marchaban contra el enemigo, lo hacían al son de la música operística. «Veillons au salut de l'Empire», que bajo el Imperio reemplazó, a la Marseillesa, provenía de una ópera de Dalayrac. Otro fragmento preferido por los soldados «Où peut-on être mieux qu'au sein de sa famille?» provenía del famoso dúo de Lucile, de Grétry, y por su parte «La victoire est à nous» es un fragmento de La Caravane du Caire, del mismo compositor. Estas melodías y otras semejantes eran ejecutadas por las bandas militares durante la batalla.

Aunque por supuesto es imposible una comparación objetiva, la mayoría de las personas probablemente coincidiría en la opinión de que la música militar francesa era mucho más emocionante que la de otro ejército cualquiera de su tiempo, de modo que no es exagerado afirmar que un reducido número de melodías pegadizas y emotivas, ejecutadas con pífanos y tambores, ayudaron a Napoleón a alcanzar sus victorias.

El propio Napoleón tenía conciencia de la importancia de estas piezas. El 29 de noviembre de 1803 escribió a su ministro del Interior: «Quiero que usted ordene componer una canción, con la melodía del Chant du départ, para la invasión a Inglaterra. Mientras está en eso, ordene componer una serie de canciones referidas al mismo tema, pero con diferentes melodías».

Si a Napoleón le agradaba una canción pegadiza, también lo complacía un libro sugestivo. Su lectura favorita era la historia narrada, «la historia es para los hombres», y su biblioteca portátil revestida de caoba incluía libros de historia acerca de casi todos los países y casi todas las épocas. En 1806 estaba leyendo a Gregorio de Tours y a otros cronistas del último período del Imperio Romano; en 1812, en Moscú, la Historia de Carlos XII, de Voltaire. Cuando conocía a un historiador, Napoleón le preguntaba cuál era la época más feliz de la historia; el escritor suizo de tendencia liberal Johannes von Müller respondió que los Antoninos; Wieland opinó que no existía una época más feliz que las restantes: la historia se desarrollaba en círculos, y Napoleón aprobó esa respuesta.

A Napoleón le entusiasmaba la litada y creía que la Odisea era una obra muy inferior. Antes de partir para Egipto escuchó a su amigo Arnault cuando éste leyó la escena en que Odiseo regresa y descubre a los pretendientes de Penélope que viven a expensas de su reino. «Rateros, infames... éhos no son reyes», exclamó enojado Napoleón, y tomó una traducción francesa, encuadrada en cuero

de becerro, de la versión libre de Ossian realizada por Macpherson, y comenzó a declamar lo que él consideraba auténtica poesía heroica. El relato favorito de Napoleón en Ossian era Darthula. La acción se desarrolla en Irlanda, donde tres hermanos libran una guerra sin esperanza contra el usurpador Cairbar.

Nathos, uno de los hermanos, se enamora de Darthula, y hacia el final los tres hermanos y Darthula mueren. «Ella cayó sobre el exánime Nathos, como una corona de nieve. Los cabellos de Darthula se extienden sobre la cara de Nathos. ¡Se mezcla la sangre de ambos!».

Hacia el final de la veintena, Napoleón gustaba mucho de Ossian, y a su regreso de Egipto dio a su hijastro el nombre de Osear —el hijo de Ossian—. Pero los poemas eran demasiado sencillos para mantener por mucho tiempo su interés. Tendió a inclinarse más hacia las novelas, y sobre todo a las que asignaban un papel importante al amor. Después de la historia, las novelas eran su lectura favorita. No le interesaban las novelas de estilo inglés, en las que se recompensa la virtud y se castiga el vicio; lo que le agradaba era el final trágico, como en Comte de Comminges, de madame de Tencin, una obra en la cual mueren tanto el héroe como la heroína. Rechazaba el suicidio como final. En Las penas del joven Werther le pareció artificioso que Werther se quitara la vida a causa de la frustración de su ambición y su amor. «No concuerda con la naturaleza —dijo a Goethe—. El lector se ha formado la idea de que Werther siente un amor ilimitado por Charlotte, y el suicidio debilita esta imagen».

Napoleón poseía un franco y saludable sentido del humor. No lo demostraba con frecuencia porque Francia y la época no estaban bien dispuestas en ese sentido, pero ese rasgo de todos modos existía, y que era así puede inferirse del libro humorístico que le complacía más: El poema heroico cómico Vert-Vert, de Louis Gresset. Vert-Vertes un loro que vive en un convento. Se sabe de memoria solamente palabras santas, muchos cánticos y el Ave Jesús. Las monjas lo miman, y los visitantes vienen desde lejos para admirarlo. Un convento de monjas les ruega que se les permita tenerlo durante una quincena, y lo envían río abajo por el Loira en una embarcación en la que los novios se hacen arrumacos, los soldados hablan de violaciones, saqueos y sangre; cuando llega a destino Vert-Vertjura y maldice como la soldadesca. «Con silbidos desdeñosos, batiendo las alitas, imaldición, gritaba, estas monjas son tontas!» Las monjas huyen persignándose y lo devuelven a toda prisa. Encierran a Vert-

Vert, que se reforma y finalmente muere a causa de un exceso de golosinas.

Este poema es propio de mediados del siglo XVIII, y muestra un toque muy ligero. Puede parecer sorprendente que Napoleón, que encargaba fuentes elefanriásicas apreciara un toque tan ligero; pero así era. Lo apreciaba también en Josefina, cuyo humor era asimismo de este tipo. Certo día ella se paseaba por el parque de Malmaison con un príncipe extranjero, un hombre de carácter muy grave. Creía que todo lo que veía había sido construido especialmente —tal era entonces la moda— para mejorar el paisaje. Después de preguntar acerca de las grutas y las reproducciones de templos, directo como siempre, el visitante señaló a lo lejos el acueducto de Marly, construido con un gran coste económico para llevar agua a las fuentes de Versalles. «¿Eso? —dijo Josefina—. Sólo es una minucia que Luis XIV organizó para mí».

Entre todas las artes. Napoleón prefería el drama trágico. Sabemos que lo complacía porque exaltaba el honor y el coraje. Presenció 377 representaciones trágicas, es decir un número más elevado que las representaciones de ópera italiana, y conocía de memoria muchas escenas.

Después de Marengo, donde la derrota se convirtió en victoria gracias a una carga de Desaix, Napoleón le recitó a un ayudante varios versos de La Mort de César, de Voltaire:

J'ai serví, commandé, vaincu quarante années,.
Du monde entre mes mainsfai vu les destíneos,.
Et j'ai toujours connu quen tout événement.
Le destin des états dépendait d'un moment.
(He servido, mandado y vencido cuarenta años;.
Encerré entre mis manos los destinos del mundo,.
Y supe siempre que en todo acontecer.
El destino de los estados dependía de un instante).

Después de la batalla de Bailén, que fue su primera derrota, Napoleón habló ante su Consejo de Estado, con lágrimas en los ojos, acerca de los recursos que el general Dupont debió haber encontrado en la desesperación misma de su situación. «El viejo Horacio en Horace, de Corneille, tenía razón. Después de decir "Que él muriera", agregó "O que una terrible desesperación lo abrumase." Los críticos carecen de psicología cuando censuran a Corneille porque debilita gratuitamente el efecto de "Que él muriese" en el segundo verso».

En su juventud Napoleón deseaba que la tragedia acabase en derramamiento de sangre. «El héroe tiene que morir», dijo a Arnault cuando aconsejó a su amigo que reformase el último acto de *Les Vénitiens*. Pero a medida que avanzó en la vida se debilitó su inclinación al derramamiento de sangre, y hay un final feliz en la obra que él prefería por encima del resto, es decir, *Cinna*, de Corneille, que Napoleón vio doce veces, es decir dos más que *Phedre* e *Iphigénie* de Racine. El héroe de *Cinna* es Augusto, uno de los tres romanos antiguos a quien Napoleón admiraba más; los otros eran Pompeyo y Julio César. Durante una visita a la Galia, Augusto se entera de que *Cinna*, su mejor amigo, ha estado conspirando para matarlo; después de prolongada vacilación, por consejo de su esposa Livia perdona al culpable, le ofrece su amistad y le concede el consulado.

Cinna es un drama de misericordia. La predilección de Napoleón por la obra revela un aspecto del carácter de Napoleón, y el hecho de que la viera doce veces sin duda acentuó la intensidad del sentimiento. Por lo menos en dos ocasiones Napoleón perdonó a los culpables cuando una mujer pedía compasión: una, después de la conspiración de Cadoudal, y otra cuando el príncipe Hatzfeld espió en favor del enemigo.

Napoleón tenía ideas muy definidas acerca de lo que debía ser una tragedia. En primer lugar, «el héroe, para que fuese interesante, no debía parecer completamente culpable ni completamente inocente». El héroe jamás debía comer en escena —Benjamín Constant era un tonto si afirmaba lo contrario— y tampoco debía sentarse; «cuando la gente se sienta la tragedia se convierte en comedia». Quizás ésta era una de las razones por las cuales Napoleón rara vez se sentaba. Después, como en los cuadros, debía haber abundancia de color local auténtico; en este aspecto Napoleón criticaba los dramas orientales de Voltaire. Finalmente, no debían existir dioses que cargaran los dados en perjuicio del héroe:

nada de «destino». «¿Qué tenemos que ver ahora con el destino? —dijo a Goethe—. La política es el destino.» Es una observación profunda. Napoleón creía que, al enfrentar a un hombre con otro, la política aportaba los elementos de la tragedia, que es el conflicto entre lo que el hombre propone y lo que es realmente posible. A medida que se sucedieron los años del Imperio, Napoleón se encontró atrapado cada vez más en este tipo de tragedia. La literatura había penetrado en su sangre y, como veremos, llegó a ver su propia situación trágica con referencia a su autor favorito, es decir

Corneille; el héroe tiene que mostrar, hasta los límites mismos de su resistencia, y aun más allá, una voluntad cuyo temple se asemeje al del acero de Toledo.

En su condición de gobernante de Francia, Napoleón deseaba alentar la literatura, pero percibía las dificultades de la tarea. No creía en los «historiadores oficiales» o en los «poetas laureados». «En general, ninguna de las formas de la creación que son sencillamente cuestión de gusto, y que pueden ser intentadas por todos, necesita el aliento oficial.» En cambio, Napoleón creía en la necesidad de elevar la jerarquía de la literatura mediante la reorganización del Instituto, de manera que el idioma y la literatura franceses formasen una sección especial —la Academia Francesa— y tratando de que los mejores escritores fuesen elegidos miembros de la entidad. Un ejemplo apropiado es Chateaubriand. En política Chateaubriand era un típico realista bretón, y Napoleón comprobó que podía provocar dificultades. En el Salón de 1809 Napoleón se detuvo frente al retrato del autor realizado por Girodet, y observó largamente el rostro hundido, los cabellos desordenados y la mano oculta bajo la solapa de la chaqueta: «Parece un conspirador que acaba de descender por la chimenea.» Pero como escritor Chateaubriand era otro asunto. Napoleón tenía elevada opinión de Le Géniedu Christianismey deseaba la incorporación de Chateaubriand a la Academia. Pero Lemercier se oponía a Chateaubriand. Cierta vez afirmó que una obra tan imperfecta como Le Génieno podía, «sin cierto atisbo de ridículo», ocupar el tiempo de la Academia a la hora de otorgar los premios.

En 1811 falleció Marie Joseph Chénier, autor de dramas en verso, y gracias sobre todo al apoyo de Napoleón la Academia eligió a Chateaubriand para ocupar el asiento vacante. De acuerdo con la costumbre, Chateaubriand habría tenido que pronunciar un discurso de elogio de su predecesor; una situación embarazosa para un realista, porque Chénier había votado en favor de la muerte de Luis XVI. Fontanes, consejero de Napoleón en asuntos literarios, sugirió a Chateaubriand que debía limitarse a mencionar de pasada a Chénier, para continuar después con un elogio de Napoleón. «Sé que usted puede hacerlo con absoluta sinceridad.» Chateaubriand redactó su discurso. En efecto, elogió a Napoleón pero, decidido a decir lo que pensaba en política, continuó condenando el alzamiento de los sacrilegos contra las dinastías, y especialmente a Chénier.

Cuando le mostraron el discurso, Napoleón dijo irritado a Segur:

«¡Cómo se atreve la Academia a hablar de regicidios, si yo, que estoy coronado y debería tener más motivos para odiarlos en cambio ceno con ellos!» Tachó el pasaje ofensivo, pero Chateaubriand se negó a modificarlo, de manera que nunca ocupó oficialmente su asiento. Una tormenta en un vaso de agua, pero ilustra bien la actitud de Napoleón frente a la literatura; ante todo, era necesaria la reconciliación y que todos enterraran las armas. El incidente cobra más relieve en vista de que Napoleón había ayudado a Chénier, que se encontraba en la mayor pobreza, y le había dado un empleo, a pesar de que durante años Chénier había escrito criticándolo y lo había atacado en el Tribunado. Por ejemplo, en diciembre de 1801 Chénier se opuso a la palabra «subdito», usada en el artículo 3 del tratado de paz con Rusia. No sin cierta exageración poética, Chénier afirmó que cinco millones de franceses habían muerto para dejar de ser subditos, y que la palabra «subdito» debía permanecer enterrada bajo las ruinas de la Bastilla. Napoleón tuvo que abrir el diccionario y demostrar que el uso diplomático del término «subdito» permitía aplicarlo a los ciudadanos de una república tanto como a los de una monarquía.

A veces se afirma que Napoleón coartó la literatura, y en general la publicación de materiales escritos, a causa del restablecimiento de la censura. Examinemos los hechos en su contexto histórico. Había existido censura antes de 1789, y la libertad de publicar nunca había sido una cuestión importante durante la Revolución. La formulación más completa de los principios revolucionarios, la Constitución de 1791, aborda el tema únicamente en el capítulo V, sección 17. «Nadie puede ser arrestado o acusado por publicar o imprimir escritos acerca de un tema cualquiera, a menos que intencionadamente incite a la gente a desobedecer a la ley o a menoscabar al gobierno...» En otras palabras, se presuponía cierto grado de control oficial, y de hecho todos los gobiernos que se sucedieron entre 1791 y 1799 habían comprobado que podían sobrevivir sólo gracias a la censura de la prensa, el teatro y los libros.

Consideremos en primer lugar el caso de la prensa. Cuando Napoleón accedió al cargo de primer cónsul, París tenía setenta y tres periódicos. La mayoría pertenecía a realistas que, con el fin de restaurar a Luis XVIII en el trono, estaban dispuestos a imprimir todos los escándalos, los rumores o las mentiras. El 16 de enero de 1800, cuando Francia estaba al borde de la quiebra, algunos periódicos anunciaron que tropas anglorusas habían desembarcado en Bretaña y capturado tres mil prisioneros. Era una invención lisa y

llana, pero provocó pánico, determinó la caída de la Bolsa y ciertamente determinó que la gente «menoscabara al gobierno». Napoleón había heredado del Directorio una ley que autorizaba a la policía a clausurar los periódicos, y al día siguiente la utilizó para clausurarlos casi todos. Sólo trece de ellos continuaron apareciendo hasta 1811, cuando la situación militar empeoró; entonces Napoleón los redujo a cuatro y estableció la censura.

En 1804 Napoleón discutió el tema con Lemercier, quien señaló que Inglaterra gozaba de la libertad de prensa —aunque podría haber agregado que se había visto obligada a suprimir el *babeas corpus*—. «El gobierno inglés es antiguo, el nuestro es nuevo — replicó Napoleón—.

En Inglaterra existe una aristocracia poderosa, aquí no existe... Las clases superiores inglesas prestan escasa atención a los ataques periodísticos y los ciudadanos privados que pertenecen a familias poderosas o gozan de su protección tampoco tienen mucho que temer; pero aquí, donde los diferentes grupos sociales aún no se han afirmado, donde el hombre de la calle es vulnerable, y el gobierno todavía es débil, los periodistas pueden destruir las instituciones, a los individuos y al propio Estado.» «Deberían existir leyes protectoras —objetó Lemercier—, y tribunales que indemnicen a los individuos y a los funcionarios civiles.» Napoleón le replicó: «En ese caso no hay libertad de prensa; pues si uno intenta impedir que la prensa se tome libertades, destruye su libertad.» El control de la prensa tiene otro aspecto que Napoleón no mencionó a Lemercier. Si Napoleón hubiera deseado realmente una prensa floreciente —como deseaba una Iglesia floreciente— probablemente la habría promovido. Pero no lo hizo. Como dijo cierta vez a Roederer:

«Si el pueblo francés considera que yo le ofrezco ciertas ventajas, tendrá que soportar mis defectos. Y mi defecto es que no tolero los insultos.» Napoleón había reaccionado mal frente al trato que le dispensó la prensa inglesa, y aunque siempre alentaba la crítica honesta, no podía soportar la mezquindad de los periódicos franceses según eran entonces, y los insultos que acumulaban sobre él y el gobierno. Por supuesto, eso continuaría, incluso después de la eliminación por parte de Napoleón de los más irresponsables: el *Journal des Hommes Libres* del 10 de julio de 1800 criticó a Napoleón porque había usado las palabras «Francia» y «franceses» en lugar de «patria» y «ciudadanos».

El mantenimiento de la censura era un signo de debilidad, tanto política como personal. Napoleón habría sido una figura más atractiva

si hubiera sabido dominar esa debilidad. Pero, según él veía las cosas a principios del siglo XIX, la libertad de publicar era una de las libertades secundarias, y había que sacrificarla con el propósito de preservar libertades más importantes. Salvo un puñado de franceses, todos coincidieron. La libertad de publicar se convertiría en una cuestión importante sólo en un período mucho más avanzado del siglo XIX.

Aunque ahora sabemos que la censura política es odiosa, cabe señalar que Napoleón la aplicó con un criterio mucho más liberal que sus predecesores. Anuló la prohibición que pesaba sobre obras teatrales como *Tartufo*, *Poiyeucte*, *Athaliey Cinna*, prohibidas por el Directorio a causa del pasaje que dice: «El peor de los estados es el Estado popular», y aunque alentó a los dramaturgos a celebrar los éxitos franceses, no utilizó la escena para difundir propaganda, como había hecho la Convención. «Debemos ofrecer a los propios ciudadanos la mayor libertad posible», dijo a Pelet de la Lozére. «Mostrarles excesiva solicitud no es bondad, ni mucho menos, pues no hay nada más tiránico que un gobierno aquejado de paternalismo».

De hecho, el drama floreció bajo el Imperio, y no hubo pieza alguna de cierto valor literario que sufriese los efectos del lápiz azul de los censores. La tragedia tenía carácter neoclásico y heroico, y algunas de las mejores fueron *Les Templiers*, de Raynouard, Héctor, de Luce de Lancival, *Don Senabe*, de Brifaut, y *Tippo-Saíb*, de Jouy. En el teatro, como en la ópera y la pintura, el estilo imperial fue desvergonzadamente heroico. Pero no puede afirmarse que fuese monolítico. La comedia pasó a primer plano, aunque éste fue un género que se amustió durante la Revolución y qué merecería el desdén de los románticos. Es grato hallar bajo el Consulado y el Imperio una serie de excelentes piezas cómicas, por ejemplo *Lapetite ville*, de Louis Benoit Picard, divertida descripción de la vida provinciana, y *Edouarden Ecosse*, de Alexandre Duval.

Cuando volvemos los ojos hacia la literatura, descubrimos que Napoleón impuso en 1810 la censura de los libros como parte de un intento general de salvaguardar los principios básicos. Napoleón consideró que los censores eran demasiados severos, y en diciembre de 1811 les ordenó que prohibiesen sólo las obras que eran verdaderos libelos; debían permitir que los escritores se manifestaran libremente en todo lo demás. En consecuencia los censores, que en 1811 habían rechazado el 12 por ciento de los manuscritos, en 1812 rechazaron sólo el 4 por ciento. Pero aun así sobrepasaron el criterio

formulado por Napoleón. Tres ejemplos permiten determinar el tipo de libro que ellos prohibían: una biografía del general Monk, porque sólo un partidario de los Borbones podía sentir deseos de llamar la atención sobre el restaurador de los Estuardo; una obra de teología que aplaudía la doctrina de la Inmaculada Concepción, porque esos «trucos del siglo XIV» debían quedar relegados a la época que los produjo; y finalmente Souvenirs continuéis de l'Etemité, escrito por cierto Lasausse, a quien los censores describían como «una suerte de misionero febril», porque su objetivo principal era aterrorizar a los lectores.

La literatura propiamente dicha no sufría los efectos de la censura, exactamente como en tiempos de Luis XIV, y si el Imperio no fue uno de los grandes períodos de la literatura francesa, ciertamente no cabe atribuir la culpa a Napoleón. Al parecer, dos causas explican esta situación; en primer lugar, el antiguo público muy culto había desaparecido, y un nuevo público de clase media aún no había definido sus gustos literarios; segundo, la literatura está formada generalmente por dudas, vacilaciones, conflictos interiores y la añoranza de un pasado más feliz.

Ahora bien, el Imperio fue un período caracterizado por la convicción, y estaba imbuido de un enérgico sentido de progreso y de misión. Estos elementos no se incorporan fácilmente a la literatura y es interesante comprobar que Jean Pierre de Béranger, el mejor de los poetas napoleónicos, compuso sus versos precisamente cuando el Imperio estaba amenazado o sucumbía, y el propio autor volvía la mirada con añoranza a los días gloriosos del pasado.

Aunque desde el punto de vista de la literatura no fue un gran período, el Imperio puede compararse favorablemente con las décadas que lo precedieron y lo siguieron inmediatamente. El estilo y los valores predominantes retornaron nuevamente al clasicismo. Louis de Bonald publicó una serie de libros acerca del tema del cristianismo como el gran aglutinante moral de la sociedad, y por su parte Pierre Simón Ballanche, el «Sócrates de Lyon», realizó un brillante intento de reconciliar la fe cristiana con las ideas modernas de progreso en *Du sentiment considéré dans son rapport avec la littérature et les beaux arts*. Se publicaron muchas obras de primera calidad acerca de temas históricos, y una de las pocas obras encargadas por Napoleón fue una historia de Marlborough y sus batallas, solicitada a Dutems. Chateaubriand publicó sus novelas *Átala* y *Rene* y su *Viaje de París a Jerusalén*. A esta lista deben

sumarse algunas proclamas y cartas de Napoleón, pues él sabía usar el francés con economía y vigor desusados.

El estilo imperial cree en las reglas y antepone la sociedad —la res publica— al individuo. En la arquitectura, la decoración, la ópera, el teatro y la literatura hay una orientación perceptible hacia el honor, el patriotismo y la concordia, y la exaltación del coraje y el sacrificio personal, la amistad y la familia. Los colores preferidos son el escarlata por la sangre, y el oro por la gloria. Los resultados, con excepción en la arquitectura, la decoración y la ópera, no alcanzan el nivel más elevado, pero de ningún modo son mediocres, ni puede considerárselos el producto inferior que habría podido esperarse bajo una monarquía que usaba la censura. Creer tal cosa implicaría prestar oídos a los comentarios irritados de quienes, como Chateaubriand y madame de Stael, habrían deseado participar en los Consejos de gobierno de Napoleón, y se vieron rechazados.

Durante el Imperio comenzaron a publicarse una serie de libros que asignaban al individuo preeminencia sobre la sociedad y prescindían de las normas; es decir, eran presagios del romanticismo. Napoleón, cuyos valores literarios eran completamente clásicos, de ningún modo miraba con agrado estas obras, y dijo lo siguiente de Corinne, de Germaine de Stael, publicada en 1807: «Cuando un autor asume el papel de personaje de un libro, éste carece de valor.» Esta observación constituye la extrapolación a la literatura del axioma revolucionario de que en la esfera política merecen confianza los principios y no las personalidades.

Napoleón miraba con desagrado el romanticismo, y quizá lo temía, pero paradójicamente un aspecto de su carrera —el espectacular ascenso de teniente segundo de origen provinciano a emperador— sería la inspiración de la idea fundamental de los románticos de que para el hombre nada es imposible. Además, varios románticos narrarían la vida de Napoleón como si él, un individuo equilibrado y modesto en la mayoría de sus actos, hubiese vivido guiado por una imaginación egocéntrica y febril. El hombre que creó el estilo Imperio, revestiría durante más de un siglo el disfraz de archirromántico.

CAPÍTULO VEINTE

El camino a Moscú

Los arcos de triunfo, la sala del trono revestida de oro y violeta, los derechos del hombre ofrecidos a Europa, eran todos elementos en cierto sentido tan tenues como la última producción en la Opera. Napoleón percibió con absoluta claridad que estas y sus restantes realizaciones perdurarían sólo si podía establecer una paz duradera en Europa. Pero era difícil llegar a la paz. Las cortes lo odiaban, y ese sentimiento anidaba sobre todo en los ingleses, que se reían de su título de emperador y juraban destruir el Imperio.

Napoleón comprendió que Inglaterra sólo podía ser derrotada en el mar, y al alcanzar el poder inició un programa acelerado de construcción de barcos, y sobre todo de grandes naves armadas con enormes cañones.

Pero no podía alcanzar el número de navíos de la flota inglesa. En abril de 1804 Francia tenía 225 barcos, mientras que Inglaterra, solamente en los mares europeos, contaba con 402.

A Napoleón, que en su niñez había deseado incorporarse a la marina, le gustaban los barcos y la navegación. Aprendió el nombre de todos los elementos de un barco y los aspectos más detallados de la guerra en el mar, pero nunca llegó a consustanciarse con su marina, y jamás la convirtió en un instrumento de guerra formidable. Una de las razones de esta situación es que pensaba excesivamente con referencia a la artillería, de ahí los cañones de gran alcance, y muy poco con referencia a la audacia de los capitanes. Tuvo la mala suerte de perder a su mejor marino, Latouche Tréville, que murió en tierra en agosto de 1804; pero cometió un error al retener a Villeneuve, que aunque valeroso, era un pesimista nato, y nunca infundía en sus hombres el sentimiento de que triunfarían.

El 20 de octubre de 1805 Villeneuve partió de Cádiz con una flota francoespañola de treinta y tres barcos, y al día siguiente combatió contra Nelson, que tenía veintisiete. Nelson infringió todas las reglas,

más o menos como Napoleón había hecho durante su primera campaña de Italia; atacó en dos columnas, y dividió en tres a la flota de Villeneuve. El último mensaje enviado por Nelson desde el Victory fue:

«Acerquense más al enemigo», y en este tipo de combate los grandes cañones franceses eran inútiles. Diecisiete barcos de Villeneuve fueron capturados, uno estalló y Villeneuve, agobiado por el remordimiento, más tarde se suicidó.

La derrota de Napoleón en Trafalgar es un momento crucial en la situación militar y de la búsqueda de la paz emprendida por el emperador.

Se vio obligado a abandonar definitivamente sus planes de invasión, y en adelante, a utilizar su armada para mantener fuera de los puertos continentales a los barcos ingleses. En el mar adoptó una actitud defensiva, y en cambio Inglaterra, liberada del temor a la invasión, pudo representar un papel más activo en tierra, y reforzar con dinero, pólvora y granaderos a los enemigos continentales de Napoleón. Ciertamente, la batalla naval librada frente a la costa de España contribuyó a atraer a Napoleón hacia el corazón de Rusia.

Napoleón comprendió que podía mantener la paz en el continente sólo si contaba con un aliado firme. Como cumple a un corso, entendía que ese aliado debía ser un amigo fiel y permanente. En primer lugar, intentó ser amigo del emperador Francisco de Austria, pero se vio desairado; después intentó lo mismo con Federico Guillermo de Prusia, y comprobó que este monarca era tan variable como la arena movediza.

Dos veces Federico Guillermo le hizo la guerra, y durante el verano de 1807 Napoleón se encontraba a casi 1.500 kilómetros de París, y estaba llevando a una culminación triunfante la segunda de estas guerras.

Había conquistado Prusia, derrotado decisivamente a Rusia, aliado de Prusia, y en la tarde del 25 de junio de 1807 estaban trasladándolo a fuerza de remos, embarcado en una balsa en medio del río fronterizo Niemen, en Tilsit, con el propósito de reunirse por primera vez con Alejandro, emperador de todas las Rusias.

Alejandro era un joven agraciado, de ojos azules y rizos rubios, que vestía el uniforme de los Guardias; tenía treinta años, era tímido y aniñado, de carácter suave, pues desde la niñez se había visto mimado por su abuela Catalina la Grande, y por su hermosa madre. Tenía opiniones liberales, y le habría agradado liberar a los siervos. Napoleón lo halló físicamente atractivo; «Si Alejandro hubiera sido

una mujer, creo que me habría enamorado apasionadamente», y llegó a la conclusión de que allí estaba el amigo fiel tanto tiempo deseado.

Napoleón se propuso seducir a Alejandro. ¿Cuál era, preguntó cortésmente, la producción peletera anual de Rusia? ¿Cuánto obtenía del impuesto sobre el azúcar? Paseó con el soldado bisoño, respondió a sus preguntas ansiosas y elementales acerca de cuestiones estratégicas, y le formuló una promesa: «Si en el futuro de nuevo me veo obligado a luchar contra Austria, usted dirigirá un cuerpo de ejército de treinta mil hombres bajo mis órdenes. De ese modo aprenderá el arte de la guerra.» Durante la cena Napoleón habló de sus campañas, y reveló el secreto del éxito: «Lo esencial es ser el último en tener miedo.» Como advirtió que había en Alejandro cierto sentido de lo sobrenatural, incluso habló de su buena suerte. Recordó que en Egipto cierta vez se había dormido al abrigo de un antiguo muro, y de pronto éste se había derrumbado; sin embargo despertó ileso, y tenía en la mano lo que al principio parecía una piedra; pero según se vio después, era una imagen maravillosamente bella de Augusto.

«¿Por qué no lo conocí antes?... —dijo Alejandro a un diplomático francés—. Se ha desgarrado el velo, y pasó el momento del error.» Invitó a Napoleón a visitar su alojamiento para tomar su infusión favorita, té chino, y los dos, absolutamente solos, comenzaron a redactar un tratado de paz. «Yo seré su secretario —dijo Napoleón—, y usted será el mío.» Sobre el mapa desplegado Napoleón vio tres estados que varias veces habían hecho la guerra a Francia: Austria, Prusia y Rusia. Contra Austria y Prusia, Napoleón ya había creado un estado tapón —la Confederación del Rin—. Decidió crear otro. Napoleón quitó a Prusia los territorios que había arrebatado a Polonia desde 1772, y los convirtió en el Gran Ducado de Varsovia, que sería un estado tapón entre el Imperio y Rusia.

Pero no pidió dinero ni territorios al derrotado Alejandro; más aún, no se opuso a que Alejandro se anexionase Finlandia. Sorprendido y complacido, Alejandro dijo a su hermana: «¡Dios nos ha salvado! En lugar de imponernos sacrificios, la guerra nos ha conferido cierto prestigio».

Napoleón había tenido una actitud intencionada al mostrarse generoso. Contaba con esa amistad con Alejandro para ofrecer a Europa un prolongado período de paz. De regreso en París, envió a Alejandro muchos regalos y cartas afectuosas, incluso un servicio completo de Sévres, a lo cual Alejandro replicó con un regalo de

pieles, y se autodenominó modestamente «vuestro peletero». Napoleón pagó un millón de francos por la casa de Murat, destinada a residencia del nuevo embajador ruso en París, y envió las últimas modas a Marie Annonovna, la amante de Alejandro, una hermosa polaca que adoptaba la pose de la Venus de Médicis, la cabeza levemente inclinada y el brazo derecho doblado frente a su propio busto. «Los elegí yo mismo —informó Napoleón a su propio enviado—. Como usted sabe, conozco bien las modas.» Napoleón advirtió complacido que Alejandro designó consejero a Speransky, hijo de un sacerdote, y un hombre pacífico que deseaba reforzar a Rusia de acuerdo con las líneas de la Francia napoleónica; y también que Alejandro cerraba los puertos rusos a los barcos ingleses. Pero Napoleón se sentía preocupado por la situación en Viena, donde los partidarios de la guerra, encabezados por el archiduque Carlos, hermano de Francisco, estaban ganando terreno, y comenzaban a movilizarse las tropas. Decidió reunirse nuevamente con Alejandro, y asegurar su apoyo en el caso de un ataque austriaco.

Napoleón y Alejandro se reunieron por segunda vez en Erfurt, Alemania Oriental, en 1808. Napoleón convocó a tres reyes y treinta y cinco príncipes para aumentar la pompa, y a la Comédie Française con el fin de que representase algunas tragedias. Como Alejandro era duro de uno de sus oídos, Napoleón ordenó que los tronos imperiales fuesen adelantados y ocupasen una plataforma a cierta altura sobre la orquesta.

La sexta velada, cuando Edipo llegó al verso: «La amistad de un hombre fuerte es un don de los dioses», Alejandro se puso de pie y estrechó cálidamente la mano de Napoleón.

Napoleón preguntó si podía contar con la ayuda de Alejandro en el caso de un ataque austriaco. Observó sorprendido que Alejandro se mostraba muy renuente a una respuesta afirmativa. De todos modos, aceptó elaborar un plan muy general de acción coordinada. Como precio de la alianza. Napoleón convino en que Alejandro, que ya había anexionado Finlandia, se anexionase también las antiguas provincias turcas de Valaquia y Moldavia; una conquista territorial muy considerable. Alejandro se sintió impresionado por los extremos a los que estaba dispuesto a llegar Napoleón con el fin de garantizar la paz en Europa. «Nadie comprende el carácter de este hombre... —confió a Talleyrand—. Nadie comprende cuan bueno es.» Pero Napoleón no compartía la satisfacción del zar. Sintió que Alejandro, en Erfurt, carecía de sinceridad, del compromiso fraterno total que

para un hombre nacido en Córcega era la señal distintiva de la amistad. Dijo a Talleyrand: «No puedo avanzar con él».

En abril de 1809, como Napoleón había previsto, Austria declaró la guerra a Francia. Napoleón había ofrecido cierta vez designar a Alejandro jefe de un cuerpo de ejército, pero el zar no mostró deseos de recordarle la oferta. Más aún, no se mostró deseoso en absoluto de ayudar a Napoleón.

Las tropas rusas que presuntamente debían atacar la provincia austriaca de Galitzia no aparecieron, y durante la campaña ulterior, el cuerpo auxiliar ruso se limitó a desencadenar un par de ataques poco energéticos, en el más sangriento de los cuales tuvo dos muertos y dos heridos. En definitiva Napoleón no necesitó la ayuda rusa; aplastó por sí mismo a Austria, y después de la batalla de Wagram, que duró dos días, firmó una paz satisfactoria.

Napoleón, para quien la amistad era un asunto de todo o nada, no podía entender por qué Alejandro lo había dejado caer. En realidad, había sucedido lo siguiente: a partir de Tilsit, Alejandro se vio presionado por la familia, la corte y los nobles, que lo exhortaban a abandonar su alianza con Napoleón. Después de Tilsit, un ruso escribió en su diario:

«El amor al zar se ha trocado en algo peor que el odio, en una suerte de repugnancia.» Su influyente madre había advertido a Alejandro que no debía ir a Erfurt, la fortaleza de «un tirano sangriento»; sus generales lo esdiortaban a apoderarse por propia iniciativa de Polonia. Demasiado honesto para faltar a su palabra, pero no lo bastante fuerte para apoyarse en la opinión de su entorno, Alejandro había adoptado una débil posición intermedia. Pero este tipo de conducta era incomprendible para Napoleón. El gobernante digno de ese nombre era fiel a sus amigos y a sus principios. Por lo tanto, ¿qué era Alejandro? Un conspirador, «un griego bizantino».

Napoleón sentía una intensa decepción personal, así como una gran frustración política. Pero ¿acaso existía otro vínculo más firme y duradero que la amistad? Sí, y había sido utilizado por generaciones de gobernantes franceses. El matrimonio podía consolidar una alianza; el matrimonio podía unir a dos personas; el matrimonio podía darle un hijo y heredero. Napoleón había comenzado a pensar con cierta añoranza en la posibilidad de un heredero, porque durante la batalla de Regensburg, en 1809, una bala de mosquete lo había herido en el pie, y poco después el estudiante sajón Frederick Staps había intentado matarlo; al ser interrogado Staps reconoció que

también había intentado asesinar a Francisco de Austria, «pero Francisco tenía hijos que lo sucederían».

Napoleón continuaba amando a Josefina. Como antes, rezongaba ante las extravagancias de su esposa —en 1809, 524 pares de zapatos y 3.599 francos en colorete, destinado a avivar sus mejillas descoloridas—, pero cuando ella enfermó en el verano de 1808, Napoleón a veces se levantaba cuatro veces en una noche para comprobar cómo estaba. Sin embargo, en octubre de 1809 Napoleón decidió que debía sacrificar sus sentimientos por Josefina, y los que ella tenía por él. La situación era tan grave que debía volver a casarse, pues era el único camino que podía llevar a la paz. Antes de regresar de Austria a Francia ordenó que se clausurase la puerta de comunicación entre su apartamento y el de Josefina.

El 30 de noviembre de 1809, en las Tullerías, Napoleón dijo a Josefina que obtendría la anulación del matrimonio. «Todavía te amo —dijo—, pero en política el corazón no existe, sólo importa la cabeza.» Josefina se desmayó, y después lloró y rogó, pero sin éxito. La Corte Eclesiástica Diocesana de París otorgó la anulación del apresurado matrimonio religioso que se había celebrado en vísperas de la coronación, porque se había realizado la ceremonia sin la presencia del sacerdote parroquial y de testigos. Procedieron así, no sólo para complacer a Napoleón, sino porque, de acuerdo con la ley canónica del momento, el matrimonio carecía de validez, como lo reconoció incluso el anciano monsieur Emery, de Saint-Sulpice.

El 15 de diciembre, después de catorce años, Josefina salió de la vida de Napoleón. Partió de Malmaison, una residencia impregnada por el aroma de las rosas, y se llevó consigo un par de wolfhound miniatura y un canasto con los cachorros recién nacidos de estos animales. Napoleón llamó a Eugene, que se encontraba en Milán, con el fin de que confortase a Josefina. «Sé fuerte, sé fuerte», la alentaba en sus cartas, como si estuviese hablando con un personaje de Corneille. Un mes después de la separación escribió: «Deseo mucho vene, pero debo tener la certeza de que eres fuerte y no débil. Yo también soy un poco débil, y eso me incomoda terriblemente».

Entretanto, Napoleón había pedido a su embajador en San Petersburgo que le enviase un informe acerca de Anna, hermana de Alejandro. «Aclare desde el principio que lo que necesitamos es tener hijos.

Infórmeme... cuándo ella puede ser madre, pues en las circunstancias actuales incluso un período de seis meses importa.»

Caulaincourt replicó que la familia imperial era precoz desde el punto de vista físico, y que Anna, que tenía casi dieciséis años, ya era nubil. El 22 de noviembre Napoleón ordenó a Caulaincourt que pidiese al zar la mano de Anna.

Se proponía conseguir que ese matrimonio fuese la piedra angular del Imperio y una garantía de paz. Incluso los experimentados parisienses se entusiasmaron ante la inminente unión de Roma y Bizancio, de Carlomagno e Irene.

Alejandro dijo a Caulaincourt que si la decisión dependía de él, estaba dispuesto a dar inmediatamente su consentimiento; pero a causa de un decreto del finado zar, el futuro de Anna dependía de la emperatriz madre. Cuando se la abordó, esta dama consultó a su hija casada, Catherine, duquesa de Oidenburgo. Catherine dijo que estaba de acuerdo.

Pero entonces la emperatriz madre comenzó a dar largas. ¿Anna sería feliz? Era una joven tan sumisa y Napoleón un hombre tan imperativo...

Y ella, en París, ¿podría practicar la religión ortodoxa? ¿Estaría Napoleón en condiciones de darle hijos? Necesitaba tiempo para pensarla.

Napoleón había contado con una rápida aceptación. Cuando llegaron las cartas de Caulaincourt, con la ominosa observación de que Alejandro carecía de voluntad para oponerse a su madre. Napoleón llegó a la conclusión de que la corte rusa se preparaba para rechazar el proyecto; y en verdad, eso sucedió pocos días más tarde; la discusión acerca del matrimonio de Anna debía esperar dos años, hasta que ella cumpliese dieciocho. La forma cortés no engañó a Napoleón: era sin duda un rechazo.

Napoleón se sintió ofendido, y decepcionado en cuanto que gobernante de Francia. El rechazo descalabró totalmente su plan maestro.

Pero quizá todavía fuera posible afirmar la paz sobre un matrimonio.

El principio de Napoleón era que necesitaba tener un aliado seguro, y que éste debía ser una de las potencias continentales. Si Alejandro renunciaba a su amistad, el amigo bien podía ser Francisco de Austria.

El 6 de febrero de 1810 Napoleón ordenó a Eugene que se presentase al embajador austriaco para pedir la mano de la hija del emperador Francisco; la joven María Luisa tenía entonces dieciocho años. La petición no fue mal recibida. Francisco había perdido varias

provincias después de la última y desafortunada guerra, y abrigaba la esperanza de que una alianza matrimonial induciría a Napoleón a devolver algunas. Era lamentable que Napoleón fuese un advenedizo, pero de todos modos Francisco otorgó su consentimiento, y salvó su conciencia con la afirmación de que el emperador francés era descendiente directo de los duques de Toscana.

Napoleón se sintió muy complacido. Preparó un itinerario en virtud del cual María Luisa debía llegar en la fecha más temprana posible, es decir el 27 de marzo de 1810. Encargó un traje nuevo a Léger, un sastre de moda.

En una demostración de tacto, ordenó que los cuadros de sus victorias austriacas fuesen retirados de todas las paredes del palacio. Había dejado de bailar el año precedente, «después de todo, cuarenta son cuarenta», pero comenzó a recibir lecciones de vals, con el fin de complacer a su joven esposa. El maestro de ceremonias de Napoleón cubrió diez páginas enteras con el detalle del ceremonial de la llegada de Su Alteza; pero en definitiva esa tarea resultó inútil, pues en su impaciencia por tener un hijo Napoleón interceptó el carruaje de María Luisa, y se la llevó directamente a Compiègne.

María Luisa era rubia, con ojos azules y gatunos, el cutis rosado, y las manos y los pies pequeños. Le agradaban las comidas sustanciosas, y especialmente la crema agria, la langosta y el chocolate, y era más sensual que Josefina. La noche de bodas, complacida por la técnica amatoria de Napoleón, lo invitó a «hacerlo de nuevo».

Pero la principal diferencia entre las dos esposas tenía que ver con el carácter y la educación; Josefina había sido una mujer valerosa y libre; María Luisa era un ser temeroso, y se había criado en una corte servil bajo la autoridad de un padre riguroso. Llegó a Francia colmada de temores.

Incluso temía a los fantasmas, y no podía dormirse si no había media docena de velas encendidas. Como sabemos, a Napoleón le agradaba la oscuridad total, y de ahí que después de hacer el amor se dirigiese a su propio dormitorio.

Conquistar a esa mujer nerviosa, tonta y sensual no era la tarea más fácil del mundo. Muchos miembros de la corte la juzgaban severamente, pero Napoleón concentró la atención en las buenas cualidades de María Luisa, lo que él denominaba su frescura de capullo de rosa y su virtud de la veracidad. Como sabía que era extranjera y tenía miedo. Napoleón le consagraba una parte considerable de su precioso tiempo, y apoyaba su inclinación a la

pintura. Gracias a su fuerza y su firmeza, a la energía con que atraía a las mujeres, y a su bondad, al cabo de pocas semanas la había conquistado.

María Luisa se quedó embarazada en julio, y en el curso de los meses siguientes Francia entera aguardó expectante las salvas: 21 si era niña; 101 si era varón. El 20 de marzo de 1811 comenzó el parto de María Luisa. El ginecólogo preveía un parto difícil, y Napoleón le dijo que si era necesario elegir entre la vida de la madre y la del hijo, debía salvar a la madre; una orden que siempre sería recordada con gratitud por María Luisa. Efectivamente, el parto fue difícil, pero el niño nació vivo. Cuando oyó la salva de 101 cañonazos, los ojos de Napoleón derramaron lágrimas de alivio y alegría. Al fin tenía heredero. Escribió lo siguiente a Josefina, que le había enviado sus felicitaciones: «Tengo un hijo robusto y sano... Tiene mi pecho, mi boca y mis ojos».

El padre creía que este nuevo Napoleón reconciliaría a los pueblos y los reyes. Por sus venas corría sangre francesa y austriaca, y por lo tanto era europeo en un sentido distinto. También era símbolo de continuidad, de lo que sería el Imperio en el futuro. Finalmente, y lo que era más importante, era el emblema viviente de esa alianza entre Francia y Austria que al parecer mantendría tal como estaba a Europa, Con razón dijo Napoleón: «Me siento en la cumbre de la felicidad».

¿Qué sucedía entonces con el zar Alejandro? Aún se mostraba bien dispuesto hacia Napoleón, pero todavía no reinaba en el sentido total de la palabra. Los nobles y la corte lo obligaron a abandonar un plan que contemplaba la creación del gobierno parlamentario y el impuesto sobre las rentas; incluso lo forzaron a exiliar a su consejero liberal Speransky; «fue como cortarme el brazo derecho», dijo Alejandro. Sobre todo, contemplaron alarmados la aplicación por parte de Napoleón del Código Civil en el Gran Ducado de Varsovia.

Allí, en los umbrales mismos de la Santa Rusia, se otorgaban derechos políticos a los judíos y la libertad a los siervos. Si estos principios igualitarios se difundían, los siervos de la nobleza rusa, los millones de campesinos mal alimentados atados a perpetuidad al suelo, que cambiaban de manos por millares, como saquitos de diamantes, sobre las mesas de juego de San Petersburgo, esos mismos siervos pronto reclamarían la libertad y la tierra.

Los nobles exhortaron a Alejandro a combatir esos principios «hostiles» mediante la restauración de Polonia, con el propio zar en el trono real. Al principio, Alejandro se resistió a la idea, pues aún se

aferraba a su amistad con Napoleón. Pero los nobles lo acusaron de traidor y partidario de los franceses. Como dijo Nicolás Tolstoy: «Sire, si no modificáis vuestros principios, acabaréis como vuestro padre... iestrangulado!» Alejandro fue cediendo paulatinamente. Exploró la posibilidad de un tratado con Inglaterra y planeó un ataque a Varsovia. Napoleón replicó enviando a Davout al frente de tropas francesas. Entonces Alejandro pidió a Napoleón que le cediera una extensa porción del Gran Ducado de Varsovia, con medio millón de subditos. Napoleón ya le había cedido en 1809 parte de la provincia austriaca de Galitzia, una recompensa generosa por la desdeñable ayuda rusa contra Austria, y se enfureció cuando recibió esta nueva reclamación. El 15 de agosto de 1811, en las Tullerías, apostrofó al embajador ruso Kurakin, como otrora había apostrofado al inglés Whitwonh. «Aunque vuestros ejércitos acampanan en las alturas de Montmanre, no cedería ni un centímetro de Varsovia... ni una aldea, ni un molino... ¡Ustedes saben que tengo ochocientos mil soldados! ¿Cuenta con la ayuda de aliados? ¿Dónde están? Me miran como liebres que recibieron una perdigonada en la cabeza y están despavoridas, sin saber adonde huir».

Como Napoleón comprendió entonces, Alejandro había modificado totalmente su actitud. Se había comprometido con la antigua política expansionista de Catalina, y de hecho se proponía hacer honor a su nombre. Después de conciliar una alianza con Carlos XIII de Suecia, donde estaba Bernadotte, enemigo de Napoleón, en abril de 1812 Alejandro consideró que tenía fuerza suficiente para manifestar dureza; Napoleón debía evacuar sus tropas de Prusia y el Gran Ducado como preliminar de una reorganización de las fronteras europeas.

De modo que Napoleón afrontaba un terrible dilema. Había dado una Constitución a los polacos y también les había prometido asegurar la existencia del Gran Ducado. Los propios polacos deseaban permanecer en el Imperio. Pero además creía que el Gran Ducado era esencial para mantener la paz de Europa. Si retiraba sus tropas, Rusia se apoderaría del ducado y después, si había que hacer caso a la historia, presionaría sobre Prusia y Austria. A su vez, éstas tratarían de encontrar cierta compensación en la Confederación del Rin y en Italia. Sería el fin del Imperio, y Francia retornaría a sus vulnerables fronteras del período prerrevolucionario.

Napoleón se resistía a hacer la guerra a Rusia. «La historia no ofrece ejemplos de que los pueblos del sur hayan invadido el norte; siempre fueron los pueblos del norte los que invadieron el sur.» No le

agradaba avanzar contra la corriente de la historia. Pero, ¿y si declaraba la guerra? Ahora disponía de un aliado seguro en Austria. Si infligía una derrota decisiva a los ejércitos del zar, una derrota semejante a la de Austerlitz o Friedland, salvaría el Gran Ducado de Varsovia, y con él a Europa occidental entera, de la invasión rusa, y dispondría quizá de cinco años de paz para terminar la lucha contra Inglaterra, donde eran evidentes los indicios de desgaste; el nivel de la desocupación era elevado, y como decía Napoleón, «están atiborrados de pimienta, pero no tienen pan».

En definitiva, Napoleón decidió que la guerra inmediata era el menor de los dos males.

El 24 de junio de 1812, en Kovno, Napoleón presenció el cruce del río Niemen por los primeros regimientos del Gran Ejército. Allí, cinco años antes, en una balsa techada, había abrazado por primera vez a Alejandro. Durante ocho días sus tropas atravesaron el río a paso vivo, sobre tres puentes de pontones. Había italianos, con los uniformes bordados con la leyenda «*Gli uomini liberi sono fratelli*». Había muchos polacos, y su caballería desplegaba estandartes con los colores nacionales, el rojo y el blanco. Había dos regimientos portugueses con uniformes pardo claro y aplicaciones escarlatas. Había bávaros, croatas, dálmatas, daneses, holandeses, napolitanos, alemanes del norte, sajones y suizos, y cada contingente nacional tenía sus uniformes y sus canciones. Era un total de veinte naciones con 530.000 hombres. Desde los tiempos en que Jerjes había dirigido a las naciones de Asia a través del Helesponto no se había visto una fuerza tan considerable.

Los franceses formaban la tercera parte del total. Napoleón podía ver a cada regimiento precedido por el estandarte que él le había dado.

Bajo un águila de bronce con las alas desplegadas flotaba una bandera cuadrada de satén blanco enmarcada sobre tres lados por un reborde de oro y bordado con grandes letras asimismo de oro: «El emperador a su Segundo Regimiento de Coraceros», y al dorso las batallas en que el regimiento había intervenido; el resto del satén estaba adornado con abejas de oro de unos tres centímetros de longitud.

La Guardia Imperial de Napoleón formaba una élite especial de 45.000 hombres, dividida en la Vieja Guardia, constituida por veteranos, y la Joven Guardia, que agrupaba a los mejores reclutas. Los granaderos de la Guardia, con una estatura mínima de un metro setenta y cinco centímetros, vestían uniformes azules, pantalones

blancos y morriones de treinta centímetros de altura, el costado izquierdo adornado con una escarapela tricolor y una pluma escarlata. Tenían derecho de usar patillas y espesos bigotes. Un mero granadero tenía la paga y la jerarquía del sargento de las restantes unidades, y además se le entregaba con la comida media botella de vino. Los granaderos de la caballería de la Guardia montaban únicamente caballos negros, usaban pantalones de cuero y chaquetas verde oscuro adornadas con cinco filas de botones de latón y alamares amarillos. Los veintidós mejores de ellos tenían el privilegio de formar la guardia personal de Napoleón.

Seguía a cada división una columna de diez kilómetros de suministros, formada por ganado, carretas cargadas de trigo, albañiles encargados de construir hornos, y panaderos que debían convertir el trigo en pan, veintiocho millones de botellas de vino y dos millones de brandy; mil cañones y varias veces ese número de vagones con municiones.

Había ambulancias, camilleros y hospitales de sangre, así como equipos para construir puentes y forjas portátiles. Todos los jefes superiores tenían su propio carroza e incluso un carro o dos para transportar la ropa de cama, los libros, los mapas, y otros elementos. El total de carros y vehículos se elevaba a treinta mil; los caballos a ciento cincuenta mil.

La moral de esta enorme fuerza era sumamente elevada. La «segunda guerra polaca», como la denominó Napoleón (la primera fue la guerra de 1806-1807), no fue ciertamente un acto irreflexivo, y Metternich, el diplomático europeo más sólido, creyó que culminaría con el éxito de las fuerzas francesas. Algunos oficiales suponían que la expedición llegaría a la India, y ya se veían retornando con sedas y rubíes.

Napoleón viajaba en un carroza verde cubierto, de cuatro ruedas, tirado por seis caballos de Limousin. De los cajones empotrados extraía mapas e informes, los estudiaba durante el viaje y dictaba las respuestas a Berthier, que lo acompañaba en el carroza. Todos los días recibía un maletín de cuero cerrado con llave, con una placa de bronce que ostentaba la inscripción: «Despachos del emperador», acompañado de un librito donde, de acuerdo con un sistema ideado por Napoleón, cada postillón anotaba las horas exactas en que había recibido y entregado el maletín. Napoleón tenía una llave; Lavalette, su ministro de Correos en París guardaba la otra. Con la llave del emperador, Caulaincourt abría el maletín y por la ventanilla del carroza entregaba el contenido a Napoleón. Poco después una serie

de papeles, los que Napoleón no deseaba conservar, volaban a ambos costados del carro. Una linterna permitía que Napoleón trabajase hasta bien entrada la noche, y él incluso podía dormir en un camastro improvisado en el carro, mientras éste se bamboleaba a velocidad vertiginosa, en una carrera tan rápida que en las postas, mientras se cambiaban los caballos espumeantes de sudor, había que arrojar cubos de agua sobre las ruedas humeantes a causa de la fricción.

Cuando estuvo más cerca de los rusos, Napoleón avanzó con la Guardia, montado en su caballo negro Marengo. Si tenía que desmontar para satisfacer una necesidad física, cuatro jinetes desmontaban también y formaban un cuadro alrededor de Napoleón, mirando hacia afuera, y con las bayonetas caladas presentaban armas. Al anochecer, Napoleón se dirigía a un alojamiento o acampaba bajo una tienda de rayas blancas y azules. Los ordenanzas retiraban de su caja de cuero negro una cama de hierro con bisagras sobre ruedecillas, un artefacto que pesaba menos de veinte kilogramos. Preparaban la cama, desplegaban el gran dosel verde, y depositaban al lado la alfombra del carro. En la otra mitad de la tienda ponían una mesa y una silla de madera; sobre la mesa se extendía siempre el mapa de Rusia preparado especialmente. Era tan grande que, para forrar su copia, el general Delaborde, de la Guardia, tuvo que usar veinticuatro pañuelos de hilo.

Napoleón generalmente se levantaba a las seis y bebía una taza de té o una infusión de agua de azahar. Después inspeccionaba este o aquel regimiento, y se interesaba especialmente en los servicios médicos. En Vitebsk, al pasar revista a un regimiento de la Vieja Guardia, se volvió hacia el contramaestre general y le preguntó cuántas vendas había en la ciudad. El contramaestre dijo la cantidad. A Napoleón le pareció muy reducido. «En general —dijo ásperamente—, un herido necesita treinta y tres vendas.» Después, se volvió hacia los granaderos. «Estos valientes afrontarán la muerte por mí, y carecerán de atención médica esencial.

«Dónde están los contramaestres de la Guardia?» Se le explicó que uno estaba con el ejército, y los dos restantes en París y en Vilna. «¿Cómo? ¿No están en sus puestos? Se los dará de baja. Sí, se los dará de baja...

Un hombre de honor tiene que dormir en el lodo, no entre sábanas blancas».

Este era el viejo Napoleón de Italia y Egipto, pero había también un nuevo Napoleón, Su Majestad el emperador, aislado del resto por

su aureola y la fama. Un día, mientras revistaba a la Guardia, Napoleón se detuvo frente a un recién llegado, el capitán Fantin des Odoards. «¿De dónde vienes?» preguntó. «De Embrun, Sire.» «¿Basses Alpes?», inquirió Napoleón. «No, Sire, Hautes Alpes», le rectificó el soldado. «Sí, por supuesto.» «Después de la revista — cuenta el capitán Fantin —, mis superiores, que habían escuchado la conversación, me dijeron que como en cierto modo me había opuesto al emperador, mi actitud había sido imprópria.» Sin duda, no sabían que a Napoleón le agradaban los hombres que decían lo que pensaban; era una señal peligrosa.

Después, comenzaba la jornada de marcha, a través de regiones llanas y polvorrientas, donde las aldeas estaban formadas por chozas con suelo de tierra, y se taponaban con musgo las grietas de las paredes de troncos. Los seres humanos vivían en una habitación, junto a media docena de gansos, patos, gallinas, lechones, una cabra, una ternera y una vaca. Hacía mucho calor, los hombres sufrían las picaduras de los insectos y los veteranos recordaban las condiciones que habían afrontado en Egipto.

El principal ejército ruso, unos ciento veinte mil hombres con seiscientos cañones, estaba mandado por un parsimonioso general de origen escocés, Barclay de Tolly. Napoleón abrigaba la esperanza de enfrentarse con Barclay en Vilna, a unos ochenta kilómetros de la frontera. Pero Barclay abandonó Vilna. Procedía así en cumplimiento de las órdenes del zar, que en una actitud característica había decidido evitar una confrontación directa.

Napoleón persiguió a Barclay hasta Vitebsk, a orillas del Duna, pero Barclay lo evitó y se reunió a orillas del Dniéper con el segundo ejército del príncipe Bagration. Napoleón descendió por el valle del Dniéper con el propósito de luchar por separado con los dos ejércitos rusos en Smolensk, una de las principales ciudades de Rusia. Pero los rusos lo esquivaron nuevamente; sacrificaron a su retaguardia y levantaron entre ellos y los franceses una barrera de fuego. Incendiaron Smolensk. Era el 17 de agosto.

Napoleón llevaba siete semanas de marcha, y solamente había conquistado el espacio vacío. Cuanto más profundamente penetraba en Rusia, más conciencia cobraban él y sus hombres del espacio vacío y el silencio. Cuando llegaban a lo que en el mapa era una aldea, la hallaban incendiada, y el alimento enterrado. Todos los habitantes habían huido.

Sólo quedaba el espacio. Incluso el cielo ruso parecía vacío de aves.

Como había observado madame de Staél: «Los espacios determinan que desaparezca todo, salvo el espacio mismo, que persigue a nuestra imaginación como ciertas ideas metafísicas de las cuales la mente no puede desprenderse una vez que ellas se afirmaron».

Frente a este vacío, a mediados de agosto Napoleón tenía que elegir.

Como él mismo dijo, tenía que golpear la cabeza, el corazón o los pies.

La cabeza era San Petersburgo, donde gobernaba el zar, pero casi una remota ciudad escandinava por referencia a Rusia propiamente dicha.

Kiev representaba los pies; era la gran ciudad meridional. El corazón era Moscú, la antigua capital, la ciudad más grande y desde el punto de vista estratégico la mejor situada. De Smolensk a Moscú había un largo trecho que representaba doce jornadas, 2.600 kilómetros en línea recta desde París. Napoleón esperó una semana, evaluando la situación y tratando de leer la mente de Alejandro. Después, impartió la orden de marcha sobre Moscú.

Fue necesario dejar atrás muchas unidades para mantener las comunicaciones, de manera que una línea mucho más delgada de carros, caballos y tropas continuó internándose en el territorio vacío. Las aldeas aparecían siempre sistemáticamente incendiadas, era imposible conseguir forraje y varios miles de caballos franceses murieron. Pero Napoleón se sentía bastante confiado. Cierta día, mientras descansaba en un prado con sus oficiales, empezó a filosofar, como hacía a veces durante las pausas. «Gobernar el Imperio es una tarea interesante. Podría estar en París, pasándolo bien y holgazaneando... En cambio, estoy aquí con ustedes, acampando; y en la acción podría alcanzarme una bala, como a cualquiera... Estoy tratando de superarme. Todos, cada uno en su puesto, deben hacer lo mismo. Esto es la grandeza».

Entretanto, los ministros y la opinión de la corte habían forzado a Alejandro a suspender la retirada. Decían que debía evitar a toda costa la caída de Moscú. De manera que el zar reemplazó a Barclay por el general Kutuzov, un astuto noble de sesenta y ocho años que había perdido el ojo derecho como resultado de una bala turca; era sumamente obeso, y como no podía montar a caballo realizaba la campaña en un droshky.

«La matrona», como Napoleón lo llamaba, había sido derrotado en Austerlitz y había jurado vengarse. Desplegó su ejército al sur de

la aldea de Borodino, sobre un risco cortado por hondonadas, detrás del río Kolotchaun, tributario del Moskowa, el río que atravesaba Moscú, unos ciento quince kilómetros al este.

Napoleón llegó a las pendientes que estaban frente a los rusos el 6 de septiembre. Se sentía muy mal. Una vieja dolencia, la disuria, había reaparecido, de modo que soportaba dolores al orinar, y además padecía escalofríos febriles. Salió por la tarde para inspeccionar las líneas rusas y algunos lo vieron detenerse y refrescar la frente calenturienta en la rueda de un cañón. Pero se reanimó cuando llegó de París una valija que traía el retrato de su pequeño hijo realizado por Gérard; el niño descansaba sobre un cojín de terciopelo verde y jugaba con un cetro de marfil.

Napoleón llamó a sus oficiales de Estado Mayor y a otros y los invitó a compartir su placer. «Caballeros, si mi hijo tuviera quince años, seguramente estaría aquí en persona.» «Un cuadro admirable», fue su opinión, y ordenó que lo pusiesen sobre una silla frente a su tienda, donde la Guardia pudiese verlo.

Napoleón permaneció levantado hasta tarde esa noche, dictando órdenes. Se acostó a la una y se levantó nuevamente a las tres. ¿Los rusos se habían retirado otra vez? No, del lado opuesto del valle podía ver los fuegos del campamento. Caía una lluvia fina y fría, y un fuerte viento inflaba los costados de la tienda. Pidió ponche caliente y después montó a caballo y fue a reconocer el terreno. Ésta era la batalla que él deseaba, pero el campo de batalla no era el que hubiese elegido. El terreno era boscoso —por lo menos la mitad consistía en bosquecillos y árboles adultos— y por lo tanto inapropiado para la caballería y para esos brillantes movimientos de flanqueo con que Napoleón solía avanzar sobre el enemigo. Además, los rusos habían tenido tiempo para atrincherarse en el terreno en pendiente; sus principales baterías estaban protegidas por barricadas de turba y sería difícil capturarlas.

Las líneas enemigas se extendían de norte a sur en una extensión de cuatro kilómetros, desde Borodino hasta el terreno más elevado junto a la aldea de Utitza, sobre el antiguo camino de Smolensk a Moscú. A la derecha de los rusos, Barclay con 75.000 hombres ocupaba terrenos altos protegidos por túmulos, lo que los franceses denominaban el Gran Reducto; después venía una depresión; después de la depresión, más reductos —las Tres Flechas— defendidos por 30.000 hombres al mando del príncipe Bagration, un audaz georgiano a quien Napoleón respetaba; y finalmente, el terreno boscoso alrededor de Utitza, defendido por Tuchkov. La

fuerza total de los rusos, incluidas las reservas, estaba formada por 120.000 hombres y 640 cañones; los franceses tenían 133.000 hombres y 587 cañones.

Napoleón decidió ejecutar un plan sencillo; su hijastro Eugene debía atacar la aldea de Borodino, como si los franceses hubieran pensado descargar el golpe principal sobre la derecha rusa. En realidad, el ataque principal debía descargarse sobre el centro y la izquierda de los rusos.

Allí, Davout atacaría al príncipe Bagration, y la caballería del príncipe Poniarowski, utilizando el antiguo camino Smolensk-Moscú, trataría de rodear a Bagration para atacarlo por la retaguardia.

Mientras Napoleón concluía el reconocimiento, sus oficiales se preparaban para el gran día. Los más veteranos habían combatido en todos los rincones de Europa, del Tajo al Elba, de los ventisqueros del San Bernardo a las colinas calcinadas por el sol de Calabria. Muchos mostraban las señales de estas campañas; Rapp, el ayudante de Napoleón, el hombre que había arreglado el chai de Josefina el día que habían intentado asesinarlo, tenía veintiuna heridas.

Pero todos ansiaban conquistar aún más gloria y demostrar su coraje. Si en esa oportunidad se mostraban bastante valerosos, Napoleón los ascendería a coronel, general, mariscal, quizás a la dignidad real, como había sido el caso de Murat, hijo de un posadero. Por eso vestían los uniformes de gala con alamares dorados, túnica escarlata o azul y pantalones claros. Eran blancos más fáciles, pero todos verían mejor sus actos de arrojo.

Leyeron a las tropas la proclama que Napoleón había redactado la noche de la víspera. Había llegado al fin el momento de librar la batalla que tanto habían esperado. Si todos luchaban bien obtendrían la victoria que les aseguraría buenos cuarteles de invierno y un pronto regreso a casa. Del lado opuesto del valle, los rusos, de uniforme verde, besaban el icono de la Virgen de Smolensk y escuchaban la proclama de su comandante en jefe. Napoleón, decía Kutuzov, era el anticristo y el enemigo de Dios, los calificativos endilgados al emperador francés por la jerarquía rusa en vista de que él había restablecido el sanedrín judío.

Napoleón continuaba sintiéndose enfermo. Después de hablar a sus generales se apostó frente a la Guardia, sobre terreno alto, a un kilómetro y medio de los reductos rusos. Desde allí podía ver el centro del campo de batalla, una tercera parte del total; los bosques ocupaban los dos tercios restantes. Inmediatamente frente a Napoleón estaban las principales baterías francesas. A las cinco y

media de la mañana Napoleón les ordenó abrir fuego. Los cañones rusos contestaron inmediatamente. Desde el punto de vista técnico eran excelentes, ligeramente más grandes, y tenían más alcance; pero sus artilleros eran menos diestros y su fuego menos preciso. El fuego de más de mil cañones estremecía la tierra.

El príncipe Eugene comenzó la batalla con el ataque de Borodino.

Después, Davout y Ney arrojaron a la infantería sobre las defensas y los emplazamientos de artillería de las Tres Flechas. Los rusos lanzaron metralla sobre las filas de vanguardia; el caballo de Davout cayó muerto y su jinete fue despedido inconsciente. Napoleón ordenó a Rapp que asumiera el mando, pero también él fue herido; entonces, Napoleón envió a Desaix en sustitución de Rapp, y Desaix también cayó. Entretanto, Ney se apoderó del emplazamiento más meridional, y resistió tres contraataques rusos.

Napoleón envió a la caballería de Murat en ayuda de Ney. Napoleón se sorprendió ante la tenacidad con que los rusos se aferraban a una posición. Donde los austriacos o los prusianos, superados en número, finalmente se rendían, los rusos preferían morir. La razón era que estaban acostumbrados a combatir contra los turcos, que mataban a todos los que eran capturados. Esta actitud complicó enormemente la tarea de Napoleón. Dijo de los soldados de infantería rusos: «Son ciudadelas a las que es necesario demoler a cañonazos».

Hacia las diez el plan original de Napoleón se había visto superado por el desarrollo de los acontecimientos. Eugene se había desempeñado mejor de lo previsto; se había apoderado de Borodino, y después de acercar la artillería estaban batiendo el Gran Reducto. Pero Poniatowski había obtenido peores resultados de lo previsto. Aunque había batido a la derecha rusa —el general Tuchkov estaba muerto y Bagration agonizaba a causa de sus heridas— había hallado intensa resistencia en los bosquecillos de los terrenos más altos y no podría acercarse por detrás de las Tres Flechas. En ese momento era evidente que la batalla se convertiría en duelos de artillería, ataques frontales y combates cuerpo a cuerpo. Las Tres Flechas era el sector más prometedor. Poco después de las diez, Napoleón recibió una nota de Ney en que le rogaba que ordenase avanzar contra las Tres Flechas a todas sus reservas, es decir, a la Guardia. A juicio de Ney, era el único modo de convertir en victoria un progreso limitado.

Mientras tomaba medicinas para calmar el dolor de garganta, consecuencia del resfriado, y trataba de ver entre el humo de los cañones, Napoleón consideró la petición de Ney. En sí misma era

razonable; Ney y Murat habían mostrado un soberbio coraje durante varias horas y estaban casi exhaustos. Pero mientras Napoleón reflexionaba, llegó un mensaje inesperado del flanco izquierdo. Kutuzov había lanzado al campo de batalla a su caballería cosaca de reserva, y Eugene se veía forzado a pasar a la defensiva. Napoleón consideraba que su izquierda era vital, porque cubría su única línea de comunicación, el camino principal a Smolensk. Habría sido una actitud audaz jugarse el todo por el todo en un ataque a las Tres Flechas, pero era prudente mantener en reserva a la Guardia. Como dijo el mariscal Bessières, comandante de la Guardia: «¿Arriesgará sus últimas reservas a 1.300 kilómetros de París?» Napoleón podía ser audaz cuando así lo decidía, pero casi siempre adoptaba esa actitud en el contexto de la prudencia. «No —contestó— Esto supone que mañana libremos otra batalla».

Napoleón dio ayuda limitada a Ney. Acercó más cañones, hasta que un total de cuatrocientas piezas estuvieron batiendo el área de las Tres Flechas, y envió otra división al mando del general Friant. Ney pudo mantener la posición pero no afirmar su ventaja.

A mediodía, después de rechazar la comida que le habían preparado, Napoleón comió un pedazo de pan y bebió una copa de Chambenin, después tomó su medicación para el dolor de garganta y continuó barriendo el campo con su catalejo, recibiendo informes del frente, impartiendo órdenes y desplazando cañones. El centro de la acción estaba trasladándose al Gran Reducto, el emplazamiento fortificado de veintisiete cañones rusos. Tan áspera era la lucha allí que, de acuerdo con la versión de un testigo ocular, «los caminos de acceso, las zanjas y el interior desaparecían bajo una montaña de muertos y moribundos, un promedio de seis a ocho hombres apilados unos sobre otros».

El capitán Francois, de la I.^a división, era uno de los que atacaban el reducto. «Cuando llegamos al borde de la hondonada, nos acribilló la metralla de esta batería y otras que la flanqueaban. Pero nada nos detuvo; pese a mi pierna herida actué con la misma eficacia que mis voltigeurs pues todos tratábamos de evitar la metralla que atravesaba nuestras filas.

Filas enteras, incluso medios pelotones, caían bajo el fuego enemigo y dejaban enormes huecos. El general Bonnamy, al frente del 30.^º, nos detuvo en medio de la metralla. Nos reagrupó y cargamos nuevamente.

Una línea rusa intentó detenernos, pero a poco más de veinte metros disparamos una andanada y pasamos. Después nos lanzamos

sobre el reducto y entramos por las troneras... Los artilleros rusos nos recibieron con picas y baquetas, y luchamos cuerpo a cuerpo».

Los rusos expulsaron del reducto al capitán Francois. «La metralla me había arrancado el morrión; los faldones de mi chaqueta estaban en manos rusas... Estaba magullado de la cabeza a los pies, y la pierna me dolía horriblemente; después de varios minutos de descanso sobre terreno llano, cuando volvimos a reagruparnos me desmayé a causa de la pérdida de sangre. Algunos voltigeurs me alzaron y me llevaron a la ambulancia de campo.» Allí se lavaban las heridas con una cocción de malvavisco y se las vendaba con compresas de vino. Si el brazo o la pierna estaban heridos de mucha gravedad había que amputarlos, porque de lo contrario se gangrenaban. Durante la batalla y las doce horas siguientes, Larrey, el cirujano principal, y un hombre consagrado a su profesión a quien Napoleón apreciaba mucho, amputó doscientos miembros.

Consideraba esencial amputar dentro de las veinticuatro horas, «mientras la naturaleza se mantiene en calma». Los únicos auxiliares eran una servilleta para morder, y a veces un rápido trago de brandy.

Hacia el final de la tarde, el príncipe Eugene por el norte y Ney y Murat por el sur desencadenaron un ataque combinado contra el Gran Reducto. Esta vez consiguieron tomarlo. Después, dieron la vuelta a los cañones y dispararon sobre los rusos que se retiraban. Napoleón, que una vez más se mostró prudente, no permitió que sus tropas persiguieran al enemigo. Al anochecer, los rusos se retiraban ordenadamente hacia Moscú.

En Borodino, las pérdidas rusas entre muertos y heridos fueron de 44.000 hombres; sólo tuvieron dos mil prisioneros. Las pérdidas francesas se elevaron a 33.000 hombres. Desde el punto de vista aritmético, y en vista de que el camino a Moscú estaba abierto, Borodino fue una victoria francesa, pero no fue una victoria aplastante como la que Napoleón había esperado. En efecto, había costado a Napoleón un elevado número de altos oficiales, incluidos cuarenta y tres generales. El propio Napoleón consideró que había sido la más terrible de sus batallas.

Napoleón solía visitar inmediatamente el campo para comprobar que se atendiera a todos los heridos. Pero en Borodino después de la batalla, agotado físicamente por un frío que le provocaba fiebre, y mentalmente por la tenacidad de la resistencia rusa, se tendió sobre su catre de campaña y consiguió conciliar un sueño inquieto. Al alba del día siguiente cabalgó en silencio a través del campo, pasando revista a los muertos, y encargando a uno de sus hombres que

atendiese a este o a aquel herido. Durante este sombrío recorrido el caballo de uno de sus ayudantes tropezó con un cuerpo postrado. Al oír un grito de dolor, Napoleón ordenó que quienquiera que fuese lo colocaran sobre una camilla.

«No es más que un ruso», murmuró el ayudante, y Napoleón replicó ásperamente: «Después de una victoria no hay enemigos, solamente hombres.» Se observó entonces que los rusos no se quejaban, y se mostraban desusadamente piadosos; muchos heridos se acercaban a los labios un ícono o una medalla de San Nicolás.

Napoleón continuó el avance. Aún sufría un intenso resfriado, y durante dos días perdió por completo la voz. No encontró más resistencia.

Una luminosa y soleada tarde, el 13 de septiembre —casi tres meses después de entrar en Rusia— el cuerpo principal de la Grande Armée llegó a los suburbios de Moscú y trepó a las colinas occidentales para contemplar, al fin, después de tantos centenares de kilómetros de espacios vacíos y ruinas calcinadas, una ciudad sólida de casas, palacios y casi trescientas iglesias. «El sol se reflejaba —dice el sargento Bourgogne, de la Vieja Guardia—, en todas las cúpulas, los campanarios y los palacios dorados. He visto muchas capitales, como París, Berlín, Varsovia, Viena y Madrid; y suscitaban en mí una impresión normal. Pero esto fue muy distinto; en mi caso —y de hecho en el de todos— el efecto fue mágico.

Ante aquel espectáculo los problemas, los peligros, las fatigas y las privaciones fueron olvidados por completo, y el placer de entrar en Moscú absorbió nuestras mentes.» Napoleón cabalgó, junto a sus hombres y contempló la principal ciudad rusa. «¡Aquí está, al fin! Ya era hora.»

CAPÍTULO VEINTIUNO

La retirada

Napoleón entró en Moscú el 15 de septiembre de 1812. Vestía como de costumbre, el sencillo uniforme verde oscuro de coronel de los Cazadores. En cambio, Murat, que había luchado valerosamente desde el principio, consideró apropiado vestir pantalones de montar rosa pálido y botas de cuero amarillo vivo que se destacaban claramente contra la silla de paño azul celeste, y agregó a las cuatro plumas de aveSTRUZ de su sombrero un penacho de plumas de garza. Lo decepcionó —como en general a todos los franceses— que no se acercara ningún ruso a ofrecer humildemente las llaves de la ciudad depositadas sobre un cojín de terciopelo, y que la multitud no se alinease en las calles para vitorearlos. Pronto fue evidente que la mayoría de los moscovitas habían recibido del gobernador Rostopchin la orden de evacuación. De un total de 250.000 habitantes sólo quedaban quince mil, principalmente extranjeros, miserables mendigos y delincuentes liberados de las cárceles de la ciudad. También en Moscú prevalecían el espacio y el silencio.

Napoleón se alojó en un palacio de estilo italiano del Kremlin, con un rasgo extraño: la complicada escalera de mármol blanco al aire libre.

Colgó el retrato de su pequeño hijo realizado por Gérard sobre la repisa de la chimenea, y comenzó a trabajar; el alojamiento de sus tropas, la necesidad de conseguir forraje, y lo que era más importante, la preparación de conversaciones de paz con Alejandro. Estaba seguro de que el zar concertaría la paz después de la derrota sufrida en Borodino, exactamente como había hecho después de Austerlitz y Friedland.

Aquella noche estallaron incendios esporádicos en Moscú. Los franceses no pudieron encontrar mangas de riego ni bombas —habían sido retiradas por orden de Rostopchin— y tuvieron que combatir el fuego con cubos de agua. Al día siguiente, ardieron otras casas y los franceses comenzaron a sospechar. Rostopchin había armado a un millar de convictos con mechas y pólvora, y les había

dicho que incendiasen completamente Moscú. Los franceses con sus cubos de agua no pudieron controlar los incendios, que el día 16, favorecidos por un viento del norte, se extendieron hasta el límite del Kremlin.

Al principio, Napoleón rehusó retirarse de allí. Pero la artillería y los carros de municiones de la Guardia estaban en el Kremlin, y cuando las llamas se acercaron. Napoleón ordenó a todos que salieran, y su séquito comprobó que la escalera de mármol exterior era una salida segura en caso de incendio. Como recuerda uno de ellos: «Caminamos sobre la tierra en llamas, bajo un cielo en llamas, entre paredes en llamas», antes de llegar al Moscow, y de allí al palacio Petrovsky, de ladrillos, unos once kilómetros hacia el norte. Desde allí Napoleón observó las llamas, y durante los cuatro días siguientes, 8.500 casas quedaron destruidas, es decir, cuatro quintas partes de la hermosa ciudad. Un oficial recordó el caso de las viudas indias que se suicidan al morir su esposo. Pero Napoleón sólo dijo: «¡Escitas!».

Napoleón regresó el día 18 a su alojamiento del Kremlin, uno de los pocos distritos todavía intactos. La ciudad era un espectáculo deprimente, ennegrecida y chamuscada, otra Herculano o Pompeya, pero peor en el sentido de que de ella se desprendía un nauseabundo olor de sustancias quemadas.

De todos modos, la quinta parte restante suministró refugio a sus tropas, y en las despensas se encontraron muchas provisiones, de manera que Napoleón continuó con su plan original, es decir el intento de iniciar conversaciones de paz. El día 20 escribió en ese sentido a Alejandro. El zar estaba en San Petersburgo, de modo que su respuesta no podía llegar antes de dos semanas.

Pasaron las dos semanas y Napoleón no recibió contestación. A los ojos de un observador imparcial, los elementos disponibles sugerían que Alejandro no quería discutir la paz. Allí estaban las ruinas ennegrecidas de Moscú; Caulaincourt, que lo conocía bien, dijo que el zar jamás haría la paz; y además estaba la presión de los nobles, ansiosos de volver a vender los cereales, la madera y el cáñamo a Inglaterra. Sin embargo, Napoleón estaba convencido de que él y Alejandro podían ser nuevamente buenos amigos, y envió un representante al zar, con orden de repetir su ofrecimiento de paz. También envió a Lauriston, para tratar de negociar directamente con Kutuzov. Cuando ambos emisarios fueron devueltos sin llegar a destino, Napoleón se desconcertó y se sintió deprimido; a veces pasaba horas enteras sin decir palabra.

Napoleón mostraba cierta insensibilidad en las relaciones humanas, un rasgo que se manifiesta en sus observaciones hirientes y su costumbre de retorcer las orejas a Josefina. No podía comprender una reacción imprevista, por ejemplo la actitud de los soldados rusos que rehusaban rendirse. Y tampoco podía entender a Alejandro. En realidad, jamás entendió el giro de Alejandro, y si se hubiese enterado del asunto tampoco habría comprendido la promesa que realizó Alejandro a su pueblo en el sentido de que no haría la paz mientras un solo soldado enemigo permaneciera en suelo ruso, prefería dejarse crecer la barba y comer patatas con los siervos.

¿Qué podía hacer Napoleón? Su plan original había sido invernar en Moscú; antes de Borodino había dicho a sus soldados que la victoria les suministraría «buenos cuarteles de invierno». En Moscú se sentían cómodos; tenían comida y bebida abundantes, y entre los licores estaban el champán y el brandy de las bodegas de los nobles. Napoleón ordenó que se representasen obras a cargo de una compañía francesa que casualmente estaba en Moscú, y los actores comenzaron con Lejeu de l'amouret du hasard, de Marivaux; y también redactó una lista de actores de la Comédie Française, los que según él esperaba llegarían a Moscú.

Ciertamente, invernar en Moscú era la actitud razonable. Con respecto a los peligros que podían correr los franceses si no invernaban allí, Napoleón tenía plena conciencia del asunto. Había comenzado a leer la Historia de Carlos XII, de Voltaire, y en ese relato el rey sueco, aislado de Polonia y rodeado por enemigos, resuelve desafiar los rigores de un invierno ruso. Primero sus caballos mueren en la nieve, y sin caballos para arrastrarlos tiene que arrojar a los pantanos y a los ríos la mayor parte de su artillería. Después, sucumben sus soldados. En una de sus marchas Carlos ve morir de frío a dos mil de sus hombres.

Con esa lección literalmente frente a los ojos, ¿por qué Napoleón renunció a su plan original de invernar en Moscú? La respuesta está en la profundidad misma de su carácter. Este hombre desbordante de energía, que actuaba mucho más rápidamente que sus semejantes, tenía el defecto que emanaba de su principal cualidad: era impaciente. En el dormitorio de Josefina, mientras ella se vestía para cenar, preguntaba:

«¿Aún no estás lista?»; si Josefina estaba ausente: «Estoy impaciente por verte de nuevo»; del Papa que viajaba hacia París: «Debe darse prisa.» La impaciencia de Napoleón se expresaba de un modo especial; se mostraba renuente, cualquiera que fuese la

situación, a representar un papel pasivo. Él era siempre quien debía controlar los hechos, incluso en la corte. Por ejemplo, durante el otoño de 1807 Napoleón se había quejado a Talleyrand: «Invité a mucha gente a Fontainebleau. Deseaba que se divirtiesen. Organicé todos los entretenimientos y todos tenían la cara larga y parecían cansados y sombríos.» La respuesta de Talleyrand señala la diferencia entre Napoleón el estadista y el propio Talleyrand, que era diplomático: «Eso sucedió porque el placer no puede imponerse a toque de tambor, y aquí, como en el ejército, parecería que usted siempre hubiese dicho a cada uno de los presentes: "Pues bien, damas y caballeros, ide frente... marchen!"».

La impaciencia del emperador era todavía más acentuada que la del primer cónsul Bonaparte, pero de todos modos el tacto de Josefina la moderaba. Cuando Josefina salió de su vida, ése se convirtió en un rasgo más acentuado. Por eso cuando conoció a María Luisa, no pudo soportar la espera impuesta por las formalidades preestablecidas y se la llevó a Compiègne. También en Moscú la impaciencia lo incitó permanentemente a la acción.

La idea inicial de Napoleón fue marchar sobre San Petersburgo.

Explicó el plan a su Consejo de Guerra, que incluía a Davout, Murat y Berthier. El Consejo destacó el grave peligro que afrontaba una marcha hacia el norte, porque Kutuzov podía cortar las líneas de comunicación de los franceses. Napoleón desechó la idea y propuso en cambio una retirada hacia el oeste. «No debemos repetir el error de Carlos XII...

Cuando el ejército haya descansado, y mientras continúe reinando el buen tiempo, debemos regresar por Smolensk para invernar en Lituania y Polonia».

Los mariscales aceptaron este plan. También ellos se alegraban de salir de la ciudad incendiada, y por lo tanto no examinaron objetivamente la propuesta. La discusión se centró no en la sensatez de una retirada en invierno, sino en problemas secundarios, por ejemplo qué camino debían seguir. Napoleón prefería el camino meridional, más benigno, a través de Kiev. Pero cuando supo que en octubre el Dniéper a veces se desbordaba hasta alcanzar un ancho de casi once kilómetros frente a Kiev, abandonó el plan. En realidad, el otoño de 1812 fue seco, y el Dniéper no se desbordó. El camino a través de Kiev habría sido el mejor, pero Napoleón decidió seguir una ruta que estaba levemente al sur del camino septentrional por el cual había venido.

¿En qué fecha debía partir? Napoleón consultó los almanaque rusos de los últimos veinticinco años y descubrió que las heladas severas comenzaban en la latitud de Moscú generalmente a finales de noviembre.

El viaje de ida había durado casi dos semanas, y podía presumirse que el de regreso les llevaría el mismo tiempo. De modo que correspondía partir inmediatamente. Cada día contaba. Pero Napoleón no vio las cosas de ese modo. Sin duda, abrigaba la esperanza de apresurar el viaje de retorno, y además, con un optimismo casi increíble, aún ahora exploraba las posibilidades de la paz.

El 15 de octubre sobre las ruinas ennegrecidas de Moscú cayeron unos ocho centímetros de nieve. Era un signo de mal agüero, pero en lugar de partir inmediatamente Napoleón retrasó la salida, siempre con la esperanza de recibir una comunicación de Alejandro. Y entonces, el 18 de octubre, Murat fue atacado por las tropas de Kutuzov cerca de Moscú; su cobertura de caballería fue sorprendida con la guardia baja, de modo que perdió 2.500 hombres. Esta derrota destruyó el ánimo optimista de Napoleón. La impaciencia por partir, por actuar, por ser el amo de sus propios movimientos, se convirtió en factor decisivo, y Napoleón impartió la orden de salir de Moscú. Su entorno advirtió que esa noche estaba extrañamente excitado.

A las dos de la tarde del 19 de octubre las primeras unidades de la Grande Armée, después de una estadía de treinta y cinco días, comenzaron a salir de Moscú. Muchos soldados vestían chaquetas de piel de oveja, gorros de piel y botas forradas con piel; llevaban en sus mochilas azúcar, brandy e iconos recamados de joyas, y en los carros cargaban sedas chinas, cebellinas, lingotes de oro, armaduras, e incluso una escupidera principesca tachonada de joyas. En conjunto, había 90.000 hombres de infantería, 15.000 de caballería, 569 cañones y diez mil carros que transportaban alimentos para veinte días, pero forraje destinado a los caballos para menos de una semana. En realidad, los caballos eran el eslabón débil de esta cadena de acero y músculo. Así como en primavera hubieran conseguido mucho pasto en el camino, ahora dependerían de lo que sus jinetes pudiesen hallar.

Napoleón confió los heridos a su Joven Guardia, que marchaba a retaguardia. Napoleón ordenó al mariscal Mortier que se tratase a los heridos con la mayor humanidad posible, y le recordó que los

romanos otorgaban coronas cívicas a los que salvaban la vida de los hombres.

«Monten a los heridos en sus mismos caballos. Eso es lo que hicimos en San Juan de Acre».

Napoleón partió de Moscú el 19 de octubre. Después de su noche de excitación, había recobrado la calma de costumbre. Al principio, los hechos se desarrollaron de acuerdo con el plan. La marcha era ordenada pero lenta, a causa de los numerosos vehículos de ruedas que avanzaban por un camino enfangado. Murat parecía encontrarse especialmente bien; cuando cargaba contra los cosacos desechaba usar el sable y se limitaba a restallar el látigo; eso, y su masa de alamares y dorados, ponía en fuga a los cosacos.

Seis días después de la partida, a las 7.30 de la mañana. Napoleón salió de la choza con techo de paja donde había pasado la noche, montó a caballo y en compañía de Caulaincourt, Berthier y Rapp fue a visitar el campo de batalla de Malo-Jaroslawitz, donde el príncipe Eugéne había asaltado una posición bien defendida. De pronto, de un bosque distante que estaba situado a su derecha, salió al galope un grupo de jinetes.

Vestían casacas azules y avanzaban en orden, de modo que parecían parte de la caballería francesa. Cuando se acercaron, Caulaincourt gritó; «¡Cosacos!» «¡Imposible!» dijo Napoleón. Pero Caulaincourt estaba en lo cierto, y la tropa enemiga estaba formada por cinco mil hombres.

Los cosacos ya les habían causado problemas. Vestían chaquetas azul oscuro ceñidas, pantalones abolsados y altos gorros negros de piel de oveja; montaban caballos pequeños y resistentes, ensillados con algo parecido a una doble almohada, e iban armados con una lanza de dos metros y medio de longitud, pistolas y a veces arcos y flechas. Parecían brotar de la tierra «con un grito sordo y lúgubre, como el viento cuando atraviesa los pinares: "Hurra, hurra"», y caían implacables sobre los que se habían apartado de la columna.

Y así cargaron: «¡Hurra, hurra!» Napoleón impartió órdenes, desenvainó la espada y se preparó a combatir. Rapp dirigió a la guardia personal de Napoleón contra los primeros enemigos pero cayó del caballo y fue lanceado por un cosaco. Otro oficial luchó hasta que le arrancaron la espada de la mano; entonces se arrojó sobre un cosaco, lo desmontó y la lucha continuó sobre la hierba, entre los cascos de los caballos. Pero en lugar de tratar de capturar a Napoleón, los jefes cosacos de pronto vieron algunos carros franceses indefensos. Nunca podían resistir la tentación del saqueo, y

se desviaron hacia los carros. Entonces, dos escuadrones de caballería francesa oyeron los gritos, se acercaron al galope y los dispersaron.

Napoleón estaba de muy buen humor después de haber escapado de este aprieto, sobre todo porque Rapp regresó ilesa. Pero durante los días que siguieron todo salió mal. Napoleón descubrió que Kutuzov le cerraba el camino que él se había propuesto seguir, y por lo tanto tuvo que desviarse hacia el norte. Cerca de Borodino retomó el camino que había usado durante el avance sobre Moscú, el mismo camino que pasaba por aldeas que habían sido quemadas, y de las cuales se habían retirado todas las existencias de alimentos. El 29 de octubre nevó, y la noche siguiente fue la primera helada severa; el 31, un viento intenso removió la nieve hasta donde la vista podía alcanzar. Los caballos se vieron reducidos a comer la corteza de los pinos; debilitados, no podían arrastrar los cañones cuando se presentaba una pendiente helada, y el ejército comenzó a abandonar los cañones, exactamente como había hecho Carlos XII. Estaban a 220 kilómetros de Smolensk, el lugar más cercano donde podían encontrar refugio y alimento.

Murat encabezaba la columna al frente de la caballería; después venían Napoleón y la Guardia; el príncipe Eugéne ocupaba el centro, y el mariscal Ney mandaba la retaguardia. El propio Napoleón caminó largas distancias, en parte para alentar a sus hombres, y en parte para combatir el frío cada vez más intenso. Sus meridionales, que se habían desenvuelto tan bien durante el verano en la campaña de Italia, padecían las consecuencias de las bajas temperaturas, y Napoleón, que ni siquiera se había inmutado en el calor del Sinaí, comenzó a temblar de frío como si padeciese las fiebres.

El 6 de noviembre las cosas comenzaron a ponerse graves. Esa noche el termómetro descendió a 22 °C bajo cero. «La nieve caía en copos enormes; perdimos de vista el cielo y a los hombres que marchaban delante.» Aunque envueltos en pieles y chaquetas acolchadas, los hombres no tenían modo de protegerse el rostro. Se les agrietaban los labios, se les helaba la nariz, los ojos se cegaban por el resplandor, a veces de manera permanente. Eran hostigados constantemente por los cosacos, y aunque el camino era horrible a nadie beneficiaba alejarse del mismo.

Los campesinos rusos por tradición hacían lo que les ordenaban sus amos o propietarios, y esa vez también les habían dicho lo que debían hacer; debían recibir con hospitalidad a los soldados franceses, servirles abundante brandy, embriagarlos y acostarlos, y

cuando estuvieran bien dormidos, degollarlos y enterrar los cuerpos en la porqueriza.

Estas instrucciones fueron cumplidas, a veces con variaciones; un observador inglés que estaba con Kutuzov vio a «sesenta hombres desnudos y moribundos, cuyos cuellos estaban apoyados en un árbol talado, mientras las mujeres y los hombres rusos con largas varas cantando en coro y brincando, descargaban repetidos golpes para partírles la cabeza».

En muchos casos, la lucha con el propósito de comer y conseguir refugio era lo único que importaba. Al anochecer los hombres destripaban a los caballos que habían muerto a causa de la ingestión de nieve, y se metían dentro del cadáver para conservar el calor; otros ingerían la sangre coagulada de los caballos muertos. Tan pronto un hombre moría, por heridas o por el frío, sus compañeros le quitaban las botas y el alimento que pudiese tener en la mochila, y entregaban su cadáver a los lobos. «La compasión descendió al fondo de nuestro corazón a causa del frío, más o menos como el mercurio de un termómetro».

Sin embargo, hubo muchos hechos de generosidad, como los botones lustrados de una túnica rasgada. El dragón Melet, de la Guardia, poseía un caballo llamado Cadet, al que había montado en una docena de grandes batallas. Amaba tanto al animal que más de una vez se deslizó audazmente en el campamento ruso para robar el heno que le permitía mantener vivo a Cadet. «Si salvo a mi caballo —dijo—, a su vez él me salvará.» Melet y Cadet regresaron a Francia. En Polotsk, sobre el flanco norte, el teniente coronel Bretschel, que tenía una pierna de madera destrozada dos veces en la campaña rusa, fue desmontado durante una carga de caballería; se incorporó, sable en mano, y cojeando volvió al combate contra los corpulentos rusos. Cuando el 18.^º regimiento tuvo que abandonar la carreta que llevaba los fondos del regimiento —120.000 francos en oro— se confió a cada oficial, a cada suboficial y a cada soldado una parte del oro, bajo palabra de honor de entregarlo a un camarada si sufría heridas graves; no se perdió un solo franco. Y con respecto al más precioso de todos los objetos, la bandera del regimiento, el hombre más fuerte de toda la unidad se la enrollaba alrededor de la cintura; si moría, los médicos retiraban el cuadrado de seda blanca y lo transportaban ellos mismos.

Napoleón llegó a Smolensk el 9 de noviembre. Hasta allí, su ejército había tenido que lidiar con el frío y el hambre, y ahora tendría que enfrentarse a los rusos. Dos nuevos ejércitos se

preparaban para atacarlo, el de Wittgenstein por el norte, y las tropas del almirante Tchitchagov desde el sur. Eran como las dos piezas de una trampa, preparadas para aplastar a Napoleón antes de que pudiese cruzar el siguiente obstáculo importante, el río Beresina.

Napoleón salió de Smolensk el 14 de noviembre, y marchó con Murat, la caballería y la Guardia. Avanzó a pie, llevando un bastón de madera de haya, y en la cabeza tenía puesto un gorro de terciopelo rojo cubierto con una piel de marta. Lo seguían, con breves intervalos, el príncipe Eugéne, comandante del 4.º cuerpo; Davout, al frente del primer cuerpo, y Ney a la cabeza de la retaguardia. Un cuerpo mandado por Víctor estaba más al norte, y contenía a Wittgenstein, mientras otro cuerpo a las órdenes de Oudinot fue enviado por Napoleón al sur, para impedir que Tchitchagov se apoderara del puente principal que atravesaba el Beresina en Borissov.

El día 22, en la aldea de Lesznetza, Napoleón supo que Tchitchagov había quemado el puente de Borissov. Era una noticia muy grave. «Al parecer, cometemos un error tras otro», comentó Napoleón. Tchitchagov, consciente de que había aislado a la Grande Armée, incluso había difundido una descripción de Napoleón, porque estaba seguro de que lo capturaría: «Es bajo, pálido, tiene el cuello grueso y los cabellos negros».

En las filas de la Grande Armée se murmuraba que había llegado el momento de capitular. A decir verdad, Napoleón consideraba tan grave la situación que quemó todos sus papeles personales. Pero después pronunció un discurso ante sus tropas, y les aseguró que estaba decidido a abrirse paso luchando hasta la frontera. «Fue un momento espléndido —dijo el sargento Bourgogne—, y durante un momento olvidamos nuestros padecimientos».

La tarde del día 25, después de una tormenta de nieve, Napoleón llegó al río Beresina. Aunque normalmente a fines de noviembre estaba helado, un deshielo reciente lo había convertido en un torrente tumultuoso. Tenía unos 220 metros de ancho, y el puente había sido quemado en tres lugares distintos; a causa del intenso fuego ruso que llegaba desde la orilla opuesta, era irreparable. Napoleón contaba con 49.000 hombres todavía aptos para combatir y 250 cañones. Wittgenstein, con 30.000 hombres, venía a marchas forzadas desde el norte, y Tchitchagov con 34.000 hombres ocupaba la orilla opuesta, y estaba preparado para oponerse a cualquier intento de cruce; por su parte Kutusov, con 80.000 hombres, avanzaba desde la retaguardia. Superado en una proporción de tres

a uno, Napoleón debía contener a esta masa de rusos, salvar el río y llevar a lugar seguro a su ejército.

Una buena noticia esperaba a Napoleón. Un oficial de caballería llamado Corbineau había cruzado el Beresina viniendo desde el oeste dos días antes, y por un campesino se había enterado de la existencia de un vado poco conocido, cerca de la aldea de Studienka, a unos quince kilómetros río arriba. Allí, el río tenía un ancho de setenta metros y la profundidad máxima llegaba a un metro. Napoleón decidió cruzar por ahí. Aún tenía dos forjas de campaña, dos vagones de carbón y seis vagones cargados con herramientas de zapadores y equipos para construir puentes; y sería posible demoler las casas de la aldea para obtener madera. Con el fin de encubrir esta operación, Napoleón envió un destacamento mandado por Oudinot unos diez kilómetros río abajo; debían talar árboles ruidosamente, como si se dispusieran a construir un puente, y encender grandes fuegos. Después, Napoleón se acostó y esa noche durmió hasta las once.

Al alba del día siguiente Napoleón estableció su cuartel general en un molino de harina de Studienka. Hubo un momento de alegría cuando vio que Tchitchagov despachaba todas sus tropas hacia el sur:

«Engañé al almirante.» Ataviado con un abrigo gris, observó el trabajo de cuatrocientos pontoneros que metidos hasta la altura de las axilas en el agua helada se esforzaban por construir dos puentes, uno liviano para la infantería y otro más sólido, 150 metros río abajo, para las carretas y cañones. Primero hundieron pilastras en el lodo; les atornillaron caballetes, y finalmente, sobre los caballetes, aplicaron planchas. Trabajaron heroicamente veinticuatro horas, con breves períodos de descanso, durante los cuales Napoleón ordenó que se les distribuyera vino.

A la una se completó el puente destinado a la infantería y Napoleón decidió que Oudinot pasara primero. Oudinot era el sencillo y animoso hijo de un cervecero, cuyo juego favorito era apagar velas después de la cena con disparos de pistola; su inclinación natural era dirigirse a la primera línea y encabezar una carga o dos; de ahí las treinta heridas que exhibía en su cuerpo. Ahora, encabezó a los once mil hombres que atravesaron el frágil puente de madera. Hacia las cuatro se completó el puente más grande, y Napoleón envió inmediatamente los cañones, las carretas y la caballería. A esa altura de las cosas Tchitchagov ya había advertido su error, y atacaba a

Oudinot con treinta mil hombres. El propio Oudinot fue derribado de su montura por un disparo, y Ney, que ocupó su lugar, continuó una acción defensiva en uno de los episodios más valientes de la campaña.

Napoleón cruzó el Beresina con la Guardia la tarde del día 27. A lo largo del día y de la noche los hombres fatigados y el material maltrecho cruzaron el río. El día 28, Wittgenstein llegó lo bastante cerca para bombardear los puentes. Las tropas que continuaban en la orilla opuesta presionaron con el fin de cruzar, pero para hacerlo tenían que pasar sobre centenares de caballos muertos y carretas destrozadas. Se quebró la disciplina y densas masas de tropas lucharon para llegar al río. «No era posible dar un solo paso en falso, porque apenas uno caía, el hombre que estaba detrás le pisaba el estómago y pronto uno iba a engrosar el total de muertos».

En la mañana del día 29 Napoleón había conseguido que todas las tropas en condiciones de combatir cruzaran los puentes; quedaban sólo unos veinticinco mil rezagados y refugiados de Moscú. Acurrucados alrededor de las fogatas, debilitados por el hambre y la intemperie, estaban tan poseídos por la apatía que ni las amenazas ni las exhortaciones lograban inducirlos a cruzar el río. Sólo cuando el general Ebbé comenzó a destruir los puentes algunos intentaron desesperadamente pasar. Ocho mil continuaban en la orilla oriental, y fueron muertos o capturados por los cosacos de la vanguardia de Wittgenstein.

El cruce del Beresina es una de las hazañas más notables de la historia de la guerra. Pese a los terribles obstáculos, en momentos en que incluso Murat, un hombre generalmente animoso, creía que el juego había terminado, Napoleón insistió fríamente y concibió un sencillo ardid que fue eficaz. En condiciones abrumadoras, personalmente supo inspirar heroísmo en los pontoneros; la mayoría de esos cuatrocientos bravos moriría como resultado de esas heladas veinticuatro horas. Gracias a la serenidad de Napoleón, al heroísmo de los pontoneros y al coraje de Oudinot y Ney en la defensa de la cabeza de puente, más de cuarenta mil hombres y toda la artillería excepto veinticinco cañones, cruzaron el Beresina, y por otra parte las batallas alrededor del río infligieron por lo menos veinte mil bajas a los rusos.

Antes del cruce y durante la operación, Napoleón había mantenido la reserva acerca de una mala noticia. En la noche del 22 de octubre el general Malet, que ya había participado en conspiraciones contra el gobierno, escapó de su lugar de detención en Francia, y utilizando

documentos falsos que anunciaban la muerte de Napoleón bajo las murallas de Moscú, asumió el mando de mil doscientos guardias nacionales, arrestó al prefecto de policía, y estuvo a un paso de formar un gobierno provisional. «¿Y mi hijo? —preguntó Napoleón—. ¿Nadie pensó en él?» No se oyó el grito «El emperador ha muerto... ¡Viva el emperador!» Que la conspiración de Malet casi alcanzara éxito reveló a Napoleón cuan frágil era la dinastía imperial, pero cuando conoció la noticia, a principios de noviembre. Napoleón había decidido permanecer con su ejército hasta que éste se encontrase a salvo al otro lado del Beresina.

Cinco días después del cruce, cuando el ejército estaba apenas a sesenta y cinco kilómetros de Vilna, una ciudad atestada de alimentos, Napoleón convocó a un Consejo de Guerra. Informó a sus generales de la conspiración de Malet, aludió a sus efectos probablemente negativos sobre Austria y Prusia, y dijo que seis días antes había escrito a su ministro de Relaciones Exteriores: «Creo que tal vez sea necesario para Francia, para el Imperio e incluso el ejército que yo esté en París.» Los generales vieron que era fundamental que Napoleón se encontrase en el centro de los hechos cuando se conociera la noticia de la retirada, y unánimemente le aconsejaron que partiese. Napoleón entregó el mando a Murat.

El 5 de diciembre a las diez de la noche Napoleón salió en trineo de Smorgoni. A su lado Caulaincourt ocupaba un asiento. En dos trineos más iban Duroc, el intérprete polaco de Napoleón, tres valets, dos ayudantes y Rustam, su guardaespaldas mameluco. Caulaincourt no podía recordar «un frío como el que soportamos entre Vilna y Kovno [noventa y cinco kilómetros]. El termómetro marcaba 25 °C bajo cero.

Aunque el emperador estaba protegido por gruesas prendas de lana y cubierto con una buena manta, las piernas enfundadas en botas de piel, y después en un saco confeccionado con piel de oso, se quejaba tanto del frío que tuve que cubrirlo con la mitad de mi propia piel de oso. El aliento se congelaba en los labios y formaba pequeños carámbanos bajo la nariz, sobre las cejas, y alrededor de los párpados. Todas las partes de tela del vehículo, y sobre todo la capota, hacia la cual se elevaba nuestro aliento, estaban blancas de hielo».

Al día siguiente, cuando cruzaron el Niemen y penetraron en el Gran Ducado de Varsovia, Napoleón se sintió más reanimado. Nunca podía permanecer ocioso, y como en el trineo no estaba en

condiciones de hacer otra cosa, habló hasta que llegó a Varsovia. En primer lugar, sobre todo acerca del ejército, y señaló que a su juicio Murat podía reagruparlo en Vilna. Lo inquietaban únicamente las consecuencias del contratiempo sufrido en Rusia sobre Viena y Berlín. Pero cuando llegase a París pensaría en algo, pues según dijo, Europa entera tenía un enemigo en «el coloso ruso». Después, retornó a los hechos recientes.

«El incendio de las ciudades rusas, el incendio de Moscú, fueron simplemente estupideces. ¿Por qué usar el fuego si él (Alejandro) confiaba tanto en el invierno? La retirada de Kutuzov fue mera ineptitud. El invierno ha sido nuestro peor enemigo. Hemos sido víctimas del clima».

Trataba de justificarse, quizás ensayando, para beneficio de Caulaincourt, lo que diría en París. Según afirmó, había cometido dos errores:

el primero en julio, cuando había «pensado conseguir en un año lo que podía obtenerse sólo en dos campañas». «Yo debería haber permanecido en Vitebsk. En este momento, Alejandro estaría de rodillas frente a mí. La división del ejército ruso después del cruce del Niemen me sorprendió.

Puesto que los rusos no habían podido derrotarnos, y obligaron al zar a nombrar a Kutuzov en lugar de Barclay, que era mejor soldado, imaginé que un pueblo que permitía que le endosaran un mal general ciertamente pediría las condiciones de la paz».

El segundo error, dijo Napoleón, era que, después de haber llegado a Moscú, permaneció allí una quincena de más. «Pensé que podía concertar la paz, y que los rusos la ansiaban. Me engañaron, y me engañé.» Y también: «El buen tiempo me engaño. Si yo hubiese partido una quincena antes, mi ejército estaría en Vitebsk.» Es interesante observar que Napoleón se acusaba únicamente de no haber actuado con rapidez.

No explicó a Caulaincourt por qué había decidido que no invernaría en Moscú; la impaciencia era una parte tan natural de la estructura de su carácter que ni siquiera él mismo la percibía.

Después de autocriticarse, también criticó a los ingleses; ellos lo habían forzado a dar cada uno de los sucesivos pasos. «Si los ingleses me lo hubiesen permitido, yo habría vivido en paz... No soy Don Quijote, ni tengo ansias de aventuras. Soy un ser razonable, que hace únicamente lo que cree que está bien.» Después, describió los placeres de la paz general, los canales y los caminos que construiría, los progresos del comercio y la industria.

Después de cuatro días y cinco noches de dieciséis horas en el trineo, Napoleón llegó a Varsovia. Era una mañana luminosa, y después de cruzar el puente de Praga, Napoleón se apeó para estirar las piernas.

Comenzó a caminar por el boulevard Cracovia. Otrora había realizado allí un gran desfile, y se preguntó si lo reconocerían. Pero la gente estaba atareada con sus compras y sus asuntos; nadie prestó atención a la figura solitaria de capa de terciopelo verde, revestida de piel con alamares de oro y un gran gorro de cebellina. Entretanto, Caulaincourt había ido a ver al embajador francés, el abad de Pradt, para decirle que su presencia era necesaria en el Hotel d'Angleterre, donde esperaba el emperador.

—¿Por qué no se aloja en el palacio? —preguntó el asombrado Pradt.

—No desea ser reconocido —respondió Caulaincourt Pradt, que había visto por última vez a Napoleón siete meses antes en Dresde, complaciéndose en la contemplación de una panoplia de reyes, comprendió que había sucedido una catástrofe. El propio Napoleón tenía conciencia cada vez más precisa de lo mismo, mientras esperaba en una sórdida habitación de techo bajo del hotel, con un frío intenso y las persianas entrecerradas para impedir que lo reconocieran, mientras una criada estaba arrodillada frente a la chimenea, tratando sin éxito de encender el fuego con leña verde. Hasta ahora, Napoleón había tratado con el fiel y considerado Caulaincourt; ahora se disponía a enfrentarse, en la persona de Pradt y de dos ministros polacos, con el mundo exterior, ese mundo caprichoso que valora sólo el éxito inmediato.

Napoleón recibió a sus visitantes parafraseando una línea de la obra de Voltaire, *La Mort de César*, la misma que había sido representada en Brienne. «¡De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso! ¿Cómo está, monsieur Stanislas, y usted, señor ministro de Finanzas?» Contestaron que muy bien, y complacidos de ver a Su Majestad segura después de tantos peligros.

«¡Peligros! En realidad, ninguno. Cuando me sacuden, prospero; cuantas más preocupaciones tengo, mejor estoy de salud. Los reyes perezosos engordan en los palacios, pero yo engordo montando a caballo y bajo la tienda. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.» —No es la primera vez —continuó nerviosamente—. En Marengo estaba derrotado hasta las seis de la tarde; al día siguiente era el dueño de Italia. En Essiing... No pude impedir que el Danubio creciera cinco metros en una noche. De no haber sido por eso, la

monarquía austriaca hubiera estado acabada; pero el cielo decidió que yo me casaría con una archiduquesa. Lo mismo en Rusia. No pude impedir el frío. Todas las mañanas venían a decirme que durante la noche había perdido diez mil caballos; iah, bien!, un viaje agradable. —Repitió cinco o seis veces la última frase.

—Nuestros caballos normandos son menos resistentes que los rusos.

Nueve grados bajo cero, y mueren. Lo mismo sucede con los hombres.

Vean lo que pasó con los bávaros; no quedó ni uno solo. Quizá la gente diga que permanecí demasiado tiempo en Moscú. Es posible, pero el tiempo era bueno... Confiaba en concertar la paz... Retendremos Vilna.

Dejé allí al rey de Nápoles. ¡Ah! Es un gran drama político; si uno nada arriesga nada gana. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

«Querían que liberase a los siervos. Me negué. Los habrían masacrado a todos; habría sido terrible. Hice la guerra contra el zar Alejandro de acuerdo con las reglas; ¿quién hubiera pensado que incendiarián Moscú? Estaba muy bien que Napoleón hiciera lo imprevisto, ipero otros no podían apelar al mismo recurso!»

Después pasó a los asuntos prácticos, y reclamó que se reclutara un cuerpo de caballería polaca formado por diez mil hombres, preguntó si lo habían reconocido, dijo que de todos modos no importaba, y repitió dos veces más: «De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.» Durante tres horas mantuvo ese estilo nervioso y repetitivo. Al cabo de ese lapso había recobrado completamente la seguridad en sí mismo.

Napoleón, el presunto derrotado, exhortó a los ministros a no decaer, a renovar su valor; prometió que los protegería, y dicho esto partió en su trineo, que se sumergió en la noche polaca.

En Posen, donde llegó a primera hora del 11 de diciembre. Napoleón alcanzó la línea de comunicación entre Francia y el ejército, y por lo tanto recibió el primer correo desde su salida de Vilna. «La impaciencia del emperador era tal que habría destrozado las cajas si hubiese tenido a mano un cuchillo. Entumecidos por el frío, mis dedos no tenían agilidad suficiente, en vista del apremio del emperador, para accionar la cerradura de combinación. Finalmente, le entregué la carta de la emperatriz y una de madame de Montesquieu, con el informe que ella había elevado al monarca de Roma.» Durante la campaña Napoleón había seguido muy de cerca

los progresos de su hijo, y sobre todo su dentición; ahora, se sintió tan complacido de recibir las dos cartas que las leyó a Caulaincourt, y al fin preguntó entusiasmado: «¿No es cierto que tengo una esposa excelente?».

Cuando entró en Prusia, Napoleón comenzó a inquietarse otra vez.

Los caricaturistas políticos estaban preparando para la impresión esas siniestras caricaturas que habrían de llamar la atención de la Guardia que regresaba; una línea de soldados maltrechos, parecidos a espectros, avanzando penosamente sobre la nieve, sin armas, y a cierta altura sobre ellos, en lugar del águila imperial, un buitre sarnoso. Napoleón sabía que se conspiraba para destruirlo. Dijo que los prusianos estaban dispuestos a entregarlo a los ingleses, y es evidente que evocó cierta escena de la historia medieval. «Caulaincourt, ¿imagina qué parecería usted en una jaula de hierro, en la plaza principal de Londres?».

Caulaincourt, un cortesano nato, replicó: «Sire, si eso significara compartir su suerte, no me quejaría».

«No es cuestión de quejarse, sino de algo que puede suceder en cualquier momento, y de la figura que usted mostraría en esa jaula, encerrado como un infeliz negro a quien dejan librado a las moscas, después de untarlo con miel».

Ante esa tétrica imagen, Napoleón comenzó a agitarse con lo que parece haber sido una risa histérica. Durante un cuarto de hora completo estuvo riendo. Después, otra vez consciente del peligro real que afrontaba, se serenó. La «jaula de hierro» reaparecería después, en 1815.

Día tras día y noche tras noche continuó el agotador viaje sobre la nieve. Se detenían únicamente una hora al día. El 14 salieron de la nieve, y los patines se rompieron. Napoleón se trasladó a una calesa, y después a un landó. Con estos vehículos alcanzaron más velocidad. Cruzaron el Rin en barco, y el día 16 desembarcaron en Maguncia. Napoleón se sintió muy complacido de pisar nuevamente suelo francés. Caulaincourt no recordaba haberlo visto nunca tan animado.

Ese día apareció en el *Moniteur* el vigésimo noveno Boletín de Napoleón. Allí Napoleón no ocultó en absoluto sus terribles pérdidas, aunque atribuyó la culpa al invierno precoz, y esperó ansiosamente para comprobar cómo se recibía ese texto. Los franceses, acostumbrados durante catorce años a las victorias, por lo menos en tierra, se sintieron desconcertados e impresionados. Muchos ya estaban llorando la pérdida de un hijo, un padre o un marido.

Comprendieron que, después de todo. Napoleón no era infalible o invencible. Se conmovió la fe que habían depositado en él, pero ése fue el límite de su consternación.

Continuaba siendo el emperador y el héroe de los franceses, y de un modo o de otro cuidaría de ellos.

En el caso de los enemigos de Napoleón la reacción fue diferente.

Talleyrand comentó: «Es el principio del fin.» En la Curia, en las sacristías de Italia, en los salones de Viena, se observaban sonrisas cómplices, y Lucien Bonaparte habló por muchos fanáticos como él cuando dijo de Napoleón: «No debemos maldecirlo, pues veo acumularse sobre su cabeza las nubes de la ira celestial, de la cual brotará inevitablemente el rayo que lo abatirá si persevera en sus iniquidades».

De nuevo en Francia, Napoleón no veía el momento de regresar a París para ver a su esposa y su hijo, y retomar las riendas del gobierno.

A la luz de una vela estudiaba cada etapa, cada cuarto de etapa, cada cuarto de hora, cada minuto. Redujo al mínimo cada escala. Tal fue su velocidad que el día 18 el eje delantero del lando se partió, y tuvieron que continuar en un cabriolé abierto hasta Meaux, donde el maestro de postas les prestó su propia y lenta silla de dos ruedas. En este vehículo continuaron al galope y atravesaron el Are de Triomphe du Carrousel —privilegio reservado para Napoleón— antes de que los centinelas pudiesen detenerlos. Cuando el reloj daba el último cuarto antes de la medianoche del 18, concluyó el viaje de trece días, y Napoleón se apeó frente a la entrada principal de las Tullerías.

Los centinelas creyeron que eran oficiales que traían despachos, y les permitieron el paso. A la puerta de las habitaciones de la emperatriz, en la planta baja, Caulaincourt llamó, y el portero suizo se acercó a la ventana con su camisón. Le desagrado el aspecto de esas figuras desaliñadas, protegidas por abrigos de piel, una alta y delgada con una barba de dos semanas, la otra robusta, con los ojos hinchados, tocada con un sombrero de piel. Llamó a su esposa, que puso una lámpara bajo la nariz de Caulaincourt, lo reconoció y permitió que los dos hombres entrasen.

Pero todavía nadie había identificado al hombre más bajo. En realidad, Napoleón era como un intruso en su propio palacio. Abrió la puerta que conducía al salón de María Luisa; y entonces la dama de compañía que estaba de guardia, al ver a dos figuras de inquietante aspecto, lanzó un grito y se adelantó corriendo para cerrar la puerta del dormitorio.

Entonces, llegó el portero suizo y los lacayos se reunieron alrededor de las figuras enfundadas en pieles, y examinaron de la cabeza a los pies al hombre de menor estatura. De pronto, uno de ellos exclamó: «¡Es el emperador!» Caulaincourt dice que la alegría fue indescriptible, y que «no podían contener su regocijo».

Así regresó Napoleón de Rusia a su hogar. Hortense fue una de las primeras que acudió presurosa a las Tullerías. Le preguntó, como hicieron todos los restantes amigos íntimos, si el desastre de la retirada desde Moscú era tan grave como decían las páginas del *Moniteur*. Napoleón replicó con tristeza: «Todo lo que dije es cieno.» «Pero —exclamó Hortense—, no fuimos los únicos que sufrimos, y sin duda nuestros enemigos también soportaron graves pérdidas.» «Sin duda —dijo Napoleón—, pero eso no me consuela.»

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El derrumbe

Napoleón comenzó a engordar a los treinta y cuatro años, y desde que desposó a María Luisa tendió a consumir alimentos más nutritivos, y en mayor cantidad. Hacia 1812 era un hombre bastante grueso, con las mejillas redondas y el vientre lleno, casi rotundo. Este cambio físico influyó sobre su carácter. Su optimismo se acentuó; tendió aún más que antes a ver el lado bueno de las cosas. Pero la obesidad no disminuyó su energía. El día siguiente a su regreso de Moscú trabajó quince horas, y en el curso de una semana se puso al tanto de todo lo que sucedía, desde Madrid hasta Dresde. Esta combinación de optimismo y esfuerzo productivo explica la notable confianza de Napoleón en presencia del desastre que él acababa de protagonizar. Si aquel invierno hubiese mostrado un semblante decaído durante una ceremonia pública, o incluso se hubiese mostrado nervioso, la Bolsa se habría derrumbado. Pero Napoleón no hizo ninguna de las dos cosas. Demostró confianza total, y a su vez esta actitud acentuó la confianza de otros. Los parisienses olvidaron el vigésimo noveno Boletín, y comentaban únicamente el rápido viaje del emperador. Desde Dresde en cuatro días... ¡extraordinario! A decir verdad, el hombre era extraordinario. Ya se las arreglaría para corregir la situación.

Por su parte, Napoleón tenía el firme propósito de hacerlo. Desde su estudio de las Tullerías envió un torrente de cartas y órdenes, notables por el cuidado del detalle que se manifiesta en una enorme diversidad de temas. Exoneró al prefecto de París por la negligencia que había demostrado en el caso del general Malet; preparó el presupuesto para 1813, que como de costumbre contempló la situación de las viudas y los huérfanos, y agregó un millón y medio de francos para los refugiados lituanos y polacos; ordenó a Joseph que se trasladase a Valladolid; a Jérôme que vigilase de cerca los documentos relacionados con Westfalia; a Caroline que enviase a

Verona cuatro escuadrones de caballería napolitana. Reorganizó la marina, desde Brest hasta Venecia, en una carta en la que alude por su nombre a cuarenta y seis barcos; ordenó que se construyese a orillas del Bidasoa una torre que debía defender la frontera con España; envió veinte mil hombres a Danzig, y seiscientas mil raciones de harina a Palmanova, en Italia septentrional. Además de mil y un actos administrativos de este género, Napoleón reclutó un ejército completamente nuevo para sustituir las pérdidas sufridas en Rusia: convocó a filas a cien mil hombres, compró uniformes, botas, mosquetes y cañones nuevos, y construyó carros de nuevo modelo ideado por él, más livianos que los usuales y tirados por cuatro caballos.

Cuando dejó a la Grande Armée cerca de Vilna, el 5 de diciembre, Napoleón estaba seguro de que los rusos se detendrían en su propia frontera. Pero Alejandro, que había comenzado a manifestar inclinaciones místicas, anunció que Dios lo había destinado a ser el «libertador de Europa», cruzó el Niemen y entró en el Gran Ducado. El 30 de diciembre el cuerpo prusiano del general Yorck desertó de la Grande Armée y se pasó a los rusos, hecho éste que obligó a los franceses a retirarse hacia el Vístula. El rey prusiano decidió cooperar con Alejandro para recuperar el territorio que Napoleón le había quitado, y el 17 de marzo de 1813 declaró la guerra a Francia.

«Es mejor un enemigo manifiesto que un aliado dudoso», comentó filosóficamente Napoleón. Confiaba en que con su nuevo ejército de 226.000 hombres podría enfrentarse eficazmente a los rusoprusianos.

Pero también consideraba absolutamente vital impedir que Austria siguiese el ejemplo de Prusia, y se uniese a los rusos. La base de la política exterior de Napoleón desde 1810 había sido la alianza con Austria. Más que nunca se hacía imperativo fortalecerla, y Napoleón consagró a esta tarea sus principales energías.

Napoleón había visto por última vez al emperador Francisco en Dresde, en mayo de 1812. Encontró a un hombre frío, estirado y tímido, con dos aficiones: la jardinería y la producción de su propia cera para sellar. Napoleón no pudo seducirlo, como había seducido a Alejandro en Tilsit, y más de una vez se oyó a Francisco que murmuraba con admiración: «Das ist ein ganzer Kerlh (Es un hombre excelente). Al igual que Napoleón, Francisco temía la expansión rusa, y sobre todo que Alejandro, en su carácter de jefe de la Iglesia Ortodoxa, le quitase a sus subditos rumanos. Pero Francisco también era un absolutista convicto y confeso, que se estremecía ante la

mera mención de los derechos del pueblo; por lo tanto, él y Napoleón nada tenían en común en el plano de la ideología. Más aún, María Ludovica de Módena, la segunda esposa de Francisco, provenía de una región de Italia que antes había sido austriaca, pero ahora estaba ocupada por Napoleón. Como es natural, María Ludovica profesaba antipatía a Napoleón, deseaba que Austria recuperase Módena, y en diciembre de 1812 se incorporó a la sociedad vienesa antifrancesa denominada Amis de la vertu.

Si María Ludovica era uno de los obstáculos que se alzaban entre Napoleón y Francisco, el nexo principal sin duda era María Luisa. La mayor de los hijos de Francisco tenía ahora veintiún años, pero era aniñada para su edad; se mostraba aún más tímida que su padre, e incluso más hipocondríaca que Josefina. Cuando viajaba, solía solicitar a un perfecto desconocido que le tomase el pulso, y le preguntaba ansiosa: «¿Tengo fiebre?» En cambio, era sincera. «No puedo soportar estas descaradas lisonjas —escribió en su diario después de una fiesta de gala en Cherburgo—, especialmente cuando coinciden con la verdad, y sobre todo cuando dicen lo bella que soy. Me agrada una sola forma de elogio, cuando el emperador o mis amigos me dicen: "Estoy encantado contigo"».

Napoleón pudo decírselo con mucha frecuencia. Opinaba que María Luisa era una esposa excelente y —el mayor elogio que él podía ofrecer— una persona que se atenía a principios. Aunque de ningún modo había olvidado a Josefina —fue a Malmaison después de su regreso de Moscú—, se enamoró de María Luisa poco después del matrimonio, y continuó amándola. Comprendía el hecho de que ella tenía veintidós años menos que él, y la inducía a que asistiera a bailes y fiestas, incluso sin él. Pero tenía conciencia de su faceta sensual, y en otros aspectos se mostraba más rigurosamente corso que lo que había sido el caso con Josefina. Ningún hombre, salvo dos secretarios de suma confianza, podían entrar en las habitaciones de la emperatriz sin un permiso especial del propio Napoleón, y una dama de compañía debía estar siempre con ella cuando recibía lecciones de música y dibujo; «no quería que ningún hombre, no importaba cuál fuese su posición, pudiera vanagloriarse de haber permanecido dos segundos a solas con la emperatriz». Napoleón tuvo que escribirle en cierta ocasión para expresarle su profundo desagrado porque ella había recibido al archicanciller mientras aún estaba en la cama: «Es un acto muy impropio cuando se trata de una mujer menor de treinta años».

El hijo de Napoleón tenía un año y medio cuando el padre regresó de Moscú. Era un niño de muy buena apariencia, vivaz y desarrollado para su edad. Como observó una dama de compañía, María Luisa «temía tanto lastimarlo que no se atrevía tan siquiera a abrazarlo o acariciarlo».

Pero Napoleón, que se sentía cómodo con los niños, lo mimaba, lo sentaba sobre sus rodillas, le hacía muecas para provocar su risa, y le mostraba el libro de imágenes de la Biblia, obra de Royaumont, que había sido su favorito cuando era niño. Tenía conciencia de que el pequeño Napoleón era algo que su padre nunca podría ser: un rey legítimo. Cierta vez, el actor Taima fue a cenar, y la niñera presentó al pequeño, pero en lugar de abrazarlo, Napoleón lo puso sobre sus rodillas y le aplicó varias palmadas juguetonas. «Taima —dijo—, dígame qué estoy haciendo... ¿No lo adivina? ¡Caramba, estoy castigando a un rey!» Y si el niño mostraba signos de temor, Napoleón le decía: «¿Qué significa esto? Un rey no debe atemorizarse».

Napoleón ordenó que todos los objetos del dormitorio, incluso el orinal utilizado por su hijo, fuesen fabricados en oro y plata. Cuando el niño estaba aprendiendo a caminar, Napoleón mandó que se acolchasen las habitaciones hasta la altura de noventa centímetros, no fuese que el pequeño cayera y se golpease la cabeza contra la pared. Ordenó que se organizase una biblioteca especialmente impresa de cuatro mil volúmenes, «las mejores obras de todas las ramas del saber», y un juego de vajilla de Sévres con imágenes sugestivas: las cataratas del Niágara, la batalla de las Pirámides, la erupción del Etna, etc. Finalmente, Napoleón proyectó un palacio para su hijo. Decidió que fuera construido sobre la colina de Chaillot, con vistas, más allá del Sena, a las instalaciones de la Escuela Militar, un inmenso palacio con una fachada de trescientos metros de longitud, dos tercios de la medida de Versalles. Comenzó las garantías para comprar el solar. Un tonelero llamado Gaignier tenía una casita en un rincón de la colina, y subía constantemente el precio.

Napoleón rehusó pagar. Entonces le aconsejaron que expropiase la casa con el argumento de la utilidad pública. «Déjenla donde está —ordenó Napoleón—, como monumento a mi respeto por la propiedad privada.» De modo que, salvo la choza del tonelero, se limpiaron los terrenos de Chaillot para construir después el gran palacio.

Cuatro días después de regresar de Moscú Napoleón ordenó a un consejero que buscarse «todos los libros, edictos, folletos, manuscritos o crónicas relacionados con el procedimiento que se ha aplicado desde los tiempos de Carlomagno para coronar al heredero del trono». Al identificar al nieto de Francisco con la corona francesa. Napoleón abrigaba la esperanza de consolidar todavía más la amistad con el monarca austriaco, y como sabía que Francisco era un católico convencido, Napoleón decidió pedir al Papa que coronase al niño. A su tiempo convino un arreglo general con Pío, y el 25 de enero escribió a Francisco: «Hermano y querido suegro, habiendo tenido ocasión de ver al Papa en Fontainebleau, y después de conferenciar varias veces con Su Santidad, hemos llegado a un acuerdo en relación con los asuntos de la Iglesia.

Al parecer, el Papa quiere residir en Aviñón. Envío a Su Majestad el Concordato. Acabo de firmarlo con él...» Hay algo casi ingenuo en la prisa con que Napoleón escribe a Francisco, es como si dijera «Ahora que todo está regularizado, seamos amigos íntimos».

Dos meses más tarde, bajo el influjo de la tendencia francófoba del cardenal Pacca, Pío anuló el nuevo Concordato, y Napoleón tuvo que desechar el plan de una coronación papal. Pero pronto concibió una idea todavía mejor. Cuando llegase el momento de reanudar la campaña, designaría regente de Francia a María Luisa. Se emitió en este sentido un senadoconsulto, y en el curso de una sencilla ceremonia en el Elíseo, María Luisa juró gobernar en beneficio de Francia. Presidiría el Consejo de Estado y el Senado y los domingos concedería audiencia. Napoleón escribió a Francisco: «Ahora, la emperatriz es mi primer ministro», y Francisco replicó que se sentía «conmovido por esta nueva señal de confianza de mi augusto yerno».

A lo largo del invierno Napoleón indujo a María Luisa a escribir a papa Franjáis detalles de los progresos de su nieto y comentarios amistosos de este sesgo: «El emperador te muestra mucho afecto; no pasa día sin que me diga cuánto simpatiza contigo, sobre todo después de verte en Dresde.» El día de Año Nuevo Napoleón envió a Francisco un juego de vajilla de Sévres, adornado con imágenes de Fontainebleau y de los restantes palacios, y todos los meses María Luisa enviaba a su difícil madrastra los artículos de última moda, por un valor de mil francos.

Cuando llegó la primavera, las esperanzas de Napoleón florecieron al mismo tiempo que los árboles del jardín de las Tullerías. Formuló unas opiniones optimistas de María Luisa: «Es más inteligente que

todos mis ministros»; del rey de Roma: «Es el más apuesto hijo de Francia»; de Francisco: «Siempre depositaré mucha confianza en el sentido de familia de mi suegro». En abril, ocho días antes de salir para el frente, Napoleón dijo al archiesorero Lebrón: «Con respecto a Austria, no hay motivos de ansiedad. Existen las relaciones más íntimas entre las dos cortes».

Hacia finales de abril Napoleón se reunió con su ejército en las planicies de Leipzig, donde los campos de centeno y avena lindaban con los huertos, entonces en plena floración. El 2 de mayo, cerca de la aldea de Lützen, Napoleón con ciento diez mil hombres atacó a un ejército rusoprusiano de setenta y tres mil. Durante veinte años en el campo de batalla nunca se había arriesgado tanto como aquel día; encabezó personalmente una carga contra Blücher, con la espada desenvidada, a la cabeza de diecisésis batallones de la Joven Guardia. Conquistó la victoria en Lützen y empujó al enemigo más allá del Elba, lo siguió, obtuvo una victoria aún más importante en Bautzen, y expulsó a sus antagonistas al otro lado del Oder. Sólo la falta de caballería le impidió destruir por completo al ejército disperso. Pero durante las tres semanas hizo lo que se había propuesto hacer: obligar a los prusianos a retornar a su propio país, y limpiar de invasores a Alemania.

Napoleón había confiado en que Francisco se atendría a su alianza y enviaría a un ejército contra los rusoprusianos; pero Francisco no envió tropas; según afirmó, todas sus fuerzas habían sido destruidas durante la retirada de Moscú, pero le aseguró que estaba formando un ejército, porque deseaba mediar entre Napoleón y sus enemigos, y «la voz de un mediador fuerte tendrá más peso que la de uno débil». Napoleón olfateó dificultades y propuso que él y Francisco se reuniesen. Pero Francisco no mostró mucha disposición en mantener una conversación de hombre a hombre, o en cumplir las obligaciones del tratado. En cambio, traspasó todo el asunto a su ministro de Relaciones Exteriores, el conde Clemens Metternich.

Los Metternich eran una familia de la nobleza menor de Coblenza, en la Renania: es decir alemanes, no austriacos. En 1794 Francia había ocupado la orilla izquierda del Rin, y los franceses se apoderaron de las grandes propiedades de los Metternich, entre ellas el famoso viñedo de Johannisberg, y habían liberado a los seis mil campesinos «sujetos a la gleba». Esa pérdida personal era el hecho fundamental de la política de Clemens Metternich. En su condición de noble, identificaba a la expansión francesa con el jacobinismo: «Robespierre hacía la guerra a las casas de los nobles. Napoleón

hace la guerra a Europa... Es el mismo peligro, pero en más amplia escala», y en su carácter de firme creyente en la raza teutónica, se proponía lograr que Napoleón devolviese todo lo que había obtenido en Europa —incluyendo las propiedades de los Metternich— al antiguo Imperio teutónico.

Cuando Napoleón supo que Francisco había decidido esconderse detrás de Metternich, comprendió que el invierno durante el cual había prodigado atenciones al emperador austriaco había sido trabajo perdido.

Sin embargo, las lecciones recibidas a lo largo de su propia vida hubieran debido advertir a Napoleón. Se había convertido en amigo íntimo de Alejandro, pero eso no impidió que Alejandro cediese ante la emperatriz madre, los nobles y la corte; había establecido cierta amistad con Pío y firmado un nuevo Concordato, pero eso no impidió que Pío cediese a las presiones del cardenal Pacca. Por tercera vez esperó demasiado de la amistad de un hombre débil. Napoleón no era lo bastante cínico, lo suficiente psicólogo. Creía que en la Europa del siglo XIX, al igual que en Córcega y en el drama clásico, la amistad, la cálida relación humana entre un hombre y otro, ese vínculo tan apreciado por él, era una base segura para la política.

El mediador Metternich comenzó proponiendo un armisticio entre Francia y Prusia. Napoleón aceptó el armisticio, que le daría tiempo para reforzar su caballería. Por su parte, trató de negociar la paz con Prusia y con Rusia, pero Metternich ya había obtenido la promesa de Federico Guillermo y de Alejandro en el sentido de que todas las comunicaciones debían pasar por las manos del mediador. Después, Metternich informó a Napoleón de que no podría mediar libremente si no gozaba de independencia. «¿No sería una buena idea que la alianza [con Napoleón] no se quebrara, pero sí se suspendiera?» A Napoleón le desagradaban.

esas sutilezas. «Metternich desea romper. Pues bien, que lo haga. No queremos que nuestra alianza sea una carga para nuestros amigos.» De modo que Austria asumió una posición neutral; pero estaba atareada formando un ejército de doscientos mil hombres. Napoleón necesitaba a toda costa mantenerla neutral. Ofreció Iliria a Metternich a cambio de la neutralidad permanente, pero no obtuvo respuesta. En junio, Napoleón continuó presionando con el fin de que se acelerara la celebración de conversaciones, pero Metternich estaba muy atareado trabajando entre bambalinas, y no deseaba fijar fecha. Finalmente, se arregló que se celebraría un encuentro el 26 de junio. Napoleón decidió que el lugar debía ser Dresde, la más pacífica

y bella de las ciudades sajonas, exaltada poco antes por Herder, que la denominó la Florencia alemana.

Napoleón recibió al ministro de Relaciones Exteriores austriaco en la galería del barroco palacio Marcolini, sobre la orilla del Elba. Cuatro años menor que Napoleón, Metternich era un hombre de mediana estatura, cabellos rubios rizados, nariz aquilina y boca grande; hablaba con tono nasal y su piel mostraba tal suavidad que inducía a la gente a compararlo con una figura de porcelana. Napoleón sabía que era tan atractivo para las mujeres como Talleyrand —su propia hermana Caroline había sido una de las amantes de Metternich— y también que era el diplomático más astuto de Europa, un hombre que, como observó Lord Liverpool, practicaba la política con «refinamiento y sutileza».

«¡Al fin llegó, Metternich! Bienvenido. Pero si desea la paz, ¿por qué llega tan tarde? Ya hemos perdido un mes, y su actividad como mediador me perjudica».

Los dos hombres se pasearon por la galería; Napoleón, de nuevo dueño del Imperio, y Metternich, mediador entre Napoleón y sus enemigos. Metternich comenzó con generalidades. Su señor el emperador era un hombre moderado, y lo único que Austria deseaba era «crear un equilibrio de poder que garantizase la paz gracias a la acción de un grupo de estados independientes».

«Hable más claramente —dijo Napoleón—, y vayamos al grano.

Pero no lo olvide, le ofrecí Iliria con el fin de que permanezca neutral; ¿es suficiente? Mi ejército puede enfrentarse a los rusos y a los prusianos; lo único que pido es su neutralidad».

«Sire, ¿por qué Su Majestad desea luchar solo contra ellos? ¿Por qué no duplicar su número? Sire, puede hacerlo; está a su alcance disponer por completo de nuestro ejército. Sí, la situación ha llegado al punto en que ya no podemos permanecer neutrales; debemos luchar con usted o contra usted».

Napoleón llevó a Metternich a la sala de mapas, y allí, frente a un mapa de Europa, el ministro austriaco especificó sus demandas: Austria debía conseguir no sólo Iliria sino el norte de Italia; Rusia se anexionaría Polonia; Prusia recuperaría la orilla izquierda del Elba, y se disolvería la Confederación del Rin. Napoleón apenas podía creer el testimonio de sus oídos. «¡De modo que éas son sus condiciones moderadas! —explotó, arrojando su sombrero al fondo de la habitación—. ¡La paz es sólo el pretexto que usted utiliza para desmembrar el Imperio francés! Se presume que yo evacuaré

mansamente Europa... cuando mis banderas están flameando sobre el Vístula y el Oder... Sin asestar un golpe, sin siquiera desenvainar una espada. ¡Austria imagina que yo aceptaré esas condiciones!... Y pensar que mi suegro lo envía a usted aquí con estas propuestas... ¡Está muy equivocado si cree que en Francia un trono mutilado puede acoger a su hija y a su nieto!».

Napoleón comenzó a discutir más serenamente las condiciones.

Según estaban, dijo, eran inaceptables; Metternich el mediador tenía la obligación de acercar a las dos partes. Pero pronto fue evidente que Metternich no se proponía lograr el acercamiento entre ambas partes; había venido, no como mediador, sino como portavoz de sus enemigos.

Y lo que es más, no estaba dispuesto a negociar. De hecho estaba exigiendo que al día siguiente de dos victorias, Napoleón renunciara a tres cuartas partes de las conquistas realizadas desde 1800. Y decía que si Napoleón decidía oponerse y Austria declaraba la guerra, tendría que luchar contra tres grandes potencias continentales. Antes siempre había conseguido limitar a dos el número de enemigos. Tres contra uno en efecto dificultaría mucho las cosas. Más aún, la guerra —si se llegaba a eso— sobrevendría en momentos en que la campaña española, durante mucho tiempo desalentadora, había llegado a ser catastrófica. Los ingleses habían estado volcando tropas sobre España; el 21 de junio de 1813 el duque de Wellington ganó la batalla de Vitoria y ahora estaba empujando al mariscal Soult hacia Francia.

Pero Napoleón contemplaba el panorama más allá de la situación militar. Advertía que el Imperio, un nuevo orden que expresaba los derechos del hombre, soportaba el reto del antiguo orden, manifestación del privilegio y las glorias de antaño; Francisco, «un esqueleto que ocupa el trono gracias al mérito de sus antepasados» y Metternich, ex propietario de hombres que eran casi siervos, decidido a retrasar el desarrollo social y político de Europa. A los ojos de Napoleón, el Imperio era también la expresión de la gloria de Francia. Las ideas francesas, las vidas francesas, el esfuerzo francés, habían construido el Imperio. Por lo tanto, era una cuestión de honor para Francia, y para él mismo, gobernante electo de Francia, defender el Imperio. Concebía a Europa occidental como un patrimonio mantenido en fideicomiso que ningún hombre tenía el derecho de despilfarrar. De modo que, si bien necesitaba la paz, Napoleón creía que era un error concertar la paz a cualquier precio.

Por consiguiente, en lugar de aceptar los términos de Metternich, Napoleón trató de negociar. Dijo que cedería Iliria a Austria, un territorio prometido como recompensa por la ayuda que le había prestado contra Rusia en 1812, y algo más como complemento. Concedería a Rusia parte, pero no la totalidad, de Polonia. Pero eso era todo. Ceder más era deshonroso.

Metternich afirmó que las propuestas de Napoleón eran inaceptables. Como creía que Metternich no tenía derecho de hablar en nombre de Rusia y Prusia, además de su propio país, Napoleón propuso que se celebrasen conversaciones entre las cuatro potencias para discutir un arreglo. Metternich aceptó. Celebrarían un congreso y abordarían los problemas. Cuando Metternich salió del palacio Marcolini, Napoleón dijo: «Debemos mantener expedito el camino de la paz».

Pese al tratado, Napoleón envió a Caulaincourt como enviado ante el congreso, que se reunió en Praga. Aún abrigaba la esperanza de llegar a arreglos separados y menos desventajosos con cada uno de sus enemigos. Pero Metternich demostró nuevamente una brillante habilidad diplomática. Impidió que Caulaincourt hablase con los enviados prusianos o rusos, y por lo tanto que modificase las condiciones originales.

Napoleón se negó a aceptarlas y el 12 de agosto de 1813 Austria declaró la guerra a Francia.

Eso era precisamente lo que Metternich había estado esperando mientras estaba en el palacio Marcolini. Lejos de mediar, había formulado exigencias tan exageradas que, según creía, Napoleón sin duda tendría que rechazarlas. De ese modo podría consolidar la endeble Coalición, afirmando ante Europa que Napoleón era un hombre ambicioso. Metternich declaró que Napoleón estaba consumido por la ambición y que, antes que renunciar a la gloria que había conquistado con tanto esfuerzo, lograría que el mundo entero se desplomase alrededor de las ruinas de su propio trono. Esta acusación fue repetida por todos los estadistas de la Coalición. La ambición se convirtió en el punto central de su propaganda. Por una parte, según afirmaban, estaba el pueblo francés amante de la paz, y por otra Napoleón con sus sueños de conquista.

Ellos luchaban sólo contra el ambicioso Napoleón, no contra el pueblo francés.

¿Puede afirmarse que esta acusación era valedera? Josefina no lo creía, y era la persona que, a juicio del propio Napoleón, lo comprendía mejor. Josefina afirmaba que Napoleón carecía de

ambición personal. El propio Napoleón comentó el tema con Roederer en marzo de 1804. Estaba hablando de los Bonaparte, y entonces destacó que ninguno de sus hermanos intentaba escalar altos cargos. «Joseph rehusa todo lo que sea responsabilidad; Lucien se casa..., Louis es un hombre excelente. Aprovechará la primera oportunidad que se le ofrezca de morir en acción. Con respecto a mí, carezco de ambición... o si la tengo, es a tal extremo parte de mi carácter, un factor tan innato que es como la sangre que corre por mis venas, como el aire que respiro... Nunca necesito luchar para excitar la ambición o para frenarla; jamás me acicatea; se desplaza al compás de las circunstancias y del conjunto de mis ideas».

¿Qué quería decir Napoleón? Negaba que tuviese ambición personal en el sentido estricto de la palabra. «¿Yo ambicioso? —dijo cierta vez a Rapp—• ¿Un hombre ambicioso tiene un vientre como éste?», y se palmeó el estómago con ambas manos. Pero Napoleón reconocía otra cosa, una combinación de ciertas cualidades físicas y del «conjunto de mis ideas».

Por cualidades físicas aludía a esa energía que le permitía afrontar grandes trabajos y lo dejaba siempre a punto para abordar tareas nuevas, lo que Talleyrand tenía en mente cuando afirmó que Napoleón era «un cometa»; y el mismo tema reaparece en la respuesta de Napoleón a la broma de Duroc: «Si el cargo estuviese vacante, haríais lo necesario para convertiros en Dios Padre», a lo cual Napoleón replicó: «No, es un callejón sin salida.» Con respecto a lo que Napoleón denomina «el conjunto de mis ideas», según sabemos esas ideas eran los principios de la Revolución.

Aquí llegamos al corazón de la cuestión. Cuando Metternich y otros enemigos de Napoleón, incluso enemigos ingleses como Grenville, acusaban a Napoleón de ambición personal, invariablemente relacionaban ese rasgo con su voluntad inflexible. Todos se habían sentido impresionados por ese ingrediente del carácter de Napoleón, y les parecía tan difícil explicar esa voluntad que se remitían a adjetivos que de hecho nada explican, por ejemplo «sobrehumano», «sin precedentes», «monstruoso». La voluntad de Napoleón no era nada de todo eso, ni podría haberlo sido. No era su voluntad lo que impulsaba hacia adelante al pueblo francés, presumiblemente amante de la paz, pues en la historia escrita no existe el hombre que haya conducido a un pueblo a menos que su paso armonice perfectamente con el de la gente. La inflexibilidad de Napoleón nunca pudo haberse originado en un factor tan débil como la ambición personal; arraigaba en los principios de la Revolución. La

conclusión es que Napoleón no era, en medida más elevada que la mayoría de los hombres, ambicioso en sí mismo; pero era muy ambicioso por lo que se refería a Francia, y condensaba en sí mismo las ambiciones de treinta millones de franceses.

La segunda apreciación de Metternich, cuando Napoleón rechazó sus condiciones de paz, fue que el emperador francés amaba la guerra.

Metternich argüía que, como Napoleón no había nacido rey, se veía obligado, mediante la guerra, a conquistar permanentemente a sus vacilantes subditos. Como la primera, esta acusación presupone una dicotomía entre Napoleón y el pueblo francés, una división que en realidad no existía. Es cierto que en 1813 el pueblo francés hubiera preferido la paz. Pero como dice Roederer, deseaban la paz porque temían que Napoleón cayese en combate. También Napoleón deseaba la paz. Cuando Savary, cabeza de los partidarios de la paz en París, escribió a Napoleón para exhortarlo a que aceptase las condiciones, Napoleón replicó a Cambacérés, el 18 de junio de 1813, que la carta de Savary lo había herido, «porque supone que yo no deseo la paz. Sí, deseo la paz... No me gusta el ruido de sables, la guerra no es mi tarea en la vida, y nadie valora la paz más que yo, pero la paz debe ser un acuerdo solemne; tiene que ser duradera; y debe guardar cierta relación con las circunstancias del conjunto de mi Imperio».

Por lo tanto, parece que Napoleón deseaba sinceramente la paz, pero no con carácter incondicional. Lo que él quería era la paz duradera con honor. El honor, y no la ambición de la guerra, era lo que Napoleón apreciaba realmente por encima de todas las restantes cosas del mundo.

Para él, el honor era como la hoja de una espada, y el amor al honor como un beso depositado sobre el acero desnudo.

Como ahora era emperador, y los franceses se sentían tan impresionados por su envergadura que se negaban a discutir con él el tema de los principios básicos, Napoleón quedó en libertad de cultivar su amor al honor. Afirmó claramente esta actitud durante el verano de 1813, y sólo tuvo ojos para los vivos colores de la bandera francesa. Pero del otro lado del horizonte se cernía la tormenta. Prusia y Austria habían aprendido de los franceses y mejorado mucho sus ejércitos. Por ejemplo, los austriacos habían abandonado sus largas y molestas polainas, y marchaban más deprisa; por su parte, un nuevo patriotismo se había encendido en Prusia, y estaba

simbolizado en el equivalente de La Marsellesa, es decir, Was ist das Deutschen Vaterland? de Arndt. Por su parte los rusos ardían en deseos de vengar la destrucción que Napoleón les había obligado a infligir a su propio país. Napoleón debió de haber ponderado todos estos factores cuando examinó las condiciones de paz de Metternich, sin duda humillantes. Tendría que haber advertido que incluso si obtenía otra gran victoria, eso no bastaría para garantizar las fronteras del Imperio. El peso del viejo orden era excesivo para él. Había llegado el momento de celebrar un compromiso. Pero el compromiso era un concepto incompatible con el honor, y así, aquel día de junio en Dresde, Napoleón puso el honor de Francia por delante de los intereses de Francia, y comprometió a su pueblo en una reanudación de la guerra que ya había durado veinte años.

Durante la mayor parte de ese verano Napoleón residió en Dresde.

Con la intención de convertir a la ciudad en pivote de las operaciones futuras, exploró a caballo las colinas circundantes, los arroyos, las gargantas y los bosquecillos. Convocó a los jinetes destacados en España, y organizó una caballería eficaz. Aumentó el número de cañones de 350 a 1.300.

Ahora tenía en el ejército a uno de cada tres franceses aptos, y con el fin de pagar los mosquetes y las municiones envió a París la llave de su fortuna personal: setenta y cinco millones de francos de oro y plata, almacenados en barrilitos en los sótanos de las Tullerías. También ordenó que la Comédie Francaise fuese a Dresde. «Suscitará una buena impresión en Londres y España; creerán que estamos divirtiéndonos.» Napoleón asistió a representaciones en el invernadero del palacio Marcolini. Pero ahora que estaba profundamente inmerso en una situación trágica ya no deseaba ver tragedias. Por primera vez en su vida ordenó que se representasen comedias ligeras, por ejemplo Secret du ménage, de Creuzé de Lesser.

«Al fin sabemos dónde estamos», dijo Napoleón cuando Austria declaró la guerra el 12 de agosto. Los franceses se enfrentaban a tres ejércitos diferentes: 230.000 austriacos mandados por Schwarzenberg en Bohemia; 100.000 rusoprusianos encabezados por Blücher en Silesia; 100.000 suecos bajo el mando de Bernadotte, príncipe real de Suecia, en Berlín y sus alrededores. Como disponía de sólo 300.000 hombres contra 430.000, Napoleón decidió atacar por separado a cada uno de los ejércitos. Envío a Oudinot contra Bernadotte, y él mismo salió de Dresde el 15 de

agosto, fecha de su cuadragésimo cuarto cumpleaños, para dirigirse a Silesia. Allí obligó a Blücher a retroceder sobre el río Katzbach. De pronto, llegó la noticia de que Schwarzenberg, con un potente ejército, estaba descendiendo de las montañas de Bohemia. Napoleón encargó a Macdonald que se ocupase de Blücher, volvió deprisa a Dresde, y allí, el día 26 de agosto, inició una batalla que duró dos jornadas en las que aprovechó bien su conocimiento detallado del terreno. Durante el segundo día dirigió las operaciones bajo una lluvia torrencial; hacia el anochecer, de acuerdo con su valet, «parecía que lo hubiesen rescatado del río». Las ropas empapadas agravaron la diarrea, contraída por haber consumido guisado de cordero con exceso de ajo; y en lugar de perseguir a los austriacos hasta las gargantas del Elba, Napoleón tuvo que guardar reposo un día. De todos modos, Dresde fue una victoria importante: con ciento veinte mil hombres había derrotado a un ejército aliado de ciento setenta mil. «He capturado veinticinco mil prisioneros — escribió a María Luisa—, treinta banderas y muchos cañones. Te los envío...».

Pero sus generales, en lugar de capturar banderas, las perdían. Oudinot fue derrotado en Gros-Beeren. Macdonald por Blücher a orillas del Katzbach, Vandamme en Kulm. Napoleón se arrojó sobre Blücher pero, como escribió a su ministro de Relaciones Exteriores, «cuando el enemigo supo que yo estaba con el ejército, huyó con la mayor prisa posible en todas direcciones. No hubo modo de encontrarlo; apenas disparé uno o dos cañonazos».

Durante gran parte de septiembre Napoleón recorrió su extensa línea, reagrupando, reprendiendo, alemando a sus mariscales, y siempre obligado a conseguir de una división el trabajo de dos o tres. Las circunstancias se volvían cada vez más contra él. Los reclutas más recientes habían padecido desnutrición en la infancia, cuando escaseaba el pan, y comenzaban a enfermar por millares. Cuando Napoleón reprochó a Augereau que no mostraba la temeridad que había sido su característica diecisiete años antes en Castiglione, el mariscal de cincuenta y seis años replicó: «Sire, seré el Augereau que fui en Castiglione cuando me deis los soldados que entonces tenía».

Napoleón, que odiaba la guerra defensiva, concibió a principios de octubre un nuevo plan: marcharía sobre Berlín, y después de tomarla, invadiría Polonia para aislar a los rusos. Cuando propuso la idea a sus mariscales, Ney, Murat, Berthier y Macdonald, éstos se opusieron enérgicamente, y cuando Napoleón insistió, se sumieron en un silencio ominoso. Ciertamente, dadas las circunstancias, era un

plan temerario y aventurado que, si fracasaba, pondría en peligro al ejército entero.

Napoleón, cuyo cuartel general estaba entonces en Dübén, permaneció dos dolorosos días sentado en un sofá, sin prestar atención a los despachos que se apilaban sobre la mesa, dedicado a dibujar distraídamente mayúsculas sobre hojas de papel, agobiado por la duda, pues no atinaba a determinar si debía ceder a la sorda rebelión de sus mariscales opuestos a la marcha sobre Berlín. Finalmente, el 14 de octubre, decidió desechar el plan.

Como los aliados ya estaban cercándolo, Blücher por el norte, Schwarzenberg por el sur, con la intención de flanquear Dresde, Napoleón ordenó a sus tropas que retrocediesen unos cien kilómetros hacia el noroeste, en dirección a Leipzig. Allí se detendría para combatir; ahora estaba en juego nada menos que su Imperio.

Napoleón llegó a Leipzig el 14 de octubre. A medida que llegaban nuevos reclutas, Napoleón les entregaba solemnemente sus águilas.

«¡Soldados! Allá está el enemigo. ¿Juráis morir antes que soportar que Francia sea insultada?» Palabras sencillas, dice un oficial joven, pero a causa de la voz vibrante de Napoleón, de la mirada penetrante y el brazo extendido y energético, palabras que commovían de un modo indecible.

Y la respuesta era el grito entusiasta: «¡Sí, lo juramos!».

Napoleón instaló su cuartel general al sureste de la ciudad, sobre un ligera elevación llamada Colina del Patíbulo. Se llevó al campo de rastrojo una mesa de tamaño mediano requisada de una granja, y se le agregó una silla. Cerca ardía un enorme fuego. El tiempo era tormentoso, de modo que el mapa, con los alfileres de distintos colores, fue clavado a la mesa. Napoleón se sentaba únicamente para examinar el mapa o subrayar algo, pero nunca más de dos minutos. El resto del tiempo se paseaba de un lado a otro, jugando inquieto con su pañuelo, la caja de rapé y el catalao. Berthier siempre estaba al lado del emperador.

«Los ayudantes de campo y los oficiales llegaban de diferentes lugares, y los llevaba inmediatamente a presencia del emperador. Éste recibía los papeles, los leía en un instante, y garabateaba unas palabras o contestaba verbalmente en el acto, casi siempre a Berthier, que después, por lo que parecía, explicaba con más detalle a los correos la breve decisión de Napoleón. A veces, el emperador ordenaba a los correos que se acercaran, formulaba preguntas y después los despedía personalmente, pero la mayor parte del tiempo

se limitaba a asentir con un tranquilo "Bien" o los alejaba con un gesto».

Napoleón había ganado sus primeros laureles en las montañas de Italia. En Abuldr había utilizado como aliado al mar. Después, había obtenido sus victorias decisivas, por ejemplo Austerlitz y Jena, sobre terreno montañoso o por lo menos ondulado, donde podía ensayar fintas, girar, sorprender y atacar de flanco. Pero el terreno alrededor de Leipzig no ofrecía esa ventaja topográfica. Era una llanura, donde podían verse todos los movimientos y no había espacio para sutilezas.

Aprovechando una ligera elevación. Napoleón estableció su centro en la Colina del Patíbulo, con el ala izquierda sobre el río Parthe, al norte de Leipzig, y la derecha sobre el río Pleiss, al sur. Tenía 177.000 hombres contra los 257.000 de los aliados. Planeó atacar primero al ejército austriaco de Schwarzenberg, hacia el sur, y después a los austroprusianos de Blücher, hacia el norte.

La batalla comenzó la mañana del 16 de octubre, con dos mil cañones que libraron el duelo de artillería más gigantesco jamás visto. Durante los últimos seis años Napoleón había desarrollado una mortífera táctica, que consistía en acercar todo lo posible los cañones para abrir un hueco por donde entraban la caballería y la infantería. Ahora vio cómo los cañones formaban largas líneas para hacer precisamente lo mismo; y exclamó: «¡Al fin han aprendido algo!» Cuando los cañones volaron las líneas francesas, Schwarzenberg atacó en cuatro columnas. Napoleón hizo lo que se había negado a hacer en Borodino: envió a la Vieja Guardia. Pero en la enconada lucha que siguió ni siquiera ella logró romper la línea austriaca.

Entretanto, Napoleón vio que Blücher llegaba desde el norte, antes de lo previsto, y comenzaba a atacar la izquierda francesa dirigida por Ney y Marmont. Ahora, todas las fuerzas de Napoleón estaban comprometidas simultáneamente, y los hombres luchaban valerosamente, como de costumbre. El general Poniatowski, al frente de los lanceros polacos, conquistó el bastón de mariscal. El general de Latour-Maubourg, que dirigió la caballería de la Vieja Guardia, perdió una pierna, arrancada por una granada, y cuando su ordenanza lo compadeció, interrumpió secamente al hombre: «En adelante, tendrás que lustrar una sola bota».

Pero el coraje no bastaba. En ese terreno llano una batalla se convenía en el equivalente de una gresca campesina, y el peso y el número importaba más que la habilidad o el heroísmo individual. Al

atardecer, Napoleón pasó revista a sus pérdidas: 26.000 hombres muertos o heridos.

Al día siguiente, domingo 17, los dos ejércitos estaban tan agotados que se limitaron al mutuo bombardeo. Y hacia el final de la tarde Napoleón soportó una fuerte impresión; vio a lo lejos, sobre el horizonte, largas filas de soldados en marcha. Al sur, el general ruso Bennigsen a la cabeza de 50.000 hombres; al norte, Bernadotte con 60.000 hombres más.

La madrugada del lunes, cuando aún estaba oscuro. Napoleón trasladó su cuartel general más al norte, a un molino de tabaco, un terreno elevado; desde allí podría observar los movimientos de esas tropas frescas. Bernadotte atacó primero, y en medio del combate, tres mil sajones que servían con Napoleón, y que se mostraron menos fieles que su rey, desertaron para pasarse al enemigo. De nuevo Napoleón envió a la Vieja Guardia, y él mismo encabezó a cinco mil hombres de la caballería contra los suecos y los sajones traidores, y tuvo la satisfacción de dispersarlos. El combate fue aún más duro ese día que el anterior, pero los franceses estaban fatigados, y sus enemigos, frescos. Hacia el anochecer Napoleón había perdido otros veinte mil hombres y las municiones escaseaban. Se hizo evidente que por primera vez en su vida, y en una batalla en que él intervenía personalmente, no había logrado el triunfo.

De mala gana. Napoleón decidió retirarse. Esa noche pasó a Leipzig, y comenzó a dirigir el paso de sus tropas por el único puente que aún quedaba. A lo largo de esa noche y durante la mañana siguiente los fatigados soldados franceses cruzaron el río Elster, mientras una retaguardia apostada en la ciudad vieja contenía al enemigo. Después que el grueso del ejército hubo cruzado sin tropiezos. Napoleón, que había estado de pie la noche entera y se sentía mortalmente cansado, consiguió dormir un rato en un molino de la orilla izquierda. Antes de acostarse, ordenó al coronel Montfort, de los ingenieros, que tan pronto apareciese el enemigo volase el puente. Por cierta razón que nunca llegó a explicarse, Montfort abandonó su puesto y uno de sus cabos, que quizás confundió a los lanceros polacos de Poniatowski con los cosacos, encendió demasiado pronto la mecha, y voló en pedazos el puente. Veinte mil franceses estaban todavía en la orilla opuesta; algunos cruzaron a nado el Elster, y muchos más, entre ellos Poniatowski, se ahogaron; unos quince mil cayeron prisioneros. En conjunto, la batalla de Leipzig, la más prolongada que Napoleón libró, pues duró cuatro

días, costó a los franceses 73.000 muertos y heridos, y a los aliados 54.000.

Napoleón comenzó la retirada hacia el siguiente obstáculo fluvial importante, el Rin, y ordenó a las guarniciones francesas de Alemania que también se retiraran. Había perdido una batalla, pero al parecer no había motivos justificados que determinasen también la pérdida de un Imperio. Sin embargo, eso fue precisamente lo que entonces comenzó a suceder. Cuando el ejército francés se retiraba hacia Erfurt, Hanau y Maguncia, Napoleón oyó tras de sí los sordos ruidos que preceden al derrumbe.

¿Por qué los pueblos del Imperio aprovecharon la derrota de Napoleón en Leipzig para proclamar su independencia? Después de todo, él les había dado un excelente Código de Leyes, la justicia social y los comienzos del gobierno propio. Hay tres razones principales: en primer lugar, les desagradaba la ocupación militar. Segundo, durante un período de diez años habían estado aprendiendo patriotismo, y lo habían aprendido de buenos profesores: los franceses. Creían que era mejor un mal gobierno propio que uno bueno que fuese ajeno. Pero los Bonaparte jamás entenderían esto. No habían tenido dificultad cuando llegó el momento de convertirse en franceses, porque Francia ofrecía ventajas a Córcega, y como Córcega siempre había sido gobernada desde el exterior, de hecho se limitaban a cambiar una soberanía por otra.

La tercera razón tiene carácter económico. Francia insistía en afirmar que era «la primera nación europea», y en muchos sentidos en efecto marchaba a la vanguardia de Europa, pero no desde el punto de vista tecnológico. En ese aspecto estaba muy rezagada frente a Inglaterra.

Mientras Francia bajo Napoleón se destacó en el campo de la ciencia pura —Monge, Fourier, Geoffroy Saint-Hilaire, Cuvier, Lamarck y Laplace son algunos de los grandes nombres— Inglaterra se destacó en la aplicación práctica de la ciencia. Un inglés, Humphrey Davy, en 1807 recibió la medalla de oro de Napoleón, porque aisló mediante la electrólisis los metales alcalinos, el sodio y el potasio. William Cockerill, ingeniero de Lancashire, fabricó equipos textiles para los franceses en Verviers y Liége. Un escocés, Tennant, de Glasgow, fue el primero que aplicó a la industria el descubrimiento de Berthollet relacionado con las cualidades blanqueadoras del cloro. En 1801 William Radcliffe proporcionaba trabajo a más de mil tejedores, de modo que en la industria inglesa los progresos

tecnológicos marcharon de la mano con la producción en gran escala, por consiguiente barata. John Wilkinson, maestro herrero, que había construido los hornos de hierro de Le Creusot —los mismos que Napoleón había inspeccionado cuando era teniente segundo y los que luego produjeron cañones para la Grande Armée— era el propietario de tantos talleres metalúrgicos y hornos de fundición en Inglaterra que poseía una suerte de estado industrial dentro del Estado, y era mucho más rico que un gran número de principados italianos y alemanes. Las plantas siderúrgicas de Birmingham eran las más grandes y las mejores del mundo, y Napoleón podía apreciar el hecho todas las mañanas mientras se afeitaba con su navaja de mango de madreperla.

Inglaterra incluso estaba creando prensas accionadas por vapor, y en 1814 The Times se imprimía mediante la energía generada por el vapor.

En este como en tantos otros campos de la industria los ingleses llevaban varias décadas de ventaja al resto del mundo.

Con la esperanza de derrotar a Inglaterra, Napoleón había impuesto en 1806 un embargo riguroso a los artículos ingleses o a los que se transportaban en naves inglesas. De este modo, impidió que los alemanes y los italianos, los holandeses y los suizos, comprasen no sólo café y azúcar sino también muchos artículos ingleses excelentes y baratos: lanas, algodones, tijeras, vajilla y máquinas de todo tipo. Pero por su parte no podía suministrar lo que impedía vender a los ingleses. La «primera nación europea» no estaba en condiciones de suministrar estos productos.

Napoleón trató de corregir la situación subsidiando y fomentando la industria francesa, pero el retraso tecnológico era demasiado grave y había durado demasiado tiempo —ya se había manifestado incluso durante la Guerra de los Cien Años—, de manera que no era posible corregirlo parcialmente. Hubiera podido equilibrarse la situación sólo consagrando esfuerzos mucho mayores a la enseñanza de la ciencia en las escuelas, y éste fue un cambio que Napoleón nunca contempló.

Con respecto al descontento en el seno del Imperio, Napoleón lo despreciaba. Entendía que los sacrificios económicos eran un precio reducido que se pagaba por la igualdad y los derechos del hombre. Él, que pensaba siempre con referencia al honor, creía que los otros debían pensar en los mismos términos. Tal cosa no era cierta. La gente común y corriente del Imperio pensaba en su propia comodidad y en las atractivas novedades que podían obtenerse en

las tiendas. Nuevamente Napoleón no atinó a afrontar la reacción inesperada. Resumió la situación entera en una de sus frases más retóricas. «¡Cuando pienso que por una taza de café, con más o menos azúcar, frenaron la mano que se disponía a libertar al mundo!» El nuevo patriotismo y el descontento económico produjeron sus efectos. Uno por uno los estados de la Confederación abandonaron a Napoleón: Badén, Baviera, Berg, Francfort, Hesse, Westfalia y Württemberg. Amsterdam inició la rebelión, y pronto Holanda entera se arrojó a los brazos del príncipe de Orange. Fouché se vio obligado a salir de Iliria; Italia, al norte del Adigio, pasó a manos de los austriacos, y Caroline Murat ya había convencido a su marido de que aceptara la propuesta de Metternich, abandonarse a un Napoleón condenado y crearse para sí mismo un reino italiano independiente. Si las repúblicas hermanas se hubiesen mantenido firmes, Napoleón habría podido defender una posición fuerte, pero después de Leipzig se derrumbaron de un modo imprevistamente súbito. Cuando atravesó el Rin de camino a París, Napoleón descubrió que era un emperador sin Imperio.

El año que había comenzado tan auspiciosamente terminó de un modo lamentable. Los enemigos de Napoleón se sentían exultantes.

Veían por doquier la mano de Dios. Al llegar a Renania, Metternich confió a un corresponsal: «He venido a Francfort como el Mesías para liberar a los pecadores; me he convertido en una suerte de fuerza moral en Alemania y quizás incluso en Europa.» En París, Talleyrand, cómplice a sueldo de Metternich, informó a madame de La Tour du Pin que Napoleón estaba acabado. «¿Qué quiere decir acabado?», preguntó la dama. «Ya no tiene con qué luchar —dijo Talleyrand—. Está agotado.

Se arrastrará para ocultarse bajo una cama».

La abdicación

Napoleón regresó a Saint-Cloud el 10 de noviembre, e inmediatamente pidió 300.000 hombres a la legislatura. Uno de los miembros objetó la frase «las fronteras invadidas» en el preámbulo del senadoconsulto, porque era probable que provocase alarma. «En este caso es mejor decir la verdad —replicó Napoleón—. ¿Acaso Wellington no ha entrado por el sur y los rusos por el norte? ¿Los austriacos no nos amenazan por el este?» En adelante, la guerra se libraría en territorio francés; lo que Napoleón denominaba «el suelo sagrado».

Precisamente cuando necesitaba todo el apoyo posible, Napoleón afrontó dificultades con sus hermanos. Jetóme cedió Westfalia sin luchar, y después se compró un espléndido castillo en Francia. «Anule la venta —dijo Napoleón a Cambacérés—. Me impresiona que cuando todos los ciudadanos están sacrificándose por la defensa de su país, un rey que está perdiendo su trono demuestre tan escaso tacto que elija ese momento para adquirir propiedades.» También Louis creó dificultades a Napoleón. En 1810, cuando «el buen rey Louis» fue apartado del trono holandés por Napoleón, en un acto de irritación escribió a Francisco pidiéndole ayuda para recuperar su reino. Austria publicó las cartas petulantes de Louis, y el propio Louis entró en Francia desde Suiza vistiendo un uniforme holandés y afirmando que era el verdadero rey de Holanda. «Deja de quejarte —dijo Napoleón a su hermano—. Ponte a la cabeza de cien mil hombres y reconquista tu reino.» Pero a semejanza de Jetóme, Louis prefería alimentar su propio rencor.

Napoleón tuvo que lidiar con un tercer rey desocupado: Joseph.

Cuando pidió a Joseph que aceptara la decisión de restablecer en España a la dinastía de los Borbón, porque era el medio más seguro de contener a los ingleses, Joseph se negó. «Sólo yo, o un príncipe de nuestra sangre, puede hacer feliz a España.» Joseph se proponía pedir a su cuñado, el príncipe Bernadotte de Suecia, que ahora

guerreaba contra Francia, que interviniese para que Europa «respetara sus derechos». Disuadido por Napoleón de dar este paso Joseph propuso en un gesto grandilocuente que su «ministro de Relaciones Exteriores» negociase un tratado entre el propio Joseph, el nuevo rey de España y el emperador de los franceses, y que en el mismo se contemplasen las «indemnizaciones». Napoleón consiguió que Joseph percibiese la irrealidad de estas pretensiones, lo convenció y finalmente lo persuadió de que ocupase el cargo de teniente general de Francia, responsable de la defensa de París.

En otras áreas de la propia Francia, Napoleón tropezó con dificultades. Parte del Cuerpo Legislativo reprochó a Napoleón que no se hubiera concertado la paz, primero en Praga y nuevamente en Francfort.

Durante el mes de noviembre, cuando los aliados ofrecieron a Francia las fronteras de 1792, Napoleón contestó presentando los documentos pertinentes. Éstos demostraban que los aliados habían rehusado ofrecer a Napoleón la seguridad que él pedía, en el sentido de que Francia no sería invadida, pero Joseph Lainé, que encabezaba la comisión encargada de examinar los documentos, y que ya mantenía una correspondencia traídora con el príncipe regente, formuló una declaración en la cual atacaba los elevados impuestos, el servicio militar y los sufrimientos «inenarrables». «Una guerra bárbara y sin sentido absorbió periódicamente a los jóvenes, arrancados de sus estudios, de la agricultura, los negocios y las artes.» Lainé afirmó que el emperador debía concertar la paz sin prestar atención a las condiciones.

Napoleón se enfureció ante el discurso de Lainé. Sabía que la gran mayoría de los franceses apoyaba su decisión de defender la patria —durante la convocatoria de otoño de 1813 había pedido 160.000 reclutas, y se presentaron 184.000—, y por lo tanto declaró clausurada la sesión del Cuerpo Legislativo.

Cuando los miembros vinieron a formular sus deseos de Año Nuevo, Napoleón les habló severamente. «He ordenado que vuestra alocución no sea publicada; era provocativa...» Les recordó que ellos eran diputados de los departamentos, y en cambio él había sido elegido por la nación entera, es decir, por cuatro millones de votos. «Yo, no ustedes, puedo salvar a Francia... Esa declaración me ha humillado más que mis enemigos. Agrega la ironía al insulto. Afirma que la adversidad es el auténtico consejero de los reyes. Quizá sea así, pero aplicarme esa fórmula en las circunstancias actuales es un aero de cobardía.» El mismo día de Año Nuevo de 1814, el ejército

de Blücher cruzó el Rin en Mannheim y Coblenza, precedido por proclamas en el sentido de que los aliados llegaban como libertadores, y de que su único enemigo era Napoleón. «Esas proclamas nos perjudican más que sus cañones», escribió Caulaincourt.

La respuesta de Napoleón fue ordenar que la conmovedora Marsellesa fuese ejecutada nuevamente por las bandas de los regimientos, ya que —desde hacía varios años la había prohibido, porque avivaba viejos odios. Redobló los esfuerzos para conseguir caballos; convirtió una parte cada vez mayor de su propio oro en granadas y cartuchos. Como sabía que quizá nunca volviese a verlos, pasó todas las horas libres con su esposa y su hijo. María Luisa no estaba bien —padecía una tos persistente, y a veces escupía sangre—, pero el joven Napoleón se mostraba travieso como siempre, maniobraba sus soldados de j uguete, montaba su caballito de madera y recogía orgullosamente los rollos y los pliegos que todos los que formulaban una petición llevaban a las Tullerías; todas las mañanas a la hora del almuerzo entregaba este material a su padre. Napoleón le decía: «Vamos a derrotar a papa Franfois.» De acuerdo con la versión de Hortense, el niño repetía esa frase con tanta frecuencia y tal claridad que el emperador estaba encantado y se desternillaba de risa. Pero la vivacidad de su hijo inquietaba a la tímida María Luisa: «Los niños que son tan precoces no viven mucho».

El domingo 23 de enero Napoleón ordenó un desfile de oficiales de la Guardia Nacional frente a las Tullerías. Quizá porque recordó una novela sentimental. Napoleón llegó acompañado por María Luisa y su hijo, éste vestido con un uniforme en miniatura de la Guardia Nacional.

Habló a los oficiales de su próxima partida y dijo: «Confío a la emperatriz y al monarca de Roma al coraje de la Guardia Nacional.» Después, alzó en brazos al pequeño Napoleón, y con él caminó frente a las filas, mostrando orgullosamente a su hijo, y de vez en cuando besándolo en la mejilla.

Esa noche, Napoleón llevó a su estudio a María Luisa y a Hortense; era un lugar en el que ellas normalmente nunca entraban. Hacía frío, y mientras las damas se calentaban frente al fuego de leños, Napoleón examinaba sus papeles, separaba los que podían perjudicar a Francia si caían en manos del enemigo, y los quemaba.

Dos días despues partiría para el frente, y cada vez que se dirigía del escritorio al fuego, Napoleón besaba a su esposa. «No te

entrístezcas así; ten confianza en mí. ¿Acaso ya no conozco mí trabajo?» Finalmente, la abrazó. «Derrotaré de nuevo a.papa Franfois. No llores. Pronto regresaré».

Napoleón estableció su cuartel general en Chálons, sobre el Mame.

Es una región llana, de tierra caliza, dedicada a la cría de ovejas; y en mitad del invierno el suelo helado tiene la dureza del hierro. Como en su primera campaña de Italia, Napoleón disponía sólo de un ejército reducido y mal equipado. Muchos eran reclutas nuevos, jóvenes delgados de mejillas sonrosadas, a quienes llamaban con bastante razón «María Luisas», porque habían sido convocados de acuerdo con una ley aprobada durante la Regencia. Al llegar se les entregaban los uniformes almacenados en una carreta, los vestían al aire libre y se les enseñaba deprisa cómo cargar y apuntar un mosquete. Pero también había veteranos, hombres como el teniente Bouvier-Desrouches, que había perdido los diez dedos de las manos en el invierno ruso. Cuando Napoleón llamó a los voluntarios, Bouvier-Desrouches abandonó un empleo administrativo en Rennes y se alistó en la caballería. Sostenía las riendas con un gancho de hierro, y la espada con una tira de cuero; no pasarían muchos días sin que combatiese contra los cosacos.

Napoleón tenía 50.000 hombres; los aliados 220.000, de modo que la situación militar era la peor que él hubiese afrontado jamás.

Los franceses son propensos al optimismo cuando las cosas van bien, pero se deprimen fácilmente en la adversidad. Napoleón era distinto de otros hombres, y cuando las cosas parecían tan sombrías, demostró un espíritu optimista. Sus antepasados corsos eran un pueblo acostumbrado a los movimientos de resistencia y también a luchar de espaldas contra la pared; en la serena confianza que demostró en las planicies heladas, Napoleón demostró más que nunca que era un corso.

La primera batalla fue librada en Brienne, donde Napoleón había estudiado treinta años antes. Con su ejército rusoprusiano, Blücher había ocupado el castillo que dominaba la ciudad. Napoleón lo atacó el 29 de enero, y después de fieros combates casa por casa, en los que Ney se distinguió, obligó a Blücher a retirarse. En La Rothiére, a ocho kilómetros de Brienne, Schwarzenberg y su ejército austriaco fueron a reunirse con Blücher. Allí, durante ocho horas del 1 de febrero, bajo una tormenta de nieve, Napoleón combatió a los ejércitos combinados, soportando una desventaja de cuatro a uno. Las pérdidas fueron de seis mil hombres por cada lado, pero

mientras los aliados podían soportarlas fácilmente, no era éste el caso de los franceses. Esa noche Napoleón inició una retirada, primero en dirección a Troyes, y después a Nogent, en total una distancia de unos cien kilómetros. «¿Cuándo nos detendremos?», murmuraban los soldados decepcionados, a quienes Napoleón había prometido la victoria.

Los acontecimientos culminaron en la noche del 7 de febrero. Fue una de las peores noches que Napoleón vivió. Estaba alojado en un domicilio privado, frente a la iglesia de Nogent. Sus tropas no sólo estaban desmoralizadas, sino también hambrientas. Los aliados se acercaban deprisa a París. Y además de todo esto, Napoleón recibió una sucesión de sombríos despachos. Murat, su amigo desde hacía veinte años, a quien había convertido en Rey de Nápoles, lo abandonó, firmó un tratado con los aliados, y declaró la guerra a Francia. Napoleón se sintió profundamente herido. «Abrigo la esperanza de vivir lo suficiente —dijo a Fouché—, para tomar mi propia venganza y la de Francia por tan terrible ingratitud.» Pero la traición de Murat también gravitó sobre la batalla de Francia. Napoleón había abrigado la esperanza de que el príncipe Eugéne pudiese cruzar desde Italia para atacar la retaguardia del enemigo. Esa posibilidad ahora estaba fuera de cuestión.

Un segundo despacho le reveló la alarma que reinaba en París. Los bonos del estado habían descendido cinco puntos, a 47,75. Las damas ricas, aterrorizadas según decían ante la perspectiva de ser violadas por los cosacos, huían presurosas a sus casas de campo, con los diamantes cosidos a los corsés. No se hacía caso de las órdenes de Napoleón en el sentido de consolidar las defensas. En cambio, el cardenal Maury había ordenado que se elevaran plegarias especiales. Napoleón escribió a Joseph: «Acaba con esos rezos de cuarenta horas y esos misereres. Si empiezan a desplegar todos sus trucos y monerías, acabaremos temblando ante la perspectiva de la muerte. El viejo proverbio es cierto: los curas y los médicos consiguen que la muerte parezca terrible».

Esa noche, el propio Napoleón se sintió agobiado por la idea de la muerte. Informó a Joseph que María Luisa se estaba muriendo, y le pidió que mantuviese elevado el ánimo de la emperatriz. Napoleón preveía su propia muerte, o en el mejor de los casos otra batalla perdida. Si se llegaba a eso, María Luisa debía salir de París. Era imperativo evitar que capturasen al rey de Roma, que protegería a María Luisa. «Preferiría que me degollasen antes que ver a mi hijo educado en Viena como un príncipe austriaco, y tengo bastante

buenas opiniones de la emperatriz para sentirme seguro de que comparte mi actitud, en la medida en que una mujer y una madre pueden compartirlo... Cada vez que veo Andromaque compadezco a Astyanax [prisionero de los griegos], y lo creo afortunado porque no sobrevive a la muerte de su padre».

Con una desventaja de cuatro a uno. Napoleón no veía la salida.

«Es posible —le escribió a Joseph—, que dentro de poco firme la paz.» Esa noche ordenó a Maret y a Benhier que redactaran una carta para autorizar a Caulaincourt, que se mantenía en contacto con los aliados, a que firmase un tratado de paz en las mejores condiciones que pudiera obtener. Después fue a acostarse pero permaneció despierto, agitándose y moviéndose. Llamó media docena de veces a su valet para ordenarle que encendiese velas, después que las apagase, después que volviese a encenderlas. Lo carcomía el sentimiento de la duda, porque estaba desgarrado entre su sentido del honor y lo que era humanamente posible. Después de pensar en Racine, quizás ahora estaba pensando en Corneille. ¿Dónde terminaba el honor y comenzaba lo imposible? «Cada hombre tiene su propio umbral de imposibilidad —había dicho cierta vez Napoleón a Mole—. Para el tímido "lo imposible" es un fantasma, para los cobardes, un refugio. Créame, en la boca del poder la palabra es sólo una declaración de impotencia».

Mientras Napoleón continuaba cavilando acerca de la conveniencia de enviar la carta a Caulaincourt, llegó otro despacho. Napoleón lo abrió bruscamente. Provenía de Marmont, que estaba en primera línea, y esta vez contenía noticias alentadoras. «¡Mis mapas!», gritó Napoleón.

Los desplegó sobre el suelo, y comenzó a clavar alfileres para marcar las nuevas posiciones del enemigo, de acuerdo con los datos suministrados por Marmont. En la creencia de que la retirada de cien kilómetros de Napoleón era un signo de que toda resistencia había terminado, Blücher y Schwarzenberg se habían separado; el primero avanzaba por el valle del Mame en dirección a París, y el segundo seguía el curso del Sena.

Divididos de este modo, eran vulnerables. Cuando Maret llegó con la carta destinada a Caulaincourt, Napoleón, todavía inclinado sobre sus mapas, lo miró impaciente. «¡Ah, ahí está! Los planes han cambiado por completo. En este momento me dispongo a derrotar a Blücher. Lo derrotaré mañana; lo derrotaré pasado mañana... La paz puede esperar.» Napoleón casi cumplió su palabra. Dos días después

cayó sobre un cuerpo ruso del ejército de Blücher y en Champaubert casi lo aniquiló.

A las siete de la noche escribió: «Mi muy querida Luisa: ¡Victoria! He destruido doce regimientos rusos, tomé seis mil prisioneros, cuarenta cañones, doscientos carros de municiones, capturé al comandante en jefe y a todos sus generales, así como a varios coroneles; mis pérdidas no llegan a 200 hombres. Ordena que se dispare una salva en los Inválidos, y que se publique la noticia en todos los lugares de diversiones. Voy en busca de Sacken, que está en La Ferté-sous-Jouarre. Espero llegar a Montmirail a medianoche, pisándole los talones. Nap.» Napoleón envió a María Luisa la espada del comandante ruso, y como sabía que ella no estaba acostumbrada a la etiqueta francesa en estos asuntos, le escribió juiciosamente al día siguiente: «Querida mía, espero que hayas dado tres mil libras al correo que te llevó la espada del general ruso. Debes mostrarte generosa. Cuando los correos te traen buenas noticias, debes darles dinero, y si son oficiales, diamantes».

Al día siguiente Napoleón obtuvo otra victoria en Montmirail. El 12 combatió en Château-Thierry, el 14 ganó la batalla de Vauchamps.

Después desvió su atención hacia los austriacos, a quienes derrotó el 18 en Montereau. En conjunto, Napoleón libró seis batallas en nueve días.

Ni él ni su ejército jamás habían demostrado tanta energía. A mediodía del 19 escribió a María Luisa: «Anoche estaba tan fatigado que dormí ocho horas seguidas».

La fatiga determinó que Napoleón fuese un hombre más irritable que de costumbre. Durante un encuentro nocturno la caballería de la Guardia permitió que dos cañones cayesen en manos del enemigo. La pérdida de cañones siempre enfurecía al artillero Napoleón. Recibió la noticia mientras se calentaba en el fuego de un vivaque entre Montmirail y Meaux; con los ojos enrojecidos a causa de la fatiga e hirviendo de furia, convocó al general Guyot.

«¡En el sagrado nombre de Dios, usted merece que lo flagelen!», gritó Napoleón, arrojando su sombrero al suelo, y descargando sobre la cabeza del general una lluvia de insultos y palabras malsonantes. «Usted fue el responsable de que perdiéramos la batalla de Brienne, es decir, si en efecto la perdí. Usted abandonó la artillería del pobre Marin y dejó que la capturasen. Usted manda la caballería pesada de la Vieja Guardia. Día y noche debería estar conmigo, pero nunca está cuando lo necesito... Ordeno a un oficial que lo busque y me dice que está comiendo. —Napoleón abrió mucho la boca, de modo que la

frase sonase despectiva—. Está comiendo. Mientras yo estoy en primera línea.

El otro día en Champaubert me rodearon los cosacos, y ¿dónde estaba la caballería?, comiendo... ¡En el nombre de Dios! ¡Permitir la captura de mi artillería! Joder! ¡Usted no mandará más mi caballería!» Ahí mismo reemplazó a Guyot por el general Exelmans. Pero al día siguiente, como sucedía a menudo después de un acceso de furia, Napoleón recordó las excelentes cualidades de Guyot, consideró que se había mostrado injusto, y le asignó un puesto que era tan honroso como el anterior: el mando de los cuatro escuadrones del cuerpo de protección imperial.

Como resultado de sus cuatro victorias en nueve días, Napoleón volvió a entrar en Troyes el 24 de febrero. Los aliados se sentían tan desalentados que pidieron un armisticio. Napoleón, que deseaba mantenerlos en fuga, no lo concedió, y en cambio escribió a Francisco, proponiendo concertar la paz sobre la base de las «fronteras naturales» de Francia: los Alpes y el Rin, incluyendo Bélgica.

Mientras esperaba la respuesta de los aliados, Napoleón orientó su atención hacia la moral francesa. En Montereau había ordenado que se arrojasen al Sena centenares de morriones capturados, de modo que flotasen río abajo y fuesen vistos por los parisienses. Elegía cuidadosamente cada palabra utilizada en sus boletines, con el fin de elevar la moral, e informó a Savary de que los diarios estaban consiguiendo que Francia pareciese ridícula. «Primero, frases pomposas, después dicen que estamos armados con escopetas, más tarde que estamos bien armados, y luego que cien hombres llegaron al frente... Cuando hay sólo cien hombres, ¿para qué especificar el número?» Con respecto a María Luisa, Napoleón le escribía una carta tras otra para animarla, y ella también tenía sus propias victorias que informar: El rey de Roma «me dijo que te explicase que se comió todas sus espinacas... iuna noticia impresionante para ti!» y le envió además una caja de dulces con el retrato del niño arrodillado mientras rezaba.

A Napoleón le agradó el retrato, y vio que también él podía elevar la moral. «Deseo que ordenes grabarlo con la leyenda: "Ruego a Dios que salve a mi padre y a Francia".» Cuando María Luisa replicó que la tarea de grabar la ilustración tardaría dos meses, Napoleón replicó que podía hacerse en treinta y seis horas, y que «una copia bien terminada puede realizarse en dos minutos. Ordena que se produzca este material y se venda en París en un plazo de cuarenta y ocho

horas». Denon ordenó que se realizase el trabajo, pero considerando que la palabra «salve» era inoportuna, lo tituló: «Dios proteja a mi padre y a Francia.» Napoleón no se sintió satisfecho; aunque había desautorizado los Misereres y una procesión de los huesos de santa Genoveva, ahora quería la palabra «ruego», y cambió de nuevo la leyenda: «Ruego a Dios por mi padre y por Francia.» El grabado apareció a su tiempo con la leyenda y, tal como Napoleón había previsto, fue inmensamente popular; millares de familias francesas compraron copias para colgarlas de sus paredes.

Napoleón incluso ordenó que se enviase una al cuartel general austriaco, donde confiaba en que sería vista por papa François. «Escribe a tu padre —dijo a María Luisa—, y exhórtalo a ponerse un poco de nuestro lado, y a no escuchar exclusivamente a los rusos y los ingleses».

Sin embargo Francisco, en efecto, escuchaba a sus aliados, y sobre todo a los ingleses, que insistían en una Bélgica independiente. Dijo a Napoleón que no podía concertarse la paz sobre la base de las «fronteras naturales»: Francia debía renunciar a Bélgica.

Napoleón afrontaba ahora otro dilema. Si renunciaba a Bélgica, podría hacer la paz y lograría mantener su trono, pero desde 1795 Bélgica había sido parte integral del territorio francés. Tanto como Turena o Dordoña, era «suelo sagrado». En su coronación, Napoleón había jurado solemnemente mantener intacto todo el territorio francés. Napoleón creía que quebrar ese juramento solemne era injusto y deshonroso. Dijo a Caulaincourt: «Es mejor caer con gloria que aceptar condiciones que ni el mismo Directorio habría tolerado».

Los aliados reanudaron su avance. Blücher remontó el valle del Marne, y el 28 de febrero cruzó el Sena en La Ferté-sous-Jouarre, a sólo sesenta y cinco kilómetros de París. Napoleón dejó 40.000 hombres al mando de Macdonald, con orden de contener a los austriacos, y regresó deprisa para salvar París. Cayó sobre el flanco y la retaguardia de Blücher, y aunque disponía sólo de 35.000 hombres contra 84.000, obligó al general prusiano a retroceder hacia el norte, en dirección al Aisne. En Craonne y en Laon se libraron combates sangrientos pero no definitivos. Entonces Napoleón conquistó una pequeña victoria, pues arrebató Reims a un cuerpo ruso, y recibió de los habitantes una acogida tumultuosa. Pero por mucho que lo intentase, no conseguía destruir el ejército de Blücher. Entretanto, sus propias tropas se debilitaban, como la sangre que mana de una herida en la arteria. «Dile [al duque de Cadore] —escribió Napoleón a María Luisa—, que prepare una lista de todos los jergones, los

colchones de paja, las sábanas, los colchones y las mantas que tengo en Fontainebleau, Compiégne, Rambouillet y en mis diferentes mansiones, y que no sean necesarias en mi casa —seguramente hay por lo menos un millar— y que lo entregue todo a los hospitales militares».

Como Atlas, Napoleón soportaba sobre sus hombros el peso entero de Francia. El movimiento de las tropas, la atención de los heridos, la maquinaria del gobierno; todo dependía de él. Durante ocho semanas soportó ese peso. Y entonces, a mediados de marzo, ese peso fue demasiado para él. De pronto Napoleón no fue más que un hombre agotado, de ojos enrojecidos, protegido por un abrigo gris que lo defendía del frío cruel, con muy pocas tropas para contener una ola de invasores. En ese momento Napoleón resolvió morir si podía conseguirlo. Deseaba una sola cosa: caer en la batalla, y asegurar el trono a su hijo.

En un fiero combate de dos días con los austriacos en Arcis-surAube, Napoleón se arriesgó dondequiera que el fuego fuera más intenso.

Cuando una granada de efecto retardado cayó frente a una compañía de soldados, que los obligó a todos a buscar protección, Napoleón fríamente obligó a continuar a su caballo. La granada explotó, mató al caballo y arrojó a Napoleón al suelo entre una nube de polvo y humo.

Pero él salió ilesa, montó otro caballo y continuó recorriendo las líneas.

Las granadas y la metralla abrieron agujeros en su uniforme, pero su cuerpo permaneció intacto. «La bala que ha de matarme aún no ha sido fundida», se había vanagloriado cierta vez Napoleón, y parecía que la vanagloria se convertía en hecho.

La energía de Napoleón movilizó la energía de su pueblo. Cuando las campanas redoblaron en las regiones del este y el nordeste, numerosas partidas atacaron a los convoyes del enemigo y emboscaron a destacamentos aislados. En los Vosgos estas partidas de campesinos destruyeron casi por completo a dos regimientos de rusos. En Epernay los aldeanos, dirigidos por su alcalde Jean Moet, abrieron las bodegas y agasajaron a Napoleón y a sus soldados con grandes recipientes de champán, y después lucharon hombro con hombro junto a ellos, armados únicamente con horquillas y hoces.

En París la situación era distinta. París había sido durante mucho tiempo el centro blando. Los parisienses compraban más exenciones que cualquier otro grupo, y en 1806 únicamente un hombre de cada

treinta y ocho servía en el ejército. Les había parecido apropiado bromear acerca de los preparativos de Napoleón para invadir Inglaterra, y le habían aplicado el mote de «Don Quijote de La Mancha». La antigua nobleza, que vivía en el Faubourg Saint-Germain, se mostraba especialmente hostil. Napoleón no sólo había terminado con el exilio de este sector; les había devuelto sus propiedades, un acto que, dicho sea de paso, ahora le parecía al propio Napoleón uno de sus peores errores. Los nobles se burlaban de Napoleón; cuando leían la noticia de su victoria más reciente, bebían a la salud de «su última victoria», y difundían la caricatura de un cosaco que entregaba a Napoleón la tarjeta de visita del zar. En un panfleto en que saludaba a los invasores de Francia, el vizconde de Chateaubriand zahería a Napoleón, de quien decía que no era un rey de cuna: «Bajo la máscara de César y de Alejandro está el hombre que nada significa, el hijo de un don nadie.» Todas las tardes Talleyrand entraba cojeando en las Tullerías para jugar al whist con María Luisa, y también para observar los signos de resquebrajamiento. Transmitía esos signos, por intermedio de agentes, al alto mando aliado, pero siempre se mostraba prudente. Como observó Dalberg, su colega en la conspiración: «Todas las castañas tenían que ser suyas, pero no estaba dispuesto a arriesgarse ni siquiera a una leve quemadura en el extremo de su pezuña».

Joseph escuchaba la charla del Faubourg Saint-Germain y, bonachón como siempre, aceptó recomendar a Napoleón esos mismos deseos, en el sentido de que la paz debía concertarse a toda costa. La carta de Joseph causó dolor en el sensible espíritu de familia de Napoleón.

«Todos me han traicionado —contestó—. ¿Será mi destino que también el rey me traicione?... Necesito el apoyo de los miembros de mi familia, pero en general no recibo más que ofensas por ese lado. Pero de tu parte sería una actitud al mismo tiempo inesperada e insopportable.» Napoleón se volvió cada vez más hacia María Luisa, que le escribía cartas confiadas y afectuosas; en ellas, dijo Napoleón a su esposa, veía la «bella alma» de María Luisa.

La noche del 28 de marzo, en las Tullerías, María Luisa presidió una reunión urgente de los veintitrés miembros del Consejo de Estado. Los aliados se aproximaban a París, defendida por cuarenta mil soldados y guardias nacionales. Joseph leyó una carta de Napoleón, fechada el 16 de marzo, en la que le ordenaba que en caso de peligro su esposa y su hijo debían ser enviados al Loira.

María Luisa deseaba permanecer en París, pero el Consejo votó que se cumpliesen las órdenes de Napoleón, mientras Joseph y otros miembros del gobierno permanecían en la ciudad para defenderla.

Lo mismo que su madre, el pequeño Napoleón deseaba permanecer en París. Percibía instintivamente que no era correcto abandonar a la ciudad en peligro. Se aferraba a las cortinas, a las colgaduras, y finalmente a las barandas. «No saldré de mi casa — sollozó—. No me iré.

Papá no se encuentra aquí, y yo estoy a cargo.» Fue necesario medio arrastrarlo, medio llevarlo en volandas hasta el carro. A las once del 29 de marzo el convoy imperial, que incluía el carro de la coronación, con los dorados y los vidrios camuflados con lonas, tomó el camino a Rambouillet, escoltado por mil doscientos soldados de la Vieja Guardia. No hubiera podido demorarse un instante más la partida. Los cosacos lo atacaron y María Luisa tuvo que salvar a pie los últimos cinco kilómetros.

Napoleón había confiado la defensa de París a dos de sus más valerosos mariscales: Marmont y Morder. Si los cuarenta mil soldados y los guardias nacionales recibían el apoyo de los parisienses, podían mantener las sólidas defensas exteriores y las estrechas calles que permitían una fácil resistencia. Por desgracia, los parisienses demostraron escasa energía. En lugar de presentarse voluntarios para la construcción de defensas, se dedicaron a trasladar al campo todos sus muebles valiosos.

En lugar de aportar dinero, enterraron sus napoleones en los jardines.

Desde los tiempos de Juana de Arco un ejército enemigo no se había acercado a la vista de sus campanarios, y el sentimiento dominante no era el patriotismo sino el miedo.

El 28 de marzo Napoleón estaba a unos doscientos kilómetros al este de París. En un derroche final de energía, y con la ayuda de los grupos de resistencia, estaba destrozando las líneas de comunicación del enemigo. Si París hubiera resistido dos o tres semanas más así, el enemigo se hubiera visto totalmente aislado. Pero el 28, después de carecer de noticias durante seis días, Napoleón recibió de París un despacho en código; en él Lavalette describía el derrotismo de los parisienses y las intrigas de los nobles. «La presencia del emperador es necesaria si él desea impedir que entreguen la capital al enemigo. No hay que perder un instante.» Napoleón comprendió lo grave de la situación. Ordenó a su ejército que marchase sobre París y despachó un correo para decir a Joseph que estaba en camino. Al llegar a

Troyes, su ejército necesitó descansar, pero Napoleón decidió continuar solo, primero con su guardia personal hasta Villeneuve-sur-Vanne, a ciento diez kilómetros de París, y desde allí, sin escolta, en un cabriolé ligero. A todo galope, avanzó en la oscuridad, esperando contra toda esperanza llegar a tiempo a París.

A las once de la noche del 30 de marzo Napoleón llegó a La Cour de France, una posta de diligencias a veintitrés kilómetros de París. Allí vio un destacamento de caballería y ordenó a su cochero que se detuviese.

El general Belliard, comandante del destacamento, reconoció la voz del emperador y desmontó.

Napoleón lo llevó aparte y, caminando deprisa a lo largo del camino, lo ametralló a preguntas. «¿Por qué está aquí?... ¿Dónde está el enemigo?... ¿Qué sabe de París?... ¿La emperatriz?... ¿El rey de Roma?» Belliard le explicó los acontecimientos de la jomada: el coraje de las tropas, la superioridad numérica del enemigo —cien mil hombres contra cuarenta mil—, la escasez de cañones y municiones en Montmartre.

Después de diez horas de resistencia, a las cuatro de esa misma tarde, por orden de Joseph, Marmont había iniciado conversaciones con el zar Alejandro. Se había concertado un armisticio. Las tropas francesas evacuaban París como preludio de la capitulación.

«Todos han perdido la cabeza», exclamó Napoleón. Estaba seguro de que París podía haber resistido, y se enfureció con su hermano tanto como con los parisienses. Finalmente, se volvió hacia su séquito. «Caballeros, ya han oído lo que dice Belliard. ¡Adelante, a París! Siempre que me ausento, se cometan errores garrafales.» Belliard señaló que era demasiado tarde, que a esa hora seguramente se había firmado la capitulación. Napoleón rehusó escucharlo. Habló de echar a vuelo todas las campanas de las iglesias, y capturar Montmartre a la cabeza de sus guardias nacionales. Finalmente, aceptó enviar a Caulaincourt a París para obtener noticias concretas. El mensajero de Caulaincourt llegó al mismo tiempo que una carta de Marmont, que confirmó los temores generales. Se había firmado la capitulación, y las llaves de París estaban en manos del zar Alejandro.

Napoleón se sintió profundamente afectado. Había perdido su Imperio, y también había perdido su capital. En sombrío silencio se dirigió a Fontainebleau, donde llegó a las seis de la mañana. Como no lo esperaban, encontró que las habitaciones principales de la planta baja estaban cerradas; nuevamente era un intruso en su

propio palacio. Fue a su estudio del primer piso, con las paredes revestidas de seda verde rayada, la biblioteca de caoba y los escritorios macizos, con las patas en forma de columnas clásicas adornadas con cabezas de esfinges. Allí se sentó y esperó. Aún tenía una esperanza: que incluso después de capturar París los aliados se viesen obligados a negociar con él en su calidad de emperador.

En una carta dirigida a Joseph, Napoleón había especificado que, si la defensa llegaba a ser imposible, la totalidad de los altos dignatarios del Imperio, sin ninguna excepción, debía salir de París. Su propósito era que no quedase en la ciudad nadie con autoridad suficiente para negociar con el enemigo, y en este sentido pensaba sobre todo en Talleyrand. En lugar de ejecutar personalmente estas órdenes, Joseph las transmitió a Savary, ministro de Policía. Savary, en efecto, ordenó a Talleyrand que saliera de París. Talleyrand contestó que no deseaba irse, pero cuando el ministro insistió, regresó a su casa y realizó unos pocos preparativos.

A las cinco de la tarde del 31 de marzo Talleyrand atravesó París en dirección a la puerta del camino que llevaba a Rambouillet. El carro se desplazó muy lentamente, de modo que la gente advirtiese su presencia, y que cierto mensajero llegase a la puerta antes que el propio Talleyrand. En la Barrière de l'Enfer, el capitán de los guardias nacionales era monsieur de Rémusat, cuya esposa era íntima amiga del ex obispo. Rémusat detuvo el carro de Talleyrand, e hizo lo que su esposa le había pedido: exigió ver el pasaporte del ocupante. Talleyrand replicó que no lo tenía. En ese caso, dijo Rémusat, no podía salir de París. En lugar de presentar sus credenciales de funcionario, que valían por una docena de pasaportes, Talleyrand esbozó un gesto de triste resignación, se volvió y retornó a su casa.

Al día siguiente los aliados entraron en París, encabezados por el zar Alejandro, el rey Federico Guillermo de Prusia y el príncipe Schwarzenberg, en representación del emperador Francisco. Para Talleyrand, que había mantenido permanente contacto con Nesseirode, el canciller ruso, no fue sorpresa enterarse de que el zar había decidido hacerle el honor de alojarse en su casa. Alejandro llegó allí esa noche. Para él y los restantes dirigentes aliados era conveniente encontrar un dignatario de elevado rango, y Talleyrand no tropezó con dificultades para persuadirlos de que lo considerasen el portavoz de Francia. De ese modo, destruyó la última esperanza de Napoleón.

En su condición de jefe de los aliados, Alejandro dijo que había tres caminos posibles: podían concertar la paz con Napoleón, designar regente de su hijo a María Luisa, o restablecer a los Borbones. Querían atender los deseos de Francia; ¿qué pensaba Talleyrand? Éste era el momento para el cual el ex obispo había estado trabajando tanto tiempo.

Talleyrand afirmó enérgicamente que Napoleón debía retirarse. Una Regencia habría sido viable si Napoleón hubiese caído en combate, pero mientras Napoleón continuase viviendo, él reinaría en nombre de su esposa. Quedaba la tercera opción propuesta por Alejandro. Talleyrand aprobaba este criterio. «Necesitamos un principio, y sólo veo uno: Luis XVIII, nuestro legítimo rey».

Alejandro se mostró dubitativo. Afirmó que había observado que los Borbones provocaban una reacción general de horror, pero Talleyrand insistió, y para zanjar el asunto presentó un documento destinado a la firma del zar: «Los soberanos proclaman que nunca negociarán con Napoleón Bonaparte o con cualquier otro miembro de su familia...

Invitan al Senado a designar inmediatamente un gobierno provisional.» Cuando Talleyrand dijo que él podía responder por el Senado, todo pareció tan sencillo que Alejandro tuvo que acallar sus dudas y firmó.

En virtud de este documento, Talleyrand convocó al Senado la tarde del 1 de abril. Asistieron sólo sesenta y cuatro senadores, de un total de ciento cuarenta, que se atuvieron obedientemente a las sugerencias de Talleyrand, depusieron a Napoleón Bonaparte e invitaron a ocupar el trono a un anciano caballero residente en Hatfield, es decir Louis Stanislas Xavier de Borbón.

Napoleón supo todo esto de labios de Caulaincourt la tarde del 2 de abril. No es poca cosa ser depuesto del trono del imperio más grande de los tiempos modernos, pero Napoleón consideró asunto de honor no demostrar sus sentimientos. Caulaincourt no pudo ver en el rostro de Napoleón la más mínima emoción, ningún gesto. «Uno habría creído que todos estos hechos, esta traición y ese peligro, no le concernían en lo más mínimo.» «El trono nada significa para mí — dijo Napoleón con una mezcla de verdad y estoicismo—. Nací soldado y puedo retornar a la vida común sin lamentarlo. Deseaba ver grande y poderosa a Francia, pero ante todo deseo verla feliz. Prefiero abandonar el trono antes que firmar una paz vergonzosa... Los oligarcas me temen porque soy el rey del pueblo. No corresponde al interés de Austria entregar Europa al dominio de Rusia...

Quizás ahora incluso mi suegro tratará de moderar la tendencia de las cosas».

Lo que inquietaba más a Napoleón era la humillación de Francia y la difícil situación de su ejército. De estos temas habló con Caulaincourt al día siguiente donde «apenas mencionó sus intereses personales», pero, en efecto, expresó lo que sentía acerca de Talleyrand, ahora presidente del gobierno provisional: «Disimula la vergüenza de haberme traicionado con las recompensas recibidas de aquellos a quienes destronó veinte años antes... Talleyrand es como un gato; siempre puede arreglárselas para caer de pie. De todos modos, la historia dará el veredicto apropiado.» Sin hacer caso del gobierno provisional de Talleyrand y de su propia deposición por una farsa del Senado, Napoleón resolvió continuar la lucha. Aún tenía un ejército muy fuerte de sesenta mil hombres. A mediodía del 3 de abril pasó revista a la Vieja Guardia y a otras unidades. Les dijo que en pocos días se proponía atacar París. Los hombres vitorearon y gritaron: «¡A París!».

Pero muchos de los mariscales no estuvieron de acuerdo. Eran hombres que poseían propiedades y hermosas casas en París, y algunos tenían allí esposas e hijos. Si el retorno de los Borbones era un desastre para ellos, en otro sentido también lo era un ataque a París. Esa tarde, cuando Napoleón estaba trabajando en su estudio, fue a verlo un grupo de mariscales y generales. Estaba Moncey, de sesenta años, que había combatido valerosamente en los suburbios de París, y el viejo Lefebvre, a quien Napoleón había regalado su espada la víspera de Brumario.

Había también hombres más jóvenes, Macdonald y el pelirrojo Ney, el más bravo entre los bravos. Macdonald habló primero. Dijo que los inquietaban los planes de Napoleón; no deseaban que París compartiese el destino de Moscú. Napoleón trató de tranquilizarlos y explicó sus intenciones. Entonces, el temperamental Ney explotó y dijo que el ejército se negaría a marchar. «El ejército me obedecerá», dijo Napoleón levantando la voz. «Sire —replicó Ney—, el ejército obedece a sus generales».

No era así, y Napoleón bien lo sabía. El ejército obedecería a Napoleón, y si era necesario él podía reemplazar prontamente a comandantes como Ney. Pero esos hombres eran sus camaradas, con quienes había compartido la gloria y el sufrimiento. De todos los franceses, eran los que estaban más cerca del propio Napoleón. Con voz serena preguntó:

«¿Qué desean que haga?» Se lo dijeron: «Abdique en favor de su hijo.» Napoleón siempre había respetado las opiniones de sus mariscales.

Cuando le aconsejaron que no marchase de Moscú a San Petersburgo, accedió a las opiniones que ellos formularon. Cuando miraron con malos ojos, en 1813, la idea de marchar sobre Berlín, tuvo en cuenta tales dudas. Sabía que eran franceses de la cabeza a los pies, y hasta cieno punto entendía que sus opiniones eran las opiniones de Francia. Si Napoleón hubiese respondido a la motivación de la ambición personal, en ese momento se habría impuesto a sus mariscales y tratado de obtener una última cuota de gloria, por mucho que ello tuviera un coste para Francia. Pero Napoleón siempre se había visto en el papel de representante del pueblo francés, y ésa fue la actitud que adoptó en el estudio verde de Fomainebleau.

«Muy bien, caballeros, puesto que así debe ser, abdicaré. He tratado de llevar la felicidad a Francia, y no lo he conseguido. No deseo agravar nuestros sufrimientos...».

Al día siguiente Napoleón empuñó la pluma que había firmado mil decretos y dirigido la vida de setenta millones de personas; la sumergió en el tintero decorado con el águila imperial, y escribió: «Dado que las potencias aliadas han afirmado que el emperador Napoleón es el único obstáculo que se opone al restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel a su juramento, afirma que está dispuesto a renunciar al trono, a salir de Francia e incluso a dar la vida por el bien del país, que es inseparable de los derechos de su hijo, de los derechos de la Regencia de la emperatriz, y del mantenimiento de las leyes del Imperio.» Convocó a sus mariscales, les leyó el texto, y después ordenó a Macdonald, Ney y Caulaincourt que llevasen el documento a los soberanos aliados.

Al principio. Alejandro acogió de buen grado la abdicación condicional. A pesar de las seguridades ofrecidas por Talleyrand, aún mostraba una actitud abierta acerca del gobierno más conveniente para Francia. No había visto signos de que el pueblo reclamase a los Borbones; al contrario, los guardias nacionales rehusaban usar la escarapela blanca. Y de pronto Caulaincourt, Macdonald y Ney insistían en que el ejército y Francia deseaban una regencia. Pero entretanto el mariscal Marmont, comandante del 6.º cuerpo, la parte más importante del ejército de Napoleón, estaba sometido a la presión de los realistas. Talleyrand había halagado a Marmont por haber «salvado París», y lo odionaba a desertar. El decreto del Senado que deponía a Napoleón había dado a Marmont el pretexto

que él necesitaba, y así decidió representar el papel de Monk. Al alba, Alejandro supo que Marmont había marchado con el 6.^º cuerpo, formado por doce mil hombres, hasta las líneas austríacas. Al parecer, después de todo, el ejército no respaldaba sólidamente a los Bonaparte; y así. Alejandro rechazó la idea de una regencia. Declaró que Napoleón debía abdicar incondicionalmente.

Napoleón se enteró de rodo esto a la una de la madrugada del 6 de abril. Habría hecho por Marmont más que por cualquier otro mariscal, y su deserción le dolió tan profundamente como la de Murat. «Casi todos han perdido la cabeza. Los hombres no están a la altura de las circunstancias.» Aunque no lo sabía, la observación contiene una crítica implícita a su propia conducta. No atinó a ver que la masa del pueblo, tratárase de los parisienses o de los hombres y las mujeres del resto del Imperio, o de los soldados como Marmont, a la larga no estaban a la altura del papel heroico que él les había asignado. A decir verdad. Napoleón no comprendía la naturaleza humana.

Napoleón modificó el documento de abdicación, confiriéndole carácter incondicional. «Si los Borbones son sensatos —observó—, cambiarán únicamente las sábanas de mi cama.» Después, comenzó a considerar su futuro.

Alejandro había sugerido que Napoleón podría residir en Elba, porque la isla tenía un clima benigno y la gente hablaba italiano. Al principio, Napoleón miró con desagrado la idea de una isla, pues Inglaterra dominaba los mares, pero después de un tiempo se resignó a Elba. Sin embargo, deseaba algo mejor para María Luisa, y le dijo a Caulaincourt que le consiguiera la Toscana.

Al día siguiente, mientras Caulaincourt estaba en París preparando el tratado de abdicación. Napoleón lamentó haber cedido su trono. De pronto, se sintió atrapado e imaginó a los aliados esperando astutamente la disolución gradual del ejército para dominar la situación y encarcelarlo. Como durante la dolorosa noche de Nogent, se reprochó haber adoptado una actitud excesivamente débil. Envío un correo tras otro para exigir a Caulaincourt que le devolviese su carta de abdicación.

Caulaincourt no hizo caso de estos mensajes, pues conocía por experiencia la reacción de la mente de Napoleón siempre que pensaba que había concedido demasiado.

El universo de Napoleón se había desplomado y con él los principios que eran la guía del emperador. De modo que, cosa rara en él, comenzó a vacilar. Unas veces pensaba en la posibilidad de

presentar una resistencia desesperada sobre el Loira, y otras de dirigirse a Italia y ponerse a la cabeza del ejército de Eugéne. También contempló la idea de ir con su esposa y su hijo para retirarse a la vida privada en Inglaterra: salvo Francia, afirmó entonces, no había otro país que pudiese ofrecer tanto en el campo de las artes, la ciencia y sobre todo la conversación amable.

Pero fundamentalmente pensó en la posibilidad de acabar de una vez y habló mucho de los griegos y los romanos que, arrinconados, se suicidaban.

Pero también tenía que pensar en María Luisa. Ella escribía cartas dolorosas desde Blois, y le decía que Joseph y Jetóme la presionaban para que se rindiera al primer cuerpo austriaco que pudiese hallar, «en cuanto era la única esperanza de seguridad que les quedaba». Con un esfuerzo de voluntad que le costaba mucho, pues se la había educado para obedecer pasivamente, María Luisa se resistió y al fin los hermanos abandonaron su plan egoísta.

Napoleón había visto por última vez a su esposa el 25 de enero.

En ese momento él era emperador de los franceses; en situación difícil, pero todavía una de las cabezas coronadas de Europa. Ahora, estaba derrotado, y a los ojos de la mayoría de la gente no era más que Napoleón Bonaparte, un usurpador en desgracia. «He fracasado», repetía a Caulaincourt. Pero María Luisa no había caído con él. Aún era princesa por derecho propio, y en cierto sentido había avanzado, porque era la hija de uno de los monarcas aliados victoriosos. Napoleón había dejado atrás su cuadragésimo cuarto cumpleaños, y ella no tenía todavía veintitrés años. Antes, él había podido compensar esa distancia con su gloria; pero ya no era ése el caso. María Luisa, descendiente de todo lo que era más exelso en el Sacro Imperio Romano, ¿realmente deseaba acompañar al exilio a un hombre que había fracasado, a un hombre mucho mayor que, como él mismo decía, más tarde o más temprano acabaría hastiándola?.

«Sencillamente, tienes que enviar a alguien que me diga lo que debo hacer», escribió María Luisa a Napoleón el 8 de abril. Napoleón no envió a nadie. Tampoco envió instrucciones escritas. Sabía que era fácil influir sobre ella, que una palabra la llevaría a Fontainebleau. Él estaba solo y la necesitaba desesperadamente. Pero con suma delicadeza se abstuvo de pronunciar esa palabra, y no intentó influir sobre ella, María Luisa debía decidir, a la luz de sus sentimientos más profundos.

En todo caso, Napoleón trató de que el futuro exilio fuese especialmente atractivo para María Luisa. Mal podía esperar que ella

pasara sus días en una isla remota y agreste, lejos de los amigos y la sociedad. Pero si ella tenía la Toscana, la vida podría ser bastante agradable. Gozaría de la vida social de Florencia, e iría a pasar parte de cada año con él en Elba.

Por eso Napoleón asignó gran importancia a la Toscana. Proyectaba sus propios y cálidos sentimientos paternales sobre su suegro, y estaba seguro de que el emperador Francisco concedería a su hija lo que había sido un estado austriaco, y de ese modo aliviaría las privaciones de María Luisa.

Además, como dijo Napoleón a Caulaincourt, «los escrúpulos religiosos de su suegro prevalecerían sobre la urdimbre política del gabinete».

Caulaincourt vio a Metternich el 12 de abril, y se enteró de que éste se oponía a otorgar indemnizaciones a la «familia de Napoleón» a expensas de Austria. Pero Napoleón continuaba contando con Francisco, a quien se esperaba en París el 15 de abril. Aunque Caulaincourt manifestó su «desesperación cuando veo a Su Majestad convertido en juguete de su propia confianza en los sentimientos de su suegro», Napoleón se aferró obstinadamente al encuentro entre el padre y la hija, un momento en que el corazón del padre se sentiría commovido y, como en Cinna de Corneille, decidiría mostrarse compasivo. María Luisa estaba ahora en Orléans, bajo la custodia de enviados del zar y el gobierno provisional.

Napoleón la exhortó a pedir a Francisco la Toscana tan pronto él llegase.

El 11 de abril de nuevo evitó influir en ella impropiamente, y escribió:

«Mi salud es buena, mi coraje se mantiene indemne, sobre todo si aceptas mi mala fortuna, y si crees que podrás ser feliz compartiéndola.» A su vez, recibió una cana de María Luisa, escrita la tarde del mismo día; su contenido era todo lo que él podría haber deseado: «Me consideraría perfectamente satisfecha si muriese — decía María Luisa —, pero quiero vivir para tratar de darte un poco de consuelo y prestarte algún servicio».

El día siguiente, 12 de abril, fue el momento de la crisis de Napoleón. Por la tarde recibió de Caulaincourt el tratado firmado, con las condiciones de la abdicación. Era todo lo que Caulaincourt había podido obtener de los ministros extranjeros aliados. María Luisa recibiría únicamente Parma (con Piacenza y Guastalla). Metternich había rehusado darle Toscana, aunque nadie sabía si había procedido así por orden expresa del emperador. Napoleón se sintió

profundamente afectado por el asunto de Toscana. Examinó el tratado, y no encontró una sola palabra acerca del derecho de María Luisa a reunirse con él; tampoco una palabra acerca del paso libre desde Parma, un Estado mediterráneo, hacia el mar y hacia Elba. ¿Por qué se habían negado a entregar Toscana? Sin duda, para separarlo de su esposa y su hijo, pues los tres reunidos todavía eran una fuerza con la cual había que contar. Napoleón llegó a la conclusión de que era poco sensato demorar la reunión de María Luisa con su padre. Lo importante, lo urgente, era lograr que ella fuese a Fontainebleau. Napoleón ya no tuvo escrúpulos respecto de la posibilidad de forzar la mano de María Luisa, pues de la carta que ella había enviado en la víspera dedujo que deseaba unir su futuro al de su esposo. De modo que realizó un último intento para llegar a su esposa. La tarde del 12 envió a Cambronne con un destacamento de caballería de la Guardia para llevar a María Luisa a Fontainebleau. Cambronne llegó a Orléans la misma tarde, y descubrió que ella ya no estaba.

Metternich se había adelantado a Napoleón. Había escrito a María Luisa indicándole que fuese a Rambouillet, donde se reuniría con su padre. María Luisa había partido a las ocho de la noche. Se detuvo en Angerville, y allí entró en el sector ruso; la guardia francesa fue reemplazada por cosacos. En ese lugar, a sólo cincuenta y cinco kilómetros de Napoleón, escribió con lápiz esta nota:

Te envío unas pocas líneas con un oficial polaco que acaba de traerme tu nota a Angerville; a estas horas ya sabrás que me obligaron a salir de Orléans, y que se impartieron órdenes con el fin de impedir que me reúna contigo, y que si es necesario están dispuestos a apelar a la fuerza. Cuídate, querido, nos están engañando; siento muchísima ansiedad por ti, pero adoptaré una posición firme con mi padre.

En Fontainebleau, Napoleón esperaba muy animado la presencia de su esposa y su hijo, a quienes no veía desde hacía once semanas.

Entraba y salía de las habitaciones preparadas para ellos, silbando un aire de danza. Y entonces, en lugar de María Luisa llegó la nota, con su advertencia: «Nos están engañando.» Para un hombre que ya había sido terriblemente humillado, fue un golpe aplastante. Napoleón releyó el tratado, y sobre todo los artículos referidos a su esposa. Estaba completamente seguro de que los aliados habían decidido separarlo de María Luisa y el pequeño Napoleón. El asunto

entero le parecía más que nunca una trampa. María Luisa y su hijo habían sido llevados finalmente a la órbita austriaca. En pocas horas estarían seguros en Rambouillet. Allí se les reuniría papa Franjáis, que se ocuparía de ellos. Ya no lo necesitarían.

Pero Napoleón estaba convencido de que en su caso le esperaban toda suerte de indignidades. «Nos están engañando.» Napoleón consideró que los aliados sin duda tratarían de asesinarlo, o por lo menos humillarlo, y creía que esto era tan vergonzoso que lo juzgaba peor que la muerte.

Eran las tres de la madrugada del 13 de abril, un presagio que sin duda Napoleón percibió, pues lo escribió al comienzo de una breve carta a María Luisa, en la cual le decía que la amaba más que a nada en el mundo. Firmó la cana, no «Nap», como las anteriores, sino «Napoleón».

Depositó la cana bajo la almohada de su cama, después fue a su maletín y sacó un pequeño sobre de papel. Contenía una mezcla blancuzca; Napoleón había pedido a su cirujano Yvan que la preparase durante la campaña de Rusia. Estaba formada por opio, belladona y heléboro blanco.

Napoleón había considerado varios modos de quitarse la vida. Había acariciado sus pistolas; pensó en la posibilidad de llevar un hornillo con carbones calientes a su cuarto de baño y asfixiarse. Finalmente, se inclinó por lo que parecía el método limpio preferido por los griegos y los romanos. Abrió el sobre de papel, y volcó el polvo en un poco de agua. Bebió la mezcla. Después, llamó a Caulaincourt y se acostó.

El dormitorio de Napoleón estaba apenas iluminado por una lámpara de noche. Los paneles que cubrían las paredes mostraban los bustos de grandes hombres. La cama de cuatro postes estaba forrada con terciopelo verde de Lyon, adornada con rosas pintadas y terminado con un reborde dorado de treinta centímetros de profundidad. La coronaban unos cascós con plumas de aveSTRUZ y un águila dorada que con las garras aferraba una rama de laurel.

«Venga y siéntese», dijo Napoleón cuando entró Caulaincourt. Sentarse en el dormitorio del emperador era una actitud sin precedentes, pero Caulaincourt obedeció. «Quieren arrebatarme a la emperatriz y a mi hijo.» Napoleón había conservado todas las canas de María Luisa en un maletín de cuero rojo, y confió éste a Caulaincourt. «Déme su mano.

Abrácame. Deseo que sea feliz, mi querido Caulaincourt. Lo merece.» El amigo imaginó lo que Napoleón había hecho. Las

lágrimas descendieron por sus mejillas, y bañaron las mejillas y las manos de Napoleón.

Napoleón le impartió algunas instrucciones finales. Despues, comenzó a sentir fuenes dolores en el estómago, y a hipar violentamente.

Napoleón no permitió que Caulaincourt llamase a un médico.

Cuando su amigo trató de salir, Napoleón lo aferró por el cuello y la chaqueta, y tal era su fuerza incluso entonces, que Caulaincourt tuvo que permanecer allí. El cuerpo de Napoleón se enfrió mucho, y después comenzó a subir la temperatura. Se le pusieron rígidos los miembros; el pecho y el estómago se agitaban, pero él apretaba los dientes, para evitar el vómito. Durante uno de estos espasmos, cuando la mano que lo aferraba se aflojó un instante, Caulaincourt se precipitó fuera de la habitación y pidió ayuda. Cuando regresó, Napoleón comenzó a vomitar espasmódicamente, y Caulaincourt vio restos de una sustancia grisácea. Había sucedido lo siguiente: Napoleón había dicho a Yvan que le preparase una dosis muy potente, «más que suficiente para matar a dos hombres», como si le hubiese parecido imposible que los medios usuales lograran abatirlo. La dosis que él había tragado era tan potente que su cuerpo no pudo asimilarla. Ese toque de fanfarronería lo había salvado.

El gran mariscal Benrand entró corriendo, seguido por Yvan. Napoleón pidió al cirujano que le administrase otro veneno, algo que acabase con él. Yvan rehusó, y alarmado salió del palacio. Napoleón continuó soportando intensos dolores, y rogó a Caulaincourt que lo ayudase a terminar de una vez. Padecía una sed intensa y se le había arrugado el rostro.

A las siete de la mañana comenzaron a atenuarse los dolores de Napoleón. Por la tarde recibió una cana que María Luisa le había escrito veinticuatro horas antes:

Por favor, querido, no te enojes conmigo [por haber ido a Rambouillet]; realmente no puedo evitarlo, te amo tanto que se me parte en dos el corazón; temo que puedas creer que es una conspiración entre mi padre y yo contra ti...

Ansio compartir tu infortunio, ansio cuidarte, confortarte, sene útil, y ahuyentar tus preocupaciones... Tu hijo es la única persona feliz aquí, no tiene idea de la gravedad de sus infortunios, pobrecito; sólo tú y él conseguís que la vida me parezca soportable...

Cuando leyó esta cana, una de las más afectuosas que hubiese recibido jamás. Napoleón comenzó a sentir un renovado deseo de vivir.

Había intentado morir, y había fracasado. Que así fuese. El incidente estaba cerrado.

Mientras, en Rambouillet, el hijo de Napoleón repetía, refiriéndose a Francisco: «Es el enemigo de papá, y no quiero verlo.» Aludía al encuentro entre su madre y su abuelo. Esta reunión tuvo lugar tres días después del intento de suicidio de Napoleón. Muy agitada, hablando en alemán, María Luisa reprochó a su padre que intentase separarla de su marido y, con los ojos brillantes de lágrimas, depositó al pequeño Napoleón en los brazos de Francisco.

Los gestos y las palabras fueron los apropiados, pero no provocaron la magia de la compasión. María Luisa describió así la escena a Napoleón: «Se mostró muy bueno y afectuoso conmigo, pero todo quedó anulado por el golpe más terrible que pudo haberme asestado; prohíbe que me reúna contigo o te vea, y ni siquiera permite que te acompañe en el viaje. En vano señalé que era mi deber seguine; declaró que no lo deseaba...».

Napoleón de algún modo había esperado ese desaire. Pero en su estado de debilidad, la realidad asumió el carácter de un fuerte golpe.

Ya había perdido a Francia, y ahora estaba perdiendo a su esposa y a su hijo. Este hecho llegó a ser muy evidente en una cana que recibió de Francisco: «He decidido sugerirle [a María Luisa] que venga a Viena unos meses para descansar en el seno de su familia...» Salvo la firma, la cana era de puño y letra de Metternich.

Solo en Fontainebleau, Napoleón pasó una semana dolorosa esperando la llegada de los comisionados aliados que debían escoltarlo hasta Elba. Dejó a sus mariscales en libertad de servir a Francia como les pareciese conveniente; la mayoría continuaría cumpliendo sus funciones militares bajo los Borbones. Pasaba gran parte de su tiempo en el pequeño jardín de estilo inglés. Allí, cierto día, junto a una fuente circular de mármol adornada con una estatua de Diana, estuvo sentado, solo, durante tres horas; y como si se sintiese exasperado a causa de la tumba que no había podido hallar, con el talón cavó un orificio de treinta centímetros de profundidad en el sendero de grava.

Tantos hombres de su Guardia deseaban acompañar al exilio a Napoleón que los comisionados permitieron que el número, fijado por el tratado en cuatrocientos, se elevase a seiscientos. Incluso así,

hubo tantos voluntarios que la elección fue difícil, y finalmente mil hombres iniciaron el camino a Elba. Cuando se resolvieron estas y otras cuestiones prácticas relacionadas con la partida, Napoleón ordenó a la Vieja Guardia, a los que no podían seguirlo, que se reuniesen frente al palacio. Allí, el 20 de abril, se despediría de ellos.

Fue un día frío. Los guardias formaban en dos filas frente al palacio de ladrillos. Vestían uniformes azul oscuro con correas escarlatas y blancas, y morriones negros con pompones rojos. Con el doble tramo de peldaños de Ducerceau detrás de él, como las dos corrientes —el honor y la República— que habían alimentado su vida, Napoleón se enfrentó a las filas meticulosamente rectas. Había abrigado la esperanza de despedirse para siempre del mundo; en cambio, se alejaba de Francia y de sus amigos. Lo afectaba mucho esta situación, en que se separaba de golpe de tantos amigos, de hombres con quienes había compartido las experiencias más profundas que un hombre puede compartir con otros.

Su sentimiento se manifestó en las palabras que pronunció, y en el temblor de su voz.

«Soldados de mi Vieja Guardia, ahora me despido. Durante veinte años os he encontrado siempre en el camino del honor y la gloria. Últimamente, no menos que cuando las cosas salían bien. Vosotros habéis sido constantemente modelos de coraje y lealtad. Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba perdida; pero no era posible continuar la guerra; habría sido una guerra civil, y eso habría acarreado aún más infortunio a Francia. Por eso he sacrificado nuestros intereses a los intereses de la patria, os dejo; vosotros, amigos míos, continuaréis sirviendo a Francia. ¡Quiero escribir acerca de las grandes cosas que hicimos juntos!... ¡Adiós, hijos míos! Desearía estrecharlos a todos contra mi corazón; ipor lo menos besaré vuestra bandera!».

Cuando el alférez se adelantó, trayendo el águila y la bandera, esos guerreros canosos, dice Caulaincourt, que muchas veces habían contemplado sin inmutarse cómo manaba su propia sangre de las heridas, no pudieron contener las lágrimas. Lloraron sin recato. También se llenaron de lágrimas los ojos de los comisionados británico, austriaco y prusiano; sólo el ruso pareció incombustible. Mientras los guardias presentaban armas, Napoleón aferró el cuadrado de seda bordada en oro: Marengo, Austerlitz, Jena, Eiiau, Friedland, Wagram, Viena, Berlín, Madrid, Moscowa —como los franceses denominaban a Borodino—, Moscú. Abrazó la bandera durante medio minuto. Después levantó la mano izquierda y dijo:

«Adiós! ¡No me olvidéis!» Se dio la vuelta, subió a su carro que ya se había acercado y el vehículo se alejó al galope de los caballos.

«Mi único pensamiento era la felicidad de Francia, y será siempre mi principal anhelo. No sintáis lástima por mí; si he elegido seguir viviendo, lo he hecho para continuar sirviendo a Francia».

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Soberano de Elba

La mañana del 4 de mayo la fragata inglesa Undaunted echó el ancla en la bahía de Portoferraio. Sobre la cubierta estaba Napoleón; su título oficial era ahora «Emperador y Soberano de la isla de Elba». Durante el viaje de cinco días había diseñado una bandera para su nuevo reino. Es característico que no concibiera una bandera totalmente nueva. Había tomado la antigua bandera de los Medici, una diagonal roja sobre fondo de plata, y le había agregado las tres abejas doradas y rojas. El sastre del Undaunted había confeccionado varias versiones; las habían desembarcado y flameaban desde los fuertes de Portoferraio.

A mediodía, Napoleón, que vestía la casaca verde de los Cazadores y pantalones blancos, fue llevado a la ciudad en una chalupa de remos.

Desde la fragata, bañada por la luz relumbrante del sol, Portoferraio había parecido bastante atractiva, pero cuando desembarcó, Napoleón vio que era una ciudad pequeña muy pobre, amarilla, sucia y plagada de moscas; muchas de sus calles no eran más que escalinatas. Se sintió deprimido, pero un momento después recobró la compostura y se adelantó sonriendo para recibir las llaves de la ciudad que traía el alcalde Traditi. En realidad, eran las llaves de la bodega de Traditi, a las que se había dado un baño de oro para la ocasión, pues la llaves de la ciudad se habían extraviado; de modo que la respuesta tradicional de Napoleón fue bastante oportuna: «Señor alcalde, os las confío, y creo que es lo mejor que podría hacer».

Los habitantes de Elba, ataviados con sus ropas domingueras, gritaban, *Evviva rimperatore!*[^] Sidie había oído hablar antes de la isla, pero en adelante sería famosa, y por supuesto se sentían complacidos. Después de un tedeum y la bendición en la iglesia parroquial, a la que se asignaba la grandiosa denominación de

Duomo, Napoleón celebró una recepción en el municipio. Agradó a los habitantes de Elba, porque demostró conocer los nombres y las alturas de los picos de la isla, memorizados gracias a una guía, y porque reconoció a un nativo del lugar a quien había otorgado la Legión de Honor en el campo de batalla de Eilau.

La mañana siguiente, a las cuatro. Napoleón montó a caballo para examinar su nuevo reino. Comprobó que era pequeño —tenía unos treinta kilómetros de largo por veinte de ancho—, con un terreno montañoso, y terriblemente pobre. Los 12.000 habitantes pescaban atún y anchoa, cultivaban viñedos, y trabajaban las minas de hierro a tajo abierto que cubrían la región oriental de Elba con un polvillo rojizo.

Había poca agricultura, y se necesitaba importar del territorio italiano, a ocho kilómetros de distancia, la mayor parte del alimento. En general, Elba era un lugar dejado de la mano de Dios.

En el caso de un hombre que había gobernado un imperio de ciento veinte departamentos y que ahora se veía limitado a una subprefectura de un solo departamento, eran posibles varias actitudes. Podía envolverse en una capa de orgullo herido, y afrontar los días con el entrecejo fruncido, o tratar el episodio entero como una broma; reírse de los habitantes de Elba, y de sí mismo como de un rey de opereta. Napoleón había planeado durante el viaje a la isla, que podía llevar una serena vida de estudioso; dedicarse a las matemáticas y escribir una historia de las victorias imperiales. En realidad, Napoleón no hizo nada de todo esto. Vio que los nativos del lugar eran pobres, y decidió ayudarlos a mejorar su vida.

Comenzó inmediatamente. Como lo esencial era conseguir que Elba atendiese a su propia subsistencia, Napoleón inició una campaña en favor del cultivo de la patata, la lechuga, la cebolla y el rábano. Plantó olivos importados de Córcega entre los viñedos para sustituir a la higuera ubicua, que impedía que las uvas madurasen bien. Plantó castaños jóvenes sobre las laderas de las montañas para contener la erosión.

Con el fin de conseguir más tierra cultivable, incluso colonizó! Había leído que en los tiempos romanos la isla de Pianosa, que se encuentra a veinticuatro kilómetros al sur de Elba, producía trigo, y así el 20 de mayo Napoleón embarcó en el Caroline, una nave de un solo cañón perteneciente a su nueva flota de cuatro embarcaciones, para posesionarse de una colonia hasta el momento completamente olvidada. Allí dejó soldados a quienes encomendó la construcción de un fuerte y de varios cuarteles, para proveer a la defensa contra los

posibles piratas; trazó planes que contemplaban la instalación de un centenar de familias y cultivó trigo; entretanto, soltó ovejas para que pastasen en las laderas verdes.

El propio Napoleón dio el ejemplo. Arregló su propio huerto, probó a labrar con el arado de bueyes, aunque sus surcos dejaban mucho que desear; salió mar adentro con los atuneros y arponeó el atún. Se levantaba a las cinco de la mañana, trabajaba en el calor del día hasta las tres de la tarde, y después cabalgaba tres horas, según explicó al comisionado británico, «para relajarse».

Después, Napoleón consagró su atención a Portoferraio. Antes se permitía que los desperdicios se pudriesen en las calles. Napoleón ordenó que los recolectores de residuos, con grandes canastos de mimbre a la espalda, recorriesen la localidad tocando la trompeta, la señal que avisaba a las amas de casa que debían vaciar sus cubos de residuos en los canastos. De este modo fue posible eliminar las moscas. También estableció que los miembros de una familia no debían dormir más de cinco en una misma cama. Pavimentó las calles, colocó lámparas cada siete u ocho metros, hizo sembrar zonas de hierba frente a los cuarteles, e instaló bancos a lo largo de los muelles. Plantó árboles en las calles y los caminos de Elba. «Planten únicamente moreras, que son útiles en un país sin prados, y que después pueden suministrar alimento para el gusano de seda.» Halló en Poggio un surtidor natural de agua que aliviaba su disuria; de modo que ayudó a sus habitantes a explotar comercialmente el flujo del surtidor, bajo el nombre de Acqua minerale antíurica. Todos éstos eran progresos reales, pero obligaban a los isleños a realizar un esfuerzo desacostumbrado. Durante los primeros meses Napoleón fatigó a todo el mundo, mientras decía a cada momento:

«¡Qué isla tan tranquila!».

Decidió vivir en Portoferraio, junto a los fuertes, en una casa denominada I Mulini, es decir «Los Molinos». Agregó un piso, y por supuesto dirigió personalmente a los albañiles; también mejoró el huerto, que se extendía, con vista al mar, a unos treinta metros de altura. Le agradaba pasearse por el jardín al atardecer, iluminado por la tenue luz de las lámparas fijadas en dos vasos de alabastro.

Para pasar el verano, construyó una casita en las montañas, cerca de San Martino. El salón estaba pintado de modo que pareciese un templo egipcio, con diseños de trampantojo copiados de la Descripción de Egipto. Benjamín Haydon, el pintor inglés de temas históricos, estaba usando el mismo libro en París en ese momento, y copiaba antiguos vestidos egipcios. «La expedición francesa a Egipto

—observó Haydon en su diario—, ha sido un gran servicio prestado a los eruditos, porque reveló la existencia de templos a los que ningún viajero había podido llegar antes».

Nada de todo esto era muy grandioso. El lecho de Napoleón en I Mulini era su propio catre de campaña; el empapelado de la pared estaba descolorido, la alfombra deshilaciada; y el tejido amarillo que cubría las sillas y los sofás aparecía descolorido también. Pero Napoleón era el soberano, e I Mulini su palacio. De modo que, si bien a escala tremadamente reducida, Napoleón tenía una corte tan puntillosa como en las Tullerías. Organizó una casa militar, formada por siete oficiales de uniforme celeste con adornos de plata; y una casa civil, consistente en dos secretarios y cuatro chambelanes, entre ellos el alcalde Traditi, cuyos modales eran sin duda menos refinados que los de un habitante de París. Cieno día, impulsado por su típico optimismo, Napoleón anunció que sembraría quinientos sacos de trigo en sus propios campos de San Martino, y Traditi, que sabía que esa propiedad daba sólo para cien sacos, exclamó: «O questa, si, che e grossa! (¡Ésta sí que es una fanfarronada!)», comentario que provocó la risa de Napoleón.

En lugar del mejor médico de Francia, Napoleón se vio reducido a los servicios del ex cirujano de los establos imperiales, Purga Fourreau.

Cierta mañana Napoleón estaba sumergido en su baño de agua de mar caliente, y Fourreau se presentó con un cuenco de caldo caliente. «Excelente para los intestinos. Majestad.» Mientras esperaba que el caldo se enfriase. Napoleón lo olfateó. «¡No, no! — exclamó Fourreau, muy inquieto—. ¡Me opongo en nombre de Aristóteles e Hipócrates!» Advirtió que inhalar el vapor le provocaría cólicos. «Doctor —dijo con firmeza Napoleón—, no importa lo que Aristóteles y otros puedan decir, a mi edad sé cómo debo beber».

Napoleón estaba seguro de que María Luisa y su hijo se reunirían con él muy pronto. Había preparado una habitación para ellos en I Mulini, y en San Martino ordenó que pintasen palomas en uno de los cielos rasos; las aves debían aparecer separadas por las nubes, pero unidas por una cinta con un nudo que se ajustaba cada vez más a medida que las palomas se separaban. El dibujo representaba la fidelidad conyugal.

Si Napoleón pensaba mucho en María Luisa, también recordaba a Josefina. La cadena de su reloj, cuando lo usaba, estaba formada por trenzas de cabellos de Josefina. Durante su intento de suicidio había dicho a Caulaincourt: «Le dirá a Josefina que la he tenido muy

presente en mis pensamientos», y el 16 de abril la invitó a que le escribiese a Elba, diciéndole que jamás la había olvidado y jamás la olvidaría.

Aunque ella no escribió —hasta el final Josefina me una pésima corresponsal—, éstos eran exactamente los sentimientos de Josefina hacia Napoleón; rechazó una oferta de matrimonio de un joven noble interesante, Frederick Louis de Mecklenburg-Schwerin, y en Malmaison conservó las habitaciones de Napoleón exactamente como él las había dejado; un libro de historia continuaba abierto por la página donde Napoleón había suspendido la lectura; y había prendas preparadas para ser utilizadas. Josefina abrigaba la esperanza de que Napoleón se las arreglaría para volver a entrar en su vida, del mismo modo que Napoleón confiaba en que María Luisa entraría en la suya propia.

Cierto día Josefina recibió la visita de madame de Staél. Josefina consideró dolorosa la experiencia, porque la novelista «parecía que trataba de analizar mi estado mental en presencia de esta gran desgracia...

Yo, que nunca dejé de amar al emperador cuando las cosas iban bien, ¿me enfriaría hoy respecto de su persona?» Por supuesto, no se enfrió, ni ese día ni el siguiente. Pero sobrevino otra clase de desastre. Tres semanas después del desembarco de Napoleón en Elba, Josefina enfermó en Malmaison. Le dolía la garganta y tosía, además tenía dificultad para hablar. De modo que se acostó, y al principio nadie se alarmó, pues ella tenía sólo cincuenta años, pero hacia el 27 de mayo la fiebre era muy alta, y se llamó a los especialistas; el diagnóstico fue difteria. A mediodía del domingo de Pentecostés, 29 de mayo de 1814, Josefina falleció en presencia de Hortense y Eugéne.

Napoleón recibió la noticia en una carta enviada por Caulaincourt a madame Benrand, la esposa del Gran Mariscal. «Pobre Josefina —murmuró—. Ahora es feliz.» Se sintió tan afectado que durante dos días no quiso salir de casa. Sin duda, recordaba la lealtad que Josefina le había demostrado y su bondad; la víspera de su muerte ella había murmurado con voz ronca lo que era una afirmación demasiado modesta: «La primera esposa de Napoleón jamás provocó una sola lágrima.» Quizá también pensó Napoleón que en nombre del águila había apartado a Josefina, y en nombre de otra águila, ésta bicéfala, María Luisa ahora estaba siendo presionada por Francisco y Metternich, que la inducían a abandonar a su esposo.

Napoleón pensaba a veces en otra mujer, la que le había dado un reloj de oro con un cierre secreto, que guardaba un mechón de sus cabellos rubios, y la inscripción: «Cuando hayas dejado de amarme, no olvides que aún te amo».

Aquel verano Napoleón recibió una carta de la mujer del reloj, María Walewska, para preguntarle si podía visitarlo. Su esposo había fallecido, y ella formuló como pretexto la necesidad de arreglar su propio futuro y el de su hijo. Napoleón aceptó. Pero la visita debía ser secreta.

La noche del 1 de septiembre un bergantín proveniente de Nápoles desembarcó a cuatro pasajeros en el extremo de la bahía de Portoferraio.

Los recibió el general Bertrand y los llevó en el carroaje de Napoleón hasta el sector más agreste de Elba, las montañas occidentales. Tuvieron que pasar a caballos de silla y trepar por empinados senderos; finalmente llegaron a una remota ermita de cuatro habitaciones, construida sobre uno de los picos más altos, el monte Giove. «Bienvenidos a mi palacio», dijo Napoleón. María, que tenía veintisiete años, usaba un velo de tul. La acompañaban su hermana, su hermano, el coronel Theodor Laczinski y Alejandro, de cuatro años, con su uniforme en miniatura.

Napoleón y los polacos durmieron en la ermita. Él y María ocuparon cuartos separados. A la mañana siguiente, Napoleón salió a dar un paseo con María sobre las laderas cubiertas de pinos. Él sostenía la mano de la joven y llevaba por los hombros a Alejandro. María le comunicó sus noticias. Después de la abdicación, ella había ido a Fontainebleau; ¿por qué no le había permitido verlo? Napoleón se llevó un dedo a la frente.

«Tenía tantas cosas aquí...».

Napoleón se sintió muy complacido con Alejandro. El niño tenía rizos rubios, y se parecía al rey de Roma. Napoleón jugó al vigilante y al ladrón y rodó sobre la hierba con él. Le agradaba provocar a los niños, y por lo que sabemos también creía firmemente que el cielo se commovía con la inocencia de los pequeños. De modo que le dijo al niño: «Un pajarito me dice que nunca mencionas mi nombre en tus plegarias.» «Es verdad —replicó Alejandro—. No digo Napoleón, digo Papá emperadora Napoleón rió y dijo a María: «Este niño tendrá éxito en el trato social. Posee ingenio».

Esa noche todos se sentían muy contentos. Los hermanos de María entonaron canciones polacas y comenzaron a bailar una krakoviak.

María incorporó a Napoleón al círculo de los bailarines, y todos rieron a coro cuando él intentó seguir el ritmo de la danza veloz y complicada.

María, que ahora era libre, deseaba permanecer en Elba. «Permíteme ocupar una casita por aquí —rogó—. Lejos del pueblo, lejos de ti, pero así podré venir de vez en cuando, cuando me necesites.» En los tiempos del Imperio, Napoleón podía haber tenido una amante. Pero ahora, explicó a María, eso era imposible. No porque esperase a María Luisa —no tenía noticias de ella desde hacía meses—, sino porque «esta isla no es más que una gran aldea». Napoleón distinguía claramente entre una relación que no perjudicaba a nadie, y un vínculo público que escandalizaría a «sus hijos», como llamaba a los nativos de Elba.

El idilio entre las nubes fue breve. En la tarde del segundo día Napoleón se despidió de María con el mismo secreto con que la había recibido. Después que se separaran en la ladera de la montaña, estalló una tormenta. El viento aulló, y los árboles se doblegaban. Alarmado, Napoleón ordenó a un mensajero que hiciera regresar a María, pero era demasiado tarde. En Proto Longone las olas eran tan altas que las autoridades del puerto le dijeron que no debía intentar la partida. No conocían la fibra de la joven polaca. En medio de la tormenta subió a su bergantín y partió para Nápoles, donde Napoleón había reservado propiedades para el hijo de María. Con respecto a los habitantes de Elba, algunos habían entrevisto a una dama rubia de ojos azules y al hijo uniformado; sin duda, el soberano había recibido una visita que preparaba la de la emperatriz y el rey de Roma, y éstos sin duda vendrían a reunirse definitivamente con Napoleón.

Otra mujer que se mantuvo fiel a Napoleón fue su madre. Sabía que su hijo se sentía solo en Elba, y ese verano embarcó en Lierna y en el bergantín inglés Grasshopper^o el nombre de madame Dupont.

Llevaba bien sus sesenta y cuatro años. Cuando los marineros avistaron I Mulini, ella se levantó de su sofá para ver mejor, y trepó ágilmente a la cureña de un cañón. Napoleón se sintió commovido por ese gesto de lealtad; había lágrimas en sus ojos cuando la abrazó y la acompañó hasta la casa próxima a la que él ocupaba y que había alquilado para ella. Elba es parte de la misma masa terrestre que Córcega; en cierto sentido, el reloj había retrocedido veintidós años.

Todos los domingos Napoleón obligaba a los funcionarios a saludar a su madre, y por la noche la invitaba a cenar; después había partidos de ecarte o de reversi. Durante los años vertiginosos del

éxito, Letizia había mantenido la calma. «Con tal de que esto dure», decía con aire dubitativo, e invertía gran parte de su asignación en propiedades y joyas. Napoleón siempre tendía a hacer trampas en el juego, y cuando Letizia lo sorprendía, interrumpía enfadada la partida. «¡Napoleón, haces trampas!» «Madame —replicaba él—, usted es rica, y puede darse el lujo de perder, pero yo soy pobre y tengo que ganar.» Después, intercambiaban pellizcos de rapé, y reanudaban el juego. Por su parte, Letizia no hacía trampas, pero olvidaba pagar. Entonces, tocaba a Napoleón el turno de protestar. «Pague sus deudas, madame».

Otra persona que se reunió con Napoleón fue su hermana Pauline.

Tenía treinta y cuatro años y aún era muy bella, pero no feliz, porque al contrario que las restantes hermanas de Napoleón nunca había encontrado un hombre que la dominase. Sin embargo, amaba a Napoleón y acogió de buen grado la oportunidad de cuidarlo. Ocupaba el último piso de I Mulini, organizaba fiestas y coqueteaba con los apuestos oficiales de la Guardia. Había conservado su buena apariencia mediante un uso adecuado de los cosméticos, y cuando comprobó que su madre estaba demasiado pálida, le aconsejó que hiciera lo mismo. La madre a veces recurrió a los cosméticos, pero únicamente conseguía exagerar el colorete.

Napoleón quería mucho a Pauline, y le agradaba tenerla en Elba. El único inconveniente era la naturaleza temperamental de la joven. A veces, como en su niñez, «reía de todo y de nada». Otros días, se arrastraba quejándose de que estaba enferma; subconscientemente deseaba atraer la atención. Napoleón se negaba a ser cómplice de las enfermedades de su hermana, y decía que eran imaginarias.

Pauline deseaba ofrecer bailes. Napoleón acogió bien la idea, pero adoptó precauciones. Su hermana quería despilfarrar el dinero, y Napoleón sabía que esa actitud conseguiría no sólo humillar a los habitantes de Elba sino que provocaría su hostilidad. De modo que señaló discretamente que cada baile tenía que costar menos de mil francos. Pauline organizó seis, tres de ellos, de máscaras. También organizó funciones teatrales de aficionados en el Teatro del Palacio —un cobertizo modificado a toda prisa que pertenecía a I Mulini— e intervino en comedias tan frivolas como *Les Fausses Infidélitésy Les FoliesAmoureuses*.

Poco después, los habitantes de Portoferraio también quisieron contar con un teatro. Napoleón aprobó la idea. La iglesia secularizada de San Francesco había sido utilizada como depósito militar desde 1801. Napoleón la reconstruyó como teatro, y recaudó fondos

vendiendo los palcos y las butacas antes de iniciar los trabajos. Presidió la noche inaugural, acompañado por su madre y Pauline, a quien él había designado «Organizadora de las Representaciones Teatrales de la Isla de Elba». Veinte miembros de la Guardia formaban la orquesta; el telón mostraba a Apolo, desterrado del cielo, vigilando los rebaños y enseñando, feliz, a los pastores. Las piezas eran un vodevil italiano y una comedia francesa. La interpretación fue mediocre. De todos modos. Napoleón encabezó los aplausos, al mismo tiempo que decidía que contrataría a una buena compañía de ópera.

Entre los hombres que estaban en Elba uno de los favoritos de Napoleón era el comisionado británico, encargado de vigilarlo; se llamaba Neil Campbell —Napoleón decía «Combell»—. El emperador explicó a Campbell la razón de que él hubiese perdido la batalla de Francia. «Hubiera debido licenciar a mis mariscales —dijo—, pues estaban cansados de la guerra, para reemplazarlos por hombres más jóvenes, incluso por coroneles.» Pero Napoleón no profundizó en este análisis. No lo relacionó con su afición a las caras conocidas, a la necesidad que sentía de rodearse de viejos amigos. Y por supuesto, no atinó a ver que éste es un fallo propio del gobierno de un solo hombre. Campbell no era el único inglés que hablaba con Napoleón en Elba. Un total de sesenta y un turistas ingleses fueron a verlo o a hablar con el emperador caído.

Cada uno se formó su propia opinión de la apariencia de Napoleón; uno juzgó que parecía «un sacerdote astuto e ingenioso»; otro llegó a la conclusión de que sus muslos eran excesivamente anchos y desproporcionados; pero casi todos coincidieron acerca de su actitud: «Tan familiar y bien dispuesta como es posible», dijo el mayor Vivian, y con esa opinión coincide lordjohn Russell: «Un carácter sumamente bueno».

Entre tanto ¿qué sucedía con María Luisa? En el camino a Viena escribió en su diario: «Me siento culpable porque no lo he seguido...

iOh, Dios mío! ¿Qué pensará de mí? Pero sin duda me reuniré con él...» En Schünbrunn: «Cuan débil e impotente me veo en este torbellino de conspiración y traiciones.» Un miembro de su familia la exhortó a reunirse con Napoleón. Por extraño que parezca, era su formidable y antigua enemiga, la ex reina María Carolina de Nápoles. «El matrimonio es para toda la vida —dijo a su nieta—. Si estuviese en tu lugar, anudaría mis sábanas a una ventana y me fugaría».

Napoleón escribió a María Luisa, pidiéndole noticias de ella y de su hijo. Como los espías de Talleyrand abrían las cartas de Napoleón,

éste sugirió que María Luisa le escribiese a nombre de monsieur Senno, quien dirigía la pesquería de atún de Elba. Pero no llegaron cartas para monsieur Senno. En septiembre, Napoleón se mostró más explícito y pidió francamente a María Luisa que fuese a Elba. Todo estaba a punto; incluso había ordenado a su talabartero que confeccionase riendas de seda azul que hicieran juego con los ojos de María Luisa, para el momento en que ella deseara montar su caballo castaño llamado Córdoba. Pero no recibió respuesta.

Catherine de Württemberg había permanecido junto a Jérôme, hermano de Napoleón, y eso a pesar de la oposición de sus padres; y Augusta de Baviera tampoco abandonó al príncipe Eugéne. Pero María Luisa carecía de la fibra de esas dos mujeres, y de la de María Walewska. La habían enviado a las aguas de Aix, y allí la acompañó su nuevo ayudante de campo, el general conde Neipperg. Antes de la partida, Metternich ordenó a Neipperg que de forma sutil disuadiera a María Luisa de la idea de viajar a Elba. Neipperg era medio francés, medio austriaco.

Había perdido un ojo en combate, y con un parche de seda negro sobre la cicatriz tenía el aire de un pirata. Pero también poseía modales encantadores y una voz armoniosa. Ya había logrado que una mujer casada se separase de su marido, y en septiembre comenzó a trabajar por segunda vez. Empezó elogiando a Napoleón, de quien según dijo era un ferviente admirador; después, pasó a elogiar a María Luisa. Ella, débil y sensual, sucumbió ante la experiencia de Neipperg. Fueron a pasar unas vacaciones en el Oberland suizo, y allí María Luisa se convirtió en la amante de Neipperg. En octubre ella regresó a Schönbrunn. Fuera de una carta formal de salutación de Año Nuevo, en enero de 1815, Napoleón jamás volvió a recibir noticias de su esposa.

En septiembre Napoleón comprendió que María Luisa no se reuniría con él. Se sintió profundamente afectado y muy triste. No la culpó. Para él continuaba siendo una criatura tierna y buena. Endilgó la responsabilidad al padre. Francisco había aceptado el matrimonio con Napoleón cuando éste era grande y poderoso, y lo repudiaba cuando él había caído.

Como dijo amargamente a Campbell, dos veces había entrado en Viena como conquistador, pero nunca había mostrado frente al emperador una conducta tan poco generosa.

De pronto, Napoleón llegó a la conclusión de que la vida carecía de atractivos. El 20 de septiembre Campbell observó: «A veces cae en un estado de inactividad que nunca se le había visto antes, y

últimamente se retira a su dormitorio a descansar varias horas durante el día. Si sale, lo hace en un carro, y no a caballo como antes.» Napoleón trató de reanimarse apelando a pequeños placeres: su baño de una hora y media con agua salada, los pellizcos de rapé extraídos de una caja con la imagen del rey de Roma, el consumo de regaliz aromatizado con anís. Se dedicó a ingerir bizcochos empapados con vino de Málaga. Leyó a sus antiguos favoritos, como Plutarco, Corneille, Racine y Voltaire, una biografía de Carlos V, el emperador que había abdicado para ingresar en un monasterio, y también Le Cabinet des Fées, y volúmenes de relatos y leyendas de Las noches de Arabia de Perrault.

Napoleón tenía mucha afición a sus caballos. Éstos, más que los perros, eran los animales que realmente le agradaban. Había llevado a Elba sus caballos, así como el andaluz Córdoba, el mismo que María Luisa jamás montaría, y en su soledad se dedicó a visitarlos. En los establos, entre el olor del cuero y el heno, les frotaba los hocicos y les palmeaba los cuartos traseros marcados con la N y la corona. Ahí estaba Tauris, un persa gris plata, regalo del zar Alejandro, y el animal que lo había llevado durante la campaña de Rusia. También Intendant, un caballo blanco de Normandía, que participaba en los desfiles, y al que sus hombres llamaban Coco. Estaba Roitelet, hijo de un corcel inglés y una yegua limusina, que se había encabritado durante un desfile de Schönbrunn, y casi lo había desmontado; después, en Lützen, una bala le arrancó un mechón de pelo y piel del corvejón. Napoleón le palmeaba el corvejón donde el pelo nunca había vuelto a crecer. Sentía especial afecto por Wagram, un árabe gris al que había montado en la batalla del mismo nombre. Le ofrecía un terrón de azúcar y lo besaba, mientras decía: Te voilá, mon cousin.

A pesar de estos placeres, Napoleón sentía que los días eran muy largos. Era un hombre de familia; sin María Luisa y su hijo no podía ser del todo el mismo. Como ellos no habían acudido a Elba, Napoleón se mostraba más sensible a todo lo que le recordase cuan bajo había caído.

Siempre le había desagradado el negro, pues lo consideraba un color de mal presagio; pero ahora llegó a aborrecerlo. Cierta noche en que Pauline llegó a un baile ataviada con un vestido de terciopelo negro, al que ella por precaución había cubierto con volantes rosados, pues sabía que a su hermano le agradaba este color. Napoleón le ordenó inmediatamente que saliera de la habitación y se cambiase. Excepto las noches en que había baile, Napoleón se

acostaba temprano. A las nueve se ponía de pie y se acercaba al piano, donde tocaba con un dedo las catorce notas iniciales de la Sinfonía Sorpresa de Haydn; después, daba las buenas noches y se dirigía a su dormitorio.

El día que Napoleón llegó a Elba, Luis XVIII, gotoso, con coleta, y muy gordo, vestido con pantalones prusianos de botones y una chaqueta naval británica, recibió en la puerta de Saint-Denis las llaves de París, y entró en la ciudad «en el decimonoveno año de mi reinado».

Por consejo de Talleyrand, despachó un enjambre de espías cuya misión era vigilar a Napoleón. Casi todos los barcos traían agentes secretos disfrazados de frailes, marinos y comerciantes viajeros; se deslizaban entre los pajes y los lacayos de Napoleón; eran tantos que a veces, por error se vigilaban unos a otros. Y después enviaban sus informes, que eran publicados en los periódicos de los Borbones. Napoleón, devorado por enfermedades vergonzosas, era el amante incestuoso de Pauline.

Hacía marchas y contramarchas con su ejército de juguete a través de la isla, y nombraba almirante de su flota al teniente Taillade, que invariablemente se mareaba apenas pisaba la cubierta de una nave.

Estaba «a la altura del rey de Haití, que reina sobre monos y negros».

Como un torrente de sangre se levantaba alrededor de él, este moderno Atila arrastraba su cama de hierro de un rincón a otro de la isla, en la vana búsqueda de un lugar donde reposar.

Aunque publicaba estos cuentos, Talleyrand no los creía. Aún temía a Napoleón. Durante la reunión del congreso celebrado en Viena —que ahora había reemplazado a París como capital política de Europa—, Talleyrand declaró que Napoleón, residiendo en Elba era un peligro para la paz de Europa. Reclamó que se lo deportase a las Azores. Otros propusieron las Indias Occidentales, o incluso Santa Elena. Los gobiernos de Inglaterra y Prusia aprobaron la propuesta de trasladar a Napoleón; el zar Alejandro no dijo palabra. Napoleón se enteró de esto en noviembre.

También se aclaró por entonces de qué modo Talleyrand se proponía retenerlo en esa isla bien fortificada.

El Tratado de Fontainebleau establecía que Napoleón recibiría un pago anual de dos millones de francos, y otros miembros de su familia sumas menores; por ejemplo, madame Mere y Pauline trescientos mil francos cada una. No se había pagado ni un centavo

de estas sumas, y quedó cada vez más claro que el gobierno francés se proponía no pagarlas jamás. Esto representó un serio golpe para Napoleón. El ingreso que él tenía de las minas de hierro se elevaba a trescientos mil francos anuales, y la pesquería de atún y la sal le aportaban cincuenta mil más.

Pero sus gastos cuadruplicaban esas cifras. Su casa costó 479.987 francos en 1814, y la paga de su ejército de mil hombres costaba un millón. Había traído 3,8 millones de francos de Fontainebleau, pero consideraba que ésta era su reserva «que debía ser tocada sólo si era absolutamente necesario». Gracias a su madre, que había vendido sus diamantes, más o menos lograba cubrir los gastos corrientes. Pero pronto se vería obligado a reducir el número de soldados, y así quedaría impotente para defenderse del intento de deportarlo. Napoleón suponía que ésta era la razón principal por la cual el gobierno francés se negaba a pagar su asignación.

Napoleón siempre se había mostrado puntiloso en las cuestiones de dinero. Antes del intento de suicidio se había vanagloriado en presencia de Caulaincourt de que él sí había dejado en buena situación económica a Francia. De pronto se encontró como en el período de su juventud en Córcega: gravemente endeudado a causa de la negativa del gobierno a cumplir una promesa. «Soy más pobre que Job», declaró. Vendió ocho caballos de tiro, y de ese modo redujo en 1.912 francos los gastos mensuales en concepto de forraje y cuidados. A partir del 1 de noviembre clausuró el comedor de los oficiales. Pero pronto se vería obligado a practicar recortes más dolorosos. Cuando por la noche escuchaba a sus guardias que cantaban *Aupres de ma blonde* y veía a los lanceros polacos bailar la krakoviak alrededor de un fuego, al son de la flauta y la guitarra, pensaba con amargura que pronto tendría que despedir a muchos de esos hombres. Cierto día, mientras leía a Racine, subrayó la línea en que Mitrídates exclama:

«Mi funesta amistad pesa sobre todos mis amigos».

Aquel invierno Napoleón se sintió desgraciado. Había conocido antes la infelicidad, y no la temía. Poseía recursos interiores suficientes para rechazar la depresión intensa, y con respecto a sus propios infortunios creía ser capaz de soportarlos si lo ayudaban a labrar la felicidad de Francia. Pero ¿hasta dónde Francia era feliz?

El rey, confinado por la gota a una silla de ruedas, sexualmente impotente, lento incluso para firmar, detestaba el trabajo, y no inspiraba a los franceses ni afecto ni confianza. Su sobrina, la duquesa d'Angoulême, que presidía la corte de las Tullerías, era fea y

torpe; su terrible francés había provocado el desprecio de los parisienses; se la presentaba como el ángel de la paz, pero según comentó Napoleón, para representar ese papel uno necesitaba ingenio o buena apariencia. La familia entera se había consagrado a la tarea de atrasar el reloj. La bandera blanca reemplazaba a la tricolor, la imagen de Napoleón había sido retirada de la Legión de Honor, se había restablecido el antiguo cuerpo de la Casa, millares de oficiales regulares habían sido dados de baja con media paga, y los buenos empleos iban a parar a manos de los emigrados que retornaban con sus pelucas empolvadas. La altivez de estos hombres no conocía límites.

Cierto día el ministro de Marina recibió la petición de un emigrado, que deseaba se lo designase contralmirante. Carecía de experiencia, pero había sido cadete naval en 1789, y ahora, de no ser por la Revolución, habría alcanzado la jerarquía de contralmirante; en resumen, creía que satisfacer esa petición era un acto de justicia por parte del rey. «¿Qué puedo hacer?», suspiró el ministro. Felizmente, contaba con la ayuda de Vitrolles, un consejero de ingenio rápido, que respondió: «Reconozca la lógica de la solicitud. Pero señale que, lamentablemente, él perdió la vida en Trafalgar».

La nueva Constitución redujo el electorado, pero los nobles y los sacerdotes, a quienes Luis favorecía, reclamaban estridentemente el retorno total al antiguo régimen. Entre tres y cuatro millones de poseedores de tierras nacionales temían perderlas de un momento a otro.

Aunque reconocía que Luis tenía abundancia de buenas intenciones, Napoleón estaba convencido de que puesto que él y sus consejeros no habían tenido la experiencia de la Revolución Francesa, eran incapaces de gobernar Francia. Lo mismo opinaban muchos franceses comunes y corrientes que cantaban a propósito de Luis XVIII:

Pouvait-il régner sur la France.
Ce Roí, qui parmi les Français.
Osa diré avec assurance:
—Je dois ma couronne auxAnglais?.
(¿Podría reinar sobre Francia.
este rey, el único de los franceses.
que se atrevió a decir con seguridad:
—Debo mi corona a los ingleses?).

Estos hombres, que abrigaban la esperanza de presenciar el retorno de Napoleón, utilizaron como símbolo la violeta. Las damas se ataviaban con vestidos violetas, los hombres llevaban cadenas de reloj de ese color.

«Aimez-vous la violette?» era una pregunta frecuente, y a ella uno respondía: «Il reviendra au printemps» (retornará en primavera).

Los franceses se sentían humillados e infelices; deseaban que él retornase, Napoleón se sentía humillado e infeliz; más aún, el peligro de que se lo trasladase a una lejana isla-cárcel era real. El interés de Francia y el de Napoleón nuevamente coincidieron, y esta coincidencia fue siempre para Napoleón el motivo de la acción. Durante las primeras semanas de 1815 comenzó a contemplar seriamente el regreso a Francia. Nunca le agració marchar contra la corriente de la historia, y no podía hallar en el pasado ejemplos de retorno con éxito. Pero esto no lo disuadió, sobre todo después del 15 de febrero, en que recibió la sorpresiva visita de un hombre disfrazado de marinero que decía llamarse Pietro St. Ernest, aunque en realidad era Fleury de Chaboulon, un ex subprefecto de Reims. Fleury traía un mensaje de Maret, el antiguo ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón, en el sentido de que la opinión pública estaba reclamando clamorosamente el retorno de Napoleón. Como Maret era hombre prudente, Napoleón asignó importancia al mensaje y decidió aprovechar la oportunidad de salir de Elba.

Sucedió que al día siguiente, Neil Campbell, el único extranjero inteligente que residía en la isla y que ya sospechaba de las intenciones de Napoleón, partió en dirección a Florencia con el propósito de consultar a su médico acerca de su sordera. Según dijo, se ausentaría diez días.

Napoleón vio su oportunidad, y se puso en marcha. Tomó su gran mapa de Francia, y lo desplegó sobre el suelo. El general Drouot, su gobernador militar aficionado a la lectura de la Biblia, recibió la orden de llevar a dique el bergantín Inconstante revestirlo con nuevas planchas de cobre, y prepararlo para zarpar en el plazo de nueve días. La nave debía ser repintada como un bergantín inglés, se la armaría con veintiséis cañones, y debía embarcar bizcochos, arroz, verduras, queso, brandy, vino y agua para ciento veinte hombres durante tres meses. Con cierta lógica, Drouot llegó a la conclusión de que el barco se dirigiría a Estados Unidos. Con el fin de confundir todavía más a los espías, Napoleón ordenó que dos berlinas y un lando, así como varios cajones con toda su plata, fuesen cargados en otro barco que se dirigía a Nápoles. El 21, Napoleón y sus jefes de

intendencia distribuyeron uniformes completos y dos pares de botas a cada soldado. La noche del 22 ordenó que se cargasen cajas de cartuchos y provisiones en el Inconstant, que ya había salido del dique, y el L'Etoile, la pequeña nave de tres mástiles. Durante el día ordenó a sus granaderos que prepararan arriates de flores y plantas en árboles. A pesar de estas precauciones, el día 23, el principal espía del gobierno francés en Elba, un hombre a quien se conocía como «el vendedor de aceite», supo que Francia era el verdadero destino de la nave, y decidió partir al día siguiente con la noticia, embarcado en un pesquero.

La noche del 23 al 24 de marzo sucedió algo imprevisto: el bergantín inglés Partridge, el mismo que Campbell acostumbraba a usar, llegó a Portoferraio. Napoleón creyó que Campbell había regresado dos días antes, y se dispuso a detenerlo. También ordenó que el Inconstant saliese al mar antes del amanecer, de modo que no pudiesen ver la pintura de estilo inglés. A las nueve de la mañana el capitán Adye, comandante del Partridge, bajó a tierra. Dijo a Bertrand que no era nada más que un viaje de rutina; embarcaría a Campbell el 26, de acuerdo con lo planeado.

Vio a los granaderos trabajando en el jardín, y no le pareció que hubiese nada sospechoso.

El vendedor de aceite, que podría haberle aclarado la situación, con el razonamiento tortuoso de un espía había llegado a convencerse de que los ingleses estaban trabajando contra el gobierno francés y cooperando en la fuga de Napoleón. De modo que no dijo nada, y Adye partió el mismo día sin saber lo que estaba sucediendo. Cuando el vendedor de aceite trató de salir en el pesquero, Napoleón ya había prohibido los viajes fuera de la isla.

Napoleón apresuró la carga de una nave grande y seis embarcaciones pequeñas. Tenía oro por valor de ochocientos mil francos guardado en baúles. Para evitar preguntas inconvenientes, no se dejó ver durante el día 25. Por la noche jugó a los naipes con Pauline y su madre. Se sentía especialmente animado. De pronto, interrumpió el juego y salió al jardín. Un rato después se acercó su madre. A la luz de la luna vio que Napoleón apoyaba la cabeza en la rama de una higuera. Se acercó a él y le preguntó qué sucedía. «Me dispongo a salir de Elba», dijo Napoleón.

Pero ella no debía revelarlo a nadie, ni siquiera a Pauline. Se dirigía a París. «¡A París! ¡Por San Cristina!», exclamó su madre, invocando instintivamente al patrono de Elba. Con un beso. Napoleón le preguntó qué pensaba del asunto. Ella cerró los ojos un momento,

y trató de olvidar que era su madre. «Estás haciendo bien —dijo al fin—. Mejor morir espada en mano que en un retiro indigno».

La mañana siguiente, domingo, cuando los notables llegaron como de costumbre a I Mulini, Napoleón les dijo que partía esa tarde. A las cuatro se sirvió sopa a las tropas, y a las cinco comenzaron a embarcar.

La fuerza principal estaba formada por unos seiscientos cincuenta oficiales y hombres de la Vieja Guardia. Aparte de éstos, los únicos veteranos eran ciento ocho lanceros polacos, con sus monturas pero sin caballos. Tenían menos valor trescientos voluntarios corsos y nativos de Elba, y cincuenta gendarmes. Los miembros de la nómina imperial con sus esposas y los niños elevaban el número total a 1.150 personas divididas entre los siete barcos de la flotilla.

Al anochecer, Napoleón se despidió de su madre y su hermana.

Ambas sabían que Napoleón iniciaba la más peligrosa de todas sus expediciones, y Pauline se enjugó las lágrimas con un pañuelo de encaje.

Napoleón experimentó el sufrimiento acostumbrado que soportaba en las despedidas. Después de unos minutos dijo: «Debo marcharme ahora, o no me iré nunca.» Después, se dirigió al puerto en el carruaje de Pauline y embarcó en el Inconstant.

Hacia las ocho de la mañana del día 27, el Inconstant estaba cerca de la isla de Capraia, y el Partridge, con Campbell a bordo, se hallaba a cuatro horas de viaje de Liorna. «En caso de que Napoleón salga de Elba —había decidido Campbell—, y de que cualquiera de sus naves sea descubierta con tropas a bordo, pediré al capitán Adye que la intercepte, y en caso de que ofrezcan la más mínima resistencia, la destruyan.» Si el viento hubiese virado al curso más usual, es decir al nordeste, el Partridge se habría encontrado con el Inconstant; en este caso, el viento del sur retrasó su marcha, y aunque los franceses vieron al Partridge en la lejanía, los ingleses no vieron al Inconstant.

Pero los esperaban otros peligros. Después de costear Capraia, el Inconstante adelantó a las restantes naves, más lentas. Más avanzada esa misma tarde se cruzaron con un bergantín francés, el Zéphyr, que venía de Francia. Napoleón ordenó a sus granaderos que se ocultasen deprisa bajo la cubierta. Taillade conocía al Zéphyry a su capitán Andrieux, pero éste no reconoció al principio al camuflado Inconstant, y maniobró para acortar la distancia. Napoleón dijo a Taillade que contestase, indicando el nombre del barco: «Aquí el

Inconstant. ¿Adonde van ustedes?» «A Liorna. ¿Y ustedes?» Siempre instruido por Napoleón, Taillade replicó:

«A Genova. ¿Tienen algún encargo para mí en ese puerro?» «No, gracias. ¿Y cómo está el gran hombre?» Napoleón ordenó a Taillade que respondiese: «Maravillosamente bien.» Despues, las dos naves se separaron. Napoleón siempre había tenido suerte cuando navegaba por el Mediterráneo, y su buena fortuna perduró hasta el fin.

La mañana del 28 Napoleón avistó los Alpes italianos más allá de Savona. Seguía esa ruta indirecta para permitir que los barcos más lentos llegasen a tiempo a la cita, en el golfo Juan. Dijo a Peyrusse, que estaba mareado: «Señor tesorero, un vaso de agua del Sena lo curará. Estaremos en París el día del cumpleaños del rey de Roma.» Es decir, el 20 de marzo; parecía una predicción increíblemente optimista. Por la tarde la flotilla se reunió con el buque enseña, y al alba del día siguiente, 1 de marzo, avistaron Cap d'Antibes. Napoleón ordenó que se enarbolase la tricolor en lugar de la bandera de Elba, y por la escotilla pasó el sombrero a su valet, de modo que éste pudiese retirar la escarapela roja y plata de Elba. Despues, se caló el sombrero, adornado ahora con la famosa escarapela roja, blanca y azul. Este sencillo gesto provocó tantas vivas y expresiones de fidelidad, que Napoleón, que había pensado pronunciar un breve discurso, no atinó a decir palabra. A la una de la tarde comenzó el desembarco: un millar de hombres contra Francia entera.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ciento treinta y seis días

El desembarco comenzó con un contratiempo. Napoleón envió veinticinco granaderos al mando del capitán Lamouret con orden de apoderarse de Antibes. Entraron en la ciudad, pero olvidaron mantener vigilada la puerta. El coronel que mandaba la guarnición de Antibes, cuando se enteró de la novedad, cerró la puerta de la ciudad y tomó prisioneros a los granaderos. Algunos miembros del Estado Mayor exhortaron a Napoleón a acudir en auxilio de estos hombres; pero él se negó. «Todo depende —dijo—, de que nos adelantemos a la noticia de nuestra llegada».

El propio Napoleón desembarcó a las cinco de la tarde, vivaquéó entre los olivos que crecían cerca de la playa, desplegó sus mapas e impartió órdenes. Tenía malos recuerdos de Provenza. Durante el viaje a Fréjus, donde había embarcado para dirigirse a Elba, las turmas enfurecidas habían arrojado piedras y destruido la ventanilla de su carroaje, y en Orgon habían ahorulado y fusilado su efigie. Temiendo por su vida, Napoleón se había disfrazado con una capa rusa, y cabalgaba bastante adelantado a sus carroajes; en las posadas se había presentado como el coronel Campbell. Ahora, después de once meses, regresaba confiado en que la actitud de la gente hubiese cambiado.

El destino de Napoleón era París, adonde necesitaba llegar cuanto antes. «El águila, con los colores nacionales, volará de un campanario a otro hasta llegar a las torres de Notre Dame»; digamos de pasada que su proclama era poética en más de un sentido, pues el batallón de Elba no poseía un águila, y pudo improvisar este artículo esencial sólo tres días después, con fragmentos de una cama de cuatro postes. De manera que en lugar de seguir el camino fácil pero lento por el valle del Ródano, Napoleón decidió avanzar directamente, a través de los Alpes.

Partió a medianoche. La primera aldea fue Cannes. Aquí, la gente creyó que las salvas que celebraban el desembarco de Napoleón era fuego de cañón de las naves piratas argelinas, una molestia usual, y se sintió aliviada y al mismo tiempo sorprendida de ver los morriones de los granaderos; incluso algunos abrieron sus tiendas. La mañana siguiente, la vanguardia entró en Grasse; Napoleón permaneció en las afueras, sobre una meseta llamada Roccavignon. Allí se sentó sobre una pila de sacos, puestos sobre una plataforma de trillar, y consumió parte de un pollo asado. Los campesinos ancianos se acercaron y le entregaron un ramillete de violetas. Entretanto, su contramaestre compró caballos y muías, aunque todavía no los necesarios para montar a todos los lanceros polacos.

En Grasse el camino terminaba, y Napoleón tuvo que abandonar su carroaje y cuatro cañones. A veces a pie, otras montado en Tauris, siguió un sendero de montaña a través de la nieve y el hielo. A las dos de la mañana se detuvo en el villorrio de Séranon, después de cubrir unos cien kilómetros en las primeras veinticuatro horas.

Después de tres horas de sueño Napoleón reanudó la marcha. Encontró a un campesino a caballo, y le preguntó cuánto .pedía por su montura. El campesino, que no tenía ni idea de la identidad del hombre vestido con un abrigo gris, pidió mil francos, Napoleón tenía sólo ochocientos mil francos en oro para solventar las necesidades de toda la expedición. «Amigo mío, es demasiado caro para mí», dijo, y siguió ascendiendo por el empinado sendero de la montaña.

Después de una marcha de dos días a través de la espesa capa de nieve, y de subir hasta 1.200 metros, el día 4 Napoleón llegó a Digne.

Aquí fue recibido entusiásticamente, y ordenó imprimir sus proclamas, en las que invitaba al ejército francés a unírsele. Se desplazaba muy rápidamente y en dos días, cuando llegase a Grenoble, sabría a qué atenerse.

«Si el pueblo y el ejército no me quieren, en el primer encuentro treinta o cuarenta de mis hombres morirán, el resto arrojarán sus mosquetes, yo estaré acabado y Francia se mantendrá tranquila. Si el pueblo y el ejército en efecto me quietín —abrigo la esperanza de que así sea—, el primer batallón con quien me encuentre se arrojará a mis brazos. El resto vendrá por añadidura.» El 5 de marzo, mientras Napoleón almorzaba pato asado y aceitunas en una posada de la aldea montañesa de Sisteron, Luis XVIII, en las Tullerías, recibió un mensaje telegráfico. Con los dedos medio paralizados por la gota, tuvo que esforzarse para romper el sello. El mensaje le traía

la noticia casi inverosímil del desembarco de Napoleón, enviada por correo a Lyon, y de allí por telégrafo. El rey permaneció varios instantes con la cabeza entre las manos, y después, en una actitud característica, transmitió el mensaje a Soult, su ministro de la Guerra: «Él sabrá lo que debe hacer.» Soult decidió contener a Napoleón en Lyon, y telegrafió que desde Grenoble se enviasen rápidamente cañones a esa ciudad. El Moniteur restó importancia a la noticia: «un acto de locura que puede resolverse con unos pocos policías rurales».

Ciertamente, muchos de los que estaban en el camino de Napoleón pensaron lo mismo. En la aldea de Saint-Bonnet, adonde llegó el día 6, la gente estaba tan desconcertada por el reducido número de soldados de Napoleón que propusieron redoblar las campanas y de ese modo reunir una cantidad de voluntarios. «No — dijo con firmeza Napoleón —. Deseo llegar solo; he depositado mi confianza en los sentimientos del pueblo francés.» De todos modos, aquel día incorporó a un nuevo recluta.

Un granadero, al atravesar su aldea natal en los Bajos Alpes, llevó a su hermano menor y a su anciano padre para presentarlos a Napoleón. Fue un momento conmovedor: el granadero reunido con su familia después de años de servicios en los países extranjeros y de once meses de exilio, el hermano menor que se disponía a reunirse con el mayor en la Guardia y el padre que había nacido el año en que Luis XV desposó a su esposa polaca, y que ahora tenía noventa años y estaba ciego. Napoleón pensó que la escena era un hermoso cuadro. Estuvo un rato conversando con el anciano, y le dio la mitad de lo que se había negado a pagar por el caballo: veinticinco napoleones.

Dos días más tarde Napoleón fue despertado en la aldea de Caps con la noticia que le enviaba Cambronne, comandante de su vanguardia, en el sentido de que un batallón del 5.º regimiento ocupaba una posición fuerte en un desfiladero, pocos kilómetros al norte. Napoleón se dirigió al lugar en un vehículo ligero de cuatro ruedas. Después de observar las posiciones del regimiento mediante un catalejo, envió a un miembro de su Estado Mayor con el fin de que abordase al comandante del batallón. «¿Su intención es disparar sobre nosotros?» La respuesta del mayor Delessart fue: «Cumpliré con mi deber».

Napoleón tenía mil hombres contra setecientos de Delessart, pero no deseaba provocar derramamiento de sangre. Si veinte años antes había aborrecido la guerra civil en Provenza, ese sentimiento seguía

tan intenso como siempre, y al desembarcarle había dado a Cambronne órdenes rigurosas de que no se disparara un solo tiro. Lo que hizo fue ordenar a sus cien lanceros polacos que avanzasen lentamente. Al ver esto, Delessart retiró a sus hombres, en buen orden, a nuevas posiciones.

Se ordenó a los lanceros polacos que diesen media vuelta y regresaran.

Entonces Napoleón ordenó desplegar la tricolor y dijo a la banda de los guardias que tocase La Marsellesa, el himno que, según la descripción que él mismo había ofrecido en Elba, era «el general más grande de la Revolución». Prohibida desde el retorno de los Borbones, la conmovedora melodía produjo el efecto, dijo un observador, de «electrizar» a los soldados de Grenoble. Napoleón cabalgó hacia los hombres del 5.º regimiento. A la distancia de un tiro de pistola desmontó y avanzó hacia los setecientos mosqueteros cargados. Vestía su abrigo gris de campaña, conocido por todos los franceses. El capitán Randon, de veinte años, natural de Grenoble, ordenó a sus hombres: «¡Ahí está! ¡Fuego!» Después de avanzar unos pocos pasos, Napoleón se detuvo y apartó las solapas de su abrigo mostrando el chaleco blanco. «Si ustedes quieren matar a su Emperador —dijo en voz alta—, aquí estoy.» Le respondió un tremendo grito de «¡Viva el Emperador!». Los hombres del 5.º, agitando los morriones sobre las puntas de las bayonetas, corrieron lanzando vivas hacia él. «Mire si queremos matarlo», gritó un soldado, mientras removía su baqueta en el cañón del mosquete vacío. En pocos minutos los soldados sacaron de sus mochilas las viejas cintas tricolores que se habían visto obligados a retirar once meses antes, y las aseguraron a los sombreros, mientras sobre la hierba caía una multitud de escarapelas blancas. Mientras los soldados confraternizaban con la Guardia, Napoleón expresó su alivio en un breve discurso. «Los Borbones —dijo—, carecen de derecho legal a ocupar el trono, porque no les fue otorgado por toda la nación... ¿No es cierto que ustedes han sido amenazados con diezmos, con privilegios, con los derechos feudales y todos los restantes abusos de los que se libraron gracias a la guerra?» «Sí, Sire —repitieron a coro los hombres del 5.º—. Nos han amenazado con todo eso y los curas han estado construyendo graneros».

Salieron nuevamente al camino. A las siete de la tarde el mayor Jerzmanowski y cuatro lanceros galoparon hasta Napoleón. Habían avistado una densa columna de tropas que se desplazaban hacia el sur en formación de combate. Napoleón ordenó a sus hombres que

ocuparan posiciones defensivas. Pronto se oyó el golpeteo de las botas y el tintineo metálico de las bayonetas. ¿Se repetiría la escena? «¿Quién vive?», gritó un miembro del Estado Mayor de Napoleón cuando aparecieron los primeros soldados. «El séptimo regimiento.» El coronel al mando, precedido por un tambor, se adelantó. Napoleón lo reconoció enseguida:

Charles de Labédoyére, un valeroso noble de veintinueve años, antes ayudante de campo del mariscal Lannes. Se acercó a Napoleón, rompió el tambor como signo de rendición y le entregó los colores del regimiento.

Napoleón respiró hondo, aliviado, besó las mejillas al joven coronel, y los soldados de las dos columnas confraternizaron.

Hasta ahí, todo marchaba bien. Con el número de sus hombres duplicado por el regimiento de mil ochocientos soldados de Labédoyére, Napoleón se apresuró a avanzar hacia Grenoble, la ciudad clave al pie de los Alpes; y allí llegó esa noche a las nueve.

El centro de Grenoble estaba defendido por fuertes murallas y puertas con una dotación de dos mil soldados y muchos cañones. Pero de un extremo al otro, bajo las murallas, marchaban unos 2.000 campesinos armados con horcas y sosteniendo antorchas de paja encendida, mientras cantaban jubilosos: «¡Viva el Emperador!» Su entusiasmo contagió a los soldados, y algunos se deslizaron por las murallas. Napoleón pidió al oficial que estaba al mando que abriese las puertas, pero él se negó. Entonces, algunos carreteros de uno de los suburbios derribaron a hachazos la puerta Bonne, y Napoleón entró a caballo en Grenoble. En la posada Trois Dauphins, los habitantes, entusiasmados, lo llevaron a hombros hasta la planta alta, y lo depositaron prácticamente sin aliento en el mejor dormitorio. Después de la cena, a falta de las llaves de la ciudad, le trajeron los paneles destrozados de la puerta Bonne.

El conde d'Artois, hermano de Luis XVIII, había acudido para organizar la defensa de Lyon. Alto, delgado y apuesto, con el perfil, según le decían los amigos, de un caballero antiguo, creía que lograría salvar a Francia del usurpador. Napoleón había marchado tan deprisa que no había dado tiempo a cumplir las órdenes del telegrama de Soult, que mandaba desplazar la artillería hacia Lyon, y en consecuencia Artois encontró sólo dos cañones. De todos modos, tenía tres regimientos, mil quinientos guardias nacionales y un comandante capaz, el mariscal Macdonald.

Después de pasar revista a las tropas en la plaza Bellecour, Macdonald pronunció un vibrante discurso e invitó a los soldados a

demostrar su fidelidad a los Borbones gritando «¡Viva el rey!». Hubo un silencio mortal. Entonces, Artois recorrió las líneas bajo una lluvia torrencial y habló amablemente a un dragón veterano, invitándolo a dar ejemplo gritando «¡Viva el rey!». De nuevo hubo un silencio mortal. Artois dejó la revista, saltó a su berlina y tomó el camino a París. Esa noche, el pueblo de Lyon dio la bienvenida a Napoleón.

No se había disparado un solo tiro. El abrigo gris, el bicornio negro maltrecho y La Marsellaise habían sido suficientes. En lugar de disparos hostiles, a partir de Grenoble se oyeron canciones como ésta:

Roule ta boule.
Roi cotillón.
Rends la couronne a Napoleón...
Bon! Bon!.
Napoleón.
Va rentrer dans sa maison!.
(Juega con tus bolos.
rey de pacotilla.
devuelve la corona a Napoleón...
¡Bien! ¡Bien!.
Napoleón.
ivolverá a su palacio!).

Se conocieron más de tres mil de estas canciones en honor del emperador y su hijo; como observó Napoleón, las palabras y las melodías no eran muy notables, pero sí lo era el sentimiento que las animaba.

También el número y la espontaneidad de estas piezas. Sobre esta oleada de canciones Napoleón atravesó los viñedos de Borgoña. Al frente había un solo peligro: el mariscal Ney.

Algunos de los altos oficiales de Napoleón, como Davout, habían elegido la vida tranquila del retiro. Otros, por ejemplo Soult, Macdonald y Ney, creían que servían a Francia al servir a los Borbones. Ney había prometido a Luis que traería de regreso a Napoleón en una jaula de hierro. Napoleón estaba al tanto de esta promesa. Pero antes de salir de Elba había formulado una declaración política acerca de estos cambios de lealtades: «No castigaré a nadie; deseo olvidar la totalidad de estos incidentes.» De modo que perdonó a Ney. Ordenó a Bertrand que escribiese al

mariscal para invitarlo a reunirse con él en Chalón; se lo recibiría «como el día después de Borodino».

Ney había formulado su promesa al rey. Pero veía que sería difícil cumplirla. La moral de sus cuatro mil soldados era escasa. Ney consideraba que el mejor modo de elevarla era que Luis los acompañase al combate en una litera. Pero el rey no mostró el más mínimo signo de que deseara acatar la sugerencia. Más aún, Ney había visto que no se respondía a su pedido de refuerzos, y advirtió que había vacilaciones en París.

En ese momento llegó la invitación de Napoleón. Ney se encontró presionado entre dos sentimientos de lealtad. Pero aunque parezca extrafío, fue un tercer problema de lealtad el que resolvió su dilema. Una imagen reaparecía a cada momento en la mente sencilla de Ney: los desaires que su esposa había tenido que sufrir de los emigrados que regresaban a la corte de Luis; pues sucedía que madame Ney, una mujer excelente, era la hija de una camarera. Ney dijo a un amigo: «Ya estoy harto de ver a mi esposa que regresa a casa con el rostro bañado en lágrimas después de un día de desaires. Es evidente que el rey no nos aprecia; sólo con Bonaparte seremos respetados.» Respondiendo a ese sentimiento, Ney se apresuró a unir sus fuerzas con las de Napoleón en Auxerre.

El 16 de marzo Luis XVIII atravesó en carroaje las calles, bajo una lluvia torrencial, para hablar ante una reunión de las dos Asambleas. Las tropas alineadas a ambos lados del camino gritaban obedientemente:

«¡Viva el rey!», pero agregaban en un murmullo: «de Roma».

En el carroaje, Luis ensayaba su discurso: «El hombre que ha venido a nosotros para encender los horrores de la guerra civil...» Algunos criticaron la metáfora incorrecta. «Tienen razón», dijo Luis, y agregó «las antorchas de la guerra civil». Su discurso fue bien recibido, y las Asambleas juraron lealtad eterna. Entonces llegó la noticia de la deserción de Ney y la corte tembló.

Vitrolles propuso que el arzobispo de París, llevando el Santo Sacramento, saliera al encuentro de Napoleón, «como san Martín cuando ablandó al rey de los visigodos». El favorito Blacas sugirió que el monarca debía salir en un carroaje abierto, acompañado por todos los pares y los diputados a caballo, para preguntar a Bonaparte qué se proponía hacer; y entonces, «sin saber qué contestar, Bonaparte se daría la vuelta y se alejaría».

Pero fue el rey quien se alejó. La noche del 19 de marzo, sin informar a sus ministros, Luis partió hacia Bélgica. En el camino le

robaron una de las maletas. «Lo que lamento más —confió el rey a Macdonald—, es la pérdida de mis pantuflas. Habían adquirido la forma de mis pies.» Napoleón avanzaba rápidamente desde Borgoña. Había prometido que estaría en París el día del cumpleaños del rey de Roma. Ese día, el 20 de marzo, los vendedores callejeros ya vendían gran cantidad de medallas de estaño que mostraban la cabeza de Napoleón y la fecha.

Los soldados ocultaban sus escarapelas blancas aplicando cubiertas impermeables a los morriones, pese a que no llovía. En las Tullerías, abandonada por los cortesanos de Luis, los antiguos criados de Napoleón le preparaban la cama, y en la sala del trono las damas pasaron media hora arrodilladas, arrancando los lirios que habían sido aplicados tapando las abejas de la alfombra.

Napoleón entró en París a las nueve de la noche del 20 de marzo.

No toda la ciudad lo recibió con simpatía; sobre todo los comerciantes de artículos de lujo que habían realizado magníficos negocios gracias a la presencia de la corte borbona. De todos modos, frente a las Tullerías se reunieron veinte mil parisienes que lo vitorearon ruidosamente. Se amontonaron alrededor de su carroza, y todos intentaban tocarlo. «Hijos míos —dijo Napoleón, mientras trataba de salir—, estás sofocándome.» Los oficiales le abrieron un camino hasta la escalinata, y precedido por Lavalette, que contenía a la muchedumbre, Napoleón ascendió lentamente los peldaños. «Tenía los ojos cerrados, las manos extendidas hacia adelante como las de un ciego, la felicidad se manifestaba sólo en una sonrisa.» Allí, como después de un baile de máscaras, estaban los rostros familiares, los lacayos de librea verde, los chambelanes. En el salón fue recibido por el mejor de todos los vínculos con el pasado, es decir Hortense. Vestía de negro, a causa del duelo de Josefina, y Napoleón la abrazó afectuosamente.

Napoleón había realizado un viaje de cuarenta días en sólo veinte.

Pero la velocidad fue sólo uno de los factores de su éxito. El elemento vital fue la actitud del pueblo, adivinada exactamente por Napoleón. El pueblo expresó su voluntad e impulsó a Napoleón y su pequeño grupo, como en una carrera de postas, en dirección a París. En cierto sentido, después de la marcha a través de las montañas hasta Digne, Napoleón había tenido una actitud casi pasiva, y en cierto momento expresó ese sentimiento a sus hombres: «Lo que acabamos de realizar es obra del pueblo y vuestra; todo lo que yo hice fue comprenderlos y apreciarlos.» Al fin estaba en casa, y de nuevo era el emperador de los franceses.

Después de retirar de su estudio los misales y los libros de rezos del rey, Napoleón desplegó sus mapas y sus informes. El aspecto más esencial y urgente era el dinero, y lo encontró en una fuente un tanto improbable: los bancos de Amsterdam, algunos relacionados con firmas inglesas, pusieron a su disposición cien millones de francos, a un interés entre el 7 y 8 por ciento. Después, era fundamental dar a Francia un nuevo sistema de gobierno. Halló al país en una condición muy distinta a la que prevalecía en 1814. Las ideas inglesas habían inundado el país, y originaban dudas acerca de la antigua Constitución imperial. Los liberales eran ahora una fuerza política importante y reclamaban nuevas garantías de una monarquía, incluso de la napoleónica. Once meses de Luis XVIII habían devuelto a Francia a 1792, y Napoleón descubrió que nuevamente debía representar el papel de reconciliador, esta vez entre su propio partido y los liberales. Como el pueblo no deseaba la antigua Constitución del Imperio, ni la Constitución borbona con su pequeño y privilegiado cuerpo de electores, debía dar a Francia un nuevo instrumento. Éste conservaría los mejores elementos del Imperio, pero aportaría las salvaguardias reclamadas por los liberales.

El más organizado de los liberales era Benjamín Constant, que en ese momento tenía cuarenta y siete años. Constant era un individuo alto, cargado de hombros, un solterón que usaba gafas, sufría un tic, y vestía un desaliñado traje de un extraño color amarillo que destacaba sus cabellos rojos. Vacilante por naturaleza, durante los últimos días se había enamorado platónicamente de la bella madame Récamier, y para Constant el amor era una forma de torturada esclavitud. Sostenido firmemente por la mano realista de madame Récamier, había atacado a Napoleón en el *Journal des Débats* el mismo día que Luis estaba haciendo las maletas.

«Ha reaparecido —escribió Benjamín Constant—, ese hombre teñido con nuestra sangre! Es otro Atila, otro Genghis Khan, pero más terrible y odioso porque dispone de los recursos de la civilización.» Después, Constant había ido a Nantes, pues como explicó en el mismo artículo: «No soy un traidor. No me arrastraré de un gobierno al siguiente, envuelto en el vergonzoso manto del sofisma, ni balbucearé palabras impías para salvar una vida manchada por el deshonor».

Napoleón, que respetaba a un antagonista franco, invitó a Benjamín Constant a visitarlo en las Tullerías. Constant se presentó como un cordero. Napoleón le explicó sus intenciones. Necesitaba

que Francia se uniese sólidamente tras él, y a su vez Francia reclamaría ciertas libertades, sobre todo la de prensa, que había sido conseguida y después anulada por los Borbones. «Las tendrá», declaró Napoleón. Después, invitó a Constant a redactar una nueva Constitución. Constant, sorprendido y complacido, aceptó. Redactó una Constitución que contemplaba la existencia de un gobierno de dos cámaras, los colegios electorales —formados por unas quince mil personas bajo los Borbones—, se elevarían a cien mil, como durante el imperio. Las Asambleas celebrarían reuniones públicas y tendrían el derecho de modificar las leyes propuestas por el gobierno. Otras garantías serían el juicio con jurado y la libertad total de expresión. La Constitución no agració especialmente a Napoleón, porque iba a dificultar su gobierno; pero de todos modos la aprobó. Otro tanto hizo el Consejo de Estado. Fue promulgada el 22 de abril y aprobada por el pueblo en un plebiscito, con 1.305.206 votos a favor, y 4.206 en contra.

La *Acte additionel* como se denominó a la nueva Constitución, porque Napoleón deseaba, no que este documento reemplazara, sino que jnódificase al que había regido en tiempos del imperio, fue un intento sincero de Napoleón de adaptarse a la nueva atmósfera política. Como dijo Constant en un folleto en el que justificó su colaboración, el emperador había aplicado medidas democráticas «cuando se había posesionado de la dictadura; y cuando, si hubiese deseado el despotismo, podría haber tratado de conservarlo. Debe afirmarse que su interés contrariaba dicho esfuerzo, sin duda, ¿pero eso no implica afirmar que su interés armoniza con la libertad pública? ¿Y ésa no es razón suficiente para despertar la confianza?».

Aunque Sismondi, el gran historiador liberal suizo, la elogió en el *Moniteur*, la *Acte additionel* fue recibida con decepción por la prensa.

Como representaba una política interna no satisfizo ni a los bonapartistas extremos ni a los liberales extremos. Más aún, durante el último año se había puesto en tela de juicio el concepto general de lo que un gobierno debía tratar de hacer, y como en los tiempos tempranos de la Revolución la prensa había publicado literalmente centenares de constituciones distintas. Todas estas burbujas utópicas reventaron, y el jabón irritó los ojos de la gente.

Había otra diferencia entre 1815 y, por ejemplo, 1813. Francia ya no era la amante denominada de ese modo a veces por Napoleón. Últimamente había estado acostándose con diferentes hombres, y por lo tanto ya no consideraba al emperador su amo predestinado, sino un hombre entre muchos. El propio Napoleón lo sintió así, una

vez calmada la excitación de su llegada. Percibió un nuevo espíritu crítico, lo que él denominó «una frialdad». Para remediar esto, debía dar confianza y prosperidad a Francia. Y para llegar a eso necesitaba la paz.

El congreso reunido en Viena prontamente se vio dividido en dos facciones. Prusia y Rusia, ambas dinámicas y expansivas, exigían más de lo que Inglaterra y Austria deseaban conceder, y en enero, en un gesto de defensa propia, Inglaterra, Austria y Francia habían firmado una alianza. En su carácter de gobernante de facto de Francia, Napoleón tenía cierto derecho de representar un papel en esa alianza. El 12 de marzo dijo a su hermano Joseph, que se encontraba en Zúrich, que informase a los ministros ruso y austriaco en Suiza que había decidido mantener las fronteras convenidas en 1814. Sobre todo apeló a Inglaterra solicitando un trato equitativo, y muchos deseaban acceder a su propuesta. Por ejemplo en Portsmouth los oficiales del 51.^º de infantería brindaron tres veces por el éxito del viejo Nap, después de su fuga. «Bonaparte ha sido acogido en Francia como libertador—dijo un miembro del Parlamento—. Los Borbones han perdido el trono a causa de sus propios errores. Sería monstruoso declarar la guerra a un pueblo para imponer un gobierno que él no desea».

En Viena, Metternich estaba dando una fiesta cuando llegó la noticia del desembarco de Napoleón. Entre los invitados estaban Wellington, el zar Alejandro y Talleyrand. De pronto, en medio de un vals, la orquesta bajó los violines, y los estadistas salieron deprisa para conferenciar. De nuevo Talleyrand tomó la iniciativa de unirlos contra Napoleón. Él fue quien inspiró una declaración conjunta en que los aliados afirmaban que el retorno de Napoleón era un acto sin precedentes en los anales de la ambición. Era «una ofensa criminal al orden social». Bonaparte se había colocado en la posición de un proscrito, y «en su carácter de enemigo y perturbador de la paz del mundo», estaba expuesto a la venganza de Europa. Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se comprometieron a destacar cada una ciento cincuenta mil hombres, y a mantenerlos bajo las armas «hasta que Bonaparte sea absolutamente incapaz de provocar nuevas dificultades». Pero, se preguntaba el Morning Chronicle, ¿las potencias actuaban contra Bonaparte o contra el espíritu de la democracia?

Napoleón continuó trabajando por la paz. Envío un emisario especial, Montrond, para hablar con Metternich y escribió de puño y

letra una carta al príncipe regente; el enviado mereció un rechazo total y la carta fue devuelta sin abrir. De modo que Napoleón nunca tuvo la oportunidad de demostrar sus intenciones. Apenas recuperó el trono se vio rodeado de cañones.

Napoleón recibió de Luis XVIII un ejército de doscientos mil hombres. Sin apelar al servicio militar, lo elevó a más de trescientos mil.

Todos eran franceses, la mayoría veteranos, y su moral era más alta que la de cualquier otro ejército desde por lo menos 1809. Las tropas estaban decididas a borrar la vergüenza de su deserción el año precedente, y los espías aliados hablaban de su entusiasmo casi frenético por el emperador. Para defender las principales ciudades y localidades de Francia, Napoleón tenía doscientos mil guardias nacionales. Esta vez se preocupó de fortificar París. Dibujó personalmente los planos —todos los reductos, las torrecillas y las murallas— en media hora.

Napoleón escribió a Francisco para pedirle que permitiese que María Luisa y el joven Napoleón se uniesen con él. Por intermedio de Caulaincourt explicó que ese paso convenía a los intereses de Austria, pues si las circunstancias lo obligaban a abdicar nuevamente, su hijo reinaría bajo la regencia de la archiduquesa. Ordenó que decorasen nuevamente las habitaciones de María Luisa y de su hijo. El 4 de abril escribió: «Mi buena Luisa, todo lo que ahora falta es tu presencia y la de mi hijo.

De modo que ven a reunirte conmigo inmediatamente viajando por Estrasburgo.» No recibió respuesta: estay otras cartas fueron interceptadas. Cuatro semanas después de su retorno supo por Méneval que María Luisa había declarado que no tenía intención de viajar a París. Estaba totalmente sometida a Neipperg, y éste a Metternich, que ya estaba trazando planes para mantener al segundo Napoleón permanentemente en Viena, separado de su madre. Como las Tullerías le parecían intolerablemente solitarias sin su esposa y su hijo, Napoleón fue a vivir en el Elíseo, una residencia más pequeña.

Tuvo un placer imprevisto. Lucien había salido de Francia en 1804, cuando Napoleón quiso que concertara un matrimonio político, y después siempre había criticado al Imperio. Pero ahora, abrumado por la reacción de los Borbones, y percibiendo nuevamente el espíritu de 1799, tendió la mano. Napoleón recibió cálidamente a Lucien, lo condecoró con la Legión de Honor, y le asignó un escaño en el Senado. Joseph ya había regresado. Louis rehusó hacer lo mismo, pues temía perjudicar una pretensión bastante absurda: el derecho

de su hijo al trono de Holanda. Pero Jérôme regresó, porque, como dijo animosamente, en la guerra que se avecinaba Napoleón necesitaría un hombre que mandase sus ejércitos.

Casi todos los días Napoleón entraba en su estudio a las seis de la mañana y no salía hasta el atardecer. Sus médicos le imploraban que descansase o hiciera ejercicios, pero él decía que no tenía tiempo. Dos veces hizo una breve pausa. Con Hortense pasó una tarde sentimental en Malmaison, y una noche fue a la Comedie Francaise, algo que había echado mucho de menos en Elba. Taima representaba Héctor, cuyo tema pareció emotivamente oportuno a Napoleón. Habló con el gran actor: «Bien, Taima, Chateaubriand dice que usted me enseñó cómo representar el papel de emperador; considero que su sugerencia es un cumplido, pues demuestra que por lo menos he representado bien mi papel».

Se aproximaba rápidamente el momento en que Napoleón tendría que representar un nuevo papel; el de general en campaña contra los ingleses. Al perder Bélgica, Francia había perdido su frontera renana en el norte, y la secular ruta de invasión nuevamente quedaba abierta.

Ahí, a principios de junio, los ingleses y los prusianos comenzaron a concentrarse; los austriacos y los rusos aún no estaban movilizados por completo. Como de costumbre, Napoleón decidió atacar primero.

Después de una cena de despedida con su madre, sus hermanos y Hortense, Napoleón salió de París temprano el lunes 12 de junio, en su carroza azul y oro. Gozaba de buena salud y su espíritu era excelente; confiaba en los planes que le permitirían derrotar por separado a Blücher y a Wellington. Entre sus provisiones había una botella revestida de cuero del vino de Málaga que había llegado a agradarle. El 13 se reunió en Avesnes con su ejército de ciento veinticinco mil hombres. En la madrugada del 15 sorprendió a los prusianos, tomó Charleroi y utilizó sus puentes para cruzar el Sambre. Al día siguiente los prusianos se prepararon para resistir en Ligny, y por su parte, Wellington comenzó a acercar su ejército a una encrucijada que estaba a once kilómetros al noroeste de Ligny: Quatre Bras. Napoleón ordenó a Ney, que comandaba la izquierda, que atacase Quatre Bras por la mañana, y después continuara presionando para llegar a Bruselas a primera hora del día 17. Ney vaciló, sin duda porque temía que los ingleses ya estuviesen desplegados ante él, ocultos entre los árboles. A la una, Napoleón tuvo que enviar a Ney una segunda orden: «Me sorprende su prolongada demora en ejecutar mis órdenes. No hay tiempo que

perder. Ataque con la máxima energía todo lo que encuentre por delante...» Ney comenzó la batalla a las dos de la tarde, pero a esas horas Wellington ya había reunido refuerzos, y pudo contener a la izquierda francesa.

Entre tanto, Napoleón conquistó una victoria en Ligny, derrotando a un ejército prusiano superior en número gracias a una carga de la Guardia al caer la noche y donde casi capturó a Blücher, que cayó de su caballo. Pero a causa del retraso de Ney, no pudo aprovechar la victoria para avanzar esa noche sobre Bruselas.

Napoleón durmió en el cercano castillo de Fleurus. La mañana siguiente visitó Ligny y las aldeas vecinas, y habló con los heridos prusianos, les dio brandy y ordenó que fuesen atendidos exactamente como los franceses. Despues, envió treinta mil soldados al mando de Grouchy para perseguir a los prusianos en retirada, y él y Ney, bajo una tormenta, avanzando por caminos convertidos en lodazales, persiguieron a los ingleses, que se retiraban hacia Bruselas. Seis kilómetros al norte, en Genappe, Napoleón perdió un cañón y su dotación a causa de la nueva arma inglesa: los llameantes cohetes Congreve. Diez kilómetros más lejos Napoleón descubrió que Wellington había ocupado posiciones sólidas en una elevación llamada Mont Saint-Jean, cerca de la aldea de Waterloo. Todavía bajo una lluvia torrencial, Napoleón detuvo a sus tropas al sur de la colina, cerca de una granja llamada La Belle Alliance.

Napoleón estableció su cuartel general en Le Caillou, una granja rosada y blanca. Allí se quitó las ropas empapadas y descansó sobre un jergón, mientras sus prendas se secaban frente al fuego. Durante la noche salió tres veces bajo la intensa lluvia para reconocer la llanura.

Cuando los centinelas le daban el alto, él gritaba el santo y seña usado esa noche: Biron, Brest, Bonté.

A las seis Napoleón desayunó con sus generales y su hermano Jérôme, quien había dormido en la posada Roi d'Espagne, en Genappe, y un camarero le dijo que había oido que uno de los ayudantes de Wellington explicaba durante la cena cómo el ejército prusiano marcharía desde Wavre para reunirse con los ingleses. Jetóme transmitió la novedad a Napoleón. «¡Qué estupidez! —dijo Napoleón—. Despues de una batalla como Ligny no pueden unir fuerzas.» Lo alivió comprobar que había cesado la lluvia, lo cual significaba que cuando el suelo se secara él podría maniobrar los cañones. Siempre de excelente espíritu, dijo a sus generales:

«Tenemos noventa posibilidades a nuestro favor, y ni siquiera diez contra nosotros».

Montado en su yegua blanca Désirée, Napoleón inspeccionó a sus tropas, mientras la banda ejecutaba Veillons au salut de l'Empire. Después, los generales llevaron a sus unidades a las posiciones de un frente muy corto, de cuatro kilómetros. Napoleón decidió dejar que el suelo se secara un poco más. «Ahora son las diez —dijo ajotóme—. Dormiré hasta las once. Seguro que me despertaré, pero si no lo hago me llamas».

A las once, Napoleón, descansado, ocupó una posición en terreno alto, cerca de la granja de Rossomme; tuvieron que colocarle bajo los pies manojos de paja para evitar que resbalara. Desde allí dirigiría la batalla. Tenía 72.000 hombres y 246 cañones, y Wellington 68.000, de los cuales sólo 24.000 eran británicos, y 156 cañones. Napoleón propuso irrumpir en el centro enemigo y tomar el camino principal. Diez divisiones de artillería abrirían un paso, y después, d'Erlon desencadenaría el ataque principal.

A las 11.25 Napoleón ordenó que sus cañones abriesen fuego. Entretanto, envió a Jérôme contra la derecha enemiga, instalada en el Château d'Hougoumont. La intención era que ese movimiento fuese sólo para distraer tropas del centro de Wellington. Pero Jérôme luchó tan valerosamente que un movimiento de distracción se convirtió en una fiera batalla a muerte.

Después de una hora y media, Napoleón juzgó que el momento para el ataque había llegado. Envío el primer cuerpo de d'Erlon, cuatro divisiones de infantería, cada una sobre un frente de ciento veinte metros.

Los hombres estaban en excelente forma, cantaban, y su banda tocaba la marcha Triunfo de Trajano de Lesueur.

Wellington conocía por experiencia el daño que los cañones franceses podían infligir, y había adoptado precauciones. Su infantería y su caballería estaban bien protegidas por las laderas del lado opuesto de la montaña, y de este modo las balas de los cañones franceses les provocaban a lo sumo pequeñas pérdidas. Cuando las tropas de d'Erlon cargaron cuesta arriba con la bayoneta calada, la infantería de Wellington ocupó la cima del risco y abrió fuego con rapidez y precisión. Los franceses flaquearon y no pudieron desplegarse. Después, llegaron los Greys escoceses y lanzaron un ataque. Un destacamento de 1.200 jinetes persiguió a los franceses a través del valle, y los obligó a retroceder.

Napoleón advirtió que los ingleses estaban a un paso de capturar el pivote de sus líneas, la meseta de La Belle Alliance. Montado en su yegua blanca atravesó el campo de batalla y lanzó contra los Greys escoceses los regimientos 6.^º y 9.^º de coraceros del general Farine. Los coraceros, con la ayuda de los lanceros, barrieron a los bravos escoceses, pero esto no reconfortó mucho a Napoleón, pues cinco mil franceses habían caído o fueron capturados. Había perdido el primer asalto.

A la 1.30 Napoleón trasladó su cuartel general un kilómetro y medio más adelante, a La Belle Alliance. Desde allí observó que por el flanco derecho se aproximaba una fuerte columna de tropas. Era la vanguardia de Blücher. Napoleón se había equivocado al creer que la derrota sufrida en Ligny había desalentado por completo a los prusianos. Ahora reaparecían, y probablemente otras tropas del mismo ejército los seguirían.

Napoleón tuvo que destacar diez mil hombres de la reserva de infantería para contenerlos, y durante el resto del día se vería obligado a librar dos batallas; la principal contra Wellington y la menos importante, sobre el flanco derecho, contra los prusianos.

La batalla principal adoptó la forma de ataques de caballería sin apoyo contra el centro de los aliados. Ney, en cabeza, dirigía una carga tras otra contra los chaquetas rojas, y varias veces los disparos enemigos abatieron el caballo que montaba. Napoleón dejó que Ney se enzarzarse en la lucha, y a las cuatro ordenó a su reserva de caballería que sacase a Ney de una situación difícil.

A las 6.30 Ney capturó un punto clave, la granja de La Haye Sainte, y Napoleón decidió arriesgarlo todo en un último esfuerzo contra Wellington, antes de que más prusianos tuviesen tiempo de llegar. Enviaría a la Guardia, la invencible Guardia, a atacar las desnudas laderas de Mont Saint-Jean. Una hora después, redoblando los tambores, mientras la banda de los granaderos ejecutaba la Marche des Bonnets a poil de Gebauer, Napoleón dirigió a cinco batallones de guardias hasta el pie de la ladera. Allí Ney asumió el mando, y comenzó a trepar por la colina en formación de sesenta hombres en fondo. Fueron recibidos por un fuego preciso y rápido. Muchos cayeron, pero los mejores continuaron el avance. Durante veinte minutos la batalla estuvo indecisa.

Un segundo cuerpo prusiano, al mando de Ziethen, había llegado a la escena y amenazaba la derecha de Napoleón. Informado del hecho, Wellington agitó tres veces el sombrero en dirección a los

franceses. Tres regimientos de húsares cargaron descendiendo la ladera de la montaña.

Rompieron un cuadro de la Guardia. La caballería de Ziethen cargó también por el flanco derecho. La terrible noticia recorrió el campo de batalla: «¡Los guardias están retrocediendo!» Eso nunca había sucedido antes. Cuando cayó la noche, los franceses cedieron y se dispersaron.

Napoleón ordenó que se tocase la Grenadiere, y con el general Petit consiguió reagrupar a los guardias que habían sido atrapados por el torrente de tropas en retirada. Comprendió que la batalla estaba perdida, y sólo quiso retirarse hacia el sur con su Guardia en buen orden. En la distancia alcanzaba a oírse a los soldados de Blücher que cantaban el himno luterano, Herr Gott, Dich loben wir, y las bandas inglesas que ejecutaban God Save the King.

Napoleón llegó a Genappe en el centro de uno de los dos cuadros de guardias. Subía a su carroaje de campaña cuando de pronto se avistó a la caballería prusiana, que perseguía a los franceses en retirada. Napoleón saltó del carroaje y montó su yegua; después, con una pequeña escolta de lanceros, fue a Charleroi. Había perdido 25.000 hombres muertos o heridos, además de 16.000 prisioneros; Wellington había sufrido cerca de 15.000 bajas, y los prusianos 7.000.

Al día siguiente, Wellington declaró que Waterloo era «el triunfo más ajustado que jamás se hubiese visto en la vida». ¿Qué pensaba del asunto Napoleón? Francamente, estaba desconcertado. No podía entender qué había salido mal. Él mismo se encontraba en buenas condiciones; la historia de las hemorroides es un mito, y la única orden de puño y letra que ha llegado a nosotros está escrita con claridad y pulcritud, que en el caso de Napoleón, fue siempre un signo de bienestar físico y moral.

A la pregunta: ¿Por qué perdió Napoleón?, la respuesta está menos en el campo de batalla de Waterloo, donde una vez que los cañones comenzaron a tronar había poco que Napoleón pudiese hacer para modificar el resultado, que en tres errores cometidos antes del combate.

La mañana del 17 Napoleón tuvo una oportunidad única de aplastar a Wellington con una superioridad abrumadora, mientras los prusianos estaban en plena retirada. En lugar de aprovecharla, malgastó la mañana visitando a los heridos, y a causa de errores de organización que son imputables al propio Napoleón, no atinó a impartir a Ney la orden de ataque. Esa mañana Napoleón se

comportó, no como un gran general, sino como un soldado retirado que acaba de ser convocado nuevamente a prestar servicio y aún está adaptándose a la guerra. Al proceder así, «perdió el momento favorable que en la guerra lo decide todo».

El segundo error de Napoleón fue que juzgó equivocadamente a los ingleses; no sólo a los soldados, que para sorpresa de Napoleón mantuvieron la calma y la capacidad de reacción bajo fuego, sino también a Wellington. La táctica de Napoleón continuaba siendo la misma, pero Wellington había aprendido a afrontarla, sobre todo mediante el uso de los sectores protegidos de la montaña.

El tercer error de Napoleón fue el exceso de confianza. En las primeras horas del día 18 debió proceder basándose en la información de Jetóme acerca de los prusianos. Tuvo que haber postergado la batalla, o por lo menos haber ordenado prudentemente a Grouchy que se dirigiese a Wahain; en ese caso, a lo sumo un solo cuerpo del ejército de Blücher habría podido intervenir en Waterloo. Pero Napoleón confió en que Ligny habría quitado a los prusianos hasta el más mínimo deseo de combatir. Esa confianza —que cuando tiene éxito se llama audacia, y cuando fracasa exceso de confianza— había sido siempre una característica de nuestro hombre. Se había manifestado en 1793 cuando bombardeó desde el mar la ciudadela de Ajaccio, y creyó que sus conciudadanos se unirían a los franceses. Se manifestó después en Elba: quiso sembrar para quinientos sacos de trigo en una tierra que generalmente rendía cien; y cuando mes tras mes esperó la llegada de María Luisa y el rey de Roma. Se vio fortalecida por el magnífico «vuelo del águila».

Y en la mañana del 18 de junio esa confianza lo condujo a la derrota militar.

La primera reacción de Napoleón después de Waterloo fue reagrupar sus tropas en Charleroi y continuar la lucha. «Mi lugar está aquí», declaró. Pero sus consejeros le advirtieron que la Asamblea, que estaba reunida en sesión, podía dejarse dominar por el pánico y rendirse a sus espaldas. Como percibió la fuerza de este argumento. Napoleón retornó rápidamente a París, a donde llegó a las siete de la mañana del 21 de junio. Se sentía muy mal. No sólo había pasado tres noches sin dormir sino que, como resultado de la tensión nerviosa, sufría dolores de estómago, y una sensación de sofoco. Caulaincourt afirma que tenía la piel amarillenta y cerosa.

Napoleón se sumergió en un baño muy caliente, y allí recibió a su ministro de la Guerra. «¡Ah, Davout!» Napoleón alzó los brazos en un

gesto de bienvenida, y después, muy nervioso, de nuevo los dejó caer en el agua del baño, salpicando el uniforme del mariscal. Davout le informó que la Asamblea tenía una actitud hostil. «Esto paralizará el patriotismo del pueblo. Su Majestad debe disolver la Asamblea.» Napoleón salió de su baño y conferenció con el Consejo de Estado. Allí, también Luden le rogó que disolviese la Asamblea. Pero Napoleón no podía creer que los diputados se volverían contra él. En cambio, decidió pedirles plenos poderes.

Mientras la multitud se reunía alrededor del Elíseo gritando «¡Viva el emperador!», los representantes del pueblo debatían la petición de Napoleón. El principal pensamiento en todos era la paz; y los aliados rehusaban concertar la paz mientras Napoleón permaneciese en el poder. Por lo tanto, Napoleón debía irse. Un consejero privado llevó el mensaje de la Asamblea a Napoleón: o abdicaba, o se lo depondría.

Disponía de una hora para decidir.

Napoleón se irritó, como le sucedía siempre ante un ultimátum.

«Debería haber denunciado y disuelto a la asamblea.» Lucien lo exhortó a hacerlo ahora; es decir, le propuso repetir el 19 Brumario. Pero Napoleón advirtió que eso era imposible, que los tiempos habían cambiado muy radicalmente. Regnault destacó que al abdicar Napoleón salvaría el trono para su hijo. «Querrá decir para los Borbones. Por lo menos ellos no son prisioneros en Viena.» Pero la posición constitucional era clara, y Napoleón siempre había sentido un profundo respeto por las formas constitucionales. «No puedo hacer nada por mí mismo», murmuró.

De pronto, adoptó su decisión. «Príncipe Lucien, escribe lo siguiente:

"Franceses, cuando comencé la guerra con el fin de defender la independencia de nuestro país, conté con que habría un esfuerzo unificado, una voluntad unida, y la ayuda de todos los que ejercen poder... A mi juicio, las circunstancias han cambiado. Estoy sacrificándome al odio de los enemigos de Francia... Mi vida política ha concluido, y proclamo a mi hijo Napoleón II emperador de los franceses"».

Tres días después, Napoleón se retiró a Malmaison. Continuaba abrigando la esperanza de que la Asamblea mostrara un poco de fibra, y ofreció desempeñarse como un general común y corriente a la cabeza de uno de los ejércitos franceses. Su oferta fue rechazada por Fouché, presidente del gobierno provisional, que ya había escrito a Luis XVIII para decirle que él estaba trabajando por su retorno.

Después, el 30 de junio, Wellington llegó frente a París; en ausencia del zar, el vencedor de Waterloo era quien dirigía los acontecimientos políticos. Wellington informó a la Asamblea que un cambio de dinastía sería un acto revolucionario que implicaría el desmembramiento de Francia. La Asamblea entendió, y no se oyó hablar más de Napoleón II.

En Malmaison, Napoleón se preguntaba adonde iría. Los prusianos avanzaban deprisa, destruyendo todo lo que encontraban a su paso, como observó con desaprobación un dragón inglés, incluso los muebles, «desde el costoso espejo de cuerpo entero hasta la vulgar taza de café»; y Blücher había dicho que si capturaba a Bonaparte, ordenaría fusilarlo. Napoleón decidió buscar asilo en Estados Unidos.

Como los ingleses estaban bloqueando el Canal, partiría de un puerto de la bahía de Vizcaya.

Napoleón estuvo cinco días en Malmaison. María Walewska llegó con su hijo para despedirse, y rogó que él le permitiera seguirlo al exilio.

«Veremos», contestó Napoleón. No deseaba complicar más una situación de por sí compleja. Llegó también un enviado de Lucien, pero con un propósito distinto; Lucien necesitaba dinero. Napoleón estaba corto de fondos, pero envió a Lucien doscientos mil francos en efectivo, y bonos de los bosques del Estado.

La tarde del 29 de junio, sobre el telón de fondo de los cañones prusianos que se acercaban, Napoleón se despidió por última vez de su madre y de Hortense. A las cinco salió de Malmaison. Entró por el camino que, a través de Vendôme, Niort y Poitiers llega a la costa de Vizcaya. Hacía calor; se detuvo una vez para comprar varias libras de cerezas, y las comió durante el viaje. El 3 de julio llegó a Rochefort, y descubrió que el puerto estaba bloqueado por un buque de guerra inglés, el *Bellerophon*, y por dos naves más pequeñas. Era otra vez Acre, con un ropaje distinto. Siempre los ingleses, «dondequiera que haya agua para botar un barco».

Napoleón afrontó un dilema. ¿Debía tratar de burlar el bloqueo, quizás oculto en la carga de un barco neutral, y dirigirse a Estados Unidos? Le desagradaba la idea; según dijo, se parecía mucho a una fuga. El otro camino era aceptar la nueva situación y rendirse al capitán inglés del *Bellerophon*. Las *Vidas de Plutarco* ofrecían un precedente en Temístocles; cuando debió abandonar Atenas, confió su vida al rey de los persas, de quien había sido otrora el más fiero enemigo.

¿Cómo lo recibirían los ingleses? El teniente segundo Bonaparte había leído en la History of England que «otra virtud que hizo ilustres a nuestros antepasados fue la hospitalidad. El extranjero entre ellos era un objeto sagrado e inviolable; se le concedía todo lo que era posible mientras permanecía en la isla». Quizás estas palabras habían dejado su impronta; en todo caso, los hombres cercanos a Napoleón, por ejemplo Lucien y el conde Las Cases, se referían favorablemente a su propia experiencia como exiliados en Inglaterra.

En cambio, el general de Montholon observó que durante diez años el gabinete inglés había rezumado odio a Napoleón: «Lo tratarán como a un trofeo de Waterloo.» Durante muchos días Napoleón se mantuvo indeciso. Dijo al general Gourgaud, un joven oficial de artillería que le aconsejó rendirse: «No puedo soportar la idea de vivir en medio de mis enemigos.» En ese momento un pájaro entró por la ventana. «Un signo de buena suerte», dijo Gourgaud, que apresó al ave. «Ya hay bastante infelicidad —comentó Napoleón—. Suéltela.» Gourgaud obedeció.

Como augures, observaron para ver en qué dirección se alejaba el ave, que voló hacia los barcos ingleses.

Napoleón acabó adoptando la posición más optimista. Ordenó a sus oficiales que se comunicaran con el capitán Maitland, del Bellerophon, y el 13 de julio escribió una carta al príncipe regente: «Vengo, como Temístocles, para acogerme a la hospitalidad del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes».

El Bellerophon, de setenta y cuatro cañones, había combatido en la bahía de Abukir y en Trafalgar, y se lo llamaba afectuosamente «Billy Ruffian». Su tripulación estaba muy entusiasmada la mañana del 15 de julio, pues todos los ingleses habían abrigado la esperanza de «atrapar a Nap». Manning, el bigotudo contramaestre, estaba en la pasarela con aire de hombre muy importante. El guardiamarina Bruce se acercó a él y aferró uno de sus bigotes. «Manning —anunció con gesto grandilocuente—, éste es el día más orgulloso de su vida. Hoy hará los honores del barco al hombre más grande que el mundo produjo o producirá jamás. Y con el nombre del gran Napoleón, el nombre de Manning, el contramaestre del Bellerophon llegará a... la posteridad; y como reliquia de ese gran hombre, permítame, mi estimado Manning, preservar un mechón de su pelo.» Y dicho esto, Bruce arrancó un mechón del bigote del contramaestre y bajó deprisa la escalera, mientras Manning con un juramento le

arrojaba su sombrero. Llegó deprisa el capitán Maitland e interrumpió la broma. También él estaba excitado y un tanto inquieto.

Sus órdenes eran, sencillamente, impedir que Napoleón escapase, y sólo para realizar ese objetivo había aceptado llevar a Napoleón a Inglaterra.

A las siete llegó Napoleón, vistiendo su uniforme verde de los Cazadores. Levantó apenas su sombrero, hizo una reverencia y dijo en francés a Maitland: «Señor, he venido a bordo, y reclamo la protección de su príncipe y sus leyes.» Se lo llevó bajo cubierta, y cinco minutos después se le pidió que aceptara la presentación de los oficiales de la nave. Cuando éstos se disponían a salir de la cabina. Napoleón dijo: «Bien, caballeros, tienen el honor de pertenecer a la nación más valerosa y afortunada del mundo.» Al día siguiente, el Bellerophon izó las velas. Napoleón examinó interesado todos los rincones del barco, estudió a la tripulación mientras ésta recogía las cuerdas y trepaba por las vergas, y se sintió impresionado por la tranquila eficiencia. De vez en cuando miraba con tristeza la costa cada vez más lejana de Francia. Pero se mantenía esperanzado con respecto a su propio futuro, pues estaba firmemente convencido de que sería huésped del gobierno inglés. Lo alentaba en este sentido el hecho de que Maitland le había cedido su propia cabina y de que durante la cena, la noche precedente, el almirante inglés visitante le hubiese otorgado el asiento de honor. Pero el gobierno inglés ya había adoptado una decisión que contrariaba totalmente las esperanzas de Napoleón: el ex emperador de los franceses era un prisionero del Estado; nunca debía poner el pie en suelo inglés; en cambio, se lo deportaría a una isla tan remota que incluso para él la fuga sería prácticamente imposible.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La última batalla

Santa Elena: un punto en el mapa, una boyá perdida en el Atlántico Sur, azotada por los vientos y las lluvias. Cuando su barco prisión se acercó, Napoleón exploró con su catalejo los empinados riscos de la minúscula isla. «No es un lugar atractivo. Habría sido mejor que permaneciese en Egipto».

Santa Elena es una isla montañosa y tropical, apenas más extensa que Elba, pero en 1815, con menos habitantes, unos dos mil nativos y 1.380 soldados británicos, era normalmente puerto de escala en la ruta a El Cabo, y a veces hasta cincuenta barcos echaban el ancla enjamestown para embarcar verduras y frutas. De todos modos. Santa Elena era un lugar terriblemente remoto; el territorio más cercano, la costa occidental de África, está a 1.700 kilómetros de distancia, y Francia a 8.000 kilómetros. «Es una isla vergonzosa. Es una cárcel», dijo Napoleón cuando desembarcó, y agregó que, para soportar la vida en un lugar como ése, necesitaría mucha fuerza y mucho valor.

Después de una breve estancia en un domicilio privado, por orden de las autoridades inglesas Napoleón pasó a Longwood, una casa de campo de madera que estaba a más de quinientos metros de altura, sobre una meseta sin protección, un lugar desprovisto de sombra, salvo unos pocos eucaliptus, húmedo y barrido por el viento. Sería el hogar de Napoleón durante los últimos cinco años y medio de su vida. Sus habitaciones en Longwood incluían un estudio, un salón, un comedor mal iluminado, una antecámara con una mesa de billar, un cuarto de baño y un dormitorio, donde Napoleón pasaba la mayor parte de su tiempo. Era una habitación pequeña, que miraba al norte, soleada, y tenía una chimenea, detalle que a juicio de Napoleón era indispensable. En un rincón se encontraba su catre de campaña de hierro, y enfrente, un sofá, donde pasaba gran parte del

día, junto al fuego. Desde el sofá podía contemplar, sobre el hogar, dos retratos de María Luisa y siete de su hijo.

Napoleón organizó rápidamente una rutina: a las seis lo despertaba su valet Marchand. Se ponía pantalones de pana, una bata de piqué blanco y chinelas de cuero rojo; tomaba una taza de té o de café, y después se afeitaba, se lavaba cuidadosamente en una jofaina de plata traída del Elíseo, y se cepillaba los dientes. Enseguida, era friccionado y frotado con agua de colonia. Durante los primeros meses, si el tiempo era bueno, salía a cabalgar. A las diez almorzaba, a veces en el jardín, bajo una tienda. El primer plato era sopa caliente, con frecuencia una sopa de leche con huevos batidos, uno de los manjares favorito de Napoleón.

El plato principal era carne asada u horneada, al que seguían verduras, queso Roquefort o parmesano, y café.

Después de almorzar, durante tres horas Napoleón dictaba la historia de sus campañas o de sus años como cónsul y emperador. Despues se daba un baño, generalmente con una mezcla de agua de mar y agua dulce. Mientras descansaba en la tina de cobre durante por lo menos una hora y media, leía o conversaba con uno de los cuatro amigos que habían ido a compartir su exilio: los generales Bertrand, De Montholon y Gourgaud, y el conde Las Cases. A las cuatro recibía a los visitantes, generalmente apoyado en el hogar de piedra negra del salón, con el sombrero bajo el brazo. Hacia el final de la tarde salía a dar un breve paseo.

A veces, ordenaba que el carrojue tomase el accidentado camino que bordea la Cuenca del Diablo, y arreglaba que el cochero fuese muy rápido, con el fin de aterrorizar a todos los que estuviesen con él. Otras veces, acudía a la casa ocupada por el general Bertrand y jugaba con los hijos de su anfitrión. A su regreso, leía y corregía las páginas que había dictado ese día.

Durante los primeros meses, Napoleón trató de aprender inglés con Las Cases. Le pareció muy difícil. Realmente, Napoleón no tenía talento para los idiomas, y en octubre de 1816, después de nueve meses, renunció a su intento de aprender inglés.

A Napoleón le agradaba que las veladas en Longwood fuesen formales. Su mayordomo, Cipriani, llegaba a las ocho, vestido con librea verde recamada de plata, pantalones de seda negra y zapatos de hebilla, para anunciar la cena. Generalmente madame Bertrand y madame de Montholon compartían esta comida con Napoleón y sus cuatro amigos.

Las velas de los candelabros de plata iluminaban la mesa, y como disponía de tiempo, Napoleón consagraba media hora a la deliciosa cena de cinco platos. Después, el propio Napoleón servía café en su posesión más artística; unas tacitas azules adornadas con jeroglíficos dorados e imágenes de Egipto realizadas por Vivant Denon. Finalmente, Napoleón decía: «Vamos al teatro. ¿Qué tenemos hoy, tragedia o comedia?».

Enérgicamente, pero con escaso sentido del ritmo, Napoleón leía en voz alta fragmentos de Corneille, Racine o Molierre, de acuerdo con los deseos del grupo. A veces hacía una pausa para comentar una línea que le agradaba o interesaba. Alrededor de las once daba las buenas noches e iba a acostarse. Las Cases o De Montholon le leían con una tenue luz, hasta que Napoleón se adormecía. Pero a menudo despertaba alrededor de las tres de la mañana. Si le resultaba difícil dormirse otra vez, se trasladaba a otro catre de campaña, dispuesto en su estudio.

Napoleón, sus acompañantes y sus criados eran los únicos habitantes de Longwood. En primer lugar estaban las ratas, literalmente centenares de ratas pardas. Durante la cena se paseaban alrededor de la mesa.

Cierta vez Napoleón retiró su sombrero de un armario, y una gran rata salió del sombrero y saltó entre sus piernas. Era frecuente que los criados atrapasen veinte ratas en un día, pero de todos modos no podían eliminarlas. A Napoleón no le importaban las ratas, pero sí le importaban los centinelas. Durante el día, Longwood estaba sometido a la vigilancia de por lo menos 125 centinelas, y durante la noche había 72.

Napoleón no podía olvidar ni un solo instante que era un prisionero.

La otra dificultad grave era el hastío. Incluso el día que dedicaba seis horas a dictar sus memorias, el tiempo se alargaba terriblemente. Por tratarse de un hombre tan intensamente activo, sencillamente no encontraba qué hacer. Los largos días marcados por la lluvia y el viento casi incesante a menudo le irritaban los nervios, y agobiaban a sus acompañantes, de modo que entablaban disputas, con frecuencia por menudencias; Napoleón a menudo debía rogar: «Vivamos amistosamente, como una familia.» Tenía 1.500 libros, pero según afirmaba, en vista de las circunstancias sentía la necesidad de contar con sesenta mil. Si más tarde de la cena lograba prolongar la lectura de piezas teatrales hasta las once o aun después, observaba satisfecho: «Otra victoria sobre el tiempo».

Napoleón llegó a la isla en excelente estado físico. Un granadero que lo vio desembarcar exclamó, para gran diversión de Napoleón: «Me dijeron que estaba envejeciendo; y maldito sea, ya tiene cuarenta buenas campañas, sobre las espaldas.» El clima perjudicaba a algunos, pero no era ése el caso de Napoleón. Durante sus primeros doce meses, período en el que realizaba mucho ejercicio, su salud fue tan buena como siempre.

No puede afirmarse lo mismo de su moral. Los sentimientos de Napoleón en relación con su cautiverio eran complejos. En primer lugar, estaba el malentendido entre él y el gobierno inglés. Napoleón creía que el gobierno inglés perpetraba una injusticia al enviarlo a una roca en medio del Atlántico, en lugar de permitirle que viviese en Inglaterra como un ciudadano más; y sabemos cuan intensamente lo afectaba un acto injusto. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que Napoleón era adaptable. Se había adaptado muy bien a Elba, y quizás también se adaptaría a Santa Elena. Durante los dos primeros meses que se le permitió salir a caminar y conversar como un hombre libre con los habitantes de Jamestown, Napoleón se sintió bastante satisfecho. Después, fue el traslado a Longwood y las limitaciones impuestas a sus movimientos. Allí estaba separado de los isleños y vigilado noche y día. Napoleón, a quien había preocupado tanto la libertad, al extremo de que había consagrado la vida entera a luchar por ella, ya no era un hombre libre, sino un prisionero.

En esta situación Napoleón tenía dos vías de acción posibles: primero, podía intentar fugarse. Pero los ingleses lo vigilaban muy estrechamente: por ejemplo, apenas se avistaba la presencia de un barco, normalmente cuando estaba a unos cien kilómetros de distancia, se disparaba un tiro, se entregaba una piastra al hombre que lo había visto primero, y se movilizaba una fuerza de quinientos hombres armados. Era sumamente difícil que uno de sus amigos se disfrazara para representar el papel de Napoleón, mientras él se acercaba a Jamestown y abordaba un barco con destino a Estados Unidos. Pero no era del todo imposible. Sin embargo. Napoleón en cierto modo rechazó la idea de la fuga. Entendía que las posibilidades de éxito eran muy escasas.

La segunda actitud posible de Napoleón era aceptar en principio su situación, aunque llamando la atención sobre la injusticia que implicaba; y desplegando su encanto y su fuerza de carácter, obtener mejores condiciones. En último análisis, también podía abrigar la esperanza de que hubiese un cambio de actitud en Inglaterra, e incluso de que ascendiera al trono la princesa Charlotte, que

simpatizaba con él. En ese caso, habría buenas posibilidades de que se lo retirase del peñón convertido en cárcel.

Eso es lo que Napoleón hizo durante los primeros meses. Aunque en privado lo calificaba de «asesino», hizo todo lo posible para mostrarse agradable al oficial inglés superior, el almirante Cockburn. Gourgaud escribió en su diario: el emperador «me asegura que ayer, mientras estuve fuera de la casa, fascinó al almirante», y al día siguiente. «Su Majestad nos dice que hará lo que le plazca con el almirante.» Pero la designación de Cockburn era a lo sumo provisional, y habría que comenzar de nuevo todo cuando en abril de 1816 llegase el nuevo gobernador.

Hudson Lowe tenía cuarenta y seis años, es decir la misma edad que Napoleón, pero por la apariencia era casi lo contrario del francés: era un hombre delgado, de rostro hundido, cejas espesas y el cabello color arena que comenzaba a encanecer. Su padre había sido cirujano militar; su madre, una mujer de Galway, había muerto cuando Lowe era un niño.

La falta de afecto materno había dejado su acostumbrada impronta; Lowe era una persona insegura. La inseguridad se manifestaba en los modales bruscos y en la acentuada tendencia a la inquietud.

Lowe era oficial regular, pero carecía de fortuna privada, y había tenido que abrirse paso por sus propios méritos en el ejército. En 1799 formó, y durante muchos años dirigió, a los Reales Rangers Corsos, un cuerpo de exiliados corsos que se oponía al dominio francés. Su currículum militar era bueno, aunque no brillante, pues en 1807 entregó Capri sin luchar demasiado. Sus soldados le profesaban simpatía. En resumen, Lowe era un oficial decente y desprovisto de imaginación, y al mismo tiempo un hombre inseguro, que tenía siempre a preocuparse.

Lowe desembarcó el 14 de abril, precedido por informes favorables.

Cockburn había incurrido recientemente en el desagrado de Napoleón, cuando ordenó que un oficial británico acompañara siempre al prisionero en sus paseos; y así, los ocupantes de Longwood abrigaron la esperanza de que Lowe les trajese un mejor trato. «¿No me dijeron ustedes —preguntó Napoleón a uno de sus acompañantes—, que Lowe estuvo en Champaubert y Montmirail? Probablemente disparamos nuestros cañones uno contra el otro. En mi caso, eso siempre favorece una buena relación».

El 17 de abril Lowe concertó una visita a Longwood, y llegó acompañado por el almirante Cockburn. La etiqueta exigía que el almirante, que pronto saldría de Santa Elena, presentase a Lowe. Pero esto no agradó a Napoleón. Quería recibir a Lowe sin el almirante, para destacar el comienzo de una relación cordial, y al mismo tiempo desairar a Cockburn, como expresión de su desagrado. Napoleón impartió las instrucciones necesarias. El lacayo permitió que Lowe entrase al salón, pero cuando Cockburn intentó seguirlo, cerró firmemente la puerta en la cara del almirante.

Este pequeño ardid suscitó el placer infantil de Napoleón, que comentó después con una sonrisa: «No me habría perdido lo que pasó hoy ni por un millón de francos».

Lowe comenzó la entrevista en términos formales pero con su habitual brusquedad. «Je suis venu, Monsieur, pour vous présenter mes devoirs.^v («He venido, señor, para explicarle mis obligaciones»).

«Señor, veo que habla francés —dijo Napoleón—. Pero también habla italiano. Antaño usted mandó un regimiento de corsos.» Lowe asintió. «Entonces, hablemos en italiano».

El motivo que inducía a Napoleón a hablar en italiano era evidentemente hallar el máximo terreno común posible con Lowe. Pero antes deseaba poner a prueba al nuevo gobernador. Preguntó, en italiano, qué opinión tenía Lowe de los corsos. «Llevan estilete, ¿no indica eso que son malas personas?».

Lowe vio la trampa y la evitó. «No llevan estilete. Renunciaron a él cuando servían en nuestro regimiento. Siempre se comportaron muy bien. Me agradaban mucho».

A Napoleón le gustaban las respuestas firmes y concretas, y evidentemente ésta lo satisfizo, porque comenzó a hablar de Egipto, un país del que conservaba recuerdos felices, y donde también Lowe había servido.

Durante media hora conversaron acerca de Egipto. Después, Napoleón adoptó un tono más personal. Retornó al francés y preguntó si era cierto que Lowe se había casado antes de salir de Inglaterra. El gobernador respondió afirmativamente. «¡Ah! Usted tiene esposa; por lo tanto está bien».

Después, Napoleón guardó silencio. Deseaba que Lowe sintiese cierta simpatía por él..., pero no demasiada. Debía quedar bien claro que era Napoleón quien dominaba la situación. De modo que le preguntó cuánto tiempo llevaba en el ejército. Una vez respondida su pregunta se limitó a comentar: «Soy un soldado más veterano que usted».

Lowe concedió con elegancia ese punto. «Para el historiador —dijo—, cada uno de los años de servicio que usted tiene vale por un siglo.» Después, el gobernador se marchó, complacido con la reunión, que a su juicio se había desarrollado bien.

Napoleón comunicó sus impresiones de Lowe al general Bertrand. Lo que le impresionaba más era el rostro poco atractivo de Lowe. «No lo mira a uno a los ojos. No conviene formular un juicio apresurado, pero abriga firmemente la esperanza de que su carácter sea distinto de su apariencia. —Y agregó con una sonrisa—: Me recuerda a un policía siciliano».

Lowe causó una buena impresión al entorno de Napoleón. Gourgaud consideró que a pesar de su expresión fría y severa, no era mala persona. Las Cases coincidió. Cuando visitó a Lowe fue bien recibido, y el gobernador puso su biblioteca a disposición de los franceses. Las Cases aconsejó a Napoleón que mantuviese buenas relaciones con el nuevo gobernador.

Por el momento, Napoleón se reservó su opinión. Todo dependía de que, mediante su encanto y la fuerza de su carácter, consiguiese que Lowe mejorara las condiciones. Sobre todo, quería que se le permitiese pasear en carroza y cabalgar fuera de la propiedad de Longwood, defendida por un muro de siete kilómetros, sin la compañía de un oficial británico.

Cuando Lowe volvió a visitarlo, el 30 de abril, Napoleón, que padecía un trastorno estomacal, lo recibió acostado en el sofá de su dormitorio. Consiguió que la conversación abordase el tema de la norma impuesta por Cockburn. Según afirmó, le impedía dar un buen paseo, y por lo tanto mantenerse en buenas condiciones físicas, y además no le permitía conversar con el pueblo de Santa Elena. ¿Lowe se proponía aplicar o suprimir esa norma?

Lowe replicó que la norma había sido dictada por el gobierno, y por lo tanto había que cumplirla.

Napoleón se quejó del aburrimiento de la isla.

«Le construiremos otra casa, traeremos otros muebles...», le propuso Lowe. Napoleón esbozó un gesto. «¿Qué me importa que mi sofá esté cubierto de terciopelo o de fustán? Usted y yo, señor, somos soldados, y sabemos que esas cosas importan muy poco...».

Napoleón estaba formulando una indirecta. Deseaba que Lowe advirtiese que ambos, oficiales probados en combate, estaban unidos de un modo especial, y tenían mutuas obligaciones. Y al mismo tiempo, estaba desplegado el encanto que ya había gravitado sobre los oficiales del Bellerophon, y sobre el almirante Keith, que dijo de

Napoleón: «Si hubiese obtenido una entrevista con Su Alteza Real, en media hora habrían sido los mejores amigos en Inglaterra.» Pero Lowe no hizo caso de la indirecta, y poco después se marchó.

Ya se veía qué tipo de hombre era Lowe; un individuo sin iniciativa, esencialmente tímido, cuyos sentimientos humanos, si los tenía, jamás lo inducirían a suavizar de un modo apreciable las severas normas impuestas por su gobierno. En consecuencia, Napoleón afrontaba una situación nueva; podía aceptar a Lowe tal como él era, mantener buenas relaciones, e incluso mediante su encanto personal salirse con la suya en aspectos de menor importancia. Tal habría sido el curso razonable.

Pero Napoleón no tenía entonces una actitud razonable. Se comportaba presionado por un profundo sentido de injusticia. Veía al gobierno inglés como una oligarquía que actuaba contrariando los deseos del pueblo; ¿acaso en el estrecho de Piymouth no había visto a diez mil ingleses comunes y corrientes agrupados alrededor del barco, agitando los sombreros y vitoreándolo? Lowe era un representante de ese gobierno. Fingía cordialidad, pero no era un amigo. Carecía de sentimientos humanos. En realidad, era un individuo perverso. Y ciertamente, tenía un aspecto perverso, con esas cejas espesas y siniestras, y debajo de las cejas el ojo que parpadeaba siempre. Sujeto a esta actitud irracional, Napoleón concentró la atención en una taza de café que había permanecido sobre la mesa entre los dos hombres durante la entrevista. Un oscuro temor que venía de su pasado corso dominó a Napoleón, y de pronto pensó que Lowe, con su siniestra apariencia, había envenenado el café, lo había envenenado sólo con mirarlo. Por nada del mundo Napoleón estaba dispuesto a beber ese café. Napoleón llamó a su valet, y le ordenó que arrojase el café por la ventana.

De ese comienzo irracional surgió la convicción de que Lowe era un enemigo, y de que por lo tanto había que combatirlo. Napoleón comenzó a concebir la posibilidad de una lucha permanente contra Lowe. De ese modo podría afirmar su virilidad, y quizás, ¿quién sabe?, obtener ciertas ventajas. Y tal vez también existía el deseo subconsciente de aprovechar todo lo que podía romper la monotonía de los días prolongados y vacíos.

El siguiente encuentro entre Napoleón y Lowe fue el 16 de mayo.

Lowe había adoptado las medidas necesarias con el fin de construir una nueva casa para Napoleón, en un lugar menos alejado que Longwood —es decir, estaba mostrando una actitud decente— y ya había llegado la primera carga de madera. Entró en el salón, por

supuesto sin saber que Napoleón le había asignado el papel de enemigo.

Lowe preguntó a Napoleón dónde deseaba que construyesen la nueva casa. Napoleón no contestó. Ante la reiteración de la pregunta, Napoleón respondió: «¿Puedo escoger el sitio yo mismo?».

«Usted se propuso irrumpir en mi casa —dijo con voz acusadora, señalando la puerta de su dormitorio—. Su poder y el poder de su gobierno terminan allí. Por supuesto, puede ordenar que los hombres del 53.^º derriben las puertas y pasen sobre mi cuerpo. Por lo que puedo ver, su comportamiento será su vergüenza, la de sus hijos y la del pueblo inglés».

Esta explosión produjo el efecto deseado. Lowe se irritó, dio media vuelta y salió. A los ojos de Napoleón ésta era una prueba más de la perversa intención de Lowe. Más tarde Napoleón dijo a Bertrand: «Ese tipo tiene planes siniestros, quizá más siniestros de lo que creemos.» Y señaló a Las Cases: «Enviaron más que un carcelero. Sir Lowe es un verdugo».

Por su parte Lowe dijo a Bertrand: «Fui a verlo decidido a adoptar una actitud conciliadora... Él creó una España imaginaria, y una Polonia imaginaria. Ahora quiere crear una Santa Elena imaginaria.» Muy cierto.

Pero lo que el gobernador no mencionó —porque, naturalmente, no lo sabía— era que Napoleón ya había creado un Hudson Lowe imaginario.

Aunque prisionero de Lowe, Napoleón tenía sin la más mínima duda el carácter más fuerte de los dos, y no tuvo mayor dificultad para conseguir que Lowe representara el papel que le había asignado: el de enemigo astuto, cruel y mezquino.

Se entabló definitivamente el combate. John Cam Hobhouse, miembro del Parlamento, envió a Napoleón un ejemplar de su nueva obra, la reseña de un testigo ocular acerca de la Francia de 1815. Escribió en el libro las palabras «Imperatori Neapoleoni». El gobierno había estipulado que el prisionero de Santa Elena debería ser llamado general Bonaparte, y nada más. Hobhouse no tenía por qué saberlo, y de todos modos estaba dedicando un libro, no hablando con Napoleón. Pero Lowe sabía que Hobhouse y su amigo Byron eran admiradores de Napoleón.

Secuestró el libro.

Una tarde Lowe descubrió a un isleño caminando cerca de Longwood. Montholon había empleado al hombre como servidor de

Napoleón, y técnicamente hubiese debido informar al gobernador. Con este pretexto, Lowe lo arrestó y lo despidió en el acto.

Napoleón ya había gastado un par de zapatos, y pidió a su valet que ordenase la confección de uno nuevo en Jamestown. Marchand llevó uno de los zapatos gastados, y pidió al zapatero que fabricase un par nuevo, con el mismo número e idéntico modelo. En ese momento intervino Lowe. Prohibió al zapatero la fabricación del calzado. Dijo que Napoleón debía entregarle personalmente sus zapatos viejos —una exigencia humillante— y él arreglaría la entrega de un par nuevo. «Usted está clavándonos alfileres —observó Napoleón, no sin satisfacción, y agregó provocadoramente—: Desea impedir que nos fuguemos, y hay un solo modo de lograrlo, que es matarnos».

Entretanto, Napoleón trataba de complacer al almirante Malcolm, que llegó en junio de 1816 como sucesor de Cockburn. Mantuvieron prolongadas y amistosas conversaciones con Malcolm, y la temática abarcó una amplia gama, desde la batalla de St. Vincent a los poemas de Ossian.

Si Malcolm llegaba antes de que Napoleón se vistiese, lo invitaba a sentarse en el sofá del dormitorio. Enviaba su birlocho a lady Malcolm y jugaba ajedrez con ella (Napoleón, que era un mal jugador de ajedrez, perdió la primera partida; esta vez no trampeó). No lo hacía por la belleza de la dama —lady Malcolm era «una cosita achaparrada, algo grotesco pintado sobre un abanico chino», de acuerdo con la versión de madame de Montholon—, sino porque los dos cónyuges eran posibles aliados en lo que a Napoleón realmente le importaba: la batalla.

Los Malcolm estaban encantados. Según afirmaban, era fácil llevarse bien con Bonaparte. Napoleón tuvo buen cuidado de abstenerse de criticar a Lowe, pero se trajeron las conclusiones inevitables, y por su parte Lowe se inquietó mucho ante la posibilidad de que Malcolm lo juzgase desfavorablemente. En su visita siguiente a Longwood fue acompañado por Malcolm, de manera que el almirante viese por sí mismo cómo se comportaba Napoleón frente al gobernador de la isla. Encuentran a Napoleón paseándose por el jardín. Lowe comenzó diciendo que los gastos en Longwood eran muy elevados y había que reducirlos; había intentado comentar el asunto con Bertrand, pero éste se había negado, actitud que resultó irrespetuosa para con el gobernador. Napoleón continuó paseándose por el jardín, sin decir palabra, y durante un momento Lowe pensó que no hablaría. Cuando al fin lo hizo, se dirigió a Malcolm.

«El general Bertrand es un hombre que ha mandado ejércitos, y él lo trata como si fuese un cabo... Nos trata a todos como desertores del regimiento real de corsos. Lo han enviado aquí para que cumpla la función de verdugo. El general Bertrand no desea verlo. Ninguno de nosotros lo desea. Preferimos pasar cuatro días a pan y agua».

—Todo esto me deja por completo indiferente —dijo Lowe—. No busqué este cargo; me lo ofrecieron, y consideré que aceptarlo era un deber sagrado.

—Entonces, si le diesen la orden de asesinarme, ¿usted lo aceptaría? —preguntó Napoleón.

—No, señor.

En este momento Lowe anunció que para ahorrar dinero quizá tuviese que reducir los suministros de alimentos. Napoleón se volvió hacia él. «¿Quién le pidió que me alimentase? ¿Ve ese campamento donde están los soldados? Bien, iré allí y diré: "El soldado más viejo de Europa os pide un lugar a la hora de la comida", y compartiré el alimento que ellos toman».

Napoleón continuó diciendo que la nación inglesa deseaba tratarlo bien, pero sus ministros se comportaban de otro modo; Lowe era un instrumento del odio ciego del secretario de Colonias, lord Bathurst.

«Señor, lord Bathurst no sabe lo que es el odio ciego».

«Yo soy emperador —continuó Napoleón—. Cuando Inglaterra y Europa hayan desaparecido, cuando su nombre y el de lord Bathurst sean olvidados, yo continuaré siendo el emperador Napoleón.» Después, volvió al tema de Bertrand. «Usted no tenía derecho de someterlo a arresto domiciliario; usted nunca mandó ejércitos; usted no fue más que un oficial de Estado Mayor. Había imaginado que sería bien tratado entre los ingleses, pero usted no es inglés.» Lowe se marchó no sin antes decirle a Napoleón que actuaba como un hombre grosero.

Estaba seriamente perturbado a causa del desafío de Napoleón. Redujo todavía más los límites de Longwood, y ordenó que los centinelas que montaban guardia por la noche ocupasen sus posiciones en el jardín a las seis y no a las nueve. Eso significaba que Napoleón ya no podría dar su paseo vespertino favorito sin ver los uniformes rojos.

Napoleón y su entorno gozaban de una buena mesa. Todos los días le llegaban de Jamestown la mejor carne, mantequilla, patos, pavos, botellas de champán. Estaban gastando veinte mil libras anuales cuando en agosto de 1816 Lowe les informó que en el futuro

el gobierno pagaría solamente doce mil libras, y que todo lo que excediera de esa suma debía ser solventado por los franceses.

Napoleón no podía creer que los ingleses cayesen en el absurdo de obligar a un prisionero a pagar los gastos de su propia detención. Pero se equivocaba. El 19 de octubre de 1816 Lowe dijo a Montholon que los fondos franceses en Jamestown estaban agotados, y que las compras futuras debían pagarse con dinero de los bolsillos de los mismos franceses. Era la repetición de Elba, aunque en una forma diferente. Napoleón se irritó mucho, pero ideó un medio de contraatacar a Lowe. Ordenó:

«Rompan con hachas toda mi plata».

Mandó a Marchand que trajese un canasto de vajilla de plata, y le dijo que rompiese las distintas piezas; se usaron martillos, no hachas, después de retirar los escudos de armas y las águilas, de modo que el material no sirviese como trofeo. Así, se llevaron 952 onzas de plata al joyero de Jamestown, que compró el lote al precio de 4 chelines 8 peniques la onza. Hubo dos nuevas ventas, y se procedió a pesar ostentosamente la plata en Jamestown, a la vista de los oficiales ingleses que partían para Inglaterra. «¿Cómo está el emperador?», preguntó uno de ellos a Cipriani. «Más o menos bien. Aunque usted puede imaginar cómo se encuentra una persona que tiene que vender su plata para vivir.» Hudson Lowe se volvió irritado contra Cipriani. «¿Por qué necesitan tanto dinero?» «Para comprar alimentos, excelencia», respondió Cipriani.

«¿Cómo? ¿No tienen bastante? ¿Por qué compran tanta mantequilla, o tantas aves?» Napoleón concluyó el incidente de la plata con una observación digna de Lear: «Después, tendré que vender mis ropas.» Napoleón comprobó que Longwood era un lugar sumamente húmedo; las paredes y el cuero rápidamente aparecían revestidos por una capa verde blancuzca de moho. Se quejó de que no se les suministrara suficiente carbón y leña. Lowe ordenó que se duplicase la cuota de carbón, pero la madera, escasa en Santa Elena, continuaría en el mismo nivel. De nuevo Napoleón aprovechó ventajosamente la ofensa.

Cuando necesitó leña nuevamente, ordenó que utilizaran para hacer fuego una cama y algunos estantes. La noticia se difundió y determinó que el prisionero conquistase nuevas simpatías.

«De todas mis privaciones —afirmó Napoleón—, la más dolorosa, aquella a la cual nunca me acostumbraré, es verme separado de mi esposa y mi hijo.» Muchas veces repitió los versos doloridos que se refieren a Astyanax, en Andromaque:

J'allais, Seigneur, pleurer un moment avec lui.
Je ne l'ai point encoré embrassé aujourd'hui.
(Señor, quería llorar un momento con él.
Hoy todavía no he podido abrazarlo).

El ansia de Napoleón por ver a su hijo llegó a conocerse en Europa, y la firma italiana de Beaggini decidió enviar a Napoleón un busto del rey de Roma. Confiraron el busto a un maestro artillero del mercante Baring, que se dirigía a Santa Elena. Sucedió que el mensajero sufrió un ataque de apoplejía, cayó presa del delirio y entonces reveló el secreto.

Apenas el Baring atacó, entregaron el busto a Lowe.

En circunstancias normales nada impedía que Lowe entregase el busto a Napoleón. Tal como señaló su representante, era mármol, no yeso, y no podía contener un mensaje. Pero durante los últimos meses Napoleón había manipulado las cosas de tal modo que Lowe se veía obligado constantemente, en defensa propia o por otra razón, a proceder o parecer que procedía mezquinalmente. La mezquindad para con su prisionero estaba convirtiéndose en costumbre. Así, Lowe decidió retener el busto, en espera de la llegada de órdenes de lord Bathurst.

Napoleón se enteró. Incluso le dijeron que Lowe se proponía destruir el busto, la imagen de su hijo bienamado. Su cólera fue terrible, e inmediatamente comenzó a editar un folleto que, según dijo, lograría que «a todos los ingleses se les erizaran los cabellos de horror... una narración que conseguiría que las madres inglesas execraran a Lowe como a un monstruo en forma humana». Barry O'Meara, el médico irlandés de Napoleón, antes médico del Bellerophon, que espiaba tanto para Napoleón como para los ingleses, dijo a Lowe que Napoleón se había enterado de la llegada del busto. Lowe comprendió que se vería en dificultades si retenía públicamente el busto, y lo envió a Longwood. El placer que Napoleón sintió al recibir el busto, que colocó sobre la repisa de la chimenea de su dormitorio, de ningún modo suavizó la cólera que sentía contra Lowe. Mirando con afecto la obra, comentó para beneficio de O'Meara: «El hombre que impartió la orden de destruir esa imagen sería capaz, si estuviese en su poder, de hundir un cuchillo en el corazón del original».

A Napoleón le molestaba la costumbre de Lowe de llamarlo general Bonaparte; decía que era «una bofetada en la cara».

Propuso cambiar su nombre por el de coronel Muiron o el de barón Duroc, los dos oficiales por quienes había sentido más afecto. Bathurst prohibió el cambio, probablemente porque el derecho a adoptar un nombre supuesto era privilegio de los soberanos, y el gobierno inglés nunca había reconocido como emperador a Napoleón. Napoleón tomó represalias negándose a responder a ninguna comunicación en que se lo designara como Bonaparte. En definitiva, Lowe fue la víctima de la trama, pues con los ingleses tenía que llamar general Bonaparte a Napoleón, y con los franceses lo designaba como «la persona que reside en Longwood».

Las tácticas de «la persona» comenzaron a desgastar a su carcelero.

Lowe redactaba con mucho esfuerzo cartas complicadas, y tenía que consagrarse horas a afrontar las quejas o las artimañas de Napoleón, y a cubrir página tras página con su escritura grande y nerviosa. Su secretario observó: «Después de haber copiado por lo menos treinta veces las modificaciones de los límites, llegaba a una decisión y la modificaba con la misma frecuencia. Necesitó más de tres semanas y la colaboración de todos para redactar seis líneas.» Se quejaba de que «nadie deseaba ayudarlo. Había algo... en la atmósfera del lugar que contaminaba a todos», y murmuraba entre dientes: «Maldito sea, me las pagará, sí, íme las pagará! No le permitiré que se dé esos aires, que se crea tan condenadamente importante».

Cuando llegaron tres comisionados de los aliados, con la misión de comprobar con sus propios ojos que Napoleón estaba realmente en Santa Elena, las dificultades de Lowe se agravaron. Por ejemplo, Montholon estableció una relación con el comisionado francés, llamado Montchenu, y un día le ofreció unas pocas habas para plantar en su jardín. Como algunas de las habas eran blancas y otras verdes, Lowe, que padecía una total carencia de sentido del humor, olfateó una conspiración.

«No puedo decir si las habas blancas y las habas verdes —escribió a Bathurst—, son una alusión a la bandera blanca de los Borbones y a la librea verde del propio general Bonaparte, y a la de sus servidores de Longwood; pero me parece que el marqués de Montchenu habría estado mejor si hubiese rehusado recibir ninguna de las dos cosas, o se hubiese limitado a pedir sólo las blancas».

Para evitar la humillación de verse seguido por un oficial inglés, Napoleón suspendió sus cabalgatas. La falta de ejercicio y el clima húmedo comenzaron a perjudicar su salud, y durante el tercer año

en Santa Elena Napoleón sufrió a menudo trastornos hepáticos. Esos días, permanecía en su dormitorio. Pero convirtió también su indisposición en arma contra Lowe. Un oficial inglés residía en Longwood, y tenía orden de ver a Napoleón con sus propios ojos dos veces por día. Napoleón se complacía enormemente en dificultar la misión del oficial. Tan pronto entreveía el uniforme rojo en el jardín, Napoleón ordenaba cerrar las persianas.

Después, vigilaba al oficial con su telescopio o su catalejo de campaña de Austerlitz por un agujero en la persiana, y retomaba su rutina sólo después de ver que el oficial se había marchado. Era como una campaña distinta, sin armas, pero en donde cada una de las partes arriesgaba el honor. Un oficial, el capitán Nicholls, se acostumbró a usar un telescopio con el fin de ver a Napoleón. Otro se vio reducido cierto día a espiar a través de la ventana mientras «la persona que reside en Longwood» se estiraba, sumergido en el agua hasta el cuello, en su tina de cobre.

Esto fue demasiado para Napoleón. Saltó fuera de su baño, se abalanzó por la puerta tal como la naturaleza lo había creado, y obligó a huir al avergonzado oficial.

El nuevo sesgo de la batalla aportó cieno interés a los días de Napoleón. Era un cambio comparado con la lectura de los periódicos, un ejercicio que invariablemente lo tristecía. La culminación llegó cuando se mantuvo oculto dos meses enteros. Nadie conseguía verlo. Finalmente, el propio Lowe fue a Longwood, sin saber si Napoleón estaba enfermo, o fingía estar enfermo o incluso, horror de horrores, se había fugado. Vio a Montholon y éste le aseguró que el prisionero continuaba en Longwood.

Informado de la visita de Lowe, Napoleón comentó: «¿Qué desea ese hombre? Emitir todas las mañanas un llanamiento como hacía el carcelero con el hijo de Luis XVI: "Capero, ¿estás ahí?"».

En resumen, a Napoleón le agradaba presentarse en el papel de víctima de la injusticia, muy consciente de que era el amo, y Lowe la víctima. Manipuló de tal modo la tendencia a inquietarse de Lowe, que el gobernador, con el tiempo, descendió a los ardides más bajos.

Encomendó a su ordenanza la tarea de espiar por las ventanas al atardecer y pegar la oreja a los postigos. Dijo a su secretario que «practicaría un orificio en el cielo raso, si él no aparecía, y enviaría gente que espiese y lo vigilara». Cierta vez en que Napoleón estaba muy enfermo en cama, el capitán Nicholls, por consideración al enfermo llamó discretamente a la puerta de Longwood, y Lowe lo

reprendió agriamente: en el futuro debería llamar como lo hacía en otra puerta cualquiera.

En octubre de 1819 llegó la primavera a Santa Elena, y Napoleón comenzó a sentir la necesidad de salir. Decidió cambiar su táctica de combate. Frente a la casa había un jardincito. Napoleón anunció que lo convertiría en un amplio jardín. La norma era que los centinelas nocturnos debían apostarse en los límites del jardín, que por el momento se extendía hasta doce metros de la casa. ¿Y si esos límites se extendían hasta los veinticuatro metros? Napoleón no sólo ganaba territorio, sino que obligaba a retroceder a los espías de Lowe.

Napoleón comenzó a levantarse todas las mañanas a las cinco y media, se ponía una liviana camisa de algodón y pantalones, chinelas rojas y un sombrero de paja de ala ancha y arrojaba un terrón de tierra a la ventana de uno de sus valets. «¡Alí! ¡Alí! ¿Aún duermes?» Despues, entonaba la primera línea de un aria muy conocida: «Dormirás mejor cuando regreses a casa.» Parpadeando, Alí abría la ventana. «Vamos, perezoso —decía Napoleón—. ¿No ves el sol?» Otras mañanas modificaba el ritual y entonaba con burlona solemnidad: «¡Alí! ¡Alí! ¡Oh! ¡Allah! Alborea el día».

Pronto la casa entera estaba afuera, en el jardín. Napoleón distribuía picos, azadas, palas, carretillas y regaderas. Él mismo trabajaba con una pala, limpiando el nuevo terreno, preparándolo para plantar y agregando abono. En Ajaccio, hacía mucho tiempo, había plantado moreras; ahora eran naranjos y otros frutales, y utilizaba cuadrillas de chinos para trasplantarlos. Algunos días dejaba la pala y dirigía las operaciones, siempre tocado con un sombrero de paja, apoyado en un bastón o un palo de billar.

Como observó el ordenanza el 26 de diciembre de 1819: «Esta tarde vi al general Bonaparte en uno de sus jardincitos, y estaba ataviado con su bata. Incluso hoy, aunque es sábado, están trasplantando melocotoneros que todavía tienen fruto. Han estado trasplantando robles jóvenes con todo su follaje, y los árboles probablemente sobrevivirán, pero las hojas caen como si fuera otoño».

En efecto, los robles sobrevivieron, dos hileras frente a las ventanas de la biblioteca, un conjunto de veinticuatro. Napoleón también construyó dos estanques decorativos, uno revestido con piedra y el otro con madera, a los que llevó agua por medio de cañerías. Si abría un grifo, podía conseguir a voluntad que de los surtidores brotase agua. No eran precisamente las Grandes Eaux de Fontainebleau, pero en el ingrato terreno de Santa Elena, ese jardín

amplio y umbrío era un éxito, y Napoleón lo defendía celosamente, no sólo de los centinelas nocturnos, que ahora habían retrocedido a veinticuatro metros, sino de los animales vagabundos. Con éstos Napoleón no mostró compasión. Mató una cabra, tres gallinas y un buey que en diferentes ocasiones habían entrado en el nuevo territorio tan apreciado por él.

En su jardín, Napoleón puso a prueba las teorías acerca de las defensas en combate y la profundidad de la formación de tropas. Era un tema favorito de conversación entre él y Bertrand, y Napoleón a veces se levantaba hasta siete veces en una noche para garabatear ideas nuevas, a medida que las concebía. Un día ideó un sistema para distribuir las filas de hombres a lo largo de túmulos escalonados. Bertrand no creía que eso funcionara, y entonces Napoleón ordenó formar una pendiente en el jardín, y llamó a un valet. «Venga aquí, Noverraz; usted es el más alto, póngase allí; y ustedes vengan aquí.» Después de haber distribuido a sus servidores de acuerdo con la estatura sobre la pendiente, se colocó detrás, y dijo: «Yo, que soy el más bajo, estaré en último lugar.» Entonces, levantó una vara y apuntó sobre las cabezas de los demás, y exclamó triunfante dirigiéndose a Bertrand: «Bien, ahora, ¿ve cómo disparé sobre la cabeza de Noverraz?».

Napoleón volvía a ser el comandante en jefe, consciente del poder que ejercía en su propio territorio, pequeño pero ensanchado, comprometido constantemente en esa batalla con Lowe que confería sentido a su existencia por lo demás vacía. Decidió que no se dejaría ver, de modo que el gobernador creyese que estaba gravemente enfermo o incluso moribundo; y en otras ocasiones, con un centelleo jubiloso en los ojos, enviaba a Montholon o a Bertrand, a quienes encargaba formular otro reproche al «verdugo».

Así, Napoleón conseguía pasar los meses de su exilio, vigilado en medio del océano por 2.280 soldados, de los cuales quinientos eran oficiales; por dos bergantines que patrullaban constantemente la accidentada costa; por quinientos cañones, con un toque de queda aplicado por la noche. En el centro de esta vasta red se encontraba Hudson Lowe, en Plantation House. De acuerdo con el comisionado ruso, «sus responsabilidades lo ahogan, le provocan temblor, se atemoriza de todo, se devana los sesos por pequeñeces». Su mirada se volvía constantemente hacia la señal luminosa que hora por hora transmitía desde Longwood una serie de señales secretas: el general Bonaparte está bien; el general Bonaparte no se siente bien; el general Bonaparte ha salido con la debida compañía, y atravesó el

cordón de centinelas; y así por el estilo, hasta la última señal, una bandera azul, la que inspiraba un permanente temor a Lowe: el general Bonaparte ha desaparecido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El fin

Durante sus cinco años y medio en Santa Elena, y hasta la última enfermedad, Napoleón mantuvo incólume su espíritu. Odiaba a la isla bautizada con el nombre de la mujer que había encontrado la verdadera Cruz, pero nunca se entregó a la desesperación. Le agradaaba decir que su cuerpo podía estar prisionero, pero su alma se mantenía libre. Ciertamente, tenía motivos de pesar —por ejemplo, haber perdido la batalla de Waterloo, y no haber muerto en un momento culminante de su carrera—, pero el pesar nunca fue su estado de ánimo principal. Sus pensamientos, si llegaban a manifestarse en la conversación, eran claros, tajantes y concretos. Aún conseguía, sobre ese peñón olvidado, ser él mismo. Cuando su uniforme verde oscuro de coronel perdió el color a causa del sol tropical, rehusó que le confeccionaran uno nuevo con la única tela disponible, un feo verde con un matiz amarillento; en cambio, ordenó que la diesen vuelta al viejo y deshilachado uniforme, y lo usó orgulosamente de ese modo.

Su permanente fuerza moral, que se expresaba en la lucha con Lowe, estaba formada en parte por un sentimiento de esperanza. Napoleón continuaba abrigando la esperanza de que un nuevo gobierno asumiría el poder en Inglaterra y lo liberaría. Proyectaba viajar a América, y cuando prevalecía el entusiasmo, se veía dirigiendo la lucha por la independencia que entonces se libraba en Venezuela, Chile y Perú. «Convertiré a América Latina en un gran imperio.» El otro ingrediente de la fuerza de Napoleón era la convicción de que sus realizaciones en Francia perdurarían, y de que sus principios, con el tiempo, lograrían imponerse. Esta convicción se expresaba en sus escritos, pues los años vividos en Santa Elena fueron años de creación.

Napoleón dictó allí libros enteros acerca de sus campañas; también analizó los episodios fundamentales de su vida con los

amigos, que lo anotaban todo; leía publicaciones acerca de su reinado a medida que aparecían, y corregía errores. Consideraba importante esa tarea de rectificación. Libraba una batalla permanente para preservar los hechos, según él los veía, y sus intenciones, según las recordaba. Deseaba pasar sin deformaciones a la historia.

Napoleón escribió con especial afecto acerca de Egipto. Lamentaba haber abandonado ese país, «la clave geográfica del mundo», y renunciado a lo que retrospectivamente parecía una carrera posible como emperador del Este. Sentía que podría haber alcanzado más éxito en ese papel. Quizá no se equivocaba, porque se destacaba cuando era necesario atraer personalmente a la gente; y por otro lado, la importancia que asignaba a la familia, y el aspecto conservador de su pensamiento habrían hallado eco en Oriente. Allí podría haber organizado un Estado que reflejase los mejores elementos del pasado y que se defendiera mejor de los cambios sociales que son consecuencia del progreso tecnológico.

Por lo menos, eso era lo que le agradaba creer.

En Europa, los hechos habían tomado el sesgo previsto exactamente por Napoleón. Rusia y Prusia habían engullido a Polonia, Austria estaba de nuevo en Italia septentrional, y los Borbones en Nápoles. En Roma, Pío VII había restablecido el índice y la Inquisición. En Inglaterra, una multitud reunida para escuchar discursos acerca de la reforma parlamentaria soportó la carga de la milicia; hubo once muertos y más de quinientos heridos, y la ironía de llamar al lugar Peterloo! También los franceses habían atrasado una generación el reloj, y en 1820 se aprobó la ley que asignaba dos votos en lugar de uno a los electores acaudalados.

La reacción de Napoleón fue doble. En primer lugar, destacó que aún persistía su obra constructiva: el Código Civil, los caminos alpinos, los diques de Cherburgo y Amberes, y muchas otras cosas. Cuando los Borbones retornaron a Nápoles, se apresuraron a examinar las mejoras incorporadas a sus palacios por los franceses. Se dice que uno de los jóvenes príncipes dijo al rey, después de admirar la elegante villa de Portíci:

«Padre, ojalá hubiéramos permanecido ausentes diez años más.» La segunda reacción de Napoleón frente a los ultraconservadores de Europa fue una actitud de serena confianza. Estaba seguro de que los derechos del hombre con el tiempo prevalecerían, incluso en los países gobernados por monarquías absolutas; y también de que los italianos y los alemanes alcanzarían la unidad nacional. Depositaba grandes esperanzas en su hijo, y creía que llegaría el momento en

que los franceses lo llamarían a ocupar el trono. En la paz, Napoleón II aplicaría los principios que su padre había impuesto con la espada. Deseaba que Joseph y Lucien ayudasen a su hijo. Joseph, que vivía en Estados Unidos, debía desposar a sus hijas con descendientes de Washington o de Jefferson, y después retornar a Europa; Lucien tenía que casar a sus hijos con miembros de las familias principescas de Roma, con la esperanza de que un día produciría un cardenal o un papa que sería útil para el joven Napoleón. Aunque parezca extraño, uno de los nietos de Lucien en efecto se convirtió en cardenal. Pero la principal esperanza de Napoleón naufragaría a causa de la mala salud del joven Napoleón, que había heredado la tendencia de su madre a la consunción, y que falleció en 1832 a la edad de veintiún años.

Napoleón también era optimista en el área de la política mundial.

Predijo que India y todas las colonias inglesas conquistarían la independencia. «El sistema colonial está acabado.» En Santa Elena tuvo un conocimiento directo del problema del color, y aunque advirtió sus dificultades, pensaba que podía ser resuelto permitiendo que cada hombre tuviese dos esposas, con la condición de que fuesen de diferente color. «Los hijos de ambas, criados bajo el mismo techo, y sobre la misma base, desde la infancia aprenderán a verse como iguales, y en los vínculos del parentesco a olvidar las diferencias de color.» Rusia continuaba siendo el único temor de Napoleón. «Si Rusia organiza a Polonia —dijo a lord Amherst—, será imparable».

Napoleón se encontraba en una posición especial, porque había acumulado una amplia experiencia, tenía una mediana edad, y por lo tanto no se le había agriado el carácter, y disponía de tiempo para madurar sus opiniones acerca de muchos temas. A propósito de la guerra, podía ofrecer escasas conclusiones generales: «He librado sesenta batallas, y le aseguro que en ninguna de ellas he aprendido nada que no supiera en la primera.» Esta afirmación ilustra la idea de que se perdió Waterloo porque la táctica de Napoleón continuó siendo la misma, y ya era conocida por sus antagonistas.

Acerca de Inglaterra tenía mucho que decir. Consideraba que los ingleses eran el pueblo más valeroso de Europa, y su Parlamento «una excelente institución, lo único que sobrevivirá en su régimen actual».

Pero después de leer a Hume llegó a la conclusión de que era «una raza feroz». «Recuerden que Enrique VIII desposó a lady Seymour al día siguiente de la decapitación de Ana Bolena. Jamás

habríamos hecho una cosa semejante en Francia. Nerón nunca cometió tales crímenes. ¡Y la reina María!» Sin duda recordaba a Barrow y sus lecturas tempranas.

Finalmente, de un aspecto del modo de vida inglés Napoleón dijo lo siguiente: «Si yo fuese una mujer inglesa, me sentiría muy desconcertada al verme obligada por los hombres a esperar dos o tres horas mientras ellos beben su vino».

Las mujeres figuraban a menudo en la conversación de Napoleón.

Hablaban sin rodeos de sus amantes, y un día las contó, utilizando los dedos, para beneficio de Bertrand: un total de siete. Decía que el amor y los sentimientos monógamos no eran naturales, sino un producto de la sociedad, lo mismo que las formas de matrimonio: «Los judíos y los atenienses desposaban a sus hermanas.» Por naturaleza, las mujeres no eran mojigatas. La primera noche que se acostó con él, María Luisa había dicho: «Hazlo de nuevo.» Cuando en Pablo y Virginia la náufraga Virginia dice que prefiere ahogarse antes que quitarse el vestido y revelar su busto, eso era una tontería inventada. Aprobaba el hecho de que María Luisa nunca había leído novelas: las novelas, especialmente las que son escritas por mujeres, falsificaban la vida, porque asignaban excesivo lugar al amor.

Napoleón gozó en Santa Elena de la compañía de dos damas francesas, ambas esposas de sus oficiales. La mayor, Albine de Montholon, se había casado tres veces; tenía un rostro bonito y vivaz, le agradaba coquetear, y complacía a Napoleón cantando al piano canciones italianas.

La más joven, Fanny Bertrand, era noble, y pertenecía a la distinguida familia francoirlandesa de Dillon. Fanny estaba al comienzo de la treintena, y era distinguida más que bella, con un rostro largo y fino y grandes ojos oscuros. Tenía un aire digno, y era más reservada que Albine, el secretario de Lowe la apodaba «madame Desdeñosa», pero poseía un corazón bondadoso y el don de conciliar las disputas. A Napoleón le agradaba conversar con ambas. Cuando entraban en la sala, él se ponía de pie y se descubría; cuando una cualquiera de ellas estaba enferma, la visitaba diariamente. A Albine le habría agrado conquistar a Napoleón, y cierto día comentó con ojos tiernos: «Algunos hombres de cuarenta y ocho años todavía se comportan como jóvenes», a lo cual Napoleón replicó: «Sí, pero no han tenido que soportar tantos pesares como yo.» La mala salud obligó a Albine a regresar a Europa en 1819, y Fanny Bertrand fue, de este modo, la única mujer en el horizonte de Napoleón.

Significaba mucho para él. Sabía conversar, y escuchaba con simpatía; educaba a sus hijos con la mezcla apropiada de disciplina y amor, una cualidad estimada por Napoleón. A él le agradaba la compañía de esta mujer y de sus hijos, les enseñaba los números romanos utilizando la esfera de su propio reloj, y ofrecía un premio a quien aprendiese la tabla de Pitágoras. No amaba a Fanny, pero le parecía atractiva, en su condición de dama civilizada, de madre y también de esposa fiel, un recordatorio agridulce de lo que podía ser la felicidad conyugal.

Napoleón hablaba con frecuencia de religión. A veces leía en voz alta la Biblia y asentía, aprobador, cuando tropezaba con un detalle topográfico que, según sabía por experiencia, era precisamente así. De los Evangelios decía: «Muy hermosas parábolas, excelente enseñanza moral, pero pocos hechos.» Su mente reclamaba hechos; sólo los hechos podían aportarle pruebas. «Jesús hubiera debido realizar sus milagros, no en lugares lejanos de Siria, en presencia de unos pocos cuya buena fe podría cuestionarse, sino en una ciudad como Roma, frente a la población entera».

Cuando adoptaba esta actitud, Napoleón se complacía en escandalizar a Gourgaud, que era un buen católico, un «hijo de mamá». «Diga lo que quiera —observó Napoleón al joven oficial—, todo es materia, más o menos organizada.» ¿El alma? Una especie de fuerza eléctrica o magnética, y después, exageraba para alarma de Gourgaud: «Si considerase necesario tener una religión, veneraría al Sol, la fuente de toda vida, el auténtico Dios de la tierra.» Si Cristo fuese Dios, el hecho sería evidente, como el sol en el cielo. De todos modos, el materialismo no alcanzaba a satisfacer a Napoleón. «Sólo un loco puede declarar que morirá sin confesor. Hay tanto que uno no sabe, que uno no puede explicar».

Napoleón quería saber. En los viejos tiempos había mantenido algunas charlas útiles con el obispo Fournier acerca de dos doctrinas cuya aceptación le parecía difícil: el infierno y «la imposibilidad de salvarse fuera de la Iglesia». Inquieto, Napoleón deseaba mantener más discusiones al respecto. El 22 de marzo de 1818 indujo a Bertrand a escribir al cardenal Fesch: «Todos los días he sentido la necesidad de contar con algún sacerdote. Usted es nuestro obispo. Deseamos que nos envíe un sacerdote francés o italiano. Elija a un hombre educado, menor de cuarenta años, de carácter llevadero, y que no aliente prejuicios contra los principios galicanos.» También pidió un médico francés de buena reputación y un chef.

Napoleón tuvo que esperar un año y medio antes de ver los resultados de esta carta. Contaba con que Fesch actuaría concienzudamente. Sin duda imaginaba un santo sacerdote de la jerarquía de Fournier o Emery, y un médico tan sagaz como Corvisart. Unidos, ambos le aportarían la paz mental y la salud del cuerpo. Pero la realidad fue muy distinta. El 21 de septiembre de 1819 fueron llevados a la presencia de Napoleón dos sacerdotes corsos, uno al final de la sesentena, chocheante y, como resultado de un ataque, casi incapaz de hablar; el otro, un joven que poseía cieno conocimiento de medicina, pero leía y escribía dificultosamente.

Con respecto al «doctor», Fesch había enviado a un corso de treinta años, un ayudante de disecciones llamado Amommarchi, que hasta ese momento, como él dijo, «había tratado únicamente con cadáveres».

Napoleón se sintió terriblemente decepcionado. «El anciano sacerdote —dijo a Bertrand—, sirve únicamente para decir misa. El joven es un estudiante. Es ridículo llamarlo doctor. Estudió medicina cuatro años en Roma; es un estudiante de medicina, no un médico. Antommarchi dictó algunas clases, pero nunca practicó. Tal vez sea un excelente profesor de anatomía, como Cuvier lo es de historia natural y Berthollet de química, y pese a todo ser muy mal médico.» Un diagnóstico por desgracia totalmente acertado.

¿Qué había sucedido? Fesch vivía en Roma, y atendía a la madre de Napoleón. A medida que envejeció, madame Mere, lo mismo que todos sus hijos excepto Napoleón y Pauline, adoptó una actitud cada vez más religiosa. Ella, y en menor grado Fesch, habían caído bajo la influencia de una visionaria austriaca residente en Roma, cierta madame Kleinmuller.

Esta mujer afirmaba que veía diariamente a la Virgen Bendita. Decía que también veía otras cosas. Habían circulado rumores en el sentido de que Napoleón se había fugado de Santa Elena, y cierto día madame Kleinmuller anunció a la madre de Napoleón que durante una visión, en efecto, ella había visto a Napoleón transportado lejos del exilio por varios ángeles. Madame Mere, cuyas facultades críticas se habían debilitado en la ancianidad, creyó en la buena nueva. Lo mismo le sucedió a Fesch. El cardenal escribió a Las Cases, que entonces residía en Europa, el 31 de julio de 1819: «Aunque los diarios y los ingleses continúan afirmando que él (Napoleón) aún está en Santa Elena, tenemos motivos para creer que salió de esa isla. Si bien no sabemos dónde está, ni cuándo se mostrará, disponemos de pruebas suficientes para persistir en nuestra creencia... No cabe duda

de que el carcelero de Santa Elena obliga al conde Bertrand a escribir las cartas que usted recibe como si Napoleón aún fuese su prisionero.» Fesch había enviado a Santa Elena a un grupo de hombres de nivel tan inferior porque creía que eran escasas las posibilidades de que al terminar su viaje encontrasen a Napoleón.

Napoleón trató de arreglarse lo mejor que pudo. Convirtió su comedor en capilla, y oía misa todos los domingos. Cierta vez comentó:

«Abrigo la esperanza de que el Santo Padre no tendrá motivos para criticarnos. De nuevo somos cristianos.» Pero nunca pudo mantener esas interesantes charlas acerca de las verdades esenciales. Como veremos, el médico no le prestó ninguna ayuda. Sólo el cheffue un agregado útil a Longwood. Es característico que Pauline fuese quien insistió en enviar a Napoleón el chefque ella utilizaba, es decir Chandelier; y este hombre preparó para el emperador exiliado postres deliciosos, por ejemplo rodajas de plátanos empapadas en ron.

Después de la conversación, la lectura continuó siendo el placer principal de Napoleón. Aunque los periódicos más recientes lo deprimían, le agradaban los más antiguos, con los bordes amarillentos, los que ya estaban convirtiéndose en historia, y a menudo se sumergía en una colección encuadrada del Moniteur. Le agradaba leer la crónica de sus campañas, y aún se emocionaba con las primeras batallas. Como de costumbre, leía mucha historia, y en el confinamiento de María, reina de los escoceses, halló ciertas analogías con su propio infortunio, «¡qué falsa la actitud de Isabel que no la condenó a muerte!». Napoleón afirmaba que la historia debía explicar los motivos, y criticó a Tácito porque representaba a Nerón como un ser maligno, que carecía de razones para explicar su conducta. «No creo que Nerón incendiase Roma.

¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Qué placer podía obtener de eso? Roma comenzó a quemarse, y en ese momento es posible que Nerón recogiese distraídamente una flauta. ¡Pero ciertamente no tomó esa flauta porque lo complaciera el fuego!».

El libro releído con más frecuencia por Napoleón era Pablo y Virginia, del mismo autor que una obra favorita de su juventud, La Chaumière Indienne. Es una novela acerca de un varón y una niña, hijos de colonos franceses pobres, que crecen en la isla de Mauricio, se enamoran, se ven separados cuando la joven va a completar su educación en Francia, y finalmente se separan para siempre cuando, al regresar a Mauricio, la joven se ahoga en un naufragio. Napoleón

había leído la novela en su juventud, pero ahora ordenó que se la leyesen completa o en parte varias veces, y dijo que el texto hablaba a su propia alma.

Napoleón percibió fallas en el argumento. Sabía que estos presuntos hijos de la naturaleza poseían una pequeña propiedad; incluso calculó que la madre de Virginia seguramente recibía un ingreso anual de tres mil francos. De todos modos, la novela encantaba a Napoleón, y no es difícil comprender la razón. Mauricio, en el Océano Índico, era un lugar fértil y bello, y estaba favorecido por el clima; era todo lo que Santa Elena jamás sería. Pablo plantando papayas era una versión más feliz del propio Napoleón, que había plantado moreras en Ajaccio y robles en Longwood. Virginia era Josefina en Martinica. Los principales personajes eran humanos, cálidos y generosos. El amor representaba un papel importante en la vida de esta gente, exactamente como en la existencia de Napoleón. Pero el amor terminaba trágicamente. Napoleón había escrito acerca de un amor que terminaba precisamente así, veinticinco años antes, en Clisson et Eugenio-, y dos veces, en la vida real, su narración se había convertido en hechos reales. Hacia el fin, a semejanza de Pablo, estaba solo y agobiado por el dolor. Porque resumía algunos de los temas principales de su propia vida, y los elevaba al plano de un idilio en una isla más agradable y lejana, Pablo y Virginia fue el libro favorito de Napoleón en Santa Elena.

La alternancia de la lluvia y el viento árido que barrían esta roca en el Atlántico no era conveniente para Napoleón. Durante los dos primeros años en la isla su salud fue bastante buena, pero después comenzó a sufrir una serie de dolencias de menor importancia. A causa de las restricciones impuestas a sus cabalgatas, vivía una vida de encierro, y esta situación le provocó trastornos hepáticos. En enero de 1819 sufrió un súbito ataque de vértigo, y fue necesario llamar al cirujano naval John Stokoe, quien diagnosticó hepatitis. ¿Era peligrosa? Tal fue la pregunta de Napoleón. Stokoe dijo que el hígado podía supurar: «Si estalla en la cavidad del estómago, sobrevendrá la muerte.» Cerrando con fuerza su mano, Napoleón dijo: «Yo habría vivido hasta los ochenta años si no me hubiesen traído a este perverso lugar».

Lowe miró con desagrado el diagnóstico de Stokoe, que confirmaba la tesis de Napoleón en el sentido de que el clima de Santa Elena era insalubre, y también le desagradó la actitud de

simpatía del cirujano hacia el prisionero. Ordenó que formasen una corte marcial para Stokoe y lo expulsó del servicio.

Napoleón continuó ocho meses sin médico, y por supuesto rehusó aceptar ninguno de los que Lowe elegía. Entonces llegó Anrommarchi.

«Creo en el médico, no en la medicina», dijo cierta vez Napoleón, y desde el comienzo mismo no creyó en Anrommarchi. Por una parte, el airoso y juvenil corso parecía demasiado complacido consigo mismo, pero además exhibía una actitud de cínica burla frente a la vida, y eso era algo que Napoleón nunca había podido soportar.

En julio de 1820 Napoleón enfermó nuevamente. Esta vez tuvo náuseas severas y un dolor en el costado derecho, «como golpes asentados con un cortaplumas». Aunque Bertrand consideró que la enfermedad no guardaba ninguna relación con la antigua molestia, Anrommarchi diagnosticó airosamente un caso de hepatitis, ordenó mucho ejercicio y le administró un elevado número de enemas. Napoleón no respondió al tratamiento. Más aún, perdió peso. No era broma enfermar en una isla remota, a ocho mil kilómetros de su esposa y de su hijo. Napoleón comenzó a sentirse terriblemente solo y terriblemente triste.

Cuando los niños Bertrand crecieron, Fanny llegó a la conclusión de que debían recibir educación europea. Convenció al marido de que sería buena idea que ella y los niños retornaran a Europa, y después regresaran para continuar atendiendo a Napoleón. Cuando conoció el plan de Fanny, Napoleón se sintió profundamente afectado. Sus conversaciones con Fanny habían significado mucho para él. La creía una amiga fiel. Pero en realidad no era tal cosa. Estaba abandonándolo en un doble sentido: lo abandonaba como emperador, y lo abandonaba como hombre. Por supuesto, Napoleón no era lo bastante bueno para ella. En la atmósfera tensa de Longwood, y en momentos en que su salud ya estaba deteriorándose. Napoleón consideró que el proyecto de viaje de Fanny era una afrenta a su propia virilidad.

A partir de ese momento, Napoleón comenzó a organizar una fantasía irracional. Llegó a la conclusión de que Fanny no era lo que parecía.

Ese digno retoño de la familia Dillon en realidad era «una prostituta, una mujer caída en el deshonor, que se acostaba con todos los oficiales ingleses que frecuentaban su casa... la mujer más degradada». La idea lo obsesionó tanto que llegó al extremo de hablar del tema con Bertrand:

«Usted debió haber convertido a su esposa en prostituta.» Agregó que él había estado pensando en la posibilidad de acostarse con Fanny. Pero ahora ella salía del cuadro, y Napoleón dio a entender que le deseaba buen viaje.

Todo esto era fantasía, la reacción de una imaginación terriblemente afectada por la soledad, de una virilidad humillada de un modo aplastante. La misma fantasía se manifestaba en otros pequeños aspectos: por ejemplo, cuando hablaba de Désirée Clary, Napoleón se vanagloriaba ante Bertrand de que él había «tomado» la doncellez de la joven: una pretensión desmentida por todos los daros disponibles, y otra vez afirmó que en 1805 hubiera debido decapitar a todos los miembros de la oposición.

Eran las vanaglorias mezquinas pero comprensibles de un hombre a quien se había despojado completamente de todo lo que significara poder.

En enero de 1821 Napoleón ordenó instalar un columpio en la sala de billares, pero esta ingeniosa máquina no le devolvió la salud. Los vómitos continuaron y el dolor empeoró; ahora Napoleón lo comparaba con una navaja.

A comienzos de febrero, Napoleón no podía retener ni siquiera las comidas más livianas preparadas por Chandelier. Tomaba sopa, arruruz y jalea; y poco a poco su rostro se fue demacrando.

El 17 de marzo Napoleón salió para dar lo que sería su último paseo en carruaje; al regreso vomitó y se acostó. Anrommarchi, que dedicaba gran parte de su tiempo a cabalgar o charlar en Jamesrown, al parecer siempre estaba ausente cuando sobrevenía una crisis. Cuando regresaba examinaba a Napoleón, que entonces estaba un poco mejor, y anunciaba animosamente: «El pulso es normal.» Ni siquiera ahora Montholon pudo convencer a Anrommarchi de que el emperador estaba muy enfermo; en su mente estrecha, el matasanos creía que Napoleón y Montholon estaban «fingiendo», con el fin de que el gobierno inglés los devolviese a Europa.

Napoleón continuó sintiéndose enfermo y vomitando, mientras luchaba tenazmente para recuperar la salud. El 22 de marzo Anrommarchi llegó a la conclusión de que la causa podía ser una gastritis aguda. Prescribió dos dosis de emético tartárico. Era una medicina muy fuerte para un hombre como Napoleón, que comentaría más tarde: «Mi organismo se parece a un elefante. Uno puede conducirlo con un cordel, pero no con una soga.» El emético

provocó tal sufrimiento a Napoleón que rodaba por el suelo gimiendo.

A partir de ese momento Napoleón perdió por completo la confianza en Anrommarchi, y se negó a recibir su medicación. Solía decir que los babilónicos habían adoptado la actitud más apropiada en relación con la curación: si alguien enfermaba, lo sacaban a la puerta principal de la casa, y todos los transeúntes tenían que formular su opinión, y si alguno había padecido la misma enfermedad o dolencia, debía decir lo que le había permitido curarla. «De este modo tenían la certeza de evitar los remedios que habrían sido fatales».

Entretanto, Hudson Lowe merodeaba por allí. Aprovechó el desconcierto que reinaba en el entorno de Napoleón para entrar en la casa de los Bertrand, y allí arrancó del sofá un pedazo de tela, y lo llevó en triunfo a su propia esposa, «para mostrarle la suciedad bestial que allí se toleraba». Ahora que Napoleón estaba acostado, el oficial de turno no podía verlo, y Lowe declaró que si Napoleón continuaba negándose a aparecer, sería necesario forzar la puerta. Bertrand pensó que el mejor modo de satisfacer a Lowe era llamar a otro médico. La elección recayó en el doctor Arnott, un escocés de cuarenta y nueve años, cirujano del 20.º regimiento.

Arnott practicó su examen el 2 de abril y dijo a Lowe que la enfermedad, fuera la que fuese, no era grave. Lowe dedujo de este informe «que era una enfermedad de la mente, no del cuerpo, el reflejo de su descortés conducta aquí, y de la conducta que había mostrado frente al gobernador». De acuerdo con su ayudante de campo, Lowe «agregó con la mueca de un tirano: "Si una persona entrase allí y provocase un gran alboroto lo más probable sería que lo reviviese!"».

Napoleón continuó padeciendo dolores muy agudos en el costado.

Los vómitos lo convencieron de que había algo que estaba muy mal en su estómago. Siempre había comido moderadamente, y nunca había sufrido del estómago. Pero su padre había muerto de cáncer de estómago, y Napoleón suponía que el cáncer podía ser hereditario. Preguntó discretamente a Arnott si había algo mal en su píloro, la abertura que comunica el estómago con el duodeno. Arnott replicó que como el píloro está bajo el hígado, no había modo de saberlo.

De todos modos. Napoleón se sintió cada vez más seguro de que tenía cáncer, y de que había pocas posibilidades de curación. Pero era un asunto de honor disputar cada centímetro de terreno. «No

temo morir —dijo a Bertrand—, lo único que temo es que los ingleses se apoderarán de mi cuerpo y lo depositarán en la Abadía de Westminster.» Aún veía la vida como un combate, y por lo tanto consideraba a su cuerpo un posible trofeo homérico.

Cuando percibieron la gravedad de la enfermedad de Napoleón los habitantes de Longwood comenzaron a sentirse cada vez más deprimidos. Los servidores, con quienes Napoleón siempre se había mostrado tan considerado, caminaban de un lado para otro pálidos y cariacontecidos, y por su parte Bertrand y Montholon hablaban constantemente, en voz baja, de lo que podían hacer con el fin de ayudar al hombre que era su amigo más querido.

Pese al dolor y a las consiguientes sudoraciones, que en ocasiones obligaban a cambiarle la ropa de cama siete veces durante la noche, Napoleón continuó interesándose por los hechos, y sobre todo por los de carácter histórico. Después de pasar una mala noche, el 3 de abril, dijo que se sentía «como si le hubiesen puesto sobre la espalda la camisa de Dejanira», y después pidió a Bertrand que buscase en un diccionario clásico algunos daros suplementarios acerca de dicha camisa. Otra vez le dieron un trago de genciana, y preguntó si en tiempos de Hipócrates la genciana era conocida.

El 9 me un mal día. Arnott volvió a examinarlo, y confirmó sus sospechas en el sentido de que el lugar de la enfermedad era el estómago.

Napoleón necesitaba que alguien estuviese con él durante la noche para cambiarle la ropa de cama, y se habló con Anrommarchi. Bertrand preguntó al corso si estaba dispuesto a turnarse con Montholon, Marchand y el propio Bertrand, para cuidar de Napoleón. Era una petición razonable, pues Anrommarchi recibía nueve mil francos anuales. Pero se negó. Era una tarea muy fatigosa, y el cansancio perjudicaría la precisión de su juicio. Cuando se enteró, Napoleón se sintió colérico. «Estoy redactando mi testamento, y todo lo que le legaré será la suma de veinte francos. Con eso puede comprarse una cuerda y ahorrarse.» Cuando comprendió que la enfermedad de Napoleón era grave, madame Bertrand decidió suspender su partida. Pero a los ojos de Napoleón ella continuaba siendo una desertora, y no quiso permitirle que entrase en su habitación. A medida que se debilitó y que se le enturbió la conciencia, llegó a convencerse de que había pedido a Fanny que fuese su amante y de que ella se había negado. Fanny se convirtió en el símbolo de la vida que se le negaba a Napoleón, y del placer sexual que era una expresión de la vida. Así como imaginaba a Fanny

acostándose en la zanja con todos los oficiales ingleses que pasaban, también asociaba a Anrommarchi, la otra persona que lo había abandonado, con la promiscuidad sexual. Anrommarchi había atendido a Fanny Bertrand durante una indisposición reciente, y Napoleón tuvo una pesadilla en la cual fantaseó con esas dos criaturas que vivían intensamente y conspiraban contra él, y que se proponían privarlo de la vida. Dijo de Anrommarchi:

«Jamás le perdonaré haber atendido a una mujer que rehusó ser mi amante, así como haberla alentado a que continuara negándose».

El 13 de abril, después de haber guardado cama casi cuatro semanas, Napoleón comenzó a redactar su testamento. En primer lugar, garabateó notas, salpicando las hojas con gotas de tinta. Después, dictó su testamento a Montholon. Compuso varios borradores durante un período de tres días.

Napoleón comenzó diciendo que moría en la religión apostólica romana, en cuyo seno había nacido. Su deseo era que sus cenizas descansaran a orillas del Sena, «en medio del pueblo francés, a quien tanto he amado». La palabra «cenizas» era un eco de los guerreros homéricos, ya que no había pensado en la posibilidad de que lo incinerasen. Declaró que siempre se había sentido complacido por su muy querida esposa, y le rogaba que cuidase de su hijo, el cual «debe adoptar mi lema: "Todo por el pueblo francés"». Napoleón hablaba con agradecimiento de su «buena y muy excelente madre», y de otros miembros de su familia.

Perdonaba a Louis haber publicado una historia de su reinado en Holanda «colmada de falsas afirmaciones y documentos falsificados».

También perdonaba a los generales y los estadistas que habían capitulado traicioneramente en 1814 y 1815. Pero había un grupo de personas a las que su sangre corsa ni siquiera entonces le permitía perdonarlas. «Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su verdugo a sueldo: la nación inglesa no tardará en vengarme».

Napoleón poseía poco más de siete millones y medio de francos, que estaban seguros en un banco francés. Dejaba a su hijo sus armas, las monturas, las espuelas, los libros y la ropa blanca, pero en armonía con la tradición real, no le legaba dinero. A Montholon, que durante seis años había sido como un hijo para él, le asignaba el legado individual más considerable: dos millones de francos. Bertrand recibía quinientos mil francos, su valet Marchand cuatrocientos mil, y otros criados sumas proporcionales. La mayoría de los restantes legados personales —un total de treinta y cuatro— beneficiaban a

generales o a sus hijos. Globalmente, el testamento es notable por el número de amigos a quienes Napoleón recordaba por su nombre, remontándose incluso hasta los días de su niñez.

Napoleón también formulaba su derecho a recibir más de doscientos millones de francos: lo que había ahorrado de su economía privada, y su propiedad en Italia. De esto dejaba la mitad a oficiales y a soldados que habían servido entre 1792 y 1815; la otra mitad a localidades de Francia que habían sufrido como consecuencia de la invasión.

Cinco días después de redactar su testamento, Napoleón al fin suavizó su actitud hacia Fanny. Agregó un codicilo, para legar un valioso collar de diamantes por partes iguales entre ella, su hija, madame de Montholon y las hijas de ésta. Después, también permitió que Fanny entrara en la habitación donde él estaba. Continuó redactando codicilos hasta la noche del 28 de abril, en que legó a su hijo toda la propiedad que tenía en Córcega. Este codicilo fue dictado a Marchand que, como no disponía de papel, lo anotó en la semioscuridad utilizando un naípe.

La madre y los hermanos de Napoleón reaccionaban ante la perspectiva de la muerte con un súbito despliegue de rezos, confesiones y ritos religiosos. Pero durante los últimos días Napoleón continuó ajustándose al esquema general de su vida. Creía en Dios y en la vida ultraterrena; no sabía si Cristo era Dios, pero tampoco tenía pruebas de que no lo fuera; por lo tanto, en las circunstancias dadas jugó el juego ateniéndose a las reglas. Con el mismo espíritu concreto con que redactó su testamento, llamó al sacerdote más joven, llamado Vignal —la mala salud había obligado a partir a su colega más anciano— y le pidió que antes de morir le diese la Sagrada Comunión y la Extremaunción. «Levantará un altar en la habitación contigua, presentará el Santo Sacramento y rezará las plegarias por los moribundos. Nací en la religión católica; deseo cumplir los deberes que ella impone y recibir la ayuda que ella otorga.» Así atendió a su espíritu, pero, ¿qué sucedió con su cuerpo? Incluso en este aspecto Napoleón consideró todos los detalles. Dictó una carta a Montholon, y éste debía escribirle a Lowe cuando llegase el momento:

Señor gobernador:

El emperador Napoleón dio su último suspiro el... después de una larga y dolorosa enfermedad. Tengo el honor de comunicarle esta noticia. El emperador me ha

autorizado a comunicarle, si usted así lo quiere, sus últimos deseos...

Napoleón dijo a Bertrand que deseaba que su corazón, conservado en espíritu de vino, fuese llevado a Parma, para entregarlo «a mi querida María Luisa». «Usted le dirá que la amé tiernamente, y que nunca dejé de amarla.» Metternich sugirió que María Luisa hablase del asunto con su padre. Por supuesto, podía descontarse la reacción de Francisco. Por obediencia a su padre, y según dijo también, porque no deseaba turbar los restos de Napoleón, la esposa rechazó la entrega del corazón. Algunos dijeron que era lo mejor que podía hacer, porque no merecía recibirla.

El aurodiagnóstico de Napoleón fue acertado; tenía cáncer de estómago. Es una de las enfermedades más dolorosas. Los dolores estomacales intensos están acompañados por náuseas y vómitos. No es posible ingerir analgésicos orales, y por entonces no se conocían otros medios de calmar el dolor. A medida que pasa el tiempo pueden tomarse cada vez menos alimentos, de manera que el paciente se debilita poco a poco. Un día Napoleón ingería jalea y barquillos, y otro un poco de carne picada.

Prestaba mucha atención a su alimentación. Si por lo menos pudiese hallar algo nutritivo y digerible... Estaba adelgazando terriblemente. Al compararlo entonces con el hombre regordete a quien había conocido diecinueve meses antes, Anrommarchi juzgó que su paciente había perdido tres cuartas partes de su peso. Un día Napoleón vio su rostro demacrado en un espejo y exclamó: «¡Pobre de mí!».

Al debilitarse, comenzó a sentir frío, sobre todo en los pies, y el sol llegó a ser importante para él. Se aferró a la imagen del sol como fuente de vida y calor. Insistió en que abriesen las ventanas, y los días en que aún tenía fuerzas para sentarse en un sillón mientras le arreglaban la cama, solía decir: «¡Buenos días, sol! ¡Buenos días, sol, amigo mío!», o asentía como saludo.

La mañana del 26 de abril, antes del alba, creyó ver a Josefina. «No quiso abrazarme —dijo a Montholon—, desapareció en el momento mismo en que yo me disponía a tomarla en mis brazos... Me dijo que faltaba poco para que volviésemos a vernos, y que entonces ya no nos separaríamos; me aseguró que... ¿Usted la vio?».

El 27 de abril Napoleón vomitó un fluido oscuro parecido a posos de café, y los dos médicos sospecharon una lesión en el estómago. Los pies se le enfriaron tanto que fue necesario calentarlos repetidas

veces con toallas calientes. En el estrecho dormitorio Napoleón se sentía sofocado —no había «bastante aire»— y pidió que lo trasladasen a la sala.

El traslado se realizó al día siguiente; ya era evidente el deterioro de las facultades de Napoleón. Oía dificultosamente lo que le decían y su mente se extraviaba cada vez más.

El día 29 vomitó ocho veces. Quedó agotado, y sentía mucha sed.

Se le permitió agua de azahar, pero no café. «Se me llenaron los ojos de lágrimas —dice Bertrand—, al ver a este hombre que había inspirado tanto respeto, que había impartido órdenes con gesto tan orgulloso y decidido, rogando ahora para que le diesen una cucharadita de café, pidiendo permiso como un niño, sin conseguirlo, volviendo una y otra vez a los mismos ruegos, sin ningún resultado, pero sin enojarse jamás».

Durante la noche Napoleón estuvo obsesionado por los líquidos.

«¿Qué es mejor? —preguntó a Bertrand—, ¿la limonada o la horchata?», una bebida refrescante preparada con cebada o almendras y agua de azahar.

Entre la una y las tres de la mañana Napoleón formuló veinte veces la misma pregunta a Bertrand.

El 3 de mayo los médicos comprendieron que su paciente no viviría mucho más. Era imposible que recibiese la Sagrada Comunión —apenas podía tragar líquidos—, pero el abad Vignali administró la extremaunción, y ungíó con óleo los párpados, los oídos, las fosas nasales, la boca, las manos y los pies pálidos, para conseguir el perdón de los pecados cometidos con cada uno de los cinco sentidos, y recitó la plegaria secular: «Libera, Señor, el alma de tu servidor, como liberaste a Moisés de las manos del faraón, rey de los egipcios; libera, Señor, el alma de tu servidor, como liberaste a san Pedro y san Pablo de la cárcel».

El 4 de mayo fue un día de lluvia y viento, que arrancó el sauce a cuya sombra Napoleón gustaba sentarse. Napoleón soportó la molestia de las moscas otoñales que zumbaban alrededor de su cama. Pero la mayor parte del día mantuvo las manos cruzadas sobre el pecho y los dedos entrelazados.

La noche del 4 al 5 de mayo sufrió accesos de hipo y comenzó a delirar. Era evidente que el fin estaba muy cerca. Dos veces preguntó:

«¿Cómo se llama mi hijo?» y Marchand contestó: «Napoleón.» Entre las tres y las cuatro y media de la madrugada pronunció una serie de palabras sin sentido. Montholon, que estaba sentado a su

lado, creyó oír dos veces: «Francia ejército vanguardia del ejército-Josefina.» Después, tuvo un movimiento convulsivo y se inclinó de costado hacia el suelo.

Montholon trató de sujetarlo, pero fue arrojado sobre la alfombra. Entonces, como si estuviese luchando con la propia muerte, Napoleón sujetó a Montholon con tal fuerza que el hombre, más joven, ni siquiera pudo gritar pidiendo ayuda. En la habitación contigua un criado oyó el ruido; llamaron a Bertrand y Anrommarchi, y ellos consiguieron devolver a la cama al paciente que deliraba.

Poco antes del alba del día 5 Napoleón se serenó, y permaneció así hasta la tarde. Tenía la respiración lenta y débil. Anrommarchi, sentado a la cabecera de la cama, observaba el latido del pulso en el cuello del paciente. A veces, Montholon apretaba sobre los labios de Napoleón una esponja empapada en agua con azúcar. La respiración era cada vez más difícil. Napoleón permaneció inmóvil, acostado sobre su espalda, la mano derecha fuera de la cama, y la mirada fija, al parecer sin sufrir. A las cinco y cuarenta y uno se puso el sol, y a lo lejos se oyó el estampido de un cañón. Seis minutos después Napoleón emitió un suspiro. Siguieron, con intervalos de un minuto, dos suspiros más. Inmediatamente después del tercero, cesó la respiración. Anrommarchi cerró suavemente los ojos y detuvo el reloj. Eran las cinco y cuarenta y nueve de la tarde del 5 de mayo de 1821, y Napoleón aún no había cumplido cincuenta y dos años.

Lowe fue informado inmediatamente por Montholon en una carta, la misma que Napoleón había dictado una semana antes. Sin pérdida de tiempo envió a un cirujano militar y a otro naval para comprobar la veracidad de la noticia. Los cirujanos realizaron muy sencillamente la comprobación apoyando las manos sobre el corazón inmóvil de Napoleón. La mañana siguiente, el propio Lowe llegó y fue introducido en el dormitorio. Miró al prisionero que había colmado sus pensamientos pero a quien no había visto durante cuatro años, e inclinó en silencio la cabeza.

Napoleón había formulado el deseo de una autopsia, de modo que si se descubría la existencia de un cáncer, pudiese hallarse el medio de proteger a su hijo de la enfermedad. Lowe deseaba que la autopsia se realizase inmediatamente, pero los oficiales franceses protestaron ante esa prisa indecorosa, y el procedimiento fue postergado hasta la tarde.

Depositaron el cuerpo de Napoleón sobre la mesa de billar, y Anrommarchi comenzó a practicar su especialidad; diestramente abrió las cavidades del tórax y el estómago. Descubrió «una úlcera

cancerosa muy extendida, que ocupaba sobre todo la parte superior de la superficie interna del estómago, y se extendía desde el orificio de los cardias hasta casi dos centímetros y medio del píloro». Era indudable que Napoleón había muerto afectado por un cáncer de estómago. La noticia fue enviada a Inglaterra esa misma tarde con el Heron.

«Todos exclamaron cuando vieron la cara: "¡Qué hermoso!", pues todos los presentes reconocieron que jamás habían visto una expresión más regular y plácida», escribió el cirujano Henry, del 66.^º regimiento. El cuerpo de Napoleón había sido vestido con su uniforme verde oscuro de Cazador, el mismo que al estar gastado y descolorido había sido vuelto del revés; y la guarnición inglesa y los destacamentos del escuadrón naval, con uniforme completo pero sin armas, presentaron los últimos respetos. También ellos se sintieron impresionados por el rostro del emperador muerto. Doblaron la rodilla, y algunos oficiales pidieron que se les permitiese besar una esquina de la capa de campaña de Napoleón, que le cubría los pies.

Al día siguiente, el cuerpo fue depositado en un ataúd de caoba forrado con satén; al lado estaba el corazón, en un vaso de plata coronado por un águila, en espera de la decisión de María Luisa. De acuerdo con los deseos de Napoleón, Montholon depositó junto al cuerpo varios napoleones franceses e italianos con la imagen del emperador. Después, llevaron el ataúd a la capilla, adornada con crespones, sesenta metros de ese lienzo negro que siempre había provocado estremecimientos a Napoleón.

Napoleón había formulado deseos de que lo sepultasen a orillas del Sena, pero Lowe había recibido órdenes del gobierno inglés en el sentido de que los restos no debían salir de Santa Elena. Faltaba elegir una tumba apropiada. Los amigos de Napoleón recordaron que cierta vez había visitado una pequeña fuente sombreada por sauces, un lugar denominado la Fuente de Torbett, y que había admirado la belleza del paraje. Dos veces al día hacía traer agua de allí y la usaba para rebajar su vino. Se decidió enterrarlo junto a la fuente. No sería el lugar definitivo de descanso, pues muchos años más tarde su cuerpo fue devuelto a París y enterrado junto al Sena. Pero por el momento se cavó una tumba en el suelo ferroso; tenía una profundidad de cuatro metros y estaba revestida con piedras.

A las diez de la mañana del 9 de mayo, el abad Vignali celebró la misa de réquiem. Después de la misa, el ataúd fue depositado sobre un carro tirado por cuatro caballos, y llevado a paso lento a la Fuente de Torbett. Detrás del carro marchaba el último caballo

montado por Napoleón, uno gris llamado Sheikh. El camino estaba flanqueado por soldados ingleses con los mosquetes en bandolera y las bandas ejecutando una marcha fúnebre.

Era un día hermoso y claro. Cuando el cortejo llegó, un destacamento de infantería presentó armas. Bertrand retiró del ataúd la espada de Napoleón y Montholon la capa de campaña; el ataúd fue depositado junto a la tumba, a la sombra de los sauces. El abad Vignali bendijo la tumba y oró. Hudson Lowe preguntó al general Bertrand si deseaba pronunciar unas palabras. Bertrand se sentía tan abrumado que no pudo contestar.

De modo que no hubo discurso, ni tampoco se grabó una inscripción sobre la piedra blanca que cubría la tumba: Bertrand deseaba grabar únicamente la palabra «Napoleón», pero Lowe insistió en Napoleón Bonaparte, y Bertrand no lo aceptó.

Ya era mediodía. A una señal de Lowe, se tensaron las cuerdas, como preparación para el descenso del ataúd, mientras los soldados disparaban tres andanadas de mosquetería. Como lo relata el informe de Montholon en su seco lenguaje militar: «El ataúd fue bajado a la tumba, entre los estampidos de las salvas de artillería de los fuertes y los barcos del escuadrón. Después, llenaron la tumba y la aseguraron con manipostería en nuestra presencia. Junto a ella quedó una guardia de honor.»

APÉNDICE

Los autores de Memorias y Napoleón

La fuente principal de la vida de Napoleón se encuentra en sus propios escritos; sus ensayos y notas extraídos de sus lecturas cuando era joven, sus cartas a Désirée Clary, a Josefina y a María Luisa, las cartas a su familia, y la colección de cartas, más de treinta volúmenes, la mayoría piezas dictadas, en la que lo vemos gobernando a Francia. También son valiosas las cartas de los contemporáneos de Napoleón; anotaciones registradas durante las reuniones del Consejo de Estado; y diarios en que se anotaron en directo las palabras y los actos de Napoleón. Este material no suscita problemas especiales. Pero la situación es diferente con las Memorias de los que conocieron bien a Napoleón; aquí se observan enormes discrepancias, y se suscita el problema de la credibilidad.

En primer lugar, debemos considerar el marco general. De 1815 a 1830 los enemigos de Napoleón gobernaron Francia, y una censura rigurosa impidió la publicación de Memorias favorables a Napoleón. No sólo eso. Quien antes hubiese estado cerca del emperador y luego deseara un buen empleo, debía rendir pleitesía a los Borbones. Sería tan absurdo pretender imparcialidad de las Memorias escritas durante este período como reclamar, en 1943, una actitud imparcial de un partidario de Vichy frente a De Gaulle. Además, tenemos que recordar que los franceses tratan el pasado reciente de distinto modo que los anglosajones; manifiestan una deplorable tendencia a librarse las batallas actuales o futuras en los campos de batalla del pasado, y fue precisamente un francés, Flaubert, quien dijo: «La historia es la profecía que mira hacia atrás.» Si ahora consideramos específicamente a los autores de Memorias, debemos tratar de juzgar su credibilidad. Claire de Rémusat fue dama de compañía de Josefina, y su marido superintendente de teatros. Las cartas de Claire a su marido entre 1804 y 1813 desbordan afecto por Napoleón. Es evidente que simpatizaba con él como persona, y se la ve rogando

constantemente por la seguridad de Napoleón. Pero cuando escribió sus Memorias en 1818, pintó a Napoleón como un hombre desprovisto de corazón; afirmó que era «incapaz de generosidad» y habló de su «sonrisa satánica». Incluyó en su libro innumerables escenas de las cuales, como ella misma reconoce, no fue testigo, pero que le fueron relatadas por Talleyrand. En una de ellas aparece Napoleón confesando a Talleyrand, después de Leipzig: «Francamente, soy un individuo bajo, esencialmente bajo».

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ese cambio de actitud? Después de la anulación del matrimonio con Josefina, Claire de Rémusat se incorporó al círculo de Talleyrand y trabajó en favor de la restauración de los Borbones. En 1815 Talleyrand consiguió que se diese al marido de Claire el cargo de prefecto. El hijo de Claire también deseaba trabajar en política, pero su madre, una ex dama de compañía de la emperatriz advenediza, todavía era sospechosa. Ante todo, debía «acliarar» su situación. Por lo tanto Claire escribió sus Memorias, con la ayuda y el patrocinio de Talleyrand. Difundió el manuscrito en el círculo de altos personajes de París, y así limpió su nombre de la mácula napoleónica.

Pero no publicó sus Memorias. No lo necesitaba, y además, tenía buenos motivos para creer que provocarían las protestas de quienes conocían la verdad acerca de lo que ella afirmaba describir. Es lo que sucedería poco después con las Memorias de Bourrienne.

Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne tenía la misma edad que Napoleón, y fue su condiscípulo en la Escuela Militar de Brienne. Después abandonó el ejército para convertirse en diplomático. Estudió idiomas en Alemania y desposó a una joven alemana. En 1797 Napoleón lo designó secretario personal. Pero Bourrienne tenía lo que Napoleón denominaba «ojo de urraca» y comenzó a desfalcarse. Cuando Napoleón regaló a Hortense una casa en París, como presente de bodas, Bourrienne pagó medio millón de francos por ella, pero le cobró un millón a Napoleón. Comunicaba información acerca de los movimientos de Napoleón a los grupos interesados, por la suma de 25.000 francos mensuales. Napoleón tuvo que despedirlo en 1802, pero en 1804 lo envió a Hamburgo como encargado de negocios. En esa ciudad Bourrienne realizó un lucrativo comercio de pasaportes falsificados y exacciones ilegales. Una comisión investigadora especial comprobó en 1810 que Bourrienne había desfalcado 2 millones de francos. Napoleón removió de su cargo a Bourrienne y le ordenó que devolviese la mitad de la suma.

Cuando cayó Francia, Bourrienne se acercó sin demora a Talleyrand, que el 1 de abril de 1814 lo designó ministro de Correos, y por su parte el gobierno provisional anuló la orden que lo obligaba a reembolsar un millón de francos. Después, Bourrienne se convirtió en ministro de Estado.

Sin embargo continuó especulando, perdió su empleo, y para escapar de sus acreedores huyó a Bruselas. Un editor llamado Ladvocat lo convenció de que escribiese sus Memorias como modo de saldar las deudas, lo llevó a París y lo instaló en un hotelucho. Pero Bourrienne no escribió nada. Lo único que hizo fue preparar notas, que más tarde sirvieron de base a los dos primeros volúmenes. Con respecto a los ocho volúmenes restantes, fueron escritos por Máxime de Villemarest, un diplomático fracasado que se convirtió en periodista, infatigable redactor de Memorias por cuenta ajena —incluso redactó las notas de mademoiselle Avrillon, doncella de Josefina—, así como admirador de Talleyrand, cuya biografía escribiría.

En 1834 Bourrienne murió en un asilo para enfermos mentales.

Por lo tanto, las Memorias que aparecieron bajo el nombre de Bourrienne entre 1828 y 1830 y por las cuales se le pagaron seis mil francos, apenas eran más que una caricatura de la vida de Napoleón, ideada para el gusto del público a fin de Luis XVIII, y su tono era el que podía esperarse de un enconado enemigo personal cuya mente ya estaba desequilibrándose. Esto se manifestó claramente en 1830, cuando un grupo de hombres encabezados por el conde Boulay de La Meurthe señaló los principales errores objetivos en un libro de 720 páginas: *Bourrienne et ses erreurs*. La obra nunca fue aceptada por los censores franceses, de modo que fue publicada en Bruselas.

La falsedad más absurda de las Memorias de Bourrienne es la afirmación de que Napoleón no tenía amigos y de que la amistad nada le importaba. La verdad es que Napoleón se esforzó mucho para acallar el escándalo de los desfalcos de Bourrienne, y fue precisamente por lealtad a un amigo de la niñez que no avergonzó públicamente a Bourrienne, primero en 1802 y después en 1810.

En las Memorias de Bourrienne se afirma que cuando Napoleón fue a Egipto ya había decidido convertirse en gobernante de Francia, y por entonces se limitaba a hacer tiempo. Por supuesto, esta afirmación armonizaba con la leyenda formulada ya por los Borbones en el sentido de que Napoleón era un advenedizo motivado del principio al fin por la ambición del poder supremo. La afirmación de Bourrienne se ve desmentida por todas las pruebas contemporáneas,

pero ha contribuido más a deformar la interpretación del carácter de Napoleón que casi la totalidad de los restantes errores.

Antes de fallecer en 1829, Paúl Barras dejó sus notas autobiográficas a Rousselín de Saint-Albin, fundador del diario *Le Constitutionnel* y ardiente partidario de los Borbones. Rousselín desarrolló las notas y las convirtió en un libro, pero cuando concluyó ya había llegado al Segundo Imperio, y había poco mercado para las Memorias antinapoleónicas. En definitiva, el libro fue publicado en 1895-1896.

Barras nunca pudo perdonar a Napoleón que lo apartase de su alto cargo, y escribió sus Memorias para denigrar al hombre a quien había ayudado a alcanzar el poder. El tema de Barras es que Napoleón era una figura cómica, un patán provinciano antes de que él, Barras, lo tomase de la mano y le abriese generosamente el camino de la fama.

Es interesante observar que cada uno de los hombres que calumnió a Napoleón, lo hizo por referencia a sus propios y particulares defectos.

Bourrienne, que se había mostrado tan desleal, afirmó que Napoleón era un mal amigo; y Barras, cuya debilidad estaba en las mujeres, trata de demostrar que Napoleón estaba dispuesto a sacrificar a las mujeres en beneficio de su propia carrera. De ahí la afirmación de que Napoleón desposó a Josefina, la amante de quien Barras ya se había cansado, con el fin de conseguir el mando del ejército de Italia. Pero antes de llegar a esto, Barras describe una escena aún más extraordinaria. Como sabe que Napoleón está escaso de fondos, le sugiere que se case con una acomodada actriz de encantos un tanto desvaídos, cierta mademoiselle Momansier; después, Barras relata que Napoleón se declara a la actriz, y se ve rechazado. Cuando atendemos a los hechos, comprobamos que Napoleón tenía entonces veintiséis años y su presunta prometida por lo menos sesenta y cinco.

La idea de que Napoleón se declare a una mujer de sesenta y cinco años no sólo es intrínsecamente improbable, sino que se opone por completo a lo que sabemos de su carácter, y no se ve confirmada por otras pruebas. Este ejemplo es demostrativo de la totalidad de las Memorias, de modo que la versión de Barras acerca del ascenso al poder de Napoleón debe ser tratada con suma cautela.

Talleyrand fue despedido por Napoleón en 1807 por la misma razón que determinó la destitución de Bourrienne: rapacidad. Después, Talleyrand trabajó por el retorno de los Borbones, y aceptó

abultados sobornos de los gobiernos austriaco y ruso. Cierta vez dijo que el hombre tiene los ojos delante de la cabeza, de modo que mira hacia adelante, no hacia atrás, y cuando se dedicó a escribir sus Memorias, entre 1811 y 1816, Talleyrand ciertamente tenía la mirada fija en su propia carrera.

Su tema principal es que desde el comienzo de la Revolución él siempre trabajó para los Borbones, y Paúl León, el último de sus editores, no vacila en afirmar que esas Memorias son «una maniobra política».

El modo en que Talleyrand trata la ejecución del duque de Enghien es un ejemplo revelador de la deformación de los hechos históricos por motivos políticos, para alimentar el mito de las Memorias. Sabemos que Talleyrand indujo a Napoleón a apoderarse del duque, pese a que éste residía en suelo alemán, y así el 8 de marzo de 1804 escribió a Napoleón:

«Los hombres de Fructidor están conspirando con los vandeanos. Un príncipe Borbón los dirige. Proyectan asesinarlo. Usted tiene el derecho de defenderse. La justicia debe infligir un castigo riguroso, y no hay que perdonar a nadie.» En 1814, poco antes de la entrada de los Borbones en París, Talleyrand destruyó todos los documentos que lo incriminaban con la ejecución del duque. En sus Memorias pudo por lo tanto perpetuar una mentira: que él había hecho todo lo posible para disuadir a Napoleón. «Este crimen —escribe—, no podría ser disculpado ni perdonado. Nunca lo fue».

Pero estas distorsionadas Memorias han sido deformadas todavía más. Fueron escritas después de la muerte de Talleyrand, por Bacourt, bajo la dirección de la sobrina de aquél, la duquesa de Diño, que estaba decidida a presentar a su tío bajo la luz más favorable. Lacour-Gayet encontró parte del manuscrito original de Talleyrand (la mayor parte ha desaparecido) y la comparó con el texto de Bacourt, según la publicación de 1891-1892. La comparación reveló una serie de cambios fundamentales. Por ejemplo, Bacourt agrega por lo menos 32 líneas a la entrevista en Nantes, donde se discutieron los problemas españoles.

Presenta a Talleyrand —que había exhortado a destronar a los Borbones de España— como defensor del rey español, preocupado por reparar los agravios infligidos a la dinastía española; ie incluso aparece allí abrumando a Napoleón con reproches injuriosos!.

Otro que traicionó a Napoleón es el mariscal Marmont. Cuando escribe sus Memorias, publicadas en 1856, cuatro años después de su muerte, Marmont trató de justificar su traición del único modo que

en su caso era posible: presentando a Napoleón como un déspota a quien era necesario derrocar a toda costa. Nos ofrece pocos detalles nuevos, a lo sumo agravios generales. Por ejemplo, en la sección correspondiente a 1812, describe a Napoleón como un individuo «agotado, indiferente a todo, que cree en los hechos sólo cuando concuerdan con sus pasiones, sus intereses y sus caprichos, satánicamente orgulloso e imbuido de una actitud de total desprecio por los hombres». Su retrato de Napoleón siempre fue considerado con sospecha, pero por la época en que llegó a escribir sus Memorias, el nombre de Marmont se había incorporado al idioma francés como sinónimo de traidor, más o menos como el de Quisling en la Segunda Guerra Mundial.

Duquesa de Ábranles. Hasta los ocho años, vistieron de varón a Laure Permon, y toda su vida mostró una acritud de afirmación masculina. Era muy conocida en su carácter de liante ingeniosa y manirrota, una mujer capaz de hacer casi todo por dinero. Provocó la enemistad de madame Mere y Paulino, y se inclinó del lado de los realistas; Napoleón no le permitía residir a menos de cincuenta leguas de París. Laure dio la bienvenida a los Borbones, pero la Restauración no terminó con las dificultades financieras de la dama. Llegó a ser amiga del joven Balzac, le suministró material para sus novelas, y a su vez se vio alentada a escribir sus Memorias. Cuando Balzac vio las notas preparatorias, exclamó: «Es dinero contante y sonante.» No exageraba, pues con su ayuda Laure vendió 18 volúmenes de Memorias por la enorme suma de setenta mil francos. Se había convertido en adicta al opio cuando esta obra apareció en 1835, y las Memorias son más fantasía que hechos reales. Laure se especializa en prolongadas conversaciones íntimas con Napoleón, y en el curso de las mismas el emperador le desvela su corazón en todos los temas, de la literatura a la política internacional — precisamente Napoleón, que nunca confiaba ni siquiera uno de sus pensamientos secretos a una mujer—. Las Memorias de Laure han merecido la desconfianza de los historiadores incluso cuando aparecieron por primera vez, y se las apreció todavía menos a partir del descubrimiento y la publicación, en 1927, de su espeluznante Diario íntimo y su Cuaderno rojo.

Chaptal. Jean Chaptal fue designado ministro de Interior de Napoleón el 6 de noviembre de 1800. Era un hombre de sentimientos humanitarios, desempeñó bien sus funciones y se especializó en la mejora de los hospitales. En 1804 renunció, sin duda en un gesto de irritación, cuando supo que Napoleón lo había suplantado en el

afecto de mademoiselle Bourgoin, una actriz de la Comedie Francaise. Se le asignó un escaño en el Senado, pero nunca retornó al alto cargo que habría deseado tener. Cuando Napoleón cayó, en 1815, Chaptal quiso jugar nuevamente un papel político, pero en primer lugar, como Claire de Rémusat, tenía que hacer una reverencia a los Borbones. En 1817 escribió sus Memorias, que fueron difundidas en los salones apropiados, pero no publicadas, y en 1819 recibió su recompensa de Luis XVIII en la forma de un asiento en la Cámara de los Pares. Allí, Chaptal representó un papel activo hasta su fallecimiento, sobrevenido en 1832.

Se recuerda hoy a Chaptal como el hombre que agregó azúcar al vino para conseguir que durase; pero volcó escasa dulzura en sus Memorias.

Publicadas en 1892, adoptan el punto de vista de que durante el período en que él, Chaptal, fue ministro, Napoleón tenía una actitud liberal; pero tan pronto llegó a ser emperador se transformó en déspota. Como Eugéne Melchior de Vogüé observó cuando redactó la crítica de estas Memorias, el año en que aparecieron, en un artículo publicado en la Revue des Deux Mondes, las Memorias de Chaptal parecen desdibujadas por una extraña animosidad, que se origina quizás en el episodio de la actriz. Para nuestros fines, es más importante la contradicción entre la conducta de Chaptal bajo el Imperio con la opinión formulada en sus Memorias de que Napoleón se había convertido en ese momento en un déspota a quien un hombre decente no podía servir. Observamos que Chaptal pronunció en 1806 un entusiasta discurso de elogio a Napoleón, y que se lo recompensó con el título de conde de Chanteloup. En noviembre de 1813 propuso al Senado que autorizara a Napoleón a elegir por propia iniciativa al presidente del Cuerpo Legislativo, y en diciembre aceptó un cargo de comisionado especial en la región de Lyon con el propósito de promover la autoridad de Napoleón. No se volvió contra Napoleón hasta el 31 de marzo de 1814. Sin embargo, durante los Cien Días aceptó el cargo de director general de Comercio e Industria, llegó a ser ministro y en junio pronunció un discurso en que elogiaba tanto al Acte additionnel como a Napoleón, «héros qui a épousé toutes les sources de la gloire militaire de chercher à se rivaliser, à se renouveler, à se surpasser par la conquête de la gloire civile». Prefiero creer en lo que Chaptal dijo e hizo por esta época más que en lo que escribió después para los ojos de los Borbones. Por esa razón utilizo con mucha prudencia sus Memorias.

El barón Thiébault es otro personaje que se unió a los Borbones y pagó el precio de un buen empleo difundiendo un manuscrito donde insultaba no sólo a Napoleón, sino a todos los hombres de la Revolución y el Imperio. Sobre la base de las notas de Thiébault, un periodista que escribía por cuenta de terceros, un tal Calmettes, confeccionó las Memorias que aparecieron en 1893-1894, medio siglo después de la muerte de Thiébault. Hace mucho que los historiadores han reconocido su carácter tendencioso.

En cambio, Miot de Melito no prestó servicio con los Borbones.

Había sido íntimo amigo de Joseph, que lo empleó en Nápoles y le confirió el título de conde. Pero las Memorias publicadas bajo el nombre de Miot en 1858 en realidad no le pertenecían. Fueron redactadas a partir de las notas de un diario por su yerno, el general Fleischman. A esa altura de las cosas, la leyenda borbónica de Napoleón, el advenedizo ambicioso, desde un principio ansioso de conquistar el trono, había ganado terreno, y por supuesto, las Memorias de Bourrienne fortalecieron la tesis. Cuando desarrolló las notas de Miot, Fleischman tuvo en cuenta este aspecto, y en el capítulo VI vemos una escena en la cual, sin razón que lo justifique, Napoleón abre su corazón a Miot en Montebello, el año 1797: «Croyez-vous que ce soit pour faire la grandeur des avocats du directoire, des Carnets, des Barras, que je triomphe en Italie? Croyez-vous aussi que ce soit pour fonder une république? Quelle idée... II faut à la nation un chef, un chefillustré par la gloire, et non pas des théories de gouvernement, des phrases, des discours d'idéologues auxquels les Français n'entendent rien. Qu'on leur donne des hochets, cela leur suffit...» («¿Usted cree que yo triunfo en Italia para mayor gloria de los abogados del Directorio, de los Carnot, los Barras? ¿Cree también que lo hago para fundar una república? Qué absurdo... La nación necesita un jefe, un jefe ilustrado por la gloria, y no por las teorías del gobierno, las frases, los discursos de los ideólogos, todo lo cual es incomprendible para los franceses. Que les den bagatelas, con eso les basta...»).

Ahora bien, este pasaje es sospechoso sobre la base de la prueba interna. Hochet, una palabra poco usual, se generalizó sólo mucho después, cuando Napoleón propuso crear la Legión de Honor, y uno de sus consejeros afirmó que esas recompensas eran hochets, es decir bagatelas.

Entonces Napoleón recogió la palabra y formuló su famosa réplica: «Esas bagatelas conducen a los hombres».

Algunas partes de las Memorias de Miot son fidedignas, sobre todo el período de Nápoles, en relación con el cual se encontró el Diario original, pero los pasajes como el que acabamos de transcribir deben ser desechados en vista del cúmulo de pruebas en contra. Ciertamente, es muy tentador interpretar las primeras sonatas de Beethoven en términos de la Novena Sinfonía.

Para un biógrafo de Napoleón los nueve autores mencionados antes son, a mi juicio, fuentes no fidedignas, y los he tratado con suma cautela. Normalmente los utilizo sólo para recoger enunciados referidos a asuntos en los que ellos no tenían motivos para falsear la verdad y que están respaldados por pruebas más imparciales. Felizmente, disponemos de doble número de Memorias que en general merecen confianza.

Entre los miembros de la familia de Napoleón, está la reina Hortense, cuyas Memorias fueron publicadas por el príncipe Napoleón en 1927. Fueron comenzadas durante el invierno de 1816, porque Hortense sintió la necesidad de contestar los errores y las calumnias que entonces circulaban. Las terminó en 1820. Diez años más tarde introdujo modificaciones, y hasta su muerte, acaecida en 1837, le agradaba leer pasajes en un círculo de amigos íntimos. El texto que ha llegado hasta nosotros es completo, excepto tres frases que no se relacionan con la vida íntima de Napoleón. Hortense era una mujer íntegra y valerosa; escribía en momentos en que los episodios relatados aun eran cercanos, acerca de un hombre a quien había visto regularmente de 1795 a 1815, y que no tenía por qué inspirarle particular simpatía, pues se había divorciado de su madre y había concertado el desgraciado matrimonio de la propia Hortense con Louis. También son dignas de confianza las Memorias de Joseph, hermano de Napoleón; son especialmente útiles en todo lo que se refiere a los años de Córcega.

Entre los escritos dejados por los criados de Napoleón, el más importante es el de su valet, Louis Marchand. Fue escrito día a día, evidentemente sin pensar en la posibilidad de la publicación; más aún, las Memorias no fueron publicadas hasta 1955.

Méneval, secretario de Napoleón, fue con María Luisa a Viena, y en 1843, siete años antes de su muerte, publicó Napoleón et Marie-Louise, Souvenirs historiques, un valioso registro de la vida hogareña de Napoleón.

Otro secretario, el barón Fain, acompañó al emperador en todas sus campañas hasta la abdicación de 1814; se retiró a la vida privada bajo el gobierno de los Borbones, y falleció en 1837. Entre 1823 y

1827 publicó tres obras, correspondientes a los años 1812 y 1814, que son algunas de nuestras mejores fuentes.

Otro autor que trabajó en estrecha relación con Napoleón fue Louis Francois de Bausset, prefecto del Palacio Imperial. También él llevó un diario, y lo publicó en 1827, cuando aún vivía, las valiosas Mémoires anecdotiques sur l'intérieur du Palais et sur quelques événements de l'Empire, depuis 1805 jusqu'au 1er mai 1814.

Uno de los chambelanes de Napoleón, A. M. T. de Thiard, redactó notas durante sus años de vida pública, y a partir de ellas, en 1843, escribió Souvenirs diplomatiques et militaires de 1804 a 1806, publicadas en 1900, sobre la base del manuscrito autógrafo del autor. Thiard riñó con el emperador en 1807 y abandonó el servicio, de modo que su testimonio favorable es tanto más digno de atención.

Entre los que ocuparon cargos en el Imperio, Stanislas de Girardin continuó ejerciendo como prefecto bajo Luis XVIII, pero mantuvo su independencia y sus opiniones liberales; su Journal et Souvenirs fue publicado en 1828, un año después de su muerte.

Thibaudeau había desempeñado en el Consejo de Estado de Napoleón como prefecto; después de votar en favor de la muerte de Luis XVI, a partir de 1815 tuvo que vivir exiliado, y escribió una obra imparcial, Mémoires pour le Consulat et l'Empire de 1799 a 1815, libro publicado cuando él aún vivía.

Antoine Marie de Lavalette, ministro de Correos de Napoleón, fue condenado a muerte después de Waterloo y estuvo detenido en la Conciergerie, de donde se fugó la víspera de la ejecución intercambiando sus ropas con las de su esposa. Sus Memorias fueron publicadas en 1831, el año siguiente a su muerte.

De los hombres que no estuvieron al servicio inmediato de Napoleón, el dramaturgo Arnault es una fuente útil. De ningún modo benévolos en sus opiniones —alguien escribió sobre su busto: «¡Cuidado..., muerde!»— Arnault trató mucho a Napoleón durante la campaña de Italia y comprendió lo que él intentaba hacer. Se hallarán detalles útiles de estos años en sus Souvenirs d'un sexagénaire. También es importante, ya que se trata de una de las primeras biografías de Napoleón, la obra del mismo autor titulada Vie Politique et Militaire de Napoleón (París 1822-61).

Llegamos ahora a tres obras de hombres honrados: registros llevados día a día y que por lo tanto poseen un alto grado de inmediatez y autenticidad. Son el Diario del general Desaix, con quien Napoleón mantuvo conversaciones íntimas durante la campaña de

Italia; el Diario de Roederer, valioso en lo que se refiere a todo el período consular; y las Memorias de Caulaincourt, cuya suerte arroja luz sobre las vicisitudes del material napoleónico.

Alrededor de 1826 Caulaincourt, que padecía cáncer de estómago, fue a tomar las aguas de Plombières. Allí conoció a la novelista Charlotte de Sor, alias madame Eillaux. Ella lo interrogó acerca de Napoleón y lo convenció de que le mostrase algunas páginas de sus Memorias manuscritas. Caulaincourt falleció en 1827 y diez años más tarde Charlotte de Sor publicó sus Souvenirs du Duc de Vicenze, en dos volúmenes. Tanto éxito tuvo la obra que la autora publicó dos volúmenes más, y nuevamente afirmó que su trabajo se basaba en los papeles de Caulaincourt.

Las Memorias auténticas de Caulaincourt no fueron publicadas hasta 1933, en una admirable edición de Jean Hanoteau, que entonces pudo afirmar que las obras de De Sor eran «un tejido de absurdos, falsedades y expresiones rencorosas, cuyo valor histórico es nulo». ¡Sin embargo, habían sido utilizadas liberalmente por biógrafos precedentes de Napoleón! Las Memorias de Caulaincourt, escritas entre 1822 y 1825, se basan en notas recogidas diariamente cuando él estaba relacionado con Napoleón. Los dos hombres discrepaban acerca de muchas cosas, entre ellas el carácter del zar Alejandro, pero en Santa Elena Napoleón afirmó que su ex Asistente Mayor era «un hombre que es al mismo tiempo sensible y honesto», y sus Memorias se cuentan entre las fuentes más valiosas que ahora podemos utilizar.

El período de Santa Elena merece un examen especial. Las Memorias abundan, pero de nuevo es necesario mostrar suma cautela. Le Memorial de Sainte-Hétene, de Las Cases, publicado en 1822, de ningún modo está exento de propaganda, y ofrece una interpretación imprecisa de muchas de las actitudes de Napoleón; por ejemplo, afirma que Napoleón se proponía organizar los Estados Unidos de Europa. Las Cases además tiende a interpretar la obtura por referencia al final, y vincula con la batalla de Lodi el deseo de Napoleón de representar un papel político decisivo. Hallamos pruebas completamente opuestas por ejemplo en la carta de Napoleón al Directorio, el 19 de abril de 1797, donde ofrece su renuncia, «ayant acquis plus de gloire qu'il n'en faut pour être heureux» («habiendo conquistado toas gloria de la que se necesita para ser feliz»).

Antommarchi solía ser la fuente principal del período de Santa Elena, pero sabemos que era un individuo totalmente indigno de confianza. En cambio, tenemos el diario fidedigno de Marchand, los

Récits de Montholon, el diario de Gourgaud —he utilizado el ejemplar sin corregir de la Bibliothéque Thiers, donde abunda el lenguaje cuartelero— y sobre todo los Cahiers del general Bertrand, obra que nos aporta las propias palabras de Napoleón durante los últimos siete años de su vida, y muchos comentarios acerca de episodios anteriores. Bosweil había influido sobre el joven Napoleón, y no deja de ser curioso que Life of Johnson de Bosweil, famosa hacia 1815, probablemente haya representado un papel en las motivaciones que indujeron a Bertrand a registrar con sumo detalle las conversaciones de otro hombre muy conversador.

Fuentes y notas

LISTA DE ABREVIATURAS

- Bertrand Cahiers de Sainte-Hélène. 3 volúmenes (1951-1959).
B.M. Museo Británico.
B. U. Biographie Universelle.
Caulaincourt Memoirs, traducción al inglés de Hamish Miles y George Libaire, 2 volúmenes (1935-1938).
Corr. Correspondance de Napoleón /, suivie des oeuvres de Napoleón h Sainte-Hélène. 32 volúmenes (1857-1870).
Lecestre Lettres medites de Napoleón I: 1799-1815 (1897).
P.R.O. Oficina del Registro Público.
Remacle Relations secrètes des agents de Louis XVIII h París sous le consulat (1899).
R. I. N. Revue de l'Institut Napoleón.
Roederer Journal(1909).
Se dispone de bibliografías adecuadas de Napoleón, por ejemplo, en la edición más reciente de Napoleón (1969) de G. Lefebvre. Me he limitado a enunciar estas fuentes, y sobre todo las obras omitidas a menudo, que han sido sumamente útiles en la preparación de mi biografía.
A menos que se indique lo contrario, el lugar de publicación de los libros franceses es París, y el de los ingleses, Londres.

1. UNA NIÑEZ FELIZ.

Los antepasados de Napoleón y el matrimonio de sus padres: J. B. Marcaggi, La Cénese de Napoleón (1902). Paoli y la independencia corsa:

J. Bosweil, An Account of Cársica, the Journal of a Tour to that island; and Memoirs of Pascal Paoli (1768). El 24 de agosto de 1768 Bosweil escribió que enviaba a Córcega artillería por valor de 700 libras esterlinas; en 1769, vestido con el atuendo de un jefe corso, celebró una entrevista con Pitt, donde presionó en favor de la ayuda a Córcega. Pero Inglaterra no intervino. «Por tontos que seamos —dijo Lord Holand—, no podemos ser tan tontos que vayamos a la guerra porque el señor Bosweil estuvo en Córcega.» Si Bosweil hubiese obtenido más apoyo, quizá Napoleón habría nacido inglés.

Los años tempranos de Napoleón: Memorias de Letizia, dictadas en Roma, en H. Larrey, Madame Mere (1892); A. Chuquet, Lajeunesse de Napoleón (1897-1899); M. Mirtil, Napoleón d'Ajaccio (1947).

La vida en Córcega: Bosweil; G. Feydel, *Moeurs et Coutumes des Corsés* (1799), que destaca la venganza y la laboriosidad; «Lemprum d'un écu nest guére moins honteaux que l'aliénation d'un champ» («Pedir prestado un escudo no es menos vergonzoso que vender un campo»); R. Benson, *Sketches of Cársica* (1825). El Libro de Gastos de Carlo está en los Archivos de Ajaccio; se incluyen extractos en Marcaggi. La carrera de Marbeuf: B. U.

La generosidad de Napoleón con sus juguetes y golosinas: Letizia a A. Pons de l'Hérault, *Souvenirs* (1897).

2. LAS ACADEMIAS MILITARES.

El viaje a Autun: Marcaggi. Los tres meses de Napoleón allí, y sus años en Brienne: F. Masson y G. Biagi, *Napoleón Inconnu* (1895). C.H., *Some account of the early years of Buonaparte at the military school of Brienne* (1797). El autor es quizá cierto Cumming de Craigmillar, cuyo padre estaba al servicio del príncipe Xavier de Sajonia.

«Murió cubierto de gloria...» Carta a Clarke, acerca de la muerte de Elliot, sobrino de Clarke, en Arcóle, el 19 de noviembre de 1796, Corr. 1198.

El intento de Napoleón de incorporarse a la marina inglesa: W. Fraser, *Hic et Ubique* (1893), 5-6. Sir William Fraser, M.R, autoridad en el tema de Wellington y Waterloo, recogió sus datos «de una persona que disponía de medios apropiados para saber: me dijo que la carta de Bonapane fue enviada, y que aún existe en los archivos del Almirantazgo». La colección de cartas a la cual correspondería la solicitud de Napoleón no está en el P.R.O., y aparentemente se perdió, así como el archivo de entradas del Almirantazgo correspondiente a ese período. Sin embargo, los cuadernos de notas de Alexandre des Mazis aportan nuevas pruebas de la decisión de Napoleón de dedicarse al mar; y el incidente concuerda bien con lo que sabemos del joven Napoleón.

La afición de Napoleón a Rousseau: Roederer, 165: «La Nouvelle Héloïse!]e. l'ai lue á neufans. II ma tourné la tête» («¡La nueva Eloísa! La leí a los nueve años. Me trastornó»).

Carta de Napoleón a su tío: Masson y Biagi 1,79.

Napoleón en la escuela Militar: Cuaderno de notas de Alexandre des Mazis, en P. Bartel, *Lajeunesse* inédito de Napoleón (1954). A pesar de los errores mencionados por R. Laulan en R.I.N. (1956), considero que Des Mazis es un antecedente importante. Las Cases en su Memorial niega el episodio del globo, pero creo que en este asunto es más probable que Des Mazis acierte.

Masson demuestra en Napoleón Inconnu (1895) I, 123 n, que el informe acerca de Napoleón en la Escuela Militar, donde se lo describe como un individuo «capricieux, hautain, extrémement porté à l'égoïsme» («caprichoso, altanero, sumamente inclinado al egoísmo») es apócrifo.

3. EL JOVEN REFORMADOR

La vida de Napoleón como subalterno: Des Mazis, en Bartel; y un material a menudo ignorado, «*Lettres de Jeunesse de Bonaparte*», *Revue des Deux Mondes* del 15 de diciembre de 1931. Las once cartas abarcan el período 1789-1792. En una dirigida a su tío el archidiácono, fechada el 28 de marzo de 1789, Napoleón le pide dos veces que escriba en italiano, y afirma que escribirá a su madre en italiano. Pero una carta a su madre, escrita en Seurre, en abril de 1789, está en francés: Napoleón dice que en Pascua fue invitado a la casa de una familia rica, pero agrega: «J'aimerais cependant mieux manger le ravioli ou les lasagnes, à Ajaccio» («Preferiría comer los ravioli o las lasañas en Ajaccio»).

El incidente con Belly de Bussy: J. Savant, Napoleón a Auxonne (1946).

Las notas y escritos tempranos de Napoleón están en F. Masson y G. Biagi, Napoleón: *Manuscrits Inédits 1786-1791* (1912). Un material sumamente valioso en referencia al desarrollo intelectual de Napoleón pertenece a E G. Healey, *The Literary Culture of Napoleon* (Ginebra 1959).

La History en diez volúmenes de Barrow, publicada en 1763 por J. Coote, impresionó poco en Inglaterra; hay un ejemplar en la Bodleian, pero ninguno en el B.M. La traducción francesa apareció en 1774, Véase H. F. Hall, *Napoleonic Notes on English History* (1905).

Napoleón trató de encontrar editor para su Historia de Córcega; Daclin de Besancon la rechazó (Masson y Biagi II, 199n).

Las etapas lentas y razonadas del desarrollo intelectual de Napoleón culminaron en su decisión, a los veinte años, de dar la

bienvenida a la forma moderada de la Revolución que se expresaba en Mirabeau.

Esto bastaría para desmentir la visión de Napoleón como un soñador romántico que nunca se desarrolló y que confiaba en el destino, un concepto expuesto brillantemente por Emil Ludwig. La biografía de Ludwig fue muy leída en los países de habla alemana, y casi seguramente Freud se refiere al Napoleón de Ludwig en Letters of Freud and Zweig (1970), 85: «Ese grandioso y canallesco Napoleón, que permaneció cristalizado en sus fantasías de pubertad, tuvo la bendición de una increíble buena suerte, no se vio dividido por otros lazos que no fueran los de su familia, y se abrió paso en la vida como un sonámbulo hasta que al fin naufragó en su locura de grandeza... Un anticaballero absolutamente clásico, pero plasmado en escala grandiosa.» Es una interpretación aguda del material «romántico» de Ludwig, pero a mi juicio carece absolutamente de relación con el Napoleón histórico.

4. EL FRACASO EN CÓRCEGA

Napoleón pasó cinco períodos de permiso en Córcega: (1) 15 de septiembre de 1786-12 de septiembre de 1787; (2) 1 de enero de 1788-finales de mayo de 1788; (3) septiembre de 1789-febrero de 1791; (4) octubre de 1791-mayo de 1792; (5) octubre de 1792-junio de 1793.

Durante el tercer permiso Napoleón enfermó, probablemente de malaria, y se lo atendió, en agosto de 1790, en el hospital de Bastía. El tratamiento consistía en suero con nitrato, que es laxante y diurético, tisanas de achicoria y hierbas, y baños. Costaba veinte libras y diez sueldos. P. Hillemand, Pathologie de Napoleón (1970), 51 n. Después, Napoleón comenzó a extraer notas del Antiguo Testamento, la mayoría de carácter cronológico: B.M. Add. MS. 24.207, f. 47.

Canaa Tissot, Masson, Napoleón Inconnu, I, 167-169.

Últimas palabras del archidiácono: Joseph, Mémoires (1853-1854), 1,47 y 117.

Las actividades políticas de Napoleón en 1791 y 1792: Marcaggi, Chuquet. París en 1792: Bourrienne, Mémoires (1828-30) I; J. Moore, A Journal during a residence in France (1793). Durante este período Napoleón estaba desarrollando su propio y claro estilo de oratoria, El 18 de abril de 1791 escribió a Joseph para criticar uno de los discursos que éste había pronunciado. Joseph había dicho: «Amis de

la Constitution, modérateurs de l'opinion publique, nous sommes les dépositaires de ce palladium sacré de la félicité d'une grande nation...» («Amigos de la Constitución, moderadores de la opinión pública, somos los depositarios de este paladio sagrado de la felicidad de una gran nación...»). Napoleón prefería: «Amis de la liberté, vous êtes dépositaires de la félicité d'une grande nation...» (Amigos de la libertad, sois depositarios de la felicidad de una gran nación...»). Revue des Deux Mondes del 15 de diciembre de 1931.

Expedición a Maddalena y fracaso en Ajaccio: Marcaggi, Chuquet.

5. SALVANDO LA REVOLUCIÓN

Francia en 1793: J. Godechot, La Grande Nation (1956) y Les comissaires aux armées sous le Directoire (1937); R. C. Cobb, Les Armées révolutionnaires (1961-1963), R. R. Palmer, *Tweive who Ruled* (Princeton 1941).

Tolón. Napoleón durmiendo al sereno: F. A. Doppel, Mémoires (Carouge 1797), 205; carta de Napoleón al ministro de la Guerra, para explicar su plan de captura de Tolón, Corr. 8. A. Chuquet, Dugommier (1904). La obra acerca de Tolón es La Frise de Toulon, de Pellet Desbarreaux, ofrecida en Toulouse el año II.

En sus órdenes impartidas en Tolón, Napoleón prolonga la cola de la «a» en «Bonaparte» muy por debajo de la línea, para formar el trazo ascendente de la «p.» Esta modalidad se conservaría en la firma imperial en la segunda y tercera letras de «Napoleón».

Detención de Napoleón en agosto de 1794: es casi seguro que no fue encarcelado en el Fort Carré, de Antibes. La nota adjunta (Corr. 35) probablemente está falsificada. Napoleón sufrió arresto domiciliario con el conde Laurenri en Niza. Diario inédito dej. Laurenti, citado por A.

Thierry, «Un amour inconnu de Bonaparte», en Revue des Deux Mondes del 15 de noviembre de 1940.

Las actividades de Napoleón en Italia, J. Colín, L'Education militaire de Napoleón (30Q).

Los meses que precedieron a Vendimario: Bourrienne; cartas de Napoleón a su hermano, en Joseph, Mémoires. El plan de Napoleón de ir a Rusia: León Tolstoi observó en su diario el 13 de diciembre de 1853: «En 1798 el general Távara recibió una propuesta de Napoleón, que deseaba incorporarse al servicio ruso, pero no se pusieron de acuerdo, porque Napoleón reclamaba el rango de mayor.» Tolstoys Diary 1853-1857 (1927), 58. Es evidente que 1798

se trata de un error; se refiere a 1795, el único año en que Napoleón intentó servir en el extranjero.

Plan de Napoleón de ir a Turquía: Corr. 61, 65.

6. ENAMORADO

Es posible que Emma haya sido Caroline du Colombier o mademoiselle de Lauberie de Saint-Germain, dos damas para las cuales Napoleón encontró ocupaciones en la corte cuando él se convirtió en emperador. Las cinco cartas, antes propiedad de la princesa Charles de Ligne y vendidas en subasta en 1932, fueron publicadas en *La Revue Beige* (Bruselas, 15 de mayo de 1925). Los sentimientos de Napoleón no fueron correspondidos, y en la última carta pidió a Emma que le devolviese sus billets-doux. «*Puisque vous nen partagez pas les senuments, je dois les désavouer comme une funeste erreur.*

Vous vous êtes plus à m'humilier mais vous êtes trop bonne pour vouloir que ces malheureux sentiments soit l'objet de votre dérision...» («Puesto que no compartís los sentimientos, debo considerarlos como un funesto error. Os inclináis a humillarme, pero sois demasiado buena para querer que estos desgraciados sentimientos sean el blanco de vuestra burla...»).

El episodio con la prostituta: F. Masson, *Napoleón Inconnu*, 1,182. Napoleón dice que conoce Nantes. Es posible que durante una de las vacaciones en Brienne fuese a pasar un tiempo con la familia Marbeuf, en Bretaña.

El asunto con Désirée: G. Girad de l'Ain, *Désirée Clary, d'après sa correspondance inédite avec Bonaparte, Bemadotte et sa famille* (1959).

El 25 de julio de 1795 Napoleón escribió a Joseph: «*Je vois que tu fais exprès de ne pas me parler de Désirée, je ne sais si elle vit encoré*» («Veo que te esfuerzas para no hablarme de Désirée, no sé si aún vive»).

Al día siguiente escribió a cierta mademoiselle Agier de Ginebra, que lo había atendido durante una indisposición en Lyon, nueve años antes.

Esta misiva y dos fragmentos de otra carta están en la Biblioteca Pública de Ginebra. Napoleón expresa interés en la lucha de Lausana contra «el despotismo» de Berna, y el desprecio por los placeres sensuales, y agrega:

«le senriment est la logique des gens vertueux» («el sentimiento es la lógica de las personas virtuosas»).

7. JOSEFINA.

La vida temprana de Josefina: Reina Hortense, Mémoires (1927); F. Mossiker, Napoleón and Josephine(^\^:•, K. Caste\ot, Josephine(1967).

«Muy pobre y orgulloso como un escocés...», Stendhal, Vie de Napoleón (1929), II, 91.

Las expurgadas Lettres de Napoleón djoséphine (1833) fueron durante casi un siglo la colección más completa utilizable de las cartas de Napoleón a su esposa. Después, llegó la edición de León Cerf, en 1929. En 1941 Jacques Bourgeat elevó a 254 el total de cartas autenticadas. Jean Savant, en Napoleón Etfoséphine(1960) agregó once canas más.

La designación de Napoleón como comandante en jefe: Carnet, Mémoires (1861-1864) II, 30; L. M. de la Revelliére-Lépeaux, Mémoires (1895).

El recibo de Napoleón por los libros retirados de la Bibliothéque Narionale: B.M. Add. MS. 35.394 f. 170.

8. LA CAMPAÑA DE ITALIA.

Acerca de los motivos de la expansión francesa: J. Godechot, La Grande Nation (1956).

Massena y otros comandantes de división de Napoleón; J. Marshall Cornwall, Marshal Massena (1965).

Rosbach, en 1757, fue un ejemplo elocuente de las batallas de viejo estilo. Un ejército de 22.000 prusianos al mando de Federico el Grande se trabó en combate con 55.000 franceses e imperialistas mandados por el favorito de madame de Pompadour, príncipe de Soubise. Los prusianos tuvieron sólo 500 muertos y heridos; los franceses y los imperialistas 2.800. En Elba, Napoleón dijo a Neil Campbell que «la batalla de Rosbach... determinó la Revolución en Francia más que cualquiera otra de las causas que fueron mencionadas».

La campaña en general: Corr. I-III; pero Napoleón nunca lanzó la proclama impresa en Corr. 91. Acerca de esta y las siguientes guerras véase: D. G. Chandier, The Campaigns of Napoleón (1967).

La paz con Piamonte: H.J. Costa de Beauregard, Souvenirs(\\$77). Lodi: G. Agnelli, La Battaglia al Ponte di Lodi (Lodi 1934).

Las características del soldado francés: carta de Suikowski del 4 de febrero de 1797, después de Rívoli. *Suikowski avec Bonaparte en Italie*{1946}, 207.

Informe de Clarke acerca de Napoleón: A. Dry, *Soldáis Ambassadeurs sous le Directoire* (1906).

Napoleón y el Papado: P.M.J. Du Teil, *Rome, Naples et le Directoire* (1902).

La negativa de Napoleón a fusilar a Wurmser: Benrand II, 430.

Innovaciones militares de Napoleón: L. Desaix, *7owW*(1907).

9. LOS FRUTOS DE LA VICTORIA.

J. Bourgeat, *Lettres de Napoleón a Joséphine* (1943); L. Hastier, *Le Grand Amour de Joséphine*, donde se incluyen por primera vez las cartas de Josefina a Charles.

Los cuadros de Napoleón: H. Lemonnier, *Gros*(1904).

Las opiniones religiosas de Napoleón en este momento: Desaix, 276.

A. Pingaud, *La domination française dans l'Italie du A^m*(1914); A. Heriot, *The French in Italy* (1957). Ernst Arndt citado en A. Pingaud, *Bonaparte, President de la République Italienne* (1914).

Napoleón y Parma: U. Benassi, «II generale Bonaparte ed il duca e i giacobini di Parma e Piacenza», en Arch. storico per le province Parmensi, n.s., vol. XII (Parma 1912). «Los más bellos cuadros se venden por nada...»: P. Wescher, «Vivant Denon and the Musée Napoleón», Apollo, setiembre de 1964. A. Lensi, *Napoleone a Firenze* (Florencia 1936).

En 1796-1797 Napoleón envió 227 cuadros de Italia a Francia.

De éstos, 110 fueron devueltos en 1815. Por entonces, la carrera de Napoleón había consolidado de tal modo el gusto neoclásico, que los expertos que intervinieron en la restitución devolvieron las esculturas clásicas y las obras de Guercino, Guido Reni, los Carraca y otros por el estilo, pero dejaron en el Louvre los mejores cuadros del Quattrocento italiano.

J. Borel, *Genes sous Napoleón Ier*. (1929).

Las negociaciones de paz: Napoleón I, *Campagne d'Italie* (1870), 306 y siguientes.

10. MAS ALLÁ DE LAS PIRÁMIDES.

C. de La Jonquiére, *L'Expédition d'Egypte*(1903-1904) ;J. C. Heroíd, *Bonaparte in Egypt* (1962).

Acerca del pedido de Napoleón de que Talleyrand fuese a Turquía:

Miot, Mémoires I, 235.

Napoleón y Josefina en Tolón: A Dumas, Mémoires II (Bruselas 1852), 65-66.

Después de tomar Alejandría, Napoleón inmediatamente libero a los esclavos e indemnizó a los habitantes cuyas casas habían sufrido daños durante el ataque. Distintas órdenes del 10 al 15 Mesidor en VI A. G. 28 de junio. R.I.N. XXXVIII, 93.

La administración de Napoleón: F. Charles-Roux, Bonaparte Governor of Egypt (1937).

El trabajo del Instituto: E. Geoffroy Saint-Hilaire. Etudes progressives d'un Naturaliste (1835); Lettres écrites d'Egypte (1901); T. Cahn, La Vie et l'Oeuvre d'Etienne Geoffroy Saint-Hilaire (1962); D.V. Denon, Voyage dans la Basse et la Haute Egypte pendant les campagnes du général Bonaparte (1802).

Napoleón y la infidelidad de Josefina: Copies of original letters from the army of General Bonaparte (1798).

Comparación de la vida con «un puente tendido sobre un río de curso rápido»: A. V. Arnault, Souvenirs d'un sexagénaire (1833).

Mientras estuvo en Tierra Santa, Napoleón visitó el valle donde está la Piedra de Hebrón. «¿Recuerda —dijo después a Benhollet y a Monge—, que atravesé el valle con el Génesis en la mano y me sorprendió confirmar la exactitud perfecta del libro hebreo?» Conde Mole, Sa vie et ses mémoires (1922), capítulo 7.

Caffarelli: B. U.; su corazón: Remacle.

11. UNA NUEVA CONSTITUCIÓN.

La escena entre Napoleón y Josefina, el 18 de octubre, nos ha llegado en dos versiones distintas, ninguna muy fidedigna: C. de Rémusat, Mémoires (1880), y Bourrienne, que se apoya en lo que Napoleón presuntamente dijo a Collot, proveedor del ejército.

F. Rocquain, L'Etat de la France au 18 Brumaire (1871). La novela de Joseph, Moina, o la joven aldeana de Monte Ceñís, se refiere a un pastor y a una pastora alpinos que viven felices en un molino, completamente separados del mundo exterior por una avalancha: es una proyección de la vida del propio Joseph en Mortefontaine. En la novela de Lucien, La tribu india, el joven inglés Edward se embarca para Oriente en una nave que se dirige a las Indias Orientales y que se denomina Bellerophon (sin duda por uno de los barcos de Nelson en la bahía de Abukir). Edward naufraga frente a Ceilán, y erra a través de la jungla, y allí encuentra a una bella cazadora que descansa sobre la piel de un elefante. La relación de amor entre ambos termina trágicamente. Si bien denuncia la «inmoderada ansia

de riqueza», Lucien es esencialmente un escapista: en lugar de proponer remedios, exalta desconocidas y lejanas tierras «que no poseen nada que pueda atraer a los codiciosos especuladores europeos».

Los hechos precedentes al 18 Brumario; A. Vandal, *LAvenement de Bonaparte* (1903-1907). El plan de Barras trazado con el fin de traer de regreso a Luis XVIII había sido aprobado por Jorge III. El memorándum de Fauche Borel al conde de Anois, fechado en Hamburgo el 24 de julio de 1799, en *Dropmore PapersV* (1906), 177 y ss. Acerca de Sieyés, P. Bastid, *Sieyés etsapensée* (1939).

El golpe de Estado: Vandal; A. Ollivier, *18 Brumaire* (1959).

La escritura de Napoleón: G. Rousseau, *Evolution des Ecritures de Napoleón* (1922).

Elaboración de la Constitución: Vandal; F. Papillard, *Cambacérés* (1961); P. Vialles, *LArchichancelier Cambacérés d'apres des documents inédits* (1908). Con respecto a la opinión de que Napoleón era un dictador, G. Lefebvre, *Napoleón* (1.a edición 1936). La opinión de Lefebvre ha sido rechazada por una serie de estudiosos, y sobre todo por E Piétri, *Napoleón et le Parlement* (1955). Véase también A. Cobban, *A History of Modern France* (1963); Cobban destaca que la Convención, presentada por Lefebvre como la piedra angular de la democracia, representaba el voto real de sólo aproximadamente el 7,5 por ciento de todo el electorado.

El tributo de Napoleón a Washington era sincero, y él puso término rápidamente a la guerra con la joven república norteamericana. La firma de paz, el 3 de octubre de 1800, originó un divenido incidente. Napoleón había ordenado la preparación de cajas de rapé que valían 40.000 francos, para regalarlas a los plenipotenciarios norteamericanos —Ellsworth, Davie y Van Murray—, pero las cajas no fueron entregadas a tiempo. Sucedió que en Monefontaine había algunas monedas de oro y medallas de la República Romana, descubiertas poco antes. Napoleón entregó un puñado a cada uno de los enviados. Un cuarto de hora más tarde volvieron, parecían quietos y sombríos. No podían aceptar el regalo de Napoleón, pues su Constitución prohibía que los emisarios recibiesen dinero. Napoleón acudió al rescate de los escrupulosos enviados. Dijo que las medallas y las monedas eran de oro, pero representaban esencialmente «las reliquias de un pueblo libre, ofrecidas al pueblo más libre que ahora habitaba la tierra». Después de esta observación, y con la conciencia tranquila, los norteamericanos se embolsaron el oro y se marcharon.

12. EL PRIMER CÓNSUL.

El físico y la salud de Napoleón: P. Hillemand, *Pathologie de Napoleón* (1970); J. Kemble, *Napoleón immortal* (1959); J. Bourguignon, *Corvisart* (Lyon 1937), P. Ganiére, *Corvisart* (1951).

Las cualidades ecuestres de Napoleón: entre sus peores caídas cabe mencionar la del 30 de octubre de 1799 (8 Brumario) cuando fue arrojado a cuatro metros de distancia y perdió el sentido por varias horas.

Pero el 17 de enero de 1809 cabalgó de Valladolid a Burgos, es decir unos ciento veinte kilómetros, en menos de cinco horas.

Los órganos genitales de Napoleón: Informe del cirujano Henry:

B.M. Add MS. 20.214 y ss 200-201, pero véase la nota del capítulo 27.

Las hemorroides de Napoleón: carta a Jetóme del 26 de mayo de 1807.

La disuria de Napoleón provenía de la tensión nerviosa; por lo menos eso pensaban él y su cirujano Yvan: Hillemand, 20.

Fanny Burney acerca de Napoleón: *Diary and Letters VI* (1846), 310-311. «Lo mira a uno la cara...». Mary Berry, *Journals and Correspondence* (1865).

Las costumbres personales de Napoleón: Constant, *Mémoires* (1830-1831); E Masson, *Napoleón chez lui* (\9\ 1), especialmente cuidados en lo referido a las prendas de vestir y la comida. Consideración hacia los criados: C. F. Méneval, *Mémoires* (1894); Mademoiselle Avrillon, *Mémoires* (W3) 1,240.

La serenidad de Napoleón: Benrand II, 228.

Los cuentos de terror de Napoleón: G. Maugin, *Napoleón y la superstición* (Rodez 1946).

Napoleón durante el trabajo: J. G. Locré de Roissy, *Napoleón au Conseil d'Etat, Notes et procès-verbaux inédits* (1963); C. Durand, *Eludes sur le Conseil d'Etat Napoléonien* (1945). Lenguaje sencillo en un Consejo de Estado: J. Pelet de la Lozère, *Napoleón in Council* (Edimburgo 1837), II.

13. LA RECONSTRUCCIÓN DE FRANCIA.

Acerca de este y los capítulos siguientes, el importante coloquio, *La France à l'époque napoléonienne*, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, julio-septiembre de 1970.

R. Savatier, *Bonaparte et le Code Civil* (1927); J. G. Locré de Roissy, *Esprit du Code Napoléon* (1805); A. C. Thibaudeau, *Mémoires*

sur le Consulat (1827), que nos aporta las palabras mismas de Napoleón durante las discusiones acerca del divorcio.

J. Bourdon, Napoleón au conseil d'Etat (1963) desaprueba lo que él denomina «la teoría simplificada, adoptada por excesivo número de historiadores, de acuerdo con la cual Napoleón deseaba eliminar el jurado, y el Consejo de Estado lo mantuvo contra la voluntad de aquél».

La aplicación del derecho civil a los militares: G. Cantón, Napoleón Antimilitariste(\^02), que contiene muchos ejemplos.

Proyecto de una escuela de estudios históricos avanzados: 19 de abril de 1807, A. Aulard, Napoleón Ier. et l'Empereur Universitaire (\^3\ 1).

La educación femenina: Corr. 12585.

G. Banal, Histoire des sciences sous Napoleón Bonaparte (1889).

Progresos materiales en Francia: J. P. de Montalivet, Exposé de la situación de l'Empire (1815); conde Beugnot, Mémoires (1S66).

Tenemos la opinión de una inglesa inteligente acerca de la Francia de Napoleón, un concepto formado sobre la base de tres años de experiencia de vida en ese país. Nos referimos a Anne Plumptre, hija del presidente del Queens College de Cambridge. «Yo gozaba de la misma perfecta libertad que tengo en Inglaterra, me dirigía adonde deseaba ir, y por doquier me recibían con la misma cortesía y hospitalidad como en los tiempos en que aún había paz entre los dos países.

«Nunca presencié medidas severas del gobierno, salvo para con los turbulentos y los facciosos; vi por doquier la ejecución de obras de utilidad pública; cómo se alentaba la industria, el comercio y las artes; y no llegué a pensar que el pueblo se sentía infeliz, o que el gobierno era odioso... He comprobado por doquier que la palabra es tan libre en Francia como en Inglaterra. He escuchado a distintas personas manifestar sus sentimientos acerca de Bonaparte y su gobierno, y sus opiniones podían ser favorables o desfavorables, y hablaban sin la más mínima reserva; y esto no sólo en grupos de carácter privado, entre amigos que se conocen todos, sino del modo más público, y en los núcleos más heterogéneos, en las diligencias, y en las mesas de los restaurantes, donde nadie podía saber de antemano cuál era el carácter o cuáles los sentimientos de aquellos con quienes departía, y donde uno de los allí presentes podía ser un espía de la policía sin que el resto supiese a qué atenerse, y sin embargo, esa idea no los limitaba.» A Narrativo of a three years

Residence in France... from theyear 1802 to 1805 (1810), III, 324, 400.

14. LA APERTURA DE LAS IGLESIAS.

La religión antes del Consulado: A. Mathiez, *La Théophilanthropie et le culte décadaire* (\9Q C. F. Dupuis, Abregé (1798).

El Concordato: J. Leflon, Etienne-Alexandre Bernier (1938); A.. Boulay de la Meunhe, Documentssurlanégotiationdu Concordat(\89-\c07 y 1905); J. Leflon, Lacriserévolutionnaire(\943); E. Consaivi, Mémoires (Roma 1950).

Incidente en Clermont-Ferrand: el duque de Fezenzac. Souvenirs militaires(\86I).

J. Leflon, Monsieur Emery (1945-1946); L. Adolphe, Portalis et son temps (1936); J. Jauffret, Mémoires Historiques sur les Affaires Ecclesiastiques de France (1823-1824).

15. ¿PAZ O GUERRA?.

Jorge III, Pitt y el partido de la guerra; el duque de Buckingham y Chandos, Memoirs of the Courts and Cabinets of George III ([853-]855); The Windham papers (1913); Conde de Malmesbury, Diaries and correspondence (1844); J. W. Fonescue, British Statesmen of the Great war 1793-1814(Oxford 1911); J. H. Plumb, The first four Georges (\3).

Compromiso de Windham con emigrados: B. M. Add. MSS. 37868-9.

Jorge III acerca de «la cana del tirano corso»: The Later correspondence of George III, III (Cambridge 1967), 308.

Política exterior de Napoleón: H. C. Deutsch, The génesis of Napoleonic Imperialism (Cambridge, Mass. 1938); A. Sorel. L'Europe et la Révolution française (1885-1904), VI, VII, VIII.

«Los insultos vomitados diariamente...». Mary Berry a Mrs. Cholmeley, 2 de enero de 1800 (Journals and correspondence).

Whitworth's mission: O. Browning, England and Napoleón in 1803 (1887); the Liverpool Papers en el B.M.

Suiza: documentos en Bonaparte, Talleyrand et Stapfer 1800-1803 (Zürich 1869); iniciativas inglesas en apoyo de la aristocracia suiza:

P.R.O., F.O. 74, vols. 24,36 y 38.

Insultos de la prensa inglesa dirigidos contra Napoleón: F. J. Maccunn, The contemporary English view of Napoleón (1914); Dawson Warren, The journal of a British Chaplain in Paris (1913).

«Tengo razones para estar seguro...» Buckingham a Grenville, 24 de marzo de 1803, Dropmore Papers V//(1910), 151.

Renuencia de Napoleón ante la perspectiva de ir a la guerra:
Remacle, 13 de mayo de 1803.

16. EMPERADOR DE LOS FRANCESES.

La conspiración de la rue Saint-Nicaise: Archives Nationales F 6271, 6272; Hortense, Mémoires, 79; J. Rapp, Mémoires (1896), 81; J. Lorédan. La machine infernale de la rue Nicaise (1924).

La conspiración de Cadoudal: Canas de los agentes ingleses en Munich y Stuttgart en los Liverpool Papers. Duque d'Enghien: A.

Boulay de la Meurthe, Les dernières années du duc d'Enghien (1886).

Más tarde, Napoleón argüiría con un inglés: «¿Hice algo más que adoptar el principio de vuestro gobierno, cuando ordenó la captura de la flota danesa, de la que se temía que representara una amenaza para vuestro país?» W. Waeden, Letters written at St. Helena (1816), 148.

Los planes de la coronación: A. Marquiset, Napoleón sténographié au conseil d'Etat (1913). Las hermanas de Napoleón:

M. Weiner, The Parvenu Princesses (1964).

La coronación: F. Masson, Le sacre et le couronnement de Napoleón (1908). Napoleón convino con Pío VII en que debía coronarse él mismo, como lo demuestra la versión italiana de las Memorie di Consaivi (Roma 1950). La leyenda de que Napoleón «se apoderó» de la corona se basa en la traducción francesa poco fidedigna, 1864.

Bajo el Imperio el gobierno continuó a cargo de Napoleón y su Consejo de Estado. Los que afirman que se acentuó el autoritarismo señalan sus instrucciones a Benhier el 14 de febrero de 1806: «Ateneos rigurosamente a las órdenes que os doy... sólo yo sé lo que debo hacer.» Pero esto era una orden excepcional que reflejaba una situación excepcional: Prusia había traicionado la alianza con Francia, Napoleón se proponía marchar sobre Berlín y el secreto era una condición sine qua non del éxito.

17. EL IMPERIO DE NAPOLEÓN.

Roma: L. Madelin, La Rome de Napoleón (1906); J. Moulard, Le Comte Camille de Tournon (París 1927-1932).

Nápoles: J. Rambaud, Naples sous Joseph Bonaparte (1911); B. Nabonne, Joseph Bonaparte (1949).

España: A. Bigarré, Mémoires (sin fecha).

Holanda: F. Rocquain, Napoleón I et le roi Louis: Correspondance (1875); L. Garnier, Mémoires sur la cour de Louis Napoleón (1828); A. Duboscq, Louis Bonaparte en Holland d'après ses Lettres (1911).

«Un príncipe que conquista la reputación de tener buen carácter...» Corr. 12.299; véase Lecestre, no. 134.

Westfalia: F. M. Kiicheisem, Jovial King (1932).

Toscana: E. Rodocanachi, Elisa Baciocchi en Italie (1900); P. Marmottan, LesArtsen Toscane sous Napoleón (1901); S. F. Brulart de Genlis, Madame de Genlis et la Grande Duchesse Elisa 1811-1813. Lettres inéditos (1912).

Dalmacia: P. Pisani, LaDalmatiede 1797a 7575(1893).

Inglaterra: «El francés vive bajo un cielo despejado...» Pelet de la Lozère, Napoleón in Council (Edimburgo, 1837).

En el Instituto, la organización de conocimientos sobre la base europea: Bibliothéque de l'Institut de France, MSS 3260-81.

Goethe también observó la capacidad de Napoleón para obtener el máximo de sus administradores. «Bajo su mando los hombres tenían la certeza de alcanzar la meta, del mismo modo que los actores se apegan a un nuevo director que según creen les asignará buenos papeles.» Conversations with Eckermann.

18. AMIGOS Y ENEMIGOS.

«Me dijo que para él el corazón no era el órgano del sentimiento...» Caulaincoun II, 325.

J. de la Tour, Duroc (1913); J. Lucas-Dubreton, Junot dit «La Tempete» (1937) y A Catalogue of the Celebrated Library of Field Marshal Junot (1816); A. G. Macdonnell, Napoleón and his Marshals (1934); Napoleón en Jena: Carta del cazador de infantería Deflambard a su madre, 11 de noviembre de 1806.

«Se irritaba...» A. Pons de FHérault, Souvenirs (1897).

Napoleón acerca de mademoiselle George: 5 de abril de 1803, Remacle.

Napoleón y el rey de Sajonia: Bertrand I, 300.

El mariscal Lefebvre y madame de Chevreuse: G. Ducrest, Mémoires sur l'Impératrice Joséphine (1828).

P. Gautier, madame de Staél et Napoleón (1903). Napoleón diría en Sania Elena: «La emperatriz Josefina y madame de Staél eran en efecto las dos antípodas. Una era mujer desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos; la otra no lo era ni siquiera por el c... Como decía M. de Narbonne, ella lo tiene de una longitud de dos o tres pulgadas.

¡Es un hombre!» Benrand II, 329.

19. EL ESTILO DEL IMPERIO.

La arquitectura, la escultura y la pintura: G. Poisson, Napoleón et Paris (1964); L. Hautecoeur, L'Arts sous la Révolution et l'Empire en France (1953); F. Benoit, L'Art français sous la Révolution et l'Empire (1867); Entretiens de Napoleón avec Canova en 1810 (1824); H. Lemonnier, Groï (1904).

Se afirma a veces que el cuadro favorito de Napoleón era el de Altdorfer, Alejandro el Grande en la batalla de Issus, y que colgó esta obra en su cuarto de baño de Saint-Cloud. La versión apareció por primera vez en el Künsterlexikon de Nagler en 1835, cosa que me parece sin fundamento: una extrapolación del erróneo concepto romántico de que Napoleón veneraba como a un héroe a Alejandro (C. Gouid, Trophy of Conquest, 1965).

«Deduzco de los documentos...» Corr. 14.599.

Música: T. Flieschmann, Napoleón et la Musique (Bruselas 1965); el ardid de Méhuí: G. Ducrest, Mémoires. En Elba, Napoleón dos veces observó que La Marseillaise había sido el mejor general de la República.

A. Pons de l'Hérault, Souvenirs.

El gusto de Napoleón en novelística: «Napoleón me habló de novelas... La que le había interesado más era el Comte de Cossinges. La había leído dos veces y siempre se sintió conmovido hasta las lágrimas.» Esto se escribió en 1806. Condesa Potocka, Mémoires (1897). Otro de los favoritos era una obra de Baculard d'Arnaud, Epreuves du Sentiment (Maastricht 1779), 6 volúmenes de novelas de estilo inglés con señores perversos que mancillan a las lecheras; Bonaparte confesó a Méneval que jamás había podido leer esta obra con los ojos secos.

«El viejo Horacio en Horacio de Corneille.» J. Pelet de la Lozère, Napoleón in Council (Edimburgo 1837), 9.

Discusión de Napoleón con Lemercier acerca de la libertad de prensa:

S. de Girsitdin, Journal et Souvenirs (1928). Thibaudeau, Mémoires. En 1803 Viena tenía un solo periódico político, el Wiener Zeitung. Estaba sometido a la censura.

H. Weischinger, La Censure sous le Premier Empire (1882); V. Coffin, «Censorship and Literature under Napoleon I» en American Historical Review, XXII, enero de 1917.

20. EL CAMINO A MOSCÚ.

La política naval de Napoleón: F. L. Maitland, *Narrative of the Surrender of Bonaparte* (1826).

Tilsit y Erfun: A. Vandal, *Napoleon et Alexandre I* (1891 -1896).

La legalidad de la anulación: L. Grégoire, *Le «Divorce» de Napoléon et de l'impératrice Joséphine* (1957).

El carácter de María Luisa: *The private diaries of the Empress Maria Louise* (1922).

Acerca de la campaña rusa las fuentes más fidedignas son A. J. F.

Fain, *Manuscrit de 1812* (1827) y las Memorias de muchos oficiales.

Sin embargo P. de Segur escribió su *Histoire de Napoléon et de la Grande Armée en 1812* (1824) después de un prolongado estudio de Tácticos, y de un modo demasiado obvio ha asignado a Napoléon el papel de un emperador del siglo I. Sus muchos errores fueron refutados por Gourgaud en *Napoléon et la Grande Armée en Russie* (1825); Gourgaud también se batió a duelo con Segur y lo hirió.

La rutina cotidiana de Napoléon: T. Flieschmann, *Napoléon au Bivouac* (Bruselas 1957).

Vitebsk: R. Soltyk, *Napoléon en 1812* (1836). El oficial que corrigió la geografía de Napoléon: *Fantin des Odos Lids, Journal* (1895).

La llegada del retrato del rey de Roma: L. F. J. de Bausset, *Mémoires anecdotiques* (1827).

Las experiencias del capitán Francois están registradas en su *Journal* (1903).

21. LA RETIRADA.

Moscú: abad Surrugues, *Lettres sur la prise de Moscou en 1812* (1820).

«Se ordenó a las tropas que reunieran alimentos para seis meses, como si se dispusieran a invernar en la capital incendiada.» F. Pisani, *Con Napoleone nella campagna di Russia. Memorie inedite di un ufficiale della Grande Armata* (Milán 1942), 157.

La preocupación de Napoléon por los heridos: Fain II, 163-164.

La retirada: A. Brett-James, 1812 (1960); Pión des Loches, *Mes Campagnes* (1889); F. Roeder, *The ordeal of Captain Roeder* (1960); G.

Berrín, *La Campagne de 1812 d'après des témoins oculaires*; R. Soltyk, *Napoléon en 1812* (1836); R. T. Wilson, *Narrative of events during the invasion of Russia by Napoleon Bonaparte* (1860).

El viaje en trineo: Caulaincourt. La escena en Varsovia: D. de Pradt, *Histoire de l'Ambassade dans le Grande Duché de Varsovie en 1812* (1815).

22. EL DERRUMBE.

Creo que la corpulencia de Napoleón era consecuencia de la falta de ejercicio y de las comidas más copiosas y nutritivas, a María Luisa le agradaba la comida pesada. Algunos médicos suponen que hubo un fallo prematuro de la glándula pituitaria (Kemble) o un tumor de la región pituitaria (Hillemand). En cualquiera de los dos casos se habría manifestado un acentuado cambio de carácter, somnolencia y falta de voluntad. No percibo signos de ese deterioro. Por lo contrario. Napoleón se mostró más energético que enl813yl8l4.

El hijo de Napoleón: F. Masson, *Napoleón et son fils* (1922). El palacio del rey de Roma: Méneval, *Souvenirs I*, 298. En Elba, Napoleón dos veces se negó a expulsar a pequeños propietarios que molestaban.

E. Foresi, *Napoleone all'isola dell'Elba* (Florencia, 1884), 4I-47y49.

La entrevista en Dresde: A. J. F. Fain, *Manuscrit de 1813* (1824); C. Metternich, *Memoirs*, Traducción inglesa (1880), I, 185 y ss. Se hallará una refutación de la frase atribuida por Metternich a Napoleón:

«¿Qué son 200.000 hombres más o menos?» en: J. Grabowski, *Mémoires militaires*(1907), 95-96.

Comentarios de Napoleón acerca de la ambición: Roederer, 8 de marzo de 1804.

La súbita preferencia de Napoleón por la comedia: Fain.

O. von Odeleben, *A circumstantial Narrativo of the campaign in Saxony* (1820). «Los ayudantes de campo...» testigo ocular anónimo, citado en A. Brett-James, *Europe against Napoleón: the Leipzig Campaign, 1813* (1970), 122.

Otro factor del derrumbe del Imperio fue, como destaca Toynbee, la costumbre francesa de predicar el reposo mientras se exaltaban las cualidades marciales: «Una canción de cuna ejecutada con un trombón.» 23. LA ABDICACIÓN.

Las dificultades de Napoleón con sus hermanos: Lecestre, nums. I.098,1.122,1.123.

L. Madelin (comp.), *Lettres medites de Napoleón a Marie-Louise*, ed.

(1960); E. Gachot, *Marie-Louise intime* (1911-1912).

La batalla de Francia: A. J. F. Fain, Manuscritde 1814(1825). Acerca de Bouvier: G. Berrín, La Campagne de 1814d'apres des témoins oculaires (1897). La cólera de Napoleón con Guyot: L. Griois, Mémoires (1909) II, 292-296. Coignet cieña vez vio a Napoleón tan enfurecido que montó de un salto su caballo y cayó del otro lado.

Opinión de Napoleón acerca de lo imposible: conde Mole, Sa vie et ses mémoires (1922) cap. 7.

París. El número de parisienses que prestaron servicio el año dejena:

Annuaire administratif et statistique du département de París (1806) en Prudhomme, Miroir de París I, 98.

El error de Napoleón al devolver las propiedades: Roederer, 11 de febrero de 1809.

F. R. de Chateaubriand, De Buonaparte et des Bourbons (1814).

Regreso de Napoleón a Fontainebleau: Fain. Acontecimientos de principios de abril: C. F. de Méneval, Napoleón et Marie-Louise (18431845); Lettres medites.

Intento de suicidio de Napoleón: Caulaincourt.

Napoleón en el jardín de Fontainebleau: J. C Hobhouse, The Substance ofsome Letters writtenfrom París (1817).

24. SOBERANO DE ELBA.

L. G. Péliſſier, Le registre de l'île d'Elbe (1897); A. Pons de l'Hérault, Souvenirs (1897); Neil Campbell, Napoleón at Fontainebleau and Elba (1869); P. Gruyer, Napoleón, roi de l'île d'Elbe(1904); N. Young, Napoleón in Exile-. Elba (1914); R. Chrisrophe, Napoleón, Empereur de l'Île d'Elbe (1959).

Vizconde Ebrington, Memorandum oftwo conversations (1823). Lord John Russell conversó con Napoleón una hora y media, y observó en su diario: «Sus modales... parecen calculados para hacerlo sentir cómodo a uno con su familiaridad, su sonrisa y su risa son muy agradables.» Diary 12 de diciembre de 1814.

Los caballos de Napoleón: Sellier Vincent en Nouvelle Revue Rétrospective, 1-11(1894-1895).

El caso del «contralmirante»: A. deVitrolles, Mémoires(1884).

25. LOS CIENTO TREINTA Y SEIS DÍAS La marcha hacia París: L. Marchand, Mémoires (1952-1955); A.

Brett-James, The Hundred Days (1964); C. Manceron, Napoleón reprend París (1965). Napoleón, el granaderoysu anciano padre: G. Gourgaud, Journal, 21 de febrero de 1816.

Acte additionnel: B. Constant, Journaux Intimes (1952).

Waterloo: Una orden antes desconocida, que fue enviada por Napoleón a Ney dos días antes de la batalla fue vendida en Sotheby el 27 de octubre de 1970. Dice así: «Monsieur le prince de la Moskowa. Je suis surpris de votre grand retard à exécuter mes ordres. II ny a plus de tems (sic) a perdre. Attaquez avec la plus grande impetuosité tout ce qui est devant vous. Le son de la patrie est dans vos mains. Nap. 1 heure après midi» («Señor príncipe del Moskowa. Me sorprende el grave retraso en la ejecución de mis órdenes. No hay tiempo que perder. Ataque con la mayor impetuosidad todo lo que tenga por delante. La suerte de la patria está en sus manos. Nap. 1 de la tarde»). Como resultado del retraso de Ney, el avance francés sobre Bruselas fue contenido. Así, Wellington tuvo tiempo para preparar sus tropas con vistas a Waterloo el 18 de junio. La escritura clara y legible es una sólida prueba de que Napoleón se encontraba en buenas condiciones físicas y mentales. Sin embargo, era inevitable que los franceses buscaran una excusa y afirmaran que no se sentía bien. La teoría favorita es que padecía hemorroides, pero la única prueba de las hemorroides es concretamente un enunciado del doctor Banal en 1900, en el sentido de que el rey Jérôme le había dicho que Napoleón padecía esta dolencia en Waterloo. ¡Pero ya habían pasado 40 años desde la muerte de Jérôme! Falleció en 1860, a la edad de 76 años. Al contrario, tenemos la declaración muy definida de L. Marchand, valet de Napoleón, en el sentido de que Napoleón no padeció hemorroides en Elba, ni en Waterloo ni en Santa Elena. Hillemand, 23-5.

Durante su exilio en Santa Elena Napoleón llegó a pensar que quizás habría hecho mejor en esperar una quincena antes de enfrentarse a Wellington: «Quizá me equivoqué al atacar.» Gourgaud, 20 de octubre de 1817.

26. LA ÚLTIMA BATALLA.

Las relaciones entre Napoleón y Hudson Lowe aparecen bajo una nueva luz después de la publicación de los Cahiers de Benrand y el diario del mayor Gideon Gonquer, secretario de Lowe, en J. Kemble, St. Helena during Napoleon's Exile (1969). Hay también muchos detalles valiosos en las páginas inéditas de los Documentos Lowe,

sobre todo las cartas del capitán Nicholls, los diarios y los informes semanales: B.M.

Add. MSS. 20.209; 20.210; 20.212.

Otras fuentes contemporáneas: G. Gouig3iud,Jurnalde Sainte-Hélène 1815-1818. Edición aumentada según el texto original (1944-1947); T. de Montholon, *Récits de la captivité de l'Empereur Napoléon à Sainte-Hélène* (1847); Lady C. Malcolm, *A Diary of St. Helena* (1899); J. Stokoe, *With Napoléon at St. Helena* (1902). Asimismo, W. Forsyth, *History of the Captivity of Napoléon at St. Helena* (1853) y G. Manineau, *Napoleons St. Helena* (1968).

Antes de embarcar, Hudson Lowe había sido presionado por lady Holland en el sentido de que suavizara el exilio de Napoleón. En cierta ocasión la dama invitó a Lowe a cenar con Byron. «Le pregunté —escribió Byron—, si los preparativos eran los que correspondían a un gran general, a lo que contestó desaprensivamente "que eran muy sencillos".» Byron se abstuvo de contestar, pero no volvió a ver a Lowe. «Siempre había pensado —señaló después—, que cierto grado de sencillez era un elemento de la grandeza.» E. Tangye Lean, *The Napoleonists* (1970), 169.

27. EL FIN.

Fuentes contemporáneas como en el capítulo 26; también L. Marchand, *Mémoires* (1952-1955); lord Roseberry, *Napoleón, the Last Phase*(1900).

Las lecturas de Napoleón pueden deducirse de las entradas de Bertrand y las listas de libros que se le enviaron: F. G. Healey, «La Bibliothéque de Napoléon à Sainte Hélène», R.I.N. LXXIII-V, LXXX. Entre los libros que corrigió estaba *Voyage en Syrie et en Egypte* (1787) de Volney, y *Histoire des Guerres des Gaules et des Français en Italie* (1805) de Servan.

La esperanza de Napoleón de viajar a América del Sur. En un mensaje enviado al Cuerpo Legislativo, el 12 de diciembre de 1809, había dicho:

«El emperador nunca se opondrá a la independencia de las naciones continentales de América... Si los pueblos de México y de Perú desean permanecer unidos con la madre patria, o si prefieren elevarse a la altura de una noble independencia, Francia nunca se opondrá a sus deseos, con la condición de que estos pueblos no establezcan ninguna relación con Inglaterra.» W. S. Robenson, *France and Latin-American Independence* (Baltimore 1939).

La enfermedad de Napoleón: en 1819, de acuerdo con la versión de Benrand, desapareció completamente el gusto de Napoleón por el rapé, aunque antes había consumido grandes cantidades diarias. El súbito rechazo del tabaco a menudo es un signo temprano de cáncer de estómago.

Napoleón acerca de las costumbres babilónicas: P. Ganiére, Corvisart(1951).

La observación atribuida a Napoleón «Conozco a los hombres, y le digo que Jesucristo no fue un hombre» es apócrifa. Beauterne, que la concibió, no conoció a Napoleón.

Benrand registró la conversación acerca de los jánabes, III, 177.

Que Napoleón murió de cáncer de estómago es la conclusión de la mayoría de los estudios médicos recientes: P. Hillemand, Pathologie de Napoleón (1970), 119-181. Pauline probablemente también murió de cáncer de estómago.

La teoría de que Napoleón murió a causa de envenenamiento con arsénico, formulada por Sten Forshufvud en 1961, no ha merecido aceptación. El doctor R. Turner la rechaza en G. Marrineau, Napoleons St.

Helena (1968), 222-225; lo mismo que el doctor Hillemand, 181-186.

Pero cabe presumir que se difundirán otras teorías del mismo estilo, así como desde muy pronto circuló la versión de que los cirujanos habían interrumpido la autopsia para ir a almorzar, y entretanto las ratas se comieron el corazón, de modo que los cirujanos tuvieron que reemplazarlo por el corazón de un becerro.

El informe de la autopsia fue firmado por Shortt, Arnott, Burton, Mitchell y Livingstone. Antommarchi firmó otro informe. Más de dos años después, el cirujano Henry, que había presenciado la autopsia, redactó otro informe para Lowe (B.M. Add. MS. 20, 214 f. 200). En él dice que el pene y los testículos eran «muy pequeños». Este dato ha sido utilizado por Kemble, Hillemand y otros para formular la teoría del infantilismo sexual, y por lo tanto como prueba de una deficiencia de pituitaria.

Es importante considerar en el contexto la afirmación de Henry, quien redactó el informe oficial firmado por Shortt, etc., aunque como él mismo no era más que ayudante de cirujano, no lo firmó; el informe oficial no menciona la pequenez de los genitales. Cabe presumir que, de haber existido, Napoleón habría tratado de ocultar cualquier deficiencia en este aspecto. Pero en 1814, cuando estaba en Vauchamps, Napoleón apareció desnudo frente a un

destacamento de tropas, y sabemos gracias a un informe de Montchenu, el comisionado francés, que todavía en 1819 Napoleón, completamente desnudo, se bañaba en uno de los estanques de su jardín con Montholon.

Cuando dirigimos nuestra atención hacia el resto del informe de Henry, comprobamos que tiende a encontrar pequeño casi todo: las manos eran pequeñas, lo mismo que sus pies, su vejiga, y su corazón.

De ahí un incidente revelador en la autobiografía de Henry, cuando se esfuerza muchísimo por presentar a Napoleón bajo una luz negativa.

Cierto día Henry visitó a madame Benrand. Ella había medido a Napoleón contra una puerta blanca, y luego mide a Henry con la misma puerta. Henry resultó ser más alto. «Era un consuelo, si se considera la inmensa desproporción de nuestra estatura intelectual, saber que lo superaba físicamente en cinco centímetros.» Surgeon Henrys Trifles (1970), 168. Llego a la conclusión de que es muy posible que Napoleón tuviese genitales pequeños, del mismo modo que tenía manos y pies pequeños, pero eso no es motivo para suponer que padecía de infantilismo. Más aún, el diario íntegro de Gourgaud y el diario del doctor Verling, ambos pertenecientes a la Bibliothéque Thiers, demuestran que la conducta, las actitudes y la conversación de Napoleón eran, desde el punto de vista sexual, exactamente lo que uno podía esperar de un soldado normal y sano. Por ejemplo, el 8 de septiembre de 1819 preguntó malévolamente a Verling qué sucedería si él —Napoleón— enfermaba de gonorrea: ¿tendría Verling que informarlo a Lowe?